

Nacida envuelta en el velo de los Primigenios, una Doncella como prometieron los Hados, el futuro de Seraphena Mierel nunca ha sido suyo. Elegida antes de nacer para cumplir el trato desesperado que aceptó su antepasado para salvar a su gente, Sera debe dejar atrás su vida y ofrecerse al Primigenio de la Muerte como su consorte.

Sin embargo, el verdadero destino de Sera es el secreto mejor guardado de todo Lasania. No es la Doncella bien protegida que todos creen, sino una asesina con una misión, un objetivo: hacer que el Primigenio de la Muerte se enamore, convertirse en su debilidad, y después... terminar con él. Si fracasa, condena a su reino a una muerte lenta a manos de la Podredumbre.

Sera siempre ha sabido lo que es. Elegida. Consorte. Asesina. Arma. Un espectro nunca del todo formado pero aun así empapado de sangre. Un monstruo. Hasta él. Hasta que las palabras y acciones inesperadas del Primigenio de la Muerte ahuyentan la oscuridad que se iba acumulando en su interior. Y sus caricias seductoras prenden una pasión que Sera jamás se había permitido sentir y que no puede sentir por él. Pero Sera nunca ha tenido elección. Sea como sea, su vida está perdida, siempre lo ha estado, pues ha sido tocada para siempre por la Vida y la Muerte.

Jennifer L. Armentrout

Una sombra en las brasas

De Carne y Fuego - 1

ePub r1.0 Titivillus 02-09-2022 Título original: A Shadow in the Ember

Jennifer L. Armentrout, 2021

Traducción: Guiomar Manso de Zúñiga

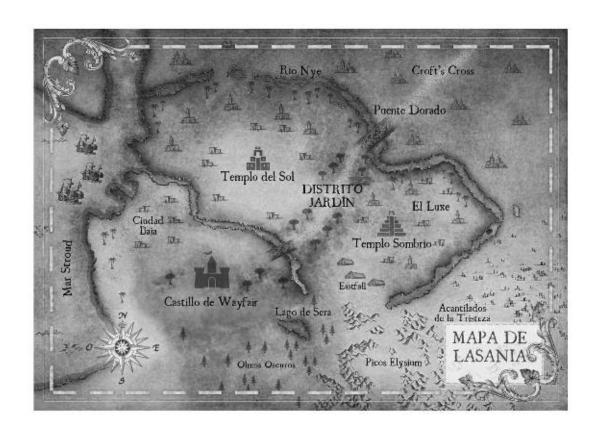
Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Para ti, lector.

SOMBRA EN LAS BRASAS

JENNIFER L. Armentrout



Prólogo

—No nos decepcionarás hoy, Sera. —Las palabras procedían de algún sitio entre las sombras de la habitación—. No decepcionarás a Lasania.

—No. —Crucé las manos para detener su temblor incesante mientras respiraba hondo. Contuve esa respiración y contemplé mi reflejo en el espejo apoyado contra la pared. No tenía ninguna razón para estar nerviosa. Solté el aire despacio—. No os decepcionaré.

Aspiré otra bocanada de aire profunda y medida. Apenas reconocía a la persona que me miraba desde el espejo. Incluso a la tenue luz parpadeante de los numerosos candelabros repartidos por la pequeña habitación pude ver que mi piel estaba tan rosa que casi no veía las pecas que salpicaban mis mejillas y el puente de mi nariz. Hay quien llamaría «resplandor» a ese rubor, pero el verde de mis ojos lucía demasiado brillante, demasiado febril.

Puesto que mi corazón seguía desbocado, contuve la respiración de nuevo, como me había enseñado a hacer sir Holland cuando me daba la sensación de no poder respirar, de no poder controlar lo que sucedía a mi alrededor o a mí. *Inspira*, *despacio* y constante. Contén la respiración hasta que notes que tu corazón se ralentiza. Espira. Contén.

No funcionó como solía hacerlo.

Me habían cepillado el pelo hasta que me empezó a arder el cuero cabelludo. Aún lo notaba cosquilloso. Mi pálido pelo rubio estaba medio recogido y fijado de modo que la masa de rizos cayera por mi espalda. La piel de mi cuello y mis hombros también estaba sonrojada y supuse que era por el baño perfumado en el que me habían obligado a sumergirme durante horas. Quizá por eso me costaba tanto respirar ahora. El agua había estado tan perfumada con aceites que mucho me temía que ahora debía de oler como si me hubiesen ahogado en jazmín y anís dulce.

Me mantuve perfectamente quieta mientras respiraba hondo, despacio. Después del baño, la sesión de belleza y estética había sido una tortura. Me habían depilado con cera y pinzas el pelo de todos los rincones del cuerpo, y solo el bálsamo untado sobre mis brazos, piernas y, según parecía, todos los

sitios entre medias había logrado calmar el escozor. Contuve la respiración una vez más y me resistí a la tentación de bajar la vista más allá de mi cara. Ya sabía lo que vería, y eso era... bueno, casi *todo*.

El vestido, si es que podía llamarse así, estaba fabricado en una gasa casi transparente y poco más. Las mangas, que no medían más que unos pocos centímetros, descansaban sobre la parte superior de mis brazos, y la finísima tela color marfil había sido envuelta con soltura en torno a mi cuerpo, con una cola que arrastraba por el suelo. Odiaba el vestido, el baño y el acicalamiento posterior, aunque comprendía su propósito.

Tenía que atraer, que seducir.

Un frufrú de faldas se acercó a mí y solté el aire despacio. El rostro de mi madre apareció en el espejo. No nos parecíamos en nada. Yo había salido a mi padre. Lo sabía porque había contemplado el único cuadro que quedaba de él las veces suficientes como para saber que él también tenía pecas, y que su mandíbula era tan testaruda como la mía. Además, tenía sus mismos ojos, no solo el color, sino también su ángulo sesgado. Ese retrato escondido en los aposentos privados de mi madre era la única razón de que supiese el aspecto que había tenido mi padre.

Los oscuros ojos marrones de mi madre se cruzaron con los míos un instante en el espejo y luego caminó a mi alrededor. La corona de hojas doradas que llevaba sobre la cabeza centelleó a la luz de las velas mientras me estudiaba con atención en busca de algún pelo rebelde que se hubiese salido de su sitio o estuviese donde no debía, en busca de algún defecto o señal que revelase que no era una novia moldeada por manos expertas.

El precio que había sido prometido doscientos años antes de que yo naciera.

Se me secó la garganta aún más, pero no me atreví a pedir agua. Me habían aplicado una pintura rosácea en los labios que les confería un brillo mojado. Si los estropeaba, mi madre no estaría contenta.

Miré su cara mientras ajustaba las mangas de mi vestido. Las finas arrugas de los bordes de sus ojos parecían más profundas que la víspera. La tensión hacía que la piel de alrededor de sus labios luciera blanquecina. Y como siempre, su expresión era indescifrable, aunque ni siquiera estaba segura de qué buscaba. ¿Tristeza? ¿Alivio? ¿Amor? El tintineo de mis cadenitas doradas hizo que mi corazón aporreara aún más fuerte contra mis costillas.

Capté un atisbo del velo blanco que alguien le entregó y eso me hizo pensar en el lobo blanco que había visto al lado del lago hacía tantos años, cuando había estado recolectando rocas por alguna extraña razón que ahora

no podía recordar. Por su extraordinario tamaño, pensé que debía de ser uno de los escasísimos lobos *kiyou* que a veces rondaban por el bosque de los Olmos Oscuros que rodeaba los jardines del castillo de Wayfair. Había mirado a la criatura a los ojos, aterrada de que fuese a hacerme pedazos, pero todo lo que había hecho antes de seguir su camino fue mirar el montón de rocas que llevaba en los brazos como si fuese tonta.

Mi madre puso el Velo de la Elegida por encima de mi cabeza. La ligera tela flotó en torno a mis hombros y luego se asentó, de modo que caía por mi espalda y solo mis labios y mi mandíbula eran visibles. Apenas veía a través de la enclenque tela mientras fijaban las finas cadenas sobre mi cabeza para sujetarlo en su sitio. Este velo no era ni de lejos tan grueso como el que llevaba siempre que estaba en presencia de cualquier persona aparte de mi familia más cercana y sir Holland, y tampoco cubría mi cara entera.

Puede que no seas la Elegida, pero viniste a este mundo envuelta en el velo de los Primigenios. Una Doncella como prometieron los Hados. Y abandonarás este mundo tocada por la vida y la muerte, había dicho una vez mi vieja niñera, Odetta.

Era verdad que me parecía a los Elegidos, esos terceros hijos e hijas nacidos envueltos en un velo, destinados a servir al Primigenio de la Vida en su corte. Había pasado toda mi vida oculta tras este velo y, aunque había nacido envuelta en uno y tratada como la mayoría de los Elegidos en muchos aspectos, también era la Doncella. Lo que ellos estaban destinados a ser después de su Ascensión era el mayor honor que podía concedérsele a un mortal en cualquiera de los reinos. Se celebrarían festejos en todas las tierras como preparativos para la noche de su Rito, momento en el que Ascenderían y entrarían en el mundo de Iliseeum para servir a los Primigenios y a los dioses. Mi destino, en cambio, era el mayor secreto de toda Lasania. No habría celebraciones ni festejos. Esta noche, en mi cumpleaños número diecisiete, me convertiría en la consorte del Primigenio de la Muerte.

Se me cerró la garganta. ¿Por qué me mostraba tan aprensiva? Estaba preparada para esto. Estaba preparada para cumplir el trato. Estaba preparada para llevar a cabo lo que había nacido para hacer. Tenía que estarlo.

Parte de mí se preguntó si los Elegidos estarían nerviosos la noche de su Rito. Tenían que estarlo. ¿Quién no estaría ansioso en presencia de un dios menor, no digamos ya de un Primigenio, seres tan poderosos que se habían vuelto fundamentales para la propia esencia de nuestra existencia? O tal vez solo estuviesen emocionados de poder cumplir por fin sus destinos. Los había

visto sonreír y reír durante el Rito, solo la parte inferior de sus caras visible, claramente ansiosos por dar inicio a un nuevo capítulo en sus vidas.

Yo no sonreía ni reía.

Inspira. Contén. Espira. Contén.

Madre se inclinó hacia mí.

—Estás lista, princesa Seraphena.

Seraphena. Era muy excepcional que oyera mi nombre completo, y nunca lo había oído acompañado de mi título oficial. Fue como si alguien hubiese apretado un interruptor. En un instante, el atronar de mi corazón cesó y la presión de mi pecho se alivió. Mis manos se aquietaron.

—Lo estoy.

A través del velo, vi a la reina Calliphe sonreír, o al menos sus labios realizaron esa secuencia de movimientos. Nunca la había visto sonreírme *de verdad*, no como hacía con mis hermanastros o con su marido. Aunque me había llevado dentro durante nueve meses y me había traído a este mundo, yo jamás había sido suya. Jamás había sido la princesa de la gente.

Siempre le había pertenecido al Primigenio de la Muerte.

Me echó un último vistazo, retiró un rizo que había encontrado su camino por encima de mi hombro y luego se marchó de la habitación sin decir ni una palabra más. La puerta se cerró con un *clic* a su espalda y todos los sentidos que había pulido a lo largo de los años se intensificaron.

El silencio de la sala duró solo unos segundos.

—Hermanita —llegó la voz—. Estás tan quieta como una de las estatuas de los dioses en el jardín.

¿Hermanita? Mi labio se enroscó en una mueca de repugnancia apenas contenida. Él no era ningún hermano mío, ni de sangre ni de sentimiento, a pesar de que era el hijo del hombre con el que mi madre se había casado poco después de la muerte de mi padre. No llevaba ni una gota de sangre Mierel en su interior, pero como la gente de Lasania no sabía nada de mi nacimiento, él se había convertido en el heredero. Pronto sería rey, y estaba segura de que los ciudadanos de Lasania se enfrentarían a un tipo diferente de crisis incluso después de que yo cumpliera el trato.

Sin embargo, debido a su derecho al trono, era uno de los pocos que conocía la verdad acerca del rey Roderick, el primer rey de la dinastía Mierel y antepasado mío, cuya desesperada elección para salvar a su gente había sellado no solo mi destino, sino que también había condenado a futuras generaciones del mismísimo reino que pretendía proteger.

—Debes de estar nerviosa. —Tavius estaba más cerca—. Sé que la princesa Kayleigh lo está. Está preocupada por nuestra noche de bodas. —Mis dedos se soltaron de mis costados. Lo miré en silencio—. Le prometí que sería suave.

Tavius entró en mi campo de visión. Con su pelo castaño claro y sus ojos azules, mucha gente creía que era guapo, y apostaría a que la princesa de Irelone había pensado lo mismo la primera vez que lo vio. Seguro que había pensado que ninguna otra chica podía tener tanta suerte como ella. Dudaba de que ahora opinara lo mismo. Observé a Tavius caminar a mi alrededor como uno de los grandes halcones plateados que a menudo veía por encima de los árboles de los Olmos Oscuros.

—Dudo de que él te vaya a decir lo mismo. —Aun a través del velo, vi su sonrisilla de suficiencia. *Sentí* su mirada penetrante—. Ya sabes lo que dicen de él, las razones por las que nunca lo han pintado ni han tallado sus facciones en piedra. —Bajó la voz, llena de falsa empatía—. Dicen que es monstruoso, que su piel está cubierta de las mismas escamas que las bestias que lo protegen. Que tiene colmillos por dientes. Debes de estar aterrada de lo que tienes que hacer.

No estaba segura de si el Primigenio de la Muerte estaba cubierto de escamas o no, pero todos ellos, dioses y Primigenios, tenían largos y afilados caninos. Colmillos lo bastante puntiagudos como para perforar piel y carne.

—¿Crees que un beso de sangre te proporcionará un gran placer, como dicen algunos? —se burló—. ¿O te causará un dolor terrible cuando hinque esos dientes en tu piel intacta? —Su voz se volvió más pastosa—. Probablemente ocurrirá lo segundo.

Odiaba a Tavius aún más de lo que odiaba este vestido.

Se movió de nuevo. Caminaba acechante a mi alrededor mientras se daba golpecitos con un dedo en la barbilla. Me hormigueaba toda la piel, pero me quedé inmóvil.

—Aunque bien es cierto que te han entrenado para cumplir esta misión hasta el final, ¿no? Para convertirte en su debilidad, hacer que se enamore de ti y luego terminar con él. —Se detuvo delante de mí una vez más—. Sé del tiempo que has pasado bajo la tutela de las cortesanas de El Jade. Así que tal vez no estés nerviosa —continuó—. Quizás estés impaciente por *servir*…

Levantó una mano hacia mí. Lo agarré de la muñeca e hinqué mis dedos en sus tendones. Todo su cuerpo dio una sacudida y soltó una maldición.

—Tócame y te romperé todos los huesos de la mano —le advertí—. Y después me aseguraré de que la princesa no tenga ninguna razón para temer a

su noche de bodas ni a *ninguna* noche que esté condenada a pasar a tu lado.

La tensión se acumuló en el brazo de Tavius mientras me miraba iracundo.

- —Tienes una suerte increíble —escupió—. No te haces una idea.
- —No, Tavius. —Lo aparté de un empujón, un recordatorio de que mi entrenamiento no había consistido solo en el tiempo pasado con las cortesanas. Se tambaleó pero logró recuperar el equilibrio antes de chocar con el espejo—. Eres tú el que tienes suerte.

Abrió las aletas de la nariz y se frotó la cara interna de la muñeca, pero no dijo nada mientras yo me quedaba ahí de pie, inmóvil una vez más. Iba muy en serio. Podía romperle el cuello antes de que tuviese ocasión de levantar una mano contra mí siquiera. Debido a mi destino, estaba mejor entrenada que la mayoría de los guardias reales que lo protegían. Aun así, era lo bastante arrogante y malcriado como para intentar algo.

Casi esperaba que lo hiciera.

Tavius dio un paso adelante y empecé a sonreír...

Una llamada a la puerta impidió que siguiera el curso de todo tipo de ideas increíblemente estúpidas que hubiesen podido metérsele en la cabeza. Bajó las manos.

—¿Qué? —ladró.

La voz nerviosa de la dama de compañía de mi madre llegó a través de la puerta.

—Los sacerdotes esperan que llegue pronto.

Tavius esbozó una sonrisa burlona al pasar por mi lado. Se giró hacia mí.

—Hora de que seas útil por una vez —me lanzó.

Abrió la puerta y salió despacio, consciente de que no le respondería delante de *lady* Kala. Absolutamente todo lo que hiciera frente a esa mujer llegaría a oídos de mi madre. Y ella, por alguna razón incongruente, le tenía cariño a Tavius, como si fuese merecedor de semejante emoción. Esperé hasta que hubo desaparecido por uno de los muchos pasillos serpenteantes del Templo Sombrío, situado justo fuera del Distrito Jardín de la capital, al pie de los Acantilados de la Tristeza. Los pasillos eran igual de numerosos que los túneles que discurrían por debajo y conectaban todos los templos de Carsodonia, la capital, con el castillo de Wayfair.

Pensé en la mortal Sotoria, por quien habían sido bautizados los vertiginosos riscos. La leyenda decía que había estado recolectando flores por los acantilados y había muerto al caer por el borde después de que la asustara un dios.

Tal vez ahora no fuese el momento más oportuno para pensar en ella.

Levanté las diáfanas faldas de mi vestido, di media vuelta y eché a andar descalza por el frío suelo.

Lady Kala era poco más que un manchurrón en el pasillo, pero vi que se apresuraba a girar la cabeza para no mirarme.

- —Vamos —dijo, y empezó a andar, pero se detuvo casi al instante—. ¿Ves algo con ese velo?
 - —Un poco —admití.

Estiró un brazo hacia atrás y lo entrelazó con el mío. El contacto inesperado me hizo dar un respingo y de pronto me sentí agradecida de llevar el velo. Como todos los demás Elegidos, mi piel no podía encontrarse con la de ninguna otra persona a menos que tuviese relación con mis preparativos. Que *lady* Kala me hubiese tocado decía mucho.

Me condujo por pasillos interminables y enrevesados, con nada más que puertas y numerosos candeleros con velas encendidas. Justo acababa de empezar a preguntarme si se habría perdido cuando el borroso contorno de dos figuras silenciosas vestidas de negro apareció al lado de unas puertas de doble hoja.

Sacerdotes Sombríos.

Habían llevado su voto de silencio a una nueva dimensión al coserse los labios para mantenerlos cerrados. Siempre me preguntaba cómo comían o bebían. Por su constitución demacrada y espectral bajo sus vestiduras negras, fuera cual fuere el método que utilizaran, no estaba funcionándoles demasiado bien.

Reprimí un escalofrío cuando cada sacerdote abrió una puerta para revelar una gran sala circular iluminada por cientos de velas. Un tercer Sacerdote Sombrío apareció de la nada y ocupó el lugar de *lady* Kala. Sus dedos huesudos no tocaron mi piel, sino que se apretaron contra el centro de mi espalda. El contacto seguía siendo molesto para mí, me daba ganas de apartarme, pero sabía bien que no debía rehuir la frialdad de sus dedos, que se filtraba a través de la fina capa de tela. Me forcé a respirar y opté por contemplar los grabados tallados en la piedra por lo demás lisa. Un círculo con una línea a través de él. El símbolo ocupaba cada losa de piedra. Como no lo había visto nunca hasta entonces, no sabía lo que significaba. Levanté la vista hacia el amplio estrado que tenía delante. El sacerdote me guio pasillo abajo y parte de la presión regresó a mi pecho. No miré las filas de bancos vacías. Si de verdad fuese una Elegida, esos bancos estarían llenos de la

nobleza de más alto rango, y las calles en el exterior rebosarían de bullicio y vítores. El silencio de la sala me heló la piel.

Hasta entonces solo había habido un trono, construido con la misma piedra que el resto del templo. La piedra umbra era del color de la noche más cerrada, un material maravilloso que podía pulirse hasta reflejar cualquier fuente de luz y podía afilarse para formar hojas lo bastante cortantes como para seccionar carne y hueso. El trono era del tipo de umbra reluciente. Absorbía el resplandor de la luz de las velas hasta que la piedra parecía llena de fuego oscuro. Al respaldo del asiento le habían dado forma de luna en cuarto creciente.

La forma exacta de la marca de nacimiento que tenía justo por encima de mi escápula izquierda. La señal reveladora de que incluso antes de nacer, mi vida nunca había sido mía.

Esta noche, había dos tronos.

Mientras me conducían hasta el estrado y me ayudaban a subir las escaleras, deseé de todo corazón haber pedido ese vaso de agua. Guiada hasta el segundo trono, me sentaron en él y luego me dejaron sola.

Apoyé las manos en los reposabrazos del trono y escudriñé los bancos a mis pies. No estaba presente ni una sola alma de Lasania. Ninguno de ellos sabía siquiera que sus vidas y las vidas de sus hijos dependían de esta noche y de lo que yo tenía que hacer. Si alguna vez descubrían que Roderick Mierel, al que las historias de Lasania denominaban el Rey Dorado, no había pasado noche y día en los campos con su gente, cavando y limpiando las tierras arruinadas por la guerra hasta que revelaron suelo limpio y fértil... Que no había sembrado la tierra junto a sus súbditos; que su sangre, sudor y lágrimas no habían construido el reino... Si se enteraban de que las canciones y los poemas escritos sobre él estaban basados en una fábula, lo que quedaba de la dinastía Mierel seguramente se vendría abajo.

Alguien cerró las puertas y dirigí la vista hacia el fondo de la sala, donde pude distinguir las formas borrosas de mi madre y de Tavius a la luz de las velas. Había una tercera figura con ellos: el rey Ernald. Mi hermanastra, la princesa Ezmeria, Ezra, estaba al lado de su padre y de su hermano, y no necesitaba ver su expresión para saber que odiaba todos los aspectos de este trato. Sir Holland no estaba presente. Me hubiese gustado despedirme de él, aunque tampoco esperaba que viniera. Su presencia provocaría demasiadas preguntas entre los Sacerdotes Sombríos.

Revelaría demasiado.

Que yo no era un dechado de pureza real, sino un lobo disfrazado de chivo expiatorio.

No solo cumpliría el trato que había cerrado el rey Roderick. Terminaría con él antes de que destruyera mi reino.

La determinación llenó mi pecho de calor, como hacía siempre que utilizaba mi don. Este era mi destino. Mi propósito en la vida. Lo que iba a hacer era más grande que yo. Era por Lasania.

Así que me quedé ahí sentada, los tobillos cruzados con recato por debajo del vestido, las manos relajadas sobre los reposabrazos del trono mientras esperaba.

Y seguía esperando.

Los segundos se convirtieron en minutos. No supe cuántos pasaron, pero se formaron nudos de inquietud en mi estómago. Lo habían convocado a *su* templo. ¿No debería… no debería estar aquí ya?

Se me humedecieron las palmas de las manos a medida que los nudos crecían y se extendían por mi pecho. La presión aumentó. ¿Y si no aparecía?

¿Por qué no habría de aparecer?

Este era su trato.

Siempre pensé que cuando el rey Roderick había llegado a estar tan desesperado como para hacer *cualquier cosa* por salvar sus tierras arruinadas por la guerra y salvar a aquellos que se estaban muriendo de hambre después de haber sufrido ya muchísimo, esperaba que un dios menor respondiera a su llamada, cosa que era mucho más habitual entre los que eran lo bastante osados como para hacer semejante cosa. Pero el que había contestado al Rey Dorado había sido un Primigenio.

Y al acceder a dar satisfacción a la petición del rey Roderick, este era el precio que había exigido el Primigenio de la Muerte: quería a la primera hija nacida de la dinastía Mierel como su consorte.

El Primigenio tenía que venir.

Pero ¿y si no lo hacía? Mi corazón latía a un ritmo frenético mientras mis dedos se cerraban en torno a la piedra gélida del trono.

Inspira. Contén. Espira. Contén.

Si no venía, todo estaría perdido. Todo lo que le había concedido al rey Roderick continuaría estropeándose. Si no venía a por mí y no recibía su pago, si yo no cumplía mi parte del trato, condenaría al reino a una muerte lenta a manos de la Podredumbre. La plaga había empezado cuando nací, primero con solo una pequeña franja de tierra en un huerto de árboles frutales. Las manzanas habían caído aún verdes de árboles que habían empezado a

perder sus hojas. El suelo a sus pies se había vuelto gris, y la hierba, junto a las raíces de los manzanos, había muerto. Luego, la Podredumbre se había extendido hasta acabar poco a poco con el huerto entero. Desde entonces, había devastado varias granjas más. Una vez que el suelo era mancillado por la Podredumbre, nada de lo que se sembraba en esa tierra sobrevivía.

Y no solo estaba afectando a la tierra. Había cambiado el clima, hacía los veranos más calientes y secos, los inviernos más fríos e impredecibles.

La gente de Lasania no tenía ni idea de que la Podredumbre era una cuenta atrás. Era una fecha de vencimiento del trato que el Rey Dorado había cerrado, una que había empezado con mi nacimiento. Había bastantes probabilidades de que el Rey Dorado no se hubiese percatado de que el trato expiraría pasara lo que pasare. Eso era algo que se había descubierto en las décadas posteriores a haberse cerrado el acuerdo. Si yo fracasaba, el reino se...

Empezó con un retumbar sordo, como el sonido lejano de carros y carruajes rodando por las calles adoquinadas de Carsodonia. Pero el sonido aumentó hasta que lo noté en el trono sobre el que estaba sentada... y en mis huesos.

El retumbar cesó y las velas, todas ellas, se apagaron, sumiendo la sala en una oscuridad profunda. Una brisa de aroma terroso removió los bordes del velo que rodeaba mi cara y los bajos de mi vestido.

De golpe, brotaron llamas de las velas y subieron hacia los altísimos techos. Clavé los ojos en el pasillo central, donde el aire mismo se había abierto en canal y escupía una luz blanca chisporroteante.

Una especie de neblina se filtró por la fisura, lamió el suelo de piedra y se extendió hacia los bancos. Se me puso la carne de gallina en respuesta. Había quien llamaba a esa neblina «magia primigenia». Era *eather*. La potente esencia que no solo había creado el mundo mortal e Iliseeum, sino que también era lo que corría por la sangre de un dios y proporcionaba incluso a los más pequeños y desconocidos de ellos un poder inimaginable.

Parpadeé. Eso fue todo lo que hice. *Parpadeé* y el espacio de delante del estrado, que había estado vacío, ya no lo estaba. Había un hombre ahí, enfundado en una capa con capucha y rodeado de palpitantes zarcillos giratorios de oscuras sombras entreveradas con luminosas franjas plateadas. No me permití pensar en lo que Tavius había dicho sobre él. No *podía* hacerlo. En lugar de eso, traté de ver a través de la etérea masa de sombras ahumadas. Todo lo que pude distinguir fue que era increíblemente alto. Incluso desde donde estaba sentada, supe que sería muchísimo más alto que

yo, y yo no era bajita en absoluto, casi de la misma altura que Tavius. Pero él era un Primigenio, y en las leyendas escritas sobre ellos en los libros de Historia, a veces se les describía como gigantes entre los mortales.

Parecía ancho de hombros, o al menos eso fue lo que pensé que era esa masa de oscuridad más profunda y densa que tomó la forma de... *alas*. Su cabeza encapuchada se echó hacia atrás.

Olvidé mis ejercicios de respiración al instante. No lograba ver su rostro, pero percibía la intensidad de su mirada. Sus ojos me atravesaron y, durante un breve momento de pánico, temí que supiera que no había pasado diecisiete años preparándome para convertirme en su consorte. Que mi formación iba más allá de eso. Y que la docilidad, la *sumisión* que me habían enseñado a mostrar, no era más que otro velo que llevaba.

Por un momento se me paró el corazón, sentada sobre el trono destinado a la consorte de las Tierras Umbrías, una de las cortes dentro de Iliseeum. Al contemplar al Primigenio de la Muerte, sentí lo que era el verdadero terror por primera vez en mi vida.

Los Primigenios no podían leer los pensamientos de los mortales. En el fondo de mi mente, en la que todavía existía algún resquicio de inteligencia, lo sabía. No había ninguna razón para que sospechara que yo era nada más que lo que parecía ser. Ni aunque me hubiese observado crecer a lo largo de los años, o aunque hubiese enviado espías a Lasania, mi identidad, mi origen y mi linaje se habían mantenido en secreto. Nadie sabía siquiera que *hubiese* una princesa de sangre Mierel. Todo lo que había hecho se había llevado a cabo con un altísimo grado de secretismo, desde entrenar con sir Holland hasta el tiempo pasado con las cortesanas de El Jade.

No había forma de que supiera que, en los doscientos años que había costado que yo naciera, habían descubierto cómo matar a un Primigenio.

Amor.

Tenían una debilidad fatal que los hacía lo bastante vulnerables como para poder matarlos, y esa era el amor.

Hacer que se enamore, convertirme en su debilidad y terminar con él.

Ese era mi destino.

Recuperé el control de mi corazón desbocado y recurrí a las horas pasadas con mi madre. Horas en las que había aprendido lo que se esperaría de mí como su consorte. Cómo moverme, hablar y actuar en su presencia. Cómo convertirme en lo que fuese que él deseara. Estaba preparada para esto... estuviera o no cubierto de la cabeza a los pies por las escamas de las bestias aladas que protegían a los Primigenios.

Mis dedos se relajaron, mi respiración se ralentizó y dejé que mis labios se curvaran en una leve sonrisa, tímida e inocente. Me puse de pie bajo el resplandor de la luz de las velas, sobre unos pies que no sentía. Crucé las manos con dulzura delante de mí para que no hubiera nada oculto a su vista, justo como me había instruido mi madre. Empecé a arrodillarme, como debía hacerse al recibir a un Primigenio.

Una ráfaga de aire fue el único aviso que tuve de que el Primigenio se había movido.

La sorpresa silenció la exclamación ahogada antes de que alcanzara mis labios. De repente estaba delante de mí. No había más que unos pocos centímetros entre nosotros. Una luz rutilante giraba por el aire a mi alrededor. El Primigenio parecía *frío*, como los inviernos del norte y del este. Como se estaban volviendo poco a poco los inviernos aquí en Lasania a cada año que pasaba.

No estaba segura de si respiré siquiera mientras levantaba la vista hacia el vacío donde debería estar su cara. El Primigenio de la Muerte se acercó más y uno de los zarcillos de sombra rozó la piel desnuda de mi brazo. Solté una exclamación ante la sensación gélida. Él agachó la cabeza y todos los músculos de mi cuerpo se tensaron. No estaba segura de si era su presencia o el instinto innato que todos teníamos y que nos advertía que no debíamos correr. Que no debíamos hacer ningún movimiento repentino en presencia de un depredador.

—Tú —dijo, su voz como humo y sombras y llena de todo lo que aguardaba cuando uno respiraba su último aliento—. No necesito una consorte.

Todo mi cuerpo dio un respingo.

—¿Qué? —susurré. El Primigenio se echó atrás, las sombras se retrajeron con él. Sacudió la cabeza. ¿Qué quería decir? Di un paso adelante—. ¿Qué…? —repetí.

Esta vez, el viento provino de detrás de mí y volvió a sumir la habitación en la oscuridad cuando todas las velas se apagaron. El retumbar fue más débil que la vez anterior, pero no me atreví a moverme. No tenía ni idea de dónde estaba él. Ni siquiera estaba segura de dónde estaba el borde del estrado. El aroma terroso desapareció y las llamas volvieron despacio a las velas, que se fueron prendiendo con una luz débil...

Ya no estaba delante de mí.

Tenues hilillos de *eather* emanaban de la fisura ahora sellada en el suelo. Se había ido.

El Primigenio de la Muerte se había marchado. No me había llevado consigo, y en un rincón profundo y oculto en mi interior, el alivio floreció y luego se marchitó. Él no había cumplido el trato.

- —¿Qué... qué ha pasado? —Me llegó la voz de mi madre y levanté la vista para encontrarla delante de mí—. ¿Qué ha pasado?
- —No… no lo sé. —El pánico hincó las garras en mí mientras me giraba hacia mi madre. Envolví los brazos a mi alrededor—. No lo entiendo.

Mi madre tenía los ojos muy abiertos, reflejaban la tormenta que bullía en mi interior.

- —¿Te ha dicho algo? —susurró.
- —Dijo... —Intenté tragar saliva, pero se me cerró la garganta. La periferia de mi visión se puso blanca. Por muchos ejercicios respiratorios que hiciera, nada podría aliviar la alarma que arraigó en mi interior—. No lo entiendo. Hice todo lo...

El picor ardiente de la bofetada de mi madre me dejó impactada. No me lo esperaba. Ni siquiera me había preparado para que hiciera algo así. Me llevé una mano temblorosa a la mejilla y me quedé ahí plantada, aturdida e incapaz de procesar lo que *había* pasado. Lo que *estaba* pasando.

Sus ojos oscuros estaban aún más abiertos ahora, su piel era de un espantoso tono lívido.

—¿Qué has hecho? —Retrajo la mano hacia su pecho—. ¿Qué has hecho, Sera?

No había hecho nada. Solo lo que me habían enseñado. Pero no podía decirle eso. No podía decirle nada. Me fallaron las palabras al tiempo que algo se hacía añicos en mi interior y luego se marchitaba.

 $-T\acute{u}$ —dijo mi madre. Aunque su voz no era humo y sombras, fue igual de terminante. Sus ojos centelleaban—. Nos has fallado. Y ahora, todo... *todo*... está perdido.

Capítulo 1



Tres años después...

El lord de las islas Vodina caminaba con aire pomposo por el centro del Gran Salón del castillo de Wayfair, las pisadas suaves y regulares de sus relucientes botas eran un fiel reflejo del tamborileo silencioso de mis dedos contra mi muslo. Era apuesto de un modo algo rudo, la piel tostada por el sol y los brazos torneados por horas blandiendo la pesada espada que llevaba a la cintura. La sonrisa de suficiencia del rostro de lord Claus, la inclinación arrogante de su cabeza rubia y el saco de arpillera que llevaba en la mano me dijeron todo lo que necesitaba saber acerca de cómo iba a acabar esto. Aunque ninguno de los presentes movió ni un músculo ni hizo un solo ruido.

Ni los guardias reales que formaban una línea rígida delante del estrado, vestidos de gala. Estaban ridículos. Flecos dorados caían de las abultadas hombreras de sus chalecos color ciruela, a juego con sus bombachos. Sus chaquetillas con solapas y sus gruesos pantalones eran demasiado pesados para el caluroso verano de Carsodonia, y en realidad no les permitían moverse con la misma libertad que la sencilla túnica y los pantalones ceñidos que llevaban los guardias de menor rango y los soldados. Sus uniformes anunciaban a gritos un *privilegio* que no se habían ganado con las espadas que llevaban envainadas en sus fundas de hueso con incrustaciones de piedras preciosas.

No hubo ningún movimiento en el estrado, donde el rey y la reina de Lasania estaban sentados sobre sus tronos adornados con diamantes y cuarzo, observando al lord que se aproximaba a ellos. Las coronas de hojas doradas que descansaban sobre sus cabezas centelleaban a la luz de las velas y, mientras que los ojos de mi padrastro brillaban con una esperanza febril, los de mi madre no revelaban absolutamente nada. De pie, muy rígido al lado del rey, el heredero del reino parecía estar en algún punto entre medio dormido e irritado por la responsabilidad que requería su presencia. Conociendo a Tavius, era muy probable que a estas horas de la noche prefiriera haberse bebido ya tres jarras de cerveza y estar entre las piernas de alguna mujer.

La reina Calliphe rompió el tenso silencio, su voz seca en el aire cálido y denso, cargado con el aroma a rosas.

—No esperaba que respondierais a la oferta hecha por nuestro consejero a vuestra corona. —Su tono era inconfundible. La presencia del lord de las islas Vodina era un insulto. No era miembro de la realeza. Y las acciones del lord estaban claras: no le importaba lo más mínimo—. ¿Hablas en nombre de tu rey y de tu reina?

Lord Claus se detuvo a pocos centímetros de los guardias reales y levantó su mirada impertérrita. No respondió mientras deslizaba la vista por el estrado hacia los muchos recovecos entre las columnas. A mi lado, sir Holland, caballero de los guardias reales, se puso tenso y apretó más la mano sobre la espada que llevaba a la cintura cuando los ojos del lord pasaron por encima de mí y luego volvieron atrás de golpe.

Le sostuve la mirada, una acción por la que seguro que recibiría una reprimenda más tarde, pero solo un puñado de personas del reino entero sabían que yo era la última de la estirpe Mierel, una princesa. Y menos aún sabían que había sido la Doncella prometida al Primigenio de la Muerte. Este lord petulante ni siquiera estaba al tanto de que la única razón de que él estuviera ahí de pie era porque yo le había fallado a Lasania.

Aunque estaba rodeada de sombras, el lento escrutinio de lord Claus fue como una caricia sudorosa, se demoró en la piel desnuda de mis brazos y en el escote de mi corpiño antes de llegar a mis ojos. Frunció los labios y me lanzó un beso.

Arqueé una ceja.

Su sonrisa vaciló.

La reina Calliphe se percató de la dirección de su atención y se puso rígida.

- —¿Hablas en nombre de tu corona? —repitió.
- —Así es. —Lord Claus devolvió su atención al estrado.

—¿Y tienes una respuesta? —preguntó la reina a medida que una mancha de color óxido se extendía por el fondo del saco de arpillera—. ¿Acepta tu corona nuestro juramento de lealtad a cambio de ayuda?

El equivalente a dos años de cosechas. Apenas suficiente para complementar las pérdidas agrícolas a causa de la Podredumbre.

—Tengo vuestra respuesta. —Lord Claus tiró el saco hacia delante.

Golpeó el mármol con un extraño ruido *mojado* antes de rodar por el suelo de baldosas. Algo redondo salió rodando del saco y dejó un irregular rastro... rojo a su paso. Pelo castaño. Una tez de una palidez espectral. Jirones de piel deshilachada. Hueso cortado.

La cabeza de lord Sarros, consejero del rey y de la reina de Lasania rebotó contra la bota de un guardia real.

- —Por todos los dioses —exclamó Tavius, dando un rápido paso atrás.
- —Esta es nuestra respuesta a vuestra mísera oferta de lealtad. —Lord Claus retrocedió un paso y apoyó la mano sobre la empuñadura de su espada.
- —Vaya —murmuró sir Holland, mientras varios de los guardias reales echaban mano de sus armas—. Eso no me lo esperaba.

Giré la cabeza hacia él al detectar lo que me pareció un asomo de diversión mórbida en los rasgos de su piel marrón oscura.

- —Alto —ordenó el rey Ernald. Levantó una mano y los guardias reales se detuvieron.
 - —Eso sí que me lo esperaba —añadió sir Holland en voz baja.

Cerré la boca con fuerza para no hacer algo extremadamente inapropiado. Miré a mi madre. No había ni un indicio de emoción en el rostro de la reina, que seguía ahí sentada con el cuello tieso y la barbilla alta.

- —Un simple «no» hubiese bastado —declaró.
- —Pero ¿hubiese tenido el mismo impacto? —preguntó lord Claus, esa media sonrisa otra vez presente—. La lealtad de un reino que se está derrumbando no merece ni un día de cosecha. —Levantó la vista hacia nuestro rincón y continuó retrocediendo—. Pero si incluyerais en el trato esa preciosa pieza de ahí detrás, tal vez me podríais convencer para que hablase a vuestro favor ante la corona de las Vodina.

Los nudillos del rey se pusieron blancos de tanto apretar los reposabrazos del trono.

—Mi doncella personal no es parte del trato —dijo la reina Calliphe.

Igual que mi madre, no mostré emoción alguna. Nada. Doncella personal. Sirvienta. No hija.

—Es una pena. —Lord Claus subió el corto tramo de escaleras que conducía a la entrada del Gran Salón. Con la mano aún sobre la empuñadura de su espada, su elaborada reverencia fue una burla en la misma medida que lo fue lo que salió por sus labios bien formados—. Benditos seáis en el nombre de los Primigenios.

Recibió silencio como respuesta. Dio media vuelta y salió del Gran Salón. Su risa llegó de vuelta a la sala, tan densa y empalagosa como las rosas.

La reina Calliphe se echó hacia delante para mirar hacia nuestro recoveco. Sus ojos se cruzaron con los míos y una extraña mezcla de emociones reptó por mi piel. Amor. Esperanza. Desesperación. Ira. No recordaba la última vez que me había mirado directamente, pero ahora lo había hecho, y alimentó la semilla de la aprensión.

—Demuéstrale cuán preciosa eres como pieza —me ordenó, y sir Holland maldijo entre dientes—. Demuéstraselo a todos los lores de las islas Vodina.

Una sensación de aflicción casi asfixiante se instaló en mi garganta, pero reprimí ese pensamiento antes de que pudiese germinar y cobrar una vida del todo nueva. Lo reprimí todo mientras soltaba el aire, una espiración larga y lenta. Como infinidad de veces antes, el vacío se filtró a través mi piel. Asentí, al tiempo que abrazaba la nada que impregnó mis músculos y penetró en mis huesos. Dejé que esa nada invadiera mis pensamientos hasta que no quedó ni un resquicio de quién era yo. Hasta que fui como esos pobres espíritus perdidos que vagaban por los Olmos Oscuros. Un recipiente vacío, lleno una vez más de un propósito. Fue como ponerme el velo de la Elegida. Asentí y di media vuelta sin decir una palabra.

—Deberías habérsela dado al lord sin más —comentó Tavius—. Al menos entonces podría habernos hecho algún bien.

Hice caso omiso de los comentarios cáusticos del príncipe y caminé deprisa por el lateral de la sala; la falda de mi vestido chasqueaba en torno a los tacones bajos de mis botas mientras salía del Gran Salón.

El pasillo estaba envuelto en una quietud tenebrosa. Estiré una mano y levanté la capucha adosada al cuello de mi vestido. La calé bien sobre mi cabeza, un acto impulsado más por la costumbre que por cualquier otra cosa. Muchos de los que trabajaban dentro del castillo de Wayfair me conocían solo por cómo me había descrito la reina: una doncella personal. Para la mayoría de los que estaban fuera del castillo, mis rasgos eran los de una desconocida, igual que cuando iba velada como la Elegida.

Pasé por delante de los grandes estandartes color malva que adornaban las paredes. Ondeaban con suavidad, removidos por la brisa cálida que entraba

por las ventanas abiertas. En el centro de cada estandarte, el escudo real dorado centelleaba a la luz de las lámparas de aceite.

Una corona de hojas doradas con una espada atravesada en el centro.

Se suponía que el escudo representaba la fuerza y el liderazgo. A mí me parecía como si a alguien lo estuvieran apuñalando en pleno cráneo. No podía ser la única que creía eso.

Pasé por delante de los guardias reales apostados ante las puertas que conducían a la muralla que daba al mar Stroud, donde sabía que el barco estaría esperando para regresar a las islas Vodina. Dejé atrás los establos, crucé el patio y salí con discreción por la verja estrecha y más pequeña que rara vez se utilizaba, pues daba a un sendero mucho menos transitado a través de los acantilados que se alzaban por encima de la Ciudad Baja, una zona atestada de almacenes y tugurios que atendía las necesidades de los marineros y los estibadores.

A la luz de la luna, recorrí con cuidado el empinado sendero en dirección a las oscuras velas carmesíes que veía en lo alto de los achaparrados barcos cuadrados con el escudo de las Vodina: una serpiente marina de cuatro cabezas.

Dios, odiaba a las serpientes. De una cabeza o de cuatro.

Según lo que había dicho lord Sarros antes del desafortunado incidente en el que le cortaron la cabeza, con lord Claus había viajado una tripulación pequeña: otros tres lores.

El olor salado del mar llenaba el aire y humedecía mi piel cuando llegué a terreno llano y entré en una de las callejuelas entre los edificios oscuros y silenciosos. Las suelas de mis botas no hacían ruido alguno sobre la piedra agrietada. Caminé con sigilo hacia el borde de un edificio que quedaba en diagonal al barco de las Vodinas, los bajos de mi vestido aleteaban silenciosos en torno a mis piernas. Años de entrenamiento intensivo con sir Holland habían garantizado que mis pasos fuesen ligeros, y mis movimientos, precisos. El casi absoluto silencio con el que era capaz de moverme era una de las razones por las que algunos de los sirvientes más viejos temían que en realidad no fuese de carne y hueso, sino algún tipo de fantasma. A veces daba la impresión de que era... de que no era más que el leve trazo de un espectro, no del todo formada.

Esta noche era una de esas noches.

A escasos metros del muelle, me detuve y esperé. Marineros y trabajadores pasaban por delante de la boca del callejón, algunos apresurados y otros ya tambaleantes. Deslicé la mano por la raja del vestido, que me

llegaba hasta el muslo, y cerré los dedos en torno al mango de mi daga. El hierro se caldeó con el contacto y se convirtió en parte de mí. Sentí el borde de la hoja justo por encima de su funda. Piedra umbra. Las dagas de piedra umbra eran raras en el mundo mortal.

En la calle, un poco más allá, se abrió una puerta. Una risa atronadora salió a borbotones, seguida de una risita más aguda. Mantuve la vista al frente, inmóvil entre las sombras mientras pensaba en mi madre, en mi *familia*. Lo más probable era que ya hubiesen pasado al salón de banquetes, donde compartirían comida y conversación, y fingirían que el lord de las islas Vodina no acababa de devolverles a su consejero sin su cuerpo. Fingirían que esta no era otra señal de que el reino estaba a punto de irse al traste. Yo no había cenado con ellos nunca, ni una sola vez. Ni siquiera antes de haberle fallado al reino. Por aquel entonces no me molestaba. No demasiado a menudo, al menos, porque había sido *Elegida*. Tenía un propósito en la vida.

No necesito una consorte.

Las cosas habían sido duras después de eso. Pero ¿cuando cumplí dieciocho años? Me volvieron a poner el velo y me envolvieron en esa vaporosa mortaja de vestido y me llevaron al Templo Sombrío mientras convocaban otra vez al Primigenio de la Muerte.

No se había presentado.

Las cosas fueron aún más duras cuando cumplí los diecinueve. Y entonces, hace seis meses, cuando cumplí veinte años y me encontré una vez más sentada en el trono con ese maldito velo y ese horrible vestido por tercera vez... Habían vuelto a convocarlo, y una vez más no había aparecido. Todo cambió de golpe. No había sabido lo que era *duro* hasta entonces.

Antes, siempre me enviaban la comida a mi habitación: el desayuno, un almuerzo frugal y luego la cena. Después del primer encuentro con el Primigenio, aquello cambió. Empezaron a saltarse comidas. Me traían menos cantidad. Pero después de la última vez que lo llamaron, dejaron de mandar nada a mis aposentos. Tenía que entrar a hurtadillas en las cocinas durante la breve ventana temporal en la que podía encontrar comida que aún mereciera la pena consumir. Pero podía soportarlo, así como la falta de otros artículos de primera necesidad y de ropa nueva para sustituir prendas ya muy ajadas. Mucha gente de Lasania tenía aún menos que yo. Lo peor era el hecho de que mi madre apenas me había dirigido la palabra en los últimos tres años. Apenas me miraba, excepto en noches como esta, cuando quería enviar un mensaje. Pasaban semanas enteras en las que no la veía ni un segundo y, aunque siempre había sido una figura remota, sí que había tenido la

oportunidad de pasar tiempo con ella. Venía a ver nuestros entrenamientos e incluso compartía una comida conmigo de vez en cuando. Y luego estaba Tavius, que ahora se comportaba con la certeza de que sus acciones tenían pocas consecuencias, o ninguna en absoluto. Las horas que no pasaba entrenando con sir Holland (que estaba convencido de que el Primigenio todavía vendría a por mí, porque yo jamás le había contado a nadie lo que había dicho, ni siquiera a mi hermanastra, Ezra) y estaba sola sin nadie con quien pasar el rato o con quien intimar, eran largas y transcurrían despacio.

Sin embargo, esta noche me había mirado. Me había hablado. Y *esto* era lo que quería.

Un regusto amargo se arremolinó en el fondo de mi boca cuando una figura familiar apareció en la boca del callejón. Reconocí el corte de la oscura túnica carmesí y el brillo de su pelo rubio a la luz de la luna.

Mi corazón latía a un ritmo pausado y regular cuando retiré mi capucha y salí de entre las sombras para quedar iluminada por la luz de las farolas.

—Lord Claus —lo llamé.

Se detuvo y miró hacia la callejuela. Ladeó la cabeza y no supe si sentí alivio o dolor o nada en absoluto cuando contestó.

- —¿Doncella?
- —Sí.
- —Demonios —murmuró con voz melosa, al tiempo que se adentraba en el callejón—. ¿La zorra de la reina cambió de opinión? —Cada paso que daba hacia mí era arrogante, pausado y confiado—. ¿O es que te gusté? —Se enderezó un poco—. ¿Y has tomado tu propia decisión?

Esperé a que estuviera a poco más de un metro de mí y lo bastante lejos de la calle. Claro que en esta zona de Carsodonia uno podía gritar y nadie movería ni una pestaña.

- —Alguna cosa así.
- —¿Alguna? —El aire silbó entre sus dientes cuando sus ojos se fijaron otra vez al sur de mi cara, en las curvas de mis senos, por encima del corpiño semitransparente—. Apuesto a que sabes mucho sobre ciertas cosas, ¿me equivoco?

Ni siquiera estaba segura de lo que quería decir con eso, aunque en realidad no me importaba nada.

- —La reina estaba bastante disgustada con vuestra respuesta.
- —Estoy seguro de que sí. —Su risa áspera se diluyó. Al final, levantó la vista hacia mi cara y se detuvo delante de mí—. Espero que no hayas venido todo el camino hasta aquí y me hayas esperado solo para decirme eso.

- —No. He venido a darte un mensaje.
- —¿Ese mensaje está aquí debajo? —preguntó lord Claus, y deslizó un dedo por la raja de mi vestido—. Apuesto a que está agradable y calentito y... —Tiró de la fina tela y dejó al descubierto la funda que llevaba atada al muslo.
- —El mensaje no está tenso ni mojado ni ninguna otra palabra soez que haya estado a punto de salir por tu boca. —Desenvainé la daga. Sus ojos volaron hacia los míos y se abrieron un momento debido a la sorpresa.
 - —Tienes que estar de broma.
- —La única broma aquí es que creías que ibas a vivir hasta mañana. Hice una pausa—. Y que caíste en esta trampa de cabeza.

La ira espantó a la sorpresa, moteando y retorciendo su rostro. Los hombres y sus frágiles egos. Eran tan fáciles de manipular...

Lord Claus columpió un puño carnoso en mi dirección, justo como sabía que haría. Me agaché, su brazo pasó volando por encima de mí y surgí a toda velocidad detrás de él. Lancé una patada y planté mi pie en el centro de su espalda. Se tambaleó hacia delante con un gruñido mientras intentaba evitar caer. Desenvainó su espada y la movió delante de él en un gran arco que me obligó a retroceder sobre pies ligeros. Ese era uno de los beneficios de un arma grande como una espada. Forzaba al rival a mantenerse a distancia y a ser ágil, porque debía arriesgar una extremidad o incluso la vida para acercarse. Pero también era más pesada y muy poca gente podía blandir una con gracia.

Lord Claus no era uno de ellos.

Yo tampoco.

- —¿Sabes lo que voy a hacer? —Caminó amenazador hacia mí.
- —Deja que lo adivine. Estoy segura de que es algo asqueroso que tendrá que ver con tu pene y luego con tu espada. —Dio un paso en falso—. Lo sabía. —Me colé por debajo de su ataque y lancé otra patada. Apunté bajo y le di en la tripa. El impacto lo impulsó un paso hacia atrás, pero recuperó el equilibrio a toda prisa e intentó darme un codazo que hubiese dado en el blanco de no haberme agachado a tiempo. Giró en redondo y dio un espadazo mientras yo rotaba hacia la izquierda. La hoja se incrustó en la pared. Pequeñas nubecillas de polvo de piedra saltaron por los aires y aproveché para darme la vuelta y agarrarlo del brazo.

Tiró de la espada mientras yo giraba sobre mí misma y estrellaba mi codo contra la zona general de su cara. Lord Claus maldijo cuando su cabeza dio una sacudida hacia atrás. Por fin logró liberar la espada y se giró otra vez

hacia mí. Le sangraba la nariz. Se lanzó al ataque pero hizo una finta hacia la derecha, giró en el sitio y levantó la espada bien alta.

Me abalancé sobre él, agarré su mata de pelo y tiré con fuerza, lo cual lo hizo inclinarse de repente hacia atrás. El movimiento lo pilló desprevenido y perdió el equilibrio. Empezó a caer. Había una razón de peso por la que yo llevaba el pelo trenzado y remetido por el borde de la capucha.

Agarré su brazo de la espada con mi mano libre y estampé mi codo contra su muñeca. Le barrí los pies de debajo del cuerpo y soltó la espada con una exclamación ahogada.

Inspira.

La espada cayó al suelo con un ruido sordo y yo arremetí con la daga de piedra umbra. La hoja era muy ligera, pero tenía dos filos, ambos cortantes como cuchillas. *Contén*. La nada en mi interior empezó a resquebrajarse y permitió que la breve pesadumbre asfixiante de antes se instalara en mi garganta una vez más. *Soy un monstruo*, susurró en mi cabeza.

—Estúpida zo...

Espira. Me forcé a moverme entonces. Golpeé rápido. Levanté su cabeza e hinqué la daga. El final de la hoja perforó la parte de atrás de su cuello, cortó la columna y por tanto la conexión con el cerebro.

Lord Claus sufrió un espasmo y se acabó. No hubo más ruido. Ni siquiera un último aliento. Una decapitación interna era rápida, ni de lejos tan desagradable a la vista y *casi* indolora.

Solté una bocanada de aire entrecortada. Extraje la daga y deposité con suavidad su cabeza demasiado suelta en el suelo del callejón.

Me levanté, limpié la hoja contra el lado de mi vestido y luego la envainé. Di media vuelta y vi la espada caída de Claus. El calor se acumuló en mis manos, el calor de mi don que presionaba contra mi piel. Apreté el puño y deseé con todas mis fuerzas que el calor se fuera. Pasé por encima del lord de las islas Vodina, recogí la espada y me puse manos a la obra para enviar el mensaje que haría que mi madre estuviera orgullosa.



En lo único que pensaba al bajar de un salto del barco a los muelles era en mi lago, asentado en lo más profundo de los Olmos Oscuros.

Me sentía muy... *pegajosa* mientras cortaba la maroma que amarraba el barco vodino a la orilla. La corriente siempre era fuerte en el mar Stroud y, en

cuestión de minutos, el navío ya se alejaba a la deriva. Tardaría días, semanas quizá, pero los lores de las islas Vodina regresarían a casa.

Solo que no de una pieza.

Me aparté de las centelleantes aguas y respiré hondo. Olía a sangre y a acre humo de White Horse, un polvo adictivo que derivaba de una flor silvestre de color ónice que crecía en las praderas de las Vodina y a menudo transportaban hasta aquí los comerciantes. Los lores se habían estado deleitando en el humo y era probable que su olor fuese el origen del dolor sordo que empezaba a instalarse en torno a mis sienes. Los dolores de cabeza no habían sido frecuentes, habían aparecido tan solo el año anterior, pero se estaban volviendo más habituales. Empezaba a preguntarme si acabarían por volverse como las migrañas que sufría mi madre y la obligaban a encerrarse en sus aposentos privados durante horas y, a veces, incluso días. Parecía adecuado que una de las pocas cosas que tuviésemos en común fuese dolor.

Al menos la tela oscura de mi vestido ocultaba el grueso de mis actividades nocturnas, aunque tenía los brazos y las manos salpicados de rojo que ya comenzaba a secarse. Me giré otra vez hacia el barco a la deriva y sentí lástima por la persona que subiera a él.

Había dado un solo paso para alejarme de los muelles cuando un grito brusco terminó con un gemido grave, y una carcajada áspera atrajo mi atención hacia uno de los barcos cercanos. El contorno de dos figuras era visible a la luz de las farolas de la calle. Una estaba inclinada casi del todo por encima de la barandilla de la nave y la otra apretada con fuerza contra su espalda. Por cómo se movían, estaban tan cerca como pueden estarlo dos personas.

Mis ojos se deslizaron hacia donde varias siluetas se asomaban por la parte delantera de un tugurio al otro lado de la calle. Yo no era la única que estaba mirando.

Santo cielo.

En muchas partes de Carsodonia, la gente estaría escandalizada por el comportamiento de los que estaban en cubierta. Pero aquí, en la Ciudad Baja, todo el mundo podía ser tan descaradamente inapropiado como deseara. No era el único sitio en que el libertinaje era bienvenido.

Un lado de mis labios se curvó hacia arriba, pero la sonrisa se esfumó enseguida cuando un amargo dolor punzante me atravesó el pecho. La vaciedad se abrió y bajé la vista hacia mi cuerpo, un poco repelida por la sangre reseca que manchaba mis brazos. No tenía que ir al lago. En realidad, no tenía que hacer nada ahora que había hecho lo que quería mi madre. En

gran medida, era... libre. Esa era una de las pequeñas bendiciones de haber fallado. Ya no me tenían encerrada, no me estaba prohibido salir del recinto de Wayfair o de los Olmos Oscuros. Otra bendición era saber que mi *pureza* ya no era una mercancía, una parte del paquete de preciosa manufactura. Una inocente con el toque de una seductora. Mi labio volvió a enroscarse en una mueca de asco. Nadie más sabía que el Primigenio de la Muerte no iba a venir por mí, pero yo sí. Y no había habido ninguna razón para que protegiera lo que ni siquiera debería ser valorado.

Mis ojos volaron de vuelta a la pareja del barco. Un hombre tenía a la otra figura encajonada contra la barandilla y se movía con ímpetu, sus caderas empujando con una fuerza bastante... impresionante. Y por los sonidos que me llegaban, de un modo bastante placentero.

Mis pensamientos deambularon de inmediato hacia El Luxe.

Sir Holland se había lamentado una vez de mi falta de interacción con mis padres, pues decía que eso me había hecho propensa a grandes actos de impulsividad e imprudencia a lo largo de los últimos tres años. Y eso lo decía sin saber ni la mitad de mis más desaconsejables elecciones de vida. No estaba segura de si la falta de atención por parte de mi madre y de mi padrastro tenía algo que ver, pero la verdad era que no podía discutir con la percepción del caballero.

Era impulsiva.

También era muy curiosa.

Razón por la cual me había llevado casi dos años de los últimos tres reunir el valor suficiente para explorar cosas que me estaba prohibido hacer como la Doncella. Para experimentar las cosas sobre las que había leído en esos libros inapropiados almacenados en las estanterías del Ateneo de la ciudad, demasiado altos como para que dedos pequeños y curiosos pudieran alcanzarlos. Para encontrar una manera de dejar de sentirme siempre tan hueca.

—Oh, Dios —resonó un grito de éxtasis desde la cubierta del barco.

El Jade tenía salas de baño donde podría limpiarme la sangre. El Jade tenía muchas cosas que ofrecer, incluso a mí.

Tras tomar la decisión, me calé la capucha, crucé la calle deprisa y me encaminé hacia el Puente Dorado. A lo largo de los últimos tres años había descubierto innumerables atajos, y este era el camino más rápido para cruzar el río Nye que separaba el Distrito Jardín de otros barrios menos afortunados como Croft's Cross. Aquí, las mansiones recién pintadas y las grandes casas señoriales estaban ocupadas solo por una o dos familias, y los habitantes

gastaban su dinero en productos de lujo, comida y bebida compartidas en patios llenos de rosas, y fingían con facilidad que Lasania no estaba muriendo. Al otro lado del río Nye, la gente no podía olvidar ni por un minuto que el reino estaba condenado a la ruina, donde el único indicio de una vida más fácil lo veían aquellos que cruzaban el Nye para trabajar en las residencias del otro lado.

Sin dejar de pensar en el baño y en las otras actividades que me aguardaban, me apresuré por las estrechas calles y callejuelas y por fin recorrí la empinada ladera de la colina y vi el puente. Una hilera de farolas de gas iluminaba el Puente Dorado y proyectaba un resplandor mantecoso por los jacarandás que bordeaban la orilla. Antes de cruzar el río, entré en uno de los numerosos senderos oscuros que conectaban los múltiples rincones del Distrito.

Unas enredaderas cargadas de flores de alverjilla moradas y blancas cubrían los laterales y la parte superior de pérgolas que se extendían de lado a lado para formar largos túneles. Solo la más tenue luz de luna guiaba mi camino.

No dejé que mi mente divagara. Me negué a pensar en ninguno de los lores. Si lo hacía, tendría que pensar en los nueve que habían sufrido la misma suerte antes que ellos, lo cual me llevaría de vuelta a la noche de mi fracaso. Y entonces tendría que pensar en cómo nadie estaría jamás tan cerca de mí como habían estado esas dos figuras del barco si supieran quién fui en el pasado y en qué me había convertido ahora. Solo me permití pensar en lavarme, en quitarme la sangre y el olor a humo. En robar algo de tiempo en el que podría olvidar y convertirme en otra persona.

Un grito agudo hizo que me detuviera en seco. No estaba segura de cuánto había andado, pero ese grito no tenía nada que ver con lo que había oído procedente del barco.

Giré hacia el origen del sonido, encontré la salida más cercana y me apresuré a salir de los túneles de enredaderas. Emergí en una calle envuelta en un silencio sepulcral. Escudriñé los edificios oscuros, vi el puente de piedra iluminado que unía los dos lados del Distrito Jardín y supe con exactitud dónde estaba.

El Luxe.

El estrecho sendero no se llamaba así debido a las casas señoriales. Era por las cosas que pasaban a escondidas en los exuberantes jardines. Los establecimientos con puertas y contraventanas negras que prometían... bueno, todo tipo de deleites diferentes e, irónicamente, era justo adonde me había estado dirigiendo.

No hubiese imaginado que El Luxe estaría tan calmado a esta hora de la noche. Los jardines siempre estaban llenos de gente. Se me puso la carne de gallina mientras bajaba por la acera de piedra, bien pegada a los setos que ocultaban los jardines.

De repente, un hombre salió corriendo de uno de ellos, pocos metros delante de mí. Di un rápido paso atrás. Todo lo que logré distinguir al resplandor de la farola fue que llevaba unos pantalones ceñidos claros y una camisa blanca sin remeter por la cinturilla. Pasó por mi lado como una exhalación, al parecer ajeno a mi presencia. Me giré por la cintura y observé cómo desaparecía en la noche.

Me llegó otro sonido, esta vez más breve y más ronco. Despacio, me giré de nuevo y avancé con sigilo. Pasé por delante de una casa adosada cuyas cortinas ondeaban por las ventanas, abombadas por la brisa cálida. Deslicé la mano por la raja de mi vestido en busca de mi daga.

—Hazlo. —La voz rasposa rompió el silencio—. Jamás te...

Un destello de brillante luz plateada se proyectó sobre la acera y se extendió por la calle desierta cuando me acerqué a la esquina de la casa. ¿Qué demon...?

Mientras me decía que debería ocuparme de mis propios asuntos, hice justo lo contrario y me asomé por el lado del edificio.

Entreabrí los labios, pero no hice ni un ruido. Solo porque sabía que no debía hacerlo. Pero sí deseé haberme ocupado de mis asuntos.

En el patio de la oscura casa de al lado había un hombre arrodillado, los brazos abiertos a los lados y el cuerpo inclinado hacia atrás en un ángulo que no era natural. Los tendones de su cuello destacaban en marcado relieve y su piel... parecía iluminada desde dentro. Una luz blanquecina llenaba las venas de su rostro, el interior de su garganta, y bajaba por su pecho y su estómago.

De pie delante de él había una... era una *diosa*. A la luz de la luna, su vestido azul pálido era casi tan transparente como mi vestido de boda. El escote llegaba muy abajo, hasta las curvas de sus senos, y la tela estaba ceñida con fuerza en torno a su cintura y sus caderas, para terminar en un remanso de gasa rutilante alrededor de sus pies. Un centelleante broche de zafiro fijaba la vaporosa tela sobre un hombro. Su piel era de un suave tono marfil. Su pelo era brillante y negro como el carbón.

Ver a un dios o a una diosa en la capital no era inaudito. A menudo encontraban su camino al mundo mortal, por lo general a causa de lo que

suponía que era un aburrimiento extremo o la necesidad de llevar a cabo alguna misión en nombre del Primigenio al que servían, pues estos rara vez cruzaban, si acaso lo hacían alguna vez.

Por lo que me habían enseñado de Iliseeum, su jerarquía era parecida a la de los mortales. En lugar de reinos, cada Primigenio gobernaba sobre una corte, y en lugar de títulos nobiliarios, tenían dioses que servían a sus cortes. Había diez Primigenios con corte en Iliseeum. Diez que gobernaban sobre todo lo que había entre los cielos y los mares, desde el amor hasta los nacimientos, la guerra y la paz, la vida y... sí, incluso la muerte.

Lo que me sorprendió, sin embargo, fue que esta diosa tenía la mano apoyada en la frente del hombre. Ella era la fuente de la luz blanca que discurría por sus venas.

La boca del hombre se abrió de par en par, pero no salió ni un ruido por su garganta. Solo luz plateada. Brotó por su boca y por sus ojos. Crepitaba y chisporroteaba, y se disparó hacia el cielo, mucho más arriba que la mansión.

Por todos los dioses, era *eather*, la mismísima esencia de los dioses y los Primigenios. Jamás había visto a uno utilizarlo de este modo. Tampoco creía que hubiese necesidad de matar a un mortal de esta forma. Simplemente no era necesario.

La diosa bajó la mano y el *eather* desapareció hasta dejar el patio envuelto una vez más en sombras y rayos de luna fracturados. El hombre... no hizo ni un ruido al desplomarse hacia delante. La diosa se apartó de su camino y dejó que cayera de bruces en la hierba mientras se miraba la mano, los labios retorcidos en una mueca de desagrado.

Supe que el hombre estaba muerto. Supe que lo había hecho el *eather*, aunque no hubiese sabido que se podía emplear el *eather* de ese modo. El calor se arremolinó bajo mi piel y me costó un esfuerzo supremo reprimir su impulso.

La cabeza de la diosa giró de pronto hacia la puerta abierta de la casa. Un dios salió por ella; su piel era del mismo tono brillante y nacarado, y el pelo, casi tan largo como el de ella, caía por su espalda como noche líquida. Llevaba algo en la mano mientras bajaba el corto tramo de escaleras. Era algo pequeño y pálido, inerte y...

El horror me heló la sangre, incluso en medio del calor del verano de Carsodonia. El dios llevaba a un... un bebé arropado. Lo llevaba agarrado por los pies. Sentí unas náuseas tan repentinas que atoraron mi garganta.

Tenía que dar media vuelta y de verdad empezar a preocuparme por mis propios asuntos. No necesitaba que el dios o la diosa se percataran de mi presencia. No tenía nada que ver con la pesadilla que estaba teniendo lugar ahí. No necesitaba ver más de lo que había visto ya.

El dios *tiró* al bebé de modo que aterrizara al lado del hombre mortal que yacía al pie del titilante vestido de la diosa.

Nada de esto me concernía. Nada de lo que los dioses elegían hacer concernía a *ningún* mortal. Todos sabíamos que, aunque los dioses podían ser benévolos y generosos, muchos podían ser crueles, y podían ser violentos y despiadados si se les ofendía. A todos los mortales nos enseñaban eso desde que nacíamos. Tal vez ese hombre mortal hubiese hecho algo para ganarse su cólera, pero ese era un *bebé*... un inocente que el dios había arrojado como si fuese basura.

Aun así, lo último que debería estar haciendo era cerrar los dedos en torno al mango de mi daga de piedra umbra, una hoja que podía matar a un dios. No obstante, el horror había dado paso a una furia abrasadora. Ya no me sentía vacía y hueca. Estaba llena, rebosaba de ira oscura. Dudaba de que pudiera acabar con los dos, pero estaba bastante segura de que podría llegar hasta él antes de volver a encontrarme cara a cara con el Primigenio de la Muerte. Ninguna parte de mí dudaba de que mi vida terminaría esta noche.

Y a otra diminuta parte oculta de mí, surgida en el momento en que la bofetada de mi madre había conectado con mi mejilla, había dejado de *importarle* si vivía o moría.

Salí de detrás del edificio...

La única advertencia fue el soplo de aire a mi alrededor, una brisa que olía a algo limpio y cítrico.

Una mano se plantó delante de mi boca y una extraña corriente eléctrica me atravesó en el momento exacto en que un brazo se cerraba a mi alrededor y me inmovilizaba los brazos a los lados. La conmoción por el contacto, el sobresalto de que alguien me tocara, que *tocara* mi piel con la suya, me costó la décima de segundo de la que disponía para deshacerme de su agarre. El brazo tiró de mí hacia atrás contra el duro muro de un pecho.

—Yo no haría ni un ruido si fuese tú.

Capítulo 2



La advertencia provenía de una voz masculina, pronunciada en un tono apenas más alto que un susurro directamente a mi oído mientras me levantaba en volandas. La sorpresa me golpeó como un ariete. Me alejó del patio con una facilidad asombrosa, como si no fuese más que una niña pequeña. Y no era pequeña, ni en altura ni en peso, pero el hombre también se movía a una velocidad extraordinaria. En un santiamén, me había llevado hasta uno de los túneles de enredaderas cercano.

—No estoy seguro de qué estabas planeando hacer ahí atrás —empezó el hombre, y una alarma resonó en mi interior, tan nítida y sonora como las campanas que repicaban todas las mañanas en el Templo del Sol—. Pero te puedo asegurar que habría acabado de manera desastrosa para ti.

En cuanto me soltara, las cosas acabarían de manera desastrosa para él.

Mi corazón latía con furia en mi pecho e intenté escabullirme de su agarre, pero se limitó a apretar más los brazos alrededor de mi cintura. Siguió adentrándose en el túnel, donde solo finos rayos de luna se filtraban entre las frondosas plantas trepadoras y las tupidas flores de aroma dulzón. Estiré los dedos para tratar de alcanzar el mango de mi daga mientras retorcía la cabeza hacia el lado en un intento de soltar su mano. Fracasé en ambas cosas.

Una frustración ribeteada de pánico me escaldó por dentro. No estaba acostumbrada a que me trataran de este modo, aparte de cuando entrenaba o luchaba. Ni siquiera durante mi tiempo en El Jade. Las sensaciones de su mano sobre mi boca, de sus dedos apoyados contra mi mejilla, y de que me abrazaran tan fuerte... de que me abrazaran *siquiera*... eran casi tan abrumadoras como la repentina certeza de que estaba *atrapada*.

Doblé las piernas y lancé una patada a nada más que aire. Lo hice una y otra vez. Columpié las piernas adelante y atrás hasta que los músculos de mi estómago protestaron.

—Y sea lo que fuere lo que estés planeando hacer ahora... —continuó, completamente quieto, pues mis movimientos no le habían hecho oscilar ni un centímetro. Casi sonaba *aburrido*—. Tampoco acabará bien para ti.

Resollando contra su mano, dejé que mi cuerpo colgara flácido para poder *pensar*. El hombre era fuerte, capaz de sujetar mi peso muerto con facilidad. No iba a soltarme a base de forcejear como un animal salvaje.

Sé lista, Sera. Piensa. Me concentré en lo que sentía procedente de él. Intenté calcular su altura. El pecho que estaba apretado contra mi espalda era ancho y duro... y frío. Igual que la mano plantada sobre mi boca. Me recordaba a cómo notaba mi piel después de estar en el lago. Me recoloqué un poco y flexioné una pierna para deslizar el pie por la suya y tratar de averiguar dónde estaba su rodilla.

—Bien pensado... —Su voz sonó llena de humo, y su tono era lujurioso mientras deslizaba mi pie por el lado de su pierna. Había algo extraño en su voz. Tenía un dejo oscuro que me resultaba vagamente familiar—. Ahora estoy muy interesado en lo que pretendes hacer.

Entorné los ojos cuando la furia borró el pánico. Encontré la curva de su rodilla y entonces levanté la pierna aún más para ganar espacio desde el que darle una brutal...

—No, gracias. —Su risa sonó ronca cuando esquivó mi patada.

El sonido ahogado que hice contra la palma de su mano surgió de una ira pura y sin restricciones.

Me llegó otra vez esa risa de medianoche, más callada, pero la sentí a lo largo de cada centímetro de mi espalda y de mis caderas.

—Eres una cosita muy peleona, ¿verdad?

¿Peleona? ¿Cosita?

No era ni pequeña ni una *cosa*, pero *sí* que me sentía peleona de mil formas diferentes.

—También un poco desagradecida —añadió, su aliento fresco contra mi mejilla. *Mi mejilla*. Se me quedó el aire atascado en la garganta. Durante el forcejeo, mi capucha había resbalado hacia atrás y no cubría ni de lejos tanto de mi cara como solía hacer—. Te habrían matado antes de que hubieses tenido tiempo de hacer cualquiera de las ideas desacertadas que se te habían metido en la cabeza. Te he salvado la vida y ¿tú estás intentando darme *patadas*?

Cerré los puños con fuerza mientras retorcía la cabeza otra vez. De repente, el hombre se puso rígido contra mi espalda, su cuerpo entero crepitaba por la tensión.

- —¿Eso es todo, Madis? —nos llegó una voz desde el exterior del túnel, lejana y femenina.
- —Sí, Cressa —fue la respuesta, pronunciada con una voz profunda cargada de poder.

Eran el dios y la diosa. Me quedé inmóvil del todo contra mi captor.

- —Por el momento. —Las tres palabras pronunciadas por esa Cressa rezumaban irritación.
- —Debemos de estar cerca —contestó Madis. Hubo un momento de silencio antes de que Cressa hablara de nuevo.
 - —Taric, ya sabes qué hacer con ellos.
 - —Por supuesto —respondió otra voz de hombre.
- —Ya que estamos aquí, bien podemos divertirnos —comentó Madis. ¿Divertirse? ¿Después de asesinar a un bebé?
 - —Lo que tú digas —musitó la diosa. Y entonces nos rodeó el silencio.

Tres de ellos. *Taric. Madis. Cressa*. Repetí esos nombres una y otra vez mientras el silencio se extendía a nuestro alrededor. No me sonaban y no tenía ni idea de a qué corte pertenecían, pero no olvidaría sus nombres.

El hombre que me sujetaba se recolocó. Luego su aliento volvió a tocar mi mejilla.

—Si retiro la mano, ¿prometes que no harás algo estúpido como gritar?

Asentí contra su pecho. Gritar nunca estaba en mi lista de prioridades. Vaciló un instante.

—Me da la sensación de que me voy a arrepentir de esto —dijo, con un suspiro que me hizo rechinar los dientes—. Pero, bueno, lo añadiré a la lista siempre creciente de cosas de las que acabo por arrepentirme.

Retiró la mano de mi boca, pero no fue lejos. Se deslizó hacia abajo para cerrar los dedos en torno a mi barbilla. Respiré profundo varias veces mientras trataba de ignorar la sensación de su piel gélida contra la mía. Esperé a que me soltara.

No lo hizo.

—Ibas a atacar a esos dioses —comentó después de un momento—. ¿En qué estabas pensando?

Esa era una buena pregunta, puesto que los mortales tenían prohibido interferir con las acciones de los dioses. Hacerlo era considerado un insulto al Primigenio al que servían. Pero tenía una respuesta.

- —Habían asesinado a un bebé.
- Se quedó callado durante unos instantes.
- —Eso no es asunto tuyo.

Me puse tensa al oír sus palabras.

- —El asesinato de un niño inocente debería ser asunto de todo el mundo.
- —Debería —repuso. Fruncí el ceño—. Pero no lo es. Supiste lo que eran cuando los viste. Sabes lo que deberías haber hecho.

Lo sabía y no me importaba.

- —¿También crees que deberíamos dejar los cuerpos ahí?
- —Dudo de que los hayan dejado —contestó.

Siempre que los dioses mataban a un mortal, dejaban los cuerpos atrás, normalmente a modo de advertencia. Si no lo habían hecho, ¿a dónde los habían llevado? ¿Y por qué? ¿Por qué habían hecho esto? ¿Habría habido alguien más en esa casa?

Enderecé la cabeza. Su mano siguió mi movimiento.

- —¿Me vas a soltar? —pregunté en voz baja.
- —No lo sé —contestó—. No estoy seguro de estar preparado para lo que sea que estés a punto de hacer.

Contemplé la masa de enredaderas oscuras por encima de mi cabeza.

- —Suéltame.
- —¿Para que puedas volver ahí corriendo y hacer que te maten? —replicó.
- —Eso no es asunto *tuyo*.
- —Tienes razón. —Una pausa—. Y al mismo tiempo no la tienes. Pero como haber salvado tu vida todavía está interfiriendo con mis planes para esta noche, quiero asegurarme de que mis acciones generosas y benévolas sean merecedoras de lo que he perdido por venir en tu ayuda.

No podía creer lo que estaba oyendo.

- —Yo no pedí tu ayuda.
- —Pero de todos modos la tienes.
- —Suéltame y podrás volver a esos planes nocturnos tan importantes que al parecer no incluyen tener la decencia básica de preocuparte por unos asesinatos sin sentido —espeté, cortante.
- —Hay un par de cosas que debes entender —dijo con voz melosa, mientras deslizaba el pulgar por mi mandíbula. Me puse tensa ante esa caricia inesperada y desconocida—. No tienes ni idea de cuáles *eran* mis planes para esta noche, pero sí, *eran* muy importantes. Tampoco sabes lo que me preocupa o no me preocupa.

Arrugué la cara.

- —¿Gracias por compartir eso conmigo?
- —Pero tienes razón en una cosa —continuó, como si yo no hubiese hablado—. No hay ni un hueso decente en todo mi cuerpo. Así que no, no tengo esa cosa que llamas *decencia básica*.
 - —Vaya, pues eso es... algo de lo que estar orgulloso.
- —Lo estoy —reconoció—. Pero voy a fingir ser decente ahora mismo y te voy a soltar. Sin embargo, si intentas volver corriendo ahí, te atraparé. No vas a ser más rápida que yo y todo el asunto solo me irritará.

En realidad, su entrega a impedir que yo, una completa desconocida, consiguiera hacerme matar parecía un acto bastante decente. Aunque tampoco iba a decírselo.

- —¿Te he dado alguna indicación de que me importe lo más mínimo irritarte? —repliqué en tono impertinente.
- —Me da la sensación de que no te importa, no, pero espero que hayas descubierto la minúscula pizca de sentido común que existe en tu interior y hayas decidido utilizarla.

Todo mi cuerpo hormigueaba de ira.

- —Eso ha sido muy maleducado.
- —Sea como fuere, ¿me has entendido? —preguntó.
- —¿Y si digo que no? ¿Te vas a quedar ahí plantado sujetándome toda la noche? —escupí.
- —Como mis planes se han ido al garete, dispongo de bastante tiempo libre.
 - —Tienes que estar de broma —gruñí.
 - —En realidad, no.

Hasta el último rincón de mi ser ardía en deseos de darle un puñetazo. Fuerte.

- —Lo entiendo.
- —Bien. Para ser sincero, se me empezaban a cansar los brazos.

Espera. ¿Estaba insinuando que yo...?

Me soltó y, santo cielo, sí que era *alto*. Por lo fuerte que aterricé, debía haber al menos treinta centímetros entre mis pies y el suelo. Me tambaleé hacia delante y sus manos se cerraron en torno a mis brazos para evitar que cayera. Otro acto *decente* del que no me sentía ni remotamente agradecida.

Me deshice de su agarre y giré en redondo al tiempo que alargaba la mano a por mi daga.

—Ahora eres tú la que tienes que estar de broma.

El hombre suspiró y se puso en movimiento. Era tan rápido como el rayo. Me agarró de la muñeca antes de que pudiera desenvainar la daga siquiera. Solté una exclamación ahogada. Vestido todo de negro, no era más que una sombra oscura. Tiró de mí hacia su pecho y nos hizo girar al tiempo que me forzaba a retroceder. En un abrir y cerrar de ojos demasiado rápido, me tenía atrapada de nuevo, esta vez entre la pared tapizada de enredaderas y su cuerpo.

- —Maldita sea. —Me incliné hacia atrás, levanté mi pierna derecha...
- —¿Podemos no hacer esto? —Se movió. Encajó un muslo entre los míos al mismo tiempo que agarraba mi otra muñeca y juntaba mis manos.

Forcejeé contra su cuerpo con todas las fuerzas que me quedaban mientras él levantaba mis manos y estiraba mis brazos por encima de mi cabeza. Inmovilizó mis muñecas contra la pared de vegetación y una lluvia de flores rotas cayó sobre nosotros al tiempo que levantaba mi otra pierna. Solo tenía que conseguir un poco de espacio...

—Me lo tomaré como un «no».

Entonces se inclinó hacia mí y apretó el cuerpo contra el mío. Me quedé paralizada. Se me atascó el aire en la garganta. No parecía haber ni una parte de mí que no estuviera en contacto con él. Mis piernas. Caderas. Tripa. Pechos. Y podía sentirlo, sus caderas contra mi vientre, su abdomen y la parte baja de su pecho contra mis senos, su piel a través de la ropa, fría como los primeros atisbos del otoño. Mis sentidos eran un batiburrillo caótico mientras forzaba el aire a entrar en mis pulmones, un aire que era fresco y cítrico. Ni siquiera podía oler las alverjillas por encima de su aroma. Nadie, ni siquiera sir Holland ni ninguna otra persona con la que luchara y que sabía lo que yo era, se acercaba tanto a mí.

No le había visto mover la otra mano, pero noté cómo se deslizaba detrás de mi cabeza para convertirse en una cuña inamovible entre la pared y yo.

—Hay algo que necesito que comprendas. —Su susurro volvió a llenarse de zarcillos de oscuridad—. Aunque no estoy sugiriendo que *no* intentes luchar contra mí… haz lo que creas que tienes que hacer… sí deberías saber que no me vencerás. Nunca.

Había una finalidad en sus palabras que hizo que se estremecieran mis manos atrapadas. Eché la cabeza hacia atrás y miré hacia arriba... y más arriba. Era casi medio metro más alto que yo, quizás incluso tan alto como el Primigenio de la Muerte. Un escalofrío de inquietud me puso de punta los pelos de la nuca. Gran parte de su cara estaba envuelta en sombras y todo lo

que podía distinguir era la línea dura de su mandíbula. Cuando su cabeza se ladeó y quedó iluminada por un rayo de luna, lo vi.

Este hombre era... era a buen seguro, sin duda alguna, el hombre más despampanante que había visto en mi vida. Y había visto a unos cuantos hombres guapísimos. Algunos de aquí, del interior de Lasania, y otros de reinos que se extendían hacia el este. Algunos tenían rasgos más elegantes, más simétricos que el que me sujetaba contra la pared, pero ninguno estaba ensamblado de un modo tan perfecto, tan... sensual como este hombre. Incluso a la luz de la luna, su piel era de un lustroso tono marrón dorado que me recordaba al trigo. Sus pómulos eran altos y anchos; su nariz, recta como una cuchilla, y su boca... era carnosa y ancha. Tenía el tipo de cara que un artista estaría encantado de moldear con arcilla o de capturar con carboncillo. Pero también había una frialdad en su expresión. Como si los Primigenios en persona hubiesen tallado las líneas y los planos de su rostro y hubiesen olvidado añadirle la calidez de la humanidad.

Levanté la vista hacia sus ojos.

Plateados.

Ojos que eran de un increíble y luminoso tono plateado, brillantes como la mismísima luna. Preciosos. Eso fue todo lo que pensé al principio, y luego... vi la luz detrás de sus pupilas, las etéreas hebras de *eather*.

—Eres un *dios* —susurré.

No dijo nada y todos mis instintos se dispararon al mismo tiempo. Me instaban a mostrar sumisión o a huir. Y a hacer cualquiera de esas dos cosas deprisa. Era una advertencia, la certeza de que no estaba ni a un *centímetro* de uno de los depredadores más peligrosos de cualquier mundo.

Pero no... no podía sobreponerme al hecho de que parecía solo unos años mayor que yo, en algún punto entre la edad de Ezra y la de Tavius. Lo más probable era que ese no fuese el caso. Podía tener varios siglos. Pero aparte de la noche en que debía casarme, jamás había estado tan cerca de un ser de Iliseeum. Me desconcertaba lo joven que parecía.

Me di cuenta entonces de que había intentado darle patadas a un dios. Múltiples veces. Había querido *apuñalar* a un dios.

Y él... no había acabado conmigo.

Ni siquiera me había hecho daño. Todo lo que había hecho había sido impedir que me hiciese daño a mí misma. Y bueno, ahora me estaba sujetando aquí, quieta. Aun así, podría haberme hecho algo mucho mucho peor.

¿Podía significar eso que era de la corte de las Tierras Umbrías y que respondía ante el Primigenio de la Muerte? Mi estómago dio una voltereta.

No tenía ni idea de si alguno de los dioses que servían al Primigenio de la Muerte sabía de mi existencia, pues un trato cerrado entre un mortal y un dios solo lo conocían ellos dos. Aunque este trato había sido diferente. Era muy probable que todos los dioses de las Tierras Umbrías supieran que el Primigenio tenía una consorte que no había reclamado, a pesar de haber negociado para tenerla.

Un grueso mechón de pelo ondulado cayó contra la mejilla del dios cuando agachó la cabeza. Me taladraba con la mirada y yo no hubiera podido apartar los ojos, ni aunque el Primigenio de la Muerte hubiese aparecido a nuestro lado. No cuando esas hebras de *eather* daban vueltas por la pátina plateada de sus ojos.

Se me comprimió la garganta, pero era una sensación surrealista que alguien mirara mi cara con semejante intensidad. Después de diecisiete años de llevar el velo de la Elegida, no estaba acostumbrada a ir sin él. Que se me viera tanto me hacía sentir... vulnerable, razón por la cual optaba por mantener mi rostro oculto bajo una capucha siempre que no estaba en presencia de mi madre, que ahora prefería que mostrara la cara, como si fuese un recordatorio de mi fracaso. Por tonto y absurdo que pudiera parecer, una sensación de asombro bulló en mi interior.

—Joder —murmuró.

Mi pecho trastabilló. ¿Sabía quién era yo? Si era así, ¿cómo era posible? Me habían tenido bien escondida. Ni siquiera los Sacerdotes Sombríos me habían visto la cara jamás aunque supieran quién era.

—¿Qué?

Sus ojos pasearon sobre mis rasgos con tal intensidad que cada una de las pecas que salpicaban mi nariz y mis mejillas empezó a cosquillear. Cerró los ojos un instante y, tan cerca como estábamos el uno del otro, pude ver lo espesas que eran sus pestañas cuando las volvió a levantar.

—Todo mortal sabe que no debe interferir con un dios.

Tragué saliva con esfuerzo y sentí cómo todo mi asombro burbujeante colapsaba.

- —Ya lo sé. Pero...
- —Mataron a un inocente —me interrumpió. Miró de reojo hacia la entrada del túnel de enredaderas—. Aun así, lo sabías.

Mis dedos se enroscaron impotentes en su mano. Sabía que no debía contestar. Debería darle las gracias por su ayuda, una ayuda que no había pedido, y luego poner toda la distancia posible entre nosotros. Pero eso no fue lo que hice. Fue como si no tuviese ningún control sobre mi boca. Y quizás

esa fuese la imprudencia de la que tanto se lamentaba sir Holland en cada ocasión que se le presentaba. Tal vez fuese esa pequeña parte de mí a la que había dejado de importarle nada.

—¿No deberías estar más preocupado por el hecho de que hayan matado a un niño inocente que por lo que yo estaba a punto de hacer? —pregunté—. ¿O acaso no te importa porque eres un dios?

Esos ojos ardieron aún más brillantes. Un ligero temor afloró en la boca de mi estómago y un hilillo de miedo entró en mi sangre. Los mortales no contestaban a un dios. Eso también lo sabía.

—Esos tres pagarán por lo que han hecho. Puedes estar segura de ello.

Un escalofrío recorrió mi piel, a pesar de que no había dicho nada sobre mi desacertado comportamiento. Habló como si tuviera el poder y la autoridad para llevar a cabo su amenaza. Como si *quisiera* cumplirla en persona.

Su atención voló en dirección al sendero otra vez y entonces me miró a los ojos.

—Se acercan —me advirtió.

Antes de que pudiese decir una palabra, bajó mis brazos y me soltó. No hubo tiempo para aprovechar la libertad. El dios me agarró por las caderas y me levantó en volandas, deslizó una mano por mi muslo izquierdo *desnudo* y enganchó mi pierna izquierda en torno a su cintura. Una intensa conmoción me recorrió como una ola. ¿Qué demon...?

—Pasa tu otra pierna a mi alrededor —ordenó en voz baja contra el lado de mi cabeza—. No querrás que te vean.

No supe si fue por su tono agorero o por lo desequilibrada que me habían dejado su agarre y su contacto, pero obedecí. Enrosqué la pierna derecha alrededor de su cintura y agarré la pechera de su camisa con la sospecha de que él tampoco quería que lo vieran.

—Si intentas algo... —empecé a advertirle.

Inclinó la cabeza y tuve que reprimir una exclamación de sorpresa cuando sentí que sus labios se curvaban en una sonrisa contra mi mejilla. Estaban tan fríos como el resto de él.

- —¿Qué harás? —susurró—. ¿Tratar de agarrar esa arma de tu muslo otra vez?
 - —Sí
- —Aunque supieras que no serías lo bastante rápida para hacerme ningún daño con ella.

Apreté más los dedos en torno a su camisa.

—Sí.

Se rio con suavidad y sentí el movimiento desde mis caderas hasta mis pechos.

-Shh.

¿Acababa de mandarme *callar*? Todo mi cuerpo se puso tenso como la cuerda de un arco. El puente de su nariz rozó la curva de mi mejilla, y entonces me puse tensa por una razón completamente diferente. Sus labios estaban cerca de los míos, rozaban la comisura de mi boca. Un caos de sensaciones estalló en mi interior, una salvaje mezcla de incredulidad, ira y algo parecido a la *anticipación* que sentía cuando entraba en El Jade. No podía entenderlo. Esto no era lo mismo. No conocía a este hombre. No importaba que muchas mortales estarían encantadas de intercambiar posiciones conmigo, pues a menudo nos sentíamos atraídos por los dioses como las rosas de floración nocturna se sentían atraídas por la luna. Pero los dioses como él eran peligrosos. Era un depredador, sin importar lo guapo o benévolo que fuera.

Sin embargo, era muy excepcional que alguien se acercara tanto a mí y permitiera que su piel estuviera en contacto con la mía. Que me tocara. Los que lo habían hecho también habían sido desconocidos. Excepto por que, cuando ellos me tocaban, yo no era realmente yo. Era tan anónima como solían serlo ellos cuando les permitía arrastrarme a recovecos oscuros o detrás de puertas cerradas y a habitaciones en las que las cosas no estaban hechas para durar. Donde llevaba un velo aunque mi rostro estuviese al descubierto.

Pero en este momento me sentía *yo misma*. Más de lo que lo había hecho en años.

—Bésame —me ordenó.

Eso me cabreó. Odiaba que me dijeran lo que debía hacer. Y para ser sincera, era algo que me ocurría desde hacía mucho. Quizá sea una de las razones por las que me habían rechazado. Aunque su *exigencia* tenía sentido. Sería bastante raro que nos limitásemos a quedarnos aquí plantados de este modo, sin hacer nada más que lanzarnos dagas con los ojos.

Así que lo besé.

A un dios.

El contacto de mi boca con la suya hizo que notara un vacío repentino en el estómago, como me pasaba cuando me acercaba demasiado a los bordes de los Acantilados de la Tristeza. Sus labios *estaban* fríos, pero de algún modo eran suaves a la par que firmes, una yuxtaposición embriagadora mientras se movían contra los míos. Era la única parte de él que se movía. Su boca. La

mano en mi muslo izquierdo y la que descansaba sobre mi cadera permanecieron quietas. Todo él estaba inmóvil, y no supe por qué hice lo que hice a continuación. Puede que haya sido por esa *impulsividad*. O debido a mi irritación por encontrarme en esta situación. O tal vez por lo *quieto* que estaba él. Y si era del todo sincera conmigo misma, podría deberse al hecho de que él proviniera de las Tierras Sombrías y sirviera al Primigenio que me había robado toda posibilidad de salvar mi reino. Lo más probable era que todas esas razones fueran equivocadas, pero no me importaba.

Atrapé su labio de abajo entre mis dientes y mordí. No tan fuerte como para hacerle sangre, pero su cuerpo entero dio una sacudida y entonces ya no siguió quieto por más tiempo.

El dios se apretó contra mí mientras ladeaba la cabeza y profundizaba en su beso. Nada en su boca fue suave entonces. Abrió mis labios con una pasada feroz de su lengua y un intenso escalofrío recorrió todo mi ser al notar algo afilado que rozaba contra mi labio de abajo. Sus dientes. *Colmillos*. Oh, Dios mío, de algún modo lo había olvidado. El miedo invadió mis venas porque sabía lo aguzados que eran. Sabía lo que un dios era capaz de hacer con ellos. Pero algo más se coló en mi sangre, una emoción perversa y lujuriosa que me hizo deslizar la lengua sobre la suya. Sabía a algo silvestre y ahumado... como whisky. Llegó un sonido de su interior, de algún lugar profundo dentro de su garganta, y mi corazón empezó a martillear contra mis costillas.

Su mano se cerró sobre mi muslo, clavó los dedos en mi piel y se convirtieron en un gélido hierro candente que de algún modo me abrasó. Un escalofrío salvaje reptó por todo mi cuerpo cuando su mano abandonó mi cadera y se abrió paso entre la pared y la parte de atrás de mi cabeza. Sus dedos se cerraron alrededor de mi pelo y seguro que soltaron las horquillas que mantenían mi trenza en su sitio. No me importó lo más mínimo, la verdad, mientras él inclinaba mi cabeza hacia atrás y... me besaba como si no fuese a dejar ni un solo centímetro de mi boca sin explorar. Como si llevara una eternidad esperando para hacer esto. Sabía que era un pensamiento tonto e ilusorio, pero lo besé de vuelta, olvidando por completo por qué estábamos haciendo esto y solo vagamente consciente del sonido de unas pisadas y de la risa grave de un intruso... del dios.

¿Todos los besos de un dios eran tan peligrosamente embriagadores como este? Esa pizca demasiado tenue de sentido común me dijo que debería de preocuparme. ¿Y si el Primigenio venía a por mí? ¿Y si había cambiado de opinión y yo había besado a uno de sus dioses? Debería importarme, pero en

vez de eso besé al dios de un modo aún más apasionado porque me negaba a pensar en ese maldito Primigenio. Me permití existir en ese momento.

Sentía una sensación caótica, como cuando me sumergía bajo la superficie del lago y aguantaba ahí hasta que me ardían los pulmones y se me aceleraba el corazón, solo para ver cuán lejos podía llegar.

Sentí lo mismo ahora, esa necesidad de saber hasta dónde podía forzar la situación. Pasé las manos por su camisa, por encima de su pecho. Las puntas de su pelo rozaron mis nudillos. Hundí los dedos en las sedosas hebras y tiré de él para acercarlo más a mí. Incliné mis caderas contra su bajo vientre. La mano en mi muslo se escurrió hacia arriba y hacia atrás, por encima de la curva de mi trasero. La fina ropa interior no era ninguna barrera contra la presión que ejercía.

Apretó más la mano a mi alrededor y me provocó un gemido cuando reptó con su lengua sobre la mía. Succionó mi labio de abajo entre sus dientes y me dio un mordisquito. Di un grito ante la sacudida de placer que desencadenó y el dolor que palpitaba por mi cuerpo. Su lengua lamió mi labio para apaciguar el picor de su mordisco.

Y entonces su boca desapareció. Apoyó la frente contra la mía y, durante un puñado de segundos, no hubo nada más que silencio entre nosotros. Nada aparte de mi corazón acelerado y sus respiraciones jadeantes mientras su mano volvía a mi cadera. Pasó otro momento y entonces me bajó despacio hasta que estuve otra vez sobre mis propios pies. Forcé a mis dedos a abrirse, a soltar su pelo. Mis manos cayeron a su pecho una vez más.

Bajo la palma de mi mano, su corazón latía tan deprisa como el mío.

Abrí los ojos a medida que los segundos se alargaban. Se quedó ahí quieto, su frente contra la mía; una de sus manos aún era un escudo entre mi cabeza y la pared.

- —¿Sabes? —murmuró, su voz sensual y susurrante—. Has sido bastante convincente.
 - —Tú también —dije yo, un poco falta de aliento.
 - —Lo sé. Se me da muy bien fingir.

¿Fingir? ¿*Fingir* que hacía qué? ¿Divertirse? ¿Besarme? Entorné los ojos y lo aparté de un empujón.

Dio un paso atrás con una risa suave, mientras se pasaba una mano por la cabeza y retiraba el pelo de su cara.

Me aparté de la pared y me giré hacia el sendero oscuro, pero no vi nada a la escasa luz de la luna que se filtraba. Me llevé un dedo a los labios aún palpitantes, luego lo retiré y bajé la vista para encontrar una gota más oscura sobre la punta del dedo. Me había...

Me había hecho sangre.

Levanté la cabeza de golpe.

—Me has...

El dios dio un paso hacia mí, cerró la mano en torno a mi muñeca. Levantó mi brazo y, antes de que pudiera preguntarme siquiera de qué iba todo esto, su boca se cerró sobre mi dedo. Y succionó. Sentí el fuerte tirón de un modo de lo más vergonzoso, todo el camino hasta el mismo centro de mi ser en una oleada de calor húmedo.

Por todos los dioses...

Despacio, separó la boca de mi dedo y levantó la vista para mirarme a los ojos.

—Mis disculpas. Debí ser más preciso. Se me da muy bien fingir que disfruto de cosas de las que no disfruto, pero no estaba fingiendo cuando tenía tu lengua dentro de mi boca.

Me quedé ahí pasmada mientras soltaba mi muñeca, sin tener ni idea de qué decir durante varios segundos.

- —Es... es muy inapropiado chupar mi sangre —me oí decir—, cuando ni siquiera sé tu nombre.
 - —¿Esa ha sido la única cosa inapropiada de lo que acaba de ocurrir?
 - —Bueno, no. Han pasado un montón de cosas inapropiadas ahí.

Volvió a reírse entre dientes, el sonido tan intenso como el chocolate negro. Lo miré con suspicacia. Tal vez estuviera equivocada acerca de a quién servía, o al menos, daba la impresión de que no sabía quién era yo en realidad. Si lo hubiera sabido, dudaba mucho de si me habría besado. Empecé a preguntar si sabría quién era, pero me callé al darme cuenta de que debería tener cuidado si no lo sabía.

- —¿Por qué no me has dejado atacar a esos dioses? —pregunté, al tiempo que cerraba la mano... y el dedo que se había metido en la boca. Frunció el ceño.
 - —¿Necesito una razón, aparte de impedir que alguien haga que lo maten?
- —Por lo general, te diría que no. Pero eres un dios y has dicho que no había ni un hueso decente en todo tu cuerpo.

Se giró hacia mí.

—Solo porque no sea mortal no significa que vaya por ahí asesinando personas o dejando que hagan tonterías por las que acabarían muertas. — Lancé una mirada significativa hacia la entrada del túnel. Él bajó la barbilla y

sus rasgos se perfilaron más a la luz plateada—. Yo no soy ellos —dijo en voz baja, con una suavidad letal. Se me pusieron de punta los pelos de la nuca y reprimí el impulso de dar un paso atrás.

—Supongo que tengo suerte, entonces.

Deslizó los ojos hacia mí.

—No estoy muy seguro de la suerte que tienes. —Me puse rígida. ¿Qué diablos se suponía que significaba eso?—. Y a lo mejor sí tengo un hueso decente en el cuerpo —añadió, encogiéndose de hombros.

Lo miré y tardé un momento en volver a centrarme en lo que era importante, que no era la cantidad de huesos decentes que pudiera tener.

- —Ese dios que ha pasado por aquí... ¿no te percibió?
- —No. —Negó con la cabeza.

Este dios tenía que ser muy poderoso. Había leído que solo los más fuertes podían ocultar su presencia a los otros. Casi como lo hacía un Primigenio. Me daba la impresión de que mis sospechas anteriores eran correctas. No solo había querido esconderme a mí, sino también a sí mismo.

Empezó a dar media vuelta.

- —Deberías volver a casa.
- —¿Vas a hacerlo tú? —repliqué, enfadada por la facilidad y la rapidez con que pretendía deshacerse de mí.

Me lanzó una mirada de incredulidad. Los mortales no les hacían preguntas a los dioses. Sobre todo preguntas groseras. La tensión invadió mis músculos y me preparé para su ira o su condena.

En lugar de eso, una sonrisa perezosa tironeó de sus labios. De pie bajo los rayos de luna fracturados, vi que la curva de sus labios suavizaba sus rasgos, casi los calentaba.

-No.

No dio más detalles y, por mí, estupendo. No necesitaba saber nada. Ya era hora de sobra de alejarme de este dios antes de que me irritara aún más.

O peor aún, antes de que hiciera alguna otra cosa impulsiva.

Además, tenía planes, unos planes que no habían cambiado.

- —Bueno, esto ha sido… interesante. —Pasé por su lado y me encaminé hacia la entrada del túnel. Casi podía sentir sus ojos clavados en mi espalda —. Que tengas buena noche.
 - —¿Te vas a casa?
 - -No.
 - —¿A dónde vas?

No le respondí. Por muy dios que fuera, yo no era asunto suyo y no pensaba quedarme ahí más tiempo solo para que intentara mandarme a casa otra vez. Aun así, resultaba... raro alejarme de él. Era extraño lo *equivocado* que parecía, y esa equivocación no tenía ningún sentido. Era un dios. Yo era una Doncella fracasada. Él había impedido que hiciera algo temerario. Nos habíamos besado por necesidad y había sido *agradable*. Vale. Había sido más que eso, y mucho me temía que pasaría el resto de mi vida comparando cada beso futuro con este, pero nada de eso explicaba la sensación extraña que tenía de que no debería estar alejándome de él.

Pero lo hice.

Me alejé del dios, lo dejé en ese túnel oscuro y no miré atrás. Ni una sola vez.

Capítulo 3



Una vez fuera del túnel y envuelta por la luz de las farolas, levanté mi capucha y me forcé a seguir andando, aunque la extraña sensación de equivocación aún perduraba. De verdad que no tenía el espacio mental para empezar a comprender siquiera por qué me sentía así. Mientras giraba a la derecha, pensé que era algo a lo que podría darle vueltas más tarde, cuando me fuese a dormir.

Respiré hondo. Cuando me acercaba a la casa adosada de antes, me di cuenta de que ya no olía a humo de White Horse ni a sangre, sino a alverjillas y al aroma fresco y cítrico del dios.

Me tragué un gemido cuando el patio de la casa apareció ante mí y me preparé por si acaso no se habían llevado los cuerpos. Permití que ese velo de vaciedad regresara, para poder llegar a un sitio donde nada podía asustarme ni herirme.

Sin embargo, a la pálida luz de la luna, vi que el patio estaba vacío.

Con la carne de gallina, pasé por la puerta abierta y bajé por el camino de piedra. Un manchurrón en el terreno llamó mi atención. Me paré. El lugar donde el hombre mortal había estado arrodillado estaba chamuscado, como si hubiesen prendido fuego ahí. Nada de sangre. Nada de ropa. Nada más que hierba quemada.

—¿Vas a entrar?

Di media vuelta al oír la voz del dios, la mano apenas a un pelo del mango de mi daga.

—Por todos los dioses —escupí, el corazón desbocado. Y ahí estaba, la capucha de su túnica negra sin mangas echada sobre su cabeza para crear una

sombra sobre su cara. Ni siquiera lo había oído seguirme.

—Me disculpo —dijo, al tiempo que inclinaba un poco la cabeza. Vi entonces que llevaba un brazalete plateado alrededor del bíceps derecho—. Por haberte asustado.

Entorné los ojos. No sonaba como que lo sintiera lo más mínimo. Para ser sincera, sonaba *divertido*. Eso me cabreó, pero lo que me irritó aún más fue el suave brinco que sentí en el pecho, seguido del zumbido de calor y de *corrección*.

Tal vez fuese mi estómago casi vacío el que me había provocado esa sensación. Eso tendría más sentido.

Caminó hacia mí y, una vez más, su altura me impactó. Me hacía sentir *diminuta*, y eso no me gustaba. Su cabeza encapuchada se giró hacia la zona que yo había estado mirando.

- —Cuando Cressa utilizó el *eather* y tocó el suelo, esto es lo que sucedió —explicó. Se agachó para deslizar la palma de la mano por la hierba. Una ceniza ennegrecida oscureció sus dedos mientras levantaba la vista hacia la puerta abierta de la casa—. Ibas a entrar.
 - —Así es.
 - —¿Por qué?

Crucé los brazos.

- —Quería ver si encontraba alguna razón para entender por qué hicieron eso.
- —Igual que yo. —El dios se enderezó y se limpió la mano en los pantalones oscuros.
- —¿No lo sabes? —Lo miré con atención y de repente lo comprendí. Este dios no había pasado por ahí por casualidad. Lo más probable era que ya estuviese en el callejón antes de que apareciera yo siquiera, o al menos había estado cerca—. Los estabas vigilando, ¿verdad?
- -Si, los estaba siguiendo —admitió a regañadientes—. Antes de que decidiera evitar que te mataran. Cosa por la que todavía no me has dado las gracias.

Hice caso omiso de ese último comentario.

- —¿Por qué los estabas siguiendo?
- —Los vi moverse por el mundo mortal y quería ver qué tramaban. —No estaba segura de si estaba siendo sincero. Parecía una enorme coincidencia que hubiese elegido seguirlos justo la noche en que habían matado a un hombre mortal y a un bebé. Giró la cabeza hacia mí—. Supongo que si te aconsejo que te vayas a casa, harás justo lo contrario otra vez.

—Supongo que no te gustará mi respuesta si vuelves a aconsejarme algo semejante —repliqué.

Una risita suave surgió del interior de la oscura capucha.

—Eso no lo sé. Quizás incluso me guste —comentó. Fruncí el ceño cuando echó a andar—. Para el caso, podemos investigar juntos.

Juntos.

Una palabra tan común, pero que al mismo tiempo me resultaba tan extraña.

El dios ya estaba en las escaleras de la casa. Que alguien tan alto y grande fuese tan silencioso tenía que ser cosa de alguna magia divina. Esquivé la zona de hierba chamuscada y fui a reunirme con él a toda prisa.

Ninguno de los dos habló mientras entrábamos en el silencioso edificio. Había una puerta a cada lado de un pequeño vestíbulo y unas escaleras que llevaban al piso de arriba. El dios fue a la izquierda, hacia lo que parecía un salón, así que yo fui recto, escaleras arriba. Solo el crujido de mis pasos rompía el espeluznante silencio de la casa. Una lámpara de gas emitía una luz tenue en la cima de las escaleras, situada sobre una mesita estrecha. Había dos dormitorios. Uno equipado con una única cama, un escritorio y un armario. Al mirar más de cerca, encontré pantalones doblados y camisas colgadas, de un tamaño apropiado para alguien de la estatura del hombre mortal. No había nada destacable en la pequeña sala de baño. Salí marcha atrás y me encaminé hacia el dormitorio del final del pasillo. Empujé la puerta con suavidad. Otra lámpara ardía al lado de una cama hecha. La cuna que descansaba a su pie me revolvió el estómago.

El velo que imaginaba que llevaba no estaba tan bien colocado como creía.

Despacio, entré en la habitación. Dentro de la cuna había una manta pequeñita. Metí la mano y toqué la suave tela. Nunca había pensado en tener hijos. Como la Doncella, ni siquiera era un *deseo* que pudiera cobrar forma a medida que creciera y me hiciese mayor. Nunca fue parte del plan porque, aunque hubiese tenido éxito en lograr que el Primigenio de la Muerte se enamorara de mí, crear a un niño no era posible entre un mortal y un Primigenio.

No obstante, un bebé era un ser realmente inocente y dependía de todos los que estaban a su alrededor, incluidos los dioses, para mantenerlo a salvo. Matar a uno era algo imperdonable. Me ardían los ojos. Si tuviese un hijo, o si algún descendiente mío sufriese alguna vez algún daño, reduciría ambos mundos a cenizas solo para poder despellejar vivo a quien fuese responsable.

Inspira. Contuve la respiración hasta que el revoltijo de mi estómago dejó de dar vueltas. Hasta que no sentí nada. Una vez que lo logré, solté el aire en una bocanada larga y lenta y le di la espalda a la cuna y a la mantita en su interior.

Mis ojos se demoraron en un diván verde oscuro. Alguien había dejado una bata de seda color marfil sobre el respaldo. Fui hasta el armario y abrí las puertas. Había vestidos colgados con pulcritud al lado de túnicas de colores vivos. Había también ropa interior doblada y colocada en las baldas entre otras prendas, pero había espacio más que suficiente para la ropa que había habido en el armario de al lado.

¿Podía haber alguien más viviendo allí? ¿La madre, quizá? ¿O no había estado en casa?

- —¿Dónde está la…?
- —Abajo.
- —Santo cielo —exclamé. Casi me salí del pellejo al girarme a toda velocidad hacia donde esperaba el dios, apoyado contra la jamba de la puerta, los brazos cruzados delante del ancho pecho, la capucha de su túnica todavía levantada—. ¿Cómo puedes moverte de un modo tan silencioso?

Mejor aún, ¿cuánto tiempo llevaba ahí?

- —Arte —contestó.
- —A lo mejor deberías avisar de tu llegada —mascullé.
- —A lo mejor.

Lo fulminé con la mirada, aunque no podía ver mi cara.

—Si buscas a la dueña de esas prendas, supongo que es la que encontré abajo cerca de la entrada a la cocina —aportó—. Bueno, en realidad encontré una sección chamuscada del suelo y una zapatilla solitaria.

Me giré otra vez hacia el armario.

- —Creo que el hombre que vi y la mujer no compartían habitación comenté, señalando hacia el armario. Se me ocurrió algo—. ¿Hay un estudio?
 - —Me parece que sí. A la derecha del vestíbulo.
- —¿Hallaste algo? —Pasé por su lado, muy consciente de cómo descruzaba los brazos y se giraba para seguirme de esa forma silenciosa suya.
- —Solo eché un vistazo por encima —dijo, justo cuando llegaba al tope de las escaleras—. Quería asegurarme primero de que la casa estuviera vacía. Hizo una pausa—. No como otras. Y por *otras*, me refiero a ti.

Puse los ojos en blanco. El primer escalón crujió bajo mi pie. El dios me siguió, lo bastante cerca como para que me hormigueara la espalda, aunque sus pasos no hacían ni un ruido, mientras que yo sonaba como si un rebaño de vacas bajara por las escaleras.

- —¿Qué habrías hecho si hubieras descubierto que la casa no estaba vacía? —me preguntó cuando llegamos al piso de abajo.
- —Hubiese celebrado que al menos alguien había sobrevivido —le dije, y me encaminé hacia el estudio. La luz de la luna se filtraba a través de las ventanas y proyectaba un resplandor tenue por la pequeña habitación.

—¿Ah, sí?

Giré la cabeza hacia él mientras caminaba alrededor del escritorio. El dios se había ido hacia un lado y se dedicaba a inspeccionar las estanterías casi vacías empotradas en las paredes.

- —¿Tú no lo hubieras hecho? —Bajé la vista hacia el escritorio, cuya superficie estaba despejada a excepción de una pequeña lámpara.
- —Hubiese pensado que sobrevivir cuando han asesinado a tu hijo y a la persona con la que compartías la casa sería una vida dura como para celebrarla —declaró, al tiempo que abría el cajón central. No había nada más que plumas y frascos de tinta cerrados. Lo cerré y pasé al de la derecha, uno más profundo.
- —Supongo que tienes razón. La mujer estará en el Valle —dije, en referencia al territorio dentro de las Tierras Umbrías donde los que se habían ganado la paz con su muerte pasaban una eternidad en el paraíso.
- —Si es que era ahí adonde iban —murmuró. Se paró a retirar una cajita de madera de una balda.

Mi corazón dio un traspié. ¿Pensaba que podían haber ido al Abismo, donde todos los seres con alma pagaban por los actos malvados cometidos mientras estaban vivos, tanto dioses como mortales? Era imposible que el bebé hubiese ido a parar ahí. Pero ¿los adultos? Bueno, podían haber hecho un montón de cosas a lo largo de su existencia como para ganarse varias vidas de horror.

Pensé en los lores de las islas Vodina. Era un horror que seguramente me tocaría conocer cuando llegase mi hora.

Sacudí la cabeza, cerré el cajón y pasé al de abajo, en el que encontré un grueso libro de contabilidad con tapas de cuero. Lo saqué y lo coloqué sobre el escritorio. Desaté la cinta a toda prisa y abrí la tapa; me topé con páginas garabateadas y varios trozos de pergamino sueltos y doblados. Lo que había estado buscando estaba en el segundo trozo de papel que desdoblé.

Encendí la lámpara y leí el documento deprisa. Era una vinculación de la casa entre la corona y una tal señorita Galen Kazin, hija de Hermes y Junia

Kazin, y un tal señor Magus Kazin, hijo de Hermes y Junia Kazin.

—¿Has encontrado algo?

Como de costumbre, el dios se había acercado sin que lo oyera.

- —Es una vinculación de la propiedad. Eran hermano y hermana. Es decir, si es que eran ellos los que vivían aquí. —Lo cual quería decir que si Galen Kazin era la madre del niño, estaba soltera. Entre las clases trabajadoras tampoco era demasiado extraño, ni se lo consideraba algo vergonzoso. Pero para poder permitirse una casa en el Distrito Jardín uno tenía que descender de la nobleza o haber ganado mucho dinero con los negocios. Aquí era menos habitual que hubiera madres solteras—. Me pregunto dónde estará el padre.
- —¿Quién sabe si el hombre de fuera no era el padre? Quizá no fuese el hermano. —Hizo una pausa—. O incluso podría haber sido ambas cosas.

Mi labio se enroscó en una mueca de asco. Incluso aunque ese fuese el caso, era una razón bastante poco justificada para que los dioses los hubiesen matado a ellos y al bebé. Según las historias que había leído sobre los dioses y los Primigenios, dudaba de que fuesen a inmutarse por eso.

No había nada más en el estudio que diera ninguna indicación acerca de la razón por la que los dioses quisieran matarlos. Aunque no estaba del todo segura de qué podría haber encontrado que respondiera a eso. ¿Un diario relatando sus fechorías?

-Estás frustrada.

Levanté la vista hacia donde el dios estaba al lado de la ventana que daba al patio, de espaldas a mí.

- —¿Tan obvio es?
- —Tampoco ha sido del todo infructuoso. Sabemos que lo más probable es que fuesen hermanos y que una era madre soltera. Tenemos los nombres de los padres.
- —Cierto. —Pero ¿qué nos dice eso? Cerré el libro y volví a atar la cinta—. Tengo una pregunta.
 - —¿Ah, sí?

Asentí.

—Puede que parezca algo ofensivo de preguntar.

El dios se había deslizado hacia delante. Así era justo como se movía, como si sus botas no tocaran el suelo. Se detuvo al otro lado del escritorio.

—Me da la sensación de que eso no te va a detener.

Casi sonreí otra vez.

—¿Por qué sientes curiosidad por unos dioses que han matado a unos mortales? Y no pretendo insinuar que no te importe. Aunque sí dijiste que no

eras decente...

- —A excepción de ese único hueso —señaló, y sonó como si sonriera.
- —Sí, con esa excepción.

Se quedó callado durante un buen rato y percibí su mirada, aunque no pudiera verle los ojos.

—Deja que yo te haga la misma pregunta. ¿Por qué te importa? ¿Los conocías?

Crucé los brazos de nuevo.

—¿Que por qué me importa? ¿Aparte del hecho de que mataron a un bebé? —El dios asintió—. No los conocía. —Solté el aire despacio y miré por el estudio a nuestro alrededor. Vi libros que era probable que no volvieran a leerse nunca, y baratijas cuyo valor ya no apreciaría nadie—. Cuando un dios mata a un mortal, se debe a algún tipo de ofensa —empecé. Eso era lo complicado con los dioses. Ellos decidían qué merecía una consecuencia, qué era una ofensa, qué era castigable y cuál sería ese castigo—. Y a todos os gusta… sentar precedentes con ese tipo de cosas.

Inclinó la cabeza.

- —A algunos, sí.
- —El acto es para enviar un mensaje a los demás. La ofensa se conoce con claridad —continué—. Los dioses no matan en medio de la noche, ni se llevan los cuerpos sin dejar nada atrás. Es casi como si no quisieran que esto se supiera. Y *eso*, bueno, no es normal.
- —Tienes razón. —Deslizó un dedo por el borde del escritorio mientras caminaba, y el silencioso avance de su dedo captó mi atención—. Por eso estoy tan interesado. Esta no es la primera vez que matan de este modo.

Aparté la vista de su mano.

—¿No lo es?

Negó con la cabeza.

—En el último mes, han matado al menos a otras cuatro personas así. A algunos de los cuerpos se los llevaron, aunque a unos pocos los dejaron atrás. Pero sin aportar ni una sola pista sobre por qué lo hacían.

Me devané los sesos para intentar recordar haber oído algo sobre desapariciones misteriosas o muertes extrañas. Pero no lo había hecho.

—La cifra ha llegado ya a siete mortales. —Subió el dedo por el orbe de cristal de la lámpara de gas—. La mayoría estaban en su segunda o tercera década de vida. Dos mujeres. Cuatro hombres. Y el bebé. Por lo que sé, jamás habían matado a nadie tan joven como el niño de esta noche. Lo único que tenían en común era que todos eran de Lasania —caviló. Enroscó el dedo en

torno a la cadenita de cuentas y, con un *clic*, apagó la lámpara y devolvió la habitación a la luz de la luna—. Uno de ellos era alguien a quien la mayoría consideraría… un amigo.

Eso no me lo había esperado. No era que los dioses no pudiesen entablar amistad con mortales. Algunos incluso se habían enamorado de uno de ellos. Aunque no demasiados. La mayoría simplemente había caído en una espiral de lujuria, pero las amistades *sí* eran posibles.

—Estás sorprendida —comentó.

Fruncí el ceño mientras me preguntaba qué era lo que había revelado eso exactamente.

—Supongo que me sorprende que los dioses puedan preocuparse por la muerte de un mortal cuando vivirán muchísimo más que nosotros en cualquier caso. Sé que está mal —añadí a toda prisa—. Un amigo asesinado que resulta que es mortal sigue siendo un... amigo.

—Sí.

Y tenía que ser duro perder a uno. Yo no tenía demasiados amigos. Bueno, ahora que lo pensaba, si no contaba a Ezra y a sir Holland, no tenía *ningún* amigo. Aun así, suponía que perder a un amigo debía de parecerse mucho a perder una parte de ti mismo. Noté cómo el vacío empezaba a abandonarme con una punzada dolorosa en el pecho. No intenté traerlo de vuelta. No había ninguna razón para hacerlo en este momento.

—Siento lo de tu amigo.

En un abrir y cerrar de ojos, había dado la vuelta al escritorio y estaba a pocos centímetros de mí. El impulso de retroceder me golpeó al mismo tiempo que el deseo de dar un paso hacia él. Me quedé donde estaba, pues me negaba a hacer lo uno ni lo otro.

- —Yo también —dijo después de un momento. Busqué entre las sombras acumuladas dentro de su capucha, incapaz de distinguir un solo rasgo.
- —En cualquier caso, tú... sabías bien lo que estaban haciendo. Por eso los seguías. ¿Por qué no se lo impediste?
- —Llegaron aquí antes que yo. —Ese dedo suyo había vuelto al escritorio, se deslizaba ahora por la esquina—. Para cuando por fin los encontré, ya era demasiado tarde. Había planeado capturar al menos a uno de ellos. Ya sabes, para *charlar*. Pero, qué lástima, mis planes cambiaron.

Mi corazón dio un pesado vuelco mientras estiraba el cuello para mirarlo.

—Como dije, yo no te pedí que intervinieras. —Miré su mano de reojo, el largo dedo que recorría la suave superficie del escritorio—. *Elegiste* cambiar tus planes.

—Supongo que sí. —Agachó la cabeza y me pregunté cuánto de mis rasgos podía ver ahora. Una temblorosa sensación de conciencia danzó por mi piel. Me pregunté si él...—. Para ser sincero, estoy bastante enfadado por esa decisión. Si te hubiese dejado seguir tu alegre camino, muy probablemente habría terminado con tu muerte, pero yo hubiese conseguido lo que me había propuesto hacer.

No estaba muy segura de cómo responder a eso.

- —Como ya te dije, supongo que tengo suerte.
- —Y como yo también dije —repuso, y el deslizar distraído de su dedo por el escritorio se convirtió en un agarre fuerte, uno que le puso los nudillos blancos. Descrucé los brazos, todos mis sentidos alerta mientras mi pulso se aceleraba—. ¿De verdad la tienes?

Todo mi cuerpo tuvo la misma reacción que el suyo. Me puse rígida cuando la intensa sensación de conciencia se esfumó. Se hizo un largo momento de silencio, durante el cual levantó una mano y se quitó la capucha. Cuando su rostro estaba oculto, había sentido la intensidad de su mirada. Ahora, la veía.

—Sé que sientes curiosidad por las razones que llevaron a esos dioses a hacer lo que hicieron, pero cuando salgas de esta casa tienes que olvidarte de esto. No tiene nada que ver contigo.

Su exigencia tocó cada fibra equivocada dentro de mí. El poco control que tenía sobre mi vida *me pertenecía*. La tensión reptó por mi cuello mientras le sostenía la mirada.

- —Solo yo tengo derecho a determinar lo que tiene o no tiene que ver conmigo. Lo que yo haga o deje de hacer no es asunto de nadie. Ni siquiera de un dios.
- —¿De verdad lo crees? —preguntó, con esa misma voz demasiado suave, el tipo que me ponía de los nervios.
- —Sí. —Despacio, moví la mano hacia mi daga. Él no había mostrado ninguna mala voluntad hacia mí, pero no iba a correr ningún riesgo.
 - —Pues te equivocarías.

Mis dedos rozaron el mango de la daga.

- —Quizá sí, pero eso no cambia el hecho de que tú no tengas voz ni voto en lo que yo hago.
 - —Ahí también estarías equivocada —repuso.

Me equivocaba de plano. En realidad, nadie superaba a un dios. Ni siquiera la realeza. La autoridad de las coronas mortales era más una fachada que cualquier otra cosa. El verdadero poder estaba en manos de los

Primigenios y de los dioses. Y todos los Primigenios, todos los dioses, respondían ante el Rey de los Dioses. El Primigenio de la Vida.

Pero eso no significaba que tuviera que gustarme, ni la manera depredadora en que me miraba.

- —Si estás tratando de intimidarme o asustarme para que te obedezca, puedes olvidarlo. No va a funcionar. Yo no me asusto.
 - —Pues deberías de tenerle miedo a muchas cosas.
 - —No me da miedo nada, y eso te incluye a ti.

En un momento, estaba a varios centímetros de mi cuerpo. Al siguiente, se alzaba imponente sobre mí y sus dedos se habían cerrado en torno a mi barbilla. La conmoción por lo rápido que se había movido no fue nada en comparación con la corriente de electricidad estática que lo siguió y brotó a lo largo de mi piel ante el contacto de su mano. Fue más fuerte. Más intensa ahora.

Noté su piel helada mientras inclinaba mi cabeza hacia atrás. No me hincó los dedos, tampoco me sujetaba con fuerza. Solo estaba... *ahí*, frío y al mismo tiempo abrasador como un hierro candente.

—¿Y ahora? —preguntó—. ¿Tienes miedo?

Aunque su agarre no era firme, descubrí que me costaba tragar mientras mi corazón aleteaba como un pajarillo atrapado.

—No —logré mascullar—. Solo estoy más bien irritada.

Pasó un momento de silencio.

—Mientes.

Cierto. Más o menos. Un dios tenía una mano sobre mí. ¿Cómo podría no tener miedo? Pero de manera extraña e inexplicable, no estaba *aterrada*. Puede que fuese mi ira. Tal vez fuese por la conmoción de todo lo que había visto esta noche, la desconcertante sensación de su contacto, o el hecho de que si quisiera hacerme daño, ya lo habría hecho una docena de veces. Quizá fuese esa parte de mí a la que no le importaban las consecuencias.

—Un poco —admití, y entonces me moví. Deprisa. Desenvainé la daga y se la puse al cuello—. ¿Y tú, tienes miedo?

Solo sus ojos se movieron, se posaron sobre el mango de la daga.

—¿Piedra umbra? Un arma singular para que la lleve una mortal. ¿Cómo conseguiste un arma semejante?

No era como si pudiese contarle la verdad. Que la había encontrado un antepasado mío que se había enterado de lo que una daga de piedra umbra le podía hacer a un dios e incluso a un Primigenio una vez debilitado. Así que mentí.

- —Era de mi hermanastro. —El dios arqueó una ceja oscura—. La tomé prestada, más o menos.
 - —¿Prestada?
 - —Durante el último par de años —añadí.
- —Suena como que la robaste. —No dije nada. Él me miró desde lo alto —. ¿Sabes por qué es muy raro ver una daga semejante en el mundo mortal?
- —Sí —reconocí, aunque sabía que hubiese sido más sensato fingir ignorancia. Pero la necesidad de demostrarle que no era una mortal impotente a la que podía mangonear era mucho más fuerte que la sensatez.
- —O sea que sabes que la piedra es bastante tóxica para la carne de un mortal, ¿verdad? —comentó, y por supuesto que lo sabía. Si entraba en contacto con la sangre de un mortal, la piedra lo mataba poco a poco aunque la herida no fuese tan grave—. ¿Y sabes lo que ocurriría si intentaras utilizar esa arma contra mí?
- —¿Lo sabes tú? —contraataqué, el corazón desbocado. El incandescente resplandor blanco palpitó detrás de sus pupilas y se filtró en los finísimos y radiantes zarcillos plateados. Me recordaba a cómo el *eather* había rebosado y chisporroteado por el aire en torno al Primigenio de la Muerte.
- —Lo sé. Y apuesto a que tú también. Pero aun así lo intentarías. —Sus ojos bajaron hacia donde tenía la daga apretada contra su piel—. ¿Es extraño que esa idea me haga pensar en cómo sentía tu lengua dentro de mi boca?

Todo mi cuerpo se incendió de pronto, a pesar de que fruncí el ceño.

—Sí, un poco...

El dios actuó tan deprisa que ni siquiera pude seguir sus movimientos. Me agarró de la muñeca y la retorció para hacerme girar en el sitio. En un santiamén, tenía la daga apretada contra mi tripa. Su otra mano ni siquiera se había movido de mi cuello.

- —Eso ha sido injusto —boqueé.
- —Y tú, *liessa*, eres muy valiente. —Su pulgar empezó a moverse, se deslizó por la curva de mi mandíbula—. Pero a veces, uno puede ser demasiado valiente. —La oscura sedosidad de sus palabras se envolvió a mi alrededor—. Hasta el punto de que raya en la estupidez. ¿Y sabes lo que he descubierto sobre los que son estúpidamente valientes? Que siempre hay una razón para que corran al encuentro de la muerte en lugar de tener la sensatez de huir en dirección contraria. ¿Cuál es tu razón? —preguntó—. ¿Qué es lo que ahoga ese miedo y te empuja a correr con tanta ansia hacia la muerte?

Su pregunta me dejó descolocada. Me aceleró el pulso. ¿Era eso lo que estaba haciendo? ¿Correr con ansia hacia la muerte? Casi me entraron ganas

de reír, pero pensé en esa parte no tan oculta de mí a la que... simplemente no le importaba. La que hacía caso omiso de la contención y del sano juicio.

- —No... no lo sé.
- —¿No? —La palabra brotó con incredulidad de su boca.
- —Cuando me pongo nerviosa, digo tonterías. Y cuando me siento amenazada o me dicen lo que debo hacer, me enfado —susurré—. Más de una vez me han dicho que algún día mi boca me iba a meter en un lío y que debería prestar atención.
- —Veo que te has tomado el consejo muy en serio —musitó—. Enfrentarte a una amenaza siempre con ira no es la más sensata de las elecciones.
 - —¿Como ahora?

El dios no dijo nada, pero continuó sujetándome contra su pecho; su pulgar se deslizaba adelante y atrás, adelante y atrás. Con su fuerza, ni siquiera tendría que utilizar el *eather*. Lo único que haría falta sería un giro brusco de su muñeca.

Fue entonces cuando me di cuenta de que debía de haber llegado al límite de la buena voluntad de este dios con respecto a mí.

Se me secó la boca y el miedo a lo que sabía que estaba por venir se instaló pesado en mi pecho. Estaba haciendo equilibrio al borde de la muerte.

- —¿Por qué no lo haces y ya está?
- —¿Hacer qué, exactamente?
- —Matarme —dije, la palabra me supo como estropajo en la lengua.

Bajó un poco la cabeza, y cuando volvió a hablar, su aliento levitó por encima de mi mejilla.

- —¿Matarte?
- —Sí. —Notaba la piel de una tirantez inexplicable. Él echó la cabeza lo bastante atrás como para ver que tenía una ceja arqueada.
 - —Matarte no se me ha pasado siquiera por la imaginación.
 - —¿De verdad?
 - —De verdad.

Sentí una oleada de sorpresa.

—¿Por qué no?

Se quedó callado durante un momento.

- —¿En serio me estás preguntando por qué no he pensado en matarte?
- —Eres un dios —señalé, sin tener muy claro si estaba siendo sincero o solo estaba jugando conmigo.
 - —¿Y esa es razón suficiente?
 - —¿No lo es? Te he amenazado. Te he puesto una daga al cuello.

- —Más de una vez —me corrigió.
- —Y he sido grosera.
- —Mucho.
- —Nadie le habla a un dios o se comporta con uno de ese modo.
- —No suelen hacerlo, no —reconoció—. Sea como fuere, supongo que no estoy de un humor asesino esta noche.

Analicé su tono en busca de algún indicio de engaño mientras miraba hacia la ventana.

- —Si no me vas a matar, entonces supongo que deberías soltarme.
- —¿Vas a intentar apuñalarme?
- —Uhm... espero que no.
- —¿Esperas?
- —Si intentas decirme lo que hacer o me agarras otra vez, es probable que pierda esa esperanza —le informé.

Una risa silenciosa retumbó en su interior. Pasó a través de mí.

- —Al menos, eres sincera.
- —Al menos —mascullé, tratando de ignorar la presión fría que ejercía contra mi espalda. Su contacto. No me asustaba. Ni siquiera me molestaba, cosa que hizo que me preguntara exactamente qué había mal en mí. Porque había descubierto que me estaba costando esfuerzo contener los músculos de mi espalda y de mi cuello, que querían relajarse entre sus brazos.

Su mano soltó mi barbilla y me giré de inmediato. Dio un paso atrás y, en un abrir y cerrar de ojos, estaba al otro lado de la mesa.

—Ten cuidado —dijo, al tiempo que levantaba su capucha y ocultaba su rostro en la oscuridad—. Estaré observando.

Capítulo 4



Inspiré despacio y con calma en la oscuridad. La tensión se acumuló en mis músculos.

—Ahora —llegó la orden.

Giré en redondo, tiré la daga y un golpe suave respondió un instante después. Ansiosa por ver exactamente dónde había aterrizado el arma, empecé a quitarme la venda de los ojos justo cuando sentí el frío del acero apretado contra mi cuello. Me quedé paralizada.

- —¿Ahora qué? —me llegó una voz grave.
- —¿Lloro y ruego por mi vida? —sugerí.

Me contestó una risa suave.

- —Eso solo funcionaría si la otra persona no estuviese decidida a matarte.
- —Qué pena —murmuré.

Entonces me moví.

Agarré la muñeca de la mano que sujetaba el arma, retorcí el brazo para alejarlo de mí y di un paso hacia mi atacante. Una exclamación brusca trajo una sonrisa a mis labios. Apreté los dedos contra los tendones, *justo* en ese punto. Todo el brazo sufrió un espasmo mientras los dedos se abrían por acto reflejo y la empuñadura de la espada caía en mi mano. Me agaché y lancé una patada, plantando la bota contra una pierna. Un cuerpo pesado golpeó el suelo con un quejido gutural.

Apunté la espada hacia el cuerpo tendido al tiempo que levantaba la mano y retiraba la venda.

—¿Esa ha sido respuesta suficiente?

Sir Braylon Holland yacía despatarrado en el suelo de piedra de la torre oeste.

-Más o menos.

Sonreí con suficiencia y eché la gruesa trenza por encima de mi hombro.

Gimiendo en voz baja, sir Holland rodó para ponerse en pie. Nacido al menos dos décadas antes que yo, parecía mucho más joven de lo que debería, pues no había ni una sola arruga en su piel marrón oscura. Una vez lo había oído decirle a uno de sus guardias, que le había preguntado si había invocado a un dios a cambio de la juventud eterna, que su secreto era beber un vaso de whisky cada noche.

Aunque estaba segura de que estaría muerto si bebiera tanto.

—Pero tu puntería es defectuosa —comentó, mientras se sacudía el polvo de los pantalones negros. Sin el odioso uniforme dorado y ciruela de la guardia real, tenía el mismo aspecto que cualquier otro guardia. De hecho, nunca lo había visto vestido de gala—. Y tiene que mejorar mucho.

Fruncí el ceño y me giré hacia donde el maniquí estaba apoyado contra la pared. El triste monigote había visto épocas mejores. Pegotes de algodón y paja brotaban de los numerosos cortes. Su camisa de lino había sido sustituida muchas veces a lo largo de los años. A esta la había robado del cuarto de Tavius y colgaba hecha jirones de los hombros de madera. La cabeza de arpillera, rellena de más paja y trapos, caía con tristeza hacia un lado.

La luz del sol entraba a raudales por la estrecha ventana y centelleaba sobre el mango de la daga de hierro que sobresalía del pecho del maniquí.

- —¿Cómo que tengo mala puntería? —exigí saber, pasando una mano por mi frente empapada de sudor. El verano... se estaba volviendo insoportable a marchas forzadas. La semana pasada, encontraron a una pareja de ancianos en su diminuto apartamento de Croft's Cross, muertos por un golpe de calor. No eran los primeros y mucho me temía que no serían los últimos—. Dijiste que apuntara al pecho y le he dado en el pecho.
- —Te dije que apuntaras al corazón. ¿Los corazones suelen estar en el lado derecho del cuerpo, Sera?

Fruncí los labios.

—¿De verdad creemos que alguien sobreviviría con una puñalada así en cualquiera de los dos lados del pecho? Porque ya te digo yo que no, no sobreviviría.

La mirada que me lanzó solo podía describirse como nada impresionada mientras me quitaba la espada de la mano y se dirigía hacia el maniquí. Era una mirada a la que, por desgracia, estaba muy acostumbrada. Sir Holland agarró la daga y tiró de ella para liberarla.

- —No se recuperaría de una herida semejante, pero no sería una muerte rápida ni tampoco honorable, y sería una deshonra para ti.
- —¿Por qué habría de preocuparme de darle una muerte honorable a alguien que hubiera intentado matarme? —pregunté, pensando que era una pregunta superválida.
 - —Por varias razones, Sera. ¿Tengo que enumerarlas para ti?
 - -No.
- —Mala suerte. Me gusta oírme enumerar cosas —repuso, y yo gemí—. Tú, querida, llevas una vida peligrosa.
- —No por elección propia —mascullé en voz baja. Él arqueó una ceja sardónica.
- —A ti no te protegen como a la princesa Ezmeria —empezó, mientras cruzaba hasta la pared de enfrente de la pequeña ventana, donde se almacenaban numerosas armas. Dejó la espada al lado de otras más largas y pesadas—. No hay guardias reales asignados a vigilar tus aposentos ni a mantener un ojo puesto en ti mientras te desmelenas por toda la capital.
 - —Yo no me *desmeleno* por toda la capital.

La mirada que me lanzó esta vez indicaba que sabía bien de qué hablaba.

—Es posible que la mayoría de la gente no sepa quién eres —continuó, como si yo no hubiese hablado—. Pero eso no significa que no vaya a haber algunos ahí fuera que hayan oído rumores sobre tu existencia y hayan deducido que no eres ninguna doncella personal, sino que llevas sangre Mierel en las venas —prosiguió—. Todo lo que hace falta es que uno de ellos se lo cuente a alguien que crea que podría utilizarte como medio para lograr lo que quiere.

Apreté la mandíbula. Había habido dos en los últimos tres años que, de algún modo, habían descubierto que yo era, de hecho, una princesa y habían intentado secuestrarme. La cosa no había acabado bien para ellos, aunque su sangre no manchaba mis manos.

Manchaba las de Tavius, aunque estaba convencida de que él tenía mucho que ver con ese rumor.

—No solo eso, es solo una cuestión de tiempo antes de que la corona de las islas Vodina se entere de lo de sus lores. Tratarán de asediarnos. —Se giró hacia mí—. No serás más que otro cuerpo a través del que corten para llegar hasta la corona. Ya era solo otro cuerpo por aquí. Uno al que ignoraban casi todo el rato. Pero fuera lo que...

- —Y luego está el heredero —añadió sir Holland en tono inexpresivo—. Que sigue muy enfadado por lo que ocurrió en las cuadras la semana pasada.
- —Sí, bueno, yo todavía estoy molesta con él por haber fustigado a ese caballo debido a su propia estupidez y falta de destreza —repliqué—. Cada vez que lo veo, me entran ganas de darle otro puñetazo.
- —Aunque su comportamiento hacia ese animal fue abominable, ponerle un ojo morado al heredero de Lasania y luego amenazar con utilizar esa fusta del mismo modo en que la había empleado él no fue la más sabia de las elecciones.
- —Pero *sí* fue la más satisfactoria —dije con una sonrisa. Sir Holland hizo caso omiso de mi comentario.
- —El príncipe debería haber ascendido al trono ya. Si no fuese porque la princesa Kayleigh se puso *enferma* y tuvo que regresar a Irelone, lo más probable es que lo habría hecho ya. —Se giró hacia mí, sus ojos color nogal se clavaron en los míos y se me borró la sonrisa de un plumazo—. Algo con lo que estoy seguro de que no tuviste nada que ver.
- —La princesa Kayleigh *está* muy enferma y tuvo que regresar a casa para que cuidaran de ella. Tavius podría haber elegido a cualquier otra como esposa. Sin embargo, es demasiado vago para ocupar el trono y asumir, ya sabes, *responsabilidades* más allá de ser un cerdo borracho y lascivo. Así que va a posponer lo del matrimonio durante todo el tiempo que pueda.
- —Y supongo que la enfermedad de la princesa Kayleigh no tuvo nada que ver con la poción que adquiriste para hacer palidecer su piel y revolverle el estómago.

Mantuve una expresión perfectamente neutra.

- —No tengo ni idea de lo que estás diciendo.
- —Mientes fatal.

Mientes, dijo una voz ahumada en mis pensamientos. La ignoré desesperadamente. Como había hecho durante las últimas dos semanas, desde la noche en que estuve en el estudio de esa casa.

- —¿Cómo te has enterado siquiera de eso?
- —Sé muchas más cosas de las que crees, Sera.

Me dio un leve retortijón de inquietud. ¿Se refería a cuando de verdad me *desmelenaba* por la capital? Es decir, en El Luxe. Dios, esperaba que no. Sir Holland no era exactamente una figura paternal, pero aun así, la idea de que

tuviera conocimiento del tiempo que pasaba ahí me daba ligeras ganas de vomitar.

No podía ni planteármelo, así que la borré de mis pensamientos.

- —Puedo manejar a Tavius.
- —Apenas —repuso, y me puse rígida—. Y solo porque eres más rápida que él. Un día, tendrá un golpe de suerte. No serás lo bastante rápida. —La expresión de sir Holland se suavizó—. No lo digo para ser cruel, pero hasta que no te hayas marchado de aquí, él será una amenaza.

Sabía que no estaba siendo cruel. Sir Holland nunca lo era. Solo estaba recalcando un dato objetivo. Pero solo había una manera de que yo saliera de Lasania, y eso sería cuando muriera. Solté un profundo suspiro.

- —¿Qué tiene nada de eso que ver con una muerte honorable o rápida?
- —Bueno, aparte del hecho de que un mortal que está muriendo todavía es capaz de blandir un arma, un enemigo rara vez lo es por elección propia —me dijo—. Suelen convertirse en tales por las elecciones de alguna otra persona, o se convierten en enemigos debido a situaciones sobre las que tienen muy poco control. Hubiese pensado que justo tú mostrarías más empatía al respecto.

Sabía que no se refería a los lores de las islas Vodina, sino a los que se volvían desesperados por situaciones tan fuera de su control que se encontraban haciendo cosas que jamás se habían planteado siquiera. Mortales que se convertían en la pesadilla de alguna otra persona porque era la única manera de sobrevivir.

La vergüenza escaldó la parte de atrás de mi cuello y me moví incómoda sobre los pies. Los ojos de sir Holland recorrieron mi cara.

- —¿Qué está pasando contigo, Sera? Llevas un par de días como ida. ¿Algo va mal?
- —¿Que si algo va mal...? —Dejé la frase en el aire. Había muchas cosas que iban mal, empezando con por qué sir Holland seguía reuniéndose conmigo a diario para entrenar. No era solo para mantenerme lista por si tenía que defenderme o por si la reina decidía que mi destreza podría servir para asestar un golpe personal.

Sir Holland actuaba como si yo fuese parte integral para la supervivencia de Lasania. Como si el Primigenio de la Muerte fuese a venir por mí. Todavía no había tenido las agallas de contarle lo que me había dicho el Primigenio. Pensaba... pensaba que él necesitaba creer que aún había esperanza, porque nada había impedido que la Podredumbre continuara extendiéndose. La única manera que conocíamos para detenerla era matar al Primigenio.

Y la Podredumbre estaba empeorando. Había habido unos pocos chaparrones a lo largo del último mes, pero nada sustancial. Antes de eso, las tormentas habían traído consigo un granizo de tal tamaño que había aplastado y destrozado la vegetación al estrellarse contra el suelo. La gente estaba preocupada por que los campos de maíz fuesen a producir solo la mitad de la cosecha del año anterior.

¿Cuánto tiempo más podría aguantar Lasania de este modo?

Y también estaba lo de los hermanos Kazin, que habían sido asesinados. Lo de ese bebé y la falta de respuestas en cuanto a las razones por las que los habían matado.

Había vuelto a su vecindario al día siguiente para hacer algunas preguntas acerca de la familia Kazin. Me había enterado de que sus padres habían muerto hacía un año. Nadie tenía nada destacable que decir sobre ellos ni sobre los hermanos. A Galen la habían descrito como atractiva y tímida, alguien a quien se la veía pasear con frecuencia por los jardines cercanos, con su bebé, a primera hora de la mañana. Y nadie había podido aseverar quién era el padre del niño, pero se creía que era algún vago que la había abandonado al descubrir que estaba embarazada. De Magus se decía que era un ligón, pero leal y simpático. Descubrí incluso que había sido guardia en Carsodonia. No de tan alto rango como un guardia real o un caballero real, pero un defensor de la ciudad en cualquier caso. Me pregunté si lo habría visto alguna vez. Si me habría cruzado con él por los pasillos de Wayfair. Era uno de los miles de guardias, un nombre sin rostro.

Y luego estaba el descubrimiento de que habían asesinado a otros cuatro mortales.

Estaré observando.

Un escalofrío gélido bailó por mi nuca. Y también era por él. El dios cuyo nombre no conocía. Había tardado una semana entera en aceptar del todo que, de hecho, había amenazado a un dios. *Y* que lo había besado. Y que había *disfrutado* de que él me besara. Sin embargo, lo que no lograba entender era el recuerdo que aún perduraba de la sensación de *corrección* que había notado cuando estaba cerca de él. Una sensación que todavía no tenía ningún sentido. Y ahora no podía evitar preguntarme si me observaba cuando me movía por las calles de Carsodonia. Y alguna parte increíblemente idiota, imprudente y trastornada de mí... deseaba que nuestros caminos se cruzaran de nuevo. Quería saber por qué me había besado. Había habido otras formas de escondernos y disimular, como alejarnos más de esos otros dioses, para empezar.

Deslicé los ojos hacia la puerta cerrada.

—No lo sé. Solo estoy de un humor extraño.

Sir Holland se acercó y me dio la daga.

- —¿Estás segura de que eso es todo? —Asentí—. No te creo.
- —Sir Holland...
- —No lo hago —insistió—. ¿Sabes por qué seguimos practicando todos los días?

Apreté más la mano sobre la daga al tiempo que todo lo que quería decir empezaba a burbujear en mi interior.

—¿Quieres que sea sincera? No sé por qué hacemos esto.

Sus cejas volaron hacia arriba.

- —Era una pregunta retórica, Sera.
- —Bueno, pues no debería serlo —espeté—. ¿De qué sirve?

La sorpresa se extendió por toda su cara.

- —¿Que de qué sirve? Las vidas…
- —... de todo el mundo en Lasania dependen de que yo termine con la Podredumbre —lo interrumpí—. Ya lo sé. He vivido con eso desde que nací. Y es en lo único en lo que puedo pensar cada vez que veo la Podredumbre extenderse por granja tras granja. Cada día que no llueve y que el sol continúa abrasando los cultivos y cada vez que pienso en lo que podría traer el invierno, pienso en todas esas vidas. —Respiré hondo, pero no contuve el aire como me había enseñado. No había espacio para él—. Pienso en ello cada vez que alguien hunde uno de nuestros barcos o cuando hay rumores de otro asedio. En lo único que pienso cuando intento dormirme o comer o cuando estoy haciendo *cualquier* cosa es en cómo era la Doncella y cómo el Primigenio de la Muerte me encontró indigna.
- —No eres indigna. No eres una maldición ni nada por el estilo. Llevas la brasa de la vida en tu interior. Llevas *esperanza* dentro de ti. Llevas la posibilidad de un *futuro* —dijo—. No sabes lo que piensa el Primigenio de la Muerte.
- —¿Cómo puede no pensar eso? —repliqué, enfadada. Sir Holland negó con la cabeza.
 - —Lo que está pasando con la Podredumbre no es culpa tuya.

Casi me reí ante la absurdidad. Algunas personas creían que los Primigenios estaban enfadados y que la Podredumbre era una señal de su cólera. Eso había llevado a que los templos se llenaran de devotos y que se le echara la culpa a todo, desde matrimonios fallidos hasta iconos falsos. Se acercaban bastante a la verdad sin darse cuenta de que otros creían que la

culpa debería ser atribuida a la corona. Que no se había planificado nada para el caso de que el clima o los suelos empeoraran. Y ellos también tenían razón. La corona había puesto todos sus huevos en la misma cesta, y esa cesta había sido yo. Ahora, la corona se estaba dedicando a hacer acopio de productos que podían secarse o envasarse y había decretado que se sembraran cultivos más resistentes. Y estaban tratando de establecer alianzas y, aunque ninguna había acabado tan mal como la de las islas Vodina, ningún reino quería que le endilgaran otro que no podía ni alimentar a su propia gente.

Podía contar con los dedos de una mano cuántas personas sabían que Lasania estaba condenada. El acuerdo que había cerrado el rey Roderick venía con una fecha límite. No solo me habían prometido a un Primigenio. Mi nacimiento era señal de que el plazo del trato había vencido, e incluso si el Primigenio de la Muerte me hubiese aceptado, Lasania seguiría su camino hacia la destrucción.

Deslicé un dedo por la hoja de la daga. Se podía matar a un dios si se destruía su cerebro o su corazón con piedra umbra. Y se lo podía paralizar si la hoja se dejaba clavada en su cuerpo. Un Primigenio, sin embargo, era diferente. Destruir su corazón o su cerebro, o ambos, solo lo heriría, no lo mataría. Lo debilitaría, pero no lo suficiente como para hacerlo realmente vulnerable a la piedra umbra.

Pero sí se podía matar a un Primigenio.

Con amor.

Hacer que se enamore, convertirme en su debilidad y terminar con él.

Eso era lo que me había pasado la vida entera preparándome para hacer. Había adquirido gran destreza con la daga, la espada y el arco, y podía protegerme si la cosa llegaba a un combate mano a mano. Me habían enseñado a comportarme de un modo que se creía que sería del agrado del Primigenio una vez que me reclamara, y las cortesanas de El Jade me habían enseñado que el arma más peligrosa no era un arma violenta. Había estado preparada para conseguir que se enamorara de mí. Para convertirme en su debilidad y luego matarlo.

Era la única manera de salvar a Lasania.

Todo trato entre un dios o un Primigenio y un mortal acababa a favor de quienquiera que hubiese resultado beneficiado por él si el dios o el Primigenio que había respondido a la llamada moría. En nuestro caso, significaba que todas las cosas que habían ocurrido para restaurar Lasania hacía doscientos años volverían a entrar en efecto y perdurarían hasta el final de los tiempos.

Eso era lo que mi familia había descubierto en todos los años que había costado que yo naciera.

Pero el Primigenio no me había reclamado, así que esa información había resultado inútil hasta ahora. De algún modo, yo... la había liado. Me había mirado, y tal vez había visto lo que hay en mi interior. Lo que intentaba ocultar.

Pensé en lo que había dicho mi vieja niñera, Odetta, cuando le pregunté si creía que mi madre estaba orgullosa de tener a una Doncella como hija.

Me había agarrado la barbilla con sus dedos nudosos y fríos y había dicho: Niña, los Hados saben que fuiste tocada por la vida y por la muerte, creando algo que no debería existir. ¿Cómo podría sentir tu madre nada aparte de miedo?

Ni siquiera debería haber hecho esa pregunta, pero era una niña y... solo había querido saber si mi madre estaba orgullosa.

Y Odetta había sido la persona equivocada a la que preguntarle. Que los dioses la acogieran en su seno, pero era tan obtusa como la parte de atrás de un cuchillo. Y cascarrabias. Siempre lo había sido. Pero nunca me había tratado de una manera diferente que a cualquier otro.

En realidad, lo que había dicho no tuvo mucho sentido entonces, pero a veces me preguntaba si se había referido a mi *don*. ¿Lo habría percibido el Primigenio de la Muerte? ¿Acaso importaba ya ahora?

Había fracasado.

—¿Cómo puede no ser mi culpa? —exigí saber y luego me giré hacia el maniquí antes de lanzar la daga.

La hoja se incrustó en su pecho, justo donde estaría el corazón. Sir Holland miró el maniquí.

- —¿Ves? Sabes dónde está el corazón. ¿Por qué no hiciste eso antes? Me giré hacia él.
- —Antes llevaba una venda sobre los ojos.
- -:Y?
- —¿Y? —repetí—. ¿Por qué estoy practicando siquiera con los ojos vendados? ¿Alguien espera que me quede ciega pronto, en algún momento?
- —Espero que no —repuso con sequedad—. El ejercicio te ayuda a pulir tus otros sentidos. Ya lo sabes, y ¿sabes qué más deberías saber?
- —Sea lo que fuere, estoy segura de que me lo vas a decir. —Enfadada, eché mi trenza hacia atrás por encima de mi hombro.
 - —No es tu culpa —repitió.

Se me formó un nudo en la parte de atrás de la garganta al oír su tono. Era el mismo tono que había empleado cuando tenía siete años y había llorado hasta que me dolió la cabeza porque me habían obligado a quedarme en el castillo cuando todos los demás se iban a la residencia en el campo. La misma compasión que había mostrado cuando había tenido once años y me había hecho un esguince en el tobillo después de haber aterrizado con él torcido, y cuando tenía quince y casi me sacó las tripas al no desviar su ataque a tiempo. La amabilidad que había mostrado cuando me enviaron por primera vez con las cortesanas de El Jade en los meses anteriores a mi cumpleaños número diecisiete y no quería ir. Sir Holland y mi hermanastra Ezra eran las dos únicas personas que me trataban como si fuese una persona real y no una cura. Un arreglo que no funcionaba.

Forcé al aire a pasar alrededor del nudo ardiente.

- —Sí, bueno, alguien debería decírselo a la reina.
- —Tu madre es... —Sir Holland se pasó una mano por el pelo casi rapado —. Es una mujer dura. Ella y yo no estamos de acuerdo en muchas cosas en lo que a ti respecta. Creo que lo sabes. Pero la historia se está repitiendo y ella está viendo sufrir a su gente.
- —Entonces, quizá debería invocar a un dios y suplicarle que hiciera cesar ese sufrimiento —sugerí.
 - —No lo dices en serio.

Abrí la boca, pero luego suspiré. Por supuesto que no lo decía en serio. No era frecuente que alguien estuviese tan desesperado o fuese tan tonto como para encontrar su camino hasta uno de los templos, pero sí ocurría alguna vez. Había oído las historias.

Orlano, uno de los cocineros del castillo, había hablado una vez de un vecino de su infancia que había convocado a un dios para pedirle la mano de la hija de un terrateniente que se había negado a considerar su proposición de matrimonio.

El dios le había concedido justo lo que había pedido.

La mano de la hija del terrateniente.

Tenía el estómago revuelto mientras caminaba hasta el maniquí. ¿Qué tipo de dios haría algo así?

¿Qué tipo de dios mataría a un bebé?

—¿Crees que eres indigna? —preguntó sir Holland con voz queda.

Consternada por la pregunta, miré al frente pero no vi nada del saco de arpillera.

- —El Primigenio de la Muerte solicitó una consorte a cambio de concederle a Roderick lo que pedía. Vino y se marchó sin mí. Sin lo que él mismo había pedido. Y no ha regresado desde entonces. —Miré a sir Holland —. Así que, ¿tú qué crees?
 - —Tal vez creyó que no estabas preparada.
- —¿Preparada para qué? ¿Cómo exactamente podría determinar si una consorte está preparada o no?
- —A lo mejor quería que fueses mayor —conjeturó, sacudiendo la cabeza —. No todo el mundo cree que alguien es lo bastante madura o está lo bastante *preparada* para casarse a los diecisiete o a los dieciocho…
- —¿O a los diecinueve? ¿A los veinte? Todo el mundo está casado o de camino a casarse a los diecinueve —señalé.
 - —Tavius no está casado. La princesa Ezmeria tampoco. Ni yo —comentó.
- —Tavius no está casado porque la princesa Kayleigh enfermó y es demasiado vago para subir al trono y asumir, ya sabes, responsabilidades, más allá de ser un cerdo borracho y lascivo. Así que va a posponer lo del matrimonio durante todo el tiempo que pueda. Y Ezra tiene otros planes. Tú... —Fruncí el ceño—. ¿Por qué *no estás* casado?

Sir Holland se encogió de hombros.

—Simplemente, no me ha apetecido hacerlo. —Me observó durante un momento—. Creo que vendrá a por ti —dijo—. Por eso sigo entrenando contigo. Yo no he perdido la esperanza, princesa.

Solté una risotada.

- —No me llames así.
- —¿Que no te llame cómo?
- —*Princesa* —musité—. No soy una princesa.
- —¿De verdad? —Cruzó los brazos y volvió a su postura habitual, la que adoptaba siempre que no estaba tratando de hacerme caer de culo o de herirme con todo tipo de cosas afiladas y puntiagudas—. Entonces, ¿qué eres?

¿Qué soy?

Bajé la vista hacia mis manos. Esa era una buena pregunta. Puede que fuese miembro de la realeza por sangre, pero solo me habían reconocido como tal tres veces en mi vida. Y desde luego que no me trataban como tal. Toda mi vida había estado centrada en convertirme en una...

- —¿Una asesina?
- —Una guerrera —me corrigió.
- —¿Un cebo?

Su expresión fue tan blanda como el pan de la víspera que había conseguido sisar esa mañana de la cocina.

—No eres un cebo. Eres una trampa.

Y tal vez me había convertido en nada más que un arma de carne y sangre.

¿Qué más podía ser? ¿Cuántas capas más existen debajo de eso?, me pregunté mientras jugueteaba con la venda que aún colgaba de mi cuello. Nunca había tenido tiempo para pasatiempos o para divertirme. No había desarrollado ninguna destreza aparte de cómo manejar una daga o un arco y cómo vivir con elegancia. No consideraba a nadie un confidente cercano, ni siquiera a Ezra o a sir Holland. Mientras crecía, solo me habían permitido tener una niñera. Ni siquiera una doncella, por miedo a que pudiera ejercer algún tipo de influencia terrible sobre mí. Tampoco era que necesitase una acompañante a todas horas, pero la compañía hubiese sido agradable. Todo lo que tenía aparte de *esto* era mi lago, y no estaba segura de que de verdad contara para algo puesto que era, bueno... un lago.

Solté un resoplido, exasperada. No me gustaba pensar en esto, en nada de esto. Para ser sincera, no me gustaba pensar en absoluto. Porque cuando lo hacía, me hacía sentir como si fuese una persona real. Y cuando era incapaz de impedir el flujo de pensamientos, me obcecaba con esa pequeña semilla de alivio que había sentido cuando el Primigenio me rechazó. Después me ahogaba en esa vergüenza y ese egoísmo. En esas ocasiones, echaba mano de las pociones para dormir que los curanderos habían preparado para mi madre. Una vez, cuando sir Holland estaba ocupado con algún asunto relacionado con la guardia real y Ezra había estado en el campo visitando a una amiga, había dormido casi dos días enteros. Nadie había venido siguiera a ver si me pasaba algo. Y cuando desperté, me había quedado mirando el vial, pensando en lo fácil que sería bebérmelo entero. Me empezaron a sudar las palmas de las manos, como ocurría cada vez que pensaba en aquello, así que las sequé contra mis muslos. Tampoco me gustaba pensar en ese día. En cómo ese vial se había convertido en un fantasma, uno diferente a los que rondaban por los Olmos Oscuros porque se negaban a entrar en las Tierras Umbrías.

—Venga —dijo sir Holland, sacándome de mi ensimismamiento—. Vuelve a ponerte la venda y continúa hasta que des en el blanco.

Con un suspiro, agarré la tela y volví a ponerla sobre mis ojos. Sir Holland ató el nudo de nuevo para que se quedara en su sitio y yo permití que mi mundo se volviera oscuro porque... no tenía nada más que hacer. Ningún otro sitio en el que estar.

Sir Holland me giró hacia el maniquí y noté cómo daba un paso atrás. Cuando apreté la mano sobre el mango, pensé en lo que había dicho. Una *guerrera*. Puede que tuviera razón, pero también era otra cosa.

Una mártir.

Porque aunque el Primigenio viniera a por mí, aunque lograse cumplir con mi deber si lo hacía, el resultado final sería el mismo.

Yo no sobreviviría.



Cuando entré en las estrechas escaleras después de terminar con sir Holland, sentí que se avecinaba un dolor de cabeza sordo. Los rayos de sol pugnaban por penetrar en la oscuridad mientras bajaba por los escalones a veces resbaladizos hasta el siguiente piso. Crucé al ala este de Wayfair, por un pasillo de iluminación mucho más tenue. Fui hasta el último cuartito, al final del silencioso pasillo. La puerta estaba entreabierta y la empujé para abrirla más.

La luz de una vela titilaba desde una mesa al lado del estrecho catre y proyectaba un resplandor suave sobre la pequeña figura que yacía sobre el colchón. Entré en la habitación de puntillas y fui hasta la banqueta de al lado de la cama. Hice una mueca cuando la madera crujió bajo mi peso, pero la figura de la cama no se movió.

Odetta dormía mucho en los últimos tiempos, cada vez parecía alejarse más y más. Ya era casi una anciana cuando yo llegué a este mundo, y ahora... su tiempo estaba llegando a su fin. Más pronto que tarde, dejaría este mundo e iría a las Tierras Umbrías, donde pasaría toda la eternidad en el Valle.

Una pesadumbre distinta se instaló en mi interior mientras mis ojos se posaban en las hebras plateadas de su pelo, aún de un espesor increíble, y luego pasaban a las manos nudosas y moteadas que descansaban sobre una manta que hubiese sido demasiado gruesa para cualquier otra persona, dada la brisa cálida que entraba por la ventana y removía las aspas del ventilador de techo. Recoloqué el borde de la manta a su lado.

Cuando Odetta se enteró de que el Primigenio no me había llevado consigo, me había mirado con sus ojos legañosos y había dicho: *La muerte no quiere tener nada que ver con la vida*. *Ninguno de vosotros debería sorprenderse*.

En aquel momento, no había comprendido del todo lo que quería decir. Apenas lo hacía ahora, pero su respuesta tampoco me había sorprendido. Odetta nunca me había mimado. Tampoco había sido nunca especialmente cariñosa, pero era más madre para mí que la que tenía. Y pronto se marcharía. Incluso ahora mismo, estaba tan quieta...

Demasiado quieta.

Se me cortó la respiración mientras miraba su frágil pecho. No detecté ningún movimiento. Se me aceleró el corazón. Tenía la piel pálida, pero no me dio la impresión de que había adquirido la pátina cerosa de la muerte.

—¿Odetta? —Mi voz sonó áspera.

No hubo respuesta. Me levanté y dije su nombre una vez más mientras el pánico se apoderaba de mi pecho. ¿Había... había pasado a la otra vida?

No estoy preparada.

Hice ademán de tocar su mano, pero me paré antes de que mi piel entrara en contacto con la suya. Aspiré una temblorosa bocanada de aire. No estaba preparada para que se marchara. Esta noche, no. Ni mañana. El calor se arremolinó en mi mano mientras mis dedos levitaban apenas a unos centímetros de los suyos...

—Ni se te ocurra —graznó Odetta—. No te atrevas.

Mis ojos volaron hacia su cara. Tenía los ojos abiertos, solo una fina ranura, pero lo suficiente para ver que el azul, antes vibrante, estaba opaco.

- —No iba a hacer nada.
- —Puede que ya tenga un pie en el Valle, pero no he perdido la cabeza. Sus respiraciones eran débiles y superficiales—. Ni la vista.

Bajé la mirada hacia mi mano, tan cerca de su piel... La retiré a toda prisa y la pegué a mi pecho, el corazón todavía acelerado.

—Creo que te estás imaginando cosas, Odetta.

Una risa seca y entrecortada abrió sus labios.

—*Seraphena* —dijo, sobresaltándome. Solo ella usaba mi nombre completo—. Mírame.

Me metí las manos entre las rodillas y la miré; jamás había visto su rostro sin las profundas arrugas de la edad.

- —¿Qué?
- —No te hagas la inocente conmigo, chiquilla. Sé lo que estabas a punto de hacer —musitó con voz rasposa. Iba a negarlo, pero ella no pensaba consentirlo—. ¿Qué te he dicho? ¿Durante todos estos años? ¿Lo has olvidado? ¿Qué te he dicho? —repitió.

Me sentía como una niña pequeña otra vez, encaramada a una banqueta. Me removí, incómoda.

- —Que no lo hiciera nunca más.
- —¿Y qué crees que habría ocurrido si lo hubieras hecho? Tuviste suerte cuando eras una niña, chica. No volverás a tener la misma suerte. Te echarías encima la cólera del Primigenio.

Asentí, aunque había tenido suerte más de una vez desde que era niña y había recogido a Butters. Ninguna de esas veces mi... don había captado la atención del Primigenio de la Muerte. Y además...

No sabía lo que había estado a punto de hacer.

Descolocada, saqué mis manos de entre mis rodillas y las miré. Parecían normales ahora. Igual que todo lo demás en mí. Solté el aire, consternada.

- —Creía que te habías marchado...
- —Y me voy a marchar, Seraphena. Pronto —predijo Odetta, atrayendo otra vez mi atención hacia ella. ¿Eran imaginaciones mías o parecía aún más pequeña debajo de esa manta? Más delgada—. Ya he vivido tiempo suficiente. Estoy preparada.

Me mordí el labio cuando empezó a temblar y asentí.

Puede que esos ojos estuvieran opacos, pero aún tenían la fuerza para sostenerme la mirada.

- —Lo sé —dije. Crucé las manos y las mantuve con firmeza en mi regazo. Me miró entre sus párpados medio abiertos.
 - —¿Hay alguna razón para que estés aquí, aparte de para molestarme?
- —Solo he venido a ver qué tal estabas. —Y era la verdad, pero también tenía otra razón. Una pregunta. Una que llevaba rondando por mi mente desde hacía cierto tiempo—. Y quería preguntarte algo, si te sientes con fuerzas.
- —No estoy haciendo nada más que estar aquí tumbada esperando a que te marches —se quejó. Esbocé una sonrisa al oírla, pero se esfumó enseguida cuando mi estómago empezó a dar brincos y a retorcerse.
- —Hace mucho tiempo dijiste algo y quería saber lo que significa, lo que querías decir con ello. —Aspiré una bocanada de aire superficial—. Dijiste que estoy tocada por la vida y por la muerte. ¿Qué significa? Estar tocada por ambas.

Odetta tosió una risa rasposa.

- —Después de todos estos años, y ¿ahora me lo vas a preguntar? —Asentí —. ¿Hay alguna razón para que lo preguntes ahora?
- —En realidad, no. —Me encogí de hombros—. Es solo algo que siempre me he preguntado.

- —¿Y has pensado en preguntármelo antes de que estire la pata? Fruncí el ceño.
- —No… —Unas pobladas cejas blancas treparon por su frente. Suspiré—. Vale. Quizá.

Su risa fue seca y áspera, pero sus ojos se iluminaron con una perspicacia que borró gran parte de su opacidad.

—Odio desilusionarte, niña, pero esa no es una pregunta que yo pueda responder. Es lo que dijeron los Hados cuando naciste. Solo los Hados pueden decirte lo que significa.

Capítulo 5



A la mañana siguiente, reprimí un bostezo mientras entraba en la silenciosa habitación por la puerta que solían utilizar los sirvientes. La tenue luz provenía de unas velas y mis pasos eran un poco cansinos al cruzar la quietud de la salita de estar de la reina. Entre el molesto dolor de cabeza que no había desaparecido hasta esta mañana y mis intentos de sacar algo en claro de la vaga «no respuesta» de Odetta a mi pregunta, no había dormido bien la noche anterior.

Ni siquiera sabía por qué intentaba comprender lo que había querido decir Odetta. No era la primera vez que me decía cosas con palabras que me parecían más bien un acertijo. Y para ser sincera, la mitad de las veces creía que solo estaba tratando de embellecer lo que decía. Como lo de que los Hados, los *Arae*, habían dicho que tanto la vida como la muerte me habían tocado cuando nací. ¿Cómo podía saber Odetta algo así siquiera? No podía.

Sacudí la cabeza y pasé por delante de los elegantes sofás color marfil, mis pies silenciosos sobre la gruesa alfombra. Me abrí paso hasta el fondo de la larga y estrecha sala del primer piso, donde ardían dos candelabros. Jamás había visto esos candelabros apagados.

En la pacífica habitación con olor a rosas, levanté la vista hacia el cuadro del rey Lamont Mierel y me tomé tiempo para empaparme de verdad de sus rasgos, ahora que sabía que mi madre estaba en un *brunch*. Era un momento seguro para contemplar su imagen.

Mi padre.

Sentía una tirantez en el pecho, una presión que pensé que podría ser aflicción, aunque no estaba segura de cómo podía sentir pena por alguien a

quien no había conocido nunca.

Había muerto poco después de nacer yo, tras saltar de la torre este de Wayfair. Nadie había dicho nunca por qué. Nadie hablaba nunca de ello. Pero yo me había preguntado a menudo si mi nacimiento, el recordatorio de lo que había hecho su antepasado, lo habría empujado a hacerlo.

Tragué saliva mientras estudiaba su imagen, captada con tal detalle que era como si estuviese delante de mí con su ropa blanca y morada, la corona de hojas doradas sobre su pelo del color del más rico de los vinos tintos.

El pelo le caía en ondas sueltas hasta sus hombros, mientras que el mío era, bueno, una maraña de rizos desechos y apretados... y nudos que bajaban todo el camino hasta mis caderas. Nuestras cejas tenían la misma forma, se arqueaban de una manera que me daba aspecto de estar siempre cuestionando o juzgando algo. La curva de nuestras bocas era idéntica, aunque la suya la habían captado con las comisuras curvadas hacia arriba en una sonrisa suave, mientras que, según había dicho la reina en más de una ocasión, yo parecía siempre *taciturna*. Él tenía unas cuantas pecas desperdigadas con gracia por el puente de su nariz, pero en mi caso parecía que alguien había sumergido un pincel en pintura marrón y había salpicado toda mi cara de gotitas. Sus ojos eran verde bosque como los míos, pero era la forma en que los habían representado lo que siempre me consternaba.

No había luz alguna en su mirada, ni un destello de vida ni alegría oculta para ir a juego con la curva de su boca. Sus ojos lucían *atormentados*, y no estaba segura de cómo un artista podía captar una emoción semejante con óleo, pero estaba claro que lo había hecho.

Mirar esos ojos era duro.

Mirar cualquier parte de él era difícil. Tenía rasgos más masculinos y mucho más refinados que yo, pero compartíamos tanto que, mucho antes de haberle fallado al reino, ya me preguntaba si esa sería una de las razones por las que a mi madre le costaba tanto mirarme durante demasiado tiempo. Porque sabía que lo amaba. Que gran parte de ella aún lo hacía, aunque hubiese encontrado espacio para albergar sentimientos tiernos hacia el rey Ernald. Era la razón de que estas velas no se apagaran nunca. Era la razón de que el rey Ernald no entrara jamás en esta salita y la razón de que, cuando la golpeaban esos agónicos dolores de cabeza, mi madre se recluyera aquí en lugar de en las habitaciones que compartía con su marido. Era la razón de que a menudo pasara horas aquí, sola con ese cuadro de Lamont.

Me preguntaba con frecuencia si serían corazones gemelos, si pudiera existir siquiera tal cosa, de la que se hablaba con fruición en poesías y

canciones. Dos mitades de un todo. Se decía que el contacto entre unos corazones gemelos estaba lleno de energía y que sus almas se reconocerían al instante. Se decía incluso que podían caminar en los sueños del otro y que la pérdida de uno no era algo reparable.

Si los corazones gemelos eran algo más que leyenda, entonces estaba convencida de que eso era lo que habían sido mi madre y mi padre.

Una pesadumbre se instaló dentro de mi pecho, fría y dolorosa. A veces, también me preguntaba si mi madre me culpaba de su muerte. Quizá si hubiesen tenido un hijo varón... Si hubiese sido así, ¿seguiría con vida? Pero en lugar de eso, había pasado al otro mundo y no me importaba lo más mínimo lo que creyeran o afirmaran los sacerdotes del Primigenio de la Vida. Tenía que estar en el Valle, envuelto en la paz que no había sido capaz de encontrar en la vida.

En el centro de la dolorosa frialdad había una chispa de calor. Ira. Esa era otra razón por la que era tan duro mirarlo. No quería estar enfadada porque parecía equivocado sentirme así, pero me había abandonado antes de que tuviera ocasión de conocerlo siquiera.

Las puertas del salón chirriaron de repente y se me cayó el alma a los pies. Giré en redondo, consciente de que no había forma humana de llegar a tiempo a la puerta de servicio. Toda esperanza de que pudiese ser una de las damas de compañía de mi madre se esfumó al oír el sonido de su voz. Una tormenta de emociones estalló dentro de mí. Miedo por cómo reaccionaría al encontrarme aquí. Esperanza de que no se tomara mal mi presencia. Amargura que me advertía que era una tonta si me aferraba a una esperanza semejante. Me quedé bloqueada cuando la reina Lasania entró en la habitación, una fuerza natural de ondulantes faldas lila y gemas centelleantes. Detrás de ella estaban *lady* Kala y una costurera que sujetaba un vestido.

No pude evitar mirar fijamente a mi madre. No la había visto desde la noche en que los lores de las islas Vodina habían rechazado su oferta de lealtad. ¿Estaba distinta? Las arrugas de sus ojos parecían más profundas. Daba la impresión de estar más delgada y me pregunté si sería el vestido o si estaría teniendo problemas de apetito. Si estaría enferma...

—Muchísimas gracias por terminar el vestido... —Mi madre se calló de golpe. La peineta de joyas amarillas que fijaba sus rizos en su sitio brilló a la luz de la lámpara de gas. Sus ojos aterrizaron sobre mí, se abrieron un poco y luego se entornaron. Enderecé los hombros mientras me preparaba para lo que venía—. ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó.

Abrí la boca, pero mi capacidad para formar palabras me abandonó mientras ella venía hacia mí, dejando a *lady* Kala y a la costurera al lado de la puerta.

Se detuvo a pocos pasos de mí y su pecho se hinchó con brusquedad. La tensión enmarcaba los labios de la reina cuando me dio la espalda.

—Lo siento, Andreia —dijo, dirigiéndose a la costurera. *Andreia*. Ya me había parecido que me sonaba. Joanis, se apellidaba. Tenía una tienda de ropa en Stonehill frecuentada por muchos de los miembros de la nobleza—. Sé que tu tiempo es muy valioso. No sabía que mi doncella personal iba a estar aquí.

Doncella personal.

Lady Kala bajó la vista al suelo mientras la modista sacudía la cabeza.

—No pasa nada, excelencia. Iré preparando las cosas.

Mis ojos saltaron de mi madre a la modista. Andreia tenía sombras oscuras bajo los ojos y se le habían escapado unos cuantos pelos castaños del pulcro moño de su nuca. Hubiese apostado a que había pasado muchas largas noches terminando esa frivolidad de seda marfileña y perlas que llevaba en la mano. Un músculo se tensó en la comisura de mi boca al pensar en cuánto dinero debía de haber costado ese vestido. Los servicios de Andreia no eran baratos. Y mientras tanto, miles de personas, si no más, estaban muriendo de hambre.

Sin embargo, mi madre necesitaba un vestido nuevo que podría alimentar a docenas de familias o al orfanato entero durante meses, si no más tiempo.

—No estoy segura de por qué estás aquí —masculló la reina entre dientes, después de acercarse más a mí de esa manera silenciosa y a menudo tenebrosa en que solía hacerlo mientras observaba a la modista colgar el vestido de un gancho de la pared—. Pero para ser sincera, ahora mismo, no me importa.

La miré, sin molestarme siquiera en buscar un mínimo destello de calidez en sus facciones. Ese breve destello de esperanza ya hacía largo rato que había desaparecido.

- —No esperaba que estuvieras aquí.
- —Por alguna razón, me da la impresión de que eso es mentira y estás aquí solo para molestar. —Las arrugas de sus ojos eran mucho más visibles ahora que ella también observaba a Andreia hurgar en la bolsa que había traído consigo—. Después de todo, estoy segura de que la modista se debe de estar preguntando ahora mismo por qué una doncella iría vestida como un mozo de cuadra mientras está en mis aposentos privados. Esta posible catástrofe tiene tu nombre escrito por todas partes. Seguro que lo has deseado tanto que se ha hecho realidad.

La miré pasmada, atascada entre la incredulidad y la diversión.

- —Si tuviese la capacidad para desear cosas y que se hicieran realidad, no sería esto.
- —No, supongo que tienes razón —comentó en un tono plano y gélido que jamás la había oído usar con nadie más—. Utilizarías ese don para algo mucho más dañino.

Mi piel estalló en llamas cuando la insinuación tocó una fibra sensible. No tenía ninguna duda de que estaba horrorizada por la persona en la que me había convertido. En realidad, no podía culparla. La idea de que su primogénita asesinara a gente con regularidad tenía que atormentarla. Excepto porque casi siempre era a petición suya.

Me dije que era mejor no responder. Que no serviría de nada. Pero rara vez atendía a esa voz racional.

- —Solo soy capaz de lo que se espera de mí.
- —Y aun así, aquí estás, a mi lado, después de haber fracasado en lo que se esperaba de ti —repuso en silencio—. Mientras nuestra gente sigue muriéndose de hambre.

Se me pusieron de punta todos los pelos de la nuca, pero me forcé a hablar en voz baja.

—¿Te importa la gente?

La reina observó a Andreia en silencio durante varios segundos.

- —Es lo único en lo que pienso. —Una risa ronca y grave escapó por mi boca, y entonces me miró, pero no creo que me viera—. ¿Qué es tan gracioso? —preguntó.
- —Tú —susurré, y la piel bajo su ojo derecho se frunció un poco—. Si tanto te importa la gente que se muere de hambre, ¿por qué no reservaste el dinero que has gastado en otro vestido más y se lo diste a los que más lo necesitan?

Sus hombros se pusieron rígidos.

—No tendría que mantener las apariencias y gastar dinero en otro vestido más si tú hubieses cumplido con tu deber, ¿no crees? No más Podredumbre. No más hambre. No más muertes.

Sus palabras cayeron sobre mí como si estuviesen hechas de los numerosos alfileres que sobresalían de la bola de tela que Andreia había dejado sobre una mesa cercana.

—En lugar de eso, los reinos que antes rezaban por una alianza con Lasania me llaman ahora la Reina Mendiga. —Mi madre deslizó sus ojos hacia los míos—. Así que, por favor, busca otra zona de esta enorme propiedad por la que rondar como un espectro.

—Entonces, supongo que iré a rondar por los bosques y me uniré a los espíritus que vagan por ahí —musité.

La boca de la reina Calliphe se apretó hasta que sus labios perdieron toda la sangre.

—Si eso es lo que prefieres.

La apatía de su tono, la completa indiferencia, fue peor que si me hubiese dado otra bofetada. La ira hizo que me escocieran los ojos, arraigó en lo más profundo de mi ser y soltó mi lengua, como había hecho ya tantas veces. No siempre había sido así. Me había pasado la mayor parte de mi vida haciendo todo lo que me decían y muy rara vez me negaba a cumplir alguna petición u orden. Me había mantenido callada, susurrando por los pasillos de Wayfair, centrada solo en captar la atención, y quizás incluso el afecto, de la reina. Pero eso había cambiado hacía tres años. Había dejado de morderme la lengua. Había dejado de intentarlo. Había dejado de importarme.

Tal vez esa fuese la respuesta a lo que había preguntado ese maldito dios. Por qué corría con tanta ansia hacia la muerte.

—¿Sabes?, si te parece que suplicar alianzas es rebajarte, siempre podrías hacer lo que hizo el Rey Dorado —señalé, con un tono apenas más alto que un susurro—. Así podrías seguir de brazos cruzados mientras todos los demás limpian cualquier desastre que surja.

Sus ojos volaron de vuelta a mí.

- —Un día, esa boca tuya te va a meter en el tipo de problema del que no podrás salir a base de labia.
- —Eso sí que te alegraría, ¿verdad? —la desafié, consciente de cómo *lady* Kala y la modista estaban haciendo todo lo posible por ignorarnos.

La reina me lanzó una mirada glacial.

—Fuera —ordenó—. Ahora.

Rebosante de ira y de una emoción más pesada y asfixiante que me negaba a reconocer, hice una genuflexión demasiado elaborada. Mi madre abrió mucho las aletas de la nariz mientras me fulminaba con la mirada.

- —Vuestros deseos son órdenes para mí, excelencia —dije, al tiempo que me erguía y empezaba a cruzar la habitación.
- —Cierra la puerta a tu espalda para que no haya más interrupciones absurdas —me llegó la voz de la reina Calliphe.

Cerré los ojos y luego la puerta, sin dar un portazo, una hazaña que me costó hasta el último ápice de fuerza de voluntad mientras me recordaba que,

pronto, sus palabras no podrían afectarme. En el pasillo, aspiré una bocanada de aire larga y profunda y contuve la respiración. La contuve hasta que me ardieron los pulmones y se me empezaron a aguar los ojos. Hasta que diminutas chispitas de luz blanca aparecieron detrás de mis párpados. Solo entonces solté el aire. Eso fue lo único que me impidió agarrar el picaporte y dar un portazo detrás de otro.

Solo cuando estuve segura de que podía confiar en mis actos, abrí los ojos. Encontré a dos guardias reales apostados frente a los aposentos de mi madre.

Por todos los dioses, estaban... absurdos en sus uniformes, como pavos reales muy ufanos.

Los dos hombres miraban al frente; su expresión era neutra a pesar del hecho de que acababa de estar delante de ellos durante unos minutos, con los ojos cerrados y conteniendo la respiración. Supuse que eso ni siquiera quedaría registrado en la escala de cosas raras que me habían visto hacer.

El escozor de mis ojos y el ardor de mi garganta seguían ahí cuando eché a andar. Froté la parte de atrás de mi hombro izquierdo, donde una sensación cosquillosa rondaba en torno a la marca de nacimiento con la luna creciente. Tenía que ser por los numerosos candeleros que iluminaban el pasillo. No tenía nada que ver con mi madre. Era imposible que pudiese tener ningún efecto sobre mí. No cuando llevaba su desilusión con respecto a mí como una segunda piel.



El agradable aire nocturno tironeaba del dobladillo de mi sobreveste y lo hacía ondular en torno a mis rodillas mientras cortaba a través de los exuberantes Jardines de los Primigenios, que ocupaban varias hectáreas de terreno alrededor de la muralla exterior. Después crucé el puente del castillo, pasé por al lado de varios carruajes enjoyados que entraban y salían de Wayfair, mientras el agua fluía con fuerza por debajo. Levanté la capucha del abrigo y bordeé el estrecho barrio conocido como Eastfall, donde se alzaba una de las dos Ciudadelas Reales, así como los barracones donde entrenaban y vivían los guardias. La otra Ciudadela Real, la más grande, estaba en las afueras de Carsodonia, de cara a las Llanuras del Saz, y era donde entrenaba la mayor parte de los ejércitos de Lasania.

No tenía un destino concreto en mente, así que seguí caminando por delante de los muchos túneles de enredaderas de El Luxe. Levanté la vista hacia la derecha, pues no quería ver lo que encontraría al otro lado, aunque fui incapaz de reprimirme.

El Templo Sombrío se asentaba al pie de los Acantilados de la Tristeza, detrás de un grueso muro de piedra que rodeaba la estructura entera. No importaba cuántas veces me llevaran mis pasos cerca del templo, no lograba acostumbrarme a la imponente belleza de los pináculos en espiral, que se estiraban hacia el cielo casi tan altos como los acantilados, las esbeltas torretas y las relucientes paredes negras como el carbón hechas de piedra umbra pulida. Parecía atraer las estrellas del cielo por la noche para capturarlas en la piedra color obsidiana. El templo entero refulgía como si hubiesen iluminado un centenar de velas y las hubiesen repartido por todo el lugar.

Me resultó imposible reprimir el escalofrío cuando aparté la vista y me obligué a seguir andando. Siempre intentaba no acercarme al Templo Sombrío. Cuatro veces en los últimos tres años eran más que suficientes. Lo último que necesitaba hacer esta noche era darle vueltas a lo que podría haber hecho que el Primigenio de la Muerte cambiara de opinión.

Una energía nerviosa y ansiosa se había colado en mi interior después de haber visitado a una Odetta dormida y demasiado quieta. La idea de enfrentarme a una larga noche en la que dedicarme a contemplar cómo las sombras se deslizaban por el techo me había impulsado a salir de Wayfair.

No quería estar sola, pero tampoco quería estar con nadie.

Así que caminé como solía hacer en las noches en que el zumbido de energía hacía que me resultara imposible dormir, noches que se habían vuelto cada vez más y más frecuentes a lo largo de los últimos meses. El olor a lluvia flotaba denso en el ambiente. Todavía era lo bastante temprano como para que el murmullo de las conversaciones y el tintineo de copas elegantes llenara los patios iluminados por velas. Las aceras eran un mar de vestidos y camisas demasiado gruesos para ese calor. No me mezclé con la gente mientras seguía mi camino. Pasé inadvertida, un fantasma entre los vivos. O al menos así era como me sentía mientras cruzaba un segundo puente mucho menos grandioso que conectaba las orillas del río Nye. Una fina neblina había empezado a descender y humedecía mi piel. Entré en la zona ondulada conocida como Stonehill. La neblina aliviaba parte del calor, pero deseé que los densos nubarrones que se acercaban desde el agua fuesen heraldos de unas lluvias más intensas y muy necesitadas.

El templo de Phanos, el Primigenio del Cielo, el Mar, la Tierra y el Viento, se alzaba en la cima de Stonehill, con sus gruesas columnas borrosas entre la llovizna. Me di cuenta de que era hacia ahí adonde me dirigía.

Me gustaba estar ahí arriba. No era, ni de lejos, tan alto como los Acantilados de la Tristeza, pero desde las escaleras del templo podía contemplar la capital entera.

Todavía había gente pululando por la zona, ocupando las estrechas calles y las empinadas colinas, a pesar de que la mayoría de las tiendas habían cerrado para la noche. Iba leyendo los números de las casas, iluminados por antorchas, casas estrechas de un solo piso con pérgolas cerradas en las azoteas...

Una oleada de calor invadió mi pecho sin previo aviso, presionó contra mi piel. Mis pasos vacilaron en esa calle de irritante pendiente. El calor cosquilloso bajó en cascada por mis brazos y solté una exclamación ahogada cuando mi corazón empezó a aporrear contra mis costillas.

Esa sensación...

Sabía lo que significaba. A lo que estaba reaccionando.

A la muerte.

A una muerte muy reciente.

Forcé al aire a entrar y salir de mis pulmones en respiraciones lentas y regulares. Giré en círculo y después retomé la subida de la colina. Obligué al calor a retirarse, lo taponé, y seguí adelante. Era como si no tuviese ningún control. El... don dentro de mí me impulsaba a seguir andando, aunque sabía que no haría nada cuando encontrara la fuente. Aun así, seguí adelante.

Menos de una manzana más allá, lo vi.

Al dios con el pelo largo del color del cielo nocturno. Bajaba por el otro lado de la calle, sus brazos desnudos incoloros a la luz de la luna.

Madis.

Ese era su nombre.

Me interné en una callejuela estrecha y me apreté contra el estuco de una casa, todavía caliente por el sol. Metí la mano entre los pliegues de mi sobreveste y cerré los dedos en torno al mango de mi daga. Me mordí el carrillo por dentro mientras contemplaba al dios, sin poder quitarme de la cabeza la imagen del bebé al que había tirado al suelo como si no fuese más que basura.

Madis pasó por debajo de una farola, se detuvo cuando un perro ladró por ahí cerca y luego giró un cuarto de vuelta para mirar hacia el otro lado de la calle. Ladeó la cabeza. El perro había dejado de ladrar, pero era como... si hubiese oído otra cosa. Empecé a desenvainar la daga.

¿Qué estás haciendo?

La voz que susurraba en mis pensamientos era una mezcla de la mía y de la del dios de ojos plateados. Podía acabar con Madis, estaba segura de ello. Pero después, ¿qué? Estaba claro que el hecho de que una mortal matara a un dios no pasaría desapercibido. La furia que sentía por lo que le había hecho a ese niño me inclinaba a ignorar la parte del «después, ¿ qué?».

¿Qué es lo que ahoga ese miedo y te empuja a correr con tanta ansia hacia la muerte?

Las palabras del dios de ojos plateados me atormentaban y me quedé ahí plantada. Eso me costó un tiempo precioso. Madis había empezado a caminar hacia los senderos envueltos en sombras entre las casas. Se movía deprisa. Maldije entre dientes y me aparté de la pared. La empuñadura de la daga se me clavó en la palma de la mano. Decidí seguirlo. Me detuve cuando llegué a la acera y lancé una mirada en la dirección de la que procedía Madis mientras pensaba en la sensación de calor cosquilloso que ya se había diluido.

Tenía la incómoda sospecha de que la sensación tenía que ver con él.

«Mierda», mascullé. Eché un vistazo hacia el sendero oscuro y luego hacia el otro lado.

Empecé a andar de nuevo y me detuve cerca del final de la calle. Volví a sentir un pelín de calor cuando me giré hacia un edificio. Sin patio. La puerta delantera daba directamente a la acera. La suave luz de unas velas titilaba detrás de las ventanas con cortinas de encaje a lo largo del lateral de la achaparrada casa de estuco. Los toldos blancos de la azotea estaban desplegados, lo cual le daba a la pérgola cierto grado de privacidad.

Un aplique con una lámpara de gas colgaba debajo del número de la casa con un letrero que decía: *Diseños Joanis*.

Un escalofrío gélido bajó rodando por mi columna. No podía ser la modista que le había llevado ese frívolo vestido de seda y perlas a mi madre. Parecía demasiada coincidencia, que yo estuviese aquí sin ningún motivo en concreto y que el dios Madis le hubiese hecho daño.

Me moví antes de poder pensármelo mejor. Giré la manivela de la puerta principal. Abierta. Me resistí al impulso de abrirla de una patada, aunque eso me hubiese hecho sentir mejor. En lugar de eso me adentré despacio, *con serenidad*.

El olor a *carne quemada* me golpeó en cuanto entré en el pequeño vestíbulo y la comida que había ingerido antes se agrió en mi estómago. Pasé

por al lado de varias macetas con plantas frondosas en una sala de estar. Entre las sombras, descansaban grandes rollos de tela y maniquíes. Agarré la daga con fuerza y avancé con sigilo. Entré en un pasillo estrecho y oscuro donde había otra puerta abierta. Conocía la distribución de este tipo de casitas. Las habitaciones se sucedían una tras otra, con la cocina normalmente al fondo de la casa, lo más lejos posible de las zonas de estar. Los dormitorios solían estar en el centro y los salones delante, donde había visto la luz de las velas a través de las ventanas laterales.

En silencio y muy despacio, abrí la puerta que separaba la sala de estar utilizada para los negocios del resto de la casa. Mis ojos volaron por encima del sofá y las sillas vacías de colores claros, y la lámpara de gas encendida que había visto desde la calle y que descansaba sobre una mesa de té. Había un vaso volcado que había derramado líquido rojo por la mesa de roble y un libro medio cerrado. En el suelo, un delgado pie pálido asomaba por delante del sofá. Avancé más y contuve la respiración de golpe. Había otro olor ahí. Uno que era más fresco que esa maldita peste a quemado. Me resultaba familiar pero no lograba ubicarlo del todo mientras giraba en torno al sofá.

Por todos los dioses.

Tumbada de espaldas estaba lo que quedaba de la señorita Andreia Joanis. Tenía los brazos sobre el corpiño de un quitón lila pálido, como si alguien los hubiese cruzado, y una pierna enroscada, con la rodilla apretada contra la pata de la mesita baja. Unas venas oscuras mancillaban la piel de sus brazos, cuello y mejillas. Tenía la boca abierta como si estuviera gritando, y la piel... estaba quemada y chamuscada. Como la zona a su alrededor...

No tenía ojos.

Se los habían quemado, la piel que los rodeaba se había chamuscado con un patrón extraño que me recordaba a... alas.

El suave soplo de aire detrás de mí fue la única advertencia que tuve. Mis instintos tomaron el control. Me gritaron que si todavía había alguien en esa casa y se había acercado a mí con tanto sigilo, la cosa no pintaba bien en absoluto. Giré en redondo, con un brazo estirado...

Una mano fría se cerró alrededor de mi muñeca mientras yo seguía girando y arremetía hacia arriba con mi mano derecha, con mi daga. La hoja encontró resistencia y la piedra umbra, tan afilada y letal como era, perforó la piel y se hundió muy profundo. Se hundió en *su* pecho en el mismo instante en que la corriente de energía danzaba por mi piel y me percataba de quién me había agarrado.

De a quién acababa de apuñalar en el pecho.

En el corazón.

Oh, santo cielo.

Levanté la mirada de donde mi mano y el mango de la daga estaban pegados a un pecho adornado de negro, hacia unos ojos...

Unos ojos muy abiertos, veteados de hilillos giratorios de eather.

Los ojos del dios de ojos plateados.

Capítulo 6



Mi corazón tartamudeó y luego se aceleró. El aire se quedó atascado en mi garganta mientras observaba cómo él bajaba la vista despacio hacia su pecho, hacia la daga que le había clavado bien profundo. La conmoción entumeció todo mi cuerpo. Ni siquiera sentía su mano, que seguía cerrada en torno a mi muñeca izquierda. No sentía nada más que incredulidad y un terror apabullante.

La piedra umbra podía matar a un dios si lo apuñalaban en el corazón, y mi puntería solo había errado por unos milímetros, si acaso. En el fondo de mi mente, sabía que el dios sobreviviría a esto, pero tenía que *doler*.

Sus ojos de mercurio subieron otra vez hacia los míos. Los etéreos zarcillos de *eather* daban latigazos por sus iris y supe que me iba a matar. Era imposible que no lo hiciera. La presión se cerró sobre mi pecho cuando soltó mi muñeca y dio un paso atrás, despacio, para liberarse de mi daga. La hoja estaba empapada en sangre pegajosa, oscura y *rutilante* a la luz de la lámpara. No se parecía nada a la sangre mortal. Miré la daga, pasmada, y me preparé para lo que se me venía encima. Di varios pasos atrás.

—Una vez más, has entrado en una casa sin tomarte ni un momento para comprobar si de verdad estabas sola —me regañó el dios. Mis ojos volaron hacia los suyos, donde el *eather* giraba aún más deprisa—. Ha sido una imprudencia increíble. No vuelvas a hacerlo jamás.

Mis labios se entreabrieron cuando solté el aire con brusquedad.

—Yo... acabo de apuñalarte en el pecho y ¿eso es lo único que se te ocurre decirme?

- —No. Iba a llegar a eso. —Ladeó la cabeza y un mechón de pelo oscuro resbaló por su mejilla—. Me has apuñalado.
 - —Así es. —Di otro paso atrás, la garganta demasiado seca ya para tragar.
- —En el pecho —continuó. La parte de delante de su túnica estaba desgarrada, pero no había ninguna mancha de sangre. Nada. Si no hubiese sido por el manchurrón en la hoja de la daga, no habría creído que lo había hecho de verdad—. *Casi* en el corazón.

Un temblor recorrió mis manos.

- —Bueno, parece que ha tenido muy poco impacto sobre ti. —Cosa que era aterradora a un nivel totalmente distinto.
 - —Ha dolido —gruñó. Enderezó la cabeza—. Mucho.
 - —¿Lo siento?

Bajó la barbilla.

—No lo sientes.

En realidad, sí. Más o menos.

- —Tú me agarraste.
- —¿Apuñalas a todo el que te agarra?
- —¡Sí! —exclamé—. ¡Sobre todo cuando estoy en una casa con un cadáver y alguien me agarra por detrás sin avisar!
- —No estoy preparado para hablar de por qué estás siquiera en esta casa con un cadáver —declaró. Fruncí el ceño—. Pero primero, no suena como que lo sientas.
- —Lo sentía... *lo siento*... pero no te habría apuñalado si tú no me hubieses agarrado.
- —¿De verdad me estás echando la culpa? —Su tono sonó cargado de incredulidad.
 - —Me agarraste —repetí—. Sin previo aviso.
- —¿Tal vez podrías mirar antes de apuñalar? —sugirió el dios—. ¿O eso no se te ha ocurrido nunca?
- —¿Y a ti se te ha ocurrido alguna vez anunciar tu presencia para que no te apuñalen? —espeté de vuelta.

El dios se movió a la velocidad del rayo. No tuve ocasión de hacer nada. De repente estaba delante de mí, aferrado a la *hoja* de la daga. Me la arrancó de la mano. Un segundo después, una energía de un tono blanco plateado crepitó por encima de sus nudillos. La luz se intensificó y palpitó, engullendo la hoja y el mango. La piedra umbra y el mango de hierro se desmigajaron entre sus dedos.

Me quedé boquiabierta.

Abrió la mano y la luz de la lámpara captó las cenizas de lo que quedaba de mi daga mientras caían al suelo.

- —¡Has destruido mi daga! —exclamé.
- —Así es —afirmó.

Alucinada, todo lo que pude hacer fue quedarme ahí de pie durante unos instantes. No podía ni pensar en todos los años que mi familia había guardado esa daga a salvo, solo para mí.

- —¿Cómo te atreves?
- —¿Que cómo me atrevo? ¿Se te ha pasado por la cabeza que a lo mejor no quiero que me apuñales otra vez con ella?
- —¡No tendrías que preocuparte por eso si tuvieses la costumbre de decir «hola»! —grité.
- —Pero ¿y si eso te sobresaltaba? —argumentó—. Lo más probable es que incluso así me apuñalaras.

Cerré los puños.

- —Ahora sí que tengo ganas de apuñalarte otra vez.
- —¿Con qué? —Bajó la barbilla una vez más, los ojos como una tormenta a punto de estallar—. ¿Con los dedos? Casi estoy tentado de dejar que lo intentes.

Aspiré una brusca bocanada de aire ante el tono casi burlón. Todo esto le divertía. Pero había destruido mi daga favorita. El poco dominio que aún tenía sobre mi autocontrol se hizo añicos.

—Quizá consiga otra daga de piedra umbra. Y en lugar de apuntar a tu corazón, iré a por tu cuello. ¿Qué te parece? ¿Un dios puede sobrevivir sin cabeza? Estoy impaciente por averiguarlo.

Arqueó una ceja.

—Creo que de verdad lo dices en serio.

En ese momento esbocé una gran sonrisa, el mismo tipo de expresión que le había regalado a mi madre hacía un rato.

—Tal vez.

La sorpresa cruzó su cara, abrió aún más sus ojos chispeantes.

- —¿De verdad te atreves a amenazarme? ¿Incluso ahora?
- —No es una amenaza —le dije—. Es una promesa.

Se echó atrás. Me di cuenta al instante de que puede que hubiese dejado que mi mal genio se apoderase de mí y me hiciese olvidar exactamente *lo* que él era.

Una onda de energía discurrió por la habitación, lamió mi piel. La sensación fue gélida y ardiente al mismo tiempo y me erizó la piel a su paso

al tiempo que sacudía los cuadros de las paredes.

Apenas lograba meter aire en mis pulmones, pero me mantuve firme en lugar de ceder al instinto de huir, de salir corriendo de esa casa y alejarme de este ser de poder incomprensible sin mirar atrás ni una sola vez. Temblando, levanté la barbilla.

—¿Se supone que tengo que estar impresionada por eso?

El dios se quedó muy quieto mientras la luz palpitaba con furia. Cada músculo de mi cuerpo se bloqueó. A lo mejor mi madre había sido inquietantemente profética acerca de mi boca.

Se rio. Una risa grave y ronca. No le vi levantar la mano, pero sí sentí la presión fría de un dedo contra mi mejilla. Mi corazón dio un traspié mientras intentaba prepararme para el dolor del *eather* quemándome de dentro hacia fuera, igual que había hecho con los hermanos Kazin y con la pobre mujer que yacía aquí en el suelo.

Pero no llegó dolor alguno.

Todo lo que sentí fue las ásperas yemas de sus dedos deslizarse por mi mejilla, detenerse justo en la comisura de mis labios.

—¿Qué es lo que te da miedo de verdad, *liessa*? —preguntó y me dio la impresión de… de que había un dejo de aprobación en su voz—. ¿Si yo no te lo doy?

Liessa. Era la segunda vez que me llamaba así y quería saber qué significaba la palabra. Aunque ahora no parecía el momento más oportuno para preguntarlo.

—Sí... sí tengo miedo —admití, porque... ¿quién no lo tendría? Esa intensa luz plateada se diluyó de sus ojos.

- —Solo a nivel superficial. No el tipo de miedo que da forma a un mortal, que cambia quién es y guía sus elecciones —dijo. Deslizó el pulgar por mi barbilla, rozó la parte de debajo de mi labio. Su contacto era contundente, un hierro candente y helado al mismo tiempo que me provocaba una oleada de aprensión y... y algo más fuerte. Algo que parecía como *por fin*, como esa misma sensación de *corrección* que había sentido la otra vez. Era obvio que había algo muy mal en mí. Porque eso no tenía sentido—. Puede que sientas terror, pero no estás aterrorizada. Y hay una diferencia tan grande como un reino entre ambas cosas.
- —¿Cómo... cómo lo sabrías tú? —pregunté, el corazón desbocado mientras él desplegaba los dedos por mi mandíbula y mi mejilla. No sabía si mi corazón latía tan deprisa porque me estaba tocando o porque lo hacía con semejante dulzura. Su mano rozó la curva de mi cuello y me pregunté si

percibiría cuán deprisa palpitaba mi pulso—. ¿Eres un dios de los Pensamientos y las Emociones?

Soltó otra risa grave y ronca al tiempo que pasaba los dedos por debajo de mi capucha y por detrás de la trenza que colgaba por mi espalda.

—Tú —dijo, y movió el pulgar con una caricia lenta por el lado de mi cuello. Había algo en la forma que lo dijo…—. Eres problemática.

Me mordí el carrillo por dentro cuando otro escalofrío palpitó a través de todo mi cuerpo y se asentó en lugares muy indecentes. Me dejó preguntándome cuán insensata era de verdad.

Me dio la sensación de que la respuesta era «muy».

Porque el intenso remolino de cosquilleos que tensaba mi piel era una auténtica locura. El tipo ni siquiera parecía mortal ahora mismo.

- —En realidad, no —susurré.
- —Mientes.

Escudriñé las duras y brutales líneas de sus facciones. Era despampanante.

- —¿No… no estás enfadado conmigo?
- —Desde luego que estoy perturbado —repuso, y se me ocurrían docenas de adjetivos mejores para describir el estado de mi ira si alguien *casi* me hubiese apuñalado en el corazón—. Como he dicho, dolió. Durante un momento.

¿Solo un momento?

- —Me da la sensación de que tu siguiente pregunta será si estoy seguro de que no te voy a matar —continuó, y mentiría si dijera que no había estado pensando justo eso—. No diré que no se me pasó por la cabeza cuando sentí que esa daga perforaba mi piel. —Su pulgar dio otra pasada lenta por la vena de mi cuello.
 - —¿Qué te lo impidió?
- —Muchas cosas. —Inclinó un poco la cabeza y sentí que un aliento frío rozaba la curva de mi barbilla—. Aunque ahora mismo me cuestiono mi cordura, visto que procediste a amenazarme otra vez de inmediato. —Me quedé callada, haciendo caso de mi instinto por una vez—. Guau, estoy sorprendido —comentó, y sus labios se curvaron hacia arriba—. Esperaba que tuvieras algún tipo de contestación ingeniosa.
- —Estoy tratando de usar el sentido común y permanecer un poco calladita.
 - —¿Y qué tal te está funcionando?
 - —No muy bien, para ser sincera.

El dios se rio bajito y entonces sus dedos me abandonaron.

—¿Por qué estás aquí?

El rápido cambio en él y en el tema me dejó descolocada durante un minuto y casi me dejé caer contra la pared cuando se giró hacia el cuerpo. ¿Por qué estaba aquí? Mis ojos saltaron hacia donde yacía la mujer. Oh, sí, un asesinato. Dios mío.

- —Estaba paseando... —Crucé los brazos delante de mi cintura, consciente de que no podía contarle toda la verdad—. Vi a ese dios del otro día abandonar esta casa y pensé que debería comprobar si todo iba bien.
 - —¿Lo viste salir pero no me viste a mí entrar? —preguntó. Maldita sea.
 - -No.

Giró la cabeza hacia mí.

—¿Por qué pensaste que deberías comprobar si todo iba bien?

Me puse rígida.

—¿Por qué no? ¿No debería la gente preocuparse cuando ve a dioses asesinos salir de residencias de mortales?

Arqueó una ceja.

—¿No deberían los mortales preocuparse más por su propia seguridad? Cerré la boca de golpe.

El dios se dio la vuelta y, sin su mirada penetrante clavada en mí, me tomé un momento para mirarlo de verdad. Iba vestido como la última vez que lo había visto: pantalones ceñidos oscuros, túnica negra, sin mangas y con capucha. Por todos los dioses, era aún más alto de lo que lo recordaba. También llevaba unas correas de cuero cruzadas por el pecho y la parte superior de la espalda para asegurar algún tipo de espada detrás de su cuerpo. La empuñadura estaba inclinada hacia abajo y hacia el lado para que fuese más fácil acceder a ella. No recordaba haberlo visto con una espada cuando me topé con él la otra vez.

¿Por qué necesitaría un dios una espada cuando tenía el poder del *eather* en la punta de los dedos? Cambié mi peso de pie.

- —La han matado como a los hermanos Kazin, ¿verdad? Por eso estás aquí.
- —Recibí el aviso de que uno de ellos había entrado en el mundo mortal —explicó, mientras caminaba en torno al cuerpo de la señorita Joanis. O sea que alguien sabía que estaba siguiendo a los dioses responsables—. Llegué aquí lo más deprisa que pude. Madis ha sido perezoso esta vez al dejarla aquí. Buscaba alguna prueba de quién era la mujer cuando llegaste tú, te colaste y no se te ocurrió mirar a ver si había alguien en el resto de la casa.

Entorné los ojos.

- —¿Quieres decir cuando no se te ocurrió anunciar tu presencia? Se giró hacia mí.
- —Venga ya, ¿crees que alguien que tuviera malas intenciones con respecto a ti te anunciaría su presencia?
- —No. Creo que alguien que no las tuviera sí lo haría —repliqué—. Todos los demás acabarían con una daga clavada en el pecho. —Las comisuras de mi boca se curvaron hacia abajo—. Es decir, si tuviera daga.
- —A lo mejor todavía tendrías una daga si no fueses por ahí apuñalando a la gente.

En realidad, todavía tenía una. Escondida dentro de la bota. No tenía hoja de piedra umbra, sino una delgada de hierro. Aunque eso no venía a cuento ahora mismo.

—No voy por ahí apuñalando a la gente. —Normalmente—. Y me debes una daga de piedra umbra.

—¿Ah, sí?

Asentí.

- —Sí.
- —Por cierto, ¿cómo es que tu hermanastro tenía un arma así?

Tardé un momento en recordar la mentira que le había contado.

- —Alguien se la regaló en un cumpleaños. No sé quién ni por qué. Mi hermanastro nunca ha expresado interés por las armas.
- —Sí eres consciente de que está prohibido que los mortales posean dagas de piedra umbra, ¿verdad?

Lo era, pero encogí un hombro en un gesto de indiferencia. Un lado de sus labios se curvó hacia arriba y entonces apartó la vista.

- —¿Olvidaste lo que viste en casa de los Kazin, como te pedí?
- Me puse rígida.
- —No recuerdo que me hayas pedido nada. Más bien me lo ordenaste. Pero no, no lo hice.
 - —Lo sé.
 - —¿Me has estado observando?

Sus ojos como plata fundida conectaron con los míos.

- —Quizá.
- —Eso es... retorcido.

Encogió un hombro ancho.

- —Te dije que lo haría. Pensé que debía mantener un ojo puesto en ti. Para asegurarme de que no te metieras en *más* líos.
 - —No necesito que hagas eso.

- —No he dicho que lo necesitaras. —Inclinó la cabeza mientras me miraba.
 - —Entonces, ¿qué estás diciendo?
- —Que quería hacerlo —dijo, y sonaba impresionado por reconocerlo. Abrí la boca y luego la cerré. ¿Cómo... cómo se suponía que debía responder a eso?—. ¿Qué averiguaste? —preguntó después de unos instantes.

Me costó cierto esfuerzo ordenar mis ideas.

—Si me estabas observando, deberías saberlo.

Apareció esa leve sonrisa.

- —Supongo que descubriste que nadie tenía nada malo que decir acerca de esos mortales.
- —En otras palabras, ya sabes que no averigüé gran cosa —admití—. ¿Ha… habido alguna muerte más? ¿Aparte de esta?

Negó con la cabeza.

- —¿La conoces?
- —Sé... *quién* es. Es una modista. Andreia Joanis. —Me acerqué un poco —. Tiene mucho talento. Está muy cotizada. O lo estaba. —Me encogí un poco—. De hecho, la vi esta tarde.

Sus ojos volaron hacia mí.

—¿La viste?

Asentí, sin apartar la vista del cuerpo.

- —Sí. Fue solo unos minutos. Le había llevado un vestido a mi madre —le dije, pensando que esa era una información irrelevante—. Qué coincidencia más extraña, ¿verdad?
 - —Verdad —murmuró.

Cuando levanté la vista hacia él, noté que me observaba de ese modo intenso que me hacía sentir como si pudiera ver todo lo que no le estaba diciendo.

- —¿Encontraste algo que pudiera indicar por qué Madis ha hecho esto?
- El dios sacudió la cabeza otra vez.
- —Nada.
- —Pero ¿crees que esta víctima ha muerto por las mismas razones que las otras?
- —Sí, eso creo. —Se pasó una mano por la cabeza para retirar el pelo de su cara. Empecé a hablar, pero me callé—. ¿Por qué tengo la sensación de que quieres preguntar algo?

Volví a fruncir el ceño.

- —Eres un dios. ¿Cómo puede ser que no sepas lo que hacen los otros dioses?
- —Solo porque alguien sea un dios no significa que tenga algún tipo de conocimiento inherente de las idas y venidas de otros dioses, ni de las razones detrás de sus acciones —contestó—. Un Primigenio tampoco lo sabría.
- —Eso no era exactamente lo que pretendía sugerir —comenté—. Quería decir que puesto que pareces saludable…
 - —Gracias.

Le lancé una mirada irritada.

- —Puesto que pareces saludablemente poderoso, ¿no podrías exigir saber lo que están haciendo?
- —Así no es como funciona. —Se inclinó hacia delante—. Hay cosas que los dioses y los Primigenios pueden y no pueden hacer.

Me picó la curiosidad.

- —¿Me estás diciendo que ni siquiera un Primigenio puede hacer lo que le venga en gana?
- —No he dicho eso. —Agachó la cabeza—. Un Primigenio puede hacer lo que quiera.

Levanté las manos por los aires.

- —Si esa no es la afirmación más contradictoria que he oído en toda mi vida, no sé qué lo es.
- —Lo que digo es que un Primigenio o un dios puede hacer lo que quiera —explicó—. Pero toda causa tiene un efecto. Todas las acciones tienen consecuencias siempre, aunque no tengan un impacto directo en mí.

Vaya, esa era una explicación de una vaguedad increíble pero que tenía cierto sentido. Miré a la modista y se me ocurrió algo. Cuando un mortal fallecía, se creía que el cuerpo debía quemarse para que el alma pudiera ser libre de entrar en las Tierras Umbrías. No estaba segura de si lo que les había sucedido a los hermanos Kazin contaba como una cremación funeraria.

—Las personas que mueren como los Kazin... ¿sus almas consiguen llegar a las Tierras Umbrías?

El dios se quedó callado un buen rato.

- —No... simplemente dejan de existir.
- —Oh, santo cielo. —Me llevé una mano a la boca. Sus ojos se levantaron hacia los míos.
- —Es un destino cruel, incluso más que ser condenado al Abismo. Allí, al menos eres *algo*.

- —No… no puedo ni procesar lo que debe de ser simplemente dejar de *ser*.
 —Me estremecí, aunque recé por que no se diera cuenta—. Eso es…
 - —Algo que solo los más viles deberían sufrir —terminó por mí.

Asentí mientras estudiaba el salón con más atención: los cojines, de un azul intenso y un rosa pálido, las estatuillas de piedra de criaturas marinas que se rumoreaba que vivían en la costa de Iliseeum, y todas las baratijas y cositas que eran pequeñas partes de la vida de Andreia Joanis. Partes de quien era y de quien no volvería a ser jamás.

Me aclaré la garganta mientras buscaba a la desesperada algo distinto en lo que pensar.

—¿A qué corte perteneces? —Arqueó una ceja de nuevo—. Quiero decir, ¿eres de las Tierras Umbrías?

El dios me miró durante un instante antes de asentir. Me puse tensa, aunque tampoco me sorprendió. No apartó la vista de mí.

—Hay algo más que quieres preguntar.

En efecto, lo había. Quería preguntarle si él sabía quién era yo. Si esa era la razón de que nuestros caminos se hubiesen cruzado ya dos veces de un modo tan extraño. Puede que no supiese nada del trato, pero podría estar al tanto de que yo era la potencial consorte del Primigenio al que servía. Pero si no lo sabía, sería un riesgo. Este dios podría decirle al Primigenio que yo había estado en posesión de una daga de piedra umbra y que no había dudado en utilizarla.

Así que volví mi atención hacia algo por lo que siempre había sentido curiosidad, algo que le hubiese preguntado al Primigenio en persona si hubiera tenido la oportunidad. Al ser de las Tierras Umbrías, había bastantes probabilidades de que lo supiera.

- —Al morir, ¿todas las almas son juzgadas?
- —No hay tiempo suficiente en el día para hacer eso —repuso—. Cuando alguien muere y entra en las Tierras Umbrías, adquiere forma física una vez más. La mayoría pasan a través de los Pilares de Asphodel, que los guiarán hacia donde su alma deba ir. Los guardias que están ahí se aseguran de que así sea.
 - —Has dicho *la mayoría*. ¿Qué pasa con los otros?
- —Algunos casos especiales deben juzgarse en persona. —Clavó los ojos en los míos—. Aquellos que deben ser vistos para determinar cuál puede ser su destino.
 - —¿Cómo? —Me acerqué más a él.

- —Después de la muerte, el alma queda expuesta. Cruda. Sin piel ni carne para enmascarar sus actos —explicó—. La dignidad o la indignidad de cada uno puede leerse en el alma después de la muerte.
- —Y... ¿qué pasa con un alma ahora? Quiero decir, cuando alguien está vivo.

Negó con la cabeza.

—Algunos puede que sepan cosas con solo mirar a un mortal o a otro dios, pero el centro del alma de alguien no es una de esas cosas.

Me detuve cuando olí su leve aroma a cítricos.

—¿Qué cosas son esas?

Apareció una leve sonrisa.

—Tan curiosa —murmuró. Sus ojos se deslizaron por mi rostro, parecieron demorarse en mi boca, y un calorcillo invadió mis venas, uno que parecía del todo inapropiado, pues ahora ya estaba segura de a qué corte servía. Pero me miró como si estuviera fascinado por la forma de mi boca.

Como si quisiera saborear mis labios otra vez.

Una temblorosa oleada de anticipación me recorrió de arriba abajo y supe que si lo hacía, no se lo impediría. Sería una mala elección por mi parte, sí. Incluso quizá por la suya. Pero yo tomaba malas decisiones a menudo.

El dios apartó los ojos de pronto y no supe si sentir desilusión o alivio. Arrastró los dientes por su labio de abajo y vi asomar la punta de sus colmillos. Fue claramente desilusión lo que sentí.

Sin previo aviso, una extraña sensación presionó contra el centro de mi pecho, donde solía arremolinarse el calor en respuesta a una muerte. La pesadumbre se extendió por mi interior como si fuese una manta áspera y sofocante. Aspiré una bocanada de aire demasiado escasa y fruncí el ceño ante el repentino aroma a lilas. A lilas marchitas. Me recordó a algo que no pude ubicar en ese momento y noté que me giraba hacia el cuerpo sin haber decidido hacerlo de manera consciente.

Espera.

Di un paso hacia él.

- —¿Has movido sus piernas?
- —¿Por qué haría eso?

Una intensa inquietud reptó por mis venas.

- —Cuando entré, una de sus piernas estaba doblada por la rodilla, apretada contra la mesa. Ahora las dos están rectas.
- —Yo no la he movido —repuso, y mis ojos subieron hacia el rostro de la mujer. La piel chamuscada con forma de alas que se extendía por sus mejillas

y su frente parecía haberse difuminado un poco—. A lo mejor tú...

El sonido de una inspiración entrecortada y el crepitar de pulmones al expandirse silenciaron al dios. Mis ojos volaron hacia el pecho de la mujer justo cuando el corpiño de su vestido se hinchaba. Me quedé paralizada por la incredulidad.

—¿Qué…? —musitó el dios.

Andreia Joanis se sentó, esa boca abierta se abrió aún más, los labios quemados se retrajeron para revelar cuatro largos caninos, dos en la parte superior y dos en la parte inferior. Colmillos.

- —¿... demonios? —terminó el dios.
- —Eso no es... normal, ¿verdad? —susurré.
- —¿Qué parte? ¿Los colmillos o el hecho de que esté muerta y aun así se haya sentado?

La cabeza de Andreia se inclinó hacia el dios, como para mirarlo con unos ojos que ya no estaban ahí.

- —No creo que esté muerta —dije—. Ya.
- —No —gruñó el dios, y se me puso toda la carne de gallina—. Todavía está muerta.
- —¿Estás seguro...? —Me tragué una exclamación cuando la cabeza de la modista giró bruscamente en mi dirección—. Me está mirando, creo. No estoy segura. No tiene ojos. —Por instinto, estiré la mano hacia mi muslo, solo para acabar con ella vacía. Empecé a girarme hacia el dios—. De verdad que me gustaría tener mi daga...

Un sonido sibilante brotó de Andreia, el tipo de sonido que ningún mortal debería ser capaz de hacer. Subió en intensidad y se volvió más grave, para convertirse luego en un gruñido penetrante que me puso de punta todos y cada uno de los pelos del cuerpo.

Andreia se incorporó de un salto; el movimiento fue de una rapidez tan inexplicable que retrocedí de golpe, por acto reflejo. Cerró los puños y se lanzó hacia delante...

El dios se movió a la misma velocidad increíble para ponerse delante de mí al tiempo que desenvainaba una espada corta. La hoja centelleaba como ónice pulido a la luz de la vela. Piedra umbra. Dio un paso al frente y plantó una bota contra el estómago de la modista, que salió volando hacia atrás para aterrizar sobre la mesita de té.

Cayó al suelo y se apresuró a rodar para ponerse en cuclillas. Volvió a levantarse de un salto y se abalanzó sobre nosotros otra vez. Empecé a alargar

la mano hacia la daga que llevaba en la bota cuando el dios detuvo su ataque incrustando la espada de piedra umbra bien profundo en su pecho.

El cuerpo de la modista sufrió varios espasmos mientras estiraba los brazos e intentaba agarrar al dios. Unas diminutas fisuras aparecieron en sus manos y luego se extendieron como telarañas por sus brazos, por su cuello y después por sus mejillas.

El dios liberó la espada de piedra umbra de un tirón y dio un paso a un lado, con los ojos clavados en la mujer. Las fisuras se profundizaron para convertirse en grietas y sus piernas colapsaron bajo su cuerpo. Cayó como un fardo, se plegó sobre sí misma.

Me quedé paralizada ahí, con la boca abierta. Dio la impresión de que varios trozos de su cuerpo se hundían como si no fuese más que una cáscara seca.

- —¿Qué... qué acabo de ver?
- —No tengo ni idea. —El dios dio un cauteloso paso al frente para empujar el pie de Andreia con la punta de su bota. La piel y los huesos se convirtieron en cenizas, seguidos de inmediato por el resto del cuerpo.

En cuestión de segundos, no quedaba nada de la modista excepto su vestido y una fina capa de cenizas.

Parpadeé, perpleja.

—Eso ha sido… diferente.

El dios me miró.

- —Sí que lo ha sido.
- —¿Y… no tienes ni idea de lo que acaba de pasar? Como que… ¿esto no había pasado nunca?

Sus ojos acerados se cruzaron con los míos.

—Jamás había oído hablar de nada parecido.

Al ser un dios de las Tierras Umbrías, supuse que él sabría de mortales que habían vuelto de entre los muertos.

- —¿Qué crees que le pasaba? Quiero decir, ¿por qué actuaba de ese modo?
- —No lo sé. —Envainó su espada—. Pero no creo que Madis se limitara a matarla. Le hizo… algo. El qué, no tengo ni idea. —Un músculo se apretó en su mandíbula—. Yo no repetiría lo que has visto aquí.

Asentí. Como si alguien fuese a creerme.

—Debo irme —dijo el dios. Miró hacia atrás, hacia el vestido cubierto de cenizas, y luego hacia mí—. Tú deberías hacer lo mismo, *liessa*.

No quería pasar ni un segundo más en esta casa, pero cien preguntas distintas explotaron en mi cabeza. Y obviamente, la que era de lejos la menos

importante de todas fue la que salió por mi boca.

- —¿Qué significa liessa?
- El dios no contestó durante lo que me pareció una pequeña eternidad.
- —Tiene significados diferentes para cada uno. —El *eather* palpitó en sus ojos, giró una vez más a través del tono plateado—. Pero todos ellos se refieren a algo precioso y poderoso.

Capítulo 7



Al día siguiente, volvía a estar escondida en la torre este con los ojos vendados.

Deslicé la hoja de hierro entre mis dedos y respiré despacio y hondo al tiempo que trataba de no pensar en cómo el dios había destruido mi daga la noche anterior. Por suerte, nunca practicaba con ella. No quería ni saber cómo reaccionaría sir Holland cuando descubriera que había perdido un arma semejante.

O cuando se enterara de que había apuñalado a un dios en el pecho con ella.

Me daba la impresión de que sir Holland no iba a reaccionar con demasiada calma.

Si lo pensaba bien, entendía por qué el dios había destruido la daga. Era verdad que lo había apuñalado con ella. Pero seguía furiosa. Tenía más de cien años, y si quería tener alguna esperanza de cumplir con mi deber (si acaso alguna vez me daban la ocasión de hacerlo), necesitaba un arma de piedra umbra.

También intenté no pensar en lo que había visto, en lo que le había pasado a Andreia. La imagen de ella cuando se sentó y se levantó de un salto como una especie de animal salvaje había vivido en mi cabeza toda la noche. No tenía ni idea de lo que podían haberle hecho, pero esperaba que el dios lo averiguara pronto.

Algo precioso y poderoso.

Sus palabras todavía me tenían desconcertada, aunque, en mi defensa, me había llamado por un nombre que significaba algo precioso y poderoso,

incluso después de haberlo apuñalado. Eso parecía aún más inexplicable que lo que fuese que le había ocurrido a la modista.

Liessa. No podía creer que le hubiera preguntado eso en lugar de cualquiera de las otras cien preguntas más importantes que rondaban por mi mente. Empezando por cómo se llamaba él.

—Ahora —ordenó sir Holland.

Giré en redondo y lancé la daga. Solté el aire al oír el ruido seco que hizo al impactar contra el pecho del maniquí. La cosa continuó del mismo modo durante solo los dioses sabían cuánto tiempo más hasta que ya no pude contenerme y tuve que decir algo acerca de lo que había visto el día anterior.

Después de tirar la daga una vez más, me bajé la venda de los ojos.

- —¿Puedo preguntarte algo?
- —Claro —contestó sir Holland, aunque echó a andar hacia el maniquí de todos modos.
- —¿Alguna vez has oído de una…? —Me costó un momento dilucidar cómo preguntar lo que quería sin revelar demasiado—. ¿… una persona muerta que haya vuelto a la vida?

Sir Holland se detuvo a medio camino y se dio la vuelta.

- —Ese... ese no era el tipo de pregunta que esperaba.
- —Lo sé. —Jugueteé con el dobladillo de mi camisa suelta de algodón. Sir Holland frunció el ceño.
 - —¿Qué te ha hecho preguntar algo así siquiera?

Forcé un gesto de indiferencia con los hombros.

—Es solo que oí a alguien hablar de eso cuando estuve fuera. Decía que habían visto a alguien volver a la vida con colmillos como un dios, pero... diferentes. Tenía colmillos arriba y abajo.

Sus cejas treparon por su frente.

- —Jamás he oído nada así. Si quienquiera que lo dijese decía la verdad, entonces suena como una… abominación.
 - —Sí —murmuré. Sir Holland me miró con atención.
 - —¿Dónde oíste esto?

Antes de que pudiera ocurrírseme una mentira creíble, alguien llamó a la puerta de la torre. Sir Holland recuperó la daga del maniquí y me miró mientras caminaba hacia la puerta. Me encogí de hombros.

- —¿Quién es? —preguntó, al tiempo que deslizaba el arma detrás de su espalda.
- —Soy yo —llegó una voz susurrada—. Ezra. Estoy buscando a Sera. Hubo una pausa en la que sir Holland apoyó la frente contra la puerta—. Sé

que está ahí dentro. Y sé que tú sabes que sé que está ahí dentro.

Una sonrisa tironeó de mis labios, pero se esfumó enseguida. Solo se me ocurría una razón que hubiese podido empujar a Ezra a venir a la torre en mi busca. Mis ojos se posaron un instante en las muchas puñaladas que perforaban el pecho del maniquí y pensé en todas las cosas *dañinas* que había hecho en los últimos tres años.

Sir Holland me miró con cara de pocos amigos.

- —Nunca debiste decirle dónde entrenas. —Cortó el aire con la daga—. Podrían haberla seguido hasta aquí.
- —No fue intencionado —me excusé, aunque no podía dejar de preguntarme quién de todo el castillo no tendría ya sus sospechas sobre mi identidad y podría haberla seguido.
 - —¿En serio? —preguntó sir Holland.
- —Solo para que lo sepáis, puedo oíros —nos llegó la voz amortiguada de Ezra a través de la puerta—. Y Sera dice la verdad. Me limité a seguirla a hurtadillas por el castillo una mañana. Y como no soy poco observadora, deduje que aquí es donde pasa gran parte de sus días.
 - —Como si no hubieses sabido que te estaba siguiendo —masculló él.

Encogí un hombro. Por supuesto que sabía que me había estado siguiendo, pero como Ezra había continuado siendo amable conmigo después de mi fracaso, no había puesto demasiado empeño en despistarla. Y tampoco era como si no supiera que entrenaba. Sir Holland solo estaba siendo dramático.

- —No me ha seguido nadie —anunció Ezra desde el otro lado de la puerta
 —. Pero supongo que cuanto más tiempo pase aquí hablándole a una puerta, más llamaré la atención.
 - —Déjala entrar, por favor —dije—. Solo vendría aquí si fuese necesario.
 - —Como si tuviese otra opción. —Quitó el pestillo y abrió la puerta.

La princesa Ezmeria estaba en la cima de las estrechas escaleras; tenía el pelo castaño claro recogido en un moño en la nuca. Aunque hacía un calor de muerte en la torre y lo más probable era que la cosa no fuese mejor afuera, llevaba un chaleco corto negro de rayas diplomáticas por encima de un vestido de tono crema y marfil fabricado con el mismo algodón ligero. Ezra siempre parecía inmune al calor y a la humedad.

—Gracias. —Sonrió al asentir en dirección a un exasperado sir Holland. Se parecía a Tavius, pero sus ojos marrones eran mucho más avispados y su mandíbula mostraba una dureza testaruda que a su hermano le faltaba—. Me alegro de verte, sir Holland.

El hombre le lanzó una mirada totalmente impasible.

- —Yo me alegro de veros a vos, excelencia.
- —¿Qué necesitas? —pregunté, al tiempo que recuperaba la daga de hierro de manos de sir Holland y la envainaba.
- —Muchas cosas —repuso ella—. Uno de esos bollitos de chocolate que hace Orlano cuando está de buen humor sería genial. Junto con una taza de té frío. Un buen libro que no sea un drama de ficción, lo cual plantea la pregunta de por qué creen los conservadores del Ateneo de la ciudad que nosotros queremos leer sobre cosas que solo nos deprimen —caviló. Echó el peso atrás sobre sus bailarinas con tacón mientras sir Holland se frotaba la frente—. También necesito que esta sequía termine… oh, y paz entre los reinos. —Ezra sonrió de oreja a oreja al tiempo que le lanzaba una mirada divertida a sir Holland—. Pero ahora mismo, las Damas de la Merced y yo necesitamos tu ayuda, Sera.

Sir Holland bajó las manos y frunció el ceño al mirarme.

- —¿Qué pueden necesitar de ti las damas del orfanato?
- —Su habilidad para *tomar prestado* el excedente de comida de las cocinas sin que nadie se dé cuenta —contestó Ezra sin alterarse—. Con la afluencia de niños que acaban de quedarse huérfanos, sus despensas están bastante vacías.

Me puse rígida, solo un pelín. La sospecha empañó las facciones de sir Holland. Mi habilidad para hacer justo lo que había dicho Ezra había sido útil con bastante frecuencia. A menudo llevaba los restos que lograba sisar de las cocinas a los Acantilados de la Tristeza, donde habían reconvertido la vieja fortaleza en el orfanato más grande de Carsodonia. Aun así, por grande que fuera, el orfanato estaba siempre a rebosar de niños huérfanos o abandonados por unos padres que no podían o no querían ya cuidar de ellos. Sin embargo, Ezra jamás había acudido a mí para eso. Me volví hacia sir Holland.

—¿Te veo mañana por la mañana?

Había entornado los ojos, pero asintió. No me demoré para no darle tiempo de que empezara a hacer preguntas.

—Que tengas buen día, sir Holland —dijo Ezra mientras daba un paso a un lado para permitirme salir de la torre.

El polvo danzaba en los rayos de sol que se colaban por las aspilleras de las paredes de la torre mientras bajábamos al segundo piso, donde estaba mi dormitorio entre la hilera de habitaciones vacías. No hablamos hasta que entramos en el estrecho pasillo. Ezra se giró hacia mí y habló en voz baja, aunque era muy poco probable que hubiese alguien cerca para oírnos.

—Quizá deberías cambiarte de ropa. —Deslizó los ojos por la túnica suelta que llevaba—. Algo un poco más… apropiado para el lugar adonde vamos.

Ladeé la cabeza.

- —¿Con qué voy a ayudarte, exactamente?
- —Bueno... —Ezra bajó la barbilla hacia la mía y se acercó un poco, aunque no tanto como para tocarme. Fingí no darme cuenta de cómo se aseguraba de que su piel no entrara en contacto con la mía—. He recibido una carta de *lady* Sunders en la que me habla de una niña... una niña pequeña llamada Ellie, que acaba de entrar bajo su tutela, obsequio de una de las cortesanas de El Jade.

Fruncí el ceño, sorprendida.

- —¿Qué hacía una niña con las cortesanas? —La única razón de que Jade hubiese estado dispuesta a hablar de cosas relativas al acto de la seducción conmigo fue porque creía que tenía muchos más que dieciséis años. E incluso entonces, con el velo ocultando mis facciones, noté que sospechaba, aunque otras chicas ya estaban casadas a esa edad—. No es propio de ellas…
- —No lo es. Una de las mujeres que trabaja para ellas encontró a la pobre chiquilla en una callejuela. Tenía un ojo morado entre muchas otras magulladuras, además de estar famélica. Ellie se está curando —se apresuró a añadir Ezra—. *Lady* Sunders dice que la madre de la niña murió hace muchos años y que su padre había perdido su fuente de ingresos. Cree que el padre de la niña trabajaba como peón en una de las granjas que cayeron presa de la Podredumbre.
- —Siento oírlo —murmuré, porque me parecía que debía decir algo, aunque no había nada que pudiera decirse.
- —Yo no sentiría demasiada lástima por el padre. Al parecer, disfrutaba gastando su dinero en licor más que en comida, mucho antes de que perdiera su empleo como cosechador. —Ezra apretó los labios—. A *lady* Sunders le da la impresión de que puede que la muerte de la madre no haya sido natural, sino del tipo animado por los gruesos puños del padre.
 - —Maravilloso —mascullé.
- —La cosa empeora —continuó, y no vi muy bien cómo podía empeorar
 —. En algún momento, el padre se metió en el negocio de vender momentos íntimos…
 - —¿El negocio del sexo? —aclaré por ella.
- —Sí, esa es una forma de decirlo cuando la persona está *dispuesta* a vender el tiempo con sus partes íntimas a cambio de dinero, protección,

cobijo... o lo que sea. Pero él era de los que *obliga* a otros a estar dispuestos —me corrigió. Y sí, tenía razón, la cosa empeoraba—. Que es también la razón de que las cortesanas de El Jade estén muy disgustadas con este hombre. Como sabes, no les entusiasma ese tipo de traficantes.

No, las cortesanas no sentían entusiasmo por que a nadie lo forzaran a participar en el negocio en el que ellas habían entrado de manera voluntaria.

—La chica que entregaron a *lady* Sunders tiene un hermano pequeño, que sigue con el padre. El niño está en una situación muy precaria, forzado a cometer todo tipo de robos y hurtos para mantener llenos los vasos de su padre. *Lady* Sunders teme que también le obligue a hacer otras cosas innombrables a cambio de comida y un techo. Igual que le pasó a la hija.

Aspiré una brusca bocanada de aire, molesta pero, por desgracia, nada sorprendida. Tanto Ezra como yo ya habíamos visto este tipo de cosas. La miseria podía sacar lo peor de la gente en su desesperación por sobrevivir, y forzaba a las personas a hacer cosas que jamás se habrían planteado. Aunque, claro, también estaban aquellos que siempre habían tenido ese lado oscuro en su interior, los que eran depredadores mucho antes de verse golpeados por la adversidad.

—*Lady* Sunders ha preguntado si mi *amiga* que posee una serie de *talentos* especiales —dijo, lanzando una mirada significativa a donde llevaba la daga envainada— sería capaz de ayudar a liberar al niño.

En otras palabras, el tipo de habilidades que sir Holland llevaba años puliendo por una razón completamente diferente.

- —¿Y por qué tendría que ponerme algo más seductor para eso?
- —¿El padre? Se llama Nor. *Lady* Sunders cree que es el diminutivo de Norbert.
 - —¿Norbert? —repetí, parpadeando—. Vale.
- —En cualquier caso, Nor lleva a cabo sus negocios desde Croft's Cross—explicó.

Croft's Cross era uno de los barrios que el río Nye separaba del Distrito Jardín. Cerca del agua, esa zona de Carsodonia estaba atestada de casas amontonadas unas encima de otras con muy poco espacio entre ellas. Los almacenes, bares, tugurios de apuestas y otros establecimientos no eran ni de lejos tan vistosos como los del Jardín. La mayoría de los que llamaban hogar a Croft's Cross eran buenas personas que solo trataban de sobrevivir. No obstante, también había individuos como Nor, que podían infectar Croft's Cross con la misma facilidad que la Podredumbre infectaba la tierra.

- —Desde que no puede poner las manos sobre su hija, mantiene al niño bien pegado a él —continuó—. La única manera de entrar en ese edificio es si cree que vas en busca de determinado tipo de empleo.
 - —Genial —musité.
 - —Lo haría yo misma, pero...
- —No. No vas a hacerlo tú —me apresuré a decir. Ezra tenía una mente brillante, pero no tenía ni idea de cómo defenderse. No solo eso, era una princesa de verdad, aunque a menudo se viera envuelta en cosas en las que no solían involucrarse las princesas—. Dame unos segundos.

Ezra asintió y dio media vuelta para encaminarse a mi dormitorio.

- —Oh, y lleva algo que no te preocupe que se pueda manchar de... sangre. Me detuve y giré la cabeza hacia ella.
- —No hay ninguna razón para que mi ropa se manche de sangre. Voy a entrar ahí a por un niño. Eso es todo.

Esbozó una leve sonrisa mientras sus cejas subían.

—Claro. Eso es todo lo que va a suceder.

Capítulo 8



El anodino carruaje negro empezó a botar por los adoquines irregulares de la calle. Así fue como supe que habíamos entrado en Croft's Cross.

Sentada enfrente de mí, Ezra frunció el ceño por encima del hombro en dirección al asiento del cochero, ocupado por *lady* Marisol Faber, irreconocible bajo su capa y su capucha. Pensé que debía estar asfixiándose en ese maldito calor.

Yo desde luego que lo estaba. Agité una mano delante de mi cara. Todo lo que quería era quitarme esta capa ligera con capucha y tirarla a un lado. Varios mechones de pelo se me habían pegado ya a la parte de atrás del cuello.

No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba Marisol ayudando a Ezra en sus muchos empeños por asistir a los más desprotegidos de Carsodonia. Eran amigas desde que el padre de Ezra se casó con mi madre y vinieron a vivir aquí. Yo, sin embargo, no me había implicado en lo que estaban haciendo hasta hacía tres años. Solo había descubierto los tejemanejes de Ezra cuando la vi en la vieja fortaleza mientras dejaba un saco de patatas que Orlano me había dado para que hiciera con él lo que quisiera. Cuando nos vimos, fingimos no tener ni idea de quién era la otra. Más tarde esa noche, esperé a que Ezra regresara de su paseo por los jardines. Fue entonces cuando me enteré de por qué pasaba tanto tiempo fuera de Wayfair.

Miré a mi hermanastra con atención. Su rostro no mostraba ni un ligero brillo de sudor. Increíble.

—¿Cómo es que no tienes calor? —pregunté. Apartó la vista de la ventana.

—Creo que es agradable —comentó. Frunció el ceño y al mismo tiempo bajó la vista hacia mi cuerpo—. Tu vestido es... bueno, debería hacer el apaño.

No tenía que mirar abajo para saber que estaba contemplando el delicado encaje blanco del corpiño muy *muy* apretado del vestido color salvia. Si mi pecho conseguía mantenerse dentro del vestido a lo largo de toda esta aventura, sería un milagro, y no uno pequeño.

- —Creo que solía pertenecer a *lady* Kala. —Lo cual también explicaba por qué mis botas eran claramente visibles, pues la falda solo llegaba hasta mis pantorrillas—. No había muchas opciones.
- —Ah, ya. Supongo que no las hay. —La piel se frunció entre sus cejas cuando volvió a mirar por la ventana. Pasó un momento—. ¿Necesitas vestidos? —preguntó, y se giró hacia mí otra vez—. Tengo algunos que seguro que te quedarían más cómodos.

Me puse rígida y noté que mis mejillas empezaban a arder.

- —No, eso no será necesario.
- —¿Estás segura? —Se inclinó hacia delante—. Con mis vestidos no te arriesgarás a que estallen las costuras del pecho.
- —Tengo otros vestidos. Más bonitos que este —le dije, lo cual no era del todo mentira—. Este es el único que pensé que podía ser seductor.

Ezra se echó hacia atrás.

—Creo que la parte seductora es la cantidad de tiempo limitada de que dispones antes de que tus pechos se liberen de golpe.

Solté una carcajada.

Su sonrisa fue breve. La expresión que se instaló en su cara me hizo sentir más incómoda que su oferta de los vestidos. No era una expresión de compasión sino de tristeza, y daba la impresión de que iba a decir algo pero no encontraba las palabras. Y Ezra siempre tenía palabras, una plétora de palabras, aunque jamás hablaba de la maldición. Tenía la pregunta en la punta de la lengua. Quería preguntarle si aún creía que el Primigenio de la Muerte iba a venir a buscarme, pero me callé. Su respuesta no me calmaría cuando yo sabía la verdad.

- —¿Cómo consigues escabullirte sin que te siga ningún guardia real? pregunté a cambio.
 - —Tengo mis formas —dijo, un lado de sus labios curvado hacia arriba.

Empecé a preguntarle sobre esas formas, pero el carruaje justo comenzó a frenar. Miré por la ventana. Una masa de gente caminaba a toda prisa por la bulliciosa calle. Entraban en pequeñas tiendas o se adentraban en oscuras

callejuelas serpenteantes en las que tenían que pasar por debajo de enclenques escaleras de metal adosadas a edificios estrechos de varios pisos. Muchos de ellos, descoloridos hasta un mortecino tono amarillento y marrón oliva, estaban construidos unos contra otros. De algún modo, los propietarios lograban apiñar veinte habitaciones o más en esos edificios sin electricidad y, en algunos casos, sin instalaciones de fontanería. Era una irresponsabilidad permitir que alguien viviera en estos supuestos apartamentos, pero, si no, la gente y sus familias estarían en la calle. Aunque no era como si no hubiese más opciones.

- —Las tierras que han quedado arruinadas por la Podredumbre... todavía se puede construir en ellas, ¿no? —pregunté. Ezra asintió—. No comprendo por qué no se construyen nuevas casas en esas granjas. Casas pequeñas, pero al menos lugares en los que no tengas que jugarte la vida subiendo por unas escaleras que podrían ceder bajo tu peso en cualquier momento.
- —Pero ¿qué pasará con los granjeros una vez que la Podredumbre desaparezca? —inquirió ella.

Bueno, parecía que al final había hecho mi pregunta, ¿no? Si Ezra creía que la Podredumbre desaparecería, entonces debía de estarse aferrando a algún resquicio de esperanza de que al final yo sería capaz de cumplir con mi deber.

- —¿Y si no desaparece? —pregunté. Ezra sabía a qué me refería.
- —El padre de Mari está decidido a descubrir la causa. Tú y yo sabemos que no lo hará, pero su mente es brillante. Si alguien puede encontrar una manera natural de acabar con esto, ese será lord Faber.

Esperaba que tuviera razón, y no solo para aliviar parte de la culpa que sentía.

- —¿No podrían los granjeros convertirse entonces en propietarios y ganarse la vida arrendando las casas?
- —Podrían. —Arrugó la nariz—. Pero también está el tema de dónde conseguir los materiales para construir esas casas.

Y ahí estaba el defecto en mi idea. Los depósitos de roca de los Picos Elysium empleados para construir muchos de los edificios provenían de minas explotadas y pagadas por los propietarios de negocios o de tierras. La piedra tenía un precio, igual que el trabajo de construir una casa. Son cosas que debería pagar la corona, pero las arcas de la corona no eran tan abundantes como alguna vez lo fueron, puesto que cada vez tenían que pagar por más comida y productos de otros reinos.

Y aun así, de algún modo sí había suficiente para pagar un nuevo vestido para la reina.

—La casa de Nor tiene contraventanas rojas. Creo que está a nuestra derecha —me informó Ezra cuando el carruaje paró en seco—. Él tiene la planta baja. La planta baja entera. Sus *oficinas* están justo al entrar.

Asentí y estiré la mano hacia la puerta del carruaje.

—¿Sabes cómo se llama el hijo?

Ezra bajó la vista y sacó la carta de la manga de su abrigo. La desenrolló.

- —Se llama… Nate. —Me miró a los ojos—. Mucho menos confuso que Nor.
- —Cierto. —Levanté la capucha de la capa. Aunque era probable que no pasara gran cosa, la palidez de mi pelo era llamativa y preferiría no correr el riesgo de que alguien me reconociera en el caso de que las cosas, bueno, acabaran mal—. Espérame aquí.
 - —Por supuesto. —Hizo una pausa—. Ten cuidado.
- —Siempre —murmuré. Abrí la puerta lo suficiente para que el ruido de la calle se colara dentro y para poder deslizarme fuera. Negándome a pensar en qué era el líquido que acababa de pisar, puesto que no podía haber caído del cielo, fui hacia la parte delantera del carruaje—. ¿Marisol? —susurré. La cabeza encapuchada giró en mi dirección. La dama sabía exactamente quién era yo, pero, al igual que Ezra, su forma de tratarme cuando la veía era la misma de antes de la maldición. No teníamos una relación estrecha en absoluto, pero no era cruel y tampoco se comportaba como si me tuviera miedo—. Asegúrate de que permanezca dentro de este carruaje.

Echó un vistazo rápido a las calles ya atestadas de gente.

- —Daré vueltas con el carruaje para evitar que pueda hacer una tontería.
- —Perfecto. —Di media vuelta, subí a la acera de piedra agrietada y me zambullí entre el gentío.

Sabía bien que no debía respirar demasiado hondo ni demorarme en un sitio fijo, así que esperé solo hasta que el carruaje se alejó de la esquina antes de dirigirme hacia la derecha. Dejé espacio de sobra entre las palomas que se estaban dando un festín en la mugre y yo, y empecé a caminar entre hombres y mujeres que volvían del trabajo o se dirigían a él. Algunos llevaban capas como la mía para proteger sus rostros del sol o para evitar que los reconocieran. Esos eran de los que más pendiente me mantuve. Otros salían dando tumbos de los bares, sus blusas y túnicas manchadas de cerveza y quién sabía qué más. Los vendedores gritaban desde todos los edificios, ofreciendo ostras de aspecto cuestionable, bollos aplanados y cerezas

pinchadas en palos. Mantuve los brazos a los lados e hice caso omiso de las miradas lascivas y los comentarios obscenos y borrachos de hombres que holgazaneaban apoyados contra las fachadas de los edificios.

Croft's Cross era uno de los únicos sitios en todo Carsodonia donde no eran visibles el Templo del Sol, a veces denominado Templo de la Vida, ni el Templo Sombrío. Era casi como si el barrio estuviese fuera del alcance de la autoridad, donde ningún Primigenio podía gestionar la vida y la muerte.

—¡A la corona no le importa que estemos perdiendo nuestros trabajos, casas, familias y futuro! —resonó la voz de una mujer por encima del ruido de la multitud—. ¡Ellos se van a dormir con la barriga llena mientras nosotros nos morimos de hambre! ¡Estamos muriendo y ellos no hacen nada acerca de la Podredumbre!

Busqué el origen de las palabras. Más adelante, donde el carruaje de Ezra había desaparecido en el mar de carros y transportes similares, la calle se abría en una uve. En el centro, estaba uno de los lugares de culto más pequeños de Carsodonia. El Templo de Keella, la diosa del Renacimiento, era una estructura redonda y achaparrada de granito y piedra caliza blanca. Los niños corrían descalzos alrededor de la columnata, zigzagueando entre los pilares. Me acerqué y constaté que la mujer iba vestida de blanco y estaba de pie en medio de las anchas escaleras del templo mientras hablaba a voz en grito al pequeño grupo de personas reunidas ante ella.

—La era del Rey Dorado ya ha pasado y el final del Renacimiento está próximo —gritó. Le respondieron con asentimientos y gritos de aquiescencia —. Lo sabemos. ¡La corona lo sabe! —Deslizó los ojos por la multitud y levantó la cabeza. Miró más allá de ellos, más allá de la calle, hasta mí. Me detuve, se me quedó el aire atascado en la garganta—. Ningún Mierel se sienta en ese trono —dijo. Una sucesión de escalofríos recorrió mi piel mientras miraba a la mujer de pelo oscuro—. Ni ahora. Ni nunca más.

Alguien chocó contra mi hombro y me sobresaltó. Aparté la mirada de la mujer mientras la persona mascullaba entre dientes. Parpadeé y me forcé a ponerme en marcha. Miré hacia el templo. La mujer estaba concentrada en el grupo que tenía delante. Ahora hablaba de los dioses y de cómo no continuarían ignorando las penurias de la gente. No había forma humana de que me hubiese podido ver en la acera, ni de que supiese quién era... ni siquiera sin la capucha.

Aun así, la inquietud se coló de puntillas en mi interior y me costó un mundo apartar a un lado los pensamientos sobre la mujer mientras pasaba por una callejuela donde varias mujeres tendían ropa en cuerdas que cruzaban de

edificio a edificio. Una manzana más allá del Templo de Keella, vi un edificio alto que en algún momento había sido de tono marfil pero ahora estaba tan sucio que era de un polvoriento color grisáceo. Unas contraventanas rojas ocultaban el interior. Entonces sí que fui capaz de dejar a un lado a la mujer de las escaleras del templo.

Apreté el paso para esquivar a un anciano cuyo caminar torcido no mejoraba en absoluto con el bastón de madera sobre el que apoyaba todo su peso. Y luego empecé a andar más despacio. Había un hombre bajo el arco de las escaleras de entrada a los apartamentos. Por instinto, supe que era Nor. Pudo ser por la forma en que se recostaba contra la piedra sucia, un lado de la boca curvada en una sonrisilla de suficiencia mientras observaba a los viandantes. O tal vez por la jarra de peltre que sujetaba en una mano grande, con los nudillos despellejados y de un feo tono carmesí. O quizá por la vívida camisa azul que llevaba sin remeter y había dejado abierta en el cuello para formar una profunda uve que dejaba a la vista parte de su peludo pecho.

O a lo mejor fue por la mujer rubia que estaba a su lado. No era por el vestido escotado ni por el corsé negro apretado de un modo imposible debajo de sus pechos, tampoco por las rajas de la falda del vestido que dejaban al descubierto la liga que rodeaba la parte superior de su muslo como un anillo de sangre. No, fue por el labio de abajo hinchado y el ojo morado, mal disimulado con maquillaje.

La mujer deslizó los ojos hacia mí. Su mirada era ausente, pero se puso rígida cuando vio que me acercaba.

—Perdone —empecé.

La cabeza de Nor se giró despacio hacia mí al tiempo que se llevaba la jarra a la boca, el pelo oscuro engominado para retirarlo de un rostro que pudo haber sido apuesto en algún momento. Su tez lucía ahora rubicunda, sus rasgos demasiado afilados. Sus ojos inyectados en sangre recorrieron mi cuerpo, aunque no podía ver gran cosa debajo de la capa y la capucha.

—¿Sí?

—Pregunto por un hombre llamado Nor. —Mantuve la voz baja y suave, insegura, mientras me metía en la piel de otra persona.

Bebió otro trago de su jarra. El líquido centelleó sobre sus labios y entre la pelusilla de varios días que cubría su barbilla.

—¿Pa' qué quieres ver a ese tío? —Se rio de forma engreída, como si hubiese dicho algo ingenioso.

Le lancé a la mujer una mirada de soslayo. Se movía nerviosa a su lado, los ojos clavados en la calle.

- —Me... me dijeron que él podría ayudarme a encontrar trabajo.
- —¿Ah, sí? —Nor bajó la jarra, los ojos entornados—. ¿Quién te dijo eso, chica?
- —El hombre del bar, al final de la calle. —Miré hacia atrás y luego subí al primer escalón. Estiré los brazos hacia arriba y retiré la capucha—. Cuando le pregunté si él contrataba a alguien o si sabía de algún otro, dijo que quizás usted sí.

Nor emitió un silbido grave mientras me miraba de arriba abajo.

—Yo siempre tengo gente contratá, chica, pero no busco cosas bonitas como tú pa' barrer suelos y servir copas. ¿A que no, Molly?

La mujer que estaba a su lado negó con la cabeza.

-No.

La cabeza del hombre voló en su dirección.

—No, ¿qué?

La tez ya de por sí pálida de Molly se aclaró aún más.

- —No, señor.
- —Sí, buena chica. —Nor alargó una mano y le dio un pellizco. Se echó a reír cuando la mujer soltó un gritito y la ira en mi sangre aumentó hasta convertirse en una canción.
- —Lo sé —dije. Levanté una mano para juguetear con el botón de mi capa.
 El movimiento separó los pliegues para revelar la parte superior de mi vestido
 —. Sé qué tipo de trabajo es. —Deslicé los dedos hacia las lazadas—.
 Esperaba que pudiéramos hablar en privado y llegar a un acuerdo.
- —¿Un acuerdo? —La atención de Nor volvió a mí—. Los dioses han sío buenos contigo, chica. —Sus ojos siguieron el recorrido de mis dedos por encima de las curvas que asomaban por el borde superior del encaje como si lo estuvieran llevando hacia su siguiente jarra llena—. Como ya he dicho, siempre hay gente contratá, pero no contrato a cualquier chica.

Lo dudaba mucho.

Se separó de la pared, las caderas por delante, y se pasó una mano por el pelo grasoso.

- —Tengo qu'asegurarme de que vales la pena pa' ser contratá.
- —Por supuesto. —Le sonreí.
- —Que los dioses sean buenos conmigo, pues —murmuró. Pasó una lengua babosa por su labio de abajo y, cuando dio la vuelta, unas monedas tintinearon en la bolsa que llevaba colgada a la cadera—. Entonces entra en mi oficina privá pa' que podamos llegá a ese acuerdo.

Molly se giró, sus labios magullados se entreabrieron como si quisiera decir algo. Esos ojos inexpresivos se cruzaron con los míos y negó con la cabeza de manera casi imperceptible. Todo lo que pude hacer fue sonreírle mientras subía al rellano. Cerró la boca de golpe con una mueca angustiada y volvió a concentrarse en la calle mientras Nor empujaba la puerta para abrirla con una de sus manazas.

Una manaza que no tenía ninguna duda de que era la responsable de los moratones en el rostro de Molly.

Nor sujetó la puerta abierta para mí, con una reverencia y un brazo estirado. El líquido de su jarra rebosó por el borde y salpicó los suelos de madera ya pegajosos. Entré. El olor a sudor y el denso aroma dulzón del humo de White Horse flotaban en el ambiente de la habitación iluminada con velas. Miré a mi alrededor a toda prisa. Mis ojos pasaron por encima de sofás cubiertos de tela oscura. Había varias pipas sobre una mesita baja llena de jarras vacías. Casi toda la superficie de la mesa estaba cubierta de polvo blanco. Para mi sorpresa, vi que había un escritorio. Una débil llama parpadeaba en la lámpara de gas situada en un rincón, a una chispa o dos de los trozos de pergamino... y más jarras.

La puerta se cerró a mi espalda. El pestillo hizo un leve *clic*. Mis ojos se levantaron del escritorio.

—Chico —ladró Nor—. Sé qu'estás aquí.

El niño surgió de detrás del escritorio como uno de los espíritus de los Olmos Oscuros, silencioso y pálido. *Sí* que era pequeño. No podía tener más de cinco o seis años. Su pelo oscuro caía contra sus mejillas chupadas. El único color visible era el cardenal azul amoratado que recorría la curva de su suave mandíbula. Sus grandes ojos redondos lucían casi tan vacíos como los de Molly.

Mis dedos se clavaron en el encaje de mi vestido, lo desgarraron.

—Ahí estás. —Nor pasó tambaleándose por mi lado y dejó su jarra sobre un pergamino—. Busca otro sitio donde estar —le ordenó—. Tengo trabajo qu'hacer.

El chiquillo salió corriendo de detrás del escritorio, directo hacia la puerta, sin mirar una sola vez en mi dirección. Si salía...

—Ahí, no, chico. Ya lo sabes. —Nor chasqueó los dedos y señaló hacia un pasillo estrecho y oscuro—. Vete a la cama ahora qu'habrá alguna vacía. Y no t'escapes como hiciste l'última vez.

El niño dio media vuelta a una velocidad sorprendente y desapareció por el pasillo. Una puerta se cerró en alguna parte y recé por que el niño se quedara ahí, aunque no lo culparía si no lo hiciera. Lo cual significaba que no disponía de demasiado tiempo para llegar hasta él.

- —Malditos niños —masculló Nor—. ¿Tienes alguno?
- -No.
- —No me lo parecía. Yo tengo dos. O los tenía. —Se rio mientras arrastraba lo que sonó como una silla por el suelo.
 - —¿Tenía? —pregunté.
- —Sí, mi chica fue y se metió en algún lío, supongo. Digo yo qu'esa maldita boca suya. Nunca'prendió a usarla bien. Igualita que su madre, ¿sa'es? —Otra risa, gruesa y mojada—. ¿Cuántos años tienes?

Me giré hacia Nor al tiempo que rozaba la capa para que ambos lados descansaran sobre mis hombros.

—¿Acaso importa?

Sus ojos se clavaron en la única parte seductora del vestido.

- —Nah, chica. No importa. —Nor se sentó en la silla, las piernas bien abiertas—. Paeces fresca. Apuesto a qu'eras el juguetito bonito de algún lord. ¿Se cansó de ti?
- —Lo era. —Bajé la barbilla y esbocé una sonrisa coqueta—. Pero su mujer...

Se rio entre dientes.

—Aquí no tendrás que preocuparte por ninguna mujer. —Sin quitarme el ojo de encima, su mano se deslizó por debajo de su cintura—. Sí qu'eres una chica bonita.

Me quedé muy quieta. Dejé de actuar como si fuese otra persona y me convertí en *nada*. En nadie. No en algo precioso y poderoso. Fue como ponerme ese velo mientras él escupía vulgaridades y putrefacción. Ya no era yo misma. Me convertí en esa cosa que había sido educada para ser una criatura sumisa y maleable. Una que podría moldearse en lo que quisiese el Primigenio de la Muerte, en lo que fuera que lo enamorase. Una sirvienta. Una esposa. Un cuerpo cálido y blando. Una asesina. Y este repugnante amago de hombre me miraba como si pudiera esculpirme en una de sus *chicas*.

- —No estés nerviosa. —Nor se dio unas palmaditas en la rodilla—. Llego a los mejores acuerdos cuando tengo a una chica bonita sentá en el regazo.
- —No estoy nerviosa. —Y no lo estaba. No sentía absolutamente nada más que asco e ira, y esos sentimientos ni siquiera discurrían tan profundo como para acelerar mi corazón o mi pulso. Creo que solo los sentía porque creía que debía sentir algo cuando sabía cómo iba a terminar esto.

Fui hasta él, tomando nota mental de que después tendría que limpiar las suelas de mis botas. Trepé a su regazo y me senté despacio sobre él.

—Joder. —Su mano se cerró en torno a mi cadera y apretó fuerte. Di un respingo, no de dolor sino por el contacto. No tenía nada que ver con esas largas noches en las que buscaba espantar la soledad. No tenía nada que ver con las veces que ese dios me había tocado—. No'stás nerviosa.

-No.

—Creo que me vas a gustar, chica. —Nor levantó la otra mano y apoyó la cabeza contra el respaldo de la silla. Esos nudillos despellejados rozaron mi mejilla antes de deslizarse por detrás de mi cabeza y agarrar la trenza que había recogido en un moño. Una punzada ardiente se extendió por mi cuero cabelludo cuando tiró de mi cabeza hacia atrás. Cerré los ojos y no forcejeé contra su agarre—. Ahora, chica…

Como me llamase «chica» una vez más...

—Tienes que enseñarme por qué debería dejar que me lo dieras to' —dijo, su aliento caliente contra mi cuello—. En lugar de solo quitártelo y guardarte pa' mí solo hasta que me canse de ti. Después dejaría que ganases algo de dinero con esa cara bonita. Quizá haga justo eso de todos modos, así que más vale que me impresiones.

Abrí los ojos al tiempo que ponía una mano sobre su hombro. Pugnando contra la quemazón del pelo demasiado tirante, bajé la barbilla hasta que sus oscuros ojos acuosos se cruzaron con los míos. Su rostro estaba aún más rojo, de lujuria o quizá de ira. No creía que este hombre pudiese distinguir entre una cosa u otra.

- —Lo impresionaré.
- —¿Confiá o qué? —Se chupó los labios de nuevo—. Eso me gusta, chica. Sonreí.

Me estiré de modo que esa zona *seductora* fuese lo único en lo que pudiera concentrarse. Moví mis caderas hacia delante, levanté la pierna derecha... Y traté de no pensar en el sonido que hizo, en lo que sentí debajo de mí, ni en cómo olía, mientras metía mi mano libre por la caña de mi bota. Todo lo que tenía que hacer era dejarlo inconsciente, cosa que no sería difícil. Estaba dispuesta a reconocer que yo misma había dejado que la cosa llegara hasta este punto. Podía haberlo incapacitado en el momento en que supe dónde estaba el niño, pero no lo había hecho y supuse que eso era muy revelador. También supuse que era algo que debería preocuparme mientras cerraba los dedos alrededor del mango de la delgada daga de hierro y presionaba contra la palma de mi mano sin marca. Sin embargo, este hombre

era un manipulador y un maltratador. Estaba dispuesta a apostar a que era aún peor y que las sospechas de *lady* Sunders acerca de su mujer habían dado en el clavo. Sabía que este hombre que metía ya la mano por la solapa de sus pantalones era como los dioses que habían matado a esos mortales. Saqué la daga de mi bota.

—¿Te vas a poner ya a ello? —preguntó Nor, y sentí una lengua mojada deslizarse por la piel de mi cuello. Algo en lo que jamás en mi vida iba a volver a pensar—. ¿O voy a tener que enseñarte cómo hacerlo?

Ahora que lo pensaba bien, dudaba mucho de que fuese a preocuparme por mis acciones.

Me incliné hacia atrás y él soltó mi pelo.

—Estoy lista para ponerme a ello.

Sus ojos vidriosos seguían clavados en las curvas de mis pechos.

—Entonces ponte en marcha.

Me puse en marcha.

Columpié mi brazo en un gran arco y observé cómo sus ojos se abrían como platos por la sorpresa. El afilado borde de la daga cortó profundo a través de su cuello mientras yo saltaba hacia atrás para evitar el chorro de sangre caliente. Fui rápida, pero aun así noté cómo salpicaba mi pecho.

Maldita sea.

Nor se levantó de un salto, se tambaleó y se agarró el cuello destrozado. El líquido rojo empapó sus manos, resbaló entre sus dedos. Abrió la boca pero no salió nada más que un borboteo. Esos ojos fríos, llenos de pánico, conectaron con los míos mientras trastabillaba dando varios pasos y estiraba hacia mí una mano manchada de sangre. Di un paso a un lado con sumo cuidado. Un instante después, su cuerpo impactó contra el suelo sucio con un golpe sordo y un estertor.

Pendiente del charco de sangre que se esparcía, recogí mis faldas y me acuclillé a su lado. Unos espasmos intensos sacudían su cuerpo. Limpié la hoja de la daga en su camisa y luego la volví a guardar dentro de mi bota.

—Que el Primigenio de la Muerte no se apiade de tu alma lo más mínimo —le deseé. Empecé a levantarme, pero lo pensé mejor y me detuve. Extendí la mano hacia su cadera izquierda, agarré la bolsa de dinero y la solté de un tirón—. Gracias por esto.

Me puse de pie y lo contemplé durante unos segundos, haciendo todo lo posible por ignorar el calor que se arremolinaba en mis manos, la reacción instintiva a la muerte. Contemplé su cuerpo inmóvil e hice caso omiso de la indeseada certeza de que podía deshacer esto.

No lo haría.

No lo haría ni aunque pudiera permitírmelo.

Di media vuelta, pasé por al lado del escritorio y entré en el pasillo. Había solo dos habitaciones. Una puerta estaba entreabierta. Daba a un cuarto lleno, de pared a pared, de catres cubiertos de sábanas sucias. Me volví hacia la otra puerta.

—¿Nate? —dije con dulzura—. ¿Estás ahí?

No hubo respuesta, pero sí oí las suaves pisadas de unos piececitos sobre el suelo.

—He venido a llevarte con tu hermana. —Abotoné mi capa—. Ellie está en los Acantilados con una señora encantadora que la ha estado cuidando.

Pasaron unos instantes de silencio y luego me llegó una vocecilla.

—Ellie no es su nombre completo. Es el diminutivo de su nombre de pila. ¿Cuál es su nombre de pila?

Mierda.

Sacudí la cabeza, aliviada en parte por que el niño no fuese tan confiado. Ellie. ¿De qué podía ser el diminutivo Ellie? ¿Elizabeth? ¿Ethel? ¿Elena?

- —¿Eleanor? —conjeturé. Apreté los ojos con fuerza. Se produjo otro largo momento de silencio.
 - —¿De verdad está bien Ellie?

Abrí un ojo. Quizá los dioses fuesen buenos conmigo.

- —Sí. Lo está. Y quiero llevarte con ella, pero tenemos que irnos.
- —¿Y… qué pasa con papá?

Me mordí el labio y giré la cabeza hacia la habitación en la que su *papá* estaba ahora mismo desangrándose. Me volví otra vez hacia la puerta.

—Tu papá ha tenido que... echarse una siesta.

¿Una siesta? Me encogí ante lo patético de la explicación.

—Se enfadará cuando se despierte y no pueda encontrarme —susurró Nate desde el otro lado de la puerta—. Me pondrá otro ojo morado. O algo peor.

Sí, bueno, no le iba a poner un ojo morado a nadie nunca más.

—No vendrá a por ti. Te lo prometo. Las Damas de la Merced te mantendrán a salvo de él. Igual que están manteniendo a salvo a tu hermana.

No oí nada desde el otro lado de la puerta y empezaba a haber bastantes probabilidades de que tuviera que abrirla de una patada. No quería traumatizar más al chiquillo, pero... Di un paso atrás.

La puerta se abrió una rendija y apareció una cara esquelética.

—Quiero ver a mi hermana.

Sentí una oleada de alivio y le sonreí. Una sonrisa de verdad, no una que me hubiesen enseñado. Le ofrecí una mano.

—Entonces, vamos a ver a tu hermana.

Se mordisqueó el labio mientras sus ojos saltaban de mi mano a mi cara y vuelta. Tomó algún tipo de decisión y puso su mano en la mía. El contacto de su piel caliente me dejó impactada, pero me forcé a superarlo y cerré mi mano alrededor de la suya.

Lo conduje por el pasillo y cruzamos recto a través de la sala de estar, sin dejar que mirara hacia el escritorio. Abrí la puerta y lo hice salir a las escaleras de entrada.

Molly seguía ahí, jugueteando con las cintas de su corsé. Se giró hacia nosotros, arqueó las cejas y miró del niño a mí y de mí al niño. Levantó sus ojos atormentados hacia los míos. Le puse la bolsa de dinero en la mano.

—Yo no me quedaría ante esta puerta demasiado tiempo —le susurré, mientras Nate tiraba de mi mano—. ¿Entiendes?

Los ojos de Molly saltaron hacia la puerta cerrada detrás de mí.

- —Lo... lo entiendo. —Sus delgados dedos se cerraron en torno a la bolsita.
- —Bien. —Salí de debajo del tejadillo al sol demasiado brillante y no miré atrás.

Ni una sola vez, mientras me llevaba al niño de ahí.

- —Veo que estaba en lo cierto —comentó Ezra en el mismo momento en que me senté frente a ella en el carruaje después de depositar al niño al lado de Marisol.
 - —¿Sobre qué?

Ezra señaló mi pecho con un dedo. Bajé la mirada y vi puntitos oscuros desperdigados entre las pecas. Suspiré.

—¿Has matado al hombre?

Alisé la falda del vestido y crucé los tobillos.

- —Creo que resbaló y cayó sobre mi daga.
- —¿Fue su cuello el que cayó sobre tu daga?
- —Qué raro, ¿verdad?
- —Muy raro, sí. —Ezra ladeó la cabeza y me miró con una expresión neutra—. Es algo que ocurre con bastante frecuencia a tu alrededor.
- —Por desgracia. —Arqueé una ceja en dirección a mi hermanastra—. Los hombres con puños descuidados deberían prestar más atención a dónde pisan.

Una leve sonrisa apareció en el rostro de Ezra.

—¿Sabes? Me das un poquito de miedo.

Me giré hacia la ventana del carruaje mientras rodábamos calle abajo. —Lo sé.

Capítulo 9



La luz fracturada del sol se filtraba entre las gruesas ramas de los olmos mientras cruzaba el bosque hacia el lago. Lo que le había hecho a Nor amenazaba con atormentar cada uno de mis pasos. No sentía nada con solo un poquitín de... *algo*.

Algo que no me gustaba.

Algo en lo que no quería pensar.

Recordé la sonrisa de alivio de Nate, lo llena de dientes y contagiosa que había sido cuando vio a su hermana esperándolo en el orfanato de los Acantilados de la Tristeza. Intenté usar eso para sustituir la imagen de los ojos de su padre, muy abiertos por la sorpresa. Pensé en la eufórica carrera del niño hacia su hermana. Los observé por la ventana del carruaje en lugar de darle vueltas a la absoluta falta de remordimientos que sentía tras haber acabado con la vida de un hombre.

O al menos lo intenté. Mi estómago me dio otro agudo retortijón cuando pasé por al lado de las flores silvestres de olor almizcleño que crecían en gruesos arbustos al pie de los olmos. ¿Qué es lo que está tan mal en ti? Mi voz resonaba entre mis pensamientos, una y otra vez. Tenía que haber algo mal, ¿verdad? Se me humedecieron las palmas de las manos y pasé con cuidado por encima de las ramas caídas y las afiladas rocas escondidas bajo el follaje... escondidas como el rastro de muerte que estaba dejando tras de mí.

Algo precioso y poderoso...

No me sentía como ninguna de esas dos cosas.

Dos mortales habían venido a por mí desde la noche en que fallé, tras enterarse de mi identidad y pensar que podrían utilizarme para obtener lo que

fuese que quisieran. Había tres más, incluido Nor, que habían encontrado la muerte al final de mi daga. Ninguno de ellos era una buena persona. Todos eran tan indignos como yo. Maltratadores. Asesinos. Violadores. La muerte los hubiese encontrado más pronto que tarde. Cinco habían muerto por mi mano por orden de mi madre, y eso no incluía a los lores de las islas Vodina. Catorce. Había terminado con catorce vidas.

¿Qué es lo que está tan mal en ti?

Me dio otro retortijón y solté un resoplido entrecortado. El sol apenas lograba penetrar en esta zona tan profunda del bosque y hacía un pelín más de fresco, pero tenía la piel pegajosa como los suelos de madera de esa habitación. Pringosa de sudor y sangre, estaba medio tentada de quitarme la capa y el vestido ahí mismo. Podía hacerlo. Sabía que nadie más entraría en este bosque. Todo el mundo tenía miedo de los Olmos Oscuros. Incluso sir Holland. Pero me dejé la ropa puesta porque andar solo con una combinación o desnuda por el bosque me resultaba extraño, incluso a mí.

Un repentino roce entre los arbustos me hizo parar en seco. El sonido... procedía de detrás de mí. Di media vuelta y guiñé los ojos hacia los árboles. No había solo espíritus en los Olmos Oscuros. Había osos y grandes gatos de cueva que también lo consideraban su hogar. Igual que los *barrats*, que crecían hasta alcanzar tamaños impresionantes, jabalíes salvajes y...

Una mata de pelo marrón y rojo brotó de entre el follaje delante de mí. Me sobresalté, di un par de tumbos y luego me pegué al tronco del olmo más cercano. Se me hizo un nudo en el estómago cuando vi el fogonazo de pelo marrón rojizo que surgía de entre los árboles. Por un momento, no pude creer lo que estaba viendo.

Era un lobo kiyou.

Era la raza de lobos más grande de todos los reinos. Había oído sus llamadas a menudo en el bosque, y a veces incluso desde dentro del castillo. Pero solo había visto a uno de cerca cuando era la mitad de pequeña que ahora. El lobo blanco.

Todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo se tensaron. No me atrevía a hacer ni un ruido ni a respirar demasiado profundo. Los lobos *kiyou* eran famosos por su ferocidad, tan salvajes como preciosos, y no precisamente amistosos. Si alguien se acercaba demasiado a ellos, solían pagarlo caro, así que recé por que no me viera. Por que no tuviese hambre. Porque ni siquiera había echado mano de mi daga. No había forma de que pudiera matar a un lobo. ¿Una rata del tamaño de un jabalí? Sí. A una de esas podía apuñalarla con los ojos cerrados.

El lobo pasó corriendo por encima de una roca cubierta de musgo, sus enormes patas levantaron una nube de tierra suelta y piedrecitas. Dio varios saltos asombrosos por delante de donde yo me encontraba, al parecer ajeno a mi presencia. Seguí sin moverme cuando hizo ademán de saltar de nuevo. Se me cortó la respiración al ver que se tambaleaba. Las patas del lobo simplemente se doblaron debajo de él y cayó sobre el costado con un golpe sordo.

Entonces capté lo que había hecho que la criatura se desplomara.

Se me cayó el alma a los pies al verla. Una flecha sobresalía de donde su pecho subía y bajaba en respiraciones entrecortadas y demasiado superficiales. Su pelo no era marrón rojizo. Aquello era sangre. Mucha sangre.

El lobo trató de ponerse en pie otra vez, pero no lograba meter las patas debajo del cuerpo. Miré en la dirección de donde provenía. Wayfair. El lobo debía de haberse acercado demasiado al límite del bosque y uno de los arqueros apostados en la muralla interna debía de haberlo visto. La ira retorció el nudo de aflicción que pesaba como una losa en mi pecho. ¿Para qué querrían disparar a una criatura semejante cuando ellos estaban perfectamente a salvo muy por encima de ella? Y aunque el lobo hubiese estado siguiendo a alguien, todavía no veía la necesidad de hacer algo así. Podían haber hecho algún ruido o haber disparado al suelo cerca del lobo. No tenían por qué haber hecho esto.

Mis ojos volvieron hacia el lobo. *Por favor, ponte bien. Por favor, ponte bien.* Repetí las palabras una y otra vez, a pesar de que sabía que el pobre animal no estaba bien en absoluto. Aun así, esa esperanza infantil era poderosa.

El lobo dejó de intentar levantarse, su respiración cada vez era más trabajosa e irregular. Me separé del árbol e hice una mueca cuando una ramita se rompió con un chasquido bajo mi peso, pero el lobo no movió ni se inmutó. Apenas respiraba.

Estaba sufriendo un verdadero lapso en mi cordura mientras me acercaba con cautela. El animal estaba herido, pero incluso una criatura moribunda podía atacar y hacer daño. Lo que estaba claro era que estaba muriendo. El blanco de los ojos del lobo era demasiado intenso. Sus ojos marrones no siguieron mis movimientos. El pecho no se movía. El lobo *kiyou* estaba quieto.

Demasiado quieto.

Igual que el pecho de ese hombre terrible cuando arranqué la bolsa de monedas de su cintura. Igual que el pecho de Odetta cada vez que iba a verla.

Me incliné hacia delante, los ojos fijos en el animal. Un hilillo de sangre resbalaba por su boca abierta mientras las lágrimas anegaban mis ojos. Yo no lloraba. No lo había hecho desde la noche en que le fallé al reino. Pero tenía debilidad por los animales. Bueno, excepto por los *barrats*. Los animales no juzgaban. No les importaba si eras digno o no. No *elegían* utilizar o hacer daño a otro. Se limitaban a *vivir* y esperaban que, o bien los dejaran en paz, o bien los amaran. Eso era todo.

Estaba arrodillada al lado del lobo antes de darme cuenta siquiera de que me había movido. Estiré las manos hacia el animal, pero me detuve antes de que mi piel tocara su pelo. Aspiré una temblorosa bocanada de aire. Las palabras pronunciadas hacía muchos años por mi madre volvieron a mi cabeza. *No vuelvas a hacer eso jamás. ¿Me entiendes? No hagas eso nunca más.* Miré a mi alrededor y no vi nada en el oscuro bosque. Sabía que estaba sola. Siempre estaba sola en ese bosque.

Mi corazón martilleaba en mi pecho cuando espanté la voz de mi madre de mi cabeza y agarré el astil de la flecha. No lo sabría nadie. Mis manos se calentaron de nuevo, como lo habían hecho cuando el corazón de Nor palpitó por última vez, solo que ahora no ignoré el calor ni deseé que se marchara. Le di la bienvenida. Lo invoqué.

«Lo siento», susurré, al tiempo que arrancaba la flecha de su cuerpo. El sonido que hizo me revolvió el estómago, lo mismo que el olor a hierro que impregnó el aire.

El lobo no mostró reacción alguna y la sangre siguió manando despacio, una señal clara de que el corazón había dejado de latir. No dudé ni un segundo más.

Hice lo que había hecho en el granero cuando tenía seis años y me di cuenta de que Butters, nuestro viejo gato de cuadra, había muerto. Era lo mismo que había hecho solo unas pocas veces desde que descubrí lo que era capaz de hacer.

Hundí la mano en el pelo empapado de sangre. El centro de mi pecho vibró y el mareante zumbido inundó mis venas para extenderse por mi piel. El calor fluyó por mis brazos, me recordaba a la sensación de estar demasiado cerca de una llama; luego se deslizó por encima de mis dedos y entre ellos.

Y simplemente *deseé* que el lobo viviera.

Eso era lo que había hecho con Butters mientras estrechaba al gato entre mis brazos. Era lo que había hecho esas otras pocas veces. Fuese cual fuere la herida o la lesión que había puesto fin a esa vida, se limitaba a desaparecer. Parecía increíble, pero ese era mi *don*. Me permitía percibir que una muerte acababa de ocurrir, como había sucedido con Andreia.

También traía a los muertos de vuelta a la vida, pero no como lo que le habían hecho a la modista.

Gracias a los Primigenios y a los dioses por ello.

Mi corazón latió una vez, dos y luego tres veces. El pecho del lobo *kiyou* se hinchó de repente bajo mi mano. Me eché hacia atrás y caí sentada.

El calor palpitó y luego fue desapareciendo de mis manos. El lobo *kiyou* se puso en pie; sus ojos dieron vueltas, desorbitados, hasta que se posaron en mí. Me quedé inmóvil una vez más, ambas manos en alto mientras el lobo me miraba, con las orejas gachas. Dio un tembloroso paso hacia mí.

Por favor, no me arranques la mano de un bocado. Por favor, no me arranques la mano de un bocado. De verdad que necesitaba mi mano para muchas cosas... como vestirme, comer, manejar armas...

El lobo puso las orejas tiesas y olisqueó la mano que no estaba manchada con su sangre. Me invadió el miedo. Oh, por todos los dioses, me iba a arrancar la mano de un mordisco y no podría culpar a nadie más que a...

El lobo lamió la palma de mi mano, luego dio media vuelta y se alejó corriendo sobre patas estables antes de desaparecer entre las sombras más oscuras de los olmos. No me moví durante un minuto entero.

«De nada», susurré, y prácticamente me hundí en un charco de alivio en el suelo.

Con el corazón aún acelerado, me miré las manos. La sangre que manchaba la palma lucía oscura contra mi piel. Limpié la que pude contra la hierba fresca a mi lado.

Nunca había usado mi don con un animal al que no había visto morir y nunca lo había usado con un mortal, aunque había estado cerca de hacerlo con Odetta. Si no hubiese estado viva...

Habría roto mi regla.

Creía que todos los seres vivos tenían alma. Los animales eran una cosa y los mortales otra completamente diferente. Traer de vuelta a un mortal parecía algo impensable. Era... me daba la sensación de que era una línea que no podía descruzarse una vez cruzada, y había demasiado poder en eso... en la elección de intervenir o no. Era el tipo de poder y de elección que no quería tener.

Nadie sabía cómo había adquirido este don ni por qué había quedado marcada para morir incluso antes de nacer. No tenía ningún sentido que

tuviese un don que me vincularía con el Primigenio de la Vida. Con Kolis. ¿Se había enterado él de algún modo del trato de mi antepasado y me había otorgado este don? ¿Era eso lo que pretendía decir Odetta cuando afirmó que los *Arae* habían dicho que estaba tocada tanto por la vida como por la muerte? Después de todo, él era el Rey de los Dioses. Suponía que debía de haber muy pocas cosas que *no* supiera.

Levanté las palmas de mis manos una vez más. Cuando entré en el granero aquel día con Ezra, no sabía que Tavius nos había seguido. Cuando vio lo que había hecho, había ido corriendo a contárselo a la reina, que había tenido miedo de que semejante don enfadara al Primigenio de la Muerte.

Tal vez tuviese razón.

Quizás esa fuese la razón de que el Primigenio de la Muerte hubiese decidido que ya no necesitaba una consorte. Después de todo, yo tenía la habilidad de robarle almas.

Parecía haber muchas razones...

Pensé en cuando sir Holland se había sentado conmigo después del incidente con Butters y me había explicado que no había hecho nada mal al traer a Butters de vuelta a la vida. Que no era algo a lo que temer. Me había ayudado, a los seis años, a entender por qué tenía que tener cuidado.

Lo que puedes hacer es un regalo, uno maravilloso que es parte de quien eres, me dijo, arrodillado ante mí para que estuviéramos a la misma altura. Pero podría volverse peligroso para ti si otras personas descubrieran que podrías traer de vuelta a sus seres queridos. Que tú decidieras quién debería volver a la vida y quién no podría enfadar a los dioses y a los Primigenios. Es un regalo otorgado por el Rey de los Dioses, que debes guardar cerca de tu corazón para emplearlo solo cuando estés preparada para convertirte en quien estás destinada a ser. Hasta entonces, no eres una Primigenia. Juega a serlo y tal vez los Primigenios creerán que lo eres.

Sir Holland había sido el único que nunca se había referido a ello como un regalo.

Y lo que había dicho tenía sentido. Bueno, la parte de que era un peligro potencial. La gente haría todo tipo de cosas por traer de vuelta a sus seres queridos. Era imposible saber cuántos acudían a los Templos del Sol para pedir justo eso. Pero era algo que jamás era concedido.

En cambio, la parte de utilizar el don solo cuando estuviera preparada para ser quien estaba destinada a ser no tenía demasiado sentido. Supuse que se refería a una vez que hubiese cumplido con mi deber. No tenía ni idea.

Cerré los ojos y dejé que mis manos cayeran en mi regazo mientras un calor embriagador llenaba mi pecho. Lo había sentido otras veces cuando usaba mi don. No lo había hecho a menudo. Solo en alguna ocasión, con un perro vagabundo atropellado por un carruaje o un conejo herido. Nada tan grande como un lobo *kiyou*.

El calor que invadió mi sangre fue más fuerte esta vez y supuse que tendría que ver con el tamaño del lobo. La sensación me recordaba a un trago de whisky que parecía aflorar en el pecho y luego se extendía hacia la barriga. La tensión de mis hombros y mi cuello se alivió.

Era una sensación extraña, saber que había quitado una vida y luego había devuelto otra en solo unas horas.

Mis pensamientos divagaron hasta ese bebé chiquitín. Si hubiese tenido la ocasión, ¿habría intentado utilizar mi don entonces? ¿Habría roto mi regla?

Sí.

Lo habría hecho.

No supe cuánto tiempo me quedé ahí sentada mientras se hacía de noche a mi alrededor, pero fue el lejano lamento pesaroso de un espíritu el que me sacó de mi ensimismamiento. Se me puso la carne de gallina y guiñé los ojos hacia las profundas sombras entre los árboles. Agradecida de que ese sonido lastimero no procediese de la dirección de mi lago, me levanté. Siempre y cuando los espíritus me dejaran en paz, no me molestaba su presencia. Empecé a andar, rezando por que el lobo no volviese a acercarse tanto a la muralla. Las probabilidades de que yo fuera a estar en las inmediaciones la siguiente vez no eran altas.

A medida que me adentraba en el bosque, fui soltando las horquillas de mi pelo y deshice mi trenza para dejar que la pesada melena cayera por encima de mis hombros y bajara por mi espalda. Al cabo de un rato, entre la maraña de olmos estrechos que tenía delante, vi la centelleante superficie de mi lago. De noche, el agua cristalina parecía captar las estrellas y reflejar su luz.

Serpenteé con cuidado entre las rocas cubiertas de musgo para cruzar con sigilo bajo el último puñado de árboles. Solté un suspiro suave cuando la hierba dio paso a la arcilla bajo mis pies y vi el lago.

La extensión de agua era grande, alimentada por los manantiales que provenían de alguna parte profunda en los Picos Elysium. A mi izquierda, a solo unos tres o cuatro metros, el agua caía en cascada desde los acantilados como una cortina pesada. Sin embargo, más allá, donde el agua era demasiado profunda para mí, mostraba una quietud fantasmagórica. La oscura belleza del bosque y del lago siempre me había parecido hechizada. Pacífica. Aquí, con

solo el silbido del viento entre los árboles y el constante flujo del agua de las cataratas, me sentía como si estuviera *en casa*.

No podía explicarlo. Sabía que sonaba ridículo sentirse en casa en la orilla de un lago, pero estaba más cómoda aquí de lo que lo había estado nunca dentro de las paredes de Wayfair o en las calles de Carsodonia.

La brillante luz de la luna se extendía por el lago y los voluminosos bloques de piedra caliza que salpicaban la orilla. Amontoné las horquillas en una de las rocas, saqué la daga de mi bota y la puse a su lado. A toda prisa, me quité el vestido salpicado de sangre y dejé que cayera al suelo. Deslicé la combinación por mis hombros y me quité también la ropa interior, además de las botas. Y todo el rato me pregunté si de algún modo podría llegar de vuelta a mis habitaciones solo vestida con la combinación sin que me viera nadie. La idea de tener que volver a ponerme esa ropa pegajosa que apestaba a humo de White Horse me hizo arrugar la nariz. Era improbable que los guardias reales apostados a las entradas del castillo no me vieran, sobre todo después de lo que había pasado esta noche. El rey y la reina seguro se enterarían de mi escandalosa llegada. Mi sonrisa se ensanchó un poco ante la idea del horror que llenaría la cara de mi madre.

Solo eso hacía que casi mereciera la pena arriesgarme a ser descubierta.

Mi pelo demasiado largo rozó la curva de mi cintura y cayó hacia delante sobre mis pechos mientras dejaba la combinación al lado de las horquillas y de la daga. De verdad que tenía que cortarme el pelo. Empezaba a ser una molestia tener que desenredar los numerosos nudos que se formaban con el primer soplo de viento.

Aparté los rizos de mi cara y eché a andar. Conocía la localización exacta de la orilla rocosa que se había convertido en una serie de escalones de tierra. La anticipación era un runrún embriagador en mi sangre.

Encontré el escalón a la luz de la luna. El primer contacto con el agua helada siempre era un *shock* que hacía que un escalofrío recorriera todo mi organismo. Como la completa idiota que a menudo demostraba ser, una vez había saltado dentro del lago en un día especialmente caluroso y casi me había ahogado cuando mis pulmones y mi cuerpo se rebelaron contra mí.

Eso era algo que no volvería a hacer jamás.

Me adentré despacio hasta el suelo plano del centelleante estanque sin dejar de morderme el labio. El agua fue subiendo por mis pantorrillas y se alejaba de mí en pequeñas olas arrastradas luego por la suave corriente. Se me cortó la respiración cuando el agua llegó a mis muslos, y luego otra vez cuando besó una piel mucho más delicada. Continué adelante, espirando con

suavidad a medida que mi cuerpo se adaptaba a la temperatura a cada paso que daba. Para cuando rozó las puntas de mis pechos, la tensión ya había empezado a diluirse en mis músculos.

Respiré hondo y me dejé caer. El agua fría cubrió la piel todavía acalorada de mi cara y levantó toda la longitud de mi pelo cuando me sumergí bajo la superficie. Me quedé ahí, los ojos bien apretados, y me froté las manos y luego la cara antes de emerger otra vez. Pero antes me demoré todavía un poco, dejando que el agua lavara más que el hedor a rancio y el sudor de mi cuerpo. Solo me levanté cuando mis pulmones empezaron a arder. Asomé la cabeza y retiré los mechones de pelo que se habían quedado pegados a mis mejillas. Y con cautela, avancé.

El agua en esa zona me llegaba apenas por encima de la cintura, pero había pozas que salían de la nada y parecían insondables, así que me movía con cuidado. No le tenía miedo al agua, pero no sabía nadar y no tenía ni idea de la profundidad de la parte central del lago ni de la zona cercana a la cascada. Ansiaba explorar por ahí, pero solo lograba llegar a unos tres metros de ella antes de que el agua empezara a subir por sobre mi cabeza.

Con un suspiro, eché la cabeza hacia atrás y dejé que mis ojos se cerraran. Quizá por el sonido del agua al caer o por el aislamiento del lago, pero mi mente siempre estaba felizmente en blanco cuando estaba aquí. No pensaba en todas las cosas que había hecho, ni en mi madre. No pensaba en la Podredumbre ni en cuántas barrigas más dejaría sin comida. No pensaba en cómo había tenido la oportunidad de detenerla y había fracasado. No pensaba en el hombre a cuya vida había puesto fin hoy, ni en los que había habido antes que él, ni en lo que les había sucedido a los Kazin o a Andreia Joanis. No me preguntaba qué pasaría cuando Tavius subiera al trono. No pensaba en el maldito dios de ojos plateados, cuya piel estaba fría pero me hacía sentir el pecho caliente.

En el agua fría, me limitaba a existir, ni aquí ni allí ni en ninguna parte, y era como una... liberación. Libertad. Arrullada y quizás incluso un poco hechizada, la extraña y cosquillosa sensación de conciencia fue una conmoción repentina.

Tenía gotitas de agua pegadas a las pestañas cuando abrí los ojos de golpe. Se me puso la carne de gallina y me hundí más, hasta que el agua me llegó a los hombros. Hice ademán de sacar mi daga, pero mis dedos rozaron piel desnuda.

Maldita sea.

Había dejado la daga de hierro en la roca y eso era algo de lo más desafortunado, porque sabía a la perfección lo que significaba esta sensación. Era del todo reconocible, aunque fuese difícil de explicar. Hizo que se me acelerara el pulso.

No estaba sola.

Alguien me observaba.

Capítulo 10



No entendía el sentido inherente que me alertaba del hecho de que no estaba sola, pero sabía que debía confiar en él.

Me quedé agachada dentro del agua y escudriñé las oscuras orillas a mi alrededor; luego me giré hacia atrás a toda prisa. No vi nada, pero eso no significaba que no hubiera nadie ahí. La luz de la luna no penetraba en las sombras más oscuras que se aferraban a la densa vegetación de la orilla y más allá entre los árboles que llegaban hasta los acantilados.

Aquí no venía nunca nadie, pero la sensación perduraba, presionaba contra mis hombros desnudos. Sabía que no era mi imaginación. Había alguien ahí, observándome, pero ¿desde hacía cuánto tiempo? ¿El último par de minutos? ¿O desde que me había desvestido y me había metido *despacio* en el lago, desnuda como el día que vine al mundo? La ira inundó todo mi ser con tal ferocidad que me sorprendió que el agua no empezara a hervir a mi alrededor.

Alguien, a pesar de su miedo al bosque, debía de haberme seguido. Ese mismo instinto me advertía que eso no era buena señal.

—Sé que estás ahí —dije en voz alta y clara, con todos los músculos en tensión—. Muéstrate.

La única respuesta que recibí fue el ruido de la catarata. No oía a los pájaros nocturnos llamarse ni el sordo y constante zumbido de los insectos. De hecho, no los había oído desde que entré en el bosque. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo al tiempo que se me cerraba la garganta.

—¡Muéstrate ahora! Silencio. Deslicé los ojos por la catarata y luego los clavé en la cortina de agua que caía, blanca ahora a la luz de la luna. Había una sombra más oscura detrás de la catarata, una espesura que no parecía correcta.

Y esa *figura* alta se estaba moviendo hacia delante, pasaba por debajo de la lámina de agua. Mi estómago bajó casi hasta mis pies, como solía hacerlo cuando incitaba a un caballo a galopar demasiado deprisa.

Un momento después, una voz suave y profunda provino del interior de la catarata.

—Puesto que lo has pedido con tanta amabilidad.

Esa voz...

La figura se volvió mucho más nítida a la luz de la luna. Unos hombros anchos rompieron la cortina de agua y entonces lo vi iluminado por los rayos de luna.

Se me cortó la respiración y puede que mi corazón dejara de latir incluso. El dios.

Nada de él parecía real. Se quedó ahí plantado, con el agua tronando contra las rocas detrás de él. Se me puso toda la carne de gallina otra vez mientras lo miraba pasmada.

—Aquí estoy —declaró—. ¿Ahora qué?

Su pregunta me sacó de mi estupor mudo.

—¿Qué estás haciendo tú aquí?

El agua se removió a su alrededor cuando salió del todo de la cascada, retiró el pelo de su cara y lo pegó a su cabeza mientras finos riachuelos lamían las líneas bien definidas de su pecho. Levanté los ojos hacia su cara a toda prisa. Parecía mirarme con mucho interés.

—¿A ti qué te parece?

Su respuesta despreocupada azuzó esa parte imprudente de mí. No importaba que el beso fingido en los túneles se hubiese vuelto muy real, ni que no se hubiera revuelto contra mí cuando lo apuñalé en el pecho (algo que habría enfurecido a la mayoría de las personas), ni que no hubiera acabado muerta. No importaba que se tratara de un dios poderoso que no hacía más que colarse en mis pensamientos desde la última vez que lo vi. Me había estado *observando* cuando estaba en una situación de lo más vulnerable.

—Me parece que no deberías estar aquí.

Ladeó un pelín la cabeza y un bucle de pelo oscuro resbaló por la dura línea de su mandíbula.

—¿Y por qué no tendría derecho a estar aquí?

- —Porque es propiedad privada. —¿Por qué me daba la sensación de que ya habíamos dejado eso claro?
- —¿Ah, sí? —Su tono sonaba divertido ahora—. No sabía que hubiese ninguna tierra prohibida para un dios.
- —Pues yo supongo que habrá muchas zonas prohibidas para cualquiera, incluido un dios.
 - —¿Y si te dijera que no las hay?

Se me cayó el alma a los pies.

—Es una información que me irritaría sobremanera.

Una risa grave retumbó en su interior.

—Tan valiente.

El sentido común me decía que debería estar sintiendo cierta dosis de miedo, pero todo lo que sentía era ira.

- —Nada de eso contesta a la pregunta de qué estás haciendo aquí.
- —Supongo que no. —Levantó un brazo, el del brazalete de plata, para retirar otro mechón de pelo que había resbalado contra su mandíbula—. Estaba por aquí y como hacía muchísimo calor, pensé en darme un bañito para refrescarme.

Mi ira ahogó cualquier resquicio de miedo y de potencial sensatez.

- —¿Y aprovecharías para acechar a jovencitas?
- —¿Acechar a jovencitas? —Había un dejo de incredulidad en su voz—. ¿A qué jovencitas he acechado esta noche?
 - —A la que tienes delante.
 - —¿La que está delante de mí... desnuda?
- —Gracias por el recordatorio innecesario. Pero sí, a la que has seguido hasta el lago.
 - —¿Seguido?
 - —¿Acaso hay eco aquí? —pregunté.
 - —Lo siento, pero...
 - —No parece que lo sientas en absoluto —espeté, cortante.

Otra risita, suave y apenas audible.

- —Deja que lo diga de otro modo. No sé cómo puedo haberte seguido hasta este lago para acecharte cuando yo llegué primero. Créeme...
 - —Eso no va a pasar.

Una nube se deslizó por delante de la luna cuando bajó la barbilla de nuevo. Envolvió su rostro en sombras.

—*Créeme* cuando te digo que no esperaba que estuvieras aquí.

En el fondo de mi mente, donde el raciocinio aún existía, sabía que decía la verdad. No había pasado el tiempo suficiente bajo el agua como para que ni siquiera un dios pudiera desnudarse, meterse en el lago y luego bajo la cascada sin que yo me diera cuenta. Él debía de haber llegado primero. Pero, francamente, me importaba un bledo.

Este era *mi* lago.

- —Iba a lo mío —continuó—. Solo me estaba tomando unos momentos para disfrutar de esta preciosa noche.
- —En un lago en el que no deberías estar —musité, sin importarme que no hubiese ningún sitio de verdad prohibido para un dios.
- —Buceé y acabé detrás de la catarata. Un lugar precioso, por cierto prosiguió, contumaz—. ¿Puedes, por un solo instante, imaginar mi sorpresa cuando unos segundos más tarde una joven mortal y muy exigente apareció de entre la oscuridad y empezó a quitarse la ropa? ¿Qué se supone que tendría que haber hecho?

Se me incendió la cara.

- —¿No mirarme?
- —No te miraba. —Una pausa—. Al menos, no de modo intencionado.
- —¿No de modo intencionado? —repetí, incrédula—. Como si eso lo hiciese menos inapropiado.

Esa media sonrisa suya volvió a aparecer.

- —Ahí tienes cierta razón, pero como es verdad que *no fue* intencionado, apostaría a que es mucho menos inapropiado que si *sí hubiese sido* intencionado.
 - —No. —Negué con la cabeza—. Eso no es así.
- —Sea como fuere —dijo, estresando las palabras con una actitud de tanta suficiencia que mi madre hubiese estado impresionada—, me sorprendí bastante, pues esto no era lo que esperaba para nada.
- —Sorprendido o no, podrías haber anunciado tu presencia. —No podía creer que tuviese que explicarle esto—. No sé cómo son las cosas en Iliseeum, pero aquí, esa hubiese sido la cosa más educada y menos inapropiada de hacer.
- —Cierto, pero ocurrió todo muy deprisa. Desde tu llegada y, por desgracia, tu breve exhibición de muchas *muchas* partes inmencionables, hasta que decidiste disfrutar del lago, pasaron solo unos segundos —comentó —. Pero me alegro de que ahora estemos de acuerdo en que mis acciones no fueron tan inapropiadas. Dormiré mejor esta noche.

- —¿Qué? No estamos de acuerdo en nada. Y... —Espera. ¿*Por desgracia breve exhibición de partes inmencionables*? Entorné los ojos—. Todavía podías haber dicho algo de modo que yo no estuviera aquí sin más...
- —¿Como una diosa hecha de plata y rayos de luna surgiendo de las profundidades del más oscuro de los lagos? —terminó por mí.

Cerré la boca de golpe. ¿Como una... diosa? ¿Hecha de plata y rayos de luna? Eso sonaba increíblemente... Ni siquiera sabía cómo sonaba eso ni por qué mi estómago daba vueltas otra vez. Lo que decía era ridículo porque conocía a diosas de verdad.

- —Y solo para que lo sepas, sí me planteé anunciar mi presencia, sobre todo después de ayer por la noche. Los Hados saben bien que no tengo ganas de que me apuñalen de nuevo. —Pues yo tenía unas ganas inmensas de apuñalarlo de nuevo—. Pero entonces pensé que solo conduciría a un bochorno innecesario para todos los implicados —continuó, sacándome de mi estupor momentáneo—. Pensé que te marcharías pronto, ajena a lo ocurrido, y este encuentro incómodo, aunque muy interesante, no hubiese ocurrido nunca. No pensé que te darías cuenta de que estaba aquí.
- —Me da igual cuáles hayan sido tus intenciones, deberías haber dicho algo. —Empecé a enderezarme, pero entonces recordé que esa no era la más inteligente de las ideas—. No pretendo ofender con lo que voy a decir...
- —Estoy seguro de que no pretendes ofender en absoluto —dijo con voz melosa—. Igual que no pretendías ofender cuando me apuñalaste.

Hice caso omiso del retumbar sensual de su voz y del recordatorio de lo que había hecho.

- —Pero deberías marcharte.
- —Ahí estás otra vez, llena de exigencias. Mientras ignoras, eso sí, lo que te he pedido yo a ti. —Echó la cabeza atrás y un rayo de luna besó una de sus mejillas—. Es muy diferente.

Mi pulso trastabilló un poco.

- —¿El qué? ¿Una mortal que no se acobarda ante ti o te suplica un favor?
- —Algunas suplican bastante más que un favor. —Su voz era como humo, una caricia fantasmal. Y esa voz... avivaba la misma extraña sensación de calidez y familiaridad—. Pero tú no eres de las que se acobardan. Dudo de que seas de las que suplican.
 - —No lo soy —le dije.
 - —Es una pena.
 - —Quizá para ti.
 - —Quizá —reconoció. Luego empezó a avanzar.

—¿Qué haces? —pregunté, al tiempo que me ponía tensa.

Se detuvo, lo bastante cerca como para que pudiera ver una ceja arqueada.

—Si tengo que marcharme, como me has *pedido* con tanta amabilidad, tendré que salir primero.

Me empezaba a doler la mandíbula de estar apretándola tan fuerte.

- —¿No puedes irte por alguna de las otras orillas?
- —Me temo que el lago es demasiado profundo por esas zonas como para hacerlo. Y también está el pequeño tema de un acantilado en uno de los lados.

Lo miré ceñuda.

- —Eres un dios. ¿No puedes hacer algo... divino? —farfullé—. ¿Como abducirte del lago o algo?
- —¿Abducirme de un lago? —repitió despacio. Volvió a aparecer esa media sonrisa—. Así no es como funciona. —La luna se liberó de las nubes y lo bañó una vez más en su luz nacarada—. Entonces, ¿me quedo o me voy?

Lo fulminé con la mirada.

- —Vete.
- —Como desees, *milady*. —Hizo una ligera inclinación de cabeza y empezó a avanzar.

Lo observé con atención. El agua llegaba ya por debajo de su pecho, dejando al descubierto los cincelados músculos de su estómago. Sabía que debía mirar hacia otra parte. Seguir mirando *ahí* significaba que estaba siendo tan inapropiada como él, pero su cuerpo era... muy interesante, y sentía curiosidad porque, bueno...

No tenía una razón buena y apropiada para mirar.

Ya sabía lo fuerte que era, así que el hecho de que su cuerpo exhibiera esa fuerza no era ninguna sorpresa. A pesar de lo fría que estaba el agua, el calor de mi piel se extendió sin vacilar... las marcadas líneas de la parte interior de sus caderas se hicieron visibles, unos oscuros trazos negros que seguían los pliegues de su cuerpo y bajaban más allá, hacia su...

—¡Oh, santo cielo! —chillé—. ¡Para!

Se detuvo a un pelo de que el agua revelara *demasiado*.

- —¿Sí? —preguntó.
- —Estás desnudo —le informé. Pasó un instante de silencio.
- —¿Te acabas de dar cuenta?
- -¡No!
- —Entonces, tendrás que ser consciente de que seguiré desnudo hasta que recupere la ropa que, al parecer, no viste en *tus propias* prisas por desnudarte.
 —El aire que inspiré me abrasó los pulmones—. Si te hace sentir incómoda,

sugiero que cierres los ojos o los mantengas lejos de *mis* inmencionables. — Hizo una pausa—. A menos que quieras que me quede.

- —No quiero que te quedes.
- —¿Por qué me da la impresión de que eso es mentira?
- —No lo es.
- —Esa es otra mentira.

Me estremecí ante el dejo casi lujurioso de su tono y conseguí mantener los ojos sobre su cara cuando continuó avanzando. Más o menos. Mi mirada volvió a bajar, pero a esas extrañas líneas negras. Estaba lo bastante cerca como para ver que se extendían por el lado de su cuerpo. Sin embargo, no eran líneas continuas, sino que otras marcas o formas más pequeñas seguían la forma de una línea. ¿Se extenderían también por su espalda? Ahora me picaba muchísimo la curiosidad. ¿Qué eran esas formas?

No preguntes. Mantén la boca cerrada. No preguntes. No...

- —¿Eso es tinta? —solté de pronto. Me odié por preguntar, y por seguir hablando—. ¿Del tipo que introducen en la piel con agujas?
- —Es... algo así —repuso, tras detenerse. Me pregunté si los dioses y los Primigenios tendrían un proceso diferente cuando de un tatuaje se trataba.
 - —¿Dolió?
- —Solo hasta que dejó de hacerlo —contestó. Levanté la vista para encontrarlo con una leve sonrisa en los labios, solo la más tenue de las sonrisas. Pero, como antes, tenía un efecto sorprendente, pues caldeaba la frialdad de sus rasgos—. ¿Estás familiarizada con los tatuajes?

Asentí.

—Los he visto en algunos de los marineros. En especial sobre sus espaldas y brazos.

Otro bucle de pelo resbaló hacia delante, sobre su mejilla esta vez.

—¿Has visto la espalda desnuda de muchos marineros?

No de demasiados, pero eso no era asunto suyo.

- —¿Y qué si lo he hecho?
- —Es verdad, ¿y qué? —Otra vez esa sonrisita—. Solo hace que todo esto sea mucho más… interesante.

Me puse tensa hasta el punto de que casi resultaba doloroso.

- —No veo cómo.
- —Podría explicártelo —se ofreció.
- —No será necesario.
- —¿Estás segura?
- —Sí.

- —Tengo tiempo.
- —Yo no. Simplemente, vete —repetí. Mi frustración con él, con el día y con el hecho de que este dios estuviera aquí, en mi lago, por lo que este sitio no volvería a ser el mismo *jamás* salió a la superficie—. Pero no te acerques más a mí. Si lo haces, no te gustarán las consecuencias.

En ese momento el dios se quedó muy quieto, tanto que no estaba segura de que aún respirara. Y el agua... hubiese jurado que el agua en torno a él cesó su ondular perezoso. Mi corazón tartamudeó.

- —¿Ah, no? —preguntó con voz suave. Se me pusieron de punta todos los pelillos del cuerpo.
 - -No.
- —¿Qué me harías, *milady*? —La luz de la luna besó la curva de su mejilla cuando ladeó la cabeza de nuevo—. No tienes ninguna daga de piedra umbra con la que amenazarme.
 - —No necesito una daga —dije, mi voz tensa—. Y no soy ninguna *lady*. Enderezó la cabeza.
- —No, supongo que no, si tenemos en cuenta que estás desnuda en un lago con un hombre desconocido cuyo labio mordiste en vuestro primer encuentro y que has visto la espalda desnuda de muchos marineros. Solo estaba siendo educado.

Mi labio se enroscó ante el supuesto insulto. Sabía que debía dejarlo pasar, mantener la boca cerrada, pero no lo hice. No lo había hecho en los últimos tres años y mi incapacidad para hacerlo había crecido hasta convertirse en una auténtica enfermedad. Una del tipo que provocaba aún más imprudencias peligrosas.

—Lo que soy es una *princesa* que está desnuda con un hombre desconocido y ha visto la espalda desnuda de unos cuantos hombres —lo informé, mencionando lo que tan prohibido tenía—. Y tú, a cada segundo que pasa, te estás acercando a pasos agigantados a no tener nunca más la capacidad para ver las partes inmencionables de nadie.

Me miró durante un largo momento; su expresión era indescifrable. Mi corazón empezó a latir a un ritmo trepidante, inquieto...

El dios se rio. Echó la cabeza atrás y *se rio* de verdad, una risa larga y grave. Y fue... bueno, fue un sonido agradable. Profundo y ahumado.

También muy irritante.

- —No estoy segura de qué es lo que encuentras tan gracioso —escupí.
- —Tú —contestó, entre carcajada y carcajada.
- -;oY5

—Sí. —Agachó la cabeza; supe que su mirada era penetrante, aunque no podía ver sus ojos—. Tú me diviertes muchísimo.

Si en mi interior había una especie de interruptor que controlaba mi ira y mis impulsos, él lo había encontrado con una precisión infalible una y otra vez.

Y lo presionaba cada vez que nuestros caminos se cruzaban.

Yo era muchas cosas, pero *no* era la fuente de diversión de nadie. Ni siquiera de un dios.

La furia palpitaba a través de mi cuerpo y me erguí en toda mi altura.

—Dudo de que vayas a encontrarme tan divertida cuando estés boqueando en busca de tu último aliento.

Se quedó muy quieto otra vez y... por todos los dioses, el agua que resbalaba por su pecho *se congeló*. Las gotitas dejaron de rodar.

—Ya estoy boqueando —susurró, su voz más áspera, más ronca.

La confusión se entrelazó con mi aluvión de ira. ¿Tendría algún tipo de afección respiratoria? ¿Podían los dioses tener problemas de salud? Si era así, dudaba mucho de que estas aguas gélidas fuesen a hacerles ningún bien a sus pulmones. Tampoco era que me importara lo más mínimo el estado de sus pulmones. De hecho, ni siquiera sabía por qué estaba pensando en su estado.

Una brisa cálida levantó varios mechones de mi pelo mojado y se deslizó por encima de la piel fría de mis hombros desnudos y mi...

Oh.

El agua ahí solo llegaba hasta la cintura.

—Por si te lo has estado preguntando... —su voz fue como un beso sobre mi piel—, este soy yo mirando de manera *intencionada*.

Empecé a bajar, en busca de la protección del agua, pero me detuve. No pensaba encogerme ni acobardarme ante nadie y ante nada.

- —Pervertido.
- —Culpable.
- —Sigue mirando —gruñí—, y te sacaré esos ojos con los dedos si hace falta.

Soltó otra risotada ronca, teñida de sorpresa.

—¿Aún no sientes miedo, excelencia?

Me irritó el modo en que empleó el título real, como si fuese algo tonto e irrelevante. Y aún más frustrante era el hecho de que tal vez fuera la primera persona que se había dirigido jamás a mí de ese modo.

—No, todavía no te tengo miedo —repuse. Eché un breve vistazo hacia abajo y sentí un mínimo alivio al ver varios mechones de pelo pálido pegados

a mi pecho. No escondían gran cosa, pero eran mejores que nada.

—Bueno, pues yo sí que te tengo un poco de miedo —confesó él, y descubrí que ahora estaba más cerca sin haber dado la impresión de haberse movido siquiera. Debía de haber veinte centímetros entre nosotros. Un calor gélido irradiaba de él para presionar contra mi piel. Su cercanía aguzó la sensibilidad de cada centímetro de mi ser—. Quieres sacarme los ojos.

Oírle decir lo que había amenazado con hacerle sonaba ridículo.

- —Tú y yo sabemos que sería imposible que te sacara los ojos.
- —Y aun así, basado en mis limitadas interacciones contigo, sé que lo intentarías aunque supieras que ibas a fracasar.

Eso no podía discutírselo exactamente.

- —Bueno, si tan preocupado estás por la posibilidad de que intente hacerlo, deberías tener cuidado con dónde pones los ojos.
- —Estoy teniendo muchísimo cuidado, por difícil que resulte, dada la... gran tentación de ser menos cuidadoso.
 - —Estoy segura de que eso se lo dices a todas las mujeres a las que acosas.
- —Solo a las que estaría tentado de dejar que me sacaran los ojos con sus propias manos.
- —Eso... no tiene ningún sentido. —Aspiré una bocanada de aire demasiado breve y di un paso atrás en el agua al tiempo que cruzaba un brazo sobre mi pecho.

Él me observó, pero su mirada no tenía nada que ver con la de Nor. La suya mostraba curiosidad.

- —Es algo asombroso de ver.
- —¿El qué?
- —Estos momentos en que de repente recuerdas lo que soy. ¿Es este otro intento de utilizar el sentido común?

Levanté un poco la barbilla.

- —Por desgracia.
- —¿Y no va demasiado bien otra vez?
- —No precisamente.

Se rio entre dientes y el sonido... bueno, fue tan agradable como su risa franca. Deseé que no lo fuera porque me daba ganas de oírla otra vez, y esa parecía una necesidad muy tonta.

—¿Por qué crees que debes permanecer callada ahora?

Lancé una ojeada hacia la orilla.

—Porque es muy probable que dijera algo que te haría olvidar ese único hueso decente de tu cuerpo.

Se succionó el labio de abajo entre los dientes y, por alguna razón absurda, toda mi atención se centró en eso.

- —No creo que ese sea el tipo de humor en el que debas temer ponerme.
- —¿Qué tipo de…? —Me interrumpí cuando entendí a qué se refería. Noté que una intensa espiral se apretaba en mi bajo vientre. No me gustó en absoluto. Por multitud de razones.
 - —Lo sé. Eso ha sido… inapropiado por mi parte.
- —Muy —musité, pensando que mi respuesta era igual de inapropiada, teniéndolo todo en cuenta.
 - —Eres inesperadamente franca.
- —No sé cómo puedes esperar nada en particular cuando en realidad no nos conocemos.
 - —Yo creo que te conozco lo suficiente —repuso.
 - —Pues yo ni siquiera sé tu nombre —señalé.
 - —Algunas personas me llaman Ash.
- —¿Ash? —repetí, y él asintió. Algo del nombre me sonaba familiar—. ¿Es un diminutivo de algo?
- —Es diminutivo de muchas cosas. —Su cabeza voló de pronto hacia la orilla. Pasó un momento—. Por cierto, creía que ya habrías aprendido de nuestra última interacción que no acostumbro a castigar a los mortales que dicen lo que piensan. —Lanzó una miradita en mi dirección—. La mayor parte del tiempo.

Amenazar con sacarle los ojos y llegar incluso a apuñalarlo en el pecho no eran ejemplos de decir lo que pienso, pero fui lo bastante lista como para no compartir esa idea con él.

—Y no te he acosado. Puedo ser muchas cosas… —Echó a andar sin previo aviso—. Pero no soy *eso*.

Abrí la boca, pero todas las palabras me abandonaron cuando se acercó al extremo menos profundo del lago. Lo miré. Que los dioses tuvieran piedad de mí, no pude apartar los ojos de él mientras subía los escalones de tierra hacia la orilla. No fue su trasero lo que llamó mi atención. Aunque eso también lo vi. No debería, y debería haberme dado la vuelta en ese mismo instante, porque eso me convertía en una hipócrita de primera. Ser inapropiado funcionaba en ambos sentidos. Pero no lo hice. Lo que sí vi de su culo fue... bueno, estaba tan bien formado como todo lo demás que no debí haber visto.

Sin embargo, fue la tinta que cubría su espalda entera, desde las curvas de la parte de arriba de su trasero todo el camino hasta el borde del pelo, lo que no me permitía apartar la vista. En el centro de su espalda había un remolino circular que giraba y giraba, cada vez más grande, y del que salían como hebras para formar las gruesas volutas que había visto rodear su cintura y fluían por el interior de sus caderas. Apenas había luz suficiente para distinguir lo que formaba ese diseño en espiral, pero jamás había visto a un marinero con un tatuaje semejante. Una vez más, afloró mi curiosidad.

- —¿Qué tipo de tatuaje es ese?
- —Uno que te graban con tinta en la piel. —Empezó a girarse hacia mí y yo me apresuré a apartar la mirada—. Deberías vestirte. No miraré. Te lo prometo.

Eché un vistazo en su dirección para descubrir que ahora le daba la espalda al lago y sujetaba un par de pantalones negros que de verdad no había visto cuando llegué. Mis ojos volaron hacia mi montón de ropa. No podía quedarme ahí para siempre haciéndole preguntas.

Empecé a abrirme paso por el agua, con los ojos fijos en sus hombros mientras él se agachaba. Al llegar a la orilla, agarré mi combinación y la pasé a toda prisa por encima de mi cabeza. Solo me cubría los muslos, pero era la opción más rápida, y lo último que quería hacer era forzar a que mis pechos entraran dentro del corpiño de ese maldito vestido delante de él.

Recogí mi daga envainada...

—Espero de todo corazón que no estés planeando hacer ninguna tontería con esa arma. —Me giré hacia él y mi irritación solo aumentó cuando vi que todavía me estaba dando la espalda. Era obvio que no estaba preocupado en absoluto por lo que pudiera hacer con la daga—. Yo no soy el que ha estado soltando amenazas por la boca, así que espero que no pienses usarla en mi contra. —Entonces se giró hacia mí, una sonrisilla plantada en esos labios bien formados. Se quedó ahí mirándome, con la solapa de sus pantalones abierta y todavía sin camisa. Estaba segura de que había tenido tiempo de sobra para terminar de vestirse. Sus dedos cerraron con destreza la solapa de los pantalones—. Deberías desenvainar esa daga.

Arqueé las cejas ante tan inesperada petición.

- —¿Quieres que utilice también esta contra ti?
- —¿Siempre eres tan violenta? —preguntó, tras soltar otra carcajada.
- -No.
- —No estoy seguro de creerme eso, pero no, no quiero que la uses contra mí —contestó—. No estamos solos.

Unas ramas frondosas se sacudieron en lo alto, removidas por una repentina ráfaga de aire. Apreté la mano en torno a la daga mientras miraba arriba. Las ramas se habían aquietado, pero había un sonido, una especie de gemido grave que provenía de las profundidades del bosque.

Ash se agachó una vez más y recogió una vaina del suelo. Agarró la empuñadura de plata y desenvainó la espada corta que le había visto utilizar antes. Verla me recordó lo que había pensado cuando la usó por primera vez.

—¿Por qué llevas espada?

Miró hacia donde estaba yo.

- —¿Por qué no habría de hacerlo?
- —Eres un dios. ¿De verdad necesitas una espada?

Ash me miró con suspicacia.

—Hay todo tipo de cosas que puedo hacer e intentar —explicó. Algo en su tono y en la intensidad de su mirada hizo que se me caldeara aún más la piel—. Cosas que estoy seguro de que encontrarías tan interesantes como yo tu valentía.

Aspiré una bocanada de aire entrecortada cuando sus palabras me hicieron pensar en esos malditos libros del Ateneo. Los *ilustrados*.

—Pero solo porque pueda hacer algo, no significa que deba hacerlo — terminó, lo cual me sacó de mis pensamientos descarriados.

Mis ojos se deslizaron hacia las sombras de los árboles y luego de vuelta a él. ¿Un dios con limitaciones? Interesante.

- —Estamos a punto de tener compañía —me informó. Parpadeé, confundida—. No creo que vayan a ser en absoluto tan entretenidos como estoy seguro de que te pareceré yo.
- —No te encuentro entretenido —musité. Fue una mentira tan absurda que el dios ni siquiera se molestó en discutírmelo. ¿A quién no le entretendría un dios o un Primigenio, incluso uno tan irritante como él?—. Estos bosques están encantados. Lo que hemos oído podrían no ser más que espíritus.
 - —¿Estás segura de eso?
- —Sí. Les gusta gemir y hacer todo tipo de ruidos desagradables. —Lo miré ceñuda—. ¿Eso no deberías saberlo tú, visto que eres de las Tierras Umbrías?

Ash miró hacia el bosque.

- —No son espíritus.
- —En estos bosques no entra nadie —razoné—. Tiene que ser un espíritu.
- —Yo he entrado en el bosque —señaló.
- —Pero tú eres un dios.
- —¿Y qué te hace pensar que lo que viene hacia aquí es del reino mortal? —Me quedé paralizada, un repentino vacío en el estómago—. Tengo una

pregunta para ti. ¿Tus espíritus son de carne y hueso? Los que vagan por estos bosques, quiero decir.

Mis ojos volaron hacia arriba, pero todo lo que vi fue oscuridad entre los olmos.

—No. —Me giré hacia él—. Por supuesto que no.

Ash levantó la espada y señaló con la hoja hacia los árboles.

- —Entonces, ¿cómo llamarías a esas cosas?
- —¿Qué cosas? —Me incliné hacia delante, con los ojos guiñados. Solo había sombras, pero entonces vi algo diferente que salía de la oscuridad entre los olmos, una figura vestida de negro. Una pesadilla.

Capítulo 11



Casi parecían mortales, pero si alguna vez lo habían sido, ya no.

Su piel mostraba la palidez cerosa de la muerte, cabezas desprovistas de pelo, ojos que no eran más que dos insondables agujeros negros, y bocas... que estaban equivocadas en todos los sentidos. Sus bocas estaban demasiado estiradas por ambas mejillas, como si alguien hubiese tallado una sonrisa más ancha para ellos. Solo que esa boca parecía cosida como las de los Sacerdotes Sombríos.

Desenvainé mi daga.

- —¿Qué son? —susurré, al tiempo que los contaba deprisa. Había seis.
- —Lo que está claro es que no son espíritus descarriados.

Me giré despacio hacia él.

—No, ¿en serio?

Un lado de sus labios se curvó hacia arriba.

- —Se los conoce como *gyrms* —respondió—. ¿Los de este tipo? Se llaman Cazadores.
- ¿Este tipo? ¿Había más de estas cosas? Jamás había oído hablar de criaturas semejantes.
 - —¿Por qué habrán venido aquí?
 - —Deben de estar buscando algo.
 - —¿Como qué? —pregunté. Ash me miró de reojo.
 - —Esa es una muy buena pregunta.

Mi corazón latía errático contra mis costillas mientras los Cazadores se quedaban ahí plantados y nos miraban. O al menos esa era la impresión que me daba. Era imposible estar segura con esos agujeros por ojos. Se me revolvió el estómago y me invadieron unas ganas irreprimibles de huir.

Pero no había huido de *nada* desde que era pequeña, y no iba a empezar ahora.

Un gemido antinatural llenó el aire una vez más y los árboles se estremecieron en respuesta. Los Cazadores se movieron al unísono para atacar en una formación en «V».

Ash arremetió antes de que tuviese ocasión de responderle. Clavó su espada en la espalda de una de esas criaturas y en el pecho de otra, derribando a ambas de una sola tacada. No hicieron ni un ruido, solo los espasmos de sus cuerpos.

—Por todos los dioses —mascullé.

Ash se giró hacia mí mientras liberaba su espada.

- —¿Impresionada?
- —No —mentí. Di un rápido paso atrás cuando las dos criaturas recién empaladas se desplomaron para plegarse sobre sí mismas. Fue como si les hubiesen extraído toda la materia en un abrir y cerrar de ojos. Se marchitaron en cuestión de segundos y luego se desintegraron para no dejar nada más que una fina capa de cenizas que desapareció antes de tocar el suelo siquiera.
- —Deberías irte a casa. —Ash se movió hacia delante, la espada a su lado
 —. Esto no te concierne.

Las restantes criaturas continuaron avanzando. Estiraron los brazos hacia sus espaldas y desenvainaron espadas con hojas de piedra umbra.

Ash se movía con la elegancia fluida de un guerrero, con una destreza que dudaba mucho de que la mayoría de los mortales fuese capaz de adquirir ni con muchos años de entrenamiento. Giró en redondo y columpió la espada en un gran arco para cortarle el cuello a una de las criaturas.

No hubo líquido rojo que volara por los aires, ningún olor rico en hierro para cargar el ambiente. Solo hubo ese aroma a... lilas marchitas. El olor me recordaba a algo. No a esa pobre modista, pero...

Una de las criaturas columpió su espada y Ash rotó para bloquear el golpe. Las espadas entrechocaron con una fuerza que debió sacudirlos a ambos. Ash se rio mientras intimidaba al Cazador con la mirada.

—Bonito golpe, pero deberías haber sabido que tendrías que intentarlo con más ahínco. —Empujó a la criatura hacia atrás, pero esa cosa recuperó el equilibrio enseguida y se lanzó a la carga al mismo tiempo que otra se abalanzaba hacia Ash.

Esta vez debería hacerle caso de verdad, pero tampoco podía quedarme ahí de brazos cruzados ni dejar que lo apuñalaran por la espalda. Estos Cazadores tenían armas de piedra umbra. Si su puntería era solo un pelín mejor de lo que lo había sido la mía, podrían matarlo.

Mis pies desnudos se deslizaron por la hierba mojada cuando corrí hacia la refriega, al tiempo que recolocaba la daga en mi mano sin demasiado pensamiento consciente. El Cazador apuntó, listo para incrustar su espada bien hondo en la espalda de Ash. Sin tener ni idea de si el hierro funcionaría contra una criatura semejante, estampé el mango del arma contra la parte de atrás de su cráneo. El crujido del metal al conectar con hueso me revolvió el estómago y la bestia se tambaleó hacia atrás. Bajó su espada.

Pero no se desplomó como esperaba. Y la había golpeado con la fuerza suficiente como para dejarla noqueada para el resto de la noche, o de la semana. Perpleja, observé cómo se giraba hacia mí, con la cabeza ladeada. Me llegó una especie de gemido grave, que provenía de la garganta y de la boca sellada de esa cosa.

Empezó a caminar hacia mí.

- —Maldita sea —susurré, y di un salto atrás cuando me lanzó una estocada.
- —¿No te había dicho que te fueras a casa? —escupió Ash—. ¿Que esto no te concernía?
 - —Sí que lo hiciste, sí. —Me agaché por debajo del brazo de la criatura.
- —Lo tengo controlado. —Ash cortó a través del estómago de otro Cazador—. Como es obvio.
- —Entonces, supongo que debería haber dejado que te apuñalara por la espalda, ¿no? —Agarré a la criatura por el brazo que sujetaba la espada y giré en redondo para alejarla de mí—. Un «gracias» hubiese bastado.
- —Te habría dado las gracias. —Ash dio media vuelta y clavó su espada hasta la empuñadura en el pecho de otra criatura. El hedor a lilas marchitas me dio de lleno en la cara—. Si hubiese una razón para hacerlo.
 - —Suenas desagradecido.
- —Bueno, eso es algo que tú debes de saber muy bien cómo suena espetó Ash de vuelta—. ¿No crees?

Otro Cazador vino hacia mí, con la espada hacia abajo. Le lancé una patada que le dio de lleno en el estómago, pero no aparté la vista de su espada ni un instante.

—Ahora que lo pienso, gracias por hacer eso —dijo Ash. Miré hacia él y se me quedó el aire atascado al sentir el inexplicable y algo estúpido tirón en

el estómago y luego más abajo al ver la intensidad de su mirada.

Estaba *claro* que había algo muy *muy* mal en mí.

- —Por favor, continúa peleando con solo un... bueno, como sea que llames a esa prenda tan escueta —comentó—. ¿Me distrae? Sí, pero de la mejor manera posible.
- —Pervertido —gruñí, al tiempo que daba un paso al frente cuando vi a la criatura levantar su espada. Ash se giró hacia mí a toda velocidad.
 - —¿Qué demonios estás…?

Estampé la hoja de la daga contra la muñeca del Cazador. Al instante, la mano de la criatura sufrió un espasmo y se abrió. Soltó la espada, que cayó al suelo, de donde yo aproveché para recogerla de inmediato. Me enderecé y lo miré, la espada en una mano y la daga en la otra. Le regalé una sonrisa radiante.

Ash soltó una carcajada breve.

- —Bueno, en ese caso, continúa. —Se volvió hacia la otra criatura—. Córtales la cabeza o destruye su corazón. Es la única manera de acabar con ellos.
- —Es bueno saberlo. —Hice ademán de ir hacia la criatura. La herida abierta de su muñeca ya había empezado a cerrarse mientras el Cazador... sonreía. O al menos lo intentaba. La raja cosida que tenía a modo de boca se curvó como si estuviese a punto de sonreír...

Los puntos se soltaron y la boca se abrió de par en par. Unas gruesas cuerdas zigzagueantes brotaron por el enorme agujero...

Serpientes.

Oh, por todos los dioses. El horror bloqueó cada uno de los músculos de mi cuerpo y me aceleró el corazón hasta límites insospechados. Las serpientes eran la única cosa que de verdad me aterraba, casi hasta el punto de perder toda capacidad de pensamiento racional. No podía evitarlo. Y ¿serpientes dentro de una *boca*? Esa era una pesadilla completamente nueva.

Las serpientes se contoneaban y siseaban, asomadas por la boca del Cazador que se lanzó otra vez a por mí. No había tiempo de retroceder para evitar cualquier macabra lesión que esa cosa pudiera infligir, o peor aún, que me tocara alguna de las serpientes. Si ocurría eso, estaba segura de que moriría. Me fallaría el corazón en ese mismo instante.

Levanté la espada y la clavé bien hondo en el pecho del Cazador. La criatura retrocedió y las serpientes se quedaron flácidas antes de que ella empezara a arrugarse y marchitarse, para por fin encoger y colapsarse sobre sí misma hasta que no quedó nada en su sitio.

—¿Estás bien? —preguntó Ash, dirigiéndose hacia mí—. ¿Te ha mordido alguna de esas serpientes?

La espada que sujetaba se desintegró en cenizas, lo cual me sobresaltó.

- —No. No me ha mordido ninguna.
- —¿Estás bien? —repitió. Se detuvo delante de mí y yo asentí—. ¿Estás segura? —insistió. Aparté la vista del suelo para mirar en su dirección. Algo en su expresión se había suavizado—. No pareces estar tan bien.
- —Yo... —Algo suave y seco tocó mi pie. Bajé la vista y vi el cuerpo largo y estrecho que *reptaba* entre la hierba—. ¡Serpiente! —aullé, y se me heló la sangre en las venas mientras señalaba hacia el suelo—. ¡Serpiente!
- —Ya la veo. —Ash levantó su espada—. Apártate de ella. Su mordida es tóxica.

Me faltó tiempo para alejarme de ella.

Me eché hacia atrás con brusquedad, pero mi pie aterrizó sobre una zona resbaladiza de piedra vista y mi pierna resbaló para desaparecer por debajo de mí. Caí a la velocidad del rayo, demasiado aturdida como para frenar la caída...

Un crujido de repentino dolor cegador reverberó por la parte de atrás de mi cráneo, y entonces no hubo nada.



Aspiré una pequeña bocanada de aire, luego otra más profunda. Un fresco y prometedor aroma cítrico me recibió.

Ash.

Parpadeé y abrí los ojos.

Al principio sus rasgos estaban borrosos, pero poco a poco, los impactantes ángulos y las hermosas líneas se hicieron más nítidos. Su cara estaba por encima de la mía, espesos mechones de pelo colgaban hacia delante, rozaban sus mejillas. Me concentré en el hoyuelo de su barbilla, y vi ahora que desde luego que no era de origen natural. ¿Qué podría dejar cicatriz en un dios? Mis ojos se deslizaron hacia su boca, a esos labios tan bien formados. Era...

—Eres guapísimo —susurré.

Sus ojos se abrieron un pelín y luego sus espesas pestañas bajaron a medio camino.

—Gracias.

Para cuando la neblina se fue despejando de mi mente, una retahíla de palabras para detallar exactamente lo guapo que creía que era se había formado en la punta de mi lengua.

¿De verdad acababa de decirle que era muy guapo? En efecto.

Oh, por todos los dioses.

Las cortesanas de El Jade me habían dicho que a los hombres les gustaban los halagos, pero no creí que se refirieran a mi arrebato sin ningún arte. Tampoco es que necesitara seducir a este dios. Tendría que fingir que esas palabras nunca habían salido por mi boca. Miré más allá de su hombro al cielo lleno de estrellas. Seguíamos al lado del lago y yo estaba tumbada en la hierba. Más o menos. Mi cabeza estaba en alto. Descansaba sobre su *muslo*. Todo mi cuerpo se paralizó, excepto mi corazón, que empezó a galopar como un caballo salvaje.

- —Debo admitir, eso sí —añadió, y eso atrajo mis ojos de vuelta a él—, que me preocupa que puedas haberte golpeado la cabeza más fuerte de lo que creía. Esa es la primera cosa agradable que me has dicho nunca.
- —A lo mejor sí que tengo algún daño interno. —Casi me sentía de ese modo, porque una parte de mí todavía no podía creerse que Ash estuviera ahí de verdad—. ¿Dónde está mi daga?
 - —Justo a tu lado, a tu derecha y al alcance de tu mano.

Giré la cabeza y logré distinguir la forma de la hoja gris oscura en la hierba. Hice ademán de sentarme.

Ash me puso una mano en el hombro, al lado del fino tirante de la combinación, y una suave corriente de energía bajó reptando por mi brazo.

—Deberías quedarte tumbada y quieta unos minutos más —me indicó—. No has estado inconsciente demasiado tiempo, pero si de verdad te hiciste algo, vas a volver a caerte redonda si te mueves demasiado deprisa.

Lo que me aconsejaba tenía sentido. Una vez me había llevado un golpe feo en la cabeza durante un entrenamiento y había perdido el conocimiento. El curandero Dirks me había recomendado hacer lo mismo. Por eso no me moví.

No tenía absolutamente nada que ver con cómo todas las partes de mí estaban concentradas en el peso de su mano y en la frescura de su piel. Sus dedos eran la única parte que tocaba la piel desnuda de mi hombro, pero parecía algo... *más*. Y era una tontería, pero a veces me preguntaba si era digna de que me tocaran.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué sigues aquí?

- —Estabas herida.
- —¿Y?

Su expresión cambió entonces, sus ojos eran más intensos y sus labios más finos.

—No debes de tener muy buen concepto de mí si crees que te dejaría aquí tirada sin más.

No era solo porque fuese un dios... bueno, eso sí que me sorprendía un poco, pero podía contar con los dedos de una mano cuánta gente se hubiese quedado a mi lado. Me moví un poco, incómoda con esa verdad. Pasó un momento.

- —¿Cómo te encuentras? ¿Te duele la cabeza, te sientes mareada o algo?
- —No. Solo noto un dolor leve, eso es todo. —Aparté la vista de él—. No puedo creer que… me haya dejado inconsciente a mí misma.
- —Bueno, no creo que lo hicieras sola. La serpiente también tuvo algo que ver.

Me estremecí y cerré los ojos.

- —Odio las serpientes.
- —No lo habría adivinado jamás —comentó con tono seco—. ¿Te hicieron algo terrible en el pasado? ¿Aparte de mantener a raya a la población de alimañas?

Abrí los ojos de golpe ante su tono burlón.

- —Reptan.
- —¿Eso es todo?
- —No. Reptan y culebrean y son rápidas, aunque no tengan patas. Nunca sabes que están ahí hasta que casi las pisas. —Había tomado carrerilla—. Y sus ojos… son vidriosos y fríos. Las serpientes no son de fiar.

Un lado de sus labios se curvó hacia arriba.

- —Estoy seguro de que ellas opinan lo mismo de ti.
- —Bien. Entonces, deberían mantener las distancias.

No perdió su media sonrisa.

—En cualquier caso, este tipo de serpientes no eran normales en absoluto.

La imagen del Cazador volvió a primer plano y el ácido burbujeó en mi estómago.

- —Nu... nunca había visto nada así.
- —Como la mayoría de las personas.

Pensé en el olor a lilas marchitas.

- —¿Eso fue lo que le ocurrió a Andreia? ¿Se convirtió en un... *gyrm*?
- —No —contestó—. Todavía no sé lo que le sucedió.

- —Pero en algún momento fueron mortales, ¿no? —Tenía muchísimas preguntas—. ¿Cómo han acabado así? ¿Por qué lo de las serpientes? ¿Por qué llevaban las bocas cosidas como los sacerdotes?
- —Existen dos tipos de *gyrms*. Estos eran mortales que en algún momento invocaron a un dios. A cambio de los deseos o necesidades que tuvieran, se ofrecieron como sus eternos siervos. Una vez que murieron, eso fue en lo que se convirtieron.

Tragué saliva, con el estómago revuelto. ¿Se habría ofrecido un mortal de haber sabido que el resultado final sería este? Supuse que todo dependía de lo desesperado que estuviera por obtener lo que necesitaba.

- —¿Por qué las bocas cosidas? ¿Los ojos?
- —Se supone que se hace para que solo sean leales al dios o al Primigenio al que sirven.
- —Entonces, ¿los sacerdotes son *gyrms*? —pregunté. Si ya no estaban vivos de verdad, eso explicaba cómo sobrevivían con las bocas cosidas. También explicaba lo siniestros que eran por naturaleza. Ash asintió—. ¿Los Primigenios cosen los labios de los sacerdotes?

La piel de alrededor de su boca se tensó.

—Lo que les ocurre cuando mueren es algo que se estableció hace muchísimo tiempo. Se ha convertido en un acto esperado.

Esperado o no, parecía de una crueldad antinatural hacer algo así.

—Y las serpientes... —continuó, sacándome de mi ensimismamiento—. Eso es lo que sustituye a sus entrañas.

En serio que no pude hablar durante unos instantes.

- —Ni siquiera sé qué decir a eso.
- —No hay nada que decir. —Ash se relajó contra la roca mientras su mirada se perdía más allá de mí, en dirección al lago.

Abrí mucho los ojos de repente.

—Ni siquiera sé si quiero saber esto, pero ¿los sacerdotes del templo tienen serpientes dentro de ellos?

Sus labios se movieron de un modo casi imperceptible, como si tratase de reprimir una sonrisa.

- —Tengo que estar de acuerdo en que lo más probable es que no quieras saber la respuesta a eso.
- —Oh, santo cielo —gemí, con un estremecimiento—. Has dicho que había dos tipos de *gyrms*.
- —A los que ofrecieron una vida eterna de servidumbre a cambio de lo que pidieron se les suele conocer como Cazadores y Buscadores. Su propósito

habitual es buscar y recuperar cosas. Hay otras clases de *gyrms*, docenas en realidad, pero esos son los dos principales. —Los dedos de Ash se movieron por mi clavícula para dibujar un círculo lento, distraído. Eso me sobresaltó—. Y luego están los que se convierten en siervos como forma de expiar sus pecados en lugar de ser condenados al Abismo.

- —Entonces, ¿para ellos no es algo eterno? —pregunté, aunque mi atención volvió de inmediato al contacto de sus dedos. La yema de su pulgar era áspera, y supuse que tendría callos de todos esos años de blandir una espada, como ya empezaba a ocurrirme a mí. Aunque, como dios, me pregunté cuán a menudo tendría que blandir una espada. Antes podría haber empleado *eather* para acabar con lo que fuese en que se había convertido Andreia, pero había optado por una espada.
- —No. En su caso, sirven durante un tiempo establecido. Se les suele conocer como Centinelas y son, en cierto modo, soldados. Los sacerdotes entran en esa categoría. Son más... mortales que el primer grupo, en el sentido de que tienen sus propios pensamientos.
 - —¿Qué ocurre si se convierten en ceniza, como han hecho los Cazadores?
- —En el caso de los que están expiando sus culpas, depende de cuánto tiempo lleven al servicio del dios. Puede que vuelvan con el Primigenio o el dios al que sirvan, o puede que elijan ir al Abismo. Los Cazadores, en cambio, regresan al Abismo.

Levanté la vista hacia su cara. Seguía con la vista perdida en el lago. ¿Era consciente siquiera de lo que estaba haciendo? ¿Al tocarme de ese modo tan casual?

Ni siquiera recordaba cuándo me había tocado nadie de ese modo por última vez. Las personas con las que pasaba tiempo en El Luxe no tocaban de este modo y me deseaban. A lo mejor él no era consciente, pero yo sí, y si me quedaba una sola chispa de esperanza con respecto a poder cumplir con mi deber, necesitaba poner algo de distancia entre nosotros.

Sin embargo, no me moví.

Me quedé ahí, con la cabeza apoyada en su muslo, y dejé que su pulgar siguiera trazando ese círculo perezoso. La caricia me tenía paralizada. Me gustaba. Mucho.

¿Y por qué no habría de gustarme? Ya no era la Doncella. Ya había decidido en los últimos tres años que podía disfrutar de todo lo que antes me había estado prohibido.

Me aclaré la garganta.

- —Di... dijiste que lo más probable era que los Cazadores estuvieran buscando algo.
- —Esa es la única razón por la que habría Cazadores en el mundo mortal.
- —Se quedó callado un momento—. Puede que me buscasen a mí.

Lo pensé un poco.

—¿Por qué te buscarían a ti?

Sus ojos conectaron con los míos.

- —Tengo muchos enemigos.
- —¿Qué has hecho? —pregunté, el pulso acelerado.
- —¿Por qué tendría que haber hecho algo? —se defendió—. Tal vez he provocado la ira de otros por negarme a sus exigencias o porque me he metido en sus asuntos. Es un poco prejuicioso dar por sentado que he hecho algo mal.

Fruncí el ceño y pensé en lo que hacían esos dioses a los que él había estado siguiendo.

- —Odio reconocerlo, pero en eso tienes cierta razón.
- —¿Te ha costado mucho reconocerlo?
- —Sí —admití. Sus ojos se apartaron de los míos, pero su pulgar siguió moviéndose. ¿Cómo podía no darse cuenta de lo que estaba haciendo? Tenía que saberlo, ¿verdad? El dedo estaba conectado al resto de su cuerpo. Abrí la boca...
- —Estás a punto de preguntar si tiene algo que ver con esos dioses a los que estaba siguiendo. —Un humor irónico teñía su tono. Fruncí el ceño.
- —No. —Bajó la vista hacia mí otra vez, una ceja arqueada. Puse los ojos en blanco con un suspiro—. Vale, sí, iba a preguntarte eso. ¿Es porque tratas de averiguar por qué están matando mortales?

Su risa fue suave esta vez.

- —Podría ser, pero no suelo pasar demasiado tiempo en el mundo mortal, *liessa* —dijo, y mi corazón dio un brinco en mi pecho en respuesta al mote—. Solo eso despertaría el interés de otros dioses, y su interés es algo que encuentro muy irritante. Pero me he negado a hacer y no he permitido muchas cosas. No estoy seguro de que pudiera elegir una sola. Cuando los Cazadores no regresen de inmediato con ellos, sabrán que, en efecto, me encontraron.
- —Parece bastante temerario que los dioses pasen el tiempo tratando de provocarse los unos a los otros.
 - —Te sorprendería —musitó.

En efecto, lo estaba.

Sus ojos volvieron a los míos.

—Sí te das cuenta de que no eres una diosa y te has arriesgado a hacer más que solo irritarme, ¿verdad?

Fruncí los labios mientras miraba hacia el lago.

—Bueno —dije, alargando la palabra—, tengo la mala costumbre de tomar decisiones cuestionables.

Ash se rio y fue una risa profunda, que tentó a las comisuras de mis propios labios. La ignoré.

- —¿Te molesta? —preguntó Ash.
- —¿El qué? —inquirí sin tener muy claro a qué se refería. Me miró a los ojos.
 - —Que te toque.

Vaya, pues eso contestaba a la pregunta que rondaba por mi cabeza. Ash sabía muy bien lo que hacían sus dedos.

- —Yo... —No me importaba en absoluto. Su contacto me resultaba maravillosamente vinculante, como si yo fuese parte de algo o de alguien. No me había dado cuenta de que sonreía hasta que los labios de Ash se entreabrieron y me miró otra vez de ese modo tan intenso que se concentraba en mi estómago—. No me molesta. Es una... sensación nueva.
- —¿Una sensación nueva? —Su media sonrisa volvió a su rostro—. ¿Una caricia como esta? —En ese momento empezaron a moverse todos sus dedos, no solo el pulgar. Los deslizó hacia arriba por mi brazo, los enroscó hacia la palma de su mano y una suave sucesión de escalofríos me estremeció a su paso—. ¿Esto es diferente para ti?

—Lo es.

Su mirada cambió y se formó una arruga un pelín perpleja en su frente. Supuse que el hecho de que alguien tocara de manera casual el brazo de otra persona no debía de ser una sensación singular para la mayoría de la gente.

El ardor de la vergüenza aumentó y fijé la vista en el cielo.

—Quiero decir, está bien. No me molesta.

Ash no contestó, pero su pulgar continuó con sus movimientos, ahora más despacio, arriba y abajo. El contacto de su piel con la mía era diferente, y no tenía nada que ver con que fuese un dios.

Mientras estaba ahí tumbada, tratando de olvidar lo extraño de la situación, no pude evitar preguntarme cuántos años tendría. Por lo que me había parecido entender, los Primigenios y los dioses envejecían como mortales hasta que llegaban a los dieciocho o veinte años, momento en el cual su envejecimiento se ralentizaba e iba a paso de tortuga. Ash no parecía más

grande que Ezra o Tavius, y este último acababa de cumplir veintidós años. Los dioses tendían a ser más jóvenes comparados con los Primigenios.

—¿Cuántos años tienes?

Ash contemplaba otra vez el lago.

—Más de los que aparento y es probable que menos de los que crees.

Fruncí el ceño.

- —Eso no es gran cosa como respuesta.
- —Lo sé.
- —¿Y?
- —¿Acaso importa? —rebatió Ash—. ¿Importa si tengo un siglo o mil años? En cualquier caso, he vivido más que cualquier persona que conozcas. Mi esperanza de vida seguiría siendo incomprensible para ti o para cualquier mortal.

Vaya. Supuse que, una vez más, tenía cierta razón. Cuántos años había vivido no importaba demasiado cuando seguiría pareciendo solo unos cuantos años mayor que yo dentro de otros cien años o más.

No sabía lo que habría ocurrido si me hubiera convertido en la consorte del Primigenio. ¿Mi envejecimiento se hubiese interrumpido gracias a algún tipo de magia primigenia? Nunca me lo había planteado, porque el momento exacto de mi muerte no era algo que importara. Lo único que importaba era que lograra o no cumplir con mi deber.

Traté de pensar en otra cosa, porque no tenía ganas de darle vueltas a nada de eso. No ahora mismo.

Ash bajó la vista hacia mí con esos ojos chispeantes del color de mercurio. Inclinó la cabeza.

- —¿Quieres que te cuente un secreto?
- —¿Un secreto?

Asintió.

- —Del tipo que no puedes contar nunca.
- —¿Del tipo que tendrías que matarme si lo hiciera?

Un lado de sus labios se curvó hacia arriba.

—Del tipo que me sentiría muy desilusionado si lo contaras.

Las hebras de *eather* que giraban despacio en sus ojos me tenían cautivada.

—Aunque el sentido común me dice que sería mejor que no supiera ese secreto, ahora me pica demasiado la curiosidad.

Una risita grave retumbó desde su interior mientras su pulgar recorría ahora la curva de mi hombro.

- —Lo que está escrito en vuestras historias sobre los dioses, los Primigenios e Iliseeum no siempre es verdad. La edad de algunos Primigenios te sorprendería.
 - —¿Por lo mayores que son?
- —Por lo jóvenes que son en comparación —me corrigió—. Los Primigenios que conocéis ahora no siempre ocuparon estas posiciones de poder.
 - —¿Ah, no? —susurré. Ash negó con la cabeza.
- —Algunos dioses, incluso, llevan mucho más tiempo caminando por ambos mundos que los Primigenios.

Si no hubiese estado ya tumbada en el suelo, me habría caído. Lo que decía sonaba increíble. Y tenía razón, yo no tenía ni idea de la edad del Primigenio de la Muerte. Él, como Kolis, el Primigenio de la Vida, jamás habían sido representados en los cuadros.

- —Tengo un montón de preguntas —admití.
- —Supongo que sí. —Deslizó los ojos por mi cara—. Pero estoy seguro de que todas esas preguntas no pueden responderse ahora.

¿No podían responderse *ahora*? ¿Como si fuese a haber un «luego»? Una oleada de anticipación me recorrió de arriba abajo antes de que pudiera reprimirla.

Nunca había un «luego» al que esperar.

El agradable calorcillo creado por su contacto se enfrió y, de repente, necesitaba espacio. Me senté y esta vez no me lo impidió. Su mano resbaló de mi brazo y me dejó la piel hipersensible. Estiré un brazo y palpé la parte de atrás de mi cabeza con cuidado. No noté ningún corte, lo cual era bueno, y la zona tampoco estaba demasiado dolorida.

Me miré y casi me atraganté con mi propia respiración. Donde la pálida combinación color marfil se había pegado a mi piel húmeda, la tela ya casi traslúcida se había vuelto aún más transparente. Podía ver el halo de piel más rosácea de mis pechos y cómo el agua fría había endurecido...

- —¿Seguro que estás bien?
- —Sí. —Recé por que no percibiera el rubor que ya reptaba por mis mejillas y lo miré. Estaba apoyado contra la roca que me había hecho caer, con las piernas estiradas delante del cuerpo, cruzadas por los tobillos, relajadas. Seguía descamisado. ¿Acaso no había traído camisa?

Ash tenía los ojos entrecerrados mientras me observaba.

—¿Matar a esa criatura te ha molestado?

- —No. —Ni siquiera sabía por qué estábamos teniendo esta discusión. ¿Qué le hacía pensar que podía haberme molestado?
 - —Solo por si te *ha* molestado —continuó—, no eran mortales.
- —Ya lo sé. —Recoloqué el borde de la combinación, que había trepado por mis muslos al moverme—. Pero solo porque algo no sea mortal no hace que esté bien matarlo —añadí, al tiempo que pensaba lo gratuito que era que yo dijese eso.
- —Por admirable que sea tu afirmación, no lo has entendido bien. —Echó un brazo atrás para apoyarlo en la roca y el movimiento de sus músculos cincelados, cómo se abultaron y luego se estiraron, fue... bueno, una distracción—. O has olvidado lo que dije. Los Cazadores ya no estaban vivos.
- —Recuerdo bien lo que dijiste, pero aun así, eran *algo*. Caminaban y respiraban...
- —No respiran —me interrumpió y deslizó la mirada hacia la mía. Sus ojos lucían como dos charcos de luz de luna—. No comen ni beben. No duermen ni sueñan. Son muertos a los que les han dado forma para que satisficieran alguna necesidad del dios.

Me estremecí un poco ante esa descripción.

- —A lo mejor es solo que no lo piensas demasiado cuando matas —lo contradije, y una vez más tuve que reconocer la hipocresía de lo que estaba diciendo, si tenía en cuenta la cantidad de vidas que había quitado yo en los últimos tres años.
- —Matar no es algo que nadie deba hacer sin pensarlo demasiado —repuso
 —. Siempre debería afectarte, sin importar cuántas veces lo hagas. Siempre debería dejarte una marca. Y si no es así, entonces me preocuparía mucho por ese sujeto.

Quería sentirme aliviada de oír aquello. Alguien (mortal, dios o Primigenio) que matara sin apenas pensarlo era aterrador.

Y esa era la razón de que Ezra me tuviese un poquito de miedo.

Pero yo sí que pensaba en ello... después de hacerlo. A veces.

- —Entonces, ¿has matado mucho? —pregunté. Él arqueó una ceja.
- —Me da la sensación de que eso implica una afirmación y una pregunta superpersonales y algo inapropiadas.
- —Sí, bueno, espiar mis *inmencionables* es un acto superpersonal e inapropiado, así que mi afirmación o mi pregunta no pueden ser una ofensa mayor.

Esa curva suave volvió a sus labios.

—No te estaba espiando, y estaría dispuesto a apostar que eso ya lo sabes. No obstante, tú sí que me miraste. De un modo muy descarado, además. Mientras salía del lago.

La piel de mi cuello pareció estallar en llamas.

- —No es verdad.
- —Te pones muy guapa cuando mientes —murmuró, y que los dioses me ayudaran, sí que era mentira. Me eché hacia atrás y crucé los brazos.
- —¿Por qué sigues aquí? Podías haberte marchado cuando comprobaste que estaba bien.
- —Podría haberme marchado, sí, pero como dije antes, hubiese sido muy grosero dejar a alguien inconsciente en el suelo —replicó.
 - —Vaya, qué suerte tengo de que seas un pervertido educado.

Ash se rio; su risa sonó grave y ahumada.

—¿Por qué no te has marchado tú, liessa?

Capítulo 12



Vaya.

Maldita sea.

Solté el aire de modo ruidoso.

- —Buena pregunta.
- —O una pregunta inútil.
- —¿Y eso por qué?

Se inclinó hacia mí y ese olor suyo, el fresco y cítrico, se envolvió a mi alrededor.

—Porque los dos sabemos por qué nos hemos quedado justo donde estamos. Yo te intereso. Tú me interesas. Así que aquí estamos.

Me entraron ganas de negarlo, pero incluso yo tuve la suficiente visión de futuro como para saber lo débiles que sonarían mis excusas si tratara de darles voz.

¿Qué estaba haciendo ahí, con él?

Mi estómago dio una voltereta cuando mis ojos se posaron en su boca, pero me apresuré a apartar la mirada. Quedarme no tenía nada que ver con su boca, santo cielo. Mi corazón dio un brinco de todos modos. Estaba aquí porque ¿cuándo tendría la oportunidad siquiera de hablar con un dios que tuviera un temperamento bastante equilibrado? ¿Cuándo tendría la oportunidad de hablar de un modo tan franco con nadie? Todas mis otras conversaciones estaban siempre ensombrecidas por cómo le había fallado al reino.

Pero él era un *dios*. Y aunque no lo fuera, tampoco podía afirmar que lo conociera demasiado bien. Estaba medio desnuda y Ash me causaba

desconfianza. Porque ahora mismo, no tenía ningún problema en verme haciendo algo increíblemente impulsivo y lo bastante temerario como para estallarme en la cara.

Miré a Ash de soslayo. Había succionado ese labio de abajo suyo entre sus dientes, sin quitarme el ojo de encima. Mi corazón se aceleró y lo único que pude pensar fue que hoy había sido todo muy... extraño.

- —¿Por qué estás lo bastante interesado como para quedarte? —pregunté. Unas cejas oscuras treparon por su frente.
 - —¿Por qué no habría de estarlo?
 - —¿Por qué sería una mortal interesante para alguien de Iliseeum? Ash ladeó la cabeza.
- —Empiezo a pensar que no sabes demasiado acerca de nosotros. —Me encogí de hombros. Una leve brisa revolvió su pelo y uno de los bucles cayó por su cara—. Los mortales nos parecen seres muy interesantes. La forma en que elegís vivir, las reglas que creáis para gobernar y a veces para limitaros. La ferocidad con la que vivís. El amor y el odio. Los mortales nos causan un interés singular. —Encogió un hombro—. ¿Y tú? Tú me interesas porque parece que pasa muy poco tiempo entre lo que sucede en tu cabeza y lo que sale por tu boca. Y parece que tienes poca consideración por las consecuencias.
- —No estoy segura de que eso sea un cumplido —mascullé, con el ceño fruncido. Él se rio entre dientes.
 - —Lo es.
 - —Me lo voy a tener que creer, pero en fin.

Esa suave sonrisa hizo acto de aparición otra vez, y ya no dijo nada más durante un rato.

—Hace un momento me preguntaste si he matado mucho —dijo de pronto, y fue una sorpresa—. Solo cuando tenía que hacerlo. ¿Ha sido mucho? Estoy seguro de que para algunos, sí. ¿Para otros? Es probable que ni pestañearan por ello. Pero no he disfrutado de ninguna de esas muertes. —Su voz sonaba sombría—. Ni una sola.

Aunque su respuesta me pilló desprevenida, estaba claro que esto era algo de lo que no le gustaba hablar. Me moví un poco, apreté las rodillas.

- —Lo siento.
- —¿Una disculpa?
- —No… no debería haberte hecho esa pregunta en primer lugar. No es asunto mío. —Ash me miró pasmado—. ¿Qué?

—Eres muy contradictoria —comentó. Sus ojos se cruzaron con los míos y luego apartó la mirada. Pasó un buen rato. El silencio no era incómodo. Quizá porque estaba acostumbrada a él—. Recuerdo la primera vez que tuve que matar a alguien. Recuerdo la sensación de la espada en mi mano, cómo daba la impresión de pesar el doble de lo normal. Todavía puedo ver la expresión de su cara. Jamás olvidaré lo que dijo. «Hazlo». Eso fue lo que dijo. *Hazlo*. —Apreté las rodillas aún más fuerte—. Ninguna muerte ha sido fácil, pero ¿esa? —Su mano se abría y se cerraba, como si tratara de devolver la sensibilidad a sus dedos—. Esa siempre será la que me dejó la huella más profunda. Era un amigo.

Me llevé una mano al corazón.

- —¿Ma… mataste a un amigo tuyo?
- —No tuve elección. —Tenía los ojos clavados en el lago—. No es excusa ni justificación. Solo fue algo que debía hacerse.

No podía entender cómo había sido capaz de hacer algo así, y necesitaba entenderlo.

- —¿Por qué debía hacerse? ¿Qué habría pasado si no lo hubieses hecho? Un músculo palpitó a lo largo de su mandíbula.
- —Si no hubiese puesto fin a su vida, habrían muerto docenas, si no más.
- —Oh —susurré. Sentía unas leves náuseas en la boca del estómago. ¿Su amigo había estado haciendo daño a gente, había forzado su intervención? Si era así, entonces podía entenderlo. *Hazlo*. ¿Sabía su amigo que alguien tenía que detenerlo? No pregunté si ese había sido el caso. Quería hacerlo. La pregunta casi quemaba en la punta de mi lengua, pero no me pareció correcto. Tampoco me parecía correcto saber que se había visto forzado a hacer aquello y que ahora había perdido a otro amigo a manos de esos tres dioses—. Entonces siento que tuvieras que hacerlo.

La cabeza de Ash giró de golpe hacia la mía; su mirada era penetrante.

- —Yo... —Se quedó callado unos segundos—. Gracias.
- —De nada. —Recogí en una mano mi pelo mojado y empecé a escurrirlo, al tiempo que deseaba poder compartir con él algo igual de íntimo, solo que no sabía cómo hacerlo. Cómo encontrarme lo bastante cómoda como para hacerlo. La única otra cosa que me vino a la mente y por desgracia salió por mi boca fue algo totalmente ridículo.
 - —Odio los vestidos.

Se produjo un momento de silencio.

—¿Qué?

A lo mejor necesitaba que me cosieran los labios.

—Nada, que encuentro que los vestidos son… engorrosos. —Y también odiaba que mis muslos rozaran entre sí, pero eso *no* era algo que pensara discutir con él.

Me miró unos segundos. Ser el centro de atención de esos ojos acerados era perturbador.

—Supongo que deben serlo.

Asentí, las mejillas demasiado calientes mientras contemplaba las aguas del lago, que se mecían con suavidad. Sabía que no debería decir nada, sobre todo a un dios que servía a un Primigenio, pero lo que había hecho era algo de lo que no hablaba nunca. Ni siquiera con sir Holland. Pero, hasta ese momento, no me había dado cuenta del peso que acarreaban esas palabras.

Sin embargo, no podía pronunciarlas. Revelaban demasiado. Eran una carga demasiado grande.

Sin apartar la vista del lago, busqué cambiar de tema.

- —¿Has averiguado algo más acerca de por qué esos dioses están matando a mortales?
- —Por desgracia, no. Ha sido difícil seguirles la pista. —Suspiró—. Y solo puedo investigar hasta cierto punto sin atraer una atención indeseada. Si lo hago, entonces sí que me será imposible descubrir por qué están haciendo esto.
- —Tu amigo, el que mataron Cressa y los otros… —empecé—. ¿Cómo se llamaba?
- —Lathan —respondió—. Te hubiese gustado, creo. Él tampoco me escuchaba nunca.

Una leve sonrisa tironeó de mis labios, pero se esfumó enseguida.

- —¿Dejaron su cuerpo o fue…?
- —Dejaron su cuerpo, su alma intacta. No se convirtió en lo que sea que se había convertido esa mujer de ayer por la noche.
- —Oh —susurré. Contemplé la luz de la luna rielar por las aguas negras—. Estoy segura de que eso no hace que su muerte sea más fácil, pero al menos no fue destruido.

Ash se quedó callado un ratito.

—¿Sabes a qué me recuerdas?

Miré en su dirección y nuestros ojos se cruzaron. El calor golpeó mi piel de nuevo, se coló en mis venas. No sentí ninguna punzada de vergüenza. Esto era diferente, un tipo de calor más lánguido y sensual.

—Casi me da miedo preguntar.

Se quedó callado unos segundos más.

—Hubo un tiempo en que crecía una flor en las Tierras Umbrías.

Hasta el último rincón de mi ser se centró en él. El lugar donde vivía... Estaba hablando de Iliseeum. Una de las cosas que esperaba con ansia como la consorte era la oportunidad de ver ese mundo. No hubiese podido escucharlo con más atención ni adrede.

—Los pétalos eran del color de la sangre a la luz de la luna y permanecían enroscados sobre sí mismos hasta que alguien se acercaba. Cuando se abrían, parecían de una delicadeza increíble, como si fuesen a romperse bajo la más suave de las brisas. Pero crecían salvajes y de un modo feroz en cualquier sitio en el que hubiese un atisbo de tierra. Crecían incluso entre las grietas de las piedras y eran increíblemente impredecibles.

¿De verdad le recordaba a una flor preciosa y delicada? No tenía muy claro qué parte de mí podía considerarse delicada. ¿Una uña?

- —¿Cómo puede una flor ser impredecible?
- —Porque estas eran bastante temperamentales.

Solté una carcajada brusca. Las hebras blancas palpitaron detrás de su pupila una vez más, empezaron a girar despacio. Sus ojos volvieron al lago.

- —¿Esa es la parte que te hace pensar en ellas?
- —Es posible.
- —Siento curiosidad por saber cómo puede una flor ser temperamental, sobre todo una delicada.
- —La cosa es que solo parecían delicadas. —Ash estaba más cerca ahora, había bajado su brazo de la piedra—. En realidad, eran bastante resilientes *y* letales.

—¿Letales?

Asintió.

- —Cuando se abrían, revelaban su centro. Y en ese centro, había varias agujas puntiagudas cargadas con una toxina bastante venenosa. Según de qué humor estuvieran, las liberaban. Una sola aguja podía noquear a un dios durante una semana.
- —Suena como una flor asombrosa. —Y un poco horripilante—. No estoy segura de que sea un cumplido saber que te recuerdo a una planta asesina.
- —Si alguna vez las vieras, sabrías que sí lo es. —Sonreí, halagada a pesar de todo. Supuse que no hacía falta demasiado para halagarme—. Tengo una pregunta para ti —dijo de pronto.
 - —Dime.
- —¿Por qué estás aquí, al lado de un lago? Supongo que una princesa tiene acceso a una bañera grande llena de agua hirviendo.

Me puse rígida, pues había olvidado que, en mi enfado, había revelado que era una princesa.

- —Me gusta estar aquí. Es...
- —¿Relajante? —terminó por mí, y asentí—. Con la excepción de los Cazadores —añadió—. ¿Con qué frecuencia vienes?
- —Siempre que puedo —reconocí. Estudié su perfil. Era todo tan extraño. Él. Yo. Nosotros. Esta conversación. Lo a gusto que me encontraba con él. Todo.
 - —¿Nunca te preocupa que alguien pueda sorprenderte? Negué con la cabeza.
- —Tú eres la primera persona que he visto jamás en el bosque. Bueno, el primer dios. Y sin contar a los espíritus, pero ellos nunca se acercan tanto al lago.
 - —¿Y nadie sabe lo que haces aquí fuera?
- —Supongo que algunos de los guardias saben que he estado en el lago, puesto que me ven regresar con el pelo mojado.

Frunció el ceño.

- —Me cuesta creer que ninguno de ellos te haya seguido nunca.
- —Ya te dije que la gente les tiene miedo a estos bosques.
- —Y lo que sé de los hombres mortales es que muchos superarían cualquier tipo de miedo en el mismo momento en que se dieran cuenta de que pueden pillar a una mujer hermosa en una situación comprometida. Sobre todo, a una princesa.
 - —¿Hermosa? —Me reí otra vez, al tiempo que sacudía la cabeza.

Me lanzó una mirada significativa.

- —Por favor, no esperes que crea que no eres consciente de tu belleza. No me pega que seas de las que muestran modestia falsa, y hasta ahora me has impresionado bastante.
- —No estoy diciendo eso, pero gracias. Voy a poder dormir tranquila ahora que sé que te impresiono —repliqué.
- —Bueno, no me sentí impresionado precisamente cuando te dije que te fueras a casa y te quedaste aquí. —Lo miré ceñuda—. Pero luego le diste esa patada al Cazador y... bueno, ahí sí que sentí algo. —Entorné los ojos—. No puedo decir que me sintiera impresionado cuando parecía que estabas a punto de abrazar al Cazador —continuó—, pero después lo desarmaste. Eso fue impresionante...
 - —Vale, ya puedes parar.
 - —¿Estás segura? —Esa sonrisa burlona había regresado a su cara.

- —Sí —afirmé—. No sé por qué sigo aquí sentada hablando contigo.
- —A lo mejor te sientes en deuda conmigo porque te he vigilado mientras estabas inconsciente.
- —Estuve inconsciente solo unos momentos. No es como si montaras guardia durante horas y horas.
 - —Soy bastante importante. Esos momentos me parecieron horas.
 - —No me gustas —le dije.

Sus ojos se deslizaron hacia los míos, la curva no se movió de sus labios.

—Pero ¿sabes qué? Que sí te gusto. Por eso sigues aquí y ya no estás amenazando con sacarme los ojos.

Cerré la boca.

Ash guiñó un ojo.

- —Lo de sacarte los ojos todavía podría ocurrir —le advertí.
- —No lo creo. —Se mordió el labio de abajo otra vez, y el acto volvió a llamar mi atención—. Aparte del hecho de que sabes que no lo lograrías, dijiste que soy guapísimo, y sacarme los ojos arruinaría eso, ¿no crees?

Me puse roja como un tomate, pero no sabía si era por el recordatorio de lo que había dicho o por el brillo mojado de su labio de abajo.

—Acababa de sufrir heridas cerebrales justo antes de decir eso.

Su risa fue apenas más que un susurro.

Retorcí mi pelo una vez más y me concentré en las pequeñas ondas que recorrían el lago. Debía de ser tarde y sabía que debería volver a casa, pero no me apetecía nada regresar a la vida lejos del lago.

- —¿Cómo son las Tierras Umbrías?
- —Muy parecidas a este bosque —caviló. Cuando lo miré, contemplaba los árboles moteados por la luz de la luna.
 - —¿De verdad?
 - —Estás sorprendida —comentó, y era verdad.
 - —Es solo que... no pensaba que las Tierras Umbrías fuesen bonitas.
- —Mi tierra consiste en tres lugares diferentes —explicó, y di un respingo cuando sentí sus dedos rozar contra los míos. Esa corriente estática danzó por mis nudillos y mi cabeza voló hacia él. Ash desenredó con suavidad mis dedos de mi pelo—. ¿Puedo?

Parecía haber perdido la capacidad para hablar, así que me limité a asentir, aunque no estaba del todo segura de para qué me estaba pidiendo permiso. Me quedé callada mientras tiraba de un mechón de mi pelo para estirarlo hasta que el rizo se puso recto.

- —Está el Abismo, que es lo que se imagina todo el mundo cuando piensa en las Tierras Umbrías. Insondables fosos en llamas y un tormento sin fin dijo, sin apartar la vista de mi pelo—. Pero también está el Valle, y eso es el paraíso para los que son dignos de entrar en él.
 - —¿Cómo es el Valle?

Levantó la vista hacia mí, sus ojos inquisitivos ahora. Pasó un momento.

- —Eso no puedo decírtelo.
- —Oh. —Desilusionada, bajé la vista hacia los largos dedos que sujetaban mi mano.
- —Lo que aguarda en el Valle no puede ser compartido con nadie, sean mortales o dioses. Ni siquiera los Primigenios pueden entrar en el Valle añadió—. Pero el resto de las Tierras Umbrías es como una entrada. Un pueblo antes de la ciudad. Es precioso, a su manera, pero hubo un tiempo en que era una de las regiones más magníficas de todo Iliseeum.

¿Hubo un tiempo?

- —¿Qué le pasó?
- —La muerte —declaró en tono neutro. Un escalofrío reptó por mi piel.
- —¿Cómo es el resto de Iliseeum?
- —Los cielos son de un tono azul que jamás verías en este mundo, las aguas son cristalinas, y la hierba exuberante y de un verde vibrante —me contó—. Excepto de noche, aunque las horas de oscuridad son breves en Dalos.

Se me cortó la respiración. Dalos.

La ciudad de los dioses, donde residían el Primigenio de la Vida, Kolis, y su corte.

- —¿Es verdad que los edificios ahí llegan hasta las nubes?
- —Muchos las superan —contestó y, por un momento, traté de imaginar el aspecto que debían de tener.

Y fracasé en mi intento.

Me quedé callada mientras lo observaba juguetear con el mechón de mi pelo, en cierto modo pasmada por que hubiese un dios sentado a mi lado, jugando con mi pelo, bromeando conmigo.

- —¿No deberías haber vuelto a casa ya y estar arropada con seguridad y de un modo muy respetable en tu cama? —preguntó.
 - —Es probable.

Deslizó sus ojos por mi cara.

—Debe de haber gente buscándote.

Me reí al tiempo que apartaba la vista de él.

-No.

—¿En serio? —La duda enturbiaba su voz—. ¿Es porque creen que ya estás donde se supone que debes estar?

Asentí.

- —Se me da muy bien ir y venir sin que nadie se dé cuenta.
- —¿Por qué no me sorprende? —Esbocé una sonrisa—. ¿Eso es una sonrisa? —Se inclinó sobre mí y me miró con demasiada intensidad como para ir en serio—. Lo es. Ya me has honrado con tres de ellas. Se me ha parado el corazón.

Sacudí la cabeza y puse los ojos en blanco.

- —No debe hacer falta gran cosa para pararte el corazón.
- —Al parecer, hace falta una princesa mortal —dijo—. Una que ronda por bosques encantados a altas horas de la noche y nada gloriosamente desnuda en un lago.

Opté por ignorar lo de «gloriosamente desnuda».

—¿Es habitual que los dioses pasen tiempo sentados charlando con mortales después de espiarlos?

Hizo ese sonido otra vez, esa risa profunda y oscura, mientras acariciaba mi pelo con el pulgar. Habría podido jurar que sentí esa caricia por toda la columna.

—Los Primigenios y los dioses hacen todo tipo de cosas con mortales después de que sus caminos se cruzan sin querer.

Mi mente tomó la poca experiencia que tenía con «todo tipo de cosas» y jugueteó tan contenta con ella.

Levantó la mirada de mi pelo, sus ojos como plata fundida.

- —Sobre todo con aquellos de los que hemos tenido el placer de ver todas esas partes *inmencionables*.
 - —¿Podemos fingir que eso no ha ocurrido?

Su sonrisa se ensanchó.

—¿De verdad estás fingiendo que no lo hice?

—Sí. —Los hombros de Ash se levantaron con una risa silenciosa—. ¿Los demás son tan…? —dejé la pregunta a medio terminar.

—¿Tan qué?

Era difícil pensar la palabra correcta.

- —¿Los demás son tan amables como tú?
- —¿Amables? —Ladeó la cabeza—. Yo no soy amable, *liessa*.

La forma en que dijo liessa fue... indecente.

- —Has reaccionado de un modo mucho más amable a cosas a las que la mayoría hubiera reaccionado con crueldad y sin dudarlo ni un instante.
 - —¿Te refieres a cuando me apuñalaste? —aclaró Ash—. ¿En el pecho? Suspiré.
- —Sí. Entre otras cosas. ¿Vas a decir que solo tienes un hueso amable para hacer compañía a ese único hueso decente?
- —Diría que tengo un hueso decente y amable en el cuerpo cuando se trata de ti, *liessa*.

Eso me cortó un poco la respiración.

—¿Por qué?

Sus ojos plateados se cruzaron con los míos una vez más, los zarcillos de *eather* estaban quietos ahora.

—No lo sé. —Soltó una breve risa sorprendida, el ceño fruncido—. Tampoco necesito saberlo. Que me hubiese marchado cuando despertaste o me haya demorado más no habría cambiado nada de este momento. No lo sé. Y esa es una... experiencia interesante.

Lo que dijo no me ofendió, sobre todo porque no le habría creído si me hubiese dado una lista entera de razones por las que se estaba comportando de un modo tan extraño conmigo. Era un dios. Viviera cientos de años o incluso más, todo lo que yo sabía podía contenerlo en la palma de su mano. Él era poder puro dado forma física, y tenía que haber infinitos seres en Iliseeum que fuesen mucho más, bueno... mucho más *todo* que yo. Había mortales mucho más intrigantes y dignos de ese único hueso amable y decente de su cuerpo. Y no lo decía para flagelarme. Tan solo era la verdad. Yo era única debido a lo que había hecho mi antepasado y porque había nacido envuelta en un velo y me habían otorgado un don de alguna manera y por alguna razón. No por nada que yo hubiese hecho con mi vida. La única parte comprensible era que él no entendía por qué estábamos ahí sentados.

—Pero hay algo que sí sé.

Eso picó mi curiosidad.

- —¿Qué?
- —Que quiero besarte, aunque no haya ninguna razón para hacerlo aparte de que me apetezca. —La intensidad ardiente de su mirada cautivó la mía—. Incluso llegaría al punto de decir que *necesito* hacerlo.

Un revoloteo salvaje brotó en mi pecho y se extendió enseguida, de un modo muy parecido a esa flor letal a la que decía que le recordaba.

¿Quería besarlo?

Pensé en cuando nos besamos la noche en que vi a los tres dioses por primera vez, y la intensa espiral apretada de mi bajo vientre me dijo que sí. Me atraía a un nivel visceral que no se había visto ensombrecido por lo irritante que podía llegar a ser de un momento al siguiente, ni por el hecho de que era un dios que servía al Primigenio de la Muerte. Cualquiera de esas dos cosas debería poder sofocar la clase de atracción que pudiera sentir, sobre todo la segunda, pero no podía negar que él era el origen de los fogonazos de calor que no tenían nada que ver con la vergüenza.

Nada parecía real ahora mismo. Desde el momento en que había curado al lobo *kiyou* hasta este mismo segundo. Era como si hubiese entrado en un mundo diferente, uno en el que no tenía que ser otra persona. Uno en el que era *querida* en lugar de despreciada, *deseada* en lugar de repudiada. Un mundo en el que simplemente era yo y no la Doncella fracasada ni la aspirante a consorte.

Sabía que no debería. Igual que seguramente no debería haber reunido el valor suficiente para entrar en El Jade y experimentar placer físico de acuerdo con mis términos y solo para mí. No tenía ni idea de lo que pensaría el Primigenio si alguna vez viniera a buscarme y se diera cuenta de que ya no era la Doncella... si lo sabría siquiera. También sabía que el riesgo era aún mayor con Ash, puesto que no era un dios de otra corte.

Pero quería *sentir*. Quería ser *alguien*. Quería que me besaran de nuevo. Que lo hiciera él.

Y no pensaba dejar que quien se suponía que era, en quien acabara convirtiéndome, ni ningún pensamiento sobre el Primigenio de la Muerte, me impidieran *desear*.

Mi pulso latía a una velocidad mareante.

—Entonces, bésame.

Capítulo 13



La sonrisa que se desplegó por el rostro de Ash no fue leve ni tenue. Fue amplia y radiante y llena de una sensualidad ardiente. Capté un breve atisbo de sus dientes, dos ligeramente más alargados y afilados... *colmillos*.

Ahora que los veía de verdad, supe que no tenían el tamaño de un dedo, como había afirmado una vez Tavius, pero también supe que podrían desgarrar mi piel con una facilidad sorprendente de todos modos. Verlos fue otro recordatorio más de lo que era Ash. Me provocaron una mezcla temblorosa de miedo y bochornosa excitación.

Entonces se movió para cerrar la distancia que nos separaba. Todas y cada una de las células de mi cuerpo se tensaron en una especie de anticipación sin aliento cuando su aroma silvestre y cítrico me envolvió.

—Creo que jamás había tenido tantas ganas de oír la palabra *sí* como ahora mismo —murmuró. El puente de su nariz rozó la mía. El escalofrío que me recorrió de arriba abajo no tuvo nada que ver con el tacto frío de su piel—. Jamás.

Y entonces sus labios se encontraron con los míos, y el primer contacto fue solo eso. Un *contacto*. Pero aun así fue una conmoción para todo mi organismo, igual que cuando había entrado en el agua antes. Notaba sus labios fríos contra los míos y la presión que ejercían era suave, como satén sobre acero. Ladeó un poco la cabeza y entonces dejé de pensar en sus labios.

Dejé de pensar en general.

La presión del beso aumentó y tiró de mi labio de abajo con esos colmillos afilados. Solté una exclamación y mi cuerpo entero se estremeció.

Su risa ronca tocó mis labios.

- —Me gusta ese sonido. Mucho.
- —A mí me ha gustado eso —susurré—. Mucho.
- —Pero eso, *liessa*, apenas era un beso.

La sangre zumbaba por mis venas cuando su mano se apoyó contra mi nuca. *Liessa*. *Algo precioso y poderoso*... Ahora mismo me sentía así.

Su boca tocó la mía una vez más, y este beso... no tuvo nada que ver con el suave contacto de antes. Era más duro, y la sensación de la punta de su lengua contra la unión de mis labios hizo que mi corazón se desbocara. Me abrí a él y el beso no fue solo profundo. El roce de su lengua contra la mía fue una exploración que sabía a miel y a hielo, y me besó como si la misma curiosidad casi desquiciada que me guiaba lo guiara también a él. Saber lo que era sentirse querida, deseada, amada... Solo sentir. Sabía que era ridículo. No creía que los dioses tuvieran la misma curiosidad, pero la crudeza de su beso iba más allá de esa necesidad de saber, mientras su mano se enterraba en mi pelo y la otra se desplegaba contra mi mejilla. El beso se convirtió en todas esas cosas. No había tenido ni idea de que un beso pudiese ser así.

Necesitaba sentir más, así que deslicé mis manos hacia sus hombros. Se estremeció al sentirlas. Ash tenía la piel fría y yo no sabía cómo podía estar así cuando yo era un fuego al rojo vivo. Tiré de él, lo quería más cerca, solo un pelín preocupada por no sentirme aprensiva con respecto a ese deseo. Una parte lejana y todavía operativa de mi mente sabía que debería estar más preocupada porque me sentía maravillosamente impulsiva y gloriosamente temeraria.

Pero Ash estaba más cerca y eso era todo lo que quería que me preocupara. Su corpachón empujó al mío hacia abajo y no hubo ni un momento de vacilación antes de que mi espalda golpeara la hierba. El peso de su tronco y la frialdad de su piel desnuda que se filtraba por la fina tela mientras su pecho presionaba contra el mío fue una sorpresa embriagadora y sensual para mis sentidos.

El sonido retumbante que brotó de su interior danzó por mi piel, mis pechos, y luego aún más abajo. Él parecía igual de afectado que yo, y eso me dejó descolocada de una manera mareante. Saber que él, *un dios*, podía reaccionar de un modo tan intenso...

Con las manos un poco temblorosas, deslicé los dedos entre su pelo y luego por su piel, donde el tatuaje se extendía hasta su nuca. Él sacó la mano de mi propio pelo mientras la mía bajaba por los tensos músculos que bordeaban su columna. Sus dedos acariciaron mi brazo, desde la parte de arriba de mi mano todo el camino hasta mi hombro y luego hacia abajo otra

vez. La palma de su mano rozó el lado de mi pecho y siguió bajando hasta mi cintura. Se me escapó un gemido suave al tiempo que arqueaba la espalda, un sonido que solo había oído antes en los oscuros recovecos del jardín o en las habitaciones con gruesas cortinas en El Jade.

Su mano se detuvo en mi cadera; su contacto fue más pesado de pronto cuando su boca abandonó la mía.

—¿Ese beso ha sido satisfactorio?

Mis pestañas aletearon antes de abrirse. Me topé de frente con sus ojos.

—Valdrá.

Se rio, grave y gutural.

- —¿Tan difícil eres de impresionar o qué?
- —En realidad, no —dije, aunque estaba muy impresionada.
- —Auch. —Su mano se apretó sobre mi cadera—. Entonces, supongo que tendré que hacer algo al respecto.

Este... este jugueteo amistoso me era desconocido. Era excitante. Como cuando descubría un pasadizo nuevo en el Distrito Jardín, solo que muchísimo mejor. Me gustaba. Mucho. Me tocaba algo por dentro, algo relajado y libre.

—Supongo que sí.

Solo que fui yo la que lo hizo.

Mi boca reclamó la suya y la manera en que nuestros labios se encontraron fue feroz y exigente, y provocó un caos de sensaciones salvajes y sin aliento en mi interior en el que caí ansiosa y dejé que me arrastrara. Me perdí en ellas del modo más maravilloso posible, me perdí en él. La sensación de sus labios fríos. El tacto de su lengua contra la mía y ese inesperado mordisquito de sus colmillos. Su sabor a miel y su olor exuberante. Y supe que estos eran el tipo de besos sobre los que había leído en esos libros. Los que nunca había experimentado en El Jade cuando buscaba aliviar la inquieta energía en mi interior. Porque esto podría hacerlo durante horas y no cansarme nunca. Lo sabía porque quería *más*. La mano que tenía sobre mi cadera me dio un apretoncito y luego se escurrió hacia abajo. Una perversa espiral de anticipación se enroscó en lo más bajo y profundo de mi cuerpo.

La mano de Ash vagó hasta el borde de mi combinación y la piel áspera de la palma rozó mi pierna desnuda. En ese momento, pensé que jamás estaría más agradecida de no llevar pantalones.

Sus labios se movieron contra los míos mientras deslizaba la mano hacia arriba por toda mi pierna, por debajo de la combinación. Reaccioné casi sin pensar, enroscando la pierna en una petición silenciosa para que siguiera

explorando. Hasta el último centímetro de mi cuerpo se tensó cuando la palma de su mano rozó la parte superior de mi muslo desnudo. Un doloroso deseo se instaló en un lugar muy *inmencionable*, ese que estaba a tan solo unos centímetros de su mano.

Pero entonces se quedó quieto.

Ash interrumpió el beso, jadeando como yo, y eso me sacudió. Un dios estaba tan afectado como yo.

—Esto se va a... —Tragó saliva al mirar entre nosotros—. Santo cielo...

Cada parte de mí estaba centrada en donde las yemas de sus dedos rozaban la curva inferior de mi trasero. Bajé la vista para seguir la dirección de la suya. La tela suelta de mi combinación había resbalado y había dejado a la vista justo las puntas endurecidas de mis pezones. Sus ojos bajaron hacia donde el dobladillo de la combinación se había arremolinado en torno a su antebrazo, arrastrado por encima de mis caderas. El contraste de nuestra piel, incluso a la luz de la luna, fue una imagen de una intimidad sorprendente. Igual que las zonas oscuras ahora expuestas al templado aire nocturno. Y a él.

Temblando, levanté la vista hacia él. Sus rasgos se habían afilado, se habían vuelto más cortantes. Y había una necesidad y un *hambre* en sus labios entreabiertos. Alcancé a ver un indicio de esos colmillos y otro escalofrío recorrió mi cuerpo. Me pregunté si debería tratar de taparme de su mirada, si él esperaba eso de mí. Pero si lo hacía, se iba a llevar una desilusión. Quería que me mirara como si quisiera devorarme.

De hecho, pensé que quizá quisiera incluso que me devorara.

Sentía la abrasadora intensidad de su mirada cuando levantó los ojos. Inclinó la cabeza y su boca reclamó la mía. Su beso fue exigente, tiró de mi labio de abajo con sus colmillos afilados. Y yo cedí a él, me abrí en canal. El beso se intensificó y su lengua resbaló por encima de la mía, su boca capturó mi gemido ahogado. Su sabor, su olor... todo él me invadió, desquició mis sentidos, me abrasó. Una necesidad palpitante, incluso dolorosa, se concentró en pleno centro de mi ser, muy cerca de donde su mano aún permanecía sobre mi pierna. Su pulgar se movió por el pliegue de mi muslo y me provocó un intenso escalofrío por todo el cuerpo justo cuando su boca abandonaba la mía y bajaba por un lado de mi cuello. Se demoró un poco sobre mi palpitante vena hinchada, su lengua era una caricia caliente y húmeda contra la piel. Ladeó la cabeza y sentí el inesperado y afilado roce de sus colmillos.

Todo mi cuerpo se arqueó al tiempo que se me escapaba su nombre con un suave suspiro.

—Ash.

Con la mente embotada por el deseo, tardé un momento en registrar que se había quedado quieto. Abrí los ojos.

—¿Pa… pasa algo?

Sacudió la cabeza con suavidad.

—No. Es solo que... —Besó el punto que acababa de mordisquear—. Jamás había oído mi nombre pronunciado de esa manera. Es una sensación extraña.

Deslicé mis dedos por sus brazos mientras me preguntaba cómo eso podía ser posible siquiera.

- —¿Es una sensación mala?
- —No. No lo es —dijo, y sonaba impresionado por su admisión. No estaba muy segura de qué pensar al respecto.

Pero entonces me perdí por completo otra vez cuando sus labios empezaron a moverse de nuevo. Depositó una retahíla de besitos cálidos a lo largo de mi cuello y por mi clavícula. Bajó y bajó hasta que su barbilla rozó la curva de mi pecho. Mis dedos se clavaron en la piel tersa de sus brazos cuando su aliento fresco danzó por encima del botón turgente de mi pezón.

- —¿Sabes qué? —me preguntó.
- —¿Qué? —Miraba la parte de arriba de su cabeza oscura, el corazón como un martillo pilón.
 - —Puedes llamarme como quieras.

Una risa ligera brotó de mi interior.

- —No estoy segura de que lo digas del todo en serio.
- —Sí que lo hago. —Movió la cabeza y sus pestañas se levantaron. Unos chispeantes ojos plateados conectaron con los míos—. *Cualquier cosa*.

No podía apartar la vista. Sus ojos me tenían atrapada mientras su boca se cerraba sobre mi pecho y succionaba la piel sensible hacia el fondo de su boca. Solté una exclamación ante el contraste entre su frialdad y el calor de mi piel. Otro pálpito anhelante me recorrió de arriba abajo cuando su pelo cayó hacia delante y resbaló por mi piel.

Entonces se apartó, después de dejarme sin aliento. Empezó a besar el espacio entre mis senos.

—No quisiera que este otro se sintiera solo.

Sonreí mientras dejaba caer la cabeza hacia atrás sobre la hierba húmeda.

- —¿Es ese el único hueso amable y decente de tu cuerpo que ha levantado la cabeza?
- —Quizá. —Su lengua giró en torno al pezón de mi otro pecho. Succionó la cosquillosa cima con su boca y arrastró la punta de un colmillo por encima

de ella. Otro grito brusco surgió de mi interior—. Pero —continuó, al tiempo que deslizaba la lengua por la piel aún dolorida— creo que son todos los huesos malvados e indecentes de mi cuerpo los que guían mi consideración.

Me mordí el labio cuando su boca volvió a cerrarse sobre la piel de la zona. La sensación que me producía... era bastante malvada, y entonces su pulgar se movió a lo largo de la cara interna de mi muslo otra vez. Retomó sus desquiciantes círculos lentos, se acercó muchísimo a donde palpitaba una ardiente sensación de necesidad y deseo. Esperé y esperé, preguntándome si me *tocaría*. Rezando por que lo hiciera. Necesitaba que lo hiciera, pero ese pulgar, esos dedos suyos, se acercaban y luego se alejaban, más cerca y luego lejos, todo mientras su boca, sus labios y sus dientes jugueteaban con mis pechos.

Necesidad, asombro y el intenso fuego que él había prendido en mi interior inundaron hasta el último rincón de mi ser de un calor líquido. Mi paciencia, que nunca era mi fuerte, me falló.

Deslicé la mano por los duros músculos de su brazo hasta donde su mano permanecía sobre mi muslo. Su pulgar deambulador se detuvo y sus dedos se abrieron, rozaron la humedad arremolinada entre mis muslos. Mis dedos serpentearon por encima de los suyos.

Ash levantó la cabeza y mis ojos se abrieron para encontrármelo mirándome de un modo crudo y hambriento que me provocó otra oleada de escalofríos.

—¿Qué quieres de mí, liessa?

Algo precioso y poderoso...

Eso era lo que quería.

Sus labios se entreabrieron y pude ver las puntas de sus colmillos.

-Muéstramelo.

Con los ojos fijos en los suyos y el corazón martilleando en mi pecho, bajé su mano de mi muslo hacia donde sentía ese ardor palpitante. Mis caderas se estremecieron ante su contacto frío contra mi piel mojada y caliente.

Unas radiantes hebras de *eather* salieron disparadas por el tono plata de sus ojos.

—*Muéstramelo* —repitió con voz ronca mientras deslizaba un dedo por mi mismísimo centro—. Muéstrame lo que te gusta y te lo daré.

Apenas podía respirar mientras amoldaba mi mano a la suya. Jamás en mi vida había hecho nada como esto. Pero parecía... tan natural. Tan correcto. Y aun así tan excitantemente escandaloso. Moví su pulgar con el mío para

dibujar esos círculos alrededor del haz de nervios. El poco aire que logré aspirar se me quedó atascado.

—¿Eso es todo? —preguntó, su voz era un murmullo oscuro y pecaminoso. Movió el pulgar debajo del mío—. ¿O hay algo más que necesites, *liessa*? Algo más que te guste. Muéstramelo.

Era como si su voz llevase aparejada una coacción, una orden que tuviese que obedecer. Aunque yo tenía todo el control de la situación cuando apreté uno de sus largos dedos contra mi parte más blanda, justo en la zona más caliente y mojada. Solté una exclamación ahogada al sentir que su dedo frío separaba mi piel antes de hundirse despacio dentro de mí.

En ese momento, los ojos de Ash se desviaron de los míos y cayeron adonde nuestras manos estaban unidas. Su pecho subió con brusquedad mientras me observaba, mientras *nos* observaba mover su dedo, más y más profundo. Y siguió mirando cuando levanté las caderas para moverlas contra sus dedos y su mano. No apartó la mirada. Ni siquiera parpadeó cuando presioné otro de sus dedos y lo introduje en mí. Me dio la impresión de que ni siquiera respiraba. De hecho, a lo mejor ninguno de los dos lo hacíamos mientras sus dedos me llenaban, estiraban mi piel, hasta que sentí un pelín de incomodidad seguida de una oleada de agudo placer.

—Estás... —Aspiró una bocanada de aire brusca al tiempo que sacaba los dedos, antes de seguir el arqueo de mis caderas con esos ojos chispeantes—. Tan caliente. Tan blanda y cálida. Mojada. —Se estremeció, su voz más pastosa mientras introducía los dedos otra vez y los míos se limitaban a aferrarse a su muñeca—. Eres como seda y rayos de sol. Preciosa. —Deslizó los dientes por su labio de abajo y pensé... pensé que sus colmillos parecían más largos, más afilados, al tiempo que mi espalda se arqueaba sobre la hierba y apretaba las caderas contra su mano. Algo en el acto de observarlo, de observarnos, era escandaloso. Hizo que mi estómago diera un brinco y luego una voltereta. Estiró mis nervios hasta que parecieron a punto de romperse—. Eso es, *liessa*, cabalga mi mano.

Sus palabras abrasaron mi piel, quemaron a través de todo mi cuerpo. Eché la cabeza atrás y se me cerraron los ojos. La sangre palpitaba con fuerza mientras mis caderas cabeceaban y se contoneaban contra él. La tensión se acumuló, cada vez más y más apretada.

Se colocó encima de mí, pecho con pecho, y su boca se cerró sobre la mía una vez más. Su forma de besar era igual de salvaje que la sensación que se acumulaba en mi interior. Mi otra mano se hundió en su pelo mientras hacía justo lo que me había pedido con un abandono salvaje. Todo lo que oía era el

sonido de nuestros besos y las embestidas mojadas de sus dedos. Todo lo que sentía era a él y la aguda tensión que se instalaba en mi mismísimo centro, que se enroscaba cada vez más apretada... Mi cuerpo se puso tan tenso como la cuerda de un arco y luego todo estalló en mil pedazos.

Su boca capturó el grito de placer cuando el éxtasis se extendió por todo mi ser en espasmos devastadores, latigazos que inundaron de placer cada uno de mis nervios, mis venas y hasta las puntas de mis dedos. Fue alucinante, las oleadas y oleadas de puro sentimiento.

Solo cuando mi mano cayó de su muñeca, sacó sus dedos despacio de mi interior y apartó la boca de la mía.

- —Preciosa —susurró contra mis labios hinchados. Mis pestañas aletearon antes de abrirse.
- —Yo... —Me faltaban las palabras cuando levantó esos dos dedos relucientes y muy malvados. Sus ojos luminosos me sostuvieron la mirada mientras los deslizaba dentro de su boca. Mi cuerpo se arqueó como si su boca succionara mi piel, no la suya.

Jamás había visto nada tan desvergonzado en toda mi vida.

Sonrió alrededor de sus dedos, al tiempo que los extraía despacio de su boca.

—Sabes como el sol.

Mi corazón dio un traspié.

—¿Cómo… cómo sabe el sol?

Esa curva de sus labios lucía perversa ahora.

—Como tú.

Su boca regresó a la mía. Puede que fuese por sus palabras, por mi sabor sobre sus labios, o por cómo todavía sentía sus dedos dentro de mí. Pudo ser por todas esas cosas. Fuese lo que fuere, alimentó una necesidad de darle lo que él me había dado. Para que pudiéramos compartir ese placer. Deslicé una mano entre nosotros y encontré su grueso y duro miembro, apretado contra la tela suave de sus pantalones. Otra oleada de intenso placer irradió a través de mí al tocarlo. Todo su cuerpo se estremeció, de un modo muy parecido al mío cuando él me había tocado por primera vez.

Ash hizo ese sonido oscuro y lujurioso otra vez mientras metía su propia mano entre nosotros y la cerraba por encima de la mía. Apretó contra la palma de mi mano y volvió a estremecerse.

- —Esto... esto será mucho más que solo besarse y tocarse.
- —¿Ah, sí? —Jamás había oído que mi voz sonara tan aterciopelada. Jamás había sentido mi corazón latiendo por todo mi cuerpo como lo hacía

ahora, a medida que otra espiral de anticipación se enroscaba en mi interior —. Quiero hacer lo que tú has hecho por mí.

Apretó la mandíbula cuando cerré la mano sobre él por encima de sus pantalones.

- —No tienes ni idea de lo mucho que deseo eso.
- —Yo también lo deseo —susurré en el espacio entre nuestras bocas.
- —Pero no es la palma de tu mano la que quiero envuelta en torno a mi pene ahora mismo. Es *a ti* a quien quiero. Apretada y mojada y caliente murmuró, y un escalofrío de deseo rodó a través de mí al tiempo que apretaba más la mano a su alrededor. Soltó un gemido gutural—. Y si sigues tocándome de ese modo, eso es lo que va a ocurrir. Voy a entrar en ti y no serán mis dedos lo que cabalgarás. —Bajó la cabeza otra vez, sus labios rozaron los míos—. Creo que lo sabes.

Sí que lo sabía.

Oh, por todos los dioses, desde luego que lo sabía.

Tragué saliva, mi mano vacilaba mientras la deslizaba por la dura superficie de su pecho. Un centenar de pensamientos rondaban por mi cabeza, una batalla entre la impulsividad y la cautela, la imprudencia y la sensatez. Ya habíamos ido demasiado lejos. Una parte de él había estado *dentro* de mí. Él conocía mi sabor. Había infinidad de razones por las que debería seguir la voz de la cautela y la sensatez, y solo unas pocas para seguir a la impulsividad y la imprudencia. Pero esas eran más ruidosas, más incesantes.

No quería que esto, fuese lo que fuere, terminase aún. No quería volver a la realidad, donde sabía que no volvería a sentir *esto* nunca más. Esta locura salvaje. Esta conexión con mi cuerpo. Con el suyo. Esta verdad. Ninguna esperanza agonizante de cumplir con mi deber; de tomar algo como esto, algo precioso y poderoso, y utilizarlo para matar. Ninguna necesidad de ser nadie aparte de mí misma.

Así que hice caso omiso de la cautela y la sensatez.

—Sé lo que ocurrirá.

Sus labios se curvaron en una sonrisa contra los míos.

- —Eres una princesa.
- —¿Y? Tú eres un dios.

Ash se rio entonces, el sonido fue como humo espeso y pesado en mis venas.

- —Y tú no deberías ser seducida en el suelo de un bosque.
- —¿Y si no fuese una princesa? —contraataqué, separando la mano de la suya—. ¿Sería adecuado comenzar con dicha seducción entonces?

Otra risa grave danzó sobre mis labios y su mano rozó la curva de mi muslo.

- —Nadie debería ser seducido en el suelo de un bosque. Sobre todo cuando seguramente sentirá la punzada ardiente del arrepentimiento más tarde.
 - —¿Cómo sabes que me arrepentiré?
 - —Lo harás. —Sus labios tocaron la comisura de los míos.

Se me ocurrió entonces que debía de estar refiriéndose a las consecuencias que a menudo ocurrían tras una buena seducción. Un bebé. Me relajé, aliviada de que él tuviera la suficiente presencia de ánimo para pensar siquiera en ese tipo de cosas cuando a mí la idea ni se me había cruzado por la imaginación. Un niño nacido de un mortal y un dios era algo extremadamente raro, tanto que jamás había conocido a ninguno.

- —Eso puede prevenirse —susurré, en alusión a una hierba que sabía que podían tomar las mujeres, antes o después, y que inhibía ese tipo de cosas—. Es una…
- —Ya sé lo que es —me interrumpió—. Por mucho que te sorprenda, no me refería a eso.

Fruncí el ceño.

- —Entonces, ¿de qué crees exactamente que *sí* me voy a arrepentir? ¿O crees que no sé cuáles son mis deseos y necesidades?
- —No, me da que eres una persona que sabe *muy bien* lo que desea y necesita —replicó—. Pero esto no es sensato.
- —Entonces, ¿qué estás haciendo? —pregunté, y le di un suave empujón en el pecho.
- —Intentando no empezar con esa seducción. —Su mano se deslizó despacio alrededor de mi trasero, donde sus dedos apretaron contra mi piel.

Un pulso palpitante de sensibilidad pasó como una exhalación a través de mí.

- —Por... por si no te habías dado cuenta, tienes una forma muy rara de no entrar en el juego de la seducción.
- —Lo sé —admitió—. Es probable que se deba a que no tengo demasiada experiencia con todo lo que conlleva la seducción.

Me invadió la sorpresa. Abrí la boca para preguntar si se refería a lo que yo pensaba, porque seguro que, como dios, no podía... pero sus labios volvieron a encontrar los míos una vez más. Y los besos... *sus* besos, eran algo que me distraía mucho. Su boca se movió sobre la mía de un modo lento y embriagador, como si bebiera de mis labios. Me dio la impresión de que habían pasado horas, aunque sabía que no habían sido más que unos minutos.

No fue tiempo suficiente ni de lejos, pero pronto esos besos se ralentizaron aún más, cada vez más suaves. No hubo más pinchacitos inesperados con sus colmillos, y con cada pasada de sus labios y cada roce de su lengua supe que no iríamos más lejos que esto.

A pesar de cómo lo había desafiado y de su contención algo irritante y sorprendente, este... este final *estaba* bien. Era lo más sensato, porque olvidar la forma en que besaba, el placer que me había dado y cómo me sentía ahora mismo ya sería bastante difícil de por sí. Cualquier otra cosa sería imposible.

Sus labios tiraron despacio de los míos y me dejaron en una nube placentera cuando su cabeza se levantó. Abrí los ojos y lo encontré escudriñando los olmos.

Me costó un momento que la preocupación se filtrara en mi interior.

- —¿Oyes algo?
- —Nada parecido a lo de antes. —Me miró mientras deslizaba la mano por mi pierna y luego la retiraba—. Si me quedara, creo que me obsesionaría con tratar de contar exactamente cuántas pecas tienes. —Lo que dijo… tironeó de mi corazón. Respiré hondo. *No* necesitaba sentir eso—. Pero tengo que irme. —Obligué a mis manos a aflojarse sobre sus hombros, sin saber muy bien cómo habían llegado ahí siquiera. Asentí—. Debería haberme marchado ya añadió—. No esperaba quedarme tanto tiempo esta noche.

Hice caso omiso de la quemazón que la desilusión me provocó en la boca del estómago.

- —Creo que esta noche ha sido… inesperada por completo.
- —En eso puedo estar de acuerdo —repuso, y me tocó la mejilla. El gesto me sorprendió. Pescó uno de mis rizos, lo estiró y después lo enroscó despacio en torno a su dedo. Se quedó ahí pasmado, mirando el mechón de pelo y pasando el pulgar por encima—. ¿Te vas a ir a casa ahora en busca de una cama mucho más cómoda que el suelo del bosque?

Asentí.

Pero él no se movió de encima de mí, su peso aún era agradable de un modo algo embriagador. Mientras parecía momentáneamente absorto en mi pelo, aproveché la oportunidad. Me aferré a ella, en realidad. Deslicé los ojos por su frente y la orgullosa línea de su nariz, la altura angulosa de sus pómulos y esos labios sorprendentemente suaves. Estudié el perfil de su mandíbula y la tenue cicatriz de su barbilla. Me grabé todos esos detalles en la memoria, igual que había hecho con la sensación de su piel contra la mía y con cómo notaba mis labios todavía cosquillosos por el contacto con los suyos.

Solté el aire despacio.

- —Si te vas a marchar, tendrás que soltar mi pelo.
- —Cierto —murmuró, al tiempo que desenroscaba el dedo del rizo. Sin embargo, no soltó el mechón. En lugar de eso, lo remetió detrás de mi oreja con una dulzura tal que decidí que sería mejor *no* recordar.

Entonces inclinó la cabeza hacia mí y depositó un beso en el centro de mi frente, y *esa* era otra cosa que me aseguraría de olvidar. Después, Ash se levantó con la misma gracia con que lo había hecho al enfrentarse a esas criaturas.

Me apresuré a sentarme y me aseguré de que la combinación cubriera todos los inmencionables lo mejor posible. Seguí lanzándole miraditas furtivas. Mis ojos deambularon más abajo, hacia donde habría jurado que aún podía ver el duro relieve de su erección. Ash guardó silencio mientras se ponía la camisa. Un rayo de luna centelleó sobre el brazalete de plata que rodeaba su bíceps cuando se dispuso a calzarse las botas. Lo último que recogió del suelo fue la vaina con su espada.

Entonces se giró hacia mí y su mirada... pude sentirla como un contacto físico. Tocó mi mejilla, mis pechos, y luego bajó a lo largo de una pierna desnuda. Al paso de sus ojos quedó un intenso calor, del que tuve la desoladora sospecha de que me atormentaría durante mis noches de insomnio.

Ash miró otra vez hacia el bosque.

—No esperes demasiado para regresar a casa —me aconsejó.

Mis cejas treparon por mi frente mientras hacía un esfuerzo por reprimir la respuesta antagonista que seguro que afilaba mi lengua. No sabía si su orden provenía de un lugar de supuesta autoridad o de uno de preocupación. Tampoco era algo a lo que estuviera acostumbrada. Nadie solía decirme qué hacer, aparte de echarme de alguna habitación, sobre todo durante estos tres últimos años.

Dio un paso hacia mí, pero luego se detuvo. Su pelo cayó para descansar contra su mejilla y su mandíbula, rozaba su hombro.

- —Yo... —Parecía no saber cómo continuar.
- —Ha sido agradable hablar contigo —dije, y era una verdad como un castillo. Ash se quedó muy callado y muy quieto. Yo me ruboricé—. Aunque es verdad que me espiaste —añadí a toda prisa—. De un modo de lo más inapropiado.

Apareció una leve sonrisa, sin asomo de colmillos, pero sus rasgos se suavizaron.

—Para mí también ha sido agradable hablar contigo. De verdad —dijo, y mi estúpido corazón empezó a bailotear por mi pecho—. Ten cuidado.

—Tú también —logré farfullar.

Ash se quedó ahí un instante más antes de dar media vuelta. Sus pisadas apenas se oían mientras se alejaba. Mi sonrisa se diluyó un poco mientras lo observaba marchar, hasta que ya no lograba distinguirlo entre las espesas sombras. Me quedó un extraño dolor en el pecho. Una sensación de pérdida que no tenía nada que ver con a dónde nos habían llevado o no llevado los besos, ni siquiera con la falta de contacto. Era como haber conocido a un amigo y luego haberlo perdido de inmediato. Eso era lo que sentía en realidad. Las cosas de las que habíamos hablado parecían temas que uno solo compartía con los amigos. El resto... bueno, no creía que los amigos compartieran *eso*.

En cualquier caso fue una especie de pérdida, porque no pensé que fuese a verlo nunca más. Supuse que si Ash seguía observando, yo no sería consciente de ello, como antes. Que quizá se había dado cuenta de que esto había ido demasiado lejos. Lo pensé porque él no me había preguntado mi nombre.

Seguía siendo una extraña para él.

Sacudí la cabeza y me puse en pie. Encontré mi vestido a la luz de la luna y, al ponérmelo, oí un sonido que, por extraño que pudiera parecer, había estado ausente.

Los pájaros.

Se llamaban unos a otros y cantaban sus canciones a medida que la vida volvía a pulular por el bosque.

Capítulo 14



—Hubo altercados en Croft's Cross ayer por la noche. La cosa empezó con una protesta contra la corona y lo poco que se está haciendo para detener la Podredumbre, pero los guardias lo convirtieron en una revuelta callejera por la manera de responder. —Sentada al pie de mi cama, Ezra se pasó una mano por la cara. Había aparecido un poco después de que sirvieran el desayuno, con aspecto de haber dormido aún menos que yo. Unas oscuras sombras se extendían por debajo de sus ojos—. Mataron a seis personas. Muchas menos de lo esperado, por terrible que eso pueda sonar. Pero hubo muchos heridos. El fuego destruyó algunas casas y algún que otro negocio. Hay quien dice que lo provocaron los propios guardias.

—No me había enterado. —Distraída, retorcí mi pelo en una gruesa liana. Me hundí aún más en los descoloridos cojines de la butaca colocada delante de la ventana. La vista daba a los Olmos Oscuros, un lugar que parecía un mundo diferente ahora—. Deja que lo adivine, ¿los guardias actuaron por orden de la corona?

—Exacto —confirmó. Se quedó callada mientras miraba por la habitación a su alrededor. Sus ojos se deslizaron por encima del estrecho armario, el único otro mueble aparte de la butaca en la que estaba sentada ahora mismo, la cama y el baúl al lado del estribo de esta. Multitud de libros formaban torres inclinadas contra la pared, puesto que no había estanterías donde colocarlos. No tenía baratijas ni otros artículos personales, tampoco carritos para la comida ni cuadros de Maia, la Primigenia del Amor, la Belleza y la Fertilidad. Ni de Keella. Ni mullidos sofás en los que sentarme a gusto. Mi habitación no tenía nada que ver con la de Ezra ni con la de Tavius. Antes

solían afectarme las diferencias entre nosotros, incluso cuando era la Doncella. Ahora estaba acostumbrada a ello.

—Pero no es que no tuviesen autonomía ni control de sus acciones — continuó Ezra—. Había otras formas de manejar el asunto.

Esta no era la primera protesta que se había vuelto violenta. En la mayoría de los casos, era la respuesta la que siempre empeoraba la situación. A veces, era la gente, pero no podía culparla cuando estaba claro que veían que las demostraciones pacíficas no estaban llamando la atención de la corona, y cuando demasiados de sus familiares estaban sin trabajo y se morían de hambre.

—Los guardias podrían haberlo manejado de otro modo, sí. —Contemplé las copas de los olmos, cómo oscilaban con suavidad. En algún sitio más allá de esos árboles, aguardaba el lago. Se me hizo un nudo en el estómago. Incluso pensar en él me parecía distinto ahora, y no estaba segura de si eso auguraba algo bueno o malo, o nada en absoluto—. Pero no creo que les importe lo suficiente como para intentar apaciguar la situación. Y es probable que ellos hayan provocado los incendios como forma de castigo o para que, de algún modo, fuesen los protestantes los que quedaran en mal lugar.

—Por desgracia, tengo que estar de acuerdo contigo. —Hizo una pausa—. Me sorprende que no supieras ya lo que había pasado, o que no estuvieses metida en las revueltas tú misma.

La siguiente inspiración se me quedó un poco atascada en la garganta y retorcí mi pelo aún más fuerte. Dos luminosos ojos plateados aparecieron en mi mente. Sentí otra punzada, más abajo, en la tripa. ¿Cómo podía explicar lo que había estado haciendo ayer por la noche? ¿O incluso hablar sobre ello cuando mi mente voló de inmediato a cómo había sentido la piel de Ash contra la mía? El tacto de sus labios, de sus dedos...

Muéstramelo.

Me aclaré la garganta.

—Estuve en el lago y perdí la noción del tiempo —comenté, y la mentira me pareció blanda incluso a mí. Pero si le contaba algo de la víspera, incluso los detalles menos íntimos, era comprensible que tuviera preguntas. Lo haría pero... simplemente no quería hablar de Ash ni de nada de lo que habíamos compartido. Todo parecía demasiado irreal. Me daba la impresión de que si empezaba a hablar de ello, aparecerían pequeños agujeritos que fracturarían el recuerdo entero.

Solté mi pelo.

—¿Se le ocurrió siquiera a la corona o a su heredero acercarse al lugar para comprobar el estado de su gente? ¿O para tratar de calmar los ánimos? ¿Escuchar sus preocupaciones?

La risa de Ezra fue seca.

- —¿Me lo estás preguntando en serio? —Sacudió la cabeza mientras jugueteaba con el encaje del cuello de su vestido azul pálido—. Tavius estaba encerrado en su habitación. De hecho, sigue ahí, incluso ha pedido que le llevaran el desayuno. Y el rey tiene pensado dirigirse a la gente en algún momento, para asegurarles que se está haciendo todo lo que puede hacerse.
 - —Qué oportuno por su parte.

Ezra resopló con desdén.

Dejé que mi mejilla se apoyara contra el respaldo de la butaca y miré con atención a mi hermanastra. Me fijé bien en las sombras debajo de sus ojos. Sin necesidad de que lo dijera, supe que había estado ahí fuera la noche anterior, con la gente, ayudando en todo lo posible. Igual que acudía al lugar día tras día.

—Tú deberías ser la heredera —le dije—. Serías muchísimo mejor regente que Tavius.

Arqueó las cejas.

- ---Eso es solo porque cualquiera sería mejor regente que Tavius.
- —Cierto —dije con voz queda—. Pero tú serías mejor regente porque de verdad te importa la gente.

Ezra esbozó una sonrisa triste.

—A ti también te importa.

¿Cómo podía no importarme, cuando mi destino había consistido en detener las cosas que le estaban sucediendo a la gente? Reprimí un suspiro.

—Sabes lo que ocurrirá a medida que la Podredumbre siga extendiéndose. ¿Cómo crees que lo va a gestionar Tavius?

La curva de sus labios se diluyó.

- —Solo podemos rezar por que ese día no llegue pronto, o que se case con alguien mucho más... —Frunció el ceño, en busca de la palabra correcta. Una palabra más amable que lo que salió por mi boca.
- —¿Mucho más inteligente? ¿Compasivo? ¿Empático? ¿Valiente? ¿Solícito...?
- —Sí, todas esas cosas. —Se rio al tiempo que me miraba con más atención—. ¿Estás bien?
 - —¿Sí? —Fruncí el ceño—. ¿Por qué me preguntas eso?

—No sé. —Siguió mirándome—. Es que pareces... ida. Llámalo «intuición familiar».

¿Familiar? A veces olvidaba que éramos familia. Me resistí al impulso de retorcerme en la butaca.

- —Creo que tu intuición familiar está un poco oxidada.
- —Quizá. —Se echó atrás y la curva volvió a sus labios, pero la sonrisa no le llegó a los ojos—. Iba a acercarme a Croft's Cross a ver cómo iban las reparaciones de las casas y los negocios dañados, y luego a ver a los curanderos para preguntarles si necesitan ayuda con los heridos o algo. ¿Quieres venir conmigo?

El hecho de que me lo pidiera me llegó al corazón.

—Gracias —dije, al tiempo que descruzaba las piernas en la butaca—, pero iba a ir a ver si encontraba restos en la cocina y a visitar a los Couper. Sé que tanto Penn como Amarys llevan buscando trabajo desde que sus tierras quedaron arrasadas por la Podredumbre.

Ezra asintió despacio.

—¿Sabes lo que creo? —preguntó—. Que tú eres la reina que necesita la gente de Lasania.

Me eché a reír, una risa profunda y sonora, aunque la voz de mi hermanastra había sido más solemne que nunca. Eso era algo que no podía pasar, que no pasaría jamás. Seguí riéndome sobre el tema después de que Ezra se hubiera marchado, mientras me ponía una anodina falda marrón y una blusa blanca hecha de un fino linón de algodón. Ya se notaba que el calor iba a ser brutal hoy y ni siquiera yo quería que me pillara con pantalones. Me trencé el pelo a toda prisa, escondí un pequeño cuchillo con una malvada hoja de sierra dentro de mi bota y fijé la daga de hierro a mi muslo. Luego me encaminé hacia la torre oeste. El sol de la mañana pugnaba por penetrar en la torre mientras bajaba las en ocasiones resbaladizas escaleras a los pisos inferiores. Salí a uno de los pasillos menos transitados. Moverme por los pasillos desiertos se había convertido en una costumbre. Así había menos probabilidades de atraer las miradas curiosas de los sirvientes nuevos que todavía no estaban seguros de quién era. También era más fácil evitar a los sirvientes mucho mayores que se comportaban como les habían enseñado: actuaban como si ni siquiera me viesen. Como si de verdad no fuese más que un espíritu perdido.

El aroma a carne frita aún flotaba en el ambiente cuando entré en las cocinas. Los sirvientes revoloteaban entre los distintos puestos de trabajo, lavando y fregando, o bien preparando las comidas para el resto del día. Giré

hacia la derecha, hacia la montaña de hombre que daba hachazos a un trozo de carne de buey como si hubiese insultado con violencia a él y a toda su familia.

Lo cual significaba que apenas toleraría mi presencia.

- —¿Tienes algo para mí? —le pregunté.
- —Na' útil ni pa' las más hambrientas de las bocas —repuso Orlano en tono hosco, sin vacilar ni un instante en sus machetazos.

Miré a mi alrededor con los ojos entornados. Clavé la vista en las cestas de patatas y verduras apiladas cerca de las sacas de manzanas.

- —¿Estás seguro?
- —To' lo que estás viendo es pa' esta noche. Vienen invitados rimbombantes. —Su cuchillo de carnicero bajó con un golpe mojado—. Así que na' de salir corriendo con na' de eso. 'Sas bocas necesitás tendrán que buscarse la vida por sí solas.
- —Ya se buscan la vida —refunfuñé, al tiempo que pensaba de qué invitados se trataría. Tardé unos momentos en recordar que se acercaba un Rito—. Y siguen necesitadas.
- —No es mi problema. —Se limpió una mano sobre la parte de delante del delantal—. Tampoco es tu problema.
- —¿Estás seguro de eso? —Hice una mueca a medida que las tiras de carne que lanzaba a un cuenco aterrizaban con un sonido mojado—. A lo mejor es problema del rey y de la reina.

Su cuchillo de carnicero se quedó muy quieto en medio del aire mientras giraba la cabeza hacia mí. Sus ojos oscuros se entornaron debajo de sus cejas canosas.

—No vayas diciendo cosas así cerca de mí cuando incluso ´tas malditas ollas y sartenes tienen ojos y oídos. No es como si no fuese prescindible.

Nunca sabía si Orlano sospechaba quién era yo, pero a veces, como ahora, me daba la impresión de que quizá supiera que era la Doncella fracasada *y* la princesa.

—Al rey Ernald le encantan tus dulces y cómo cocinas los asados —le informé—. Es probable que seas la persona menos prescindible de todo este castillo, incluida la reina.

Sus ojos se llenaron de orgullo, aunque bufó de todas maneras.

—Venga, sal d'aquí ya. Necesito qu'esas chicas de ahí atrás se pongan a pelar manzanas en lugar de mirarte y rezar.

Las comisuras de mis labios se curvaron hacia abajo cuando miré hacia las sacas. Dos sirvientas jóvenes con blusas blancas, almidonadas hasta el punto de que podrían sostenerse en pie solas, nos observaban al cocinero y a mí con nerviosismo. Los peladores que sujetaban en la mano levitaban en el aire, inmóviles, a diferencia de sus labios. Vaya, en verdad parecían estar rezando. Solo los dioses sabían qué tipo de rumores habían oído para verse impulsadas a hacer eso.

- —Vale. —Me aparté de la encimera.
- —Al la'o del horno hay unas cuantas manzanas golpeás y unas patatas que están a punto de ponerse malas. —Orlano volvió a su pedazo de carne—. Pue'es llevártelas.
 - —Eres el mejor, ¿lo sabes? —le dije—. Gracias.

Se puso rojo como un tomate.

—Sal d'aquí.

Me reí entre dientes y pasé a su alrededor a toda prisa. Me apresuré a transferir la comida a un saco de yute y luego fui hacia las grandes puertas redondeadas. Me aseguré de pasar deprisa por delante de las sacas y de las dos sirvientas.

Sin embargo, ralenticé el paso al mirarlas.

—Tened cuidado con cuánto rezáis. Puede que un dios o un Primigenio conteste a vuestras plegarias.

Una de las chicas dejó caer el pelador.

—¡Chica! —gritó Orlano.

Les guiñé un ojo a las jóvenes y saqué el culo de la cocina antes de que Orlano me echara de ella a patadas. El buen humor no me duró demasiado. De hecho, se diluyó en cuanto salí al sol matutino y vi la actividad en las cuadras.

Maldita sea.

Ya habían empezado a llegar nobles de fuera de Carsodonia para el Rito, sus carruajes eran un mar de escudos familiares. Lo último que necesitaba hacer ahora mismo la corona era alimentar a familias de todos los rincones del reino que no tenían ningún problema para alimentarse a sí mismas.

Esto no le sentaría bien al pueblo.

Toda la comida que prepararían a lo largo de los siguientes días podría ir en cambio a quienes de verdad la necesitaban. Pero entonces la corona no sería capaz de mantener la fachada de estabilidad, la cual se estaba agrietando y mostraba signos de debilidad. Ninguna cantidad de vestidos sofisticados ni banquetes elaborados podría esconder eso.



Subí por la polvorienta cuesta; el saco con manzanas y patatas era una carga inusualmente pesada en los brazos, a pesar de que solo quedaba la mitad de su contenido ya. Lo poco que había dormido hacía que cada paso me pareciera como veinte, pero aun así, a pesar de *todo*, sonreí un poco cuando los grandes olmos que bordeaban el camino de tierra bloquearon el intenso resplandor del sol mañanero.

La noche anterior se me hacía surrealista, como un sueño febril, cosa que parecía más plausible que haber pasado unas cuantas horas al lado del lago hablando con un dios de las Tierras Umbrías... un dios que me había *tocado*. Que me había dado placer.

El sudor perlaba mi frente cuando levanté la mano y tiré de la capucha de mi blusa hacia delante para protegerme mejor la cara del sol. *Ash*. Un inquietante calorcillo se arremolinó en mi bajo vientre, pero era mucho mejor que darle vueltas al estado del reino o a cualquiera de las otras miles de cosas que no podía hacer nada por cambiar. Hacerlo solo me hacía sentir inútil y culpable. Pero ¿esos besos, la forma en que me había tocado y lo que había dicho? Me hacían sentir eufórica y lasciva y una docena de otras cosas diferentes y desquiciantes. Y no sentía ni una pizca de remordimiento. Me había divertido... *a fondo* y, sin pretenderlo, había creado una miríada de recuerdos que perdurarían en mi mente durante quién sabe cuánto tiempo.

Sin embargo, también *notaba* una punzada de tristeza, porque se había terminado. Y a cada día que pasara, sabía que esos recuerdos no serían tan vívidos y nítidos. Se convertirían en poco más que un sueño borroso. En cualquier caso, no dejé que la tristeza se apoderara de mí. Si lo hacía empañaría mis recuerdos, y me negaba a dejar que sucediera eso. Ya tenía demasiados pocos que fueran buenos, tal como estaban las cosas.

Lo que había dicho Ash acerca de no tener demasiada experiencia en el tema de la seducción volvió a mi mente y le di vueltas de manera obsesiva, cosa que ya había hecho durante una cantidad de tiempo decente. ¿De verdad había querido insinuar que no tenía demasiada o ninguna experiencia cuando de intimidad se trataba? Eso parecía imposible. Era un dios que lo más probable era que tuviese, como muy poco, varios cientos de años. Y se le daba demasiado bien besar y tocar para alguien sin experiencia. Pero...

Era *verdad* que me había pedido que le mostrara lo que quería, lo que me gustaba. Y me había asegurado de hacerlo.

¿Importaba si yo había estado con más personas que él? ¿O si él no había estado con ninguna en absoluto? No. Solo hacía que sintiera curiosidad por él, por su pasado y por lo que hacía cuando no estaba persiguiendo a dioses o, al parecer, observándome. ¿Nunca había encontrado a nadie que lo atrajera? ¿O que al menos lo atrajera lo suficiente como para estar con esa persona? ¿Alguien de quien se hubiese encoñado o incluso enamorado? Y si era así, ¿cómo podría ser yo la primera? Tenía que haber otras que fuesen más... bueno, más *todo*. Empezando por, no sé, cada una de las diosas.

Excepto Cressa.

Todo pensamiento sobre Ash quedó enseguida en segundo plano cuando el sol me bañó en su luz y vi lo que me aguardaba.

La Podredumbre se había extendido.

Mis pasos se ralentizaron cuando miré por encima de los árboles a mi derecha. Se me cayó el alma a los pies. Antaño, las ramas de los jacarandás habían estado cargadas de flores moradas con forma de trompeta. Ahora, las flores tapizaban el suelo, sus pétalos marrones, los bordes enroscados. Con las ramas desnudas, no había forma de obviar el extraño tono gris de la Podredumbre que ahora se aferraba a ellas y al tronco como si fuese musgo.

Los granjeros habían tratado de hacer lo que creían que había hecho el rey Roderick. Habían pasado noche y día, semanas y meses, cavando y rascando, pero la Podredumbre llegaba muy hondo. Y debajo de ella, solo había una tierra dura y rocosa desprovista de los nutrientes necesarios para que creciera ningún tipo de cultivo.

Una frialdad glacial me empapó el pecho mientras contemplaba la Podredumbre. Era evidente que se extendía ahora a mayor velocidad. Aunque el Primigenio de la Muerte viniera a por mí ahora, no estaba segura siquiera de poder hacer que se enamorara de mí a tiempo.

A Lasania no le quedaban años.

Me acerqué a los árboles y aparté una flor muerta con la punta de mi bota, solo para ver lo que ya sabía que vería: la tierra misma se había vuelto gris. Inutilizada.

«Por todos los dioses», susurré, sin poder apartar la vista de esas tierras arruinadas. *Inspira*. El aire que aspiré se me quedó atascado cuando el aroma de la Podredumbre me golpeó. En realidad, no era un olor del todo desagradable. Me recordaba a...

A lilas marchitas.

Igual que habían olido los Cazadores. El mismo olor que había llenado el aire antes de que Andreia Joanis se sentara, muerta pero aun así moviéndose.

No eran imaginaciones mías. La Podredumbre olía igual.

Me giré hacia la ciudad. A través de los árboles que aún quedaban en pie, el Templo Sombrío centelleaba ominoso a la luz del sol. Hacia el centro de la ciudad, el Templo del Sol brillaba con intensidad. Ambos eran casi dolorosos de mirar. Más allá, el castillo de Wayfair se alzaba imponente sobre la colina y, detrás de las torres de marfil, el mar Stroud rielaba de un azul espectacular. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que la Podredumbre llegara a las granjas por las que había pasado y a la ciudad más allá? ¿Qué ocurriría cuando llegara a los Olmos Oscuros y después al mar?



Cuando arribé a la granja de los Massey, vi que ya solo quedaba un acre de tierra sin mancillar detrás de la casa de piedra y los ahora vacíos establos. Peor aún, el gris de la Podredumbre estaba peligrosamente cerca de las hojosas lechugas que aún no estaban listas para ser recolectadas.

Sujeté el saco contra mi pecho y me resistí al impulso de pasar corriendo por delante de la casa de los Massey, para poner distancia entre la catástrofe que se avecinaba y yo. Sin embargo, no tenía ningún sentido. Mi destino final estaba mucho peor que esto.

El chirrido de unas bisagras atrajo mi atención hacia la casa. La señora Massey salió, con una cesta de mimbre en una mano. En cuanto me vio, agitó un brazo a modo de saludo.

Cambié mi carga a un solo brazo y le devolví el gesto, abrumada por la culpabilidad. La señora Massey no tenía ni idea de que yo había podido detener la devastación de su granja. Si lo supiera, dudaba mucho de que fuese a salir a saludarme. Lo más probable era que tratara de darme una paliza con esa cesta.

- —Buenos días —llamé.
- —'Nos días. —Bajó por el sendero de piedras agrietadas. La tierra que cubría las rodillas de sus pantalones me indicó que había estado trabajando en lo que quedaba de la granja mientras el señor Massey lo más probable era que hubiese ido a la ciudad. Las personas como ellos solían levantarse antes que cualquier otro y se acostaban después que todos los demás.

Tavius solía referirse a ellos como «la clase baja». Solo alguien totalmente inadecuado para gobernar pensaría en la columna vertebral del reino como tal, pero el heredero era, bueno... un imbécil. Tavius tenía muy

poco respeto por aquellos que ponían la comida en su plato, y no me sorprendería que el sentimiento fuese mutuo. Y si aún no lo fue, era solo una cuestión de tiempo hasta que compartieran la misma opinión.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó la señora Massey—. ¿Te ha enviado la corona?

La mujer había dado por sentado que yo trabajaba en el castillo y creía que la corona ofrecía la comida que les llevaba. Nunca le había dado ninguna indicación para que pensara de otro modo.

—Quería ver cómo estaban los Couper. Es posible que no sepan lo que ocurrió anoche en Croft's Cross. Como algunos edificios han sufrido daños, estoy segura de que necesitarán manos habilidosas para las reparaciones.

La señora Massey asintió.

—Qué cosa más terrible. —Apoyó la cesta sobre una cadera redondeada mientras deslizaba la mirada en dirección a la ciudad—. En cualquier caso, supongo que el inminente Rito traerá… algo de alegría.

Asentí.

- —Seguro que sí.
- —¿Sabes? Nunca he asistido a un Rito. ¿Y tú?
- —No he tenido la oportunidad —le dije. Sería muy arriesgado que yo apareciera por ahí, sobre todo cuando la corona estaría presente. Sin embargo, sí sentía curiosidad por todo lo que ocurría—. Estoy segura de que es aburrido.

La piel de su rostro curtido por el sol se arrugó cuando se rio.

—No deberías decir eso.

Sonreí, pero mi humor se diluyó cuando mis ojos se posaron otra vez en los campos grises.

- —Se ha extendido desde la última vez que estuve aquí.
- —Así es. —Retiró un rizo despistado que había escapado del encaje de la cofia que llevaba—. Parece que ahora avanza más deprisa. Lo más probable es que tengamos que cosechar antes de que ninguno de los productos esté maduro. Esa es nuestra única opción ahora mismo, puesto que la barricada que construyó Williamson con madera no la detuvo como esperábamos. Hizo un leve gesto de negación con la cabeza y luego esbozó una sonrisa triste—. Solo me alegro de que nuestro hijo haya encontrado trabajo en los barcos. A Williamson le duele, ¿sabes? Que su hijo no vaya a seguir sus pasos como hizo él con su padre. Pero aquí no hay ningún futuro.

Apreté más el saco contra mi pecho cuando este se comprimió. Deseé saber qué decir. Deseé que hubiera algo que decir.

Deseé que no me hubiesen encontrado indigna.

- —Lo siento. —La señora Massey se rio nerviosa, luego se aclaró la garganta—. Nada de esto es asunto tuyo.
- —No, no pasa nada —la tranquilicé—. No hay ninguna necesidad de que te disculpes.

Soltó un suspiro áspero y contempló su granja arruinada.

—¿Has dicho que ibas a ver a los Couper?

Asentí, al tiempo que echaba un vistazo a lo que ahora me parecía un triste saco de comida. Ya había parado en otras tres casas de camino aquí.

- —¿Necesitáis algo? Tengo manzanas y patatas. No hay gran cosa, pero...
- —Gracias. Es una oferta muy amable y te lo agradezco mucho —dijo, pero se había puesto más recta, su boca se había apretado.

Cambié el peso de un pie a otro, incómoda al darme cuenta de que quizá la había ofendido con semejante oferta. Muchos de los miembros de la clase trabajadora eran personas orgullosas que no estaban acostumbradas ni deseaban lo que a veces consideraban limosna.

- —No pretendía insinuar que estuvierais necesitados.
- —Lo sé. —La tensión de su boca se alivió un poco—. Y no seré demasiado orgullosa para aceptar ese tipo de generosidad cuando llegue el día. Por suerte, todavía no estamos ahí. A los Couper les vendrá mejor que a nosotros. No han sido capaces de cosechar ni una sola cosa en demasiado tiempo, ni patatas, ni judías, nada.

Eché un vistazo hacia donde la pequeña colina ocultaba la casa de los Couper.

- —¿Crees que Penn habrá encontrado ya alguna otra fuente de ingresos?
- —Amarys me contó el otro día que los dos lo han intentado todo —me comentó, los ojos clavados en la misma dirección—. Pero ahora que los recolectores huyen a otras granjas y a las tiendas de la ciudad, no han encontrado nada. Me da la impresión de que han decidido esperar a ver qué pasa. Con suerte, no será demasiado tarde para que Penn vaya a ver si alguno de esos negocios necesita ayuda.

Había una remota posibilidad de que Penn consiguiera algún trabajo temporal, que algo bueno surgiera de lo que había ocurrido en Croft's Cross la noche anterior. Tenía ganas de preguntar qué harían los Massey una vez que su propiedad se volviera como la de los Couper. ¿Se aferrarían a sus tierras, con la esperanza de que volvieran a ser fértiles en algún momento? ¿O abandonarían sus casas y los acres labrados por sus familias desde hace

siglos? Los Massey eran mayores que los Couper, pero la edad no era el problema. No había demasiadas fuentes de ingresos más.

Había que hacer algo ya, con maldición o sin maldición. Esta no era la primera vez que lo pensaba. Ni siquiera era la centésima.

Me volví otra vez hacia la señora Massey para despedirme y me encaminé hacia la casa de los Couper. Las patatas y manzanas no les durarían demasiado, pero al menos era algo, y estaba segura de que al día siguiente tendría más de lo que podría cargar. Mucha de la comida que estaban preparando para los invitados quedaría intacta.

Los árboles muertos hacía mucho tiempo que se habían caído y los habían despejado, pero seguía siendo un *shock* llegar a la cima de la colina y no ver nada más que lo que parecía una fina capa de ceniza.

Para cuando divisé la casa de los Couper, había esperado oír la risa infantil de su hija y los gritos de alegría de su hijo, los dos demasiado pequeños para comprender del todo lo que estaba sucediendo a su alrededor. Sin embargo, el único sonido fue el de la hierba muerta que crujía bajo mis botas. A medida que me acercaba a la casa, vi que la puerta delantera estaba un poco abierta.

Llegué hasta las escaleras de entrada. Empecé a subirlas.

—¿Penn? —llamé en voz alta al tiempo que empujaba la puerta con la cadera—. ¿Amarys?

No hubo respuesta.

Quizás estuvieran atrás, en el granero. Todavía les quedaba un puñado de gallinas, o al menos así era cuando estuve aquí hacía unas semanas. También podían estar en la ciudad. Tal vez a Penn ya se le había ocurrido acudir a esas compañías navieras. Como pensé que podía dejarles las manzanas y las patatas en la cocina, empujé más la puerta para abrirla del todo.

El olor me golpeó de inmediato.

No fue el olor de la Podredumbre lo que me aceleró el corazón. Este era más denso y me revolvió el estómago. Me recordó a carne podrida.

Mis ojos recorrieron la cocina. Había unas velas sobre la mesa vacía, consumidas hasta que no quedaba más que cera ya endurecida. Las lámparas de aceite sobre la repisa de la chimenea se habían apagado hacía mucho ya. La zona de estar, una colección de sillas y sofás ajados, también estaba desierta. Unas pelotas pequeñas y un puñado de muñecas de trapo estaban apiladas con sumo cuidado en una cesta al lado del corto pasillo que conducía a los dormitorios.

Eché una mirada hacia la puerta principal; mis dedos se clavaron en el áspero yute del saco.

No lo hagas. No lo hagas. No lo hagas.

Mis pasos eran lentos, como si caminara por agua, pero aun así me llevaron hacia delante, a pesar de que la voz en mi cabeza me susurraba y luego me gritaba que no lo hiciera. Tenía toda la carne de gallina cuando entré en el pasillo y el olor... me asfixió.

No lo hagas. No lo hagas. No lo hagas.

La puerta a mi derecha estaba cerrada, pero la de la izquierda no. Oí como un zumbido, un runrún incesante que debí haber reconocido, pero en ese momento no pude hacerlo. Miré dentro de la habitación.

Lo que quedaba del saco de manzanas y patatas resbaló de mis dedos de pronto insensibles. Ni siquiera lo oí cuando golpeó el suelo.

El zumbido provenía de *cientos* de moscas. El olor provenía de...

Los Couper yacían sobre la cama. Juntos. Penn y su mujer, Amarys. Entre ellos estaban sus hijos. Donovan y... y la pequeña Mattie. Al lado de Penn había un vial vacío, del tipo que solían utilizar los curanderos para mezclar medicamentos. Pensé que seguramente habrían compartido la cama de este modo muchas veces en el pasado, leyéndoles cuentos a sus hijos o solo para disfrutar del tiempo juntos.

Pero ahora no estaban durmiendo. Lo sabía. Sabía que la única vida que quedaba en esa habitación eran esas malditas moscas. Sabía que, aparte de los insectos, no había habido vida en esa casita desde hacía algún tiempo. Por eso no me había alertado mi don acerca de lo que estaba a punto de encontrar. No había nada que ni yo ni nadie, ni mortal ni dios, pudiera hacer ya. Era demasiado tarde.

Estaban todos muertos.

Capítulo 15



Temblaba mientras cruzaba el vestíbulo principal de Wayfair. Pasé por delante de los estandartes reales y los candeleros bañados en oro que estaban encendidos incluso con toda la luz diurna que entraba a raudales por las muchas ventanas. Los sirvientes iban y venían en un flujo constante mientras se apresuraban a ir de las cocinas al Gran Salón. Llevaban jarrones llenos de rosas de floración nocturna, cerradas ahora mismo, manteles planchados y copas fregadas hasta estar inmaculadas. Y según caminaba, *no podía* creer cómo todo el piso del castillo de Wayfair olía a carne asada y a postres en proceso de hornearse mientras los Couper yacían muertos en su cama, y la prueba de lo que Penn y Amarys creyeron que era la única opción que les quedaba, evidente en ese vial vacío. Habían elegido una muerte rápida antes que otra más lenta y progresiva. Y mientras tanto, aquí se estaba preparando ahora mismo la comida suficiente para haberlos mantenido con vida durante un mes.

Tenía unas ganas inmensas de arrancar los estandartes y los candeleros, de rajar la tela de arriba abajo y hacer añicos los cristales. Cerré el puño en torno a mi falda polvorienta y subí la ancha escalinata de piedra caliza pulida hasta el primer piso, donde sabía que encontraría a mi padrastro. Las salas de recepción de la planta baja que bordeaban el salón de banquetes solo se utilizaban para recibir invitados. Ya las había comprobado y ambas habitaciones estaban vacías.

Al llegar al rellano, me encaminé hacia el ala oeste del castillo. En cuanto el pasillo apareció ante mis ojos, vi a varios hombres a la puerta de las habitaciones privadas de mi padrastro. Los guardias reales montaban guardia

en sus ridículos uniformes, la vista recta al frente, las manos apoyadas sobre las empuñaduras de sus espadas. Dudaba mucho de que las hubiesen blandido nunca en batalla.

Ninguno de ellos miró en mi dirección mientras me acercaba.

—Necesito ver al rey.

El guardia real que bloqueaba la puerta ni siquiera pestañeó. Se limitó a seguir con la vista clavada al frente. No hizo ni ademán de apartarse.

Mi paciencia me había abandonado en el mismo instante en que vi lo que había sido de la familia Couper. Me acerqué más al guardia, lo suficiente como para ver tensarse los tendones de su mandíbula.

—O das un paso a un lado o te obligaré a hacerlo.

Eso captó la atención del hombre mayor. Deslizó la mirada hacia mí y las arrugas de las esquinas de sus ojos dieron la impresión de profundizarse.

—Y, por favor, siéntete libre de dudar de que vaya a cumplir mi amenaza. Porque nada me gustaría más que demostrarte lo equivocado que estás —le prometí.

El rosa empezó a extenderse por las mejillas del hombre y se le pusieron los nudillos blancos de lo fuerte que apretaba la empuñadura de su espada.

Ladeé la cabeza, arqueé una ceja. Si se atrevía a levantar ese puño un solo centímetro, le rompería hasta el último maldito hueso de la mano o moriría en el intento.

—Apártate, Pike —le ordenó otro guardia real.

Pike tenía aspecto de que preferiría meter la cara entera en una olla de agua hirviendo, pero dio un paso a un lado. No hizo nada por abrir la puerta, como hubiese hecho por cualquier otro. La flagrante falta de respeto no fue ninguna sorpresa, pero no podía importarme menos. Agarré el pesado picaporte dorado y empujé la puerta.

El rico aroma a tabaco de pipa me rodeó en el instante en que entré en la luminosa habitación. Los rayos de sol se reflejaban sobre las figuritas de vidrio soplado alineadas por las estanterías. Algunas eran de dioses y Primigenios. Otras de animales, edificios, carruajes y árboles. El rey las coleccionaba desde que yo tenía uso de razón. Lo encontré sentado detrás del pesado escritorio de hierro dispuesto en un extremo de la habitación circular.

El rey Ernald le daba la espalda a las ventanas y al balcón en el que había estado la víspera. Siempre me había parecido más grande que la vida, alto y ancho de pecho, de risa y sonrisa fáciles. Sin embargo, no era tan atemporal como mi madre. Su pelo castaño empezaba a vetearse de gris por las sienes, y las patas de gallo y las arrugas de su frente lucían más profundas.

Ahora mismo, no había nada grande en él.

La sorpresa cruzó el rostro del rey de Lasania cuando miró hacia la puerta. Fue algo breve, ya que su expresión enseguida se suavizó en la máscara de impasibilidad que siempre llevaba cuando yo estaba presente. Esas risas y sonrisas siempre se diluían cuando sabía que yo andaba cerca.

En el fondo, estaba convencida de que me tenía miedo, incluso antes de que me encontraran indigna.

Mi padrastro no estaba solo. Me percaté de ello en cuanto entré en la oficina y vi la parte de atrás de la cabeza de mi hermanastro. Estaba sentado en el sofá del centro de la sala, hurgando ocioso en un bol de dátiles.

Por lo demás, la habitación estaba vacía.

—Sera. —El tono del rey fue neutro—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Ninguna calidez. Ningún cariño. Su pregunta fue una exigencia, no una petición. En el pasado, eso me dolía. Después de que me hubieran encontrado indigna, ya no sentía nada. Hoy, sin embargo, me provocó una ráfaga de ira ardiente. Si no sabía por qué estaba ahí, significaba que no tenía ni idea de que había pasado las últimas horas contemplando cómo los primeros guardias con los que me había cruzado enterraban a los Couper.

- —Los Couper están muertos —anuncié.
- —¿Quién? —preguntó mi hermanastro. Me puse rígida.
- —Granjeros cuyas tierras fueron infectadas por la Podredumbre.
- —Te refieres a la Podredumbre que tú no conseguiste detener —me corrigió Tavius, al tiempo que levantaba un dátil. Hice caso omiso.
 - —¿Al menos sabes quiénes eran?
- —Sé quiénes eran —dijo mi padrastro. Dejó su pipa sobre una bandeja de cristal—. Me notificaron su fallecimiento hace menos de una hora. Es una desgracia.
 - —Es más que una desgracia.
- —Tienes razón —admitió. Entorné los ojos, porque tenía el suficiente sentido común para saber que iba a decir algo más—. Lo que decidieron hacer es trágico. Esos niños…
- —Lo que sintieron que *tenían* que hacer, quieres decir. —Crucé los brazos para evitar agarrar una de sus preciadas figuritas y tirarla contra la pared—. Lo que es trágico es que pensaran que no tenían ninguna otra opción.

Mi padrastro frunció el ceño y se echó hacia delante en su asiento.

- —Siempre hay opciones.
- —Debería haberlas, pero cuando estás viendo a tus hijos... —Se me quedó el aire atascado, quemó a través de mis pulmones cuando las risitas de

la pequeña Mattie resonaron en mis oídos—. No estoy de acuerdo con lo que hicieron, pero se vieron empujados al límite.

- —Si las cosas se habían puesto tan feas para ellos, ¿por qué no buscaron otro empleo y ya está? —lanzó Tavius, como si él fuese el primero que había pensado tal cosa—. Esa habría sido una opción mucho mejor.
- —¿Qué empleo habrían podido encontrar? —pregunté—. ¿Crees que una persona puede entrar sin más en cualquier tienda, empresa o barco y conseguir trabajo? Sobre todo cuando se han pasado toda la vida perfeccionándose en un tipo de tarea.
- —Entonces, quizá deberían haber aprendido a hacer otro trabajo en cuanto *tu* fracaso minó *sus* tierras —sugirió.
- —¿Cuántos trabajos has decidido aprender tú y has dominado hasta el punto de poder encontrar un empleo en el ramo? —lo reté.

Tavius no contestó.

Exacto. La única destreza que él dominaba era cómo ser un experto idiota.

- —Creo que lo que trata de decir tu hermanastro es lo mismo que decía yo —razonó el rey, tras poner las manos planas sobre la mesa—. Siempre hay otras opciones. Ellos eligieron la equivocada.
- —Lo haces sonar como si no tuviesen ninguna razón para hacer lo que hicieron. Ya se estaban muriendo. ¡Muriendo de hambre!
- —¡Y eligieron acabar con sus vidas y las de sus hijos en lugar de hacer todo lo posible por alimentarlos! —El rey se levantó de su silla en un revuelo de seda con adornos ciruela—. ¿Qué crees que podría haber hecho yo para alterar en algo ese resultado final? Yo no tengo ningún control sobre la Podredumbre. Ya lo sabes.

No podía creer que estuviera haciendo esa pregunta siquiera.

- —Podrías haberlos alimentado. Haberte asegurado de que tuvieran comida hasta que pudieran volver a cultivar sus tierras o encontrar empleo.
- —¿Y se supone que tiene que hacer eso con todas las familias que ya no pueden trabajar sus tierras? —inquirió Tavius.

Con los puños cerrados, me giré hacia donde estaba sentado. No había ni una mota de polvo en la bota de cuero apoyada sobre la superficie dura de la otomana. Inclinó la cabeza en mi dirección y ni un solo rizo cayó sobre su frente. El ojo morado que le había causado había desaparecido demasiado pronto. Sus facciones estaban perfectas. Aun así, de algún modo, todos esos apuestos atributos parecían equivocados sobre el rostro de Tavius.

—Sí —respondí—. Y no solo a los granjeros. Como heredero al trono, deberías saberlo. —Sus labios, ya finos de por sí, se apretaron en una línea

tensa—. Son los cosechadores y recolectores que dependen de los campos para alimentar a sus hijos. Son los propietarios de tiendas que luchan cada semana para comprar comida porque los precios han aumentado. —Lo miré furiosa—. ¿Sabes siquiera por qué han subido los precios?

La tensión se alivió de su cara.

—Sí sé por qué. Por ti. —Sonrió y se metió un dátil en la boca. Dudaba de que lo supiera—. Dime, *hermana*. ¿Cómo crees que podríamos proveer de comida a todas las familias?

Un agudo sentimiento de animadversión me agrió el estómago.

- —Podríamos racionar. Podríamos darles algo de la comida que hay aquí, ¡empezando por los dátiles de ese bol! —Tavius esbozó una sonrisilla de suficiencia y luego mordió otra pieza de fruta. Me volví hacia el rey—. Hay comida más que suficiente aquí, dentro de estas mismísimas paredes, para alimentar a cien familias durante un mes.
- —¿Y después qué? —preguntó mi padrastro, girando las palmas hacia arriba—. ¿Qué haremos después de ese mes, Sera?
 - —No es como si fuésemos a quedarnos sin comida. Hay otras granjas...
- —Que se ven forzadas al límite para compensar por las tierras que ya no pueden producir —me interrumpió—. ¿Dónde trazaríamos la línea? ¿Cómo decidiríamos a quién alimentar y a quién no? Como has dicho, no son solo los granjeros. También son los recolectores y muchos más. Y hay otras personas que no pueden o no quieren valerse por sí mismas. Personas que vendrán con las manos estiradas y las bocas abiertas. Si intentáramos alimentarlas, todos moriríamos de hambre.

Respiré hondo, pero el gesto no hizo nada por apaciguar mi ira.

—Dudo muchísimo de que nadie elija no valerse por sí mismo y morirse de hambre.

El rey soltó una risa breve, sin humor alguno, y volvió a sentarse.

- —Te sorprenderías —masculló, echando mano de un cáliz con rubíes incrustados.
 - —Tiene que haber algo que podamos hacer —intenté otra vez.
- —Bueno, yo tengo una idea —anunció Tavius. Ni siquiera me molesté en mirarlo—. Ese racionamiento del que hablas. Podemos empezar por reservar la comida gastada en la persona más inútil dentro de estas cuatro paredes.
- —Oh, deja que lo adivine... te refieres a mí. —Giré la cabeza hacia él. Lo encontré con una ceja arqueada—. Al menos yo me doy cuenta de lo inútil que soy. —Esbocé una sonrisa al tiempo que la suya desaparecía—. A diferencia de otros en esta habitación.

La mirada engreída desapareció de un plumazo de su rostro, borrada por el calor de la ira.

- —¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo?
- —No hay nada atrevido en decir la verdad —repliqué.

Tavius se levantó de un salto y entonces me giré del todo hacia él.

- —¿Sabes cuál es tu problema? —empezó.
- —¿Tú? —conjeturé, sin que me importara lo más mínimo lo infantil que sonó. Tavius entornó los ojos hasta que no fueron más que dos delgadas ranuras.
- —¿Yo? La ironía sería graciosa si no fuese tan patética. El problema eres tú misma. Siempre has sido tú.
 - —Tavius —le advirtió su padre.

Mi hermanastro dio un paso hacia mí.

—Le fallaste a esa familia. Están muertos por tu culpa. No por la mía.

Me puse rígida cuando sus palabras cortaron a través de mí, pero no dejé que se notara y lo miré a los ojos.

- —Entonces, van a morir más personas por culpa de mi fracaso, a menos que la corona haga algo. ¿Qué piensas hacer tú cuando ocupes por fin el trono? ¿Seguir dejando morir a *tu* gente mientras te quedas sentado en el castillo comiendo dátiles?
- —Oh. —Su risa fue áspera y ruda—. Estoy impaciente por ocupar el trono.

Resoplé con desdén.

—¿En serio? De hecho, ocupar el trono requeriría que hicieras algo aparte de quedarte por ahí sentado todo el día y bebiendo de noche.

Abrió las aletas de la nariz.

—Uno de estos días, Sera. Te lo juro.

Algo oscuro y oleoso se abrió en el interior de mi pecho, en pleno centro, en un lugar muy parecido a donde el calor de mi don solía cobrar vida. Esta sensación, en cambio, fue resbaladiza y fría, y serpenteó por mi interior mientras miraba a mi hermanastro furibunda.

—¿Qué? ¿Estás sugiriendo que vas a hacer algo? ¿Tú? ¿Has olvidado ese ojo morado? —Sonreí cuando sus ojos se entornaron—. Si es así, no tengo ningún problema en recordártelo.

Dio un paso adelante.

- —Serás zo...
- —Ya basta, Tavius —bramó la voz de mi padrastro, dándome tal susto que di un respingo incluso—. *Basta* —gruñó cuando mi hermanastro empezó

a hablar una vez más—. Déjanos solos, Tavius. Ahora.

Estupefacta porque mi padrastro no me estuviera echando de la habitación, no presté atención cuando Tavius dio media vuelta hacia la mesa de nuevo.

—Toma, querida *hermana*. —Agarró el bol de dátiles—. Puedes racionar esto entre los necesitados. —Y me lo arrojó.

Los dátiles salieron volando por los aires. La dura loza crujió contra el brazo que había levantado en lugar de contra mi cara. Un fogonazo de dolor subió por el hueso. Aspiré una brusca bocanada de aire mientras el bol caía al suelo y se hacía añicos contra las baldosas de mármol.

Con el brazo en llamas, me revolví hacia él.

- —Serás hijo de...
- —¡Ya basta! ¡Los dos! —El rey estampó las manos sobre la mesa. Un momento después, las puertas se abrieron de par en par. Dos guardias reales entraron, las manos sobre las espadas—. Sera, quédate donde estás. No des ni un solo paso hacia tu hermanastro. Es una orden. Desobedécela y pasarás el resto de la semana en tus habitaciones. Te lo prometo.

La ira bullía en mi interior como un fuego incontrolado, me quemaba los ojos, pero me forcé a ceder, por muchas ganas que tuviera de agarrar ese bol roto y estamparlo una y otra vez contra la cabeza de Tavius. Pero el rey cumpliría su amenaza. Me encerraría en mis habitaciones y yo... perdería la cabeza si hiciera eso.

—Y tú, hijo mío —continuó mi padrastro. Tavius se detuvo, los ojos muy abiertos al oír el trueno en la voz del rey—. No quiero verte durante el resto del día. Si lo hago, no será un bol lo que encuentres de repente en tu cara. ¿Entendido?

Tavius asintió con sequedad y luego dio media vuelta sin decir una palabra más. Pasó por delante de los guardias justo cuando el rey les hacía un gesto para que se retiraran. Los dos hombres salieron con discreción de la sala y cerraron la puerta con cuidado a su espalda.

El silencio nos envolvió. Y luego:

—¿Estás bien?

Su pregunta en voz baja y amable me dejó un poco perpleja. Bajé la vista. Me dolía el brazo y ya mostraba un intenso tono rojo. Seguramente me saldría un cardenal.

—Estoy bien. —Miré el bol roto—. Estaría mejor si no me hubieses detenido.

—Estoy seguro de que sí, pero si no lo hubiese hecho, probablemente le habrías hecho daño de verdad. —Me giré despacio. El rey levantó su cáliz y apuró el contenido de un solo trago—. Despacharías a tu hermanastro en un abrir y cerrar de ojos. —Lo que dijo no debería parecerme un cumplido, pero sus palabras se envolvieron a mi alrededor como una manta cálida de todos modos—. No volverá a hacerlo nunca —añadió. Se pasó una mano por la cabeza y la dejó sobre la parte de atrás de su cuello—. Ese tipo de comportamiento no es propio de él. Tiene temperamento, sí, pero normalmente no haría algo así. Está preocupado.

Yo no estaba tan segura de eso. Tavius siempre había tenido una vena cruel, y mi madre y mi padrastro, o bien estaban ciegos, o elegían no verlo.

- —¿De qué tiene que preocuparse él?
- —De lo mismo que te atormenta a ti —contestó—. Solo que él no lo expresa de un modo tan vocal como tú.

Ni una sola parte de mí creía que Tavius estuviera preocupado por la gente que se moría de hombre. Si acaso, se preocupaba por cómo lo afectaría a él algún día.

—Siento que hayas tenido que ver lo que viste esta mañana —continuó. Una vez más, la sorpresa me hizo guardar silencio—. Sé que los encontraste tú. —Se echó hacia atrás y apoyó una mano en el reposabrazos de su silla—. Nadie debería ser testigo de algo así.

Parpadeé y me costó unos segundos superar más palabras inesperadas.

- —Tal vez, no. —Me aclaré la garganta—. Pero… creo que algunos *si* necesitarían verlo para entender de verdad lo mal que se están poniendo las cosas.
- —Yo sé lo mal que está todo, Sera. Y eso, sin verlo. —Me miró a los ojos y aproveché para dar un paso hacia su escritorio, con las manos cruzadas.
 - —Hay que hacer algo.
 - —Se hará.
- —¿Qué? —pregunté, con la sospecha de que el rey creía que yo todavía podía hacer algo por parar aquello.

Los ojos de mi padrastro se desviaron hacia una de sus muchas estanterías y las figuritas de cristal dispuestas sobre ella.

—Solo necesitamos tiempo. —El cansancio teñía el tono del rey cuando se echó atrás en su silla. También una especie de pesadumbre sombría—. Solo tenemos que esperar y la Podredumbre se solucionará. Todo se solucionará con el tiempo.



Al salir de la oficina de mi padrastro, tenía la misma sensación que cuando una pesadilla desagradable perduraba horas después de despertarme y tenía que recordarme que los infinitos horrores que me hubiesen encontrado mientras dormía no eran reales.

Era una sensación de ansiedad. Salí de las escaleras y eché a andar hacia el salón de banquetes con la cabeza gacha, procurando hacer caso omiso de los muchos sirvientes y de cómo ellos también me ignoraban. No sabía lo que creía el rey que iba a cambiar. Tenía que haber acción. No paciencia. No esperanzas infundadas.

Al entrar en el gran comedor, me froté el brazo dolorido y pensé que debía cambiarme y luego ir en busca de sir Holland. Estaba claro que iba a llegar tarde a nuestro entrenamiento y no sabía si...

—Por favor.

Me detuve a medio paso y giré en redondo. Miré a mi alrededor. La larga y ancha sala estaba desierta y los apartados que conducían a las salitas de reuniones también parecían vacíos. Levanté la vista hacia la entreplanta volada. No había nadie tras la barandilla de piedra.

—Por favor —me llegó el susurro de nuevo, de mi izquierda. Me giré hacia un espacio lateral iluminado por velas y la puerta interior cerrada—. Por favor. Alguien…

Entré en la zona envuelta en sombras, apoyé una mano con sigilo sobre el picaporte de la puerta y contuve la respiración como si eso fuese a ayudarme a oír mejor. Durante un segundo demasiado largo, no oí nada.

—Por favor —llegó el suave lamento otra vez—. Ayuda.

Alguien tenía problemas. Los peores pensamientos inundaron mi mente. Cuando estas habitaciones no estaban en uso, no entraba nadie. Podía pasar todo tipo de cosas terribles en ellas. Pensé en algunos de los guardias reales y en las sirvientas más jóvenes y guapas. Mi sangre empezó a bullir de ira y giré el picaporte. En el fondo de mi mente, pensé que era raro que la puerta se abriera con semejante facilidad. Los actos más atroces solían llevarse a cabo tras puertas cerradas con llave. Aun así, alguien podía haberse caído mientras limpiaba una de esas horrorosas lámparas de araña que colgaban del techo de todas las habitaciones. Uno de los sirvientes había sufrido una muerte lenta y agónica de ese modo hacía pocos años.

Entré en la sala iluminada solo por unas cuantas lámparas de gas repartidas por las paredes y mis ojos se posaron de inmediato en la chica morena arrodillada al lado de la mesa baja, centrada entre dos largos sofás.

—¿Estás bien? —pregunté, corriendo a su lado.

La chica levantó la vista y la reconocí de inmediato. Era una de las jóvenes de la cocina, las que habían estado rezando. No respondió.

—¿Estás bien? —repetí. Empecé a arrodillarme cuando me di cuenta de que no había ni una sola arruga en su blusa blanca almidonada. Estaba pálida y tenía los claros ojos azules muy abiertos, pero no se le había salido ni un pelo del moño que lo sujetaba en su nuca y tampoco tenía la cofia descolocada.

Los ojos de la sirvienta se deslizaron por encima de mi hombro hacia algo detrás de mí.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron cuando oí las pisadas de unas botas, amortiguadas por la mullida alfombra. La puerta se cerró...

Después oí el pestillo.

Los ojos de la chica volvieron a conectar con los míos. Le temblaban los labios.

—Lo siento —susurró.

Maldita sea, era una trampa.

Capítulo 16



Me hormigueaba la parte de atrás del cuello. Giré la cabeza un poco hacia la izquierda y vi un par de piernas con pantalones ceñidos oscuros al lado de la puerta. ¿Cómo podía haber sido tan tonta de entrar corriendo a ciegas en una habitación, incluso dentro de Wayfair?

¿No había aprendido ya esa lección más de una vez a lo largo de los últimos tres años?

- —No tenía elección —susurró la sirvienta—. De verdad que...
- —Basta —espetó una voz masculina, y la sirvienta se calló de inmediato.

La voz provenía de mi derecha. O bien el que había visto al lado de la puerta se había movido, o bien había dos hombres en la habitación. La irritación vibró por mis venas mientras deslizaba la mano derecha dentro de mi bota. No estaba teniendo un muy buen día, y era una verdadera lástima después de las maravillosas horas que había pasado al borde del lago. Los pobres Couper estaban muertos. Todavía me palpitaba el brazo. Sir Holland se enfadaría porque ahora sí que estaba claro que me iba a perder el entrenamiento. Y la única falda bonita que tenía y que no me daba ganas de arrancarme estaba a punto de estropearse.

Después de todo, sabía cómo iba a acabar esto.

Conmigo ensangrentada.

Y con alguien muerto.

—Sé lo que estáis pensando —dije, mientras me ponía de pie despacio al mismo tiempo que extraía el cuchillo de mi bota. Era lo bastante pequeño como para que, cuando lo apretaba contra la palma de mi mano con el pulgar y mantenía la mano abierta, diera la impresión de que no sujetaba nada. Miré

con discreción a mi izquierda otra vez y vi que el par de piernas seguía ahí—. Habéis oído algún rumor. Que estoy maldita. Que si me matáis, terminaréis con la Podredumbre. Pero así no es como funciona. También puede que hayáis oído algo acerca de quién soy y penséis que podéis utilizarme para obtener lo que sea que queráis. Eso tampoco va a pasar.

—No estamos pensando nada —repuso el hombre a mi izquierda—. Aparte del dinero que llenará nuestros bolsillos. El suficiente como para no hacer preguntas.

Vaya, eso era... diferente.

Recoloqué un pelín el cuchillo en mi mano para girar la delgada hoja entre mis dedos. *Matar no es algo que nadie deba hacer sin pensarlo demasiado*. Ash tenía razón. Me forcé a inspirar despacio y luego a contener la respiración. Volví a mirar hacia la derecha una vez más en respuesta al susurro de acero desenvainado. Vi algo negro y se me hizo un nudo en el estómago. Pantalones negros. Brazos musculosos. Un atisbo de brocado morado sobre un pecho ancho.

Eran guardias.

Noté un nudo de inquietud en el pecho, pero no podía dejar que se apoderara de mí. Bloqueé mis pensamientos y mis sentimientos y me convertí en la cosa que había estado en la *oficina* de Nor. Esa criatura vacía y amoldable. Un lienzo en blanco preparado para convertirme en lo que deseara el Primigenio de la Muerte o para ser utilizada para lo que mi madre creyera conveniente. A veces me preguntaba cómo me habría pintado el Primigenio, pero cuando el mango del pequeño cuchillo resbaló entre mis dedos, seguía con la mente y la expresión en blanco. Solté una larga bocanada de aire, despacio, y me giré hacia la derecha. Aunque ahí no era adonde apuntaba. Eché el brazo atrás y dejé volar el cuchillo.

Supe que había dado en el blanco cuando oí la exclamación entrecortada y la sirvienta dejó escapar un gritito de sorpresa. No había tiempo para comprobar si el entrenamiento con los ojos vendados de sir Holland había dado sus frutos, pues el otro guardia ya cargaba hacia mí, con la espada desenvainada.

Era joven, no podía ser mucho mayor que yo, y pensé en las *marcas* que Ash había dicho que dejaban todas las muertes.

Le lancé una patada, la bota plantada en pleno centro de su pecho. Mi falda se deslizó por mi pierna mientras el joven se tambaleaba hacia atrás. Estiré la mano hacia abajo y eché un rápido vistazo por la habitación mientras desenvainaba la daga de hierro. Había estado equivocada sobre cuántos había en la salita. Eran tres, todos jóvenes.

Bueno, en pocos segundos era probable que solo quedaran dos.

Sir Holland estaría decepcionado.

Mi puntería no había sido perfecta. El cuchillo le había dado al guardia en el cuello. El líquido carmesí resbalaba por sus brazos y oscurecía su túnica. Se tambaleó hacia delante y se desplomó contra el sofá. La sirvienta retrocedió a toda prisa mientras el otro guardia se abalanzaba hacia mí.

Columpió la espada en un gran arco, pero yo me agaché por debajo de su brazo y emergí justo en el camino del tercer guardia, que me lanzó una estocada con una espada más corta. Maldije entre dientes al tiempo que lo agarraba del brazo con el que blandía la espada. Giré en redondo y lo arrastré tras de mí. Lo solté de golpe y estampé el codo contra su espalda. La acción sacudió mi ya de por sí dolorido hueso y la carne de alrededor, e hizo que soltara una exclamación ahogada mientras empujaba con fuerza. El grito del guardia terminó de manera abrupta con un gemido burbujeante.

Giré en redondo para descubrir que la espada de su compañero lo había empalado.

- —Mierda —gruñó el guardia, quitándose al otro de encima. El hombre cayó sobre una rodilla y luego se desplomó de bruces para estrellarse contra la mesita baja. El jarrón de lilas se hizo añicos y el agua se derramó al tiempo que la alfombra se cubría de delicados pétalos blancos.
- —Eso no lo he hecho yo —dije, retrocediendo. La chica se había refugiado contra la pared y... parecía estar rezando otra vez—. Ha sido todo cosa tuya.
 - El guardia restante cambió la espada a su otra mano.
 - —Más dinero para mí solito, supongo.

El hombre salió disparado a por mí. Era rápido. Bloqueó mi puñalada y giró para alejarse antes de que pudiera lanzarle otra. Mis ojos volaron hacia la puerta cerrada. No había forma humana de que pudiera llegar hasta ella y abrirla a tiempo.

- —¿Quién os ha pagado? —pregunté.
- El guardia caminaba en círculo a mi alrededor, los ojos entornados.
- —¿Acaso importa?

Quizá, no. Ya tenía mis sospechas. Giré a toda velocidad, el cuchillo delante de mí, pero el guardia bajó el puño contra mi brazo, justo sobre la magulladura. Di un gritito. El fogonazo de dolor se extendió, y mi mano se abrió por acto reflejo. La daga cayó a la alfombra sin hacer ni un ruido.

El guardia se rio entre dientes.

- —Vaya, por un momento, me había empezado a preocupar incluso.
- —Sí, bueno, pues no dejes de hacerlo todavía. —Me giré por la cintura y agarré lo primero sobre lo que pude poner las manos.

Resultó ser un almohadón bordado.

- —¿Qué vas a hacer con eso? —se burló—. ¿Asfixiarme?
- —Tal vez. —Columpié el almohadón, que era sorprendentemente pesado, directo hacia su cara. El hombre se echó atrás a toda velocidad.
 - —¿Qué demon…?

Giré en redondo, le lancé una patada y mi bota dio de lleno en el almohadón y en su cara. Soltó un gruñido y se tambaleó unos pasos hacia atrás. Recogí mi daga de donde había caído y me erguí. Agarré la mano con la que él sujetaba su daga y empujé hacia abajo mientras incrustaba la mía de hierro en el almohadón. El hombre aulló y una nube de plumas teñidas de rojo voló por los aires. Dejó caer su espada para intentar agarrarme. Liberé la daga, haciendo un esfuerzo desesperado por ignorar el suave y mojado sonido de succión y sus agudos alaridos.

Estampé la hoja contra su pecho otra vez, sobre su corazón. La daga perforó el grueso brocado y los huesos que había debajo. Se hundió en su cuerpo como si no fuese más que algodón de azúcar.

Sus gritos se cortaron en seco.

Extraje la daga y di un paso a un lado justo cuando las piernas del guardia cedían debajo de él. Cayó sobre un costado, mientras sufría los últimos estertores. Un charco carmesí se extendió por la alfombra color marfil para unirse a la otra mancha de color rojo oscuro.

—Por todos los dioses —musité. Levanté la vista hacia donde la sirvienta seguía acobardada contra la pared—. Está claro que la alfombra va a requerir más que una limpieza superficial, ¿no crees?

Con los ojos abiertos de par en par, la joven negó con la cabeza. Sus labios se movieron durante unos momentos sin que saliera sonido alguno por ellos.

- —No quería hacer esto. Me pillaron fuera. Me dijeron que necesitaban mi ayuda.
 —Las palabras brotaron por su boca entre sollozos entrecortados—.
 No supe para qué hasta que me condujeron aquí. Pensé que iban a…
 - —¿Sabes quién se supone que iba a pagarles? —la interrumpí.
- —N... no —balbuceó. Negó con la cabeza otra vez—. Lo juro. No tengo ni idea. —Se le anegaron los ojos de lágrimas—. Ni siquiera sé quién eres en realidad. Creía que eras una doncella personal.

Me tragué un suspiro mientras miraba los cuerpos de los tres guardias. No me permití registrar sus caras, no quise comprobar si los reconocía porque eso haría que me dejaran una *marca*. ¿Quién podía haber llegado hasta ellos con el tipo de dinero necesario como para convencer a alguien de matar a otra persona que estaba, o bien contratada, o bien protegida por la corona?

Solo había una persona que haría algo así, seguro de que no habría repercusiones.

Tavius.

Se me revolvió el estómago. ¿De verdad podía estar él detrás de esto? Apreté los labios. ¿De verdad me estaba preguntando eso? Por supuesto que lo estaría, pero ¿podría haber organizado algo así en el poco tiempo entre salir de la oficina de su padre y ahora? ¿O ya llevaba tiempo planeándolo? Sus pullas volvieron a mí y apreté la mano en torno a la daga. ¿Dispondría siquiera del tipo de dinero que necesitaría para algo así? ¿O estaría dispuesto a soltarlo?

Entonces sonó un golpe fuerte cerca de la puerta. Me giré hacia ella justo cuando una voz masculina habló desde el otro lado.

—Deja que lo intente yo.

Antes de que pudiera dar un solo paso hacia la puerta para abrir el pestillo, vi que el picaporte giraba y *seguía* girando. El metal chirrió y luego crujió cuando los engranajes cedieron.

Santo cielo...

Di un paso atrás cuando la puerta se abrió de golpe y varios guardias reales entraron en tromba. Se pararon en seco, pero fue el hombre que estaba en el umbral el que llamó mi atención.

No lo había visto nunca.

No había visto nunca *nada* como él.

Era alto y... dorado todo él. Su melena. Su piel. La elaborada... pintura facial. Un dorado rutilante cubría sus cejas y bajaba por sus mejillas, un diseño que se asemejaba a unas alas. Pero sus ojos... eran de un tono azul tan pálido que casi se fundían con la fina aura de *eather* detrás de las pupilas.

Supe que era un dios, pero eso no fue lo que más impactada me dejó. La pintura facial me recordaba a la piel chamuscada del rostro de la modista.

Su mirada pálida se deslizó hacia donde yo estaba, aún resollando, y luego se posó en los cuerpos tirados detrás de mí, para por fin acabar donde la sirvienta seguía pegada a la pared como si intentara fundirse con ella. Deslicé detrás de mi espalda la mano que sujetaba la daga.

El dios sonrió.

Mi madre apareció detrás de él, y su rostro palideció para hacer juego con el tono marfil y crema de su vestido. De repente, deseé poder fundirme *yo* con la pared.

—Los encontré así —mentí. Eché una miradita a la sirvienta—. ¿Verdad?

La chica asintió con énfasis y me giré otra vez hacia la puerta. La mirada pálida del dios taladró la mía, las hebras de *eather* de sus ojos eran mucho más tenues que las de Ash. ¿Qué hacía siquiera un dios aquí en el castillo? Tragué saliva y tuve que reprimir el impulso de retroceder cuando continuó mirándome.

La sonrisa del dios se ensanchó.

—Qué horror haber tenido que descubrir una cosa así.

Miré a mi madre. No pensé ni por un segundo que se hubiera creído lo que decía, pero no diría nada. No delante de un dios.

La expresión de la reina se suavizó.

—Sí —afirmó, y su pecho se hinchó de pronto—. Es verdad, qué horror.



—¿De verdad crees que Tavius tuvo algo que ver con el ataque? — preguntó Ezra en voz baja mientras tendíamos sábanas recién lavadas en el patio de la casa del curandero Dirks a la tarde siguiente.

Había aceptado la oferta de Ezra para ayudarla con los heridos en las protestas. Bueno, en realidad la había oído dar indicaciones al conductor del carruaje y la había seguido hasta el mismo borde del Distrito Jardín, donde los heridos más graves estaban siendo tratados. No obstante, estaba claro que Dirks necesitaba toda la ayuda posible. Había casi una docena de catres y jergones alineados en la sala de estar de su residencia, con todos los que habían sufrido lesiones. Había que limpiar heridas, lavar sábanas antes de que contribuyeran a la aparición de infecciones, convencer a los heridos para que comieran o bebieran... El curandero Dirks no me había dicho ni una palabra aparte de señalar las cestas de sábanas que había que tender para que se secaran. Nunca sabía si el anciano sabía quién era yo. Jamás había hecho preguntas a lo largo de todos los años que sir Holland me había estado trayendo a él para que tratara las heridas y lesiones que me hacía durante los entrenamientos. Si sospechaba algo, nunca dijo nada. Al cabo de un rato, Ezra se había reunido conmigo. Era la primera oportunidad que teníamos para hablar sobre lo ocurrido durante la víspera.

- —Creo que es el responsable. —Miré hacia donde varios guardias reales estaban apostados al lado de la verja de hierro que daba acceso al patio. Agarré otra sábana mojada de la cesta—. ¿Quién más tendría esa cantidad de dinero? —Pasé la sábana por encima de la cuerda y la estiré bien—. ¿O el valor para reclutar a los guardias?
- —No es que esté intentando defender a mi hermano, pero ni siquiera yo creo que sea tan estúpido como para matar a la única cosa que puede detener la Podredumbre —señaló Ezra.
- —Entonces, tienes en mucha mejor consideración su inteligencia que yo.
 —Tiré de la capucha de mi blusa hacia delante, más para protegerme de los abrasadores rayos de sol que para ocultar mi identidad.
- —¿Y la chica? —preguntó Ezra, al tiempo que se agachaba para recoger la última sábana. La sacudió y el olor astringente me hizo cosquillas en la nariz—. ¿De verdad crees que no tuvo nada que ver?
- —No lo sé. —Pesqué la otra punta de la sábana y la ayudé a pasarla por encima de la cuerda—. Estaba asustada, pero no sé si era porque yo estaba en la habitación o porque la habían forzado a hacer eso.

Ezra echó una de las sábanas a un lado para pasar al otro lado y reunirse conmigo.

- —Sea como fuere, alguien debería recolocarla fuera de Wayfair. Solo por si acaso.
- —¿Y a dónde iría? —pregunté—. Si dices algo sobre ella, lo más probable es que pierda el empleo.
- —Sí, pero si tuvo algo que ver en el ataque, ¿crees que debería continuar trabajando en la misma casa en la que vives tú? —rebatió mientras alisaba el pequeño lazo blanco del corpiño de su vestido azul turquesa.
- —Ya, pero si no tuvo nada que ver, se queda sin trabajo. —Recogí la cesta—. No solo estaríamos castigando a una víctima, sino que lo más probable es que me culpe a mí y a la maldición. Y eso es lo último que necesito.

Ezra suspiró.

—Tienes razón, pero al menos deberías decirle algo a sir Holland. Seguramente, él podrá investigar un poco en su pasado y ver si puede seguir siendo una amenaza. —Frunció el ceño y sus ojos saltaron de los guardias reales a mí—. No estoy segura de que Tavius haya tenido algo que ver con esto. Y sabes que no lo digo porque no crea que sea capaz de hacer algo así. Es porque Tavius apenas tiene dinero —explicó Ezra—. Lo sé porque

siempre está tratando de que yo le preste algo. Se gasta todo lo que tiene en la señorita Anneka.

- —¿La señorita Anneka? —Fruncí el ceño y apreté la cesta de mimbre contra mi pecho. Me giré hacia el Templo Sombrío, que se alzaba en la base de los Acantilados de la Tristeza. Sus pináculos de piedra umbra reflejaban la luz del sol como si repelieran la vida misma.
- —Era la mujer de un comerciante. Se acaba de quedar viuda —explicó Ezra, arqueando las cejas—. Hace tiempo que mantienen una relación bastante sórdida. Me sorprende que no lo supieras.
- —En realidad, intento no pensar en Tavius y bloquear cualquier cosa que tenga que ver con él —le dije, preguntándome si sería posible que esa viuda le hubiese dado a Tavius el dinero. Suspiré—. No puedo creer que todo ello tuviera que ocurrir justo cuando la reina volvía de los jardines. No estaba muy contenta que digamos.
- —Se pasó buena parte de la cena de ayer lamentándose por la alfombra echada a perder —comentó Ezra, y yo puse los ojos en blanco—. Al parecer, la habían importado desde algún lugar al este y, según ella, es «completamente irremplazable».

Al parecer, mi vida no.

Mi madre no me había dicho ni una palabra después de que me marché de la habitación. No había venido a verme para comprobar que no estuviera herida, como sí lo había hecho sir Holland. El rey tampoco apareció.

- —¿Qué le ha pasado a tu brazo? —preguntó Ezra, los ojos entornados—. ¿Te hiciste eso cuando luchaste con los guardias?
- —No del todo, aunque estoy segura de que eso no ayudó. Es cortesía del *príncipe* Tavius —repuse, y le conté lo que había sucedido.

Apretó la mandíbula mientras contemplaba mi brazo.

- —Sabes que siempre me ha costado creer que la gente sea inherentemente mala —me dijo. Levantó los ojos hacia los míos—. Incluso después de todo lo que veo cuando ayudo a esa gente de la ciudad. Las malas acciones se cometen por elección o por las circunstancias. Nunca por naturaleza. Sin embargo, a veces, miro a mi hermano y pienso que a lo mejor él es malo. Tal vez nació así y ya está.
- —Bueno —murmuré—, no es que vaya a discutírtelo. Solo desearía que más personas se dieran cuenta.
- —Yo también. —Ezra se acercó lo suficiente como para que, si alguna de las dos se movía, su brazo desnudo rozara el mío—. Por cierto, respecto del dios al que viste con la reina ayer —empezó, y de inmediato pensé en la

máscara facial pintada de dorado—, la oí hablar de él con mi padre después de la cena. Se llama Callum. —Bajó la barbilla—. Es de la corte de Dalos.

Mi estómago dio una voltereta.

—¿Es de la corte del Primigenio de la Vida?

Ezra asintió.

—Supongo que tiene algo que ver con el inminente Rito.

Eso tenía sentido, pero no recordaba que un dios de la corte de Dalos hubiese venido jamás al castillo.

Empezamos a recorrer el serpenteante camino de vuelta entre los numerosos tiestos en alto llenos de hierbas medicinales.

—Veamos en qué más podemos ayudar al curandero Dirks —dijo Ezra. Asentí—. Después, debo irme a casa. Padre ha solicitado hablar con lord Faber. No estoy segura de para qué, pero habían liado a Mari para que acudiera con su padre y, de algún modo, me han incluido también en la conversación.

Mientras me preguntaba de qué querría hablar el rey con lord Faber, seguí a Ezra hasta las puertas con cortinas.

—Eh.

Me giré hacia el origen de la voz y Ezra se detuvo delante de mí. Miré más allá de los guardias reales, hacia el final del patio donde...

Un hombre rubio esperaba de pie al lado del carruaje de Ezra, acariciando el hocico de uno de los caballos. Era alto y delgado, sus ojos penetrantes y sus rasgos angulosos. Las mejillas, la mandíbula... Llevaba una túnica negra sin mangas, ribeteada de brocado plateado, y unas relucientes botas oscuras que le llegaban hasta las rodillas. Había algo... raro en la forma en la que esperaba ahí plantado, con ese ademán tan casual. Me puso de punta los pelos de la nuca. Tardé un momento en darme cuenta de que los rayos de sol no parecían tocarlo, que él y solo él estaba envuelto en sombras.

Se me aceleró el corazón y me volví hacia Ezra, solo para encontrarla tratando de mirar al hombre por un lado de mí.

- —Vuelvo ahora mismo.
- —¿Quién es ese? —preguntó, mientras los guardias reales miraban al hombre con lo que sospechaba que era el mismo recelo que sentía yo.
- —No estoy segura. Si lo averiguo, luego te lo cuento. —Le regalé una sonrisa tensa cuando vi que ella me lanzaba una mirada de impaciencia—. Te lo prometo.
- —Más te vale —musitó, y la falda de su vestido emitió un chasquido de lo rápido que se dio la vuelta.

Con todos los sentidos a flor de piel, mantuve la mano derecha cerca de donde llevaba la daga envainada contra mi muslo. Caminé por delante de los guardias reales y mis pasos se ralentizaron a medida que me acercaba al desconocido, que acariciaba otra vez al caballo.

—¿Quién eres? —pregunté.

Giró la cabeza hacia mí y vi sus ojos. Eran de un intenso color ámbar y estaba lo bastante cerca como para ver el resplandor del *eather* detrás de sus pupilas.

El desconocido era un dios.

Por acto reflejo, me llevé una mano al corazón y empecé a arrodillarme en un gesto de respeto reservado solo para un dios o un Primigenio. Algo que acababa de darme cuenta en ese momento de que nunca había hecho por Ash.

- —Alteza.
- —Por favor, no hagas eso —me pidió. Me quedé paralizada durante un instante, antes de enderezarme—. Me llamo Ector.

Abrí la boca...

—No me importa cómo te llames tú —me interrumpió y cerré la boca de golpe. Solo iba a decir «hola»—. Es probable que te preguntes por qué estoy aquí. —En efecto—. Si es así, ya tenemos algo en común —continuó, ladeando la cabeza. Varios bucles de pelo rubio resbalaron por su frente—. Yo me pregunto lo mismo, pero sé bien que no debo hacer preguntas sino limitarme a hacer lo que me dicen.

Arqueé las cejas, confundida.

Ector le hizo una última caricia al caballo y luego se giró del todo hacia mí. Vi entonces que llevaba algo en la otra mano. Una caja estrecha hecha de pálida madera de abedul.

—Me han ordenado que te entregara esto.

Miré la caja con suspicacia.

- —¿Quién?
- —Creo que te has perdido la parte de «saber bien que no hay que hacer preguntas». Tú *deberías* saberlo bien. —Me ofreció la caja—. Tómala.

La acepté, solo porque... ¿qué más podía hacer? Bajé los ojos hacia ella y la giré despacio entre las manos antes de levantar la vista. El dios llamado Ector ya se había marchado hacia la calle.

Bueno, vale.

Curiosa y un poco desconfiada, me metí bajo la sombra del edificio de al lado. Mentiría si dijera que no me daba un poco de miedo lo que pudiera haber en una caja entregada por no se sabe qué dios. Encontré la junta de la tapa y la abrí.

Solté una exclamación ahogada mientras un escalofrío de sorpresa me recorría de arriba abajo. La caja se bamboleó en mi mano. Procuré recuperar la compostura, incapaz de creer lo que estaba viendo.

Acunada en una cama de terciopelo color crema había una daga. Pero no una daga cualquiera.

Las comisuras de mis labios se curvaron hacia arriba y una sonrisa se desplegó por mi cara al tiempo que liberaba la hoja de su suave nido. Era... una creación magnífica. Una obra de arte. La empuñadura estaba hecha de algún tipo de material suave, blanco y sorprendentemente ligero. Quizá fuese algún tipo de piedra... El pomo de la empuñadura estaba tallado con forma de medialuna. Cerré la mano en torno a la empuñadura y extraje la daga del todo. Era... oh, por todos los dioses, era delicada pero fuerte al mismo tiempo.

Preciosa y poderosa.

La hoja en sí medía más de quince centímetros, casi veinte, delgada y con forma de reloj de arena. Con un filo letal a ambos lados. Alguien había tallado un elaborado dibujo en la daga: una cola con púas sobre la hoja, y la cabeza y el cuerpo musculoso y con escamas de un dragón en la empuñadura, sus poderosas fauces abiertas y escupiendo fuego.

La daga era de piedra umbra.

Empecé a ver la reluciente arma negra algo borrosa. Parpadeé para eliminar la repentina humedad de mis ojos y tragué saliva, pero ese incordio de nudo todavía atoraba mi garganta. La emoción no tenía nada que ver con la piedra umbra. Ni siquiera tenía que ver con quién sabía que debía ser el que me la mandaba. Era solo que...

Jamás me habían regalado nada en toda mi vida.

Ni durante los Ritos, cuando era frecuente intercambiar obsequios entre familiares y amigos. Ni en mi cumpleaños.

Sin embargo, ahora, me habían hecho un regalo. Uno precioso y útil y completamente inesperado. Y me lo había hecho un *dios*.

Ash.

Capítulo 17



Odetta pasó al Valle en las primeras horas del día siguiente.

Solo me enteré porque cuando fui a verla antes de ir a entrenar con sir Holland, descubrí a una sirvienta en su habitación, quitando las sábanas de la cama.

Y supe lo que había pasado incluso antes de hablar, antes de tener ocasión de preguntar dónde estaba. La repentina tensión en mi pecho y el nudo de mi garganta me indicaron que el momento que Odetta sabía que se aproximaba ya había llegado.

No fui a la torre, sino que viajé a Stonehill, donde sabía que aún tenía familiares vivos. Llegué justo cuando empezaba el funeral. Me pregunté si sería por eso que a menudo me encontraba sin querer en este barrio y pasaba tiempo en el Templo de Phanos, si pensaba en Odetta como familia y era eso lo que me atraía hacia aquí.

Me quedé al fondo, detrás del pequeño grupo de asistentes, sorprendida al sentir la presencia de otras personas que venían a colocarse a mi lado. Eran sir Holland y Ezra. Ninguno dijo nada mientras elevaban la pequeña pira sobre la que habían colocado a Odetta y su enjuto cuerpo envuelto en tela apareció ante nuestros ojos. Se limitaron a quedarse en silencio a mi lado, y su presencia alivió parte de la presión que notaba en el pecho.

No lloré cuando llevaron unas antorchas encendidas hacia allí y las colocaron sobre la madera empapada en aceite. No porque no pudiera, sino porque sabía que Odetta no habría querido que llorara. Me había dicho que debía estar lista. Así que estaba tan lista como jamás podría estarlo cuando las llamas reptaron poco a poco por encima de la madera, avivadas por la brisa

salada que provenía del mar, hasta que ya no pude ver las pálidas telas detrás del fuego.

Entonces, di media vuelta y me marché, consciente de que ya no quedaba nada de esa mujer cascarrabias en este mundo. Había entrado en las Tierras Umbrías, había pasado por los Pilares de Asphodel, de los que había hablado Ash. Caminé por la costa, con la seguridad de que Odetta había sido recibida con los brazos abiertos en el Valle y lo más probable era que ya se estuviese quejando de algo.



La mañana anterior al Rito, desperté con un atroz dolor de cabeza que no se alivió, a pesar de toda el agua que me forcé a beber a lo largo de la mañana.

El entrenamiento fue una auténtica tortura y la jaqueca consiguió extenderse para convertirse en un dolor que se asentó en mi mandíbula y me revolvió el estómago. El calor asfixiante de la torre no ayudó.

Sir Holland caminó en círculo a mi alrededor, la piel oscura de su frente perlada de reluciente sudor. Seguí sus movimientos con ademán cansino. Me lanzó una patada que debí bloquear sin problema, pero mis movimientos eran lentos. Su pie desnudo conectó con mi espinilla. Una exclamación de dolor escapó de mis pulmones mientras retrocedía saltando sobre un pie.

- —¿Estás bien? —preguntó sir Holland.
- —Sí. —Me agaché para frotarme la espinilla.
- —¿Estás segura? —Se acercó a mí y se pasó el dorso de la mano por la frente—. Has estado floja y torpe toda la tarde.
 - —Me siento torpe —mascullé, al tiempo que me enderezaba.

La preocupación crispó el rostro de sir Holland mientras me miraba de arriba abajo.

—Estás un poco pálida. —Se plantó las manos en la cintura—. ¿Qué pasa? ¿Es por Odetta?

Sacudí la cabeza, aunque sí que sentí una oleada de tristeza. Habían pasado dos días desde que Odetta se había marchado, y me había descubierto de camino a su piso para ver qué tal estaba al menos una docena de veces antes de darme cuenta de que no había ninguna razón para hacerlo.

—Es solo que la cabeza me duele a rabiar y tengo el estómago un poco revuelto.

- —¿Te duele la mandíbula?
- —¿Cómo lo sabes? —Fruncí el ceño.
- —Porque te estás frotando la cara —señaló.

Oh, era verdad. Dejé de hacerlo.

- —Sí, me duele un poco —admití—. A lo mejor he pillado algo o se me ha picado un diente.
- —A lo mejor —murmuró, y fruncí el ceño aún más—. Venga, tómate el resto del día libre. Descansa un poco.

Por lo general, habría protestado y habría seguido entrenando a pesar de las molestias, pero en ese momento todo lo que quería era sentarme. O tumbarme.

—Creo que voy a hacer eso.

Sir Holland asintió y, después de despedirme con un tímido gesto de la mano, di media vuelta hacia la puerta. No obstante, antes de que pudiera irme, volvió a hablar.

- —Te subiré algo que te vendrá bien.
- —No quiero una poción para dormir —le dije, mientras alargaba la mano hacia la puerta.
 - —No será eso.

Para cuando conseguí llegar a mis habitaciones, los molestos retortijones de mi estómago se habían intensificado. Apenas conseguí quitarme la ropa para ponerme una vieja camisa de hombre que alguien había dejado olvidada en la lavandería. Me quedaba inmensa, los faldones llegaban hasta mis rodillas, y no era tan ligera como mi camisón, pero no tenía fuerzas para hacer nada más.

Un poco más tarde, llamaron a la puerta de mi dormitorio. Era sir Holland y, como había prometido, llevaba una jarra de peltre y una bolsita.

- —¿Qué es esto? —pregunté cuando me dio ambas cosas y miré dentro del oscuro líquido humeante.
- —Un poco de sauzgatillo, camomila, hinojo, sauce y menta —enumeró, aún en el umbral de la puerta—. Ayudará.

Olisqueé el líquido, las cejas arqueadas. Luego me senté al pie de mi cama. El olor era dulce, un poco mentolado y como terroso.

- —Tiene un olor... singular.
- —Es verdad. Pero tienes que bebértelo todo, y deberías hacerlo rápido, ¿vale? No quieres que la poción se enfríe más de lo que ya lo ha hecho.

Asentí y bebí un buen trago. No sabía mal, pero tampoco era especialmente fácil de tragar.

Sir Holland se sentó en el borde de mi cama, con los ojos fijos en la luz del sol que entraba por la pequeña ventana.

- —¿Sabes en qué estaba pensando? En esa conversación que tuvimos hace un tiempo en la que te pregunté qué eras.
 - —Sí. —Arrugué la frente—. Dijiste que era una guerrera.

Asintió con una leve sonrisa.

—Así fue. Lo he estado pensando. Ya sé a quién me recuerdas.

Casi me daba miedo oír lo que tuviera para decir.

- —¿A quién?
- —A Sotoria.

Tardé un momento en recordar quién era.

- —¿La chica que se asustó tanto de un dios que cayó por los Acantilados de la Tristeza y murió? —No estaba segura de si Sotoria era más mito que realidad, pero me sentía un poco ofendida—. ¿Qué parte de mí te hace creer que me tiraría por un acantilado?
- —Sotoria no era débil, Sera. Todo eso de su miedo al ver al dios es solo parte de su historia.
 - —¿La otra parte no era lo de que murió?

Una diversión irónica se instaló en su rostro.

- —La historia de la joven doncella no terminaba con su muerte. Verás, el que sin querer provocó su muerte creía que estaba enamorado de ella.
- —Corrígeme si me equivoco —le dije, aliviada de ver que mi dolor de cabeza ya se estaba disipando—, pero él solo la vio recolectando flores. No habló con ella ni nada. Entonces, ¿cómo podía creer que estaba enamorado de ella?

Sir Holland se encogió de hombros.

- —La vio y se enamoró. —Puse los ojos en blanco—. Eso era lo que él creía, pero más bien fue que se obsesionó.
- —Quieres decir, ¿después de... hablar con ella? —Negó con la cabeza y yo solté una risa medio atragantada—. Lo siento. Es que ni siquiera sé cómo te puedes obsesionar con alguien solo viéndola *recoger flores*. Quiero decir, ¿amor a primera vista? A lo mejor podría creérmelo, pero solo si hubiesen hablado en algún momento. —Fruncí el ceño y lo pensé un poco—. E incluso entonces, diría que lo más probable es que se encoñara. No que se enamorara.

Sir Holland sonrió y estiró una pierna.

—Bueno, estaba obsesionado con traerla de vuelta y estar con ella.

Se me cortó la respiración. Nunca había oído esa parte de la leyenda.

—¿Lo hizo?

- —Le advirtieron que no sería correcto. Que el alma de la chica había cruzado al Valle y estaba en paz. Pero él... encontró una manera.
- —Por todos los dioses. —Cerré los ojos, al mismo tiempo entristecida y horrorizada. Si Sotoria era real, ya le habían quitado la vida. Saber que también le habían quitado la paz me ponía enferma. Era una violación inconcebible.
- —Sotoria regresó y no se mostró agradecida por semejante acción. Tenía miedo y era infeliz. El responsable no entendía por qué estaba tan taciturna. Nada de lo que hacía mejoraba su estado ni lograba que lo amara. —Pasaron unos instantes—. Nadie sabe exactamente cuánto tiempo vivió Sotoria su segunda vida, pero acabó muriendo. Hay quien dice que se dejó morir de hambre a propósito, pero otros afirman que empezó a *vivir* de nuevo, para luchar contra su captor a pesar de lo poderoso que era. Sotoria era fuerte, Sera. Era el tipo de guerrera que lucha. A pesar de la pena de haber perdido la vida a tan joven edad. A pesar de haber perdido la paz y el control, sin importar lo mal que se pusieran todas las cosas en su contra. Por eso me recuerdas a ella.
- —Oh —susurré. Apuré el final del té—. Bueno, eso es bonito —dije, con la esperanza de que la historia de Sotoria fuese solo una leyenda antigua.
 - —¿Has terminado?
 - —Sí
- —Bien. Puede que te deje un poco soñolienta, pero ni de lejos como una poción para dormir —explicó, al tiempo que se levantaba—. Hay más en la bolsita, por si lo necesitas. Solo asegúrate de dejar las hierbas en infusión durante unos veinte minutos.
 - —Gracias —dije, y la palabra me sonó extraña en la boca.
- —De nada. —Hizo ademán de ir hacia la puerta, pero paró antes—. Todo irá bien, Sera. Solo descansa un poco.

En cuanto se marchó, hice lo que me había dicho. Cerré los ojos. El martilleo de mi cabeza y los retortijones habían desaparecido casi por completo y, como me había advertido sir Holland, la poción me dejó fatigada, o al menos lo bastante relajada como para amodorrarme.

No estaba del todo segura de cuándo me había quedado dormida, pero un poco más tarde ya no sentía ningún dolor, ni en las sienes ni en la mandíbula, y mi estómago parecía lo bastante asentado como para poder ponerme unos pantalones e ir en busca de algo que sisar para comer.

Cómo conocía sir Holland semejante poción, no lo sabía, pero era un milagro y estaba dispuesta a abrazar al hombre la próxima vez que lo viera.

Con algo de comida en el estómago, me sentía casi normal. Entré en la sala de baño para cepillarme los dientes y me incliné sobre el pequeño lavabo para enjuagarme la boca. Cuando dejé la jarra en la estrecha balda de encima del lavabo, bajé la vista.

«¿Qué demon...?», susurré, con los ojos clavados en los surcos rojizos entre la espumosa pasta.

Sangre.



Sabía muy poco acerca del Elegido, si este era hombre o mujer, pero o bien la curiosidad, o bien la temeridad, me habían empujado hasta el Templo del Sol durante la tarde del Rito.

El templo ya estaba atestado de nobles, comerciantes adinerados y terratenientes, pero ataviada como iba, con el pálido vestido rosa que me ponía en las raras ocasiones en que mi madre quería que me vieran, me tomaban por una de las doncellas personales de la reina. Me moví con facilidad entre la multitud mientras la gente subía la ancha escalinata. Igual que el resto del patio, el Templo del Sol estaba construido de piedra caliza y diamantes triturados. Era como si la luz del sol brotara de las paredes, las torres y los pináculos, reflejada por las esquirlas de diamante. Dos grandes antorchas sobresalían de las columnas en la cima de las escaleras. Unas llamas de un blanco plateado titilaban con suavidad a la brisa cálida. Se me pusieron de punta los pelos de la nuca, pero continué adelante, serpenteando entre las masas hasta entrar en el corredor principal del Templo del Sol. El pasillo era estrecho y largo, lleno de puertas cerradas, y podía imaginar el susurro de las vestiduras detrás de ellas. Un escalofrío se abrió paso a través de mí cuando pensé en lo que había dicho Ash sobre lo que llenaba las entrañas de los sacerdotes.

Por todos los dioses, eso era lo último en lo que necesitaba pensar ahora mismo. Cuando llegué a la entrada de la cella, la sala principal del templo, la luz del sol entraba a raudales por el techo de cristal, iluminando los suelos color marfil y oro. Debajo de la fina capucha de mi vestido seguía teniendo de punta los pelillos de la nuca cuando ingresé a la cella. Solo habían prendido unas pocas docenas de los cientos de candelabros escalonados por las paredes. No solía entrar a menudo en el Templo del Sol, ni en ningún otro, dicho sea de paso, pero la cella de este tenía una energía singular, que impregnaba el

mismísimo aire que respiraba y a menudo crepitaba sobre mi piel. Me recordaba a la corriente de energía que había sentido cuando mi piel entró en contacto con la de Ash.

Los bancos y los reclinatorios ya estaban completamente ocupados, así que me abrí paso hacia uno de los espacios laterales entre las columnas al tiempo que retiraba mi capucha. Mantenerla puesta dentro del Templo del Sol no solo se consideraría una gran falta de respeto, sino que también llamaría demasiado la atención.

Me detuve cerca de la pátina dorada de una columna y deslicé los ojos hacia el estrado. Habían desperdigado peonías blancas por el suelo y al pie de un trono hecho con la misma piedra caliza y los diamantes triturados empleados para construir el templo. El respaldo del trono estaba tallado con forma de sol y absorbía los potentes rayos que entraban por el techo. Había dos Sacerdotes del Sol a los lados del trono, sus vestiduras blancas lucían prístinas e inmaculadas. Parecían tan cadavéricos como los Sacerdotes Sombríos, con los ojos clavados en la multitud.

Aparté la vista de ellos y busqué en los bancos delanteros para ver si detectaba brillo de coronas. Enseguida encontré al rey y a la reina, sentados en primera fila a la derecha del estrado. Hice una mueca de disgusto cuando la infinidad de perlitas del vestido de mi madre centelleó a la luz del sol.

Supuse que tenía suerte de que le hubiesen acabado el vestido a tiempo.

Crucé los brazos y deslicé la mirada hacia donde Ezra estaba sentada toda tiesa al lado de su hermano. No parecía respirar siquiera. Supuse que le debía estar costando un esfuerzo supremo quedarse allí. Tavius estaba sentado con el tipo de postura que solo un hombre era capaz de adoptar: las piernas abiertas de par en par, ocupando al menos dos espacios en el banco.

Menudo imbécil.

Busqué a sir Holland entre los guardias reales que esperaban entre las columnas más próximas a la familia, pero no lo vi.

Notaba la piel caliente, incómoda incluso, mientras paseaba la vista por la muchedumbre y me preguntaba si alguno de los presentes sabría lo que les había pasado a los Couper, lo que seguro que les había pasado a otras familias y seguía pasando en esos momentos, a pesar de que ellos estaban sentados en esos bancos, casi con toda certeza pensando en los manjares y el vino bueno con los que celebrarían el Rito luego. ¿Les importaría siquiera un poco?

Apreté la mandíbula. A lo mejor no estaba siendo justa. A muchos de ellos sí que les importaba. El dinero y la nobleza no convertían a una persona de manera automática en apática con respecto a las necesidades de los demás.

Sabía a ciencia cierta que *lady* Rosalynn, que contemplaba ahora el estrado, enviaba comida para los niños al cuidado de las Damas de la Merced. Lord Malvon Faber, el padre de Marisol, había abierto su casa en más de una ocasión para dar cobijo a personas cuyas casas habían resultado dañadas por incendios o lluvias torrenciales. Lord Caryl Gavlen, que estaba sentado detrás de la corona con su hija, todavía pagaba a los agricultores aunque no habían podido trabajar la misma cantidad de tierras.

Muchos de los presentes sí se preocupaban por los demás, era probable que más de lo que yo creía, pero solo hacía falta que a otro puñado no le importara en absoluto. Solo hacía falta un futuro rey más preocupado por cazar por placer y correr detrás de faldas que por alimentar a su gente, para tirar por la borda todo el buen trabajo de los otros.

El brillo de perlas en el pelo de Ezra captó mi atención. Miré las diminutas gemas redondas. Eran bonitas, pero yo no llevaba joyas, aparte de las cadenitas doradas que antaño sujetaban mi velo en su sitio. Nadie me había dado jamás una sola joya: ni un anillo, ni un collar, ni un pasador, ni una fruslería. Tampoco había comprado nunca una joya para mí con el poco dinero que encontraba en mis paseos por la ciudad. Nunca había aspirado a tener joyas porque pensaba que no estaban hechas para mí. Sonaba un poco tonto, pero cuando Ezra y mi madre llevaban piezas tan chispeantes y preciosas, parecían hechas para ellas. Igual que lo parecían para casi todas las mujeres y muchos de los hombres presentes esta noche.

La cabeza de mi madre giró hacia Ezra en respuesta a algo que había dicho. La reina sonrió y el aire que aspiré no fue a ninguna parte. Fue una sonrisa preciosa, y no recordaba que me hubiese dedicado a mí una así *jamás*.

Le sonreía de ese modo a Ezra, no a mí. No a su hija.

Tragué saliva con la esperanza de aliviar el nudo que me atoraba la garganta, y todo lo que conseguí fue casi atragantarme. Mi madre se rio y lo sentí en todos los huesos del cuerpo. Yo nunca la había hecho reír. ¿Por qué habría de hacerla reír? Yo era la Doncella fracasada y Ezra era una princesa.

Por todos los dioses, estaba... celosa. Después de todos estos años. ¿Cómo podía ser posible? Quería reír, aunque, por el más breve de los momentos, quería ser Ezra.

Quería ser la que estaba ahí sentada, digna de la familia que me rodeaba. Bueno, de todos menos de Tavius, pero Ezra *contaba*. Y yo quería eso.

Un pensamiento de lo más extraño se me metió en la cabeza, algo que había dejado de preguntarme hacía muchos años. ¿Cuán diferente habría sido mi vida si mi antepasado no hubiese aceptado un precio tan exorbitado? Si no

hubiese nacido envuelta en un velo, una Doncella prometida al Primigenio de la Muerte. ¿Habría celebrado mis cumpleaños con tartas y dulces? ¿Mi primer regalo habría sido una muñeca o alguna baratija preciosa? ¿Habría abrazos cariñosos y veladas de cháchara en el salón de té? ¿Me sentaría al lado de mi madre durante los Ritos? ¿Quizás incluso de mi padre?

¿Estaría mi madre orgullosa de mí en lugar de decepcionada? ¿En lugar de perturbada por la persona en la que me había convertido?

Todas esas preguntas se alejaron flotando cuando las gruesas cortinas blancas de detrás del trono, bordadas con los símbolos dorados del sol, se agitaron y después se abrieron. Apreté más los brazos a mi alrededor mientras el Sacerdote del Sol conducía al Elegido al estrado. Era un varón, vestido con pantalones holgados blancos y un chaleco. El Velo del Elegido ocultaba todo excepto su mandíbula y su boca. Llevaba la piel pintada de dorado, lo cual me recordó a Callum.

Las conversaciones se acallaron hasta no ser más que un susurro cuando colocaron al Elegido en el trono. Una corona de peonías y alguna otra flor frágil fueron añadidas al velo. El Sacerdote del Sol se apartó para colocarse de pie detrás del trono, y otros tres sacerdotes se arrodillaron.

Unas llamas brotaron de las restantes velas sin encender al tiempo que notaba que una sensación extraña presionaba sobre mí. La reconocí. Era similar a lo que había sentido en el lago. Alguien me estaba observando.

Con todos los músculos en tensión, miré hacia los primeros bancos y se me cayó el alma a los pies cuando mis ojos colisionaron con los de Tavius. Sus labios se retorcieron en una sonrisilla engreída y me resistí al impulso de sacarle el dedo del medio, algo que suponía que se consideraría muy inapropiado en el Templo de la Vida.

Observé a Tavius inclinarse hacia delante y ladear la cabeza hacia mi madre. Los hombros de la reina, cubiertos de seda pálida, se pusieron rígidos. *Bastardo*. Me puse tensa cuando giró la cabeza. Quería dar un paso atrás hacia las sombras, pero no había ningún sitio donde esconderme. Apreté la mandíbula cuando sentí sus ojos sobre mí.

Me iba a caer una bronca épica.

Sabía que no debería haber ido y, si me quedaba, solo lograría enfadar a la reina aún más. Empecé a girarme cuando una ráfaga de aire cálido sopló por la sala y removió las llamas. Me quedé parada cuando un silencio tétrico se extendió entre la gente. Ese viento llevaba un aroma...

La energía cargó el ambiente, crepitó sobre mi piel y sobre los que estaban a mi alrededor. Mis ojos volaron hacia el pasillo central cuando el

espacio dio la impresión de rielar y vibrar. Consciente de lo que iba a pasar, levanté la vista hacia el estrado, hacia donde el varón estaba sentado, con las manos y los tobillos aún cruzados. Tenía una sonrisa tremenda en la cara. No estaba nervioso por su Ascensión. Estaba radiante, su cuerpo rígido de la anticipación mientras toda esa energía primigenia se iba acumulando. El crujido de un trueno resonó por la cella dorada y, en el exterior, estallaron en vítores. Las llamas rugieron de los cientos de velas, se estiraron hacia el techo de cristal mientras el mundo se abría en canal con un retumbar sordo. Finas hebras de *eather* brotaron de la grieta, resbalaron por el suelo de piedra caliza y diamantes triturados. Una masa de pulsante luz plateada apareció en el pasillo, girando y palpitando en torno a la figura de un varón alto.

Por todas partes a mi alrededor los cuerpos se movieron, hincaron una rodilla en tierra y se llevaron una mano al pecho. Cuando los zarcillos giratorios de luz plateada se atenuaron, me puse en movimiento para arrodillarme y llevarme una mano al pecho yo también.

Tenía la vista clavada en el centro del pasillo, como todos los demás. Era la primera vez que veía a Kolis, el Primigenio de la Vida. Tenía la piel y el pelo dorados, de un modo muy parecido al dios Callum. Era alto y ancho de hombros. Su ropa era blanca y centelleaba con brasas de oro. Mi atención quedó atascada en el brazalete dorado que rodeaba un grueso bíceps.

El Elegido se levantó del trono ceremonial e hincó también una rodilla en tierra, su cabeza cubierta agachada. Kolis era un borroso destello de blanco, oro y chisporroteantes zarcillos de *eather* mientras subía al estrado. Su fuerza pura hizo aletear los bordes del velo del Elegido. El gran cuerpo del Primigenio bloqueaba mi vista del Elegido mientras le levantaba el velo y dejaba expuesta la cara del varón solo a él.

No supe si le dijo algo. Tampoco supe si el corazón de alguien más latía tan deprisa como el mío, o si notaban como yo que la energía del Primigenio les presionaba el cuello, lo cual hacía casi imposible que mantuviera la cabeza levantada. No supe si los demás sintieron las mismas náuseas que yo cuando Kolis se irguió en toda su altura una vez más y habló con una voz que hizo que me temblaran las entrañas.

—Tú, Elegido, eres digno.

Centenares de manos se estamparon contra el suelo del templo en torno a mí. El atronador golpeteo resonó también afuera, proveniente de todos los que atestaban las calles en el exterior del templo y por toda Carsodonia. Yo, sin embargo, me quedé encogida, incapaz de mover la mano. *Digno*. Esa palabra me agrió las entrañas mientras el Primigenio se giraba hacia el público

presente. Se me comprimió el pecho y el templo dio la impresión de estremecerse bajo la fuerza de cientos de manos abiertas golpeando el suelo. El rostro del Primigenio...

Era demasiado brillante y demasiado doloroso de mirar durante más de unos segundos seguidos, durante el tiempo que se tardaría en descifrar gran parte de sus rasgos. Paseó la vista despacio por los bancos y luego por los recovecos más ocultos. Entonces su mirada se detuvo, junto con mi corazón. Mis ojos empezaron a aguarse y a quemar. Mi piel se erizó y el aire que inspiré se atascó en mi garganta.

El Primigenio de la Vida miraba directamente al rincón donde yo me arrodillaba y ya no pude mantener los ojos abiertos más tiempo. La humedad se arremolinaba en mis pestañas cuando bajaron, pero seguí sintiendo su mirada, tan caliente como el sol... tan cálida como el don que palpitaba en mi pecho.



Al anochecer del día del Rito, había empezado a sentir un leve dolor en la mandíbula otra vez. No como antes, pero aun así me sentía inquieta. Deambulé sin rumbo por los Jardines de los Primigenios, porque no me sentía con ganas de salir de Wayfair, a pesar de que el Gran Salón estaba abarrotado de nobles y de otros que celebraban el Rito. Había conseguido evitar a mi madre, un acto que sería más difícil una vez que los invitados se marcharan. Entonces me llamaría, eso seguro.

Suspiré y mi mente divagó de vuelta al Templo del Sol y al Primigenio de la Vida. Un escalofrío reptó por mi nuca cuando me detuve delante de las rosas de floración nocturna cerca de la entrada de los jardines. Arrastraban por el suelo y por encima del gran estanque de la fuente. Que Kolis se hubiera fijado en mí tenía que ser cosa de mi imaginación. El rincón en el que estaba arrodillada había estado atestado de gente, pero pensé en mi don y en su origen... Tenía que provenir de él.

Un silbido agudo y penetrante llamó mi atención, y levanté la cabeza a toda velocidad para mirar en dirección al puerto. Una lluvia de chispas blancas estalló muy alto en el cielo y por encima de la bahía del mar Stroud. Otro agudo chillido de fuegos artificiales voló por los aires, y esta vez explotó en centelleantes chispas rojas.

Atraída por los fuegos de artificio, dejé atrás los Jardines de los Primigenios y entré en la pasarela cubierta. Los acantilados serían el lugar perfecto para admirar los fuegos. Quizá después me animara a visitar el lago. No había vuelto desde la noche en que Ash había estado ahí. No sabía si era porque me daba miedo que el lago ya no me pareciera...

- —*Sera*. —La voz llegó con un suave susurro. Me paré en seco y giré hacia mi izquierda.
- —¿Ezra? ¿Qué haces aquí fuera en vez de...? —Las palabras murieron en mi lengua cuando conseguí ver bien a mi hermanastra a la tenue luz de los faroles de la pasarela. Su tez lucía pálida y macilenta, y...

Se me cayó el alma a los pies cuando mis ojos se posaron en los manchurrones rojo oscuro salpicados por su corpiño. Había incluso gotas de un marrón rojizo sobre el verde de su vestido.

—¿Estás herida? ¿Alguien te ha hecho daño? —Todo lo que había en mi interior se quedó muy quieto, vacío. Le haría cosas terribles, horribles, a quien hubiese osado tocarla—. ¿A quién tengo que cargarme?

Ezra ni siquiera parpadeó ante mi pregunta.

—Estoy bien. No estoy herida. La sangre no es mía, pero ne... necesito tu ayuda.

Un leve alivio se filtró en mi interior, pero no le quité el ojo de encima.

- —¿De quién es esa sangre de tu vestido? —pregunté, buscando sus ojos al suave resplandor de las lámparas de gas. Entorné los míos—. ¿Necesitas ayuda para enterrar un cuerpo?
- —Por todos los dioses, espero que estés de broma. —No lo estaba—. Aunque es verdad que acudiría a ti si necesitara ayuda para enterrar un cuerpo —matizó—. Me da la impresión de que estarías muy dotada para semejante empresa y sé que te llevarías el secreto contigo a la tumba. —Vaya, eso no parecía un atributo muy maravilloso del que estar orgullosa, aunque lo que decía no era ninguna mentira—. Pero bueno, eso no viene al caso. Lo que sí necesito es tu ayuda, Sera. Y de manera bastante desesperada. —Cruzó las manos—. Ha pasado algo terrible y tú eres la única persona que puede ayudar.

Mis retortijones volvieron a la vida por una razón completamente diferente. Eché un vistazo a la pasarela a nuestro alrededor. Estaba desierta. Por el momento.

- —Ezra...
- —Es Mari. Te acuerdas de ella, ¿verdad? Está...
- —Sí, me acuerdo de tu amiga de la *infancia* de la que *sigues* siendo amiga y a la que acabo de ver hace un rato en el templo —la interrumpí, al tiempo

que me preguntaba si Ezra no habría mentido y en realidad se había dado un golpe en la cabeza o algo—. ¿Qué le ha pasado?

- —Otra niña necesitaba nuestra ayuda. Se suponía que no sería peligroso. La chiquilla llevaba un tiempo viviendo en las calles de al lado de las Tres Piedras. ¿Te suena?
- —Sí. —Busqué sus ojos. Era un bar de la Ciudad Baja—. ¿Qué ha pasado ahí?
- —Es todo muy confuso. Se suponía que teníamos que sacarla de allí y, como todo el mundo estaría celebrando el Rito, esta noche era nuestra mejor opción. Eso era todo. —Ezra hablaba en voz baja y empezó a caminar, lo cual no me dejó más opción que seguirla. Me condujo fuera de la pasarela, al patio cuidado con esmero y hacia los establos mientras otro fuego artificial explotaba sobre el mar y proyectaba una sombra azul por su rostro—. Y la encontramos de inmediato. Estaba en un estado bastante lamentable, sucia y desaliñada —continuó, sin tomarse tiempo para respirar siquiera, una característica que compartíamos cuando estábamos nerviosas, aunque no tuviésemos ni una gota de sangre en común—. Y estaba asustadísima, Sera.
 - —¿Qué ha pasado? —repetí.
- —En realidad, no lo sé. Dio la impresión de que todo sucedía en cuestión de segundos —prosiguió, justo cuando doblábamos una esquina y los establos aparecían ante nosotras, iluminados por numerosos faroles. Mi mirada se posó de inmediato en el carruaje sin distintivos que Ezra utilizaba para este tipo de propósitos. Estaba aparcado un poco alejado de la entrada a los establos, la mayor parte oculta entre las sombras de la muralla interior. Se me puso la carne de gallina, a pesar del aire templado de la noche.

Mis pasos se ralentizaron, pero Ezra andaba cada vez más deprisa.

—Estalló una discusión o algo entre unos cuantos de los hombres del bar, y continuó afuera. Alguien tiró una jarra de peltre y asustó a la niña, que echó a correr de vuelta al tugurio, a ese... ese callejón en el que había estado malviviendo y... —Ezra aspiró una bocanada de aire brusca a medida que nos acercábamos al carruaje silencioso. Estiró la mano hacia la puerta cuando unas brasas blancas iluminaron el cielo más allá de la muralla.

Todo pensamiento sobre escapar y sobre el barco se esfumó de golpe. La luz tenue de una lámpara de gas brotó del interior del carruaje cuando Ezra abrió la puerta.

—Los hombres empezaron a pelear en el exterior y Mari se vio atrapada en la refriega al intentar correr tras la niña. Creo que pensaron que era un hombre más. Llevaba la capa cerrada y la capucha puesta, ¿sabes? —Ezra

subió al carruaje y sujetó la puerta abierta para mí—. La derribaron y se golpeó la cabeza contra uno de los edificios o contra el suelo. No lo sé, pero...

Lo primero que vi fueron unas piernas delgadas enfundadas en pantalones ceñidos negros, dobladas por las rodillas, y las manos inertes en el regazo. Luego una blusa beige sin remeter y arrugada debajo de una túnica sin mangas, manchada de sangre en los hombros y en el cuello. Levanté la vista hacia la cara de Mari. La sangre empapaba la bonita piel marrón de su frente. Unos ojos que recordaba negros y avispados estaban ahora medio cerrados. Tenía los labios entreabiertos, como si estuviera inspirando.

Pero no entraba aire alguno en los pulmones de la mujer instalada sobre el banco, desplomada contra la pared del carruaje.

Miré a Ezra, que se había agachado para recoger un trapo ensangrentado.

- —Está muerta —le dije.
- —Lo sé. —Ezra me miró—. Creo que... —Aspiró otra breve bocanada de aire—. La estaba llevando para que la atendiera un curandero, pero... falleció justo antes de que te fuese a buscar. No lleva mucho tiempo muerta.

Me puse rígida.

—Ezra…

Me miró a los ojos.

—No tiene por qué seguir muerta, Sera.

Capítulo 18



—No he olvidado lo que hiciste cuando éramos niñas —dijo Ezra, con el pecho agitado—. Cuando ese feo gato tuyo...

—Se llamaba Butters —la corté—. Y no era feo.

Arqueó las cejas.

- —Parecía como si acabara de salir reptando de las profundidades de las Tierras Umbrías.
- —No hay ninguna necesidad de tirar por tierra el recuerdo de Butters de ese modo. Él era... —El gato atigrado se apareció en mi mente, con media oreja de menos y su pelo a ronchas—. Solo era diferente.
- —Diferente o no, trajiste *a Butters* de vuelta a la vida cuando se comió ese veneno. Lo tocaste y ese gato volvió a la vida.
 - —Solo para morir menos de una hora más tarde.
- —Pero eso no se debió a ti —me recordó Ezra—. Su segunda muerte no tuvo nada que ver con eso.

¿Seguro que no?

Intentaba no pensar en aquella noche, en lo que había pasado cuando Tavius fue a contarle a mi madre lo que me había visto hacer. La reina había perdido su amorosa cabeza al instante. Vale, estaba segura de que descubrir que tu hija le había devuelto la vida a un gato callejero muerto debía de ser bastante perturbador, pero ¿tanto como para ordenar que capturaran al gato y lo…?

Apreté los ojos con fuerza y no los volví a abrir hasta que Ezra habló de nuevo.

—Tú puedes ayudarla.

Sacudí la cabeza despacio. Marisol siempre había sido amable conmigo. Era buena persona.

- —Butters era un gato...
- —¿Lo has vuelto a hacer desde entonces? —me retó Ezra—. ¿Le has devuelto la vida a alguna pobre criatura desde entonces? Estoy segura de que sí, así que no mientas. Siempre has tenido debilidad por los animales. Es imposible que no lo hayas hecho. —Pensé en el lobo *kiyou*—. ¿Lo has intentado con una persona? —preguntó Ezra.

Odetta sustituyó al lobo al instante. Eso era lo que había estado a punto de hacer cuando abrió los ojos. Pero en ese momento me había invadido el pánico, no lo había pensado bien. Ahora sí estaba pensando.

—Ezra... —Odiaba la mera idea de negarle esto. Era mi familia. Familia de verdad, de la que va más allá de padres compartidos e incluso sangre. En más de una ocasión ella había estado ahí para protegerme de los comentarios dañinos de Tavius cuando aún era la Doncella y no podía responderle. Siempre era Ezra la que se quedaba cerca de mí durante esos raros momentos en que nos reuníamos todos, como la noche anterior, para que no se notara lo incómoda que me sentía. Ella me veía como alguien, no como una *cosa*.

Pero ¿traer de vuelta a una persona muerta?

- —Jamás lo he intentado con un mortal —murmuré.
- —Pero al menos podrías hacerlo ahora, Sera. ¿Por favor? No hay ningún mal en probar —insistió—. Si no funciona, entonces sabré… al menos sabré que hicimos todo lo que pudimos. ¿Y si funciona? Habrás utilizado ese don que tienes para ayudar a alguien que se lo merece. —Secó con ternura la sangre del cuello de Marisol—. Y si funciona, me aseguraré de que jamás sepa cuán graves eran sus heridas. Nadie tiene por qué saber la verdad aparte de tú y yo.

La presión cerró sus garras sobre mi pecho mientras contemplaba a Marisol. La lividez blancuzca de la muerte todavía no se había extendido por su rostro. Los animales a los que había traído de vuelta se habían mostrado normales después del hecho, y habían vivido hasta que el destino o la edad se los llevó de nuevo. Pero con las personas tenía que ser distinto.

—Por favor —suplicó Ezra. Se me comprimió el corazón—. Por favor, ayuda a Mari. No puedo... Tú no lo entiendes. —Su voz se quebró, los ojos fijos en Mari—. No puedo perderla.

El aire que inspiré quedó atorado en mi garganta mientras miraba a una y a otra. Las cosas empezaron a encajar. Las dos habían sido íntimas amigas desde la infancia hasta ahora. Marisol no se había casado y Ezra no había

mostrado ningún interés más allá de la cortesía por ninguno de los numerosos pretendientes que la habían rondado. Pensé que acababa de averiguar por qué.

—¿La quieres, Ezra? —susurré.

Mi hermanastra levantó los ojos hacia los míos, pero no hubo ni un momento de vacilación.

—Sí, la amo.

Amor.

Me pregunté cómo sería querer a alguien de un modo tan profundo y completo que estarías dispuesto a hacer cualquier cosa por él o por ella. Yo apenas había sentido nada más allá de curiosidad y lujuria pasajeras, y los dioses sabían que había intentado sentir más, querer más y aferrarme a ello. Pero nada como eso había surgido jamás por las personas con las que me había encontrado en el Distrito Jardín.

No tenía ni idea de lo que era tener ese tipo de amor en tu interior. ¿Sería tan emocionante como imaginaba? ¿O sería aterrador? ¿Ambas cosas? Sabía que tenía que parecer milagroso. Y también sabía que no podía dejar que Ezra perdiera eso.

Maldije en voz baja y me incliné hacia delante.

- —No tengo ni idea de si esto funcionará.
- —Lo sé. —Me miró a los ojos otra vez—. No te pediría esto, pero...
- —La amas, y harías lo que fuese por ella. —Me arrodillé ante las piernas de Marisol, incapaz de creer que de verdad estaba a punto de hacer semejante cosa.
 - —Sí —musitó con la voz rota.

Me estiré hacia ella y puse una mano sobre la de Marisol. Su piel ya parecía diferente debido a la falta de riego sanguíneo. Hice caso omiso de la sensación mientras enroscaba los dedos en torno a los suyos y hacía lo que había hecho otras veces. No requería ninguna técnica ni concentración real. El calor inundó mis manos y las hizo cosquillear. Deslicé los ojos hacia el rostro de Mari y me limité a *desear* que estuviera viva.

Sin embargo, no había ningún signo de vida en ella.

Me estiré y puse mi otra mano sobre su mejilla. *Vive*. Debería vivir. Al igual que Ezra, ella de verdad estaba ayudando a la gente de Lasania. Era buena. *Vive*.

Entonces ocurrió algo, al mismo tiempo que otro fuego artificial explotaba a la distancia. Ocurrió algo con mi contacto.

Solté una exclamación ahogada. O quizá fue Ezra. O puede que hayamos sido las dos al ver el tenue resplandor blanquecino que emanaba de *debajo* de

mi piel y por los bordes de mis dedos.

- —No recuerdo que eso pasara con Butters —susurró Ezra.
- —No… no pasó. —Observé con los ojos abiertos de par en par cómo el resplandor plateado palpitaba y se extendía por la piel de Marisol. La luz… era *eather*. La cosa que tenía que alimentar mi don. Solo que jamás lo había visto salir de mí antes.

Aun así, no ocurrió nada.

Una intensa pena por Ezra y por Marisol empezó a invadirme y el calor se fue diluyendo en mis manos, junto con ese tenue resplandor.

—Lo siento, Ezra, pero...

Los dedos de Marisol se movieron un pelín contra los míos. Luego su mano dio un respingo. Y entonces todo su cuerpo sufrió un espasmo.

—Ha funcionado —murmuró Ezra con voz ronca; luego, en voz más alta—: ¿Ha funcionado?

Mis ojos volaron de vuelta al rostro de Marisol. Habría jurado que el tono cálido había vuelto ya a su piel, pero era difícil de saber a la luz del farolillo. No me atreví a decir nada, y en los rincones más lejanos de mi mente, pensé en la modista. ¿Y si regresaba de ese modo?

Supuse que debería haber pensado en eso antes.

Los párpados de Marisol aletearon cuando su pecho subió en una profunda respiración que terminó en un agónico ataque de tos que sacudió su cuerpo entero. Entonces vi sus dientes. No había colmillos, gracias a los dioses.

Había funcionado.

Por todos los dioses, había funcionado de verdad.

Solté sus dedos y me eché hacia atrás, con los ojos clavados en mis manos. Perdí el equilibrio y caí de culo mientras Ezra agarraba a Marisol del hombro.

Había funcionado.

Un repentino soplo de aire frío rozó la piel húmeda de mi cuello. Levanté la vista de golpe y un escalofrío bajó rodando por mi columna. Deslicé la mano debajo de mi pelo y la puse sobre la parte de atrás de mi cuello. No noté nada aparte de piel.

- —Respira hondo un par de veces. —Ezra me miró de reojo, los ojos brillantes, antes de devolver la mirada a Marisol—. ¿Cómo te encuentras?
- —Un poco grogui. Me duele la cabeza como si la hubiese pisoteado una manada de caballos. —Marisol frunció el ceño y se volvió hacia Ezra—. Pero

por lo demás, estoy bien. Un poco confundida, pero... ¿recuperamos a la niña? ¿Está bien?

Ezra plantó las manos en las mejillas de Marisol y la besó, silenciando lo que fuese que había estado a punto de decir. Y no fue ningún piquito amistoso.

Supuse que eso despejaba cualquier duda que pudiera quedarme acerca de su relación, porque fue el tipo de beso sobre los que había leído en esos libros... el tipo de beso que había compartido con Ash.

Cuando se separaron, había una sonrisa como aturdida en la cara de Marisol.

—Tengo la... la extraña sensación de que quizás haya hecho algo completamente insensato.

Ezra soltó una risa ronca.

- —¿Tú? ¿Hacer algo insensato? Esta vez, no. —Deslizó los pulgares por las mejillas de Marisol—. Te empujaron, caíste y te golpeaste la cabeza.
- —¿Ah, sí? —Apretó la palma de una mano contra su sien—. Ni siquiera recuerdo haber caído. —Bajó la mano—. ¿Sera? —Una ligera arruga frunció su ceño—. ¿Qué estás haciendo aquí?
- —Ezra creyó que habías muerto —le dije—. Así que me trajo para que la ayudara a enterrarte.
 - —¿Qué? —farfulló. Giró la cabeza hacia Ezra.

Mi hermanastra se echó a reír, mientras frotaba distraída la palma de la mano de Marisol entre las suyas.

- —Está de broma. Te traía al curandero de la familia, pero justo entonces me crucé con ella. ¿Verdad, Sera?
- —Verdad. —Me temblaban las manos, así que las escondí debajo de mis piernas—. Pero ya veo que estás bien, así que debería irme.
- —Vale. —Marisol esbozó una leve sonrisa en mi dirección—. Gracias por no haberme enterrado viva.

Parpadeé mientras me ponía en pie.

- —De nada.
- —Tienes buen aspecto, por cierto —comentó Marisol. Levantó la vista hacia mí—. De hecho, estás preciosa. Esa sobreveste. El color te va muy bien.
- —Gracias —susurré. Me había olvidado de que me había cambiado antes. Di media vuelta y me agaché para salir por la puerta del carruaje justo cuando otro fuego artificial explotaba en lo alto. Ezra siguió con la mirada los destellos de luz.
 - —Vuelvo ahora mismo.

—No tengo intención de irme a ninguna parte. —Marisol se inclinó hacia atrás para mirarse mejor—. Por todos los dioses, estoy mugrienta. ¿Contra qué dices que chocó mi cabeza? ¿Una montaña de barro…?

Bajé de un salto y di unos cuantos pasos antes de detenerme. El faldón de la sobreveste onduló alrededor de mis rodillas. Noté que una especie de energía cálida y cosquillosa me llenaba por dentro. Ezra salió del carruaje detrás de mí y cerró la puerta a su espalda.

—No creí que fuese a funcionar —empecé.

Ezra cruzó la distancia que nos separaba e hizo ademán de tocarme, pero se contuvo.

- —Tengo ganas de abrazarte, pero la sangre... estropearía tu sobreveste. —Esa era una frase que jamás esperé oír de boca de Ezra—. Y es verdad que te queda genial. —Aspiró una profunda bocanada de aire—. Gracias. Dios, Sera, gracias. No sé cómo podré pagártelo nunca.
- —No tienes que pagármelo. Bueno, podrías hacerlo asegurándote de que nunca averiguase la verdad. —No tenía ni idea de lo que pensaría Marisol si lo supiera. ¿Estaría agradecida? ¿O confundida? ¿Asustada incluso? ¿Enfadada?
- —Me aseguraré de que no lo sepa nunca —me juró. Pasó un momento—. No tienes ni idea, ¿verdad?
 - —¿Ni idea de qué?
- —De que lo que has hecho no es otra cosa que una bendición. —Daba la impresión de querer zarandearme—. *Tú eres* una bendición, Sera. Da igual lo que los demás digan o crean, eres una bendición. Siempre lo has sido. Tienes que saberlo.

Noté que me sonrojaba, así que empecé a jugar con los botones del ligero abrigo.

- —Mis manos son especiales a veces. Eso es todo.
- —No son tus manos. Ni siquiera es tu don. Porque eso es lo que es: un don. No un fracaso. Tú no eres un fracaso.

Aspiré una bocanada de aire temblorosa que no hizo nada por aliviar el repentino ardor que sentía en la parte de atrás de la garganta. Seguí hurgando en el botón. Lo que decía...

No creí que pudiera comprender lo mucho que significaban esas palabras para mí. Y no creí que pudiera reconocerlo porque hacerlo significaba aceptar lo mucho que todas las demás palabras *dolían*.

—Sera —susurró Ezra. Me aclaré la garganta.

- —Deberías hacer que la viera un curandero de todos modos. Quizá no esta noche —me apresuré a decir, para cambiar de tema—, por si aún queda algún signo de lo grave que era su herida. Pero deberían echarle un vistazo de todos modos.
 - —Me aseguraré de ello.

Asentí y la miré con timidez.

—¿Tu padre y la reina saben algo sobre ella? ¿Sobre vosotras?

Ezra soltó una risotada.

—Desde luego que no. Si lo supieran, planificarían la boda antes de que hubiese un compromiso siquiera.

Reprimí una sonrisa mientras descruzaba los brazos.

- —¿Tan malo sería eso? La quieres.
- —Y... y creo que ella me quiere a mí. —Agachó la cabeza, una media sonrisa en los labios—. Pero todavía es algo nuevo. Quiero decir, nos conocemos desde siempre, pero no es como si alguna de las dos supiera lo que significábamos la una para la otra durante todo ese tiempo. O al menos, no nos habíamos dado cuenta. No quiero que la corona se meta en esto.
- —Es comprensible. —Me froté la parte de atrás del cuello—. Deberías volver ahí dentro.
- —Sí, ya voy. —Vaciló un instante—. ¿Por qué no te reúnes con nosotras? Mientras nos lavamos, puedo pedir que nos lleven algo de comer a mis aposentos.
- —Gracias, pero creo que me voy a ir a la cama pronto. —Vi que su cuello subía y bajaba al tragar saliva—. Deberías volver ahí dentro con Marisol.

Asintió y empezó a darse la vuelta, pero luego se paró. Cruzó la corta distancia que nos separaba y envolvió los brazos a mi alrededor.

De entrada me puse rígida, sorprendida. Me estaba tocando. Me estaba *abrazando* y ni siquiera supe cómo responder a eso durante unos segundos. Mis sentidos estaban abrumados cuando levanté los brazos y los cerré a su alrededor para devolverle el gesto, un poco tiesa aún. El abrazo fue un poco extraño, como torpe... pero después me pareció algo *maravilloso*.

Ezra me abrazó, me apretó con fuerza y luego me soltó.

—Te quiero, Sera.

Abrumada, observé cómo retrocedía y esbozaba una sonrisa temblorosa. Me quedé ahí plantada mientras ella daba la vuelta y volvía al carruaje. No respiré hasta que estuvo dentro.

Tragué saliva con esfuerzo y cerré los ojos un instante.

«Yo también te quiero», susurré.

Giré en redondo y me apresuré a cruzar el patio, lejos de mi hermanastra y del carruaje, lejos de la primera vez que alguien me había *abrazado*. Y lejos del beso frío que notaba sobre la nuca, el miedo que estaba sustituyendo al calor a toda velocidad, que se estaba asentando como una piedra en el centro de mi pecho y me recordaba que había cruzado una línea roja.

Había hecho lo que me había advertido Odetta.

Había jugado a ser una Primigenia.

Capítulo 19



Había funcionado.

No podía... no podía ni empezar a procesar lo que había hecho. Había traído a una mortal de vuelta a la vida. No estaba segura de si era solo que jamás había creído que mi don fuese a funcionar con alguien mortal o si era porque jamás había creído que fuese a hacer algo así. ¿Y ese resplandor plateado? Era algo nuevo por completo. ¿Había sucedido por haber usado mi don con una mortal? No estaba segura. Me quedé despierta en la cama durante horas, incapaz de bloquear mis pensamientos lo suficiente como para quedarme dormida, aunque la presión fría sobre la nuca hacía largo rato que se había disipado.

Nadie lo sabría nunca aparte de Ezra. Marisol jamás se enteraría de la verdad y la advertencia de Odetta no se haría realidad.

Todo iba bien.

No había cambiado nada. El alma de Marisol no había llegado aún a las Tierras Umbrías, así que no era como si *él*, el Primigenio de la Muerte, fuese a saberlo siquiera. Y lo había hecho solo por esta vez. Jamás volvería a hacer nada parecido, así que tenía que dejar de darle vueltas al tema.

Cuando por fin conseguí dormirme, el cielo nocturno ya había empezado a dejar paso al gris del amanecer. Di una y mil vueltas en la estrecha cama. Notaba el fino camisón rasposo en el calor condensado de mi habitación, la almohada demasiado plana y luego demasiado gorda. Soñé con lobos y serpientes que me perseguían. Soñé que yo perseguía a un hombre de pelo oscuro que se negaba a mirarme a pesar de todas las veces que lo había

llamado. Y cada vez que me despertaba, habría jurado oír la voz de Odetta en mi oído.

No estaba segura de qué fue lo que al final me despertó del todo de mi sueño inquieto, pero cuando abrí los ojos, mi cabeza ni siquiera estaba sobre la almohada y el sol de última hora de la mañana brillaba con fuerza. Parpadeé varias veces, sorprendida de haber conseguido dormir hasta tan tarde. No lo había planeado, pero me alivió constatar que el dolor de mis sienes había amainado. Rodé sobre la espalda.

Tavius estaba apoyado contra la puerta cerrada de mi dormitorio, con los brazos cruzados delante del pecho.

Lo miré durante lo que pareció una eternidad, sin estar muy segura de si lo estaba viendo de verdad. No había ninguna razón lógica para que estuviese aquí. Ninguna en absoluto. Tenía que ser una pesadilla.

- —Qué considerado por tu parte despertarte por fin —comentó Tavius.
- Salí de mi estupor al instante y me senté de golpe.
- —¿Qué diablos estás haciendo en mi dormitorio?
- —¿Acaso necesito una razón? Soy el príncipe. Puedo ir adonde me venga en gana —repuso, y luego se rio como si hubiese dicho algo gracioso.

Lo miré con atención mientras bajaba un pie desnudo al suelo. No se había peinado y tenía la cara algo congestionada debajo de la sombra de su mandíbula sin afeitar. Llevaba la camisa blanca arrugada y sin remeter. Sus pantalones holgados blancos también estaban arrugados. Tenía aspecto de no haberse acostado todavía. Devolví mi atención a su cara. Tenía los ojos *brillantes*.

- —¿Estás borracho? —pregunté—. ¿Es por eso que no has encontrado el camino a tus aposentos?
- —Sé perfectamente dónde estoy. —Tavius descruzó los brazos y se separó de la puerta—. Tú y yo tenemos que tener una charla.

Los últimos restos de sueño desaparecieron de un plumazo. Mis ojos se posaron en él otra vez, en busca de señales de algún arma. No vi ninguna.

- —No hay nada de lo que tú y yo tengamos que hablar —dije. Moví la mano despacio y con disimulo por el fino colchón, en dirección a mi almohada, debajo de la cual hacía tres años que había empezado a guardar mi daga mientras dormía—. A menos que estés aquí para expresar remordimientos por haber sido la causa de la muerte de tres jóvenes guardias.
 - —No tengo ni idea de qué me hablas —me dijo, el ceño fruncido.
- —¿De verdad vas a fingir que no tuviste nada que ver con esos guardias que me atacaron? —Bajé mi otro pie al suelo al tiempo que me movía hacia la

cabecera de la cama.

- —Oh, hablas de ellos.
- —Sí, de los guardias que contrataste para que arriesgaran sus vidas a cambio de un dinero que no tienes.

Soltó una risa desdeñosa.

- —Te tienes en demasiada consideración si crees que gastaría una sola moneda en cualquier cosa que tuviera que ver contigo.
- —Si la intención era que eso fuese un insulto, vas a tener que esforzarte más —repliqué. Aproveché para deslizar los dedos debajo de la almohada.
 - —Es solo la verdad, hermanita.
 - —No me llames hermana —bufé—. Eso sí que es un insulto.

Contuvo la respiración, escandalizado, abrió mucho las aletas de la nariz y echó la cabeza atrás.

—Me hablarás con respeto.

Solté una risa áspera, más como una tos.

—No. No haré nada por el estilo. Lo que *sí* haré será darte una oportunidad de marcharte de esta habitación con tu piel y tu ego intactos.

Un músculo palpitó en su sien y me preparé para una explosión de ira. En lugar de eso, se rio con suavidad y me invadió una sensación de inquietud.

- —Eres tan impertinente ahora, *hermana*. Debo reconocer que prefería la versión dócil y sumisa de ti.
- —¿Ah, sí? —Debajo de la almohada, extendí los dedos y… y no encontré *nada*. Miré la almohada de reojo y se me cayó el alma a los pies.
- —¿Qué pasa, hermana? —preguntó Tavius. Mis ojos volaron hacia él justo cuando metía una mano por detrás de su espalda—. ¿Echas algo de menos?

La incredulidad me golpeó como un ariete cuando lo vi sacar la daga de piedra umbra de detrás de él. La inquietud arraigó bien hondo en mi pecho.

- —¿Cómo has conseguido eso?
- —Estabas dormida. Ni siquiera te enteraste cuando la saqué de debajo de tu almohada —repuso—. Menudo sitio más vulgar para guardar un arma semejante. —Sonrió—. Habría estado más segura debajo del colchón.

¿Cuánto... cuánto tiempo llevaba en mi dormitorio? La bilis trepó por mi garganta mientras sacaba la mano de debajo de la almohada y la cerraba con fuerza en torno al borde del colchón. Era imposible que Tavius hubiese podido ser tan silencioso o sigiloso para hacer eso. Me había sumido en un sueño mucho más profundo de lo que creía. Me forcé a aspirar una bocanada

de aire larga y lenta. Puede que tuviese mi daga, pero eso era todo lo que tenía.

- —¿De qué quieres hablar, Tavius? —pregunté, al tiempo que calculaba que nos separaban algo menos de dos metros.
- —Qué desafiante —murmuró, el rubor de sus mejillas intensificado de pronto. Incrustó la daga en el armario sin previo aviso y di un respingo, sobresaltada. El mango blanco reverberó por el impacto. Odiaba que me hubiese pillado desprevenida. Y de verdad que odiaba cómo se ensanchó esa sonrisa engreída suya.

Habría apostado a que estaba bastante orgulloso de lo que había hecho con la daga. Y también estaría dispuesta a apostar que era tan arrogante y tan estúpido que había soltado la única oportunidad que tenía de protegerse. Por irrisoria que hubiese sido esa oportunidad.

- —Te aconsejo que salgas de mi dormitorio —le advertí. Puse los pies planos en el suelo.
- —Y yo te aconsejo que cambies esa actitud tuya, sobre todo después de lo que ha pasado.

¿Qué había pasado?

- —¿Es porque asistí al Rito? —Tensé los músculos de las piernas al levantarme—. ¿De verdad me van a castigar por haber cometido una ofensa tan horrorosa?
- —Esa fue una impertinencia de mil pares de narices, atreverte a aparecer por ahí a cara descubierta. Pero... —Tragó saliva cuando bajó la vista otra vez. El camisón apenas me llegaba a las rodillas. Su perversión lo distrajo.

Y le costaría caro.

Salí disparada. No a por él, sino a por la daga. Parecía la mejor elección, aunque no la que hubiese querido. El instinto me exigía que me abalanzara sobre él y lo dejara noqueado, pero también sabía que cualquier daño que le hiciera me lo harían pagar multiplicado por diez. Por eso elegí la daga, porque pensaba que podría amenazarlo para que se marchara.

Y esa elección me costó cara.

Tavius se movió más deprisa de lo que pensaba. En un abrir y cerrar de ojos, me di cuenta de que lo había subestimado. Se estrelló contra mí y me inmovilizó los brazos contra los costados.

—No lo creo —dijo.

Se giró tan deprisa que mis piernas desaparecieron de debajo de mí. Me empujó con fuerza y los dos nos tambaleamos hacia delante. Le lancé una patada, pero no encontré nada más que espacio hueco. Se giró de nuevo y el

escueto dormitorio dio vueltas como loco. Capté un atisbo de la cama antes de que me dejara caer de bruces sobre el colchón.

No era demasiado mullido y el impacto me sacó todo el aire de los pulmones y me provocó un fogonazo de dolor sordo por toda la cintura. Empecé a voltearme, pero Tavius cayó encima de mí para inmovilizar mis piernas y mi tronco con el peso de su cuerpo, y mis brazos bajo la presión de nosotros dos.

Estaba atrapada.

—Puede que estés entrenada, pero a fin de cuentas, sigues siendo poco más que una mujer débil. —Me apretó aún más—. Una que por una jodida vez me va a escuchar.

Estaba atrapada.

—¡Quítate de encima de mí! —grité con la cara enterrada en el colchón.

Su codo apretó contra la parte de atrás de mi cabeza y enterró mi cara entre las sábanas. Intenté respirar, solo para aspirar la sábana que cubría la cama. El pánico explotó como una bestia salvaje mientras forcejeaba, pero no gané más de un par de centímetros. Grité contra el colchón, el sonido ahogado y amortiguado. Mi corazón aporreaba en mi pecho. No lograba meter el aire suficiente en los pulmones. Ni siquiera cuando conseguí girar la cabeza lo suficiente hacia el lado como para no aspirar más la sábana. Aun así no lograba meter aire en los pulmones.

- —Ahora vas a empezar a respetarme. ¿Quieres saber por qué? —Su aliento apestoso, lleno de cerveza y licor rancios, se estrelló contra mi mejilla —. Pregúntamelo, *hermana*. Pregúntame por qué.
- —¿Por qué? —escupí, al tiempo que boqueaba cuando su codo presionó contra el espacio de debajo de mi cuello y me provocaba un fogonazo de dolor que bajó como un rayo por mi columna. La furia rugía en mi interior, forcejeaba con mi pánico creciente. No lograba meter suficiente aire en mi interior y su peso, la sensación de tenerlo encima, era insoportable. Grité otra vez y Tavius estampó el antebrazo contra la parte de atrás de mi cabeza para apretar mi cara otra vez contra el colchón. Mi corazón arañaba contra mi pecho. Por todos los dioses, iba a matarlo. Iba a sacarle los ojos con mis propios dedos y luego le iba a cortar las manos, el…

Acercó la boca a mi oído.

- —Porque ahora soy el rey. —Mi corazón trastabilló por la incredulidad—. Sí —murmuró. Agarró un puñado de pelo y levantó mi cabeza del colchón. Aproveché para aspirar todo el aire posible—. Me has oído bien. Soy el rey.
 - —¿Cómo? Tu padre...

—Murió en medio de la noche. Mientras dormía. —Tiró de mi cabeza hacia atrás. Un dolor atroz brotó por todo mi cuero cabelludo y la presión empujó contra mi columna mientras sujetaba mi cabeza y mi cuello en un ángulo antinatural—. Los curanderos dicen que fue un problema del corazón.

No podía creer lo que estaba oyendo. Nada de esto tenía sentido. Pero si lo que decía era cierto... ¿cómo estaría Ezra? ¿Cómo estaría mi madre?

—Así que he subido al trono, a pesar de todo lo que bebo y todas las mujeres a las que persigo. ¿Qué opinas de eso?

¿Que qué opinaba?

- —El destino debe tener sentido del humor —mascullé a duras penas.
- —Estúpida zorra. —Su saliva golpeó el lado de mi cara. No dejó de tirar. Por todos los dioses, me iba a romper el cuello—. No creo que entiendas lo que esto significa para ti. Mi padre te dejaba hacer lo que te viniera en gana, aunque nos fallaste. Te dejaba hablarle a la gente como querías. Hablarme a mí como me hablas. Eso se acabó.
 - —¿Tan frágil es tu ego? —escupí.

Tavius volvió a incrustar mi cara en el colchón. El breve alivio luego de que retirara la presión de mi cuello y mi columna fue sustituido por un pánico asfixiado. Mi forcejeo recomenzó cuando logré inspirar un poco de aire.

—Las cosas van a cambiar. Ya no vas a tener protección. Tampoco vas a tener la ayuda de tu caballero.

Dejé de moverme. Dejé de pelear a medida que registraba sus palabras entre el pánico.

Sus dedos se apretaron en torno a mi pelo.

—Sir Holland ha cambiado de destino esta misma mañana. Iba en el barco que ha partido hacia las islas Vodina. Supervisará en persona un tratado de paz entre nuestro reino y el de ellos.

Se me comprimió la garganta. ¿Habían... habían mandado a sir Holland a las Vodina? ¿Después de lo que les habían hecho a sus lores, de lo que les había hecho *yo*? Era una sentencia de muerte. Bueno, si era que Tavius decía la verdad. No podía creer que sir Holland hubiese podido irse sin despedirse de mí. Habría encontrado el tiempo donde hiciera falta. A menos que no le hubieran dado la oportunidad de hacerlo. Un apretado nudo se instaló en mi pecho.

- —¿Está vivo? —boqueé.
- —De momento, debería estarlo —contestó Tavius, aunque no estaba segura de poder creerlo. Pero ¿podía permitirme dudar de su verdad?—. Tú,

sin embargo, creo que vas a desear estar en ese barco de camino a las Vodina con él.

Me ardían los ojos mientras trataba de controlar a la desesperada mis emociones. El rey Ernald estaba muerto. Jamás había tenido una relación estrecha con el hombre, pero lo había conocido durante toda mi vida. ¿Y Ezra? ¿Y mi madre? ¿Sir Holland? ¿Y la gente de Lasania? Esto no podía estar sucediendo.

—Yo no soy como mi padre —dijo—. Tampoco soy como tu madre. No creo, ni por un segundo, que el Primigenio vaya a venir a por ti. Él vio lo inútil e indigna que eres. Te rechazó. No vas a salvar el reino.

Sus palabras cortaron hondo en mi piel.

- —¿Y tú sí?
- —Sí.

Casi me reí.

- —¿Cómo?
- —Lo verás más pronto que tarde —me prometió—. Pero primero, hay algo que necesitas entender. Ahora puedo hacerte lo que me dé la gana. No hay una sola maldita alma que vaya a intervenir o vaya a impedirme hacer lo que quiera o, seamos sinceros, no hay nadie a quien le importes lo suficiente como para defenderte. —Inclinó mi cabeza hacia un lado otra vez—. Ya no eres tan impertinente, ¿verdad? —Tavius se rio—. Sí, es hora de replantearte esa actitud tuya.
- —¿Por qué? ¿Por qué me odias? —pregunté, aun mientras me decía que no me importaba lo más mínimo—. Fuiste así desde el primer día.
 - —¿Por qué? —Tavius se rio otra vez—. ¿De verdad eres tan obtusa?

Me sorprendió que supiera el significado de esa palabra siquiera.

- —Supongo que sí.
- —Eras la Doncella, destinada a pertenecer al Primigenio de la Muerte explicó—. Fracasaste, sí, pero eso no cambia quién eres de verdad. La *princesa* Seraphena, la última de la estirpe Mierel.

Mi corazón tartamudeó cuando la comprensión se filtró en mi interior, acompañada de una buena dosis de incredulidad.

- —Estás... estás preocupado por que intente quedarme con el trono.
- —Podrías —susurró—. Muchos no te creerían. Dudo de que tuvieras el apoyo de tu propia madre siquiera. Pero habría suficientes personas dispuestas a creerte, a creer a cualquiera que dijera ser una Mierel.

Durante todos estos años, había dado por sentado que Tavius tenía poco deseo, o ninguno, de acceder a la corona. Ni una sola vez se me había

ocurrido pensar que mi derecho al trono era el que impulsaba su comportamiento odioso. Había estado equivocada, muy equivocada.

—Tengo una pregunta, hermana. ¿Qué quieres que haga ahora mismo? Morirte.

Morir una muerte larga y lenta y dolorosa.

—¿Quieres que me quite de encima de ti? —se burló—. Entonces, dilo. No dije nada.

Hincó los dedos en mi pelo y tiró de mi cabeza de un modo tan violento que un fogonazo de dolor atravesó mi columna.

—Dilo con respeto, Sera.

Hasta el último rincón de mi ser se rebeló, pero forcé a mi mandíbula a abrirse. Forcé a las palabras a salir por mi boca.

- —Quítate de encima, Tavius.
- —No. Así no es. Ya lo sabes.

Lo odiaba. Por todos los dioses, cómo lo odiaba.

—Por favor.

Chasqueó la lengua en voz baja. Estaba claro que esto lo divertía muchísimo.

—Es: «¿Puedes por favor quitarte de encima, rey Tavius?».

Abrí los ojos y me concentré en los rayos de sol que entraban a raudales por la pequeña ventana.

—Tú no eres mi rey ni lo serás nunca.

Tavius se quedó de piedra encima de mí, luego me soltó y rodó para levantarse. Me apresuré a tumbarme de espaldas, boqueando en busca de aire. Tavius sonrió mientras retrocedía.

—Por todos los dioses, cómo esperaba que contestaras de ese modo. ¿Sabes lo que acabas de hacer? —Lo fulminé con la mirada, la mandíbula dolorida—. Acabas de hacer una declaración que se considera alta traición. — Ese brillo febril volvió a sus ojos. Tavius agarró el mango de mi daga y lo soltó de la madera. Una gruesa astilla salió volando por el aire. Deslizó la daga en su cinturón y ladró una palabra—. *Guardias*.

Me levanté de un salto al tiempo que la puerta se abría de par en par y dos guardias reales entraban por ella. Sin embargo, no fueron ellos los que me provocaron la gélida punzada de temor que alanceó mi columna. Fue el que permaneció en el pasillo. Era Pike, el guardia real que había estado a la puerta de la oficina de mi... mi padrastro el día que encontré a los Couper. Fue lo que sujetaba en las manos.

Un arco.

Apuntado directo a mi pecho.

Todo en mí se ralentizó mientras contemplaba la afilada punta de la flecha, sujeta sin vacilar en las manos de Pike.

—Enfréntate a ellos y creo que sabes muy bien lo que ocurrirá —me amenazó Tavius.

No podía apartar los ojos de esa punta afilada.

Era rápida, pero no más rápida que una flecha. La mirada de ansia en el rostro de Pike me indicó que lo que más deseaba era que me enfrentara a ellos. La sonrisa en la cara de Tavius decía lo mismo.

Y fue en ese momento cuando me di cuenta de que más allá de lo que Tavius hubiera planeado, ahora o más adelante, había muchas posibilidades de que no esperara que yo sobreviviera. Y también era muy probable que quisiera que suplicara, llorara o rogara.

No les daría eso. Tampoco me enfrentaría a ellos. No obtendrían nada de mí. Enderecé la espalda mientras respiraba hondo, despacio. No les daría *nada*.

Las cosas se habían ralentizado en mi interior, pero daba la impresión de que se habían acelerado en el exterior. Los dos guardias me agarraron de los brazos con las manos enguantadas y me sacaron de la habitación. Tavius habló con el guardia real que esperaba al final del pasillo, en voz demasiado baja para que pudiera oír lo que decía. El guardia dio media vuelta y echó a correr delante de nosotros mientras me forzaban a bajar a la planta baja y me conducían por el pasillo que solían utilizar los sirvientes.

Los rostros con los que nos cruzábamos eran poco más que un borrón. No supe si miraban en nuestra dirección, cuánto veían, ni qué pensaban al ver a los guardias que me arrastraban hasta el Gran Salón, pasando entre columnas adornadas con volutas doradas para entrar en la sala más grandiosa de Wayfair. Unos estandartes más altos que muchas de las casas de Carsodonia colgaban desde el techo de cristal abovedado hasta el suelo; el escudo real bordado en oro centelleaba a la luz de las numerosas lámparas de gas y candeleros de pared. Un muro secundario de columnas rodeaba la planta principal, creando una especie de espacio privado. Las columnas también estaban decoradas con motivos dorados, y las volutas continuaban por el suelo de mármol y piedra caliza, bajaban por las anchas escaleras y luego se extendían hacia delante como venas de oro, todo el camino hasta el estrado elevado donde se encontraban los tronos del rey y la reina, decorados con multitud de diamantes y cuarzo.

Ahora mismo estaban vacíos, pero uno estaba envuelto en tela blanca. Habían desperdigado pétalos negros por ella, un acto ceremonial que representaba el fallecimiento del rey.

La enorme cámara circular seguía hecha un desastre después de las celebraciones de la víspera. Los sirvientes se quedaron paralizados cuando entramos. Docenas de ellos.

—Todo el mundo fuera —ladró Tavius—. Ahora.

Nadie lo dudó ni un instante. Salieron a toda prisa de la sala en un remolino de túnicas y blusas blancas almidonadas. Mis ojos se cruzaron con los de una sirvienta. *Ella*. La joven que había estado en la habitación cuando los guardias me tendieron aquella trampa. Tenía los ojos azules muy abiertos, pero apartó la mirada a toda prisa para fijarla en el suelo.

Tavius bajó por la amplia escalinata hasta la planta principal y mis ojos volaron hacia donde él se dirigía. La estatua del Primigenio de la Vida. Habían representado al Primigenio Kolis con un realismo impactante. Las cáligas de suela gruesa y la armadura que cubría sus piernas parecían reales, así como la túnica hasta la rodilla y la cota de malla que cubría su pecho y su tronco, todo ello tallado en el más pálido de los mármoles. Sujetaba una lanza en una mano y un escudo en la otra. El guerrero. El protector. El Rey de los Primigenios, dioses y mortales. Incluso los huesos de sus manos y el rizo de su pelo habían sido captados con una precisión asombrosa. Sin embargo, su rostro no era nada más que piedra lisa.

La falta de rasgos siempre me había perturbado, igual que me pasaba cuando veía las pocas representaciones del Primigenio de la Muerte.

Tavius levantó la vista hacia la estatua.

—Esto hará el apaño. —Se volvió hacia mí, esa sonrisilla de suficiencia plantada en la cara—. Un lugar muy adecuado para ti, creo.

Inspira. No tenía ni idea de lo que tramaba ni de cuál sería mi castigo, pero los guardias reales me forzaron a bajar las escaleras. Todo tipo de líquidos derramados la víspera mojaron las plantas de mis pies. *Contén*. Unos pétalos blancos se trituraron por efecto de mis pisadas. Levanté la vista hacia la estatua de Kolis, su rostro sin facciones, y procuré reprimir el temblor que empezaba a apoderarse de mis piernas. Forcé a mis músculos a quedarse quietos y oí unas pisadas que entraban en la sala por nuestra espalda. *Espira*.

—Ah, una sincronización perfecta. —Tavius dio una palmada—. Atadla y ponedla de rodillas.

Inspira. Sentí que la punta de la flecha presionaba contra mi espalda. Me arrodillé de un modo rígido, a los pies del Rey Primigenio. Los guardias

reales juntaron mis muñecas y el que había estado esperando fuera de mi habitación al final del pasillo de repente estaba a mi lado. Ató un extremo de una cuerda alrededor de mis muñecas. No mostré reacción alguna al fuerte tirón contra mi piel cuando pasó el otro extremo de la cuerda alrededor del brazo de la estatua, forzando mis brazos por encima de mi cabeza. *Contén*. Me ardían los pulmones cuando los guardias retrocedieron. La bocanada de aire que había inspirado no había sido lo bastante profunda. Solté un escueto hilillo de aire. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué estaba...? Tavius salió de mi campo de visión. Giré la cabeza hacia el lado para ver lo que estaba haciendo...

El aire crepitó con un agudo silbido y se me heló la sangre en las venas. No. No, no haría algo así. Se me aceleró el corazón mientras tiraba de las ataduras, un nudo en el estómago. Conocía ese ruido. Lo había oído aquella noche que entré en el granero para encontrarlo azotando a su caballo por haberlo tirado. No se le ocurri...

—Siempre me has recordado a un caballo salvaje. Demasiado testaruda. Demasiado temperamental. Demasiado orgullosa a pesar de tus muchos fracasos —comentó Tavius arrastrando las palabras. Se acercó más. Oí cómo arrastraba el látigo de cuero por la palma de su mano—. Solo hay una manera de hacer que un corcel respete a su amo. Tienes que domarlo. —Tavius se arrodilló a mi lado. No había nada cálido en sus ojos. No había nada humano —. Igual que deberían haberte domado a ti la noche en que le fallaste al reino entero. Pero hoy vas a aprender.

Lo miré fijamente, mi corazón se ralentizó. Yo no estaba ahí. No sentía las baldosas frías debajo de las rodillas ni la cuerda demasiado apretada en torno a mis muñecas. Me puse el velo. Me refugié dentro de mí misma, pero no desaparecí hasta no ser nada. No era un recipiente vacío. El lienzo no estaba en blanco. Algo oscuro y tremendo se prendió en mi interior, como un golpe violento contra el pedernal. Un fuego gélido brotó en el centro de mi pecho. Se extendió por todo mi cuerpo, llenó todos esos espacios huecos. Mi sangre zumbó, vibró, y el centro de mi pecho palpitó. Saboreé sombras y muerte en la parte de atrás de mi garganta a medida que ese fuego gélido ardía a través de mí. Levanté los ojos hacia Tavius, las comisuras de mis labios se curvaron hacia arriba.

Oí palabras salir por mis labios, frases llenas de humo.

—Voy a matarte. —Apenas reconocí la voz como mía—. Voy a cortarte las manos del cuerpo y luego voy a arrancarte el corazón del pecho antes de prenderle fuego. Contemplaré cómo ardes.

Las pupilas de Tavius se expandieron.

—Zo... zorra estúpida.

Me eché a reír. Ni siquiera sabía de dónde provenía esa risa, pero parecía algo arcaico e interminable. Y no era mía. Me dio la impresión de que Tavius también la había oído. Por un segundo, habría jurado ver miedo en sus ojos. Duda. Solo por un segundo. Luego sus labios se enroscaron en una mueca de desdén.

- —No vas a hacer nada, hermana. Dudo de que vayas a ser capaz de hablar siquiera cuando haya acabado contigo. Estarás domada —juró—. Me respetarás.
- —Jamás —susurré, y luego aparté la mirada para concentrarme en la mano de piedra que sujetaba la empuñadura de la lanza.

Pasaron unos segundos agónicos. Tavius permaneció arrodillado a mi lado, su pecho subía y bajaba a toda velocidad. Me quedé en ese sitio lejano donde nada más que ese fuego gélido llenaba mis entrañas, sin dejar espacio para el temor ni el miedo ni nada más. Cuando Tavius se levantó, no sentí nada más que el beso de la venganza prometida. Cuando se puso detrás de mí, mantuve la barbilla bien alta. Cuando agarró mi trenza con brusquedad para pasarla por encima de mi hombro y dejar mi espalda expuesta, no moví ni un músculo. Cuando el aire silbó de nuevo, ni me inmuté.

Un dolor atroz cruzó por mi espalda, desde mis hombros hasta mi cintura, repentino e intenso. Se me escapó una exclamación ronca. Ese fue el único sonido en el Gran Salón. Los guardias reales permanecieron en silencio. Tavius no dijo ni una palabra. Me forcé a respirar a través del dolor.

El silbido del látigo fue la única advertencia. Me preparé para el golpe, pero no había manera de prepararse para algo así. Ningún ejercicio de respiración podía aliviar lo que estaba por venir. Un dolor abrasador estalló cuando todo mi cuerpo se sacudió hacia delante y luego cayó hacia atrás hasta donde lo permitían las cuerdas. Me estremecí, mientras me repetía que podía soportarlo. Tavius no era lo bastante fuerte para romper la piel.

Era el débil.

El camisón resbaló por mis brazos y se abrió por delante mientras me enderezaba. En cuanto tuviera la ocasión, cumpliría mi promesa. Le cortaría las manos y haría que se comiera ese látigo hasta que se asfixiara con él. Le arrancaría el corazón y luego lo observaría arder.

—Mírate. —La voz de Tavius sonó pastosa. Hizo chascar el látigo contra las baldosas del suelo y todo mi cuerpo dio un respingo. Se rio—. Todavía tan

desafiante. Pero es una fachada. Tienes miedo. Eres débil. ¿Quieres que pare? Ya sabes lo que tienes que decir.

Giré la cabeza hacia el lado. Lo vi entre los mechones de pelo que se habían soltado. Estaba de pie detrás de mí.

—Tavius —dije, con los dientes apretados—. *Por favor*… sé tan amable *de irte a tomar por culo*.

Alguien contuvo la respiración de golpe. Uno de los guardias reales. Oí unas botas arrastrándose por el suelo, pero Tavius se rio de nuevo y me insultó. Vi cómo levantaba el látigo y cerré los ojos.

- —En el nombre de los dioses, ¿qué estás haciendo, Tavius? —La voz de mi madre resonó de pronto por todo el Gran Salón. Abrí los ojos a toda velocidad para ver a dos figuras vestidas con el blanco del luto. Mi madre soltó una exclamación—. Santo cielo…
- —¿Has perdido la cabeza? —Ezra. Esa era ella. El fogonazo de dolor ardiente de mi espalda se alivió al verla ahí de pie al lado de mi madre—. Por todos los dioses, ¿a ti qué te pasa?
- —En primer lugar, ninguna de las dos os habéis dirigido a mí de manera apropiada. Pero dada la conmoción de las últimas horas, lo dejaré pasar declaró Tavius con toda la calma del mundo, ajeno a la reacción de mi madre y de Ezra—. En cuanto a lo que estoy haciendo, es lo que debería haberse hecho… —Se tambaleó hacia un lado, los ojos como platos mientras miraba el suelo—. ¿Qué demon…?

Ezra se había parado en medio de las escaleras. Una masa de color ciruela y oro entró en tromba por las puertas del Gran Salón con la llegada de multitud de guardias reales. Debajo de mí, los pétalos vibraron cuando el suelo *tembló*. Se formaron delgadas fisuras en las baldosas, que luego se extendieron por las cáligas talladas que encerraban los pies de Kolis. Observé cómo las finísimas grietas trepaban por las piernas de piedra. Confundida, levanté la cabeza. ¿Qué demonios estaba…?

El estallido de un trueno sacudió el Gran Salón entero. Alguien soltó un grito. Las delicadas copas de champán que habían quedado sobre bandejas y mesas saltaron por los aires. Decenas de sillas se volcaron. Varias mesas se hicieron añicos. El yeso empezó a desprenderse de las columnas y las paredes a medida que las grietas subían a toda velocidad por los pilares y aullaban por la bóveda de cristal del techo.

Una ráfaga de viento gélido sopló a través del Gran Salón y el ambiente... se cargó de poder. Se me pusieron de punta todos los pelos del cuerpo cuando una tenue neblina empezó a emanar de las fisuras del suelo.

Eather.

Tavius dio un paso atrás cuando el espacio entre nosotros empezó a vibrar. El aire crepitaba y siseaba, emanaba chispas de un blanco plateado que giraban y serpenteaban por el espacio del mismo modo que lo había hecho el látigo. El mismísimo mundo *se abrió en canal*.

Y una oscuridad teñida de plata brotó del desgarro, se extendió por el suelo y se elevó en una niebla espesa, oscura y giratoria. En la palpitante masa podía distinguirse una forma alta, mientras espesos zarcillos se enroscaban por el aire y se extendían por el suelo, formando una columna de noche y luego otra, para terminar por ocultar a todos los presentes en el Salón. En cada columna de sombras giratorias, cobró forma una figura. Y las sombras, todas las que llenaban la inmensa sala, se retrajeron como atraídas de vuelta hacia *él*.

Sabía bien quién estaba ahí, en el centro, sin necesidad de ver su rostro ni ningún rasgo dentro de la palpitante masa de medianoche que se extendía hacia arriba y hacia fuera en forma de enormes alas que bloqueaban la luz del sol.

La muerte por fin había regresado.

Capítulo 20



Solo había diez seres en cualquiera de los dos mundos lo bastante poderosos como para desgarrar los mundos.

Un Primigenio.

Sin embargo, cuando las sombras dejaron de girar de ese modo tan desquiciante y la figura con alas no fue más que un contorno borroso, vi quién estaba en el centro. Y no tenía ningún sentido.

Porque era él. El dios de las Tierras Umbrías.

Ash.

Giró la cabeza hacia mí, los despampanantes ángulos de su rostro eran una serie brutal de líneas duras. Lo miré, pasmada, el corazón como un martillo en mi pecho. Su piel... se había afinado y lucía ahora un resplandor blanco con una pátina plateada. El aire que inspiré se atascó en mi garganta.

Oh, por todos los dioses...

El plateado de sus iris se había extendido por sus ojos hasta dejarlos iridiscentes. Crepitaban de poder, el tipo de poder que podía destruir mundos enteros con solo levantar un dedo. Una telaraña de venas apareció en sus mejillas, cubrió su cuello y bajó por sus brazos, por debajo del brazalete de su bíceps derecho, y luego siguió camino por las turbulentas sombras que se habían acumulado debajo de su piel. Era... era como la más brillante de las estrellas y el más oscuro de los cielos nocturnos con la apariencia de un mortal. Y era absolutamente precioso en esta forma, totalmente aterrador.

El zumbido de incredulidad me anegó para zambullirme directa en la negación, porque esto no podía ser verdad.

No podía haber sido él todo este tiempo.

—¿Quién... quién eres? —farfulló Tavius.

Despacio, *su* cabeza giró hacia donde estaba mi hermanastro.

—Me conocen como el Asher —respondió, y me estremecí. ¿Es un diminutivo de algo?, le había preguntado cuando me dijo su nombre. Es diminutivo de muchas cosas, entre ellas, cenizas—. El Bendecido. Soy el Guardián de Almas y el Dios Primigenio del Hombre Común y los Finales. — Su voz se propagó por todo el Gran Salón y le respondió un silencio absoluto. Yo apenas lograba forzar el aire para que entrara en mis pulmones—. Soy Nyktos, regente de las Tierras Umbrías, el Primigenio de la *Muerte*.

El látigo resbaló de la mano de Tavius para caer al agrietado suelo de mármol.

Ezra y mi madre fueron las primeras en reaccionar. Se dejaron caer de rodillas y llevaron una mano a sus corazones. Los guardias reales que habían entrado detrás de ellas siguieron su ejemplo. Tavius y los otros guardias estaban tan paralizados como yo.

Nyktos miró hacia su derecha, hacia quien me di cuenta poco a poco de que era el dios que me había entregado la daga de piedra umbra. Ector asintió con sequedad antes de volverse hacia mí.

Mientras el Primigenio devolvía su atención a los que estaban ante él, Ector se arrodilló a mi lado. Una expresión de desagrado llenó sus intensos ojos ambarinos.

- —Animales —masculló.
- —Eso es un insulto para los animales —llegó otra voz, y levanté la vista para toparme con el dios que había estado a la izquierda del Primigenio. La oscura piel negra de su mandíbula se endureció cuando miró mi espalda—. No hay sangre.
- —No rompió la piel —me oí susurrar—. No tiene la destreza suficiente con el látigo.

Sus ojos del color del ónice pulido saltaron hacia los míos. Hebras de *eather* brillaban detrás de las pupilas apenas visibles mientras una sonrisa lenta empezaba a asomar.

- —Al parecer, no.
- —¿Saion? —Ector me tocó los hombros con cuidado—. ¿Puedes deshacerte de las cuerdas?
- —Encantado. —El dios cerró los dedos en torno a las ataduras. De inmediato, los bordes de las cuerdas se deshilacharon bajo la mano de Saion. Una leve corriente eléctrica danzó alrededor de mis muñecas y entonces la

cuerda se partió y roció el suelo como si fuera ceniza. Empecé a caer hacia delante, pero Ector me mantuvo derecha.

Una intensa sensación de hormigueo bajó a toda velocidad por mis brazos cuando los dejé sueltos a mis lados. Era la sangre que volvía a ellos.

- —¿Esto… es real?
- —Por desgracia —musitó Ector.

Saion resopló con desdén mientras sus manos sustituían a las del otro dios.

—¿Por desgracia? —Me ayudó a bajar hasta acabar sentada, pero no retiró las manos, lo que hizo que otra corriente de energía surcara mi piel—. Estoy a punto de obtener mi dosis diaria de entretenimiento.

Ector suspiró al ponerse en pie.

- —Hay algo mal en ti.
- —Hay algo mal en todos nosotros.
- —Esto no va a acabar bien.
- —¿Alguna vez lo hace? —preguntó Saion.
- —¿Quién? —gruñó el Primigenio, llamando mi atención hacia donde aún se alzaba. Oleadas de furia irradiaban de él y... jamás lo había oído sonar de ese modo—. ¿Quién ha participado en esto?
- —Ellos —contestó una voz suave y temblorosa. La misma voz asustada que me había atraído hasta aquella habitación para que me atacaran. La encontré al lado de las puertas, una rodilla en tierra, la cabeza apenas levantada—. Los vi con ella en el pasillo, alteza. Tres de ellos estaban con el príncipe y el cuarto llegó luego con… —Se estremeció—. Fui a buscar a su excelencia, la reina.

La barbilla del Primigenio se levantó hacia donde los tres guardias reales estaban con Pike, que todavía sujetaba el arco. Uno de ellos habló con voz temblorosa.

—Creí que solo la iba a asustar. No sabía que...

El Primigenio giró la cabeza hacia el hombre y eso fue todo. Lo *miró*. Lo que fuese que había estado a punto de decir el guardia en su defensa terminó en una exclamación burbujeante. El hombre se tambaleó hacia delante. La sangre desapareció de su cara a toda velocidad, su cabeza dio una violenta sacudida hacia atrás al tiempo que sus labios se retraían sobre sus dientes en un grito que nunca vio la luz. Di un respingo cuando aparecieron diminutas fisuras por la pálida piel cerosa del hombre; se abrieron rajas profundas y exangües por sus mejillas, bajaron por su cuello y por encima de sus manos.

El guardia real se desintegró, se hizo añicos como una frágil figurita de cristal, para convertirse en una fina capa de ceniza y luego... nada. No quedó nada de él, ni siquiera la ropa que llevaba ni las armas que blandía.

Mis ojos como platos volaron hacia el Primigenio. Ese tipo de poder... era inconcebible. Aterrador e impresionante.

—Allá vamos —murmuró Ector.

Por todos los dioses, *eso* era lo que él podía hacer. ¿Y yo lo había apuñalado? Lo había amenazado incluso. Múltiples veces. Se me ocurrió un pensamiento de lo más extraño justo cuando uno de los otros guardias reales giró sobre los talones e hizo ademán de huir. Solo logró dar un paso antes de quedarse paralizado a medio camino, con los brazos abiertos a los lados, rígidos de pronto. ¿Por qué demonios empleaba el Primigenio una espada, si era capaz de hacer *eso*? Una risa extremadamente inapropiada trepó por mi garganta mientras la boca del guardia se abría en un grito silencioso. Aparecieron fisuras también en sus mejillas al tiempo que despegaba del suelo. Se... se *desintegró* despacio, desde la coronilla hasta las botas, para colapsar en una lluvia de polvo.

Ector bajó la vista hacia mí, arqueando una ceja.

—Lo siento —balbuceé. Tenía que ser el dolor de mi espalda, que se había retirado solo para resurgir con fuerzas redobladas. Tenía que ser el choque emocional. *Todo*.

El tercer guardia cayó de rodillas, suplicando. Él también quedó reducido a nada.

- —Parece enfadado —dijo Ector por encima de mi cabeza.
- —¿Tú...? Bueno, ha estado de un humor cambiante en los últimos tiempos —repuso Saion, y sentí que otra carcajada cobraba forma—. Deja que se divierta.
- —Yo no voy a caer de ese modo. —Pike, ese hombre tan idiota, levantó el arco y disparó.

El Primigenio se giró, un movimiento tan rápido que fue visto y no visto. Atrapó la flecha con la mano justo antes de que entrara en contacto con su pecho.

- —Vaya, esa sí que ha sido una decisión atrevida —comentó Saion—. Una muy mala, pero atrevida.
- —¿Me has disparado una flecha? ¿En serio? —El Primigenio tiró la flecha a un lado—. No, no tienes por qué caer de ese modo.
 - —Oh, tío —añadió Ector con otro suspiro.

De repente, el Primigenio estaba delante de Pike. Ni siquiera lo había visto moverse.

Agarró el brazo del guardia y se lo retorció con violencia. Los huesos crujieron al partirse. El arco cayó con estrépito al suelo mientras el Primigenio agarraba al hombre del cuello.

—Hay muchas formas de acabar contigo. Miles. Y las conozco todas bien
—dijo—. Tus opciones son infinitas. Algunas indoloras. Algunas rápidas.
Esta no será ninguna de esas dos cosas.

La cabeza del Primigenio arremetió hacia delante. Hubo un breve destello de colmillos y se me hizo un agujero en el estómago. Lanzó una dentellada a la garganta de Pike, poniendo punto y final al abrupto y breve grito de terror del hombre. El Primigenio echó la cabeza atrás, forzó al guardia a abrir la mandíbula y le escupió su propia sangre dentro de la boca. Se me revolvió el estómago y sentí náuseas, tuve que plantar una mano en el suelo. El Primigenio empujó a Pike a un lado. El mortal cayó al suelo retorciéndose, las manos sobre el irregular desgarro de su cuello. No podía apartar la mirada de él. Ni siquiera cuando dejó de estremecerse y sus manos empapadas de sangre resbalaron de su cuello.

Ector ladeó la cabeza.

- —¿A eso lo llamas «humor cambiante»?
- —Bueno… —Saion dejó la frase en el aire. El Primigenio se volvió hacia Tavius.
- —Tú. —La palabra rezumaba hielo. Bajó la vista y sus labios pringados de sangre se curvaron en una sonrisa desdeñosa. La parte interna de los pantalones de Tavius estaba más oscura—. Tienes tanto miedo que te has hecho pis encima. ¿Te arrepientes de tus acciones?

Tavius no dijo nada. Me dio la impresión de que no podía. Lo único que pudo hacer fue asentir con vehemencia.

—Deberías haberlo pensado antes de levantar ese látigo —gruñó el Primigenio—. Y de tocar lo que es mío.

¿Lo que es mío?

Otra risa me hizo cosquillas en el fondo de la garganta. ¿*Ahora* me reclamaba?

Una ráfaga de aire sopló a mi alrededor. Parpadeé. Esa fue la cantidad de tiempo que pasó. El punto en el que había estado Tavius estaba ahora vacío. Fruncí el ceño. Un segundo más tarde, mi madre gritó. Me giré y noté un poco tirante la piel tierna de mi espalda.

El Primigenio tenía a Tavius colgado de la estatua, varios centímetros por encima del suelo, con el látigo enroscado alrededor del cuello. La piel del Primigenio era más plateada que oscura ahora, más fina, y esas sombras eran aún más visibles.

—Preguntaría qué tipo de mortal eres, pero es evidente que eres un patético montón de mierda con forma de hombre.

El rostro de Tavius se llenó de manchas rojas y moradas mientras boqueaba y balbuceaba, tratando de hincar los dedos entre el látigo y su cuello.

El Primigenio bajó la barbilla y ladeó la cabeza. Con su otra mano, hurgó en la cintura de Tavius y extrajo algo con brusquedad. Sujetaba la daga que me había regalado.

- —*Esto* —gruñó Nyktos, al tiempo que enganchaba el arma a una de las correas de cuero que cruzaban su pecho—, no te pertenece.
- —¡No! ¡Por favor! Es mi hijastro. —Mi madre corrió hacia delante, aunque se tropezó con los bajos de su vestido—. No sé qué estaba pensando. Él nunca haría esto. Por favor. Te lo suplico…
- —Suplica y reza todo lo que quieras. No me importa lo más mínimo. La voz del Primigenio se volvió gutural mientras las alas de sombra se abrían hacia arriba y removían el aire una vez más—. Ha demostrado la poca importancia y el poco valor que tiene para este mundo.
- —No lo hagas —gritó mi madre, extendiendo las manos. Cerré los ojos con fuerza. No quería oír cómo suplicaba por él...—. Por favor.
- —Es un monstruo. Siempre ha sido un monstruo. —La voz serena de Ezra cortó a través de la sala. Abrí los ojos. No se había levantado de donde estaba arrodillada—. Nuestro... nuestro padre lo sabía. Todo el mundo lo sabe. Como has dicho, es de poca importancia.
- —Pero es el futuro rey —protestó mi madre, mientras los ojos de Tavius daban la impresión de que se le saldrían de las órbitas, las venas muy abultadas en las sienes—. Jamás volverá a hacer algo así. Os lo puedo prometer.

Miré a mi madre, alucinada. Mi pecho subía y bajaba a toda velocidad mientras ella continuaba rogando por la vida de Tavius. Esa furia gélida regresó a mí y se llevó de un plumazo la conmoción y la incredulidad. Difuminó el dolor de mis hombros y espalda. Lo difuminó *todo*. Me solté de Saion para ponerme en pie. Me pareció sorprendente lo firmes que notaba las piernas. No aparté la vista de mi madre, aunque ella no me había mirado ni una sola vez.

- —Suéltalo —dije—. Por favor.
- —¿Vas a suplicar por su vida? —La voz del Primigenio sonó apenas reconocible. La piedra caliza de la estatua crujió detrás de Tavius—. Te ha hecho daño. Te ha obligado a ponerte de rodillas y te ha azotado.
- —No estoy suplicando por su vida —dije, y ese ardor gélido y palpitante arraigó en mi pecho mientras me volvía hacia el Primigenio.

Pasó un momento largo, y entonces el Primigenio bajó la vista hacia mí. Sus ojos... El tono plateado era radiante, casi cegador, y las hebras de *eather* casi oscurecían sus pupilas. El resplandor emanaba de sus ojos, crepitaba y chisporroteaba. Un poder abrumador cargó el aire, y detrás de él, por todas partes a su alrededor, la oscuridad empezó a acumularse de nuevo, tiró de todos los rincones y zonas en sombras del Gran Salón. Unas oscuras sombras se movían también *debajo* de su piel.

—Como desees, *liessa*. —El Primigenio dejó caer a mi hermanastro, que se desplomó de rodillas y luego rodó sobre el costado mientras forcejeaba con el látigo para liberar su cuello. Lo tiró a un lado, resollando. El látigo resbaló sobre los pétalos y el suelo agrietado para detenerse finalmente delante de mí.

Bajé la vista hacia él.

- —Gracias.
- —No me des las gracias por eso —escupió. Las sombras colapsaron de vuelta dentro de la piel del Primigenio y quedaron liberadas para volver a los rincones más ocultos de la sala. El resplandor luminoso fue lo último en diluirse. Sus ojos se cruzaron con los míos—. No permitas que esto deje marca. —Entonces se volvió hacia Tavius, que estaba arrodillado a su lado—. No morirás a mi mano, pero tendré tu alma durante toda la eternidad, para hacer con ella lo que considere oportuno. Y tengo muchas ideas. —Guiñó un ojo mientras le daba unas palmaditas en la mejilla—. Algo que esperar con ansia. Disfrutaremos los dos.

Saion rio en voz baja.

- —Es así de generoso.
- —Gracias —susurró mi madre—. Gracias por tu...
- —Cierra la puta boca —gruñó Nyktos mientras pasaba por encima del cuerpo tembloroso de Tavius.

Mi madre hizo justo eso y yo me volví hacia ella. Y por fin, *por fin*, me miró. Tenía los ojos muy abiertos, rojos e hinchados, y no sentí *nada* cuando me giré otra vez hacia el Primigenio. Abrió un brazo hacia un lado para revelar la empuñadura de una espada amarrada a la parte baja de su espalda. Tavius, mientras, se enderezó y se reclinó contra la estatua de Kolis. La rojez

se había diluido de su cara. Inclinó la cabeza hacia atrás y vi que la marca que había dejado el látigo en su cuello era bien visible.

Agarré la empuñadura de la espada del Primigenio y la liberé de su vaina. Ector dio un paso a un lado. La piedra umbra era más pesada de lo que estaba acostumbrada, pero fue un peso bienvenido en mis manos. Me giré hacia mi hermanastro. Tavius levantó la vista hacia mí.

—¿Qué te había prometido? —le pregunté.

Sus ojos acuosos se abrieron como platos al darse cuenta de lo que pretendía. Levantó los brazos como si de algún modo pudiese evitar lo que se le venía encima.

Columpié la espada de piedra umbra contra su antebrazo derecho. La hoja no encontró resistencia alguna y cortó con total suavidad a través de tejidos y hueso. Tavius aulló un sonido que no había oído jamás salir por boca de un mortal. Se refugió a toda prisa contra la estatua, la sangre manando con fuerza. Alguien gritó; supuse que sería mi madre. Bajé la espada contra su brazo izquierdo, justo por debajo del hombro. Los alaridos de Tavius resonaron por el techo de cristal.

Atravesé con la espada el lado derecho del pecho de Tavius de un modo de lo más deshonroso para empalarlo a la estatua del Primigenio de la Vida. Forcejeó y pataleó, los ojos desorbitados, y mi camisón se llenó de sangre. Di un paso hacia él.

- —Creo que ya es suficiente —dijo el Primigenio.
- —No, no lo es. —Recogí el látigo y me planté ante Tavius. Lo agarré del pelo empapado de sudor y sangre, y tiré de su cabeza hacia atrás. Sus ojos de pánico, abiertos como platos, se cruzaron con los míos mientras incrustaba el mango del látigo en su boca. Empujé hacia abajo lo más fuerte que pude.
- —Vale. —Saion se aclaró la garganta—. He de admitir que eso no me lo esperaba.

La luz no tardó nada en desaparecer de los ojos de Tavius. El calor gélido de mi pecho palpitó en respuesta, pero solté su cabeza antes de que mi don pudiese tirar por tierra todo mi duro trabajo. Di un paso atrás y me limpié su sangre contra el camisón. Solo un hilillo de sangre manaba ya de sus irregulares heridas.

No le arranqué el corazón ni le prendí fuego, pero lo que había hecho... serviría. Y no dejaría marca.

Di otro paso atrás y recorrí la sala con la vista, a mi alrededor. Mi madre había parado de gritar. Las caras eran todas un borrón, pero miré a Ezra.

—Reclama el trono —le dije con voz ronca. Se puso tensa—. Eres la siguiente en la línea de sucesión.

Ezra negó con la cabeza.

- —El trono te pertenece a...
- —No, el trono te pertenece a ti —la interrumpí.

Sus ojos volaron hacia la presencia detrás de mí y luego hacia donde mi madre se había desplomado en un mar de faldas blancas, con una mano aferrada al pecho mientras me miraba. Mientras veía en lo que me había convertido, lo que ella había ayudado a moldear.

Un monstruo, igual que Tavius, solo que de un tipo diferente.

Me giré hacia el Primigenio, hacia el otro que había ayudado a convertirme en esta cosa, y levanté la vista despacio hacia su cara. Él me observaba fijamente, con una expresión indescifrable. La sangre de Tavius se extendió por el suelo, fría contra mis pies desnudos.

Un rugido sustituyó a la nada mientras estaba ahí de pie, mirándolo.

El Primigenio de la Muerte.

Mi supuesto futuro marido.

Nyktos.

La llave para detener la lenta y dolorosa destrucción de mi reino.

De repente, esa sensación de familiaridad cobró sentido. Había oído su voz antes.

No necesito una consorte.

El Primigenio respiró hondo y un aluvión de emociones rodó a través de mí, oleada tras oleada. Se estrellaron contra la marea creciente de tantos sentimientos que me atraganté con ellos. La incredulidad, la esperanza, el miedo y la ira. Tantísima *ira*...

- *—Tú —*grazné.
- —Sacad a todo el mundo de aquí —ordenó el Primigenio—. Sacad a todo el mundo de aquí, incluidos vosotros mismos.

Los dioses vacilaron.

- —¿Estás seguro? —preguntó Ector.
- —Fuera. —El Primigenio no apartó los ojos de mí.

Oí a los dioses alejarse, los oí reunir a todos los que aún quedaban con vida, oí a Saion preguntar:

—¿Tenéis whisky? Me apetece un whisky.

Un escalofrío se abrió paso a través de mí al darme cuenta de que el Primigenio seguía sin apartar la vista. ¿Acababa... acababa de darse cuenta de quién era yo? Habían pasado tres años desde la última vez que me vio. Habían

cambiado muchas cosas en ese tiempo. La suavidad de la adolescencia que mostraban entonces mis facciones se había diluido. Ahora era un poco más alta y estaba un poco más rellenita, un poco más dura, pero no era irreconocible. Al parecer, solo era *olvidable*, mientras que mi vida entera se había limitado a girar en torno a él. Y por su culpa, los últimos tres años habían sido... bueno, habían sido *nada* más que dolor, desilusión y un deber sin cumplir.

Hasta el último rincón de mi ser se concentró en él, mi pecho seguía subiendo y bajando a toda velocidad.

Él ladeó la cabeza de nuevo, sus oscuras cejas se fruncieron un poco. Su pelo castaño rojizo resbaló por su mejilla y algo... algo muy profundo en mi interior empezó a agitarse hasta partirse. Saboreé la ira, una *ira* caliente y ácida, tan potente y tan absorbente que mi garganta ardía con ella.

Perdí el poco control que solía tener. Me abalancé sobre él y lancé un puñetazo directo a la cara del Primigenio.

Abrió los ojos con un destello de sorpresa y ese segundo *casi* le costó caro. Mis nudillos rozaron su mandíbula cuando dio un paso a un lado para esquivar mi golpe. Se giró por la cintura y su mano salió disparada para cerrarse en torno a mi muñeca. Me hizo dar la vuelta sobre mí misma y las columnas del Gran Salón volaron por delante de mis ojos al tiempo que mis pies resbalaban sobre la sangre. En un santiamén, mi espalda estaba apretada contra su pecho y un brazo en torno a la cintura me inmovilizaba contra él.

—Esa no era la reacción que esperaba —dijo desde detrás de mí—. Como es obvio.

Un sonido inhumano brotó por mi garganta, un gruñido de rabia. Estiré el brazo libre hacia atrás, traté de agarrarlo del pelo. Fue un movimiento de lo más impropio, pero no me importaba.

—Oh, no. No vas a hacer eso. —Me agarró de la otra muñeca y cruzó sus brazos por delante de mi pecho para apretar mis dos brazos contra mi cintura.

Haciendo caso omiso de la protesta de la piel enrojecida de mis hombros, levanté un pie y lo estampé con fuerza. Él lo esquivó al tiempo que me levantaba en volandas lo suficiente para que mi pie no entrara en contacto con el duro suelo.

Nos hizo girar de modo que le diéramos la espalda a la estatua y a Tavius.

- —Pareces enfadada conmigo.
- —¿Tú crees? —Lancé todo mi peso hacia atrás contra él, con la esperanza de hacerle perder el equilibrio. No se movió ni un milímetro.

 Veo que no me equivoqué en lo de que me parecías el tipo de persona que lucharía aunque supiera que no tenía ninguna oportunidad de vencer.
 Su barbilla rozó la parte de arriba de mi cabeza—. Es agotador tener razón siempre.

Di un cabezazo hacia atrás con un alarido. Un fogonazo de dolor alanceó mi cráneo cuando conectó con alguna parte de su cara.

- —*Por los Hados* —gruñó, y una sonrisa salvaje se dibujó en mis labios. Apretó más los brazos y agachó la cabeza, de modo que su mejilla fría quedó pegada a la mía. En un abrir y cerrar de ojos, había inmovilizado de un modo muy eficaz mi cabeza entre la suya y su pecho—. ¿Has terminado ya?
- —No —bufé. Abrí los dedos pero no logré agarrar nada. La frustración abrasaba mi piel, y se avivó con el calor gélido de mi pecho, así como con la idea de que aun tras todos esos años de entrenamiento, a él no le había costado nada volverme totalmente inofensiva.
 - —Yo creo que sí. —Su aliento frío rozó mi mejilla.
- —Me importa un bledo lo que creas —escupí. Traté de soltarme otra vez, pero era inútil, y empezaba a *doler*. No gané ni un centímetro. Levanté ambas piernas, pero no sirvió de nada. No se movió.

Suspiró.

—O supongo que puedes seguir haciendo esto hasta que te canses.

Planté otra vez ambos pies en el suelo y empujé contra él lo más fuerte que pude. El Primigenio siguió sin moverse, pero sí se puso tenso.

—De hecho, te sugeriría que dejaras de hacer eso —me aconsejó; su voz era más grave, más ronca—. No solo vas a irritar aún más las magulladuras de tu espalda, sino que no creo que tus acciones estén incitando el tipo de reacción que buscas.

Tardé unos segundos en que la tormenta de fuego que ardía en mi sangre amainara lo suficiente como para encontrarles algún sentido a sus palabras... y para que una brizna de racionalidad se filtrara en mi interior. *Inspira*. Contemplé las grietas de las columnas blancas y doradas al tiempo que aspiraba una bocanada de aire entrecortada. Mi pecho se hinchó y presionó contra sus brazos. *Contén*. Poco a poco, fui recuperando el norte. Me hormigueaba la mejilla por el contacto con la suya. El camisón apenas era una barrera. Toda mi espalda y mis caderas cosquilleaban por la sensación de su piel contra la mía. Los ásperos pelos de sus brazos tentaban la piel sensible de mi pecho a través del camisón descolocado. Mi pulso vibraba de manera errática mientras miraba al frente, incapaz de comprender el caos de sensaciones. Ese contacto piel con piel era demasiado.

Apreté los ojos con fuerza. *Espira*. ¿De verdad había intentado atacar al Primigenio de la Muerte?

No quería pensar en eso. No podía pensar en lo que seguramente me esperaba después de lo que le había hecho al inminente rey de Lasania. Lo único en lo que podía pensar era en que ahora estaba aquí, con él, el objetivo de más de una década de entrenamiento, preparación y educación. Una extraña risa trepó por mi garganta, pero encontró solo silencio contra mis labios sellados. Porque independientemente de lo que había pasado en este Gran Salón, independientemente de quién ocupase el trono ahora, yo todavía tenía un deber para con Lasania.

Se suponía que debía seducir a Nyktos, no desmembrar a gente delante de él y luego intentar matarlo. No hasta que consiguiese que se enamorara de mí. En mi ira y mi incredulidad, al parecer había perdido de vista un paso muy importante en este asunto.

La realidad de la situación volvió a asentarse en mi interior a medida que la ira volvía poco a poco a la cocción a fuego lento de los últimos tres años... quizás incluso desde antes que eso.

Nyktos.

Un nombre conocido pero que no se pronunciaba nunca por miedo a llamar su atención o provocar su cólera. Un nombre en el que yo ni siquiera me había permitido pensar jamás.

Pero aquí estaba, por fin. ¿Cuántas veces había deseado a lo largo de los últimos tres años simplemente tener una oportunidad de cumplir con mi deber? Infinidad. Y ahora por fin estaba aquí. Esta podía ser mi oportunidad.

Podría haber sido mi oportunidad.

No estaba segura de cómo podía nadie seducir a otra persona después de haberla apuñalado en el pecho.

Lo que sí sabía era a qué se refería cuando dijo que mis acciones estaban incitando una reacción que yo no buscaba. Había estado con los suficientes hombres en mi vida como para entender lo que estaba diciendo... y para sentir ahora lo que había estado demasiado furiosa como para registrar cuando empujé contra su espalda antes. Su duro y grueso miembro presionaba contra la zona de mis riñones. Lo había excitado.

Seguía excitado.

Mi mente se apresuró a olvidar muchas cosas y se aferró a la idea de que esto era *algo* con lo que trabajar. Tal vez aún hubiera una oportunidad. Una pequeñita. La intimidad física era solo parte de la seducción. Maldita sea, era todo lo demás lo que iba a ser casi imposible ahora: forjar una amistad,

averiguar qué le gustaba y qué no para poder amoldarme a lo que él quería, ganarme su confianza y después su corazón.

Se me revolvió el estómago. *Amoldarme a lo que él quería*. Cuando era más joven, había habido un tiempo en el que no había cuestionado ni una sola cosa de mi deber ni de lo que conllevaba. Entonces era joven y no quería nada más que salvar a mi reino.

Ahora, hasta el último rincón de mi ser se rebelaba contra la idea de convertirme en alguien distinto para ganarme el amor de otra persona, o de un dios, o de lo que fuere. Si eso era lo que tenía que hacer para que se enamorara, entonces no quería tener nada que ver con ello.

Aunque esto no tenía nada que ver conmigo. Nunca lo había tenido. Tenía que ver con los Nates y las Ellies y todos los demás que seguirían sufriendo. Tenía que recordarlo.

—¿Has olvidado cómo respirar? —preguntó el Primigenio con voz suave. Era posible.

Solté una bocanada de aire entrecortada y abrí los ojos. Me ardían los pulmones y una miríada de chispitas blancas titilaban ante mi vista. Necesitaba pensar. Él había venido a por mí. Eso tenía que significar algo.

Se movió un poco detrás de mí. El ligero movimiento me produjo un escalofrío de sensibilidad.

Me resultaba imposible pensar con él sujetándome tan cerca.

- —Suéltame.
- —No lo creo.

Me tragué una respuesta cortante que seguro que no me ayudaría.

—¿Por favor?

Una risa profunda retumbó en su interior y a través de mí. Mis ojos se abrieron de par en par ante la sensación.

—Que digas «por favor» me hace desconfiar aún más de soltarte.

Abrí y cerré las manos varias veces.

- —Eres un Primigenio. No puedo hacerte daño.
- —¿Crees que no siento dolor porque soy un Primigenio? —Su mejilla rozó contra la mía y me estremecí—. Si es así, estás equivocada.

Bajé la vista al suelo.

- —No podría hacerte ningún daño grave.
- —Cierto. —No relajó su agarre—. Pero no creo ni por un segundo que esa información vaya a impedir que lo intentes otra vez más.

No lo impediría, no. Excepto que procurar hacerle daño otra vez no haría ni un poquito por facilitar mi deber.

- —No voy a hacer nada. Lo prometo.
- —Eso suena tan probable como que un gato de cueva no vaya a arañar la piel de la mano que trata de acariciarlo.

Respiré hondo y di un respingo ante la sensación de esos pelos hirsutos contra mis senos.

- —Entonces, ¿me tienes miedo?
- —Un poco.

Solté una risa áspera, irónica.

—¿Nyktos? ¿El Primigenio de la Muerte le tiene miedo a una chica mortal?

Su aliento me hizo cosquillas en la mandíbula.

—No soy tan tonto como para subestimar a ningún mortal, mujer o no. Sobre todo después de lo que te acabo de ver hacer —comentó—. Y no me llames así.

Fruncí el ceño.

- —¿Nyktos? Pero ese es tu nombre.
- —Para ti, no.

No estaba segura de si debía ofenderme por eso o no, pero en fin. Llamarlo Ash era mucho más fácil que utilizar un nombre que significaba «muerte».

Mis ojos pasearon por el suelo y luego apuntaron hacia donde sus brazos estaban cruzados por delante de mi pecho. A la luz del sol, su piel lucía varios tonos más oscura que la mía, suave bajo la pelusilla.

- —No tienes la piel cubierta de escamas.
- —¿Qué?

La pulla de Tavius todavía resonaba en mi cabeza. Cerré los ojos y sentí que perdía el control una vez más y se me escapaba algo distinto de la ira. Era una especie de dolor crudo que me golpeó de forma repentina.

—Me rechazaste. —Aflojó los brazos—. Peor aún, ni siquiera te diste cuenta de quién era, ¿verdad? —escupí, sin disimular lo rota que tenía la voz. Deseé que fuese fingido.

Un intenso hormigueo brotó por toda mi piel cuando Nyktos me soltó. Una brisa cálida rodó por mi espalda y mis hombros.

—Siempre supe quién eras.

Abrí los ojos de golpe y me volví hacia él.

—¿Lo sabías?

Sus ojos de mercurio encontraron los míos.

- —Sabía quién eras cuando impedí que encontraras la muerte por ir tras esos dioses.
- ¿Lo... lo había sabido y no había dicho nada? ¿Lo había sabido y ahora se hacía el sorprendido por mi enfado?
- —¿Sabías quién era *entonces* y no dijiste nada? ¿Lo sabías la noche que encontramos ese cuerpo y no dijiste ni una palabra? ¿Y la noche del lago? Un temblor se abrió paso a través de mí—. ¿Lo sabías ya *entonces* y no me dijiste de qué era diminutivo el nombre de Ash?

Se mordió el labio de abajo al tiempo que miraba de reojo el cuerpo aún empalado.

- —¿Por qué me da la impresión de que si contesto a esa pregunta con sinceridad, te verás inclinada a retirar tu promesa?
- —Ya estoy a medio camino de hacerlo —espeté, cortante, antes de poder pensarlo mejor. Di un paso al frente, bajé la voz—. $T\acute{u}$ hiciste un trato. Y $t\acute{u}$ no lo cumpliste, Ash.

Apretó la mandíbula y devolvió los ojos a los míos.

—¿Por qué crees que estoy aquí ahora?

Capítulo 21



¿Por qué crees que estoy aquí ahora?

Abrí la boca, pero no salió palabra alguna. Me dio la sensación de que el suelo volvía a temblar bajo mis pies. Tardé unos instantes en registrar del todo lo que había dicho. Lo que podía significar.

- —¿Estás... estás aquí para cumplir el trato?
- —¿Qué otra opción tenemos? —inquirió Ash—. No puedo dejarte aquí, no después de esto. —Extendió su brazo hacia el cuerpo desplomado de Tavius—. Princesa o consorte, has asesinado a un heredero y presunto rey.

Parpadeé, perpleja.

- —Pero si tú estuviste a punto de matarlo.
- —Cierto. —Volvió a mirarme—. Pero yo soy un Primigenio. Vuestras leyes mortales acerca de matar a hombres que no son más que pedazos de mierda no son aplicables a mí. Y querías hacerlo tú. —Sus ojos plateados se avivaron—. No dudo ni por un segundo de que te ganaste esa muerte.

Sí, me la había ganado. Muchas veces. Pero...

- —¿Solo estás cumpliendo el trato para que no tenga que ir al patíbulo?
- —¿Eso se te acaba de ocurrir? —Frunció el ceño y un dejo de incredulidad se filtró en su tono—. Espera. Se te acaba de ocurrir. ¿Acaso no valoras tu vida en absoluto? —Ni siquiera me molesté en contestar a eso. Una ira apenas reprimida bulló bajo su piel—. ¿Lo has matado convencida de que te dejaría aquí para enfrentarte a las consecuencias?
- —Lo siento, pero ¿por qué habría de creer otra cosa? Te negaste a cumplir con tu parte del trato que tú mismo acordaste.
 - —No tienes ni idea de lo que estás hablando.

Una risa ronca brotó de mis labios.

—Sé muy bien de lo que estoy hablando. Yo estaba lista para cumplir la parte del trato que había cerrado mi antepasado. Fuiste tú el que no lo hiciste. Pero es el... —Cerré la boca antes de revelar que sabía que el trato al que habían llegado tenía un plazo límite. Si se daba cuenta de que lo sabía, podría descubrir que sabía aún más cosas. Me forcé a decir las siguientes palabras—. Pero soy yo la que pagó por ello.

Ese músculo de su mandíbula se tensó.

—¿Y cómo, exactamente, has pagado tú por ello, *princesa*? —me retó. Me puse rígida—. Recuperaste tu vida, ¿no? Tu libertad para elegir qué hacer o no hacer con ella. Algo que ya sé que valoras mucho.

Lo miré boquiabierta. Mi corazón tropezó consigo mismo y luego se aceleró.

—¿De verdad tienes que hacer esa pregunta?

Giró la cabeza de un modo rígido hacia el cuerpo de Tavius, y luego otra vez hacia mí, despacio. El *eather* daba vueltas en sus ojos.

—¿Cómo has pagado?

No había forma humana en todo el enorme reino de que fuese a contarle cómo había sido mi vida. Que fuese a retirar mi piel de ese modo y dejar a la vista todos esos nervios en carne viva. Quizá ya lo había hecho, por cómo me miraba, como si quisiera abrirse paso hasta mis pensamientos más ocultos.

—¿Qué ha conducido a *esto*? —Dio un paso medido hacia mí—. ¿Qué te hicieron?

Su pregunta perforó la caótica tormenta de emociones. La pegajosa vergüenza que siempre acompañaba los pensamientos sobre mi familia bulló en mi interior, y *eso* sí que fue una bendición. Era algo familiar. Algo real. Me aferré a ello y eché mano de las instrucciones de sir Holland. Repasé los pasos uno a uno hasta que ya no me sentí envuelta en vergüenza, hasta que ya no sentí como si estuviese a punto de asfixiarme.

- —Impresionante —murmuró Ash. Lo miré, confundida.
- —¿El qué?
- —Тú.

Hice una mueca de disgusto. Los halagos vacíos eran lo último que necesitaba.

- —No… no pensabas venir a por mí nunca. —Ya lo sabía, pero que me lo confirmaran era algo totalmente diferente—. ¿Verdad?
- —Lo que dije hace tres años no ha cambiado —respondió en tono inexpresivo—. Lo que sí ha cambiado es la situación. Cumpliré el trato ahora

y te llevaré conmigo como mi consorte.

Mis cejas volaron hacia arriba.

—No podrías sonar menos entusiasmado ni aunque lo intentaras.

Ash no dijo nada.

No debería importar. Lo único que importaba era que me tomara como su consorte. Eso me proporcionaba una ventana real. Una oportunidad. Le daba al reino una verdadera oportunidad, pero mi boca... por todos los dioses, no tenía ningún control sobre ella. Y esto era *insultante*.

- —¿Y qué pasa si no quiero ser tu consorte?
- —Ya no importa lo que ninguno de los dos queramos, *liessa*. Estas son las cartas que nos han tocado en suerte —dijo—. Y debemos jugar con ellas. No te dejaré aquí para que te ejecuten.

Me eché atrás, incrédula.

—¿Y se supone que tengo que estar agradecida por ello?

Ash esbozó una sonrisilla.

- —No me atrevería a pedir tu gratitud. No cuando esto era inevitable. Estaba destinado a suceder de un modo u otro.
- —¡Porque tú lo causaste! —Lo dije casi a voz en grito—. Tú cerraste ese trato…
- —¡Y estoy aquí para honrarlo! —Ash sí que gritó, lo cual me sobresaltó. Sus ojos eran como dos pedazos de hielo puro—. No hay ninguna otra opción. Para ti, no. Ya no. Incluso aunque consiguieras escapar del castigo por lo ocurrido aquí, he expresado mi derecho sobre ti delante de otras personas. La noticia se sabrá, acabará por llegar a oídos de los dioses y de los otros Primigenios. Sentirán curiosidad por ti. Puede que incluso crean que tienes algún tipo de influencia sobre mí. Te utilizarán, y todas las formas en que hayas pagado durante estos últimos tres años palidecerán en comparación con lo que harán ellos.

Tengo muchos enemigos.

Recordaba muy bien haberle oído decir eso. Me surgieron un montón de preguntas. Quería saber más acerca de esos enemigos; qué era lo que los hacía rivales. Quería saber por qué querrían influir en él; qué esperaban obtener del Primigenio de la Muerte. Y de verdad que quería saber quién sería lo bastante atrevido como para arriesgarse a provocar su ira. Tenía muchísimas preguntas, aunque nada de eso importaba.

Tampoco sus razones para decidir por fin cumplir con su parte del trato. Yo había insultado el frágil ego de Tavius, pero el mío no era mejor en absoluto.

Podía ser compasión o empatía, lujuria o una situación que había escapado de su control. El *porqué* no importaba. Lo único que importaba era Lasania. Aparté la vista de él y mis ojos se posaron un instante en Tavius. Los cerré. ¿Qué estaba haciendo ahí plantada discutiendo con él? Esto seguro que no me ayudaría a ganarme su afecto ni a salvar a Lasania.

Un agudo retortijón se me agarró al pecho. *Terminar con él*. No pude evitarlo. El recuerdo de cómo me había sentido a su lado en el lago volvió a la superficie. La forma en que me había hecho sonreír, cómo me había hecho reír. Lo fácil que había sido hablar con él. El retortijón se intensificó, se instaló en mi garganta. Empujé todo eso a un lado y me obligué a ver a los Couper, a todos ellos, tumbados unos al lado de otros en esa cama, juntos. Me aferré a esa imagen mientras soltaba un resoplido. Abrí los ojos.

Ash me estaba observando. Ninguno de los dos dijo nada durante un buen rato. Al final fue él quien rompió el silencio.

—La elección termina hoy. Y lo siento en el alma.

Pasé los brazos alrededor de mi cintura, alterada por multitud de razones. Parecía que de verdad lo sentía, y yo no lo entendía. Estábamos en esta situación por el trato que él había hecho.

Todo lo que yo tenía y tendría que hacer se debía a lo que él había elegido.

Vi cómo estiraba una mano hacia mí y la necesidad de huir de ahí me golpeó con fuerza.

- —Qui... quiero despedirme de mi familia.
- —No —se negó—. Nos marchamos ahora.

La terquedad se apoderó de mí.

—¿Por qué no puedo despedirme?

Su mirada fría sostuvo la mía.

—Porque si vuelvo a ver a la mujer que quizá sea tu madre, es muy probable que la mate por haber suplicado por la vida de ese pedazo de mierda.

Cerré la boca a media respiración, sorprendida. No había quien negara la verdad de sus palabras. La mataría, estaba *claro*, y una parte oscura y salvaje de mí quería verlo.

Había algo muy muy mal en mí.

- —¿Sabrá mi familia que estoy contigo? —pregunté. Ash asintió.
- —Se les informará.

Descrucé los brazos. Mi mano temblaba cuando la puse en la suya. Una corriente estática danzó entre las palmas antes de que su mano se cerrara con firmeza alrededor de la mía.

El aire se me quedó atascado en la garganta cuando una neblina blanca empezó a extenderse por el suelo, lo bastante densa como para ocultar las grietas en las baldosas. La neblina removió los bordes de mi camisón. Ash dio un paso hacia mí y los hilillos se condensaron aún más. Sus muslos rozaron los míos y el aroma a cítricos se adhirió a mi aliento.

Sus ojos conectaron con los míos y me sostuvo la mirada mientras las yemas de sus dedos tocaban mi mejilla. La niebla aumentó, se deslizó por encima de mis piernas, de mis caderas. Por mucho que traté de reprimirlo, el pánico se apoderó de mí cuando surcó nuestras manos; la sensación era fría y sedosa.

—Puede que esto pique un poco —me dijo, y vi que la plata de sus ojos empezaba a girar en espiral, a mezclarse con la neblina, con el poder—. Y también lo siento.

No tuve ocasión de preguntarle a que se refería, ni a resistirme. La niebla nos engulló y una punzada intensa y ardiente subió desde las puntas de mis pies hasta los elásticos rizos que habían escapado de mi trenza. Una luz blanca y plateada destelló delante de mis ojos y detrás de ellos. Y entonces empecé a caer.



Volví en mí, todos mis sentidos despertaron al unísono. Estaba montada en un caballo, sentada de lado, y todo el costado de mi cuerpo estaba acurrucado contra el duro y frío cuerpo de Ash. Tenía la mejilla apoyada en su hombro, y cada respiración sabía a cítricos y a aire fresco de la montaña. Por un momento, casi pude fingir que este era un abrazo normal. Que el poderoso brazo que me rodeaba la cintura y me sujetaba con semejante cuidado y fuerza lo hacía porque era querida. Amada.

Pero fingir nunca se me dio bien.

Empecé a sentarme bien erguida.

—Cuidado. —La voz de Ash fue como humo en mi oído, su brazo se apretó aún más alrededor de mi cintura—. Hay una buena caída desde Odín.

Bajé la vista y sentí que mi estómago daba una voltereta. El corcel negro como el carbón era más alto que cualquier caballo que hubiese visto en toda mi vida. En una caída seguro que me rompía varios huesos, o algo peor. Me moví y fruncí el ceño cuando algo suave se deslizó por mis brazos antes desnudos. Me habían echado una capa negra por encima.

—Saion encontró la capa —comentó Ash en respuesta a la pregunta que no había hecho—. No estoy seguro de dónde la consiguió y decidí que es probable que ninguno de nosotros quiera saberlo. Pero pensó que estarías más a gusto así.

Cerré mis dedos entumecidos en torno a los bordes de la suave capa, y luego levanté la vista hacia la frondosa cubierta vegetal que reconocería en cualquier sitio.

- —Estamos en los Olmos Oscuros —murmuré, con sensación de tener la garganta y la boca llenas de jirones de algodón.
- —Así es. —Su aliento rondaba por sobre mi cabeza—. Esperaba que estuvieras dormida mucho más tiempo. No deberías haber despertado hasta que estuviésemos en las Tierras Umbrías.

Lo miré entonces, sus rasgos envueltos en sombras mientras avanzábamos bajo ese techo de frondosas ramas.

- —¿Qué hiciste?
- —¿La neblina? Es *eather*. Básicamente una extensión de nuestro ser y nuestra voluntad. Puede tener cierto efecto sobre los mortales si lo permitimos. En tu caso, para hacerte dormir —explicó—. No quería atraer más atención innecesaria.
 - —¿Qué tipo de efecto tiene la neblina en otras personas?
 - —Puede matarlas en cuestión de segundos, si eso es lo que deseamos.

Tragué saliva con esfuerzo y me di cuenta de que iba rígida y tiesa como una tabla. Pensé en Ezra y en Marisol, en sir Holland, dondequiera que estuviese.

- —Dijiste que los otros dioses podrían enterarse de que has venido a por mí. ¿Mi familia estará bien?
- —Debería estarlo —contestó—. Una vez que te presente como mi consorte, solo los más tontos de los dioses irían a por tu familia, pues se convertirá en una extensión de la mía. —Eso no era demasiado tranquilizador que se dijera. *Inspira*. Ezra era lista. Mi madre también—. En cualquier caso, Saion o Ector les avisarán, o tal vez ya lo hayan hecho —añadió—. Y hay… hay determinados pasos que daremos, solo por si acaso. Arrojarán hechizos.
 - —¿Hechizos?
- —Conjuros alimentados por magia primigenia que bloquearán el paso a otros dioses. Ninguno podrá entrar en sus casas. —Se recolocó un poco y pasaron unos segundos de silencio—. Me aseguraré de que estén a salvo, aunque no me dé la sensación de que se lo merezcan.

Levanté la vista hacia él y noté que me invadía una sensación de gratitud. No quería sentir eso por él.

- —Ezra... mi hermanastra. Ella es buena. Ella se lo merece.
- —Tendré que creer en lo que dices.

En el silencio que nos envolvió entonces, las muchas preguntas que tenía volvieron a la superficie mientras contemplaba los Olmos Oscuros.

—¿Cómo supiste lo que estaba pasando? —pregunté. Noté que me sonrojaba—. ¿Cómo supiste que tenías que venir? —¿*Por qué viniste por fin*? Eso no lo pregunté porque no necesitaba saberlo.

Tardó un buen rato en contestar.

—Sabía que te habían hecho daño.

Fruncí el ceño y lo miré de reojo.

- -¿Cómo? -Entonces lo supe-. ¿Por el trato?
- —En parte.

Una sensación cosquillosa se extendió por mi piel cuando no continuó.

- —¿En parte?
- —El trato nos vinculaba a un nivel básico. Supe cuándo naciste. Si alguna vez resultabas herida de gravedad o estabas cerca de morir, lo sabría.
 - —Eso es... un poco tétrico.
- —Entonces seguro que la siguiente parte te lo va a parecer aún más —me dijo.
- —No puedo esperar a oírlo —musité. Un asomo de sonrisa apareció cuando bajó la vista hacia mí.
 - —Tu sangre.
 - —¿Mi sangre?

Asintió.

—Probé tu sangre, *liessa*. No fue intencionado, pero ahora ha sido útil.

Tardé un momento en recordar la noche del túnel de enredaderas, cuando me dio ese mordisquito en el labio.

—¿Mi sangre te permite sentir mis emociones cuando no estoy cerca de ti?

Su expresión se tensó un poco.

—Solo si son extremas. Y lo que estabas sintiendo era extremo.

Incómoda, me giré hacia atrás. ¿Había sido el dolor? ¿O el pánico de cuando me sujetaban en el suelo? ¿O había sido esa cosa antigua, de un calor gélido, en mi interior? No me gustaba saber que Ash había sentido nada de eso. Tampoco me gustaba nada esta estúpida posición sentada de lado en la montura. Me incliné hacia atrás, levanté la pierna derecha y la pasé al otro

lado de Odín. La acción me provocó una punzada de dolor en los hombros y la parte superior de la espalda, lo cual me recordó que la piel de la zona estaba muy tierna. El brazo de Ash se apretó mientras me contoneaba hasta quedar bien sentada mirando hacia delante.

- —¿Cómoda? —preguntó, la palabra espesa y ahumada.
- —Sí —espeté.

Se rio entre dientes.

Agarré el pomo de la montura para reprimir el impulso de darme la vuelta y hacer algo imprudente. Por ejemplo, darle un puñetazo a un Primigenio que había convertido a un mortal en *polvo* con una simple mirada.

- —¿Por qué estamos en el bosque?
- —No puedes viajar adonde vamos a través de una entrada entre los mundos —contestó, y de repente fui consciente de dónde descansaba ahora su mano. Sobre mi cadera. Y su pulgar... se movía como había hecho esa noche al lado del lago, en círculos lentos y perezosos—. Hacerlo haría trizas a un mortal —continuó, y eso consiguió desviar mi atención de su pulgar—. Tendremos que entrar de otra manera.

Cuando el Primigenio se quedó callado, el único sonido fueron los cascos de Odín sobre el suelo. No se oía el canto de un solo pájaro. Igual que la noche del lago, cuando no había habido ni una señal de vida. Era como si los animales hubiesen percibido lo que yo no. Que la muerte estaba entre ellos.

Después de lo que había visto, no creía que fuese a olvidar eso nunca más. Pero ese maldito pulgar suyo no paraba de trazar pequeños círculos, una y otra y otra vez. Incluso a través de la capa y el camisón, sentía la frialdad de su piel. No entendía por qué su piel estaba tan fría ni cómo su contacto podía hacer que *mi* piel pareciera tan cálida. Caliente, incluso.

- —¿Por qué tienes la piel tan fría?
- —¿Qué sensación crees que transmite la muerte, liessa?

Mi corazón dio un vuelco y fijé la vista al frente. Este no era el dios Ash que había bromeado conmigo y me había acariciado a la orilla del lago. Este era el Primigenio de la Muerte, que había iniciado todo esto junto con el Rey Dorado. No podía olvidarlo.

- —Estás sorprendentemente... amistosa ahora mismo —comentó Ash. Lo miré de reojo.
 - —Es probable que no dure.

Esbozó otra leve sonrisa.

—No creí que fuese a hacerlo. —Guio al caballo alrededor de un saliente de rocas—. Sigues enfadada conmigo.

Lo sensato sería mentir. Decirle que estaba todo perdonado. Eso era lo que me habían enseñado a hacer. A ser sumisa. A no discutir. A convertirme en lo que él deseara. Dar voz a mi ira no ayudaría, pero mis pensamientos estaban demasiado desperdigados para formular un plan, no digamos ya para comportarme como si no estuviese furiosa por que no me hubiese dicho quién era en realidad y que jamás pensaba cumplir su parte del trato. Que no estaba confundida sobre las razones de que hubiese intervenido hoy siquiera.

- —¿Por qué? —exigí saber—. ¿Por qué no me dijiste quién eras en realidad cuando estuvimos en el lago? ¿Por qué mentiste?
- —No mentí. —Me miró de soslayo—. Hay quien me llama Ash. No dije nunca que fuese un dios y tampoco negué que fuese un Primigenio. Eso fue algo que asumiste tú.
- —Una mentira por omisión sigue siendo una mentira —argumenté, plenamente consciente de que mi ira era una hipocresía absoluta, cuando yo también estaba omitiendo un montón de cosas. Como, por ejemplo, lo que planeaba hacer.

Ash no dijo nada.

Y eso no ayudó.

- —Hablamos. *Compartimos* cosas sobre nosotros mismos. —Me sonrojé un poco—. Hubo tiempo. Debiste decírmelo antes de que te…
- —¿Antes de que me dijeras que te besara? —Su aliento tocó mi mejilla y me sobresaltó.
 - —Eso no era lo que iba a decir. —Oh, sí que iba a decir eso.

Me llegó el retumbar sordo de su risa.

—Si hubieses sabido quién era, ¿aún te habrías mostrado tan... interesada?

Mi cabeza voló en su dirección y contuve la respiración cuando sentí su aliento frío danzar sobre mis labios. Nuestras caras estaban tan cerca, nuestras bocas tan alineadas, que si cualquiera de los dos se movía un centímetro, se tocarían.

Hubiese estado más interesada, pero por un montón de razones equivocadas. O por las correctas. Daba igual. Mis ojos se posaron en su boca y una especie de cosquilleo acalorado se extendió por todo mi cuerpo. Su pulgar se movía en mi cadera y el calor se esparció también por ahí. Ese calor y ese nerviosismo eléctrico habían parecido *correctos* antes, bienvenidos y llenos de anticipación. De promesa sensual y caliente. Y aún lo parecían, pero no creía que debiera ser así, ahora que sabía lo que yo podía hacer con ello, lo que haría, cómo planeaba utilizarlo.

Aparté la cabeza y noté un nudo en el pecho y en el estómago. Por alguna razón, pensé en la primera noche que me habían llevado al Templo Sombrío. Cuando me habían tenido a remojo en esa bañera perfumada durante horas y luego me habían quitado el pelo de sitios en los que jamás había pensado. Era casi como si lo que habían esperado que hiciera no se hubiese hecho realidad hasta ese mismo momento. Ni siquiera el tiempo pasado con las cortesanas del Jade me había preparado de verdad para el hecho de que debilitar al Primigenio requeriría cierto grado de seducción. Y solo después de que me depilaran todo el pelo del cuerpo y me aplicaran ese bálsamo para aliviar la quemazón me di cuenta de que tendría que estar desnuda con el Primigenio de la Muerte. Sin ese horripilante vestido de boda. Sin túnicas ni mallas. Sin una daga siguiera. No habría ningún escudo, y eso... eso me había aterrado. Desde aquel día, cada vez que me permitía ser alguien, cualquier otra persona mientras estaba en El Luxe, jamás estuve desnuda del todo. Y quizás estar tan expuesta todavía me aterrara. Aunque había estado desnuda con él en el lago. ¿Y fuera de él? Para el caso, podría haberlo estado.

En todo el tiempo que había pasado preparándome para este momento, el momento en que me reclamara, jamás se me había ocurrido que tal vez disfrutara de la seducción. Nunca creí a las cortesanas cuando decían que podría. No porque creyera que no encontraría placer en semejante intimidad, sino porque no creía que pudiera encontrar placer en seducir al Primigenio al que tenía que matar.

El calor de mis venas ahora me indicó que lo más probable era que la disfrutara. Y eso tenía que estar mal. Tenía que ser retorcido, incluso. Monstruoso. Pero esto era en parte cosa suya. Él había cerrado este trato. Él sabía que tenía fecha de vencimiento. No había mostrado compasión alguna por los mortales que sufrían ahora debido a ello. La presión se cerró sobre mí otra vez justo cuando la centelleante superficie del lago asomó entre los árboles y nos recibió el sonido del agua al caer.

Me senté más erguida.

- —¿Por qué estamos en mi lago?
- —¿Tu lago? —Se rio de nuevo. Una risa todavía suave pero más larga esta vez—. Es interesante que tengas una sensación de... propiedad de este lago. ¿Es por cómo te hacía sentir? —Odín nos transportó más allá de la última fila de árboles—. ¿Cómo lo describiste? ¿Relajante? —Hubo una pausa—. ¿Como si te sintieras en casa?

Cerré la boca con fuerza y no dije nada mientras nos acercábamos a la orilla.

Ash apretó las manos en torno a las riendas de Odín.

- —Sí que sabes lo que cubre el suelo de este lago, ¿verdad?
- —Piedra umbra —susurré, y mi estómago empezó a dar vueltas sobre sí mismo.
- —Este es el único sitio en todo el mundo mortal donde encontrarás piedra umbra. Hay una razón para ello. —Su pecho rozó mi hombro y mi brazo y me puse tensa—. Existe una razón para que los mortales teman a este bosque. Por qué los espíritus rondan por él. —Paseé la mirada por el agua que caía de las rocas y las ondas que se propagaban por el lago—. Quizás incluso haya una razón para que tú no le hayas temido nunca. —Noté su aliento contra la mejilla otra vez y mi corazón se paró un instante antes de acelerar de nuevo —. Para que te sintieras tan tranquila y *relajada* aquí.
 - —¿A qué te refieres? —susurré.
- —Existen distintas formas de viajar a Iliseeum. Una es ir hacia el este, muy al este, hasta cruzar no solo las montañas Skotos sino incluso más allá de donde los mortales creen que el mundo simplemente cesa. —Puso las riendas de Odín en mis manos insensibles—. Pero eso nos llevaría demasiado tiempo. Hay formas más rápidas de hacerlo, a través de lo que podrían considerarse portales. Solo los que pertenecen a Iliseeum saben cómo encontrarlos y abrirlos. Cómo utilizarlos. Cada portal te lleva a determinada parte de Iliseeum. Tu lago es un portal a las Tierras Umbrías.

A él.

Un leve temblor brotó por toda mi piel, no podía apartar los ojos de las oscuras aguas.

Ash levantó una mano y todo se paralizó. Se heló. El agua que caía desde las rocas se quedó quieta, suspendida en el aire. Las ondas cesaron y mi corazón puede que también lo hiciera.

Mis manos resbalaron del pomo de la montura cuando el lago... se abrió por el centro. Las aguas se retiraron a los lados y dejaron a la vista la plana y reluciente piedra umbra del fondo. A la luz de la luna, apareció una fisura en la piedra. Finas volutas de neblina emanaron por la grieta y, sin hacer ni un ruido, surgió un cañón ancho y profundo.

Había estado en este lago cientos de veces a lo largo de mi vida, desde que era niña y jugaba y chapoteaba en él, escondida, olvidando. En este lago, en el agua y en la tierra de alrededor, *sí* que me había sentido como en casa. Y durante todo este tiempo, *esto* era lo que había bajo la superficie. Esto era lo que de verdad era *mi* lago.

Los dedos de Ash rozaron los míos cuando instó a Odín a avanzar. El caballo obedeció con un relincho suave.

—Tienes razón, ¿sabes? Hubo tiempo en el lago para asegurarme de que sabías quién era yo en realidad. Debería habértelo dicho. —Enroscó el brazo en torno a mi cintura y tiró de mí hacia atrás. No me resistí. De hecho, me apreté contra él, con el corazón desbocado.

Una niebla blanca giró en torno a las patas de Odín a medida que nos adentrábamos en la fisura brumosa. Otro escalofrío me sacudió entera. No supe si era por el descenso o por las palabras del Primigenio.

—Pero hablabas sin miedo. Actuabas sin miedo. Cada vez que te veía — continuó—. Me interesaste, y eso no me lo había esperado. No quería eso. Pero en ese lago, eras solo Seraphena —murmuró, y se me cortó la respiración al oír que mi nombre brotaba de sus labios. Era la primera vez que lo había pronunciado—. Y yo era solo Ash. No había trato. Ninguna supuesta obligación. Te quedaste solo porque querías. Yo me quedé solo porque quería. Dejaste que te tocara porque eso era lo que querías, no porque sintieras que tenías que hacerlo. Tal vez debí decírtelo, pero me estaba... divirtiendo contigo. No estaba preparado para que eso terminara.

Y entonces me llevó a las Tierras Umbrías.

Capítulo 22



Lo que había admitido Ash, la verdad de lo que decía, flotó en un aire que no era cálido ni helador. En la total y absoluta oscuridad que nos engulló.

Desorientada y mareada, temí no volver a ver nunca más. Estiré una mano hacia abajo mientras me pegaba con fuerza al sólido muro del pecho de Ash. Hizo que me doliera la piel magullada de mi espalda, pero aun así me aferré a su brazo. No podía ver. No veía nada...

Un puntito de luz apareció en lo alto, luego otro y otro, hasta que cientos de miles de motas de luz iluminaron el cielo.

Estrellas.

Eran estrellas, pero no como las del mundo mortal. Eran más vívidas y radiantes, y proyectaban un resplandor plateado que era mucho más potente que la luna. Escudriñé el cielo, buscando y rebuscando.

- —¿Dónde está la luna? —pregunté con voz ronca.
- —No hay luna —respondió Ash—. No es de noche.

Fruncí el ceño al instante y miré a ese cielo que tanto se parecía a la noche.

- —¿Es de día?
- —No es de noche ni de día. —El brazo de alrededor de mi cintura se aflojó—. Solo es.

No lo entendía, pero Odín siguió adelante impertérrito, cada pisada suya resonaba contra los adoquines. Miré abajo y vi lazos de niebla ondular con suavidad por encima de la carretera. Devolví la vista al cielo. Cuanto más lo miraba, más me daba cuenta de que no parecía un cielo nocturno. Sí, había estrellas, y eran más brillantes que ninguna otra cosa que hubiese visto en mi

vida, pero el cielo parecía más... envuelto en sombras que en negrura. Más oscuro que el día más tormentoso y cubierto de nubes del mundo mortal. Me recordaba a los momentos previos al amanecer, cuando el sol salía detrás de la luna y repelía la oscuridad para teñir al mundo de un tono ferroso.

- —¿No hay sol? —pregunté, al tiempo que me humedecía los labios.
- —En las Tierras Umbrías, no.

Apenas capaz de comprender que estaba en las Tierras Umbrías, no estaba segura de qué hacer con la idea de que no hubiera sol ni luna.

- -Entonces, ¿cómo sabéis cuándo dormir?
- —Duermes cuando estás cansado.

Lo dijo como si dormir fuese tan sencillo.

- —¿Y qué pasa con el resto de Iliseeum?
- —El resto de Iliseeum está como debe estar —repuso en tono neutro.

Quería preguntar por qué y qué significaba eso, pero el paisaje yermo cambió. Aparecieron altos árboles y, a medida que avanzábamos, se fueron acercando más y más a la carretera. Árboles desnudos y retorcidos que no eran más que esqueletos. Varias colinas grandes y rocosas se alzaban más adelante, repartidas en torno a la carretera por la que íbamos.

Me golpeó una sensación de incertidumbre, junto con todas esas emociones caóticas que no podía describir. Pero también me golpeó la curiosidad. La parte de mí que siempre había ansiado saber el aspecto que tenía Iliseeum despertó entonces. Empecé a inclinarme hacia delante, pero me detuve y forcé a mi cuerpo a relajarse contra el de Ash.

Poner espacio entre nosotros era justo lo contrario a lo que uno hacía cuando quería seducir a otra persona. Bajé la vista hacia el brazo cerrado con firmeza a mi alrededor. A pesar de lo fría que era su piel, su contacto era... agradable.

El sonido de un resoplido grave me sacó de mi ensimismamiento. Una de las colinas se *estremeció* y se levantó. Eso que teníamos delante no era ninguna colina. Me quedé boquiabierta. Unas grandes alas se desplegaron y luego salieron volando hacia el cielo estrellado. El suelo tembló a nuestro alrededor y desperdigó lo que quedaba de la neblina cuando algo grueso y con púas cruzó la carretera. Mis ojos siguieron la *cola* enroscada hacia un lado hasta la criatura que era al menos el doble de grande que Odín.

Negro y gris a la luz de las estrellas, se alzaba sobre cuatro patas musculosas mientras sacudía su enorme cuerpo y lanzaba una fina capa de polvo al aire. Una hilera de púas avanzaba desde la cola y a lo largo de las gruesas escamas de su dorso, algunas tan pequeñas como mi puño, otras de

varios centímetros de largo. La criatura viró a toda velocidad, más deprisa de lo que jamás hubiese pensado que podía moverse algo de ese tamaño, y giró su largo y elegante cuello en nuestra dirección.

A cada respiración, me entraba menos aire en los pulmones y me atraganté con un grito que nunca logró pasar más allá de mi garganta cuando una enorme pata aterrizó en medio de la carretera, las garras anchas y afiladas. Un momento después, la cabeza con gorguera estaba justo delante de nosotros; el tamaño de la cabeza era casi la mitad que el del cuerpo de Odín.

Me eché hacia atrás, contra Ash, con los ojos como platos mientras la miraba. Esa nariz ancha y plana, la enorme mandíbula, los cuernos puntiagudos que descansaban sobre su cabeza como una corona, y unos ojos que eran de un tono rojo tan vibrante que contrastaban muchísimo con la pupila negra como el carbón, delgada y vertical.

Sabía lo que estaba viendo. Había leído sobre ellos en gruesos tomos polvorientos. Sabía para qué servían. Eran los guardianes de Iliseeum. Sabía que eran reales, pero no podía creer que de verdad estuviera viendo uno. No podía creer que estuviese cara a cara con un *dragón*.

Un dragón muy grande con escamas grises y negras y muchos muchos dientes. Se acercó aún más, los ollares muy abiertos cuando dio la impresión de olisquear el aire. De olisquearnos *a nosotros*.

—No pasa nada —me tranquilizó Ash, y me di cuenta de que había vuelto a aferrarme a su brazo—. Nektas no te hará daño. Solo es curiosidad.

¿Solo curiosidad?

Di un respingo cuando el aliento caliente del dragón levantó el pelo alrededor de mi cara.

Nektas emitió un suave ronroneo al tiempo que ladeaba la cabeza para acercarla aún más y luego la bajaba de modo que estaba apenas a unos centímetros de la crin de Odín.

- —Creo que quiere que lo acaricies —dijo Ash.
- —¿Qué? —susurré.
- —Es su forma de saber que no tienes malas intenciones —explicó, y me pregunté cómo en cualquiera de los dos mundos podía ser alguna vez una amenaza para esta criatura—. Y que lo permita es su forma de decirte que él tampoco te hará daño.
- —Te creo... a él. —Tragué saliva. El dragón hizo ese suave sonido ronroneante otra vez.
 - —¿Dónde está toda esa valentía? —me picó Ash.

—Mi valentía termina cuando estoy delante de algo que me puede tragar entera.

Nektas soltó un bufido caliente y ladeó la cabeza.

—Está dolido por que puedas creer que haría algo así —comentó Ash—. Además, no creo que te pudiera tragar entera.

Se me secó la boca. No me atrevía a quitarle los ojos de encima a la bestia. Era preciosa y aterradora. Y no sabía si quedaba algún mortal vivo que hubiese visto a una. Tragué saliva otra vez, al tiempo que aflojaba poco a poco la mano del brazo de Ash. Se me quedó el aire atascado en la garganta mientras estiraba la mano.

Si me la arrancaba de un bocado, me sentiría muy decepcionada.

Nektas emitió ese sonido vibrante una vez más. Las yemas de mis dedos tocaron su piel. Apreté con suavidad, sorprendida de ver que sus escamas rugosas eran como cuero suave. Acaricié su nariz con cierta torpeza. El dragón soltó ese resoplido grave de nuevo, y esta vez sonó muy parecido a una risa.

Nektas echó la cabeza atrás, enfocó la mirada por encima de mi hombro y luego dio media vuelta. El suelo tembló cuando se impulsó con las patas traseras. El aire se revolvió a nuestro alrededor cuando sus poderosas alas con garras se desplegaron hacia atrás. Despegó con una fuerza sorprendente y subió disparado hacia el cielo.

—¿Ves? —Ash sujetó bien las riendas de Odín—. No te hará daño.

Había tocado a un dragón.

Eso era todo lo que podía pensar.

- —Ya puedes bajar la mano. —La diversión danzaba en su voz. Parpadeé varias veces antes de retirar la mano hacia mi pecho.
 - —Eso era un dragón —murmuré.
- —*Él* es un *draken* —me corrigió, mientras Nektas volaba por delante de nosotros—. Todos ellos son *drakens*.
- ¿Todos? ¿*Drakens*? Las otras colinas tampoco eran colinas. Se estremecieron y levantaron sus cabezas con forma de diamante hacia el cielo para seguir el vuelo de Nektas. Varias alas se desenroscaron sobre el suelo, removieron nubes de tierra y polvo al levantarse, luego estiraron los cuellos. Eran más pequeños que Nektas, pero no menos poderosos cuando se impulsaron con las patas traseras y emprendieron el vuelo; sus escamas de ónice centelleaban a la luz de las estrellas.
- —¿Tienes... tienes cuatro... *drakens* para protegerte? —pregunté, y se me cayó el alma a los pies. No era como si hubiese olvidado quiénes eran los

guardianes de los Primigenios, pero verlos fue un *shock*.

Ash instó a Odín a que siguiera avanzando.

—Así es.

Observé a los otros tres reunirse con Nektas, sus alas planeando con elegancia por el aire.

- —¿Y tienen nombre?
- —Orphine, Ehthawn y Crolee —contestó—. Orphine y Ehthawn son gemelos. Creo que Crolee es su primo lejano.
- —¿Los llamas *drakens*? —pregunté—. No parecen diferentes de los dragones.
 - —Son muy diferentes.

Esperé.

- —Por favor, dime que me lo vas a explicar.
- —Sí, voy a hacerlo. Solo estoy pensando una manera de que resulte menos confuso —me dijo, y ese pulgar suyo retomó sus círculos lentos—. Los dragones eran criaturas muy antiguas. Muy poderosas. Hay quien cree que incluso existían en ambos mundos mucho antes de que aparecieran los primeros dioses y mortales.
 - —No... no lo sabía.
- —No tendrías por qué —dijo—. Hace mucho tiempo, un Primigenio muy poderoso entabló amistad con los dragones, a pesar de no poder comunicarse con ellos. Quería conocer sus historias, sus leyendas, y como entonces era bastante joven, también era muy... impulsivo en sus acciones. Sabía que una manera de poder hablar con ellos era darles forma divina... una vida dual. Una en la que pudieran cambiar de forma, de dragón a dios y viceversa.

Ese Primigenio joven del que hablaba tenía que ser Kolis. Era el único Primigenio que podía crear formas de vida.

- —Entonces... ¿pueden adoptar nuestro aspecto, ser como tú y como yo?
- —En la mayor parte, sí —confirmó. De verdad deseaba saber qué quería decir con eso—. Los que eligieron aceptar esa vida dual se conocen ahora como *drakens*.
- —¿Todavía quedan dragones? De los que no pueden cambiar, quiero decir.
- —Por desgracia, no. Los dragones y los *drakens* viven un tiempo extraordinariamente largo, pero sus antepasados ya se extinguieron hace tiempo. —Su dedo no paraba de trazar esos círculos lentos y perezosos—. Ellos no fueron los únicos a quienes ese joven Primigenio dio vida.

Pensé en las criaturas que había oído que vivían en el mar, cerca de la costa de Iliseeum. Tenía muchísimas preguntas más, pero quedaron en segundo plano cuando vi a dónde se dirigían los *drakens*.

Una muralla apareció más abajo, iluminada por antorchas y tan alta como la muralla interior de Wayfair, pero el castillo en el que había crecido palidecía en comparación con lo que descansaba sobre una suave colina. Una gigantesca estructura, tan ancha como alta, cuyas torres y torretas se estiraban hacia el cielo. Todo el lugar estaba besado por las estrellas, centelleaba como si hubieran encendido un millar de lámparas de gas. Me recordó al Templo Sombrío, solo que esto era muchísimo más grande.

Una densa zona boscosa presionaba contra la parte posterior de las murallas del palacio y, al otro lado, hasta donde alcanzaba la vista, había motas de luz demasiado numerosas para contarlas. Una ciudad. Había una ciudad.

Mi pulso se aceleró mientras bajábamos la colina. Pequeños nudos de inquietud y anticipación se formaron en mi estómago a medida que nos acercábamos a la puerta de la muralla. Estaba atascada en un abismo de aprensión y algo parecido a la curiosidad, solo que más fuerte.

- —¿Esa... esa es tu casa? —El aire parecía más ralo, pero no sabía si eran imaginaciones mías. Vi que los *drakens* volaban en círculo alrededor del palacio.
- —Se conoce como la Casa de Haides. La muralla que la rodea se llama el Adarve —me informó—. Abarca tanto Haides como la ciudad de Lethe, hasta la Bahía Negra.

Más adelante, los árboles todavía flanqueaban la carretera, pero poco a poco otras partes de la muralla empezaron a ser visibles, así como la verja de entrada. Había algo sobre la muralla... varios «algos» que no lograba distinguir bien. Doblamos un suave recodo del camino. La muralla también parecía estar hecha de piedra umbra, aunque la superficie no era tan reluciente ni tan lisa. En lugar de reflejar la luz de las estrellas, parecía tragarse cualquier luz y todas ellas. Por eso era tan difícil distinguir esas formas, hasta que la inmensa verja de hierro empezó a abrirse.

Mis ojos escudriñaron la muralla, las formas, y empecé a sentirme un poco mareada. Las formas de la muralla estaban en cruz. Me dio la impresión de que no lograba aspirar el aire suficiente, a pesar de que mi pecho se hinchaba a cada respiración.

Eran *personas*.

Personas desnudas y empaladas a la muralla con estacas clavadas a las manos y al pecho. Sus cabezas colgaban flácidas y el hedor de la muerte llenaba el ambiente.

La bilis trepó por mi garganta. Apreté la mano sobre el pomo de la montura.

- —¿Por qué? —susurré—. ¿Por qué están esas personas en la muralla?
- —Son dioses —respondió Ash, su voz neutra y tan fría como las aguas del lago—. Y sirven de recordatorio para todos.
 - —¿Recordatorio de qué?
- —De que la vida para cualquier ser es tan frágil como la llama de una vela. Puede extinguirse con facilidad.



Dos de los *drakens* que volaban en círculo alrededor del palacio descendieron al otro lado de la verja, envueltos en un torbellino de viento. Aterrizaron en el Adarve. Ni el escalofriante impacto ni el grave sonido retumbante que hicieron penetró a través del horror que había visto en la muralla.

Me quedé sentada en silencio, aturdida, mientras observaba a hombres... a hombres *y* mujeres vestidos con armadura negra y gris, a lo largo del Adarve. Se detuvieron e hicieron profundas reverencias al paso de Ash. Pero apenas los vi. Apenas vi los numerosos balcones y las escaleras de caracol exteriores que parecían conectar todos los pisos del palacio con el suelo.

Ash tenía dioses empalados a su muralla.

La crueldad y la inhumanidad de eso y sus palabras me dejaron aturdida mientras entrábamos en las cuadras bien iluminadas. Para alguien que hacía unos días había dicho que cada muerte debería dejar una marca, sus acciones contaban una historia muy diferente.

Se acercó un hombre desde una de las cuadras e hizo una reverencia antes de tomar las riendas de Odín. Si habló, no lo oí. Si nos miró, no lo vi.

Tenía ganas de vomitar.

No protesté cuando Ash desmontó primero y levantó las manos para ayudarme a bajar. Apenas sentí el contacto de su mano sobre mis riñones ni la paja mullida debajo de mis pies mientras me conducía afuera, hacia una entrada lateral al castillo, medio oculta detrás de una escalera.

La puerta sin ventana se abrió para revelar a un hombre de pelo dorado rojizo y la piel del mismo intenso color trigueño. Me miró con unos oscuros ojos marrones, ojos que lucían un resplandor plateado detrás de las pupilas. Un dios. Esos ojos luminosos se deslizaron hacia Ash y luego de vuelta a mí.

- —Tengo un montón de preguntas.
- —Estoy seguro de que sí —repuso Ash con sequedad. Bajó la vista hacia mí—. Este es Rhain. Es uno de mis guardias. Como Ector y Saion.

Forcé a mis labios a moverse mientras levantaba la vista hacia los ojos oscuros de Rhain.

- —Soy...
- —Ya sé quién eres —me interrumpió Rhain, lo cual me sorprendió. Arqueó una ceja en dirección a Ash—. Esa es la razón de que tenga tantas preguntas. Pero ya lo sé. Tenéis que esperar. —Hizo una pausa y dejó que Ash me guiara hacia una escalera interior en sombras—. Theon y Lailah están dentro —añadió el dios en voz baja mientras nos seguía. Ash suspiró.
- —Por supuesto. —Se detuvo en el estrecho espacio para girarse hacia mí —. Había esperado tener un poco de tiempo antes de que alguien se diera cuenta de que estabas aquí. Hay muy poca gente que... sepa de ti. Los que estás a punto de conocer, no saben nada. Y estoy seguro de que también tendrán preguntas.
 - —Seguro que sí —convino Rhain.
- —Preguntas que lo más probable es que queden sin contestación precisó Ash, lanzándole al dios una mirada significativa—. Te presentaré como mi consorte y eso es todo. ¿De acuerdo?

En cualquier otro momento, hubiese hecho un montón de preguntas. Ahora, sin embargo, me limité a asentir. Me temblaban un poco las manos cuando Ash estiró un brazo por mi lado y empujó una segunda puerta para abrirla.

La inesperada intensidad de la luz me hizo dar un paso atrás. Parpadeé hasta que mis ojos se ajustaron. La luz era tan brillante como la luz del sol y, por un instante, pensé que era Ash que refulgía otra vez de poder. Pero no.

Levanté la vista hacia una centelleante lámpara de araña con una miríada de velas de cristal que colgaba en el centro de un vestíbulo. No había llama alguna. Sin embargo, las velas brillaban de un amarillo intenso, igual que lo hacían los apliques adosados a las columnas negras que se alzaban imponentes hasta el primer piso.

—Es energía primigenia —explicó Ash al percatarse de la dirección de mi mirada—. Alimenta las luces de todo el palacio y de Lethe.

Me había quedado sin palabras. Aparté la vista de las luces para mirar a nuestro alrededor. Había una escalinata en curva a cada lado del vestíbulo, una enfrente de la otra. Sus barandillas y escalones estaban tallados en piedra umbra. Más allá de las escaleras y al otro lado de un ancho arco ojival había una habitación enorme.

—Ven. —Ash me instó a avanzar y di un primer pasito justo cuando dos personas salían de la sala contigua y pasaban por debajo del arco.

Lo que vi me impidió dar un solo paso más y me hizo preguntarme muy en serio si quizá, sin querer, no habría fumado White Horse.

Un hombre y una mujer se alzaban delante de mí. Ambos altos, ambos vestidos con el mismo estilo de ropa que llevaba Ash, excepto por que sus túnicas con bordados de plata eran de manga larga. El hombre llevaba el pelo trenzado en pulcras hileras a lo largo de la cabeza, y el de la mujer estaba recogido en una trenza recta a su espalda para caer luego en cascada más allá de sus hombros. Eran de la misma altura y compartían la misma lustrosa piel negra y los mismos ojos dorados, bastante separados. Sus rasgos eran casi idénticos. La frente del hombre era un poco más ancha y los pómulos de la mujer eran más angulosos, pero estaba claro que eran gemelos. Jamás había visto a una pareja de gemelos, ni siquiera mellizos, pero no era a ellos a quienes miraba.

A su lado había... una criatura alada, negra con tintes morados y de la altura de un perro mediano. Meneaba sus alitas correosas mientras empujaba la mano de la mujer con su cabeza.

Se detuvieron al verme.

Sabía que tenía la boca abierta. No podía cerrarla porque había un *draken* chiquitín entre ellos.

—Hola. —La mujer alargó la palabra al tiempo que sus ojos de pasmo saltaron hacia Ash—. ¿Alteza?

La mano de Ash permaneció sobre la parte baja de mi espalda.

- —Theon, Lailah. Esta es Sera. Es una invitada.
- —Ya me había imaginado que era una invitada —comentó Theon—. O al menos esperaba que no hubieses decidido empezar a seguir la tradición familiar de raptar a chicas mortales.

Espera. ¿Qué?

Ash apretó la mandíbula.

- —A diferencia de algunos, nada de eso me atrae en absoluto.
- —¿Es una amiga especial? —preguntó Lailah.

—De hecho, lo es. Es... —Dio la impresión de que respiraba hondo para prepararse—. Va a ser mi consorte.

Los dos nos contemplaron pasmados.

Pasaron unos segundos larguísimos mientras la cabeza del pequeño *draken* miraba a unos y otros.

—Tengo una pregunta —anunció Lailah, mientras rascaba al *draken* debajo de la barbilla. La criatura emitió un agudo ronroneo—. Bueno, tengo varias preguntas, empezando por ¿cómo es que a *tu* consorte parece como si la acabasen de tirar del mundo mortal al nuestro?

¿Tan desaliñada estaba? Me miré con disimulo. Los bajos de mi capa terminaban a la altura de mis pantorrillas y dejaban a la vista mis pies manchados de sangre. Entre ambas mitades de la capa, el camisón colgaba sin gracia alguna. Y ni siquiera quería saber el aspecto que tendría mi pelo ni lo que podría tener sobre la cara.

- —Yo no la he tirado dentro de este mundo —masculló Ash—. Hubo un incidente antes de que llegáramos aquí.
- —¿Qué tipo de incidente? —preguntó Rhain desde donde estaba ahora, apoyado contra una de las columnas.
 - —Uno que ya no es un problema.

Una chispa de interés se avivó en los ojos de Lailah.

- —Cuenta, cuenta.
- —Quizá más tarde —repuso Ash.

El hermano levantó una mano.

- —Yo también tengo preguntas.
- —Y a mí no me importa —lo cortó Ash. Rhain tosió en voz baja—. ¿No tenéis nada que hacer, vosotros dos? Si no, estoy seguro de que hay un montón de cosas que podríais estar haciendo.
- —De hecho, estábamos a punto de sacar al pequeño ReaverButt a tomar un poco el aire. —Lailah sonrió cuando el *draken* soltó un graznido de aquiescencia.
 - —¿El draken se llama ReaverButt? —farfullé.

Lailah se rio con suavidad y me regaló una sonrisa rápida.

- —En realidad, se llama Reaver —explicó, y la criatura dio unos saltitos sobre sus patas traseras—. Pero me gusta añadir lo de *butt*. Y a él parece que también le gusta.
- —Oh —susurré. Me cosquilleaban los dedos, ansiosos por estirarse y acariciar al pequeño *draken*. De ese tamaño, no daba ni de lejos tanto miedo como Nektas.

—Entonces, ¿por qué no os ocupáis de ello? —sugirió Ash.

Con una sonrisa, Theon inclinó la cabeza.

—Como desees. —Su hermana se unió a él y echaron a andar. Cuando se acercaron a mí, el dios hizo otra reverencia y habló en voz baja—. Parpadea dos veces si te han raptado.

Lailah sonrió de oreja a oreja y le lanzó a Ash una mirada de soslayo.

—O solo parpadea.

Casi parpadeé, porque estaba claro que le estaban tomando el pelo a Ash. A un Primigenio que tenía a dioses colgados de las murallas a las puertas de su palacio.

- —Marchaos —ordenó Ash. Me giré cuando siguieron su camino, con mis ojos clavados en el pequeño *draken* que hacía equilibrio sobre el hombro de Lailah.
 - —Ese es un bebé *draken* —dije. Ash bajó la vista hacia mí.
- —Los *drakens* no salen del huevo del tamaño de Nektas, pero Reaver se enfadaría mucho si te oyera referirte a él como «bebé».
- —Espero que no salgan como Nektas, porque eso sería un huevo de mil pares de narices —repliqué—. Es solo que… —Dejé la frase a medio terminar. Sacudí la cabeza y crucé los brazos en torno a mi cintura. Me daba la impresión de que mi cabeza iba a explotar.
- —Ver a cualquier *draken*, grande o pequeño, debe ser impactante comentó Rhain. Le eché una miradita. Su pelo dorado rojizo parecía una llama contra la oscuridad de la columna—. Supongo que seguirá siéndolo durante algún tiempo.

Asentí, vacilante.

—Eso creo, sí.

El dios esbozó una leve sonrisa. Ash se movió de modo que medio bloqueaba a Rhain.

- —¿Por qué sigues aquí? —le preguntó al dios.
- —Pensé que, como Saion no estaba aquí, podía encargarme del honor de irritarte —repuso, en un tono inexpresivo.

El Primigenio soltó una especie de retumbar grave de advertencia. Se me cortó la respiración. Rhain tenía que saber lo de los dioses del Adarve, igual que los gemelos. ¿Alguno de ellos querría de verdad irritar a Ash?

—De hecho, tengo una razón válida para seguir aquí. Necesito hablar contigo. —Rhain se separó de la columna mientras yo miraba a Ash de reojo. Su rostro estaba crispado en líneas tensas y sombrías—. Es importante.

Y era obvio que también era algo que no quería hablar delante de mí.

Lo cual era irritante.

Ash asintió y bajó la vista hacia mí, a punto de hablar, pero entornó los ojos. Se movió a toda velocidad para cerrar una mano en torno a mi bíceps. Di un respingo ante su contacto. Giró mi brazo un poco.

- —¿Cómo te hiciste este moratón? Había pensado preguntártelo antes.
- —¿Qué?
- —Este moratón. Es más viejo —afirmó. Me miré el brazo. *Tavius*. Por todos los dioses. Me había olvidado de él y del bol de dátiles—. ¿Cómo pasó?
 - —Choqué con algo. —Tiré de mi mano.
- —No me da la impresión de que seas de las que va por ahí chocando con cosas.
- —¿Y tú qué sabes? —pregunté, al tiempo que tiraba de mi brazo otra vez. Ash bajó la barbilla.
- —Porque pareces pisar con mucha seguridad y ser muy precisa en tus movimientos.
 - —Eso no significa que no tenga momentos de torpeza.
- —¿En serio? —Retuvo mi brazo un momento más, pero luego lo soltó. Me apresuré a pegar el brazo otra vez a mi cintura.
 - —En serio.
 - —Qué divertido es esto —comentó Rhain.

Ash hizo caso omiso del dios, con su mirada penetrante aún fija en mí.

- —Debiste chocar con ese algo bastante fuerte para hacerte ese moratón.
- —Debí hacerlo, sí —mascullé, al tiempo que miraba con nerviosismo el gran vestíbulo. No había ninguna estatua, ni estandartes, ni cuadros. Las paredes estaban tan desnudas como el suelo, frío y desolador.

¿Y este iba a ser mi... hogar? ¿Durante cuánto tiempo?

El tiempo que hiciera falta.

Un cansancio absoluto se apoderó de mí y de repente fui consciente del dolor en mis sienes, que parecían palpitar al mismo ritmo constante que mis hombros y mi espalda. No tenía ni idea de si hacía ya un rato que sentía tan débiles las piernas, o si era algo nuevo. Me costó un esfuerzo supremo mantenerme en pie.

- —Eh. —Ash me sobresaltó, presionando sus dedos debajo de mi barbilla.
- —¿Qué?
- —He preguntado si tienes hambre. —Sus ojos buscaron los míos con ahínco—. No debes de haberme oído.

¿Tenía hambre? No estaba segura. Negué con la cabeza.

Ash tenía la vista clavada en mí de un modo tan particular que me pregunté si podría ver más allá de la superficie.

- —¿Qué tal está tu espalda?
- —Bien.

Continuó mirándome y luego asintió. Enganchó un dedo en torno a un rizo descarriado que había caído hacia delante y lo remetió con cuidado detrás de mi oreja. Ese gesto tierno me recordó al lago y no entendí cómo su tacto podía ser tan suave cuando empalaba a dioses en el Adarve.

Ash inclinó la cabeza hacia atrás y luego se giró hacia el arco de acceso a la sala.

—¿Aios?

Me giré justo cuando una mujer salía por debajo del arco. Pestañeé varias veces porque, una vez más, tenía la sensación de estar alucinando. Era... por todos los dioses, era *preciosa*. Su cara tenía forma de corazón, los ojos de un brillante color cuarzo con espesas pestañas, labios carnosos y pómulos altos y angulosos. Cruzó al vestíbulo mientras remetía varios mechones de vibrante pelo rojo detrás de una oreja antes de cruzar las manos delante de un vestido gris de manga larga ceñido a la cintura con una cadena de plata.

Aios se detuvo delante de nosotros con una ligera reverencia.

- —¿Sí?
- —¿Puedes, por favor, enseñarle a Sera su habitación y asegurarte de que le envíen comida y le preparen un baño? —pidió Ash.

El deseo de decirle que no necesitaba que hablara en mi nombre murió en la punta de mi lengua. Le había dicho «por favor» a alguien que solo podía suponer que era una diosa. Aunque a lo mejor era algún tipo de sirvienta. Para muchas personas, el uso de esas palabras no era más que una cortesía normal, pero tras haberme criado entre nobles y ricos, sabía que demasiada poca gente las usaba jamás. Y desde luego que no esperaba oírlas de boca de alguien que tenía dioses empalados en su muralla a modo de advertencia horripilante.

Aunque, claro, tampoco había imaginado nunca ver algo así por parte de Ash.

—Por supuesto. Será un placer. —Aios se volvió hacia mí. Parpadeó deprisa y luego su expresión se aclaró—. Sí. Está claro que necesita un baño.

Fruncí los labios, pero antes de que pudiese decir ni una palabra, entrelazó el brazo con el mío. La misma extraña corriente de energía casi eclipsó la facilidad con que me tocó.

Las cejas de Aios se arquearon y sus ojos volaron hacia el Primigenio.

-Nyktos...

—Lo sé —dijo, y sonó cansado. Miré a Ash porque quería saber lo que él *sabía*, pero se me adelantó—. Volveré contigo en un rato. Puedes confiar en Aios.

No confiaba en ninguno de ellos, pero asentí. Cuanto antes estuviera a solas para pensar, mejor. Seguro que este dolor de mis sienes se aliviaría para entonces. Ash se quedó ahí parado un instante, sus ojos se oscurecieron al tono de una nube de tormenta. Luego dio media vuelta con rigidez para reunirse con Rhain. Cruzaron por debajo del arco.

—Ven —me instó Aios con amabilidad, antes de conducirme hacia la escalera. Los escalones estaban fríos bajo mis pies desnudos mientras subíamos y luego girábamos a la izquierda—. Han preparado la habitación para ti. Bueno, lleva preparada bastante tiempo y le quitan el polvo con frecuencia, solo por si acaso. Creo que la encontrarás de lo más agradable — dijo. Giré la cabeza hacia ella. Parecía tener más o menos mi edad, pero sabía que podía estar muy equivocada en mi cálculo—. Tiene su propia sala de baño adyacente y un balcón. Es una habitación muy bonita.

Se me vinieron varias ideas a la cabeza al mismo tiempo.

—¿Cómo supiste que vendría?

Aios apartó la mirada.

—Bueno, no lo sabía a ciencia cierta. Solo sabía que era bastante probable.

Si esperaba mi llegada, tenía que conocer la historia.

- —¿Estabas al tanto del trato?
- —Sí —confirmó, con una sonrisa radiante, mientras me conducía por un segundo tramo de escaleras.
- —¿Puedes decirme desde hace cuánto tiempo sabías que había una posibilidad?
- —Un par de años —anunció, como si no significara nada, a pesar de que decía un montón de cosas.

Continuamos hasta el tercer piso. Ahí, me hizo girar hacia un pasillo ancho iluminado con apliques redondos de cristal esmerilado. Por lo demás, las paredes estaban desnudas.

Pasamos por delante de unas puertas de doble hoja pintadas de negro y con algún tipo de espiral plateada grabada en el centro. Aios se detuvo ante las siguientes puertas, idénticas a las únicas otras puertas que había visto en el pasillo entero.

—¿No hay más habitaciones en este piso aparte de la que acabamos de pasar? —pregunté, mientras buscaba una llave en el bolsillo de su vestido.

- —En la otra ala hay solo una habitación, pero la mayoría de los invitados se alojan en el segundo o en el tercer piso. —Abrió la cerradura y yo miré hacia atrás, a las puertas del otro extremo del pasillo.
 - —¿Qué pasa con el personal... como tú?

Una expresión confusa crispó por un instante su bello rostro.

- —Yo no pertenezco al personal.
- —Lo siento. —Noté que me sonrojaba—. Solo supuse...
- —No pasa nada. Cualquiera lo supondría. No hay personal.
- —Vaya, ahora sí que estoy confundida —reconocí.

Apareció una leve sonrisa.

- —Bueno, estamos unos cuantos que ayudamos porque elegimos hacerlo. Más o menos hemos... impuesto nuestra presencia aquí. Casi forzamos a Nyktos a aceptar nuestra colaboración —explicó, y fue un poco impactante oírle usar su nombre real—. Si no, Haides sería un desastre y es probable que él no comiera nunca. —Solo pude mirarla pasmada—. En cualquier caso, yo suelo estar por aquí durante el día. —Se rio—. Ya lo sé. Fuera no parece que sea de día, pero verás que los cielos sí que tienden a oscurecerse a medida que pasan las horas.
- —Espera. —Necesitaba asegurarme de esto—. Tú ayudas, haces de ama de llaves o algo así, pero ¿no te pagan?
- —No necesitamos que nos paguen. Nyktos cuida de los que nos ocupamos de la funcionalidad de Haides. De hecho —continuó, y frunció un poco el ceño—, todas las personas que conozcas aquí y en Lethe están bien cuidadas y mantenidas, aunque tengan responsabilidades más oficiales.
- —¿Bien cuidadas y mantenidas? —Repetí esas palabras como si estuviesen en un idioma que no entendía.
- —Un techo. Comida —explicó. Entreabrió los labios como si quisiera añadir más a la lista, pero cambió de opinión. Su sonrisa se volvió un poco tensa—. Pero para responder a tu pregunta, aquí no vive nadie más.
 - —¿Ni siquiera el dios de abajo, Rhain?
 - —No, él tiene una casa en Lethe.
- —¿Y los hombres y las mujeres de la muralla... quiero decir, del Adarve? ¿Y los *drakens*?
- —¿Los guardias? Ellos tienen sus propias dependencias. Una especie de barracón común entre el palacio y Lethe —explicó. Puso la mano en el picaporte—. Los *drakens* también tienen sus casas.

¿Solo Ash residía en este enorme palacio? Por lo general, el grueso del personal y una compañía de guardias vivía dentro de una residencia como

esta.

—¿Por qué no vive nadie más aquí? La sonrisa de Aios por fin se diluyó.

—No sería seguro para ellos.

Capítulo 23



Unos dedos glaciales se deslizaron por mi columna.

- —¿Qué quieres decir con que no sería seguro?
- —Bueno, Nyktos no querría... —Aios abrió mucho los ojos y se giró hacia mí—. Oh, lo siento. Acabo de darme cuenta de cómo ha sonado eso. Se rio, pero fue una risa algo nerviosa—. Verás, todo tipo de gente tiene que hablar con su alteza y algunos de ellos pueden ser un poco... impredecibles. Tú, por supuesto, estás completamente a salvo aquí.
 - —¿De verdad? —pregunté, dubitativa. Ella asintió con énfasis.
- —Sí. Es solo que a Nyktos le gusta su privacidad y es... es mejor así. Se giró hacia las puertas y empujó una de las hojas, luego me hizo un gesto para que pasara antes de desaparecer en la oscuridad.

No creía ni por un segundo que se hubiera expresado mal, pero di un paso tentativo dentro de la habitación justo cuando aparecía una luz procedente de otra gigantesca lámpara de araña de cristal que colgaba de un espacio *colosal*.

A un lado de la habitación había un sofá, un canapé y dos butacas tapizadas con lo que parecía terciopelo color crema de una calidad exquisita. Una mesita redonda estaba en medio de la zona de estar. Detrás de ella, cerca de unas puertas con cortina, había una mesa con dos sillas de respaldo alto y un jarrón traslúcido lleno de algún tipo de piedras azules y grises. Delante de una enorme chimenea había un diván que parecía hecho del más elegante y lujoso material teñido de un tono marfil. Y debajo del diván, una alfombra mullida. Había incluso una cesta llena de mantas enrolladas.

Giré en redondo, despacio, y me dio un vuelco al corazón cuando vi una cama con dosel que hubiese hecho que la de Ezra pareciese la cama de una niña pequeña. La habitación tenía un gran armario contra la pared, al lado de una ventana. Había tres puertas más, todas de doble hoja: una detrás de la zona de estar, otra cerca de la mesa, y otra más al otro lado de la cama.

—¿Esta es mi habitación? —pregunté.

Aios asintió y fue hacia la mesilla de noche. Giró una palometa en una lámpara.

- —Sí. ¿No te gusta? Si no, estoy segura de que...
- —No, está bien. Está más que bien. —Era increíble. Ni siquiera los aposentos privados de mi madre tenían este tamaño.
- —Perfecto. —Pasó como flotando por al lado de la cama—. Verás un interruptor en la pared al lado de las puertas. Ese controla las luces del techo. El resto de luces puedes encenderlas y apagarlas girando su palometa. La sala de baño está por aquí. Ven. Echa un vistazo.

La seguí, aturdida. Aios presionó otro de esos interruptores de pared y la luz inundó el lugar. Creí que me iba a desmayar.

Mi sala de baño de Wayfair tenía lo mínimo indispensable: un inodoro, un lavabo y una pequeña bañera de cobre apenas lo suficientemente grande como para que me sentara en ella. Y ya. Esta sin embargo, era... extraordinaria.

La bañera con patas era lo bastante grande para que dos adultos pudieran estirar los brazos y las piernas. No había uno, sino dos espejos de cuerpo entero, uno al otro lado de la bañera y el otro al lado del tocador. La sala estaba impoluta y olía a limones.

—¿Qué opinas? ¿Crees que es adecuada?

Sacudí la cabeza y volví a la habitación principal. Diez de mis antiguos dormitorios cabrían en este espacio y aún sobraría sitio. Por alguna razón incomprensible, me ardía la parte de atrás de la garganta.

- —Es mucho más que adecuada.
- —Bien. —Aios salió de la sala de baño y se detuvo a mi lado. Ladeó la cabeza—. ¿Estás bien?
- —Sí. Muy bien. —Me aclaré la garganta. Vaciló un segundo más y luego se deslizó hacia las puertas de al lado de la mesa.
- —Por aquí, puedes salir al balcón. Es bastante grande y hay una zona para sentarse fuera. Te sugiero que mantengas las puertas cerradas cuando estés descansando. La temperatura no cambia demasiado, pero a veces llegan vientos más fríos de las montañas. —¿Montañas?—. ¿Te gustaría que encendieran la chimenea? —preguntó.
 - —N... no, gracias.

- —Si cambias de opinión en cualquier momento, todo lo que tienes que hacer es tirar de la cuerda de al lado de la puerta y vendrá alguien. —Aios retiró y ató las cortinas de la cama para revelar varias pieles y un montón de almohadas—. ¿Qué te apetece comer? Todos los días vienen dos cocineros. Arik y Valric son asombrosos. No hay nada demasiado pequeño ni demasiado grande para ellos.
- —No... no lo sé —reconocí. Por una vez, no tenía ni idea de lo que quería comer. Volvió a esbozar una pequeña sonrisa.
 - —¿Qué tal si les digo que te preparen un platito de sopa y algo de pan?
 - —Suena bien.
- —Perfecto. Haré que traigan agua caliente y... —Se llevó un dedo a los labios—. ¿Puedo suponer que no has traído nada de ropa contigo?
 - —Puedes suponerlo, sí. —Jugueteé con el pliegue de la capa.
- —Vaya, pues habrá que ponerle remedio a eso. Iré a ver qué puedo conseguirte.
 - —Gracias.
 - —¿Necesitas algo más?

Empecé a decir que no, pero...

- —Espera. ¿A dónde llevan esas otras puertas? —Señalé las que estaban detrás de la zona de estar.
 - —A las habitaciones de al lado —repuso—. A los aposentos de Nyktos.

Mi corazón saltó a alguna parte que no estaba conectada con mi cuerpo.

- —¿Sus habitaciones son adyacentes a las mías?
- —Así es.

Tenía sentido. *Sí que era* su consorte.

Aios se demoró cerca de la puerta, una mano jugueteaba con la cadena de su collar.

—No conozco las circunstancias que han conducido a tu llegada, pero lo que sí sé es que no hay nadie en los dos mundos en quien confíe más que en Nyktos. Tampoco me sentiría más segura en ningún otro sitio —dijo. Me miró a los ojos. Los suyos estaban como *atormentados*, de un modo que me recordó a la mujer que había estado fuera de aquella casa con Nor—. Solo pensé que debías saberlo.

La observé salir de la habitación con discreción. No supe cuánto tiempo me quedé ahí plantada. Pudo ser un minuto o pudieron ser cinco. Cuando por fin me dirigí hacia las puertas con cortina, ni siquiera estaba segura de por qué lo hacía. Corrí los finísimos visillos blancos, abrí las puertas de cristal y salí. El balcón era inmenso. Había una ancha butaca baja cerca de la barandilla, junto con un sofá cama. No había escaleras de caracol, ninguna forma de subir aquí excepto una vertiginosa caída. El balcón, sin embargo, estaba conectado a la siguiente puerta.

Al dormitorio de Ash. Había una butaca parecida de su lado y me pregunté si alguna vez se sentaría aquí.

Me pregunté por qué me habría instalado en la habitación al lado de la suya.

Una brisa fresca levantó los pálidos mechones de mi pelo mientras avanzaba con cautela entre los muebles de la terraza. Se me puso la carne de gallina al contemplar el panorama y cerré los dedos sobre la barandilla; la piedra estaba suave y fría bajo las palmas de mis manos. Vi las centelleantes luces de la ciudad y, más allá, colinas y acantilados rocosos envueltos en niebla... o en nubes. ¿Había nubes siquiera en este lugar? Miré abajo y solté una exclamación ahogada.

Color.

Vi color.

Más allá del deslucido patio, había árboles. Cientos de ellos. Miles de ellos. Crecían entre el palacio y las centelleantes luces de Lethe, y no se parecían en nada a los que había visto en la carretera de entrada a las Tierras Umbrías. Tenían el tronco gris, igual que sus enormes ramas retorcidas, pero no estaban desnudas. Estas estaban llenas de hojas con forma de corazón.

Hojas del color de la sangre.



Aios regresó enseguida con comida y la primera prenda de ropa que había conseguido encontrar. Era una bata con cinturón hecha de felpilla o algún otro material que no había tenido nunca. La colgó de uno de los ganchos en la sala de baño.

Al final resultó que tenía hambre, y logré devorar la sopa y varios trozos de pan tostado con ajo y mantequilla antes de que el hombre que había visto en los establos llegara con varios cubos de agua humeante. Se presentó como Baines y, aunque no se había acercado lo suficiente a mí como para verle los ojos, di por sentado que también era un dios. Quedaron varias jarras de agua

en el suelo y Aios dejó caer en la bañera algún tipo de sal efervescente que olía a limón y a azúcar.

Sola de nuevo, me dirigí a la sala de baño. Aios había apagado la luz de techo y solo había dejado encendidos los apliques de las paredes. El suave resplandor era más que suficiente para verme en uno de los espejos de pie.

No me extrañaba que Lailah hubiese preguntado si me habían tirado dentro de este mundo.

Tenía gotas de sangre seca por toda la cara, mezcladas con las pecas. Ambas cosas destacaban de forma marcada contra mi tez pálida. También había manchurrones rojos en mi pelo, la mitad del cual había escapado de su trenza y colgaba ahora en pegotes enmarañados. Mis ojos parecían demasiado abiertos, el verde demasiado brillante. Parecía febril.

O aterrada.

No sabía si me sentía así. Si sentía nada en absoluto mientras dejaba caer la capa al suelo. Hice una mueca de disgusto al ver el estado de mi camisón. Ahora era más rojo que blanco. Sería imposible salvarlo. Me lo quité por encima de la cabeza con cuidado, los ojos guiñados y la cara crispada por el movimiento. Dejé caer la mugrienta prenda, pasé la trenza y el resto de pelo por encima de mi hombro y me giré un poco para verme la espalda al espejo.

«Santo cielo», bufé, al ver los verdugones hinchados que cruzaban la parte superior de mi espalda. Estaban de un intenso tono rojizo y uno de ellos incluso estaba perlado de sangre.

Deseé con toda mi alma haberle arrancado a Tavius el corazón.

La absoluta falta de remordimientos que sentía por lo que le había hecho a mi hermanastro debería de haberme preocupado mientras me metía en la bañera. Pero no me preocupaba lo más mínimo. Lo haría otra vez, porque ni siquiera el agua casi abrasadora podía borrar el asfixiante recuerdo de su aliento contra mi mejilla.

Me metí con cuidado en la profunda bañera, bufando entre dientes cuando el agua con aroma a limón tocó los bordes de los verdugones dejados por el látigo. Cerré los ojos y apreté la mandíbula. Despacio, levanté los dedos de los laterales de la bañera y empecé a deshacer la trenza. Agarré la pastilla de jabón y comencé a frotar mi piel, y después hice todo lo posible por llegar a las marcas abultadas de los latigazos en mi espalda mientras mis pensamientos recorrían de puntillas los acontecimientos del último par de días. Utilizar mi don para traer a Marisol de vuelta a la vida parecía algo que hubiera ocurrido hacía una eternidad. Todavía no podía creer que el rey Ernald estuviera muerto. El hombre había estado sano, por lo que yo sabía.

Recé por que Ezra estuviese bien, y deseé que me hiciera caso en lo que le había dicho. ¿Y mi madre? Seguiría siendo la reina, a menos que Ezra se casara. Pero era probable que se sintiera aliviada, y estaba segura de que Ezra también lo estaba, al saber que había una posibilidad de que la Podredumbre terminara. Y... y deseé tener mi daga. Se la había llevado Ash. ¿Me la devolvería? Tan absorta estaba en mis pensamientos que no me había dado cuenta de que había entrado alguien en el dormitorio hasta que oí los pasos al otro lado de la puerta de la sala de baño.

Desarmada, me giré justo lo suficiente para ver quién había entrado, al tiempo que hacía ademán de agarrarme a los lados de la bañera. Mi corazón latió con fuerza al ver quién estaba ahí.

El Primigenio.

No dijo nada. Se limitó a mirarme, sus ojos plateados ardieron con un brillo antinatural mientras observaba mi espalda. Su pecho se hinchó con una respiración profunda.

—No puedo esperar a hacerle una visita a ese bastardo en el Abismo.

El aire escapó poco a poco de mis pulmones. Coloqué el jabón en la pequeña cajita de un banco cercano y luego dejé caer mis manos en el agua.

- —¿Ahí es donde está?
- —Sí.
- —Bien.

Ladeó la cabeza y pasaron unos segundos largos.

—No pretendía interrumpir. Pensé que ya habrías terminado de bañarte.

Me forcé a relajarme.

- —No interrumpes.
- —¿No? —Arqueó las cejas.
- -No.
- —Te estás bañando —objetó—. ¿No estás preocupada por que espíe tus… *inmencionables*?

Se me escapó una risa seca.

- —Viste mucho más en el lago de lo que puedes ver ahora.
- —Cierto. —Sus pestañas bajaron a medio camino mientras se mordía el labio inferior—. He traído algo para tu espalda que debería ayudar con los verdugones. —Hizo una pausa y levantó una mano para mostrar que tenía un frasco con algún tipo de crema blanca—. Esto aliviará cualquier dolor que te puedan estar causando y garantizará que no te queden cicatrices.
- —Gracias —murmuré, aunque la palabra sonó extraña en mi lengua. No la decía a menudo. No solía tener razones para decirla a menudo.

Ash no dijo nada, pero tampoco se movió de donde estaba. No apartó la mirada, y no estaba segura de si era el agua o sus ojos lo que me hacían sentir tan caliente.

—Puedo ayudarte con el ungüento cuando hayas terminado de bañarte — se ofreció al cabo de unos instantes.

Incliné la cabeza para dejar que mi pelo cayera hacia delante y flotara en la superficie del agua. Apenas había tenido tiempo para decidir cómo iba a cumplir con mi deber, pero tenía el suficiente sentido común como para reconocer el interés en la mirada de Ash. La forma en que se demoraba en el umbral de la puerta en lugar de marcharse.

- —Tengo que lavarme el pelo primero y entonces habré acabado.
- —¿Necesitas ayuda?

Su oferta me sorprendió. La palabra *no* llegó enseguida a la punta de mi lengua. De hecho, casi la pronuncié. Pero asentí a cambio.

Ash se apartó de la puerta, dejó el frasco en una balda justo a la entrada de la sala de baño y vino hasta mí. Se arrodilló detrás de la bañera. Remetió su pelo detrás de una oreja y levantó la vista de mi espalda a mi cara.

—¿Te duele mucho?

Tragué saliva.

- —No demasiado.
- —Mientes de un modo tan bonito —murmuró—. Tan fácil.

Miré al frente y respiré hondo.

- —Podría haber sido peor.
- —Voy a tener que mostrarme en desacuerdo con eso. —Las yemas de sus dedos rozaron la curva de mi brazo y me provocaron un tenso escalofrío de energía por toda la piel. Recogió mi pelo y lo retiró de mis hombros—. Echa la cabeza hacia atrás.

Bajé la vista hacia el agua jabonosa y se me cortó la respiración. Mis pezones eran claramente visibles y, con lo cerca que estaba y lo alto que era incluso de rodillas, sabía que también eran visibles para él.

El Primigenio de la Muerte.

Que estaba a punto de lavarme el pelo.

—¿Sera? —dijo con suavidad, su aliento frío sobre la parte de arriba de mi cabeza.

Otro escalofrío bajó rodando por mi columna al oírle decir mi nombre. Eché la cabeza atrás, los pensamientos demasiado alborotados para encontrarles mucho sentido.

Ash levantó una de las jarras y echó agua despacio por todo mi pelo.

- —Tengo unas cuantas preguntas para ti.
- —Yo también tengo preguntas. —Mi corazón latía demasiado deprisa otra vez mientras me quedaba ahí sentada, paralizada por el instinto que me habían inculcado y que exigía que aprovechara este momento para usarlo en mi propio beneficio. La otra mitad de mí simplemente no sabía qué hacer. Una parte de mi ser estaba completamente perpleja por este acto, estupefacta. Nadie había hecho esto por mí jamás. No desde que era niña y Odetta aún me lavaba el pelo.
- —Estoy seguro de que sí. —Su mano se cerró en torno a la parte de atrás de mi cuello para sujetarme la cabeza—. Pero empezaré yo. ¿Cómo ha sido tu vida estos tres últimos años?

La pregunta hizo que me retorciera un poco.

- —El tipo de vida que vive cualquier princesa.
- —No creo ni una sola palabra de lo que has dicho. Eres demasiado diestra con una daga y una espada como para ser una princesa cualquiera.
- —Creía que ya habíamos establecido que no conoces a muchas princesas
 —repliqué.
- —Conozco a las suficientes como para saber que la mayoría no se enfrentaría a un Cazador sin miedo. De hecho, ni siquiera sabrían cómo hacerlo. Alguien te entrenó —sentenció, mientras mojaba el pelo de la parte de atrás de mi cabeza.
- —Sí, me entrenaron —admití, a sabiendas de que si mentía sería aún más obvio que tenía algo que esconder.
 - —¿Con qué armas?
 - —Con todas ellas.
 - —¿Por qué?
 - —Mi familia quería asegurarse de que podría defenderme.
- —¿No tenías guardias reales para hacer eso? —preguntó—. Echa la cabeza un poco más hacia atrás.
- —Nadie quiere depender de unos guardias. Querían asegurarse de que siguiera con vida para cumplir mi parte del trato. —Para mantener el equilibrio, levanté los brazos y los apoyé en los laterales de la bañera. Arqueé la espalda para inclinar la cabeza más hacia atrás.
- —Perfecto. Así está... perfecto —murmuró, la voz más ronca cuando el agua cayó en cascada por el resto de mi pelo—. ¿Quién te entrenó?
- —Un caballero. —Cada centímetro de mi cuerpo fue consciente de cómo resbalaba el agua por mis pechos hasta juntarse con el resto en torno a mis costillas—. Es mi turno de preguntar.

- —Adelante. —Ash se echó hacia delante, la frialdad de su cuerpo presionó contra mi espalda. Noté un cosquilleo en la piel rosácea de la punta de mis pezones. Esto no era como esas veces en que Odetta me había lavado el pelo. Para nada. Cerré los ojos.
- —¿De verdad creías que me había limitado a seguir adelante con mi vida y había olvidado el trato?
- —Eso esperaba, sí. —Ash dejó la jarra a un lado para agarrar una de las botellas del carrito. La irritación bulló en mi interior.
- —¿Jamás se te ocurrió pensar que no lo había hecho, dado que te convocaron tres veces más? —pregunté.
 - —¿Qué quieres decir?

La confusión en su voz hizo que me costara aún más controlar mi enfado.

- —Te convocaron tres veces desde el... —Entonces me di cuenta de lo ocurrido. Empecé a girarme hacia él.
 - —No te muevas —me ordenó.

Me quedé quieta, no porque él lo hubiese dicho sino porque ese tono ronco había vuelto a su voz. Abrí los ojos y giré la cabeza justo lo suficiente para ver el calor de su mirada, que abrasaba la piel de mi pecho. Me trastabilló el pulso mientras intentaba ordenar mis pensamientos.

- —¿Los Sacerdotes Sombríos no te convocaron?
- —¿Por qué habrían de hacerlo? Conocían mi decisión, igual que la conocías tú. Si hubierais vuelto al templo, habrían ignorado la petición u os habrían seguido la corriente fingiendo convocarme. —Empezó a enjabonarme el pelo—. Pero ¿por qué querríais tú o tu familia intentar siquiera volver a llamarme?

Una sensación incómoda levantó ampollas en mi piel cuando me di cuenta de que había revelado un secreto bastante bochornoso con mis preguntas.

- —No... no le conté a nadie lo que me dijiste aquella noche. —El Primigenio se quedó en silencio—. Estaba sorprendida y decepcionada logré decir; era una verdad parcial—. Y... y demasiado avergonzada para decirles que me habías rechazado.
 - —No fue nada personal.
 - —¿En serio? —Me tragué una carcajada.
- —No lo fue. —Tuvo cuidado de no darme tirones mientras continuaba frotando el jabón con aroma a vainilla por todo mi pelo—. Tienes un cabello precioso. Es como un telar de luz de luna. Asombroso.
 - —Creo que me lo voy a cortar todo.

Ash se rio.

—Lo harías, ¿verdad?

No respondí, sino que volví a cerrar los ojos mientras sus dedos masajeaban mi cuero cabelludo. De algún modo, sus manos lograron relajar los músculos de mi cuello.

- —Se te da bien hacer esto. ¿Les lavas el pelo a otras personas con frecuencia?
 - —Esta es la primera vez.
- —La mía también —admití en un susurro, y sentí que sus dedos se quedaban quietos un instante antes de retomar su frotar suave. En la agradable neblina de sus cuidados, algo de lo que había dicho tironeó de mis recuerdos. Mis sospechas sobre su experiencia volvieron a primer plano, pero también lo que había dicho acerca de su edad... eso de que era más joven de lo que yo imaginaba.
- —Hay algunas cosas de las que tendremos que hablar una vez que estés instalada —dijo, antes de que pudiera preguntarle su edad—. Pero también hay algo que quiero que quede claro. No hiciste nada incorrecto que me empujara a no querer cumplir mi parte del trato.

Abrí los ojos.

- —¿Cambiaste de idea y decidiste que no tenías ninguna necesidad de tener una consorte y ya está?
- —En especial una que me apuñala —destacó. Fruncí el ceño ante el dejo de burla que detecté en su voz.
 - —¿Vas a sacar ese tema todo el rato?
 - —Cada vez que pueda.
- —Genial —musité, poniendo los ojos en blanco a pesar de mi creciente curiosidad—. Ahora desearía haberte apuñalado con más saña.
 - —Eso es muy grosero.
- —Hay quien consideraría que dejar a tu consorte abandonada en un trono durante tres años es grosero —repliqué—. Pero ¿qué sé yo? —Ash se rio, el sonido grave y ahumado. Entorné los ojos—. No estoy segura de qué he dicho que te pueda resultar gracioso.
- —No has dicho nada gracioso. —Sacó los dedos de mi pelo—. Es solo que eres muy... franca. Y encuentro que eso es...
 - —Como digas «divertido»...—le advertí.
- —Interesante —contestó—. Te encuentro interesante. —Ladeó la cabeza, lo cual hizo que varios mechones de pelo cayeran por su mejilla—. E inesperada. No eres como te recuerdo.

- —Tampoco estuviste tanto tiempo conmigo como para saber quién era ni cómo soy —mascullé.
- —Lo que sentí cuando te vi sentada en ese trono con ese vestido ya me dijo lo suficiente.

Me puse rígida.

- —Odiaba ese vestido con toda mi alma.
- —Lo sé —dijo—. Cierra los ojos. Te voy a enjuagar el pelo. —Hice lo que pedía y oí la jarra rascar contra el suelo.
- —¿Qué quieres decir con que lo sabes? ¿Y exactamente cómo puede ser que verme sentada en ese trono con ese vestido te dijera nada sobre mí?
- —Me dijo que parecías dispuesta a que te empaquetaran y te presentaran ante un desconocido —explicó al tiempo que empezaba a enjuagar mi pelo—. Me dijo que parecías ansiosa por que te entregaran a mí, a pesar de que lo más probable fuera que no tuvieras ni voz ni voto en el asunto. Que no tuvieras elección.

Se me cortó la respiración. Odiaba que lo que decía fuese justo como me había sentido y mostrado aquel día.

- —Podrías haberme mirado y haber visto a alguien lo bastante valiente para cumplir un trato en el que no había tenido ni voz ni voto.
- —Eso también lo vi. —Levantó mi pelo para escurrirle todo el jabón—. Vi que eras valiente. Sabía que debías tener honor.

Se me revolvió el estómago. Honor. ¿Qué honor había en lo que debía hacer? No... no lo había.

—Pero eso no fue lo que sentí cuando te miré —insistió—. Lo que sentí, lo que saboreé en la parte de atrás de mi garganta, fue la amargura del miedo. El sabor agrio de la angustia y la impotencia. Y el toque salado de la determinación y la resolución. Eso fue lo que sentí cuando te vi. Una chica que apenas era una mujer, forzada a cumplir una promesa que nunca había hecho. Supe que no querías estar ahí.

La precisión de sus palabras me sacudió hasta el último rincón de mi ser, incluido ese sitio que se había sentido aliviado cuando me rechazó. Pero era imposible que hubiese sabido todo eso.

- —¿Supiste todo eso solo con mirarme unos instantes? —Solté una risa forzada—. Venga ya.
- —Sí. —Sus dedos frotaron mi pelo otra vez para eliminar todo el jabón—. Sentí todo eso.
 - —No tienes ni idea de lo que estaba sintiendo...

—En realidad, sí. Sé muy bien lo que estabas sintiendo entonces y lo que sientes ahora. Tu ira es caliente y ácida, pero tu incredulidad es fría y agria, me recuerda al granizado de limón. Hay algo más... —caviló, mientras mi corazón tartamudeaba. Abrí los ojos—. No es miedo. No logro identificarlo del todo, pero noto su sabor. Percibo el *sabor* de tus emociones. No todos los Primigenios pueden hacerlo, pero yo siempre he podido, como podían todos los que llevaban la sangre de mi madre.

Capítulo 24



Mis manos resbalaron de las paredes de la bañera al agua ya solo templada mientras mi corazón tronaba en mi pecho.

- —¿De verdad? —susurré.
- —Sí.

Respiré hondo varias veces.

- —¿Notas lo que siento?
- —Ahora mismo, es solo incredulidad.
- —Esa… —Me alegré de estar sentada—. Esa parece una habilidad extremadamente intrusiva.
- —Lo es —admitió. Dejó la jarra a un lado, pero no se movió. Yo tampoco —. Por eso rara vez la utilizo de manera intencionada. Sin embargo, a veces, un mortal o incluso un dios siente algo con tal fuerza que no puedo evitar sentir lo que sienten ellos. Eso es lo que sucedió cuando te miré. Tus emociones me llegaron antes de que pudiera bloquearlas. Supe que por dispuesta que te mostraras, en realidad no lo estabas.

¿Qué has hecho, Sera?

El grito de pánico de mi madre resonó en mis oídos. Cerré los ojos cuando una durísima realidad cobró vida en mi interior. Sir Holland estaba equivocado. Mi madre había tenido razón. Esa voz insidiosa en mi interior había tenido razón. *Sí* que había sido mi culpa.

La presión comprimió mi pecho y mi garganta mientras negaba con la cabeza. No. Eso tampoco era verdad. No era solo mi culpa. Abrí los ojos.

—Estaba... asustada. Tenía que casarme con el Primigenio de la Muerte —murmuré, la voz ronca—. Estaba ansiosa. Por supuesto que me sentía impotente. Me daba la sensación de no tener ningún control. Pero estaba ahí. *Seguía* ahí. —Nada de eso era mentira—. Sabía lo que se esperaba de mí y estaba dispuesta a cumplirlo. Tú, no.

Se quedó callado, pero noté sus ojos en mí, en mi espalda.

- —No, no lo estaba. No tenía ninguna necesidad de una consorte a la que obligaban a casarse conmigo. Y que estuvieras o no estuvieras dispuesta a cumplir tu parte del trato no cambia el hecho de que no fuera tu elección. Nunca lo fue.
 - —*Sí es* mi elección cumplir el trato —protesté.
- —¿En serio? —me retó—. ¿Tu familia te hubiese permitido negarte a cumplirlo? ¿Rechazar a un Primigenio? ¿Me estás diciendo que estabas en situación de poder negarte? ¿Una en la que no te hubieran taladrado el cerebro con lo que se esperaba de ti desde que naciste? Nunca hubo consentimiento en tu elección.

Por todos los dioses, tenía razón. Y yo lo sabía. Siempre lo había sabido. Sin embargo, no había esperado que él, justo él, lo reconociese o le importase lo más mínimo, sobre todo cuando era *su* trato. Aunque eso no cambiaba nada. Ni lo que el trato significaba para el reino, ni lo que provocó mi nacimiento, ni lo que todavía tenía que hacer.

Abrí la boca y luego la cerré cuando una emoción diferente levantó la cabeza. Respeto. Por él. Por el ser al que debía matar para salvar a mi reino y por el Primigenio que se había convertido sin querer en el origen de mis miserias. ¿Cómo podía no respetarlo por *no* haber estado dispuesto a tomar parte en algo en lo que yo realmente no pude opinar en absoluto?

Después sentí confusión, porque ¿no se le había ocurrido pensar en nada de esto cuando fijó los términos de su acuerdo? Podría haber fijado cualquier precio. Y eligió esto.

Entonces se me ocurrió otra cosa y alcé la cabeza tan deprisa que tiró de la piel de mi espalda.

- —¿Me estás leyendo las emociones ahora?
- —No —contestó—. Y es verdad. Sé que debo mantener mis… muros levantados cuando estoy cerca de ti.

No estaba segura de si estaba sugiriendo que yo mostraba unas emociones muy fuertes. Fuera como fuere, me alegré de que tuviera sus...

- —¿Qué quieres decir con *muros*?
- —Es como el Adarve que rodea Haides y las tierras, solo que aquí dentro. —Dio unos golpecitos con un dedo en mi cabeza—. Los construyes mentalmente. Son como escudos o algo así.

- —Eso suena... difícil.
- —Tardé mucho tiempo en aprender a hacerlo.
- —Hay algo que no entiendo —dije después de un momento—. ¿Por qué pediste una consorte en primer lugar? Cuando cerraste el trato, podrías haber pedido cualquier cosa.
 - —La respuesta que buscas es muy complicada.
 - —¿Estás sugiriendo que no soy lo bastante inteligente para entenderlo?
- —Estoy sugiriendo que es una conversación que debería tener lugar cuando estés vestida del todo.
- —¿Y cuando no corras el riesgo de que trate de ahogarte? —espeté, cortante. Ash se rio mientras escurría el agua de mi pelo.
- —Eso también. —Agarró una de las horquillas que me había quitado antes, retorció mi melena y fijó las puntas de modo que no volvieran a caer dentro de la bañera—. Espero que mis servicios esta noche hayan cumplido con las expectativas que hayas podido tener.

Al instante, mi mente voló hacia un tipo de *servicio* diferente y me entraron ganas de pegarme un puñetazo a mí misma. Fuerte.

—Han sido pasables.

Mi respuesta le provocó otra carcajada.

—Si has terminado —dijo, al tiempo que se ponía en pie—. Puedo untar el bálsamo en tus heridas.

Seguía estupefacta por su capacidad de leer emociones, y seguía irritada por su negativa a contestar por qué había solicitado una consorte, pero agarré los lados de la bañera. El agua salpicó mientras me levantaba y me giraba hacia donde estaba él.

Su pecho se quedó tan quieto que no estaba segura de que respirara, aunque las luminosas hebras blancas de sus ojos como plata fundida daban vueltas como locas. La intensidad de su mirada escaldaba mi piel.

Atracción. Deseo. Era evidente que yo lo atraía. Me deseaba. Me recordé que eso era algo con lo que estaba claro que podía trabajar.

- —Estoy mojada.
- —Joder —murmuró con voz ronca. Sus ojos seguían el camino de las gotas de agua que resbalaban por mis pechos, por la curva de mi estómago, y luego más abajo, entre mis muslos.

Me hormigueaba la piel al paso de sus ojos.

—¿Puedes ayudarme con eso?

Las puntas de sus colmillos asomaron cuando entreabrió los labios.

—Problemática —masculló con su tono ahumado—. Eres problemática, *liessa*.

Algo precioso y poderoso...

No pude evitar sentirme justo eso mientras estaba ahí de pie.

—Una toalla —dije. Usé una mano para secar unas gotitas de agua que aún rondaban justo por debajo de mi ombligo—. Esperaba que me pudieras pasar esa toalla.

Un lado de sus labios se curvó hacia arriba, pero su mirada siguió el movimiento de mi mano.

—Sí. —Estiró el brazo sin quitarme los ojos de encima y agarró una toalla de la balda—. Puedo ayudarte con eso.

Con el corazón acelerado otra vez, salí de la bañera. Eché la cabeza hacia atrás mientras se acercaba. Ash no dijo nada cuando alargué la mano hacia la toalla.

—No —dijo, al tiempo que agachaba la cabeza—. Has pedido mi ayuda.

Sin decir ni una palabra, me quedé ahí de pie y dejé que deslizara la toalla por mi brazo izquierdo, luego por el derecho, plenamente consciente de que me miraba casi sin parpadear. Una sensación pesada llenó mis pechos mientras arrastraba la toalla por mi estómago, por donde había pasado mi mano, y luego por encima de mi cadera. Notaba la piel como cuando me había sumergido en la bañera humeante, excepto que este calor invadió mi sangre y se estancó.

—No estoy seguro de que vayas a apreciar lo que estoy a punto de decir. No te culparía si no lo hicieras —comentó—. Al menos ahora, sé lo que sientes cuando te toco. —Pasó la toalla por mi estómago y entre mis pechos. El pelo de sus brazos rozó mis senos por dentro y me hizo soltar una exclamación—. ¿Ese sonido que haces? No es forzado.

No lo era, no.

Arrastró los extremos de sus colmillos por el labio de abajo mientras deslizaba la toalla por la dolorosa punta de mis pezones. Di un respingo ante la aguda espiral de placer que sentí.

—No me dejas hacer esto porque sea tu deber. Lo que se espera de ti. — Dio la vuelta a mi alrededor y pasó la toalla por mi espalda, con cuidado de evitar los verdugones—. Me permites tocarte porque te gusta.

Y eso era verdad. No debería serlo. No debería disfrutar de nada de esto. Debería mantener las distancias con esta parte de mi deber. Ser calculadora. Pero no había forma de negar el tenso escalofrío de *anticipación* que se abría paso a través de mí. No había forma de negar que estaba desesperada por

sentir. Igual que me había pasado en el lago cuando era solo Sera y él era solo Ash, como había dicho él antes.

- —¿Estás leyendo mis emociones?
- —No necesito hacerlo. —La suave toalla pasó por mis riñones—. Lo sé por el rubor de tu piel y por cómo se... endurece en los lugares más interesantes. Por cómo se te corta la respiración y se te acelera el pulso.
 - —¿Mi pulso? —susurré, sintiendo una extraña debilidad en las piernas.
- —Sí. —Su aliento frío danzó por encima de mi hombro desnudo—. Puedo sentirlo. Es algo que incluso un dios puede sentir. Es un rasgo… depredador.

Me estremecí en respuesta a sus palabras y a donde paseaba la toalla ahora, en torno a la curva de mi trasero. Mi piel casi vibraba cuando esa espiral de anticipación se apretó aún más, esta vez por debajo de mi ombligo y luego incluso más abajo.

—Deseas que te toque. —Bajó la toalla por mis piernas, luego la subió otra vez. Su aliento tocó ahora la parte baja de mi espalda. Cerré los ojos, pero mi mente me proporcionó la imagen de lo que no podía ver: al Primigenio de la Muerte arrodillado detrás de mí—. ¿Y ese deseo? —Su mano envuelta en la toalla se escurrió entre mis muslos, rozó la palpitante piel entre ellos. Se me escapó otro sonido jadeante cuando su mano se movió adelante y atrás, una fricción suave—. No tiene nada que ver con ningún trato.

No: en realidad, no.

- —¿Y eso qué...? —Gemí de placer cuando la piel fría de su brazo rozó la mía acalorada y ni remotamente *seca*—. ¿Eso qué cambia? Dijiste que sigues sin necesitar una consorte.
- —No la necesito. —Apartó esa maldita toalla de mí, solo para luego pasarla por mi costado y por el pliegue de piel de mi cadera. Se levantó mientras la toalla resbalaba entre mis muslos otra vez. Me estremecí al sentir la piel fría de su antebrazo presionando contra mi bajo vientre. Movía la toalla en círculos suaves y cortos—. Pero eso no significa que no esté interesado en ciertos aspectos de esta unión. —Las frías yemas de sus dedos rozaron mi brazo cuando se acercó más a mí, lo bastante cerca como para sentir la tela de los pantalones que cubrían sus muslos contra la parte de atrás de los míos—. Igual que no significa que tú no estés interesada en esos mismos aspectos.

La absoluta arrogancia de su confiada aseveración me cabreó. Me infundió valor.

—Hay muy poco de esos aspectos que encuentre interesante.

- —¿Ah, sí? —Esa mano cubierta por la toalla continuó su movimiento lento, tentador.
- —Sí. —Mis caderas dieron una sacudida y entonces empecé a moverme. Seguía sus movimientos. *Los de él*. Por todos los dioses, debería preocuparme por lo rápido que había perdido el control de esta seducción. Y me preocuparía. Pero más tarde.
- —Creo que mientes otra vez —murmuró, un asomo de sonrisa en su tono
 —. Estás tan interesada como cuando me suplicaste que te besara al lado del lago.
 - —Tu memoria está muy equivocada. Te di permiso para besarme.

Sus dedos rozaron el lado de mi pecho mientras deslizaba la mano arriba y abajo por mi brazo sin dejar de mover la toalla entre mis piernas.

- —O exigiste que te besara.
- —Bueno, lo que sea, pero eso no es suplicar.
- —Semántica —murmuró.
- —No lo es. —Separé las piernas para proporcionarle mejor acceso.
- —¿De verdad?
- —De verdad. —Abrí los ojos y miré hacia abajo, más allá de mis pezones turgentes, hasta donde la toalla estaba enroscada en torno a su muñeca.
 - —Ya estás mintiendo otra vez de esa manera tan bonita.
- —No estoy mintiendo. Es solo que confías demasiado en tu... —Solté una exclamación cuando dejó caer la toalla y la fría longitud de sus dedos sustituyó a la suave tela para apretar contra mi haz de nervios—. Santo cielo —jadeé, avasallada de inmediato por un torbellino de sensaciones a medida que la espiral de tensión se apretaba tanto que sentía que me faltaba el aliento.
- —No —murmuró, sin dejar de trazar círculos con el pulgar sobre ese punto tan sensible—. No estás nada interesada en esos ciertos aspectos. — Separó la piel e introdujo un dedo.

Gemí y agarré su brazo. No había olvidado la sorprendente contradicción entre su frialdad contra mi calor, pero ningún recuerdo le hacía justicia a esto. Temblé de la cabeza a los pies.

- —Recuerdo que me enseñaste cómo te gusta que te toquen. Lo repaso una y otra vez en mi cabeza. Podría escribir un jodido libro entero sobre ello ya.
 —Su pulgar siguió moviéndose—. Cuando me toco, cuando tengo la mano cerrada en torno a mi pene, recuerdo cómo sujetaste mi mano contra ti en el lago.
 - —Oh, por todos los dioses —jadeé—. ¿De… de verdad haces eso?

—Más veces de las que debería admitir. —Su dedo entraba y salía de mi cuerpo, me llevaba más y más cerca del precipicio.

Y de repente, toda esa tensión apretada se liberó tan deprisa y de un modo tan inesperado como un relámpago. Mi orgasmo fue fuerte y rápido y sorprendente. Si él no hubiese pasado su otro brazo alrededor de mi cintura, muy probablemente las abrumadoras oleadas de placer me hubiesen sacado las piernas de debajo del cuerpo.

Los dedos de Ash ralentizaron sus movimientos, y solo cuando mis caderas dejaron de estremecerse, sacó la mano de entre mis piernas. Pasaron unos segundos largos en los que se limitó a sujetarme ahí, nuestros cuerpos en contacto solo de cintura para abajo. Ninguno de los dos dijo nada y no tenía ni idea de lo que él podía estar pensando, pero a medida que mi cuerpo se enfriaba, me daba cuenta de que mi intento de seducirlo había sido un estrepitoso fracaso. Había sido yo la seducida.



Estaba sentada en la cama, de cara a las puertas cerradas del balcón, mientras la bata que sujetaba cerrada se arremolinaba en mis codos.

Ash se acercó. Desenroscó la tapa del frasco que había traído.

—Es probable que al principio notes esto frío contra la piel —dijo, sentándose detrás de mí—. Después tendrá un efecto anestésico.

Asentí. Me sentía un poco descentrada por lo que había sucedido en la sala de baño. Ash se había apartado antes de que yo tuviera ocasión siquiera de recuperar el control de la situación; la evidencia de su erección era un bulto grueso y duro contra sus pantalones mientras descolgaba la bata de su gancho y me la entregaba. Su contención cuando de su propio placer se trataba era bastante impresionante.

El roce de sus dedos al retirar algunos de los rizos que habían escapado de su recogido devolvió mi mente al presente. Me llegó un olor especiado y astringente.

- —¿De qué está hecho el ungüento?
- —Milenrama, árnica y unas cuantas cosas originarias de Iliseeum —me dijo. Contuve la respiración de pronto cuando la pomada tocó una de las heridas—. Perdona.
 - —No pasa nada. —Bajé la cabeza—. No duele. Solo está frío.

Movió la mano con cuidado para extender el ungüento por mi piel. No tenía por qué hacer esto. No había tenido por qué lavarme el pelo. Ambas acciones eran amables, pero no pegaban con lo que les había hecho a esos dioses del Adarve.

Cosa que no había impedido que disfrutara de sus caricias. Por todos los dioses. *Debería* estar avergonzada, pero no lo estaba. Quizá porque mi mente consciente reconocía que estaba destinada a hacer cosas mucho peores.

Por alguna razón, mientras estaba ahí sentada en actitud obediente, recordé lo que había querido preguntarle cuando estaba en la sala de baño.

- —¿Cuántos años tienes? De verdad.
- —Creía que ya habíamos establecido que mi verdadera edad no importaba
 —dijo, repitiendo mis palabras de hacía un rato.
 - —No importaba cuando aún no sabía quién eras.
- —Sigo siendo la misma persona que estuvo sentada contigo a la orilla del lago. —Sus dedos cubiertos de ungüento subieron por mis hombros—. Lo sabes, ¿verdad?

¿Lo era?

- —¿Cómo habría de saberlo?
- —Deberías —contestó. La frialdad del ungüento ya había empezado a diluirse, sustituida por el efecto anestésico que me había prometido.
- —Puede que no seamos unos completos desconocidos, pero ¿de verdad nos conocemos? —razoné—. Dijiste que matar debería siempre afectar a una persona, dejar una marca indeleble. Y sin embargo, has... —Apreté los labios —. No te conozco en absoluto.
 - —Sabes más que la mayoría.
 - —Lo dudo.
- —Nunca he hablado de la primera persona a la que maté. Solo contigo, con nadie más —dijo. Su mano abandonó mi espalda y oí cómo enroscaba la tapa del frasco—. Nadie sabe que fue alguien cercano a mí. —Agarró el cuello de la bata y la levantó para que me cubriera la espalda y los hombros—. Nada de lo que te dije a la orilla del lago era mentira.
- —Si todo lo que dijiste era verdad, entonces ¿por qué hay dioses empalados en tu muralla? —exigí saber. Apreté el cinturón de la bata mientras me giraba hacia él. No noté dolor alguno con el movimiento—. ¿Cómo puedes decir que matar te deja una marca cuando haces cosas así?
- —¿Crees que...? —El aura blanca de detrás de su pupila se filtró hacia la zona plateada. Era un efecto precioso, aunque un poco aterrador—. ¿Crees que yo les hice eso?

—Cuando te pregunté por qué, dijiste que servían como recordatorio de que la vida era frágil, incluso para un dios.

La incredulidad cruzó su rostro.

—¿En qué me incriminaban esas palabras? —Su expresión se suavizó enseguida—. Sí, sirven de advertencia, pero no una que hiciera yo.

Lo miré, estupefacta. ¿Estaría diciendo la verdad? No estaba segura de qué ganaría mintiendo.

—Si no fuiste tú, entonces ¿quién fue?

Las hebras giratorias de sus ojos se apaciguaron cuando estiró la mano para pescar uno de los rizos que habían caído por encima de mi hombro.

- —Yo no soy el único dios Primigenio, *liessa*.
- —¿Quién lo hizo, entonces? ¿Quién tendría ganas de enfurecer al Primigenio de la Muerte?
- —Tú no tienes ningún problema en intentar enfurecerme o discutir conmigo.
 - —Ahora no estoy discutiendo contigo.

Arqueó una ceja.

- —Me da la sensación de que todas las conversaciones que tenemos rayan en la discusión por lo que a ti respecta.
- —Eres tú el que ha empezado a discutir conmigo. —Lo observé. Con las pestañas bajadas, parecía absurdamente concentrado en separar la masa de rizos. Un lado de sus labios se curvó hacia arriba al tiempo que estiraba uno de los rizos.
 - —Ahora estás discutiendo conmigo.

Levanté los brazos por los aires.

—Eso es porque estás diciendo que... No importa.

Ash soltó el mechón de pelo. Su leve sonrisa se desvaneció cuando sus ojos conectaron con los míos.

—¿Qué sabes de la política de Iliseeum?

Su pregunta me dejó descolocada.

- —No demasiado —reconocí—. Sé que los Primigenios rigen sus cortes y que los dioses responden ante ellos.
- —Cada corte tiene un territorio dentro de Iliseeum con tierra más que suficiente para que cada Primigenio y sus dioses pasen su tiempo como les parezca. Y cada Primigenio tiene poder más que suficiente para hacer lo que le plazca. —Se levantó de la cama y fue hacia la mesa. Sobre ella había un decantador que no había estado ahí antes, junto con dos vasos—. Sin

embargo, da igual lo poderoso que uno sea, siempre hay alguien que quiere más poder. Que considera que lo que tiene no es bastante.

Un escalofrío bajó de puntillas por mi columna. Destapó el decantador y sirvió líquido ámbar en dos vasos.

—Y a esos —continuó—, les gusta incordiar a otros Primigenios. Ver hasta dónde pueden llegar. Cuánto pueden incordiar antes de que el otro se revuelva. En cierto modo, puede ser una fuente de diversión para ellos. —Se acercó con los vasos—. ¿Whisky?

Tomé el vaso que me ofrecía.

- —¿Estás diciendo que otro Primigenio hizo eso porque estaba aburrido?
- —No. Eso no fue por aburrimiento. —Me dio la espalda y bebió un trago largo—. Eso se hizo para ver cuánto podían incordiarme. A unos cuantos Primigenios les divierte… incordiarme.

El sabor ahumado del whisky bajó con una suavidad sorprendente.

- —Sé que estoy a punto de sonar repetitiva, pero no puedo entender por qué alguien haría eso. Eres el Primigenio…
- —De la Muerte. Soy poderoso. Uno de los más poderosos. Puedo matar más deprisa que la mayoría. Puedo impartir un castigo duradero que va más allá de la muerte. Soy temido por mortales, dioses y Primigenios, incluso por los que *incordian*. —Ash se giró hacia mí y bebió otro trago—. Y la razón para incordiar tiene que ver con esa pregunta con la que pareces bastante obsesionada. Bueno, una de las *dos* preguntas que has hecho múltiples veces. La que tiene la respuesta muy complicada que era mejor no responder mientras uno se está bañando.

Tardé un momento en entenderlo.

—¿Por qué no cumpliste tu parte del trato? Asintió.

—Es porque yo no hice ese trato.

La sorpresa se apoderó de mí mientras bajaba el vaso despacio para dejarlo en la cama, a mi lado.

- —¿Qué?
- —No fui yo. Yo no era el Primigenio de la Muerte entonces. —Una expresión tensa se extendió por su cara—. Era mi padre. Él cerró ese trato con Roderick Mierel. Fue él quien exigió a la primera descendiente femenina de la estirpe como consorte.

Capítulo 25



Todo lo que pude hacer fue mirar a Ash mientras lo que había dicho resonaba una y otra vez en mi cabeza. Me entraron ganas de negarlo de inmediato debido a lo que significaba. Quería agarrarme a esa negación, pero Ash había dicho en el lago que no todos los Primigenios actuales eran los primeros.

Era solo que nunca había pensado que se refiriera al Primigenio de la Muerte.

Mis pensamientos daban vueltas como locos.

- —¿Tu... tu padre era el Primigenio de la Muerte? ¿Él fue quien hizo el trato?
- —Así es. —Ash bajó la vista hacia su vaso casi vacío—. Mi padre era muchas cosas.

Era.

- —¿Y murió?
- —No es frecuente que un Primigenio muera. La pérdida de un ser tan poderoso suele crear un efecto dominó que puede llegar a sentirse incluso en el mundo mortal. Que podría incluso desencadenar un acontecimiento que tuviera el potencial de deshilachar el entramado que mantiene unidos nuestros dos reinos. —Hizo girar el líquido restante en su vaso—. La única manera de evitarlo es transferir su poder, su *eather*, a otro que pueda soportarlo. —Su mano se detuvo—. Eso fue lo que ocurrió cuando mi padre murió. Todo lo que era suyo se transfirió a mí. Las Tierras Umbrías. La corte. Sus responsabilidades.
 - —¿Y yo? —pregunté con voz ronca.
 - —Y el trato que había cerrado con Roderick Mierel.

Solté el aire despacio mientras un fogonazo de emociones de lo más extraño estalló dentro de mí. Desde luego que hubo alivio, porque si ese trato no se hubiese transferido a Ash, no habría forma de parar la Podredumbre. Pero después me di cuenta de que si no se hubiese transferido, el trato habría quedado roto en favor de Lasania en el momento de la muerte del Primigenio. Y no había sido así. Era obvio que había pasado a Ash. Lo que sentí entonces no fue alivio. Fue una emoción que no quería reconocer. Que no podía reconocer.

Pasó una pierna por encima de la otra.

—Bebe, *liessa*. Da la impresión de que lo necesitas.

Necesitaba una botella de whisky entera para superar esta conversación, pero bebí un buen trago de todos modos. Me sorprendió poder hacerlo. Mientras dejaba el vaso en la mesa, se me ocurrió algo.

- —Dijiste que había Primigenios más jóvenes que algunos dioses. Hablabas de ti, ¿verdad? —Cuando asintió, apreté la mano en torno al cristal —. ¿Estabas... estabas vivo siquiera cuando se hizo ese trato? —De inmediato, deseé no haber preguntado eso, porque si no había estado vivo y ahora tenía que morir por algo que había hecho su padre... hacía que la cosa fuese aún peor.
- —Acababa de pasar por el Sacrificio, un punto en nuestras vidas en el que nuestro cuerpo empieza a madurar, lo cual ralentiza nuestro envejecimiento e intensifica nuestro *eather*. Tenía... —Frunció los labios—. Supongo que un año o así más joven que tú ahora.

Oír que al menos había estado vivo no mejoró la cosa en absoluto. Había tenido mi edad. Lo que había dicho en el Gran Salón volvió a mí. *La elección termina hoy. Y lo siento en el alma*. Por todos los dioses. No solo terminaba mi elección, sino también la suya. Él no había elegido esto. Tenía ganas de vomitar.

- —¿Estás sorprendida? —Ash tenía la cabeza ladeada. Me puse tensa.
- —¿Estás leyendo mis emociones?
- —Un poco de tu sorpresa consiguió filtrarse por mis muros, pero los tengo levantados. —Me miró a los ojos—. Lo juro.

Le creí, porque mantenerse fuera de mis emociones sería una cosa *amable* y *decente* de hacer. Bebí otro trago.

—Por supuesto que estoy sorprendida. Mucho. No eres tan viejo como pensaba.

Arqueó una ceja oscura.

—¿Hay alguna diferencia entre doscientos años y dos mil para un mortal?

¿No había preguntado lo mismo cuando estábamos en el lago?

—Por extraño que pueda sonar, hay diferencia. Doscientos años son muchos, pero dos mil es algo inimaginable. —Ash no respondió nada, lo cual me dio algo de tiempo para tratar de encontrarle un sentido a todo esto, a por qué su padre haría algo así—. ¿Tu madre…?

Esa ceja trepó por su frente de nuevo.

- —Lo dices como si no estuvieses segura de que haya tenido madre.
- —Suponía que sí.
- —Bien. Por un momento temí que creyeras que pude salir de un huevo.
- —La verdad es que no sé cómo responder a eso —musité—. ¿Tus padres no estaban juntos?
 - —Lo estaban.

Abrí la boca, luego la cerré, antes de intentarlo de nuevo.

—¿Y se… gustaban?

Ash agachó la cabeza.

- —Se querían mucho, por lo que sé.
- —Entonces, estoy segura de que entiendes por qué estoy aún más confundida respecto de que tu padre pidiese una *consorte* cuando ya tenía una.
- —Ya no la tenía cuando cerró el trato —me corrigió Ash en voz baja—. Mi madre… murió durante el parto.

Entreabrí los labios y una intensa pena surgió dentro de mí, una tristeza que no quería sentir por él. Traté de bloquearla, pero no pude. Se plantó sobre mi pecho como una roca.

- —No lo sientas. —Estiró el cuello de lado a lado—. No te cuento esto para que sientas pena por mí.
- —Ya lo sé —dije. Me aclaré la garganta, pero me resistí al impulso de preguntar cómo habían muerto. Quería hacerlo, pero el instinto me dijo que cuanto más supiera de sus muertes, más me costaría hacer lo que tenía que hacer—. Por eso nunca quisiste cobrarte el trato.
 - —Tú nunca consentiste a él.

La pelota de tensión dentro de mi pecho se apretó aún más cuando debería haberse aflojado. Igual que la idea de que él no había sido el que había cerrado el trato que me había convertido en lo que era ahora. Una asesina. Un trato que me había robado toda elección. Un trato que me había puesto en medio de un camino que al final acabaría con la pérdida de mi propia vida.

Por todos los dioses, ojalá hubiese sido él. Porque sería algo a lo que podría agarrarme. Podría convencerme de que solo tenía lo que se merecía.

Podría justificar mis acciones.

- —Tú tampoco consentiste —declaré en tono neutro, y levanté la vista hacia él, que me observaba de ese modo suyo tan intenso. Apartó la mirada.
 - —No, no lo hice.

Bajé la vista hacia mi vaso. Ya no tenía ganas de vomitar; solo tenía ganas de llorar. Y por todos los dioses, ¿cuándo había sido la última vez que había llorado?

- —¿Sabes por qué pidió tu padre una consorte?
- —Me he hecho esa pregunta mil veces. —Ash se rio, pero no hubo humor alguno en el sonido—. No tengo ni idea de por qué lo hizo. Por qué pediría una consorte humana. Murió enamorado de mi madre. No tenía sentido.

No, no lo tenía, lo cual hacía que todo esto fuese mucho más frustrante.

- —¿Por qué no acudiste a mí en algún momento y me contaste todo esto? —pregunté. No habría cambiado nada, pero ¿y si lo hubiese hecho? Tal vez habríamos podido encontrar otra manera de hacerlo.
- —Me lo planteé... más de una vez. Pero cuanto menos contacto tuviese contigo, mejor. Por eso era Lathan el que solía cuidar de ti.

¿Cuidar de mí?

- —¿Al que mataron?
- —Era un... guardia de confianza —explicó, y me di cuenta de que esta vez no se refería a él como un amigo—. Él sabía lo del trato que había cerrado mi padre y sabía que yo no tenía ninguna intención de cumplirlo. Pero eso no significaba que otros no pudiesen enterarse de que había una mortal prometida a mí como mi consorte. Ya fuese porque tu familia hablase del trato, o porque quedases marcada al nacer, envuelta en un velo a causa del trato.

Se me cortó la respiración, al tiempo que un escalofrío danzaba por mi nuca.

- —Y esa marca, aunque invisible para los mortales y la mayoría, puede sentirse a veces. Podría hacer que algunos sintiesen curiosidad por ti. —Ash retiró el pie de la mesa—. Fue Lathan quien se percató de la actividad de esos dioses en Lasania. Los que vimos aquella noche.
 - —¿Los que mataron a los hermanos Kazin y al niño? ¿A Andreia?
- —Hubo cierta preocupación por que quizás hubiesen percibido esa marca y la estuvieran buscando.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Crees que murieron por mi causa? ¿Porque me estaban buscando a mí?

- —Al principio, quizá. —Tamborileó con los dedos sobre su rodilla—. Pero las personas a las que mataron nunca tuvieron una lógica ni encajaban en ningún patrón, aparte de la posibilidad de que todos pudieran contar con algún dios en alguna parte de sus árboles genealógicos. Eso es lo único que logré deducir. No eran verdaderas divinidades, pero tal vez descendieran de algún dios.
 - —¿Divinidades? —repetí, el ceño fruncido.
- —Hijos de un mortal y un dios —explicó—. Si una divinidad tiene, a su vez, un hijo con un mortal, ese niño llevará también alguna marca, pero no será una divinidad.

Entonces lo entendí. Un mortal y un dios podían tener hijos, pero no era habitual. O al menos eso era lo que había creído hasta entonces.

- —No había oído nunca que los llamaran así.
- —Es un término que usamos nosotros. Algunos de ellos tendrán ciertas habilidades divinas. Dependería de lo poderoso que fuese su progenitor. La mayoría de las divinidades, sin embargo, viven en Iliseeum —continuó, los labios fruncidos—. Por otra parte, solo parecías haber tenido contacto con la modista. Y por lo que sabemos, lo que le hicieron a ella no se lo hicieron a los otros.

Sentí cierto alivio. No quería que su sangre manchara mis manos. Ya tenía demasiada sangre sobre ellas.

—De los hermanos Kazin, al parecer Magus era un guardia, pero no sé si lo vi alguna vez. Ni siquiera sé si estuvo destinado en Wayfair.

Una expresión pensativa se coló en el rostro de Ash.

—Aun así, si no los conocías bien ni a él ni a la modista, no sé cómo pueden estar sus muertes relacionadas contigo.

Yo tampoco, pero también parecían... demasiado cercanas a mí.

- —¿Has averiguado algo más acerca de lo que le hicieron a Andreia?
- —Nada. Nadie ha oído hablar de algo así, ni siquiera en el caso de un mortal con la posibilidad de tener a un dios en algún sitio de su árbol genealógico. Y sí, encuentro que la falta de información es mucho más que frustrante.

No debía ser frecuente que un Primigenio no pudiese averiguar algo. Entonces se me ocurrió otra cosa.

—¿Lathan era mortal?

Ash soltó el aire despacio.

—Era una divinidad. Debí corregir tu suposición.

¿Hubiese sido necesario? Divinidad o mortal, una vida era una vida.

- —¿Cómo murió?
- —Intentó detenerlos. —Su expresión era indescifrable, tenía la mirada perdida en las puertas del balcón—. Lo superaban en poder y en número. Sabía que no debía intervenir, pero lo hizo de todos modos. —Ash apuró su copa—. Fuera como fuere, no acudí a ti porque no quería arriesgarme a revelar tu identidad a los que podrían buscar utilizarte.
- —¿Tus enemigos? —pregunté—. ¿Esos dioses sirven en la corte de alguno de los Primigenios a los que les gusta incordiarte?
 - —Así es.
- —Pero ¿por qué creería un Primigenio o un dios que lo que me ocurriera a mí serviría para influir en ti?
- —¿Por qué no habrían de creerlo? Ellos no sabrían mis intenciones con respecto a ti. Sobre todo si desconocieran el trato hecho por mi padre. —Me miró—. No tendrían ninguna razón para no creer que eras importante para mí.

Tenía razón.

En ese momento, me di cuenta de que me había pasado la vida entera creyendo que el Primigenio de la Muerte era un ser frío y apático debido a lo que representaba. Qué equivocada había estado. Ash no era ninguna de esas cosas. Sabía que cada muerte dejaba una marca. Comprendía el poder de la elección. Pensé incluso en lo que había dicho Aios; tenía que haber una razón para que ella se sintiera a salvo ahí y confiara en él. Ash se preocupaba por los demás, y estaba dispuesta a apostar a que había más de un hueso decente en su cuerpo.

Y nada de eso ayudaba.

En absoluto.

Mi deber era más grande que yo misma, que lo que sentía. Pero no había sido él quien me lo había impuesto.

—Gracias —susurré, y la palabra seguía sonando extraña en mi boca. Esta vez, dolió un poco.

Sus ojos volvieron a mí.

—¿Por qué?

Solté una risa seca.

—Por tener ese hueso decente en el cuerpo.

Apareció una leve sonrisa.

—¿Tienes hambre? Sé que los cocineros te enviaron algo de sopa, pero puedo pedir que te preparen lo que quieras.

Deseé que me negara la comida.

- —Estoy bien. —Deslicé un dedo por el borde biselado del vaso. Otra pregunta brotó del interminable ciclón de ellas que tenía—. ¿Hay alguna… consecuencia para ti? —Una dosis sorprendente, y completamente hipócrita, de preocupación surgió en mi interior—. Quiero decir, por lo que sé de los tratos, todas las partes implicadas deben cumplirlos.
 - —No hay consecuencias, Sera.

Lo miré con suspicacia. Había contestado sin vacilar. Tal vez incluso demasiado deprisa, pero eso no era asunto mío. Para nada.

- —¿Cuánto tiempo me estuvo vigilando Lathan?
- —Solo los últimos tres años, cuando empezaste a ser más... activa —me informó—. ¿Te enfada saberlo?

Era muy extraño saber que alguien me había estado vigilando y cuidando sin que yo lo supiera siquiera. Era obvio que la idea no me gustaba, pero no era tan sencillo.

- —No estoy segura —reconocí—. No sé si debería estar enfadada o no. Sí que me hizo pensar en todas las cosas extrañas y estúpidas de las que pudo ser testigo Lathan, pero tenía sentido que no hubiese habido ninguna necesidad de mantener un ojo puesto en mí antes de mi cumpleaños número diecisiete. Antes de eso, solo había salido de Wayfair para ir a los Olmos Oscuros, aparte de alguna rarísima ocasión más—. ¿Por qué le encargaste que hiciera eso? No me conocías. Tú no cerraste el trato. No tienes ninguna responsabilidad con respecto a mí.
- —Esa es una buena pregunta. —Su mirada color nube de tormenta me taladró—. Quizá, si no lo hubiese hecho, no habría estado ahí esa noche para impedir que atacaras a esos dioses. Te habrían matado. Y tal vez ese habría sido un mejor sino para ti.

Una sensación glacial se extendió por mi piel, pero él no apartó la mirada. El aire raleó en mi pecho.

—Porque ahora aquí estamos. Tú estás en las Tierras Umbrías y pronto te conocerán como la consorte —dijo Ash—. Mis enemigos se convertirán en los tuyos.



Me dormí con una facilidad asombrosa después de que Ash se marchara, aunque me había dejado con más preguntas todavía. Había esperado quedarme tumbada en la cama y dedicarme a darle vueltas a todo lo que había

compartido conmigo, pero o bien estaba agotada, o bien solo quería escapar de todo lo que había descubierto. Dormí a pierna suelta y pareció pasar mucho tiempo antes de que despertara. No tenía ni idea de cuántas horas habían transcurrido. El cielo seguía del mismo tono gris, seguía lleno de estrellas, pero un lejano dolorcillo se había instalado en la parte superior de mis hombros. Cuando los examiné en el espejo, vi que los verdugones parecían mucho menos rojos e hinchados. Lo que fuese que llevara ese bálsamo que había utilizado Ash era milagroso.

Me ceñí el cinturón de la bata, fui hasta las puertas del balcón y las abrí. El cielo gris estaba lleno de estrellas y no había ni una nube. Me acerqué a la barandilla que daba sobre el mar de hojas color sangre y las centelleantes luces de la ciudad más allá.

Me había enterado de tantas cosas que mi mente saltaba de una a otra, pero acababa por volver siempre al mismo punto.

Ash no había hecho el trato.

Respiré hondo y cerré los ojos mientras enroscaba las manos en torno a la barandilla. Había sido su padre, por razones que solo él sabía. Un gran cúmulo de inquietud supuraba aún en la boca de mi estómago. No era correcto que Ash tuviera que pagar con su vida por lo que había hecho su padre. No era correcto que yo también fuese a pagar con la mía.

Nada de esto era justo.

La piedra suave presionaba contra las palmas de mis manos mientras seguía apretando la barandilla. En cualquier caso, no había cambiado nada. No podía cambiar. Había que detener la Podredumbre, y Ash... era el Primigenio de la Muerte, el responsable del trato ahora. Tenía que cumplir con mi deber. Si no lo hacía, Lasania caería. La gente seguiría muriendo. Habría más familias como los Couper, fuera quien fuere el que ocupara el trono.

¿Era una vida más importante que decenas de miles? ¿De millones? ¿Aunque fuese un Primigenio? Pero ¿qué pasaría si lograba mi objetivo? Si se enamoraba de mí y yo me convertía en su debilidad, ¿qué tipo de cólera arrojaría su muerte sobre los mundos? ¿Cuántas vidas se perderían hasta que otro Primigenio ocupara su lugar?

Un Primigenio que no tuviese ni un solo hueso amable y decente en el cuerpo. Que no tuviera gran consideración por la libertad y el consentimiento. Un Primigenio que no interfiriera cuando otros se deleitaran en la violencia. Que no se preocupara por personas asesinadas que llevaban pequeñas trazas de sangre divina en su interior.

«Por todos los dioses», susurré. ¿Cómo podía... cómo podía hacer esto? ¿Cómo podía ocultarle este maremoto de emociones, impedir que se filtraran por cualquiera de los muros que hubiese construido a su alrededor?

¿Cómo podía no hacerlo?

La gente de Lasania era más importante que mi desagrado por lo que tenía que hacer. Era más importante que Ash. Que yo.

Abrí los ojos y retrocedí a toda prisa cuando un movimiento allá abajo, en el patio, llamó mi atención. Escudriñé la zona y se me cortó la respiración cuando reconocí la figura alta y ancha de Ash. Incluso desde tan lejos, supe que era él. Soplaba una ligera brisa que revolvía los mechones sueltos de su pelo alrededor de sus hombros. Daba pasos largos y seguros mientras caminaba solo, en dirección al bosquecillo de oscuros árboles rojos.

¿Qué estaría haciendo?

Una llamada a la puerta me sacó de mi ensimismamiento. Como sabía que no era Ash, la costumbre hizo que echara mano a mi muslo, antes de recordar que no había daga ahí. Ningún arma de verdad. Fui hacia la puerta solo para descubrir que era Aios.

Entró como levitando en la habitación, con ropa colgada del brazo.

—Me alegro de que estés despierta —comentó—. Empezábamos a preocuparnos. Has dormido un día entero.

¿Un día?

Parpadeé, confundida, mientras un hombre más joven entraba detrás de ella. Inclinó la cabeza en mi dirección antes de dejar un plato tapado y un vaso sobre la mesa. El olor de la comida me llegó de inmediato e hizo que mi estómago casi vacío ronroneara. El hombre mantuvo la cabeza agachada y la mayor parte de su rostro quedaba oculta tras una cortina de pelo rubio. Aios fue directa hacia el armario, que abrió de par en par mientras yo observaba al hombre girar para marcharse. Me di cuenta de que se apoyaba más en la pierna derecha que en la izquierda y no levantó la vista hasta que empezó a cerrar la puerta tras él. Vi entonces que sus ojos eran marrones y que no había brillo alguno de *eather* en ellos.

—No estaba segura de qué querrías comer —dijo Aios—, así que pedí que te hicieran un poco de todo. Por favor, come antes de que se enfríe.

Medio aturdida, fui hasta la mesa y levanté la campana de vidrio para revelar una montaña de esponjosos huevos revueltos, unas cuantas lonchas de tocino, una tostada y un pequeño bol con fruta. Miré la comida durante unos momentos, incapaz de recordar cuándo había sido la última vez que había comido huevos calientes. Me senté despacio y mis ojos se posaron en el vaso

de zumo de naranja. Por alguna razón, me ardía la parte de atrás de la garganta. Cerré los ojos y traté de recuperar el control de mis emociones. Eran solo huevos calientes y tocino. Eso era todo. Cuando estuve segura de haber recuperado la compostura, abrí los ojos y levanté el tenedor despacio. Probé los huevos y casi gemí de placer. Queso. Llevaban queso derretido. Casi devoré la montaña entera en menos de un minuto.

—Te alegrará saber que he encontrado algo de ropa para ti —me informó Aios, mientras colgaba las prendas dentro del armario.

Me forcé a comer más despacio y me giré hacia ella. Pensé en el resplandor de sus ojos.

—Eres una diosa, ¿verdad?

Aios me miró con un arqueo inquisitivo en las cejas.

—La mayoría de los días.

Eso me hizo sonreír.

—¿Y el joven que acaba de estar aquí… él es un… una divinidad?

Negó con la cabeza mientras se giraba otra vez hacia el armario para colgar lo que parecía un jersey gris.

- —¿Alguna vez has conocido a una divinidad?
- —No que yo sepa —admití, aunque pensé en Andreia—. No sé gran cosa sobre ellas.
 - —¿Qué te gustaría saber? —preguntó, al tiempo que giraba hacia mí.
 - —Todo.

Aios se rio con suavidad; el sonido era cálido y fresco.

—Termina de comer y te lo cuento.

Por una vez, no me importó que me dijeran lo que tenía que hacer. Rompí un pedazo de la tostada con mantequilla justo cuando Aios empezaba a hablar.

—La mayoría de las divinidades son mortales. No llevan ninguna esencia de los dioses en su interior. Por lo tanto, viven y mueren igual que cualquier otro mortal.

Pensé en cómo Ash había dicho que la mayoría de las divinidades vivían en Iliseeum.

- —¿Suelen vivir en el mundo mortal?
- —Algunas, sí. Otras eligen vivir en Iliseeum. Los que llevan *eather* en la sangre, suele ser porque su madre o su padre era un dios poderoso que les pasó ese *eather*.

¿Sería ese el caso de los hermanos Kazin? ¿Que uno de ellos, o quizás el niño, tenía el *eather* suficiente como para convertirlo en una divinidad? ¿El

bebé de *padre* desconocido? ¿O solo tenían trazas? Fuera como fuere, ¿por qué querrían matarlos los dioses?

- —Durante los primeros dieciocho o veinte años, viven vidas relativamente mortales —continuó, atrayendo mi atención de vuelta a ella—. Puede que incluso no sepan que llevan sangre de los dioses en su interior. Pero pronto lo sabrán.
- —¿El Sacrificio? —aventuré, al tiempo que pescaba una loncha de tocino. Aios asintió.
- —Sí. Empezarán a experimentar el Sacrificio. Ahí es cuando algunos se enteran de que no son del todo mortales.

Arqueé las cejas.

- —Esa debe de ser una manera muy impactante de enterarte.
- —Debe de serlo, sí. —Ladeó la cabeza, y eso hizo que varios bucles largos de pelo rojo cayeran en cascada por su hombro—. En cualquier caso, la mayoría no sobrevive al cambio. Verás, sus cuerpos siguen siendo mortales y, cuando el Sacrificio empieza a hacerse patente y el *eather* en ellos comienza a multiplicarse y a crecer, a infiltrarse en todos los rincones de su ser, sus cuerpos no son capaces de soportar el proceso. Mueren.
- —Eso... —Sacudí la cabeza y dejé caer la loncha de tocino otra vez en el plato—. El *eather* suena como si fuese una mala hierba que crece sin control en sus cuerpos.

Aios soltó una risa sorprendida.

—Supongo que es una forma de verlo. O quizá para algunos sea un jardín precioso. Los que sobreviven al Sacrificio empezarán a envejecer muchísimo más despacio que los mortales. Básicamente, aproximadamente tres décadas vividas por un mortal equivalen a un año para una divinidad.

¿Qué mortal llegaba a los cien años? Odetta debía de haber estado cerca.

- —A mí eso me suena a inmortalidad.
- —Las divinidades pueden vivir miles de años si tienen cuidado. Son susceptibles a muy pocas enfermedades, pero no son tan... inmunes a las lesiones como los dioses y los Primigenios —explicó—. Por ello, la mayoría de las divinidades que sobreviven al Sacrificio viven en Iliseeum.

Tenía sentido. Una persona de quinientos años con aspecto de tener veinte seguro que llamaba la atención. Era probable que también fuese la razón de que creyéramos que no era frecuente que los dioses tuviesen hijos, las divinidades, con mortales. Entonces se me ocurrió algo que me hizo un nudo en el estómago.

—¿Los Primigenios pueden tener hijos con mortales?

Aios negó con la cabeza.

—Un Primigenio es un ser totalmente distinto en eso.

Bebí un trago de zumo para disimular mi alivio. Podría tardar meses... o incluso años en cumplir con mi deber. No quería meter a un niño en esto solo para dejarlo huérfano, como le había pasado a Ash.

Como, en cierto modo, me había pasado a mí.

Me temblaba la mano un poco cuando dejé el vaso en la mesa.

- —Entonces, ¿por qué unos sobreviven y otros no?
- —Todo depende de que un dios ayude a la divinidad —explicó. Se llevó una mano al cuello para juguetear con la cadena que tenía ahí—. Esa es la única manera de que una divinidad sobreviva.
 - —¿Y cómo los ayuda un dios?

Sonrió, y una especie de mirada pícara llenó sus ojos dorados.

- —Quizás encuentres esta información un poco escandalosa.
- —Lo dudo —murmuré. Aios se rio de nuevo.
- —Bueno, pues allá voy. —El borde de su ancha túnica ondeó alrededor de sus rodillas mientras se acercaba a mí—. Tienen que alimentarse de un dios.

Me incliné hacia delante.

- —Supongo que no te refieres al tipo de comida que acabo de consumir.
- —No. —Su sonrisa se ensanchó al tiempo que se llevaba un dedo a los labios rosados. Dio unos golpecitos con una uña contra un delicado colmillo
 —. No les crecen colmillos como estos, pero necesitarán sangre. Bastante, al principio. Y después, de manera ocasional una vez que el Sacrificio se complete.
- —¿Todos los dioses tienen que alimentarse? —pregunté—. De ese modo, quiero decir.

Se sentó en la silla de enfrente.

—Sí.

Me dio un leve retortijón en el estómago. Era obvio que sabía que podían... morder, pero no tenía idea de que fuese algo que tenían que hacer.

Su sonrisa se diluyó un poquito.

- —¿Eso te incomoda?
- —No —dije a toda prisa—. Quiero decir, la idea de beber sangre sí que me da un poco de náuseas.
- —Como le pasaría a la mayoría de las personas que no fueran como nosotros.

Pero... también recordaba el roce de los colmillos de Ash contra mi piel. Sentí que me sonrojaba.

—¿Todos os alimentáis de mortales?

Aios arqueó una ceja y me observó con más atención.

—Podemos. Para nosotros, es igual que alimentarnos de un dios.

Mis ojos se posaron otra vez en la preciosa cara de Aios. ¿De quién se alimentaría Ash?

- —¿Los Primigenios son iguales?
- —Ellos no necesitan alimentarse, a menos que hayan experimentado algún tipo de debilitamiento. —Sus dedos regresaron a la cadena—. Cosa que no ocurre a menudo.
- —Oh —murmuré, no exactamente emocionada por el zumbido de alivio que sentí. Entonces se me ocurrió otra cosa más—. ¿Le pasa algo al mortal cuando un Primigenio o un dios se alimentan de él?
- —No. Siempre que tengamos cuidado. Como es obvio, un mortal podría sentir los efectos más de lo que los experimentaría cualquiera de nosotros, y si ingiriéramos demasiado, entonces... bueno, sería una tragedia si no fuesen terceros hijos o hijas. —Sus labios se tensaron—. Está prohibido Ascenderlos... para salvarlos.

Eso picó mi curiosidad.

—¿Por qué?

Dos profundas arrugas enmarcaron su boca.

—Se convertirían en lo que llamamos *demis*. Seres con un poder similar al de un dios pero que nunca deberían haber tenido semejante don... ni carga. Son algo distinto. —Fruncí el ceño mientras pensaba que su respuesta no aclaraba gran cosa—. Pero para contestar a tu pregunta original —continuó, cambiando de tema—. ¿El joven que ha estado aquí? Se llama Paxton y es mortal en todos los sentidos.

Un millón de preguntas *más* inundaron todo mi ser. La sorpresa debía ser evidente en mi cara.

- —¿Qué hace un mortal aquí?
- —En Iliseeum viven muchos mortales —me dijo, y estaba claro que creía que todo el mundo sabía eso.
- —¿Son todos… amantes? —Jugueteé con el cinturón de la bata, pensando que Paxton parecía demasiado joven para eso.
- —Algunos han entablado amistad con un dios o se han convertido en su amante. —Encogió un hombro—. Otros tienen talentos que han llamado la atención de algún dios. Para muchos de ellos, venir a Iliseeum fue una oportunidad para empezar de cero. Sus caminos son todos diferentes.

Una oportunidad para empezar de cero. Me dio un vuelco al corazón. ¿No sería agradable eso? Eché un vistazo a mi plato. No había oportunidad de empezar de cero, ningún camino diferente. Nunca lo había habido.

- —¿Puedo preguntarte algo? —empezó Aios. Levanté la vista y asentí—. ¿Lo sabías? —Se había acercado más, había bajado la voz—. Lo del trato. Antes de que fuese a por ti.
 - —Sí, lo sabía.
- —Aun así, debió de ser complicado lidiar con ello. —Aios cruzó las manos—. Saber que te habían prometido a un Primigenio.
- —Lo fue, pero hace tiempo que aprendí que si no puedes lidiar con algo, *encuentras* una manera de hacerlo —dije—. Tienes que hacerlo.

Una expresión distante se coló en el rostro de Aios, que asintió despacio.

—Sí, tienes que hacerlo. —Se aclaró la garganta. Luego se puso de pie de forma abrupta y fue hacia el armario—. Por cierto, conseguí encontrar dos vestidos que creo que te quedarán bien. Aunque Nyktos mencionó que prefieres los pantalones.

Me levanté despacio y fui hacia ella, dubitativa. ¿Había tenido el detalle de decirle eso a Aios?

- —No he podido encontrar mallas, pero estos pantalones más o menos ceñidos deberían valerte. —Aios tiró un poco de unos pantalones pardos y luego de otro par negro que había colgado—. Espero que te sirvan.
- —De hecho, los prefiero de ese tipo a las mallas. Son más gruesos y tienen bolsillos.

Asintió e hizo un repaso somero de las prendas que había colgado.

—Tienes unas cuantas blusas de manga larga, chalecos y jerséis. Son un poco sosos —se excusó, mientras deslizaba una mano por algo sedoso y pálido—. También hay dos camisones y algo de ropa interior. Supongo que pronto tendrás muchas más prendas entre las que elegir. —Se giró hacia mí y volvió a cruzar las manos delante del cuerpo—. ¿Necesitas algo más?

Abrí la boca, reacia a dejarla marchar. Había pasado la inmensa mayoría de mi vida sola, abandonada a mi libre albedrío, pero esta habitación era enorme y no había nada familiar en ella. Sacudí la cabeza.

Aios acababa de empezar a dirigirse hacia la puerta cuando la detuve.

- —Tengo una pregunta más.
- —¿Sí?
- —¿Eres de la corte de las Tierras Umbrías? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Solía pertenecer a la corte de Kithreia.

Tardé un momento en recordar lo que me habían enseñado acerca de las diferentes cortes.

—Maia —dije al fin, sorprendida de acordarme del nombre de la Primigenia del Amor, la Belleza y la Fertilidad—. ¿Servías a la Primigenia Maia?

—Antes, sí.

Ahí estaba otra vez esa curiosidad. No había oído nunca de ningún dios que abandonara al Primigenio que había nacido para servir.

—¿Cómo fue que acabaste aquí?

Sus hombros se tensaron.

—Como ya te dije, era el único sitio que sabía que sería seguro.

Un poco consternada, no dije nada más que impidiera su marcha. Aunque encontraba cierto alivio en saber que se encontraba a salvo aquí, ¿cuán seguro podía ser cuando esos que disfrutaban de *incordiar* al Primigenio de la Muerte habían colgado a esos dioses de las murallas?

Eso fue más o menos cuando me di cuenta de que Ash no me había dicho quién les había hecho eso a los dioses.

Me giré hacia el armario. La ropa interior era poco más que tiras de encaje que supuse que la mayoría de la gente encontraría indecente. Pasé los vestidos sin mirarlos apenas y encontré una estrecha correa de cuero al lado del resto de la ropa. Agarré un jersey y unos pantalones y me los puse.

Después encontré un peine y pasé una cantidad de tiempo escandalosa desenredando los numerosos nudos de mi pelo. Luego lo trencé, mientras pensaba en lo que había dicho Ash: pelo que parecía un telar de luz de luna.

Qué cosa tan tonta.

Volví al dormitorio y me hallé, de repente, mirando la puerta de la habitación.

¿Me habían encerrado en mis habitaciones?

Oh, santo cielo, si me habían encerrado iba a... ni siquiera sabía qué iba a hacer, pero lo más probable era que buscara el objeto romo más cercano y se lo estampara a Ash contra la cabeza.

Mi corazón golpeaba como un martillo mientras cruzaba la distancia hasta la puerta, mis pies desnudos eran nada más que un susurro sobre la piedra fría. Puse la mano en el picaporte de latón. Respiré hondo y lo giré.

No estaba encerrada.

Una oleada de alivio me recorrió de arriba abajo. Abrí la puerta...

Solté una exclamación de sorpresa. Un dios de pelo rubio y piel clara estaba en medio del pasillo, de frente a mi habitación. Iba vestido como antes,

de negro, con una voluta plateada bordada en el pecho, y una espada corta envainada a su lado.

- —Ector —dije con voz de pito—. Hola.
- —Hola.
- —¿Puedo ayudarte con algo?

Negó con la cabeza, pero no se movió de donde estaba, los pies plantados en el centro del pasillo como un árbol arraigado al suelo.

Espera...

Solté un bufido.

- —Dudo de que estés ahí porque no tienes nada mejor que hacer, ¿correcto?
- —Tengo muchas muchas cosas mejores que podría estar haciendo confirmó.
 - —Y aun así, ¿estás montando guardia a la puerta de mis aposentos?
 - —Eso parece, sí.

La ira bulló en mi interior y amenazó con rebosar por todos los poros de mi piel. ¿De qué servía una puerta abierta cuando *él* había apostado a un guardia delante de mi habitación?

- —¿Estás aquí para asegurarte de que no salga de mis aposentos?
- —Estoy aquí por tu seguridad —me corrigió Ector—. También he oído que tiendes a deambular hacia sitios peligrosos.
 - —No tengo costumbre de deambular.
- —Lo siento. A lo mejor lo he entendido mal y es que tienes costumbre de entrar en sitios sin asegurarte de que no haya riesgo.
 - —Oh, vaya, ahora sé que has hablado con Ash.
- —¿Ash? —repitió Ector. Arqueó las cejas—. No sabía que ya habíais llegado a ese tipo de tratamiento.
- ¿Y él no? *Para ti, no.* Eso era lo que había dicho Ash cuando lo llamé Nyktos.

Solté un resoplido de indignación. No importaba.

- —Si quisiera salir de mi cuarto ahora mismo, ¿me lo impedirías?
- —En este momento, sí.
- —¿Por qué?
- —Porque supongo que, si te ocurriera algo, probablemente Nyktos se disgustaría.
- —¿Probablemente? —Ector se encogió de hombros—. ¿Y más tarde? pregunté.
 - —Eso será diferente y tendríamos que verlo.

- —¿Tendríamos que verlo? —Solté una risa áspera. Increíble—. ¿Dónde está?
 - —Ahora mismo está ocupado.
- —Y supongo que no se le puede interrumpir, ¿verdad? —Ector asintió—. Entonces, ¿qué se supone que tengo que hacer? —pregunté—. ¿Quedarme en mi habitación hasta que no esté ocupado?
- —No estoy del todo seguro de qué se supone que debes hacer. —Sus ojos ambarinos conectaron con los míos—. Y para ser sincero, no creo que ni siquiera él sepa qué hacer contigo.

Capítulo 26



A la mañana siguiente me senté de golpe en la cama, arrugada y aturdida, cuando una mujer entró en mi dormitorio después de llamar una vez a la puerta.

—Te he traído algo de comer —anunció, mientras cruzaba a paso ligero por delante de la cama. Su pelo corto, de un suave tono miel, oscilaba alrededor de su redonda barbilla marrón rojiza.

Parpadeé despacio, todavía medio dormida. Las largas y vaporosas mangas de su blusa blanca resbalaron hacia arriba por sus brazos cuando dejó un plato cubierto y una jarra sobre la mesa, revelando una delgada daga de hoja negra fijada al antebrazo. Y esa no era la única. Llevaba otra amarrada al muslo, por encima de los pantalones. Me puse tensa, las telarañas del sueño desaparecidas de un plumazo al ver las armas.

- —¿Quién eres? —pregunté.
- —Davina es mi nombre. La mayoría me llama Dav. —Giró en redondo—. Y supongo que yo debería llamarte *meyaah Liessa*.

Entreabrí los labios al tiempo que se me ponía la carne de gallina incluso por la cabeza. No fueron sus palabras las que provocaron esa reacción. Fueron sus *ojos*.

Un vibrante tono azul que rivalizaba con el mar Stroud contrastaba de manera notable con sus pupilas negras y... verticales.

Pupilas que me recordaron al *draken* que había visto en la carretera de entrada a las Tierras Umbrías, solo que los ojos de aquel habían sido rojos.

Me miró sin parpadear.

—¿Estás bien?

- —¿Eres una *draken*? —farfullé. Arqueó una ceja.
- —Esa ha sido una pregunta un poco grosera, pero sí, lo soy.

Al principio, lo único que llegó a mi mente fue cómo era posible que alguien más o menos de mi altura y más delgada que yo pudiese *transformarse* en algo del tamaño del *draken* que había visto. Aunque, claro, no podía imaginarla transformándose siquiera en algo del tamaño de Reaver, que era muchísimo más pequeño. Pero aun así.

Entonces me di cuenta de que seguía mirándola boquiabierta. Me puse roja como un tomate.

—Lo siento. Es verdad que ha sido grosero preguntar eso. Es solo que... —En realidad, no tenía una respuesta. La mujer asintió, y no supe si con eso aceptaba mi disculpa o no. Mis ojos se posaron en la daga de su muslo—. ¿Qué... quiere decir *meyaah Liessa*?

Esa ceja dio la impresión de trepar aún más alto.

—Significa *mi reina*.

Todo mi cuerpo dio una sacudida.

- —¿Tu reina?
- —Sí —dijo, prolongando la palabra—. Eres la consorte, ¿no? Eso te convierte en algo parecido a una reina.

Eso lo entendía, aunque parecía raro admitirlo siquiera. Pero Ash... Sufrí otro violento escalofrío. Ash había dicho que *liessa* significaba muchas cosas, todas referidas a algo precioso y poderoso.

Una reina sería poderosa.

Una consorte lo *era*.

- —¿Estás segura de que estás bien? —preguntó Dav.
- —Eso creo. —Sacudí un poco la cabeza y aparté las sábanas—. ¿Dónde está…? —Empecé a llamarlo Ash, pero entonces recordé la reacción de Ector
 —. ¿Dónde está el Primigenio? —No lo había vuelto a ver desde que había captado un atisbo de él cuando se adentraba en ese bosque de color extraño.
 - —Ocupado.

Me puse tensa.

- —¿Aún?
- —Aún.

Me dije que debía respirar hondo y mantener la calma. No conocía a esta mujer. También era una *draken* y lo más probable era que no fuese aconsejable irritarla. Así que forcé a mi voz a permanecer serena.

—¿Con qué está ocupado?

Por un momento, pensé que no daría más detalles que Ector, pero entonces me dio una explicación.

—Estaba en el Bosque Moribundo, lidiando con las Tinieblas.

¿Bosque Moribundo? ¿Tinieblas?

—Me da la clara sensación de que no te va a gustar el hecho de que tengo más preguntas —empecé, y un leve asomo de humor tiñó sus rasgos por lo demás estoicos—. Pero ¿qué es el Bosque Moribundo, y qué son las Tinieblas?

Me miró con atención durante unos instantes que se me hicieron muy largos.

—El Bosque Moribundo es... un bosque moribundo. Árboles muertos. Hierba muerta. —Hizo una pausa—. Todo muerto.

Apreté los labios, aunque pensé que esa me la había ganado a pulso.

—Entonces, quizá debería llamarse el Bosque Muerto.

Un destello de humor iluminó sus ojos azules.

—Yo he dicho eso mismo muchas veces.

Me relajé un pelín y la bata cayó por mis piernas cuando me levanté.

- —¿Y las Tinieblas?
- —Almas que han entrado en las Tierras Umbrías pero se niegan a cruzar los Pilares de Asphodel para enfrentarse al juicio por los actos cometidos mientras estaban vivas. No pueden regresar al mundo mortal. No pueden entrar en el Valle. Así que se quedan atrapadas en el Bosque Moribundo. Se... pierden. Quieren estar vivas, pero son incapaces de obtener esa vida.
 - —Oh —susurré. Tragué saliva—. Eso suena terrible.
- —Lo es —confirmó—. Sobre todo porque se vuelven locos debido a que sufren un hambre y una sed interminables. Tienden a ponerse un poco mordiscones.

Mis cejas salieron disparadas hacia arriba. ¿Mordiscones?

- —Por lo general, no causan demasiados problemas, pero a veces encuentran la forma de salir del Bosque Moribundo y entrar en Lethe explicó—. Entonces, Nyktos debe reunirlos. Tiempos divertidos para todos.
 - —Tiempos divertidos —repetí.
- —Ahora, si me disculpas, tengo mucho que hacer. —Dav fue hacia la puerta—. Y ninguna de esas cosas incluye contestar preguntas. Sin ánimo de ofender. —Se detuvo al lado de la puerta e hizo una reverencia—. Que tengas buen día, *meyaah Liessa*.

Dav salió de la habitación y cerró la puerta a su espalda.

—Guau —murmuré. Deslicé la vista hacia la mesa y solté una risa breve. A pesar de la hostilidad general de la *draken*, en cierto modo me caía bien.

Pasaron las horas sin señal de Ash. Fue Ector el que me trajo una comida ligera y luego la cena, pero no se quedó ni un segundo más de lo necesario e ignoró todas mis preguntas. Igual que había hecho cada vez que yo había abierto la puerta para encontrarlo de pie en el pasillo.

Había caído la noche una vez más y, cuando salí al balcón y levanté la vista, el cielo había adquirido un tono hierro más oscuro, y las estrellas y las luces de la ciudad a la distancia eran más brillantes. Las hojas del bosque a mis pies se habían vuelto de un profundo tono carmesí, casi negras con matices rojizos.



Me había ido a la cama un poco enfadada hacía dos noches, y más que un poco la noche anterior. Cuando desperté esta mañana, hacía no más de treinta minutos, al encontrar a Ector a la puerta de mi habitación otra vez pasé de irritada a *furiosa*.

El dios, por su parte, me había dedicado un saludo bastante alegre con la mano.

Solo una pequeña parte de mí se preguntó qué había hecho Ector exactamente para ganarse ese puesto al otro lado de mi puerta. Debía estar volviéndose loco de remate. Yo desde luego que lo estaba. La única cosa que me mantenía un poco cuerda y me impedía romper todo tipo de cosas aleatorias en esta habitación demasiado silenciosa y demasiado grande era caminar de un lado para otro. Caminar y planear.

Vale. *Planear* no era la mejor palabra para lo que había estado haciendo, pero planear cuáles de los muchos objetos romos podía estrellar contra la cabeza de Ash mientras caminaba me llenó de una cantidad de satisfacción preocupante. Ninguna de esas fantasías haría nada por ayudarme a seducir al Primigenio, pero ¿cómo demonios podía empezar siquiera a hacer que se enamorara de mí si me mantenía encerrada en mis aposentos?

Luego estaban los atisbos que pillaba del joven *draken* al que llamaban Reaver. De vez en cuando, lo veía en el patio, por lo general con Aios o alguno de los guardias a los que no conocía, dando saltitos en el suelo e intentando levantar el vuelo con sus finas alas. Lo observaba desde las sombras del balcón, completamente fascinada.

Una llamada a la puerta me hizo girar en redondo. Corrí hacía ella, la abrí de golpe... y me paré en seco. El dios que estaba en el umbral no era Ash ni Ector.

- —Eh, hola. —El dios hizo una profunda reverencia—. No sé si me recuerdas...
 - —Saion —dije—. Estuviste ahí, en el Gran Salón.
- —En efecto. ¿Qué tal te encuentras? —preguntó, con bastante educación—. Espero que mejor que la última vez que te vi.

La última vez me había visto metiendo un látigo a presión por la garganta de alguien.

- —Mucho mejor —contesté, y era verdad. Las marcas que había dejado el látigo ya no eran verdugones hinchados, sino pálidas rayas rojas que ya no dolían.
- —Me alegro. —La suave piel marrón de su cabeza centelleó lustrosa a la luz del pasillo—. ¿Te gustaría desayunar?
 - —Me gustaría salir de esta habitación.
- —La oferta del desayuno, si la aceptas, requeriría que salieras de ella. Dio un paso atrás y a un lado del pasillo—. Sí o no.

Hubo un breve instante de vacilación. No conocía a Saion, pero sabía que tenía que salir de esta habitación antes de empezar a atar sábanas para intentar escalar el edificio desde el balcón.

—Sí.

—Perfecto. —Saion esperó a que saliera al pasillo y después cerró la puerta—. Por favor, sígueme.

Recelosa, hice lo que me pedía, aunque según caminábamos iba muy pendiente de nuestro entorno, deseosa de haber conseguido ya algún tipo de arma. Recorrimos el ancho pasillo en dirección a las escaleras. Saion no dijo nada y yo, que nunca se me había dado bien charlar sobre nimiedades, estaba más que contenta con el silencio.

Una energía nerviosa se apoderó de mí cuando llegamos a la planta baja. El luminoso vestíbulo estaba desierto. Eché un vistazo rápido hacia las puertas de doble hoja, sin ventana y pintadas de negro.

- —Espero que no estés planeando escapar —comentó Saion. Mi cabeza voló hacia él.
 - —No hacía eso.
- —Bien. Me siento un poco demasiado perezoso como para perseguirte declaró, y las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba. La sonrisa fue encantadora y tan perfecta como el resto de sus rasgos, pero su mirada

penetrante me hizo dudar de su sinceridad. Me hizo un gesto para que lo siguiera por debajo del arco—. Y Nyktos se enfadaría bastante conmigo si se enterara de que conseguiste evadirte de mí durante mi turno de guardia.

¿Por qué creería que iba a escapar?

- —Si tan preocupado está por que quiera escapar, quizá debería ser él el que montara guardia.
 - —Por curioso que te pueda parecer, yo dije justo lo mismo.
- —¿En serio? —pregunté, dubitativa, mientras examinaba el espacio al otro lado del arco ojival. Había puertas a ambos lados, pero las paredes eran negras y estaban desnudas. Lo único que había en toda la sala era un pedestal blanco en pleno centro, pero no había nada sobre él.
 - —En serio.

Lo miré de soslayo.

—¿Y cómo se lo tomó?

La sonrisa fue más fácil ahora, aunque no menos encantadora, mientras entrábamos en otro pasillo.

—Masculló algo sobre que fuera comida para Nektas.

Abrí los ojos como platos. Esperaba que estuviera de broma.

- —¿Qué... qué comen los *drakens*?
- —A mí, no, eso seguro —repuso—. Y todo esto lo hablamos en presencia de Nektas, que dijo que no tenía ningún interés en comerme, gracias a los dioses.

El pasillo se bifurcaba en direcciones opuestas. Al fondo, había dos puertas tan separadas que cada sala podía pertenecer a casas diferentes. Sin embargo, fue lo que había en el centro, entre las dos puertas, lo que llamó mi atención. Mis pasos se ralentizaron. Dos gruesas columnas negras enmarcaban un pasillo corto que daba a una sala circular iluminada por cientos de velas. Me recordó al Templo Sombrío, y un escalofrío bajó en espiral por mi columna a medida que nos acercábamos. La luz dorada de las velas desintegraba las sombras de la sala y proyectaba un resplandor ígneo por los enormes bloques de piedra umbra asentados sobre un estrado. Era el trono. *Los tronos*, en realidad. Había dos, uno al lado del otro, los respaldos tallados con forma de grandes alas desplegadas que se tocaban por las puntas.

Los tronos del Primigenio y su consorte.

Eran de una belleza perturbadora.

Levanté la vista para descubrir que el techo estaba abierto al cielo. Sin cristal. Sin nada. ¿Acaso no llovía aquí nunca?

Saion se encaminó hacia la sala a la izquierda del salón del trono, y me costó apartar la vista de los tronos. Abrió la puerta.

—Tú primero.

Un batiburrillo de especias y aromas llenaba la sala cuando entré tras de él, y mis ojos volaron de un lado para otro. Las paredes estaban desnudas, excepto por unos cuantos candeleros. Nada de magia primigenia ahí. Sus llamas proyectaban un resplandor suave que rebotaba contra las paredes lisas color ébano. Había una mesa en el centro de la sala circular, tan grande como la del salón de banquetes de Wayfair. Una docena de velas o así, de alturas variadas, brillaban en el centro de la mesa, pero vi una pátina plateada reflejarse en los vasos y los platos tapados.

Miré arriba y se me cortó la respiración. El techo abovedado era de cristal, y eran las estrellas en lo alto las que centelleaban sobre la mesa. Me quedé boquiabierta.

—Preciosa.

Con una exclamación ahogada, giré en redondo a toda velocidad. Ash estaba a pocos pasos de mí. Iba vestido de negro de la cabeza a los pies, la túnica desprovista de adornos. Llevaba el pelo suelto, lo cual suavizaba los ángulos afilados de sus pómulos y la dureza de su mandíbula.

Sobresaltada por su repentina aparición, choqué contra una de las butacas.

—Lo es —susurré. No había forma de negar la inquietante belleza de la enorme sala—. Esta habitación es preciosa.

Esbozó una sonrisa de labios apretados mientras deslizaba sus ojos, tan parecidos a la luz de las estrellas, por todo mi cuerpo.

—Ni siquiera me había fijado en la habitación.

Tardé un momento en darme cuenta de lo que quería decir. Me miré, sorprendida. No llevaba un vestido, sino una blusa de manga larga y un chaleco muy parecidos a los que usaba Dav. Levanté la vista hacia él, un aluvión de emociones encontradas rodó por mi interior, mientras sus ojos se demoraban en las cintas del chaleco, el escote de la blusa, y luego se deslizaban por encima de los ceñidos pantalones. Estaba enfadada por multitud de razones, empezando por el hecho de haber estado atrapada en mis aposentos y terminando por su descarado escrutinio. Pero había también una emoción diferente, algo más ahumado y cálido, mientras nos quedábamos ahí en silencio y daba la impresión de que nos empapábamos el uno del otro. Ash se había acercado más, la ardiente intensidad de su mirada me provocó una temblorosa oleada de conciencia y anticipación y...

Di un respingo al oír que la puerta se cerraba. Solo entonces me percaté de que Saion nos había dejado solos. Salí de golpe de esa especie de hechizo en el que había caído.

- —¿Le has dicho a tu lacayo que cierre la puerta con llave, o es innecesario ya que estás tú aquí?
- —Dios, espero que no llames así a Saion a la cara —repuso Ash con voz suave—. Tendré muy poca paz si lo haces.
- —¿Te he dado la impresión de que me importe si las cosas son pacíficas para ti o no? —espeté. En cuanto esas palabras salieron por mi boca, me maldije. No debería mostrar mi irritación. Debería dejarlo pasar. Ser maleable. Comprensiva. Lo que fuere. Cualquiera de esas cosas me ayudaría.
 - —Estás enfadada conmigo.
- —¿Te sorprende? Me has tenido encerrada en mis aposentos como si fuese tu prisionera.
 - —Mantenerte en tus aposentos era un mal necesario.

Respiré hondo. No sirvió para nada.

—No hay nada *necesario* en convertirme en tu cautiva.

Sus ojos adoptaron un tono acerado.

- —No eres mi cautiva.
- —Pues no es lo que parecía.
- —Si crees que estar encerrada en tus habitaciones durante un día o dos es lo mismo que ser prisionera, entonces es que no tienes ni idea de lo que es que te retengan contra tu voluntad —replicó con frialdad.

Su tez dio la impresión de afinarse, las facciones eran más cortantes.

—Conozco bien la sensación, sí.

Cerré la boca de golpe. Eso no me lo había esperado.

La expresión de Ash se suavizó cuando apartó la vista.

—La comida se está enfriando. —Dio unos pasos y retiró la silla de la derecha—. Toma asiento —me invitó—. Por favor.

Me aparté de la butaca y acepté la silla que me ofrecía, sin dejar de dar vueltas a lo que había dicho. ¿Habría estado cautivo? Aunque era joven comparado con otros, seguía siendo poderoso. ¿Quién podría haber hecho algo así?

Ash se movió hacia mi lado y se estiró por encima de mi hombro para empezar a levantar las tapas, mientras yo me negaba a reconocer lo bien que olía él. Debajo de cada tapa había un impresionante surtido de comida. Tocino. Salchichas. Huevos. Pan. Frutas.

- —¿Agua? ¿Té? ¿Limonada? —me ofreció, al tiempo que extendía una mano hacia un conjunto de jarras—. ¿Whisky?
- —Limonada —contesté, distraída. Observé cómo servía el zumo en un vaso y luego se dedicaba a poner un poquito de todo en un plato: tocino, salchicha, huevos, fruta y dos panecillos. Luego plantó el plato delante de mí.

El Primigenio de la Muerte acababa de servirme el desayuno. Al parecer, creía que tenía que comer por cinco. Una risa casi histérica trepó por mi garganta, aunque logré reprimirla mientras él se servía lo que parecía whisky y se sentaba a la cabecera de la mesa, justo a mi izquierda. La posición me sorprendió. Mi madre y mi padrastro se sentaban en extremos opuestos de la mesa. El puesto a la derecha de un rey o, en algunos casos, de una reina, solía estar reservado para un consejero o alguna otra posición de autoridad.

Alargó el brazo para agarrar algo que estaba envuelto en una tela. Se me cortó la respiración cuando lo desenvolvió para descubrir una daga de piedra umbra dentro de una elaborada vaina. Era la daga que él me había regalado.

—Olvidé darte esto la última vez que te vi. —Me la ofreció—. La vaina y la correa son ajustables. Deberían quedarte bien.

Miré la daga alucinada, el corazón atronador en mi pecho. Me estaba dando un arma que podría utilizar para acabar con su vida. La daga que él mismo me había regalado.

Hice todo lo posible por ignorar la presión que se cerraba sobre mi pecho mientras estiraba la mano para agarrarla. El roce de mi piel con la suya me provocó una suave oleada de energía en los dedos. Con las manos aún un poco temblorosas, levanté la pierna derecha y deslicé la correa alrededor de mi muslo para fijar la vaina.

—Gracias —susurré, aunque la palabra me supo amarga en la lengua.

No hubo respuesta durante unos momentos.

—No tenía pensado dejarte sola en tu habitación tanto tiempo —dijo al fin
—. No ha sido intencionado.

Levanté la vista hacia él.

- —Entonces, ¿cuál era tu intención?
- —No hacerte sentir como que eres mi prisionera. No eres una cautiva. Nunca serás mi cautiva. —Clavó los ojos en su vaso—. Surgió algo.

Sonaba sincero.

- —¿Y no confiabas en mí como para darme rienda suelta por el palacio? Ash arqueó una ceja.
- —¿Me estás preguntando eso en serio? —Apreté los labios y me dio la impresión de que igual sonreía, pero continuó hablando—. Asegurarme de

que estabas a salvo en un solo sitio mientras yo estaba ocupado fue todo lo que pude hacer en ese momento. Sea como fuere, quería... —Se aclaró la garganta—. Quería disculparme por haberte disgustado.

Arqueé las cejas.

- —Esa disculpa ha sonado como si te costara un gran esfuerzo.
- —Así es.

Entorné los ojos. Los suyos se deslizaron de vuelta hacia mí.

—Lo siento, Seraphena.

La forma en que dijo mi nombre, mi nombre completo... Lo hizo sonar como un pecado. Aparté la vista a toda prisa, varios rizos resbalaron por mi hombro y cayeron sobre mi mejilla. Me había dejado el pelo suelto, pues pensaba que igual me ayudaba, ya que a él parecía gustarle.

- —No me gusta estar encerrada. Confinada en alguna parte, oculta y...—*Olvidada*. Oculta y olvidada—. Solo es que no me gusta.
- —Ya me lo han dicho —murmuró al fin. Solté el aire con suavidad—. Según Ector, te mostraste bastante franca a la hora de expresar tu malestar.
- —No vuelvas a hacerlo. —Las palabras *por favor* no las dije, pero pude sentirlas en todos los huesos del cuerpo. Espera...—. Puedes leer mis emociones, pero ¿puedes leer también mi mente?

Sus cejas volaron hacia arriba.

—Gracias a los Hados, no puedo leer tus pensamientos.

El alivio me golpeó como un tsunami. ¿*Gracias a los Hados*? Lo miré con suspicacia, pero pasé el comentario por alto.

- —¿Dijiste que tu habilidad para leer emociones te venía del lado de tu madre?
- —Así es —afirmó, al tiempo que levantaba su vaso—. Su familia descendía de la corte de Lotho. La corte del Primigenio Embris.

Eso despertó mi interés.

- —¿Cómo se llamaba tu madre?
- —Mycella.
- —Bonito nombre.
- —Lo era.

Bajé la vista hacia el plato.

- —Tiene que ser duro no haber conocido a tu madre. Yo no conocí a mi padre, así que... —Apreté los labios—. ¿Tienes la oportunidad de visitarla? —pregunté, porque daba por sentado que habría pasado al Valle.
 - -No.

Lo miré de reojo y pensé en mi padre.

- —¿Existe algún tipo de regla contra eso? ¿Contra visitar a seres queridos que han pasado al otro lado?
- —Como Primigenio de la Muerte, me arriesgaría a destruir el alma del mortal si estuviese en mi presencia durante un tiempo prolongado, al menos en el caso de los que han tenido un juicio. Es una forma de evitar que el Primigenio de la Muerte cree su propia versión de la vida. No existe una regla exacta en contra de ello para los dioses ni para otros mortales, pero no sería sensato. Visitar a seres queridos que han pasado al Valle podría hacer que tanto el vivo como el muerto se quedasen atascados, que quisiesen lo que ninguno puede tener, ya fuese continuar visitando al ser querido o regresar con los vivos. Puede incluso empujarlos a abandonar el Valle, y eso no es algo que termine bien.

Pensé en los espíritus de los Olmos Oscuros. Los que se habían negado en redondo a entrar en las Tierras Umbrías. Nunca sonaban felices. Solo tristes y perdidos. ¿Los que abandonaban el Valle se convertirían en las Tinieblas de las que había hablado Dav? Fuera como fuere, no querría algo así para el padre que nunca conocí. No lo querría para nadie.

Excepto para Tavius.

No me importaría nada que él sufriese ese sino.

Ash se inclinó hacia delante. No lo había oído moverse. Tampoco lo vi moverse. Fue como si hubiese sentido que se acercaba más, lo cual no tenía ningún sentido. Sin embargo, cuando lo miré, había estado en lo cierto. Levantó una mano y enroscó los dedos en torno a los mechones de pelo que habían caído hacia delante. Los retiró para echarlos otra vez por encima de mi hombro.

—La comida se está enfriando.

Asentí mientras él se echaba hacia atrás. Ni siquiera sabía por qué. Me sentí como una tonta mientras lo observaba llenar su plato con casi la misma cantidad de comida, excepto por que se sirvió mucho más tocino.

- —Entonces, ¿te alimentas de comida? —pregunté, y mis pensamientos fueron a regañadientes hacia la conversación que había mantenido con Aios. Ash levantó la vista.
- —Sí —dijo, alargando la palabra como con recelo—. No puedo sobrevivir consumiendo solo las almas de los condenados. —Lo miré ceñuda—. Estaba de broma. —Sus labios hicieron ademán de sonreír—. Sobre lo de comer almas.
- —Eso espero —murmuré—. No sabía si los Primigenios necesitaban comer o… —Me forcé a encogerme de hombros.

- —Podemos pasar bastante tiempo sin comida, mucho más tiempo que un mortal. —Bebió otro trago de whisky—. Pero al final nos debilitaríamos. Y si continuamos debilitándonos, podemos convertirnos en... algo diferente.
 - —¿Qué significa eso?

Me miró a los ojos otra vez.

- —Come y te lo cuento.
- —¿Eso es un chantaje? —pregunté, una ceja arqueada. Él encogió un hombro mientras pinchaba un trozo de salchicha.
 - —Llámalo como quieras, siempre que funcione.

Que me coaccionaran a hacer cosas, aunque fuese comer cuando, de hecho, tenía hambre, no encabezaba mi lista de cosas favoritas. En cualquier caso, me metí el tenedor lleno de huevos en la boca porque la curiosidad era siempre mucho más potente.

—¿Contento? —pregunté con la boca llena. Un lado de sus labios se curvó hacia arriba. Me di cuenta de que se me escapaba un trozo de huevo de la boca y caía de vuelta al plato.

Todo ese entrenamiento y esa educación que me habían inculcado eran una pérdida de tiempo. Se me daba fatal lo de la seducción.

Pero Ash sonrió entonces de oreja a oreja y me sorprendí de que no se me cayera más comida de la boca. Esa sonrisa, la manera en que iluminaba su rostro y convertía sus ojos en mercurio, era arrebatadora cada vez que la veía.

Ash se rio entre dientes.

- -Mucho.
- —Genial.

Sin dejar de sonreír, masticó un trozo de salchicha.

—Podemos debilitarnos —explicó después de tragar, y mi mano tembló
—. Hambre. Heridas —continuó—. Entre otras cosas.

Bebí un sorbo rápido de limonada, con una idea muy clara de lo que eran esas *entre otras cosas*.

- —¿Y entonces?
- —Y entonces, cuando estamos débiles por algo como la inanición o el hambre, podemos convertirnos en algo más... primitivo. Algo *primigenio*. Se tragó la comida—. Todo parecido que tengamos con los humanos... esa fachada desaparece y lo que somos por debajo es lo único que podemos ser. —Esos ojos como nubes de tormenta me sostuvieron la mirada—. No querrías estar en presencia de ninguno de nosotros si eso ocurriera.

Un escalofrío bajó rodando por mi columna.

—¿Eso les ocurre solo a los Primigenios?

Sus espesas pestañas bajaron y Ash sacudió la cabeza.

- —Un Primigenio antaño fue un dios, *liessa*. Un dios de estirpes poderosas, pero dios de todos modos. Lo que le sucede a un Primigenio puede suceder más deprisa con un dios.
- —Oh —susurré, y apenas saboreé el tocino dulce y salado—. Pero en ese caso, podrían *alimentarse*, ¿no? Eso impediría que pasara.
 - —Podrían.

Algo en la forma en que lo dijo llamó mi atención.

- $-T\dot{u}$ podrías.
- —Podría —confirmó. Dejó el tenedor al lado del plato—. Pero yo no me alimento.
 - —¿Nunca? —Fruncí el ceño.
 - —Ya no.
 - —Pero —estaba confundida—, ¿qué pasa cuando te debilitas?

Levantó los ojos hacia los míos.

- —Me aseguro de que eso no suceda.
- ¿Y cuando lo apuñalé? ¿Eso no lo había debilitado en absoluto? ¿Y por qué no se alimentaba? Ninguno de los dos habló durante un rato y fingimos concentrarnos en comer.

Cuando me limpié los dedos en la servilleta, no pude contenerme más.

—¿Has sido prisionero en algún momento?

Ash no respondió. Tenía la mirada perdida mientras deslizaba el pulgar por el borde del vaso.

—He sido muchas cosas.

Retorcí la servilleta entre mis manos.

—Eso no es gran cosa como respuesta.

Ash volvió a mirarme.

—No, no lo es.

Reprimí mi frustración y dejé el tenedor al lado de mi plato antes de hacer algo irracional con él. Quería saber exactamente qué había querido decir, y no era solo por una sensación de curiosidad morbosa. Comprendía lo de que los Primigenios se incordiaban los unos a los otros para poner a prueba los límites de cada uno, pero ¿cómo podía haberlo tenido cautivo nadie?

Y quería estar equivocada. Quería que eso no fuese lo que Ash había querido decir. Pensar en él, en *cualquiera*, como cautivo sin una causa justificada me revolvía el estómago y me hacía sentir empatía hacia él. Y no podía permitírmelo.

- —¿No sería esto más fácil si de verdad acabáramos por conocernos el uno al otro? ¿O prefieres que sigamos siendo casi extraños?
- —No, no prefiero que seamos extraños. Para ser sincero, Sera, preferiría que volviéramos a estar tan cerca como estuvimos en el lago. —Sus ojos conectaron con los míos y me sostuvo la mirada mientras el aire que había inspirado no iba a ninguna parte. Una oleada de calor reptó por mis venas cuando lo vi arrastrar sus colmillos por el labio de abajo. Yo también quería eso. Solo por mi deber, por supuesto—. Lo deseo con toda mi alma, pero algunas cosas no están abiertas a discusión, Seraphena. Esta es una de ellas.

Aparté la mirada, los hombros tensos de pronto. Pensé en presionarlo, pero reprimí ese impulso. No porque saber más acerca de él fuese a resultar... bueno, peligroso para mi deber, sino porque yo también creía que había cosas que no estaban abiertas a discusión. Mi madre. Tavius. La noche en la que había bebido esa poción para dormir. La verdad de cómo había sido mi vida en mi casa. Entendía que había algunas cosas de las que simplemente costaba demasiado hablar.

Un suave maullido captó mi atención. Me incliné hacia delante justo cuando una pequeña cabeza ovalada marrón verdoso asomaba por el borde de la mesa.

Me quedé boquiabierta mientras miraba a la pequeña *draken* que estiraba su cuello largo y delgado al tiempo que bostezaba. Ash la miró con una ceja arqueada.

—Vaya, ni siquiera sabía que estaba aquí.

Dejé caer la servilleta.

- —¿Cómo se llama?
- —Jadis. Aunque en los últimos tiempos parece que le gusta que la llamen Jade —me contó Ash. La *draken*, mientras tanto, plantó un ala sobre la mesa y estudió los muchos platos sobre ella—. Me sorprende que haya tardado tanto. Por lo general, se despierta en cuanto huele algo de comida.

La *draken* soltó algo parecido a un graznido al tiempo que ponía las patas delanteras sobre la mesa. Sus garras eran pequeñas, pero ya lo bastante afiladas para dejar surcos en la madera. Sus alitas eran finas, casi traslúcidas, y habría jurado que sus ojos duplicaron su tamaño al ver la comida restante.

- —¿Cuántos años tiene?
- —Cumplió cuatro hace unas semanas. Es la más joven. Reaver, el que estaba con Lailah el otro día, tiene diez —explicó. Jadis se encaramó a la mesa. Ash suspiró—. Jadis, sabes muy bien que no puedes estar encima de la mesa.

La pequeña *draken* giró la cabeza hacia el Primigenio y emitió un suave sonidito de ronroneo. Ash esbozó una sonrisa.

—Baja. —Abrí los ojos como platos cuando la *draken* dio un pisotón con una de las patas de atrás y emitió ahora un grito agudo—. Baja de la mesa, Jadis —repitió Ash, con un cariño paciente.

La *draken* hizo un ruido similar a un suspiro y bajó de un salto. Sus alas terminadas en púas asomaron por encima del borde de la mesa mientras soltaba un gemido bastante contrariado. Ash se rio entre dientes.

—Ven acá, enana.

Jadis bajó de la silla de un salto y sus garritas repiquetearon contra la piedra del suelo. Ash se inclinó hacia el lado y extendió un brazo.

—Todavía no vuela —explicó, al tiempo que Jadis saltaba sobre su brazo y luego se sentaba en su regazo. Soltó otro suave gorjeo, los ojos clavados en el plato de tocino—. Aún le quedan unos meses hasta que pueda sostener su propio peso durante un rato largo. Reaver justo está aprendiendo a volar ahora.

Observé cómo estiraba la mano para pescar una loncha de tocino con los dedos.

- —¿Puedes entenderlos cuando están en esta forma?
- —Sí, he pasado con ellos el tiempo suficiente como para entenderlos cuando están así —afirmó, mientras Jadis masticaba tan contenta—. Durante los primeros seis meses de vida se quedan en su forma mortal, y luego se transforman por primera vez. Suelen permanecer en forma de *draken* durante los primeros años. Eso no quiere decir que no vayas a verlos nunca en forma mortal, pero me han dicho que es más cómodo para ellos así. Maduran igual que lo hace un dios o un Primigenio, como un mortal durante los primeros dieciocho años o así. Pero entonces, dan un rápido estirón en su forma de *draken*. En cuestión de pocos años, serán casi del tamaño de Odín, y para cuando alcancen la madurez, serán tan grandes como Nektas.

Era difícil de imaginar que esa cosita pequeña que ahora comía tocino a nuestro lado fuese a crecer hasta alcanzar el tamaño del enorme *draken* que nos había recibido cuando entramos en las Tierras Umbrías. Pensé en Davina.

- —¿Cómo se transforman de algo que es del tamaño de un mortal a algo del tamaño de Nektas? —Fruncí el ceño—. A menos que sea un hombre de un tamaño extraordinario en su forma mortal...
- —Es más o menos del mismo tamaño que yo —aclaró Ash. Él era grande, pero nada que ver con el *draken*—. Uno pensaría que es doloroso, pero me han dicho que es como quitarse una ropa demasiado apretada.

Tenía que haber magia primigenia implicada.

- —¿Cuánto tiempo viven?
- -Muchísimo tiempo.
- —¿Tanto como los dioses?
- —Algunos, sí. —Me miró—. Reproducirse es bastante complicado, o eso me han dicho. Podrían pasar varios siglos sin que naciera ni una sola cría.

Varios siglos.

Me eché hacia atrás y tragué saliva.

- —Ya basta. —Ash apartó el plato cuando la *draken* hizo ademán de agarrarlo—. Nektas me quemará vivo si se entera de que te he dado tocino.
 - —¿Nektas es su padre?
- —Sí. —Su tono se volvió más sombrío. Jadis levantó la cabeza y lo miró —. Su madre murió hace dos años.

Se me comprimió el pecho. Me dolía el corazón solo de pensar que algo tan pequeño pudiera no tener madre.

Jadis bajó la cabeza y unos vibrantes ojos color cobalto conectaron con los míos. Hizo un sonido suave y levantó las alas.

—Quiere ir contigo —me dijo Ash—. ¿Te parece bien?

Asentí a toda prisa y Ash la dejó en el suelo. La pequeña corrió a mi lado y se irguió sobre las patas de atrás.

- —¿Qué hago?
- —Solo extiende el brazo. Ella se agarrará sin usar las uñas. Por suerte ya ha pasado esa fase —añadió entre dientes.

Uf, menos mal.

Hice lo que me había dicho Ash y Jadis se agarró a mi brazo sin dudarlo ni un instante. La presión de sus patas era fría mientras trepaba por mi brazo y luego saltaba a mi regazo.

La draken me miró.

Yo la miré.

Emitió una especie de gimoteo y arrastró la cola por encima de mi pierna.

—Puedes acariciarla. No es una serpiente —dijo Ash con suavidad y, cuando levanté la vista, dos de sus dedos tapaban un lado de su boca. Estaba claro que no había olvidado mi reacción ante aquellas serpientes—. Le gusta que la rasquen debajo de la barbilla.

Con la esperanza de que no considerase mi dedo algo tan sabroso como el tocino, enrosqué un lado debajo de su mandíbula. Sus escamas eran irregulares en la zona que supuse que acabaría por crecer para formar una gorguera alrededor de su cuello. Al instante, replegó las alas y cerró los ojos.

Sonreí, bastante asombrada por la criatura.

- —Todavía no puedo creer que haya visto a un *draken*… que esté tocando uno —reconocí. Mi sonrisa se ensanchó cuando ladeó la cabeza—. Había leído sobre ellos en los libros que recogían crónicas sobre la historia de los mundos, y había visto dibujos. Siempre se los describía como dragones, no como *drakens*, pero no creo que mucha gente creyera que los dragones existían de verdad. De hecho, ni siquiera sé si yo lo creía, para ser sincera.
- —Es probable que sea mejor así —comentó Ash—. No creo que ninguna de las dos especies viviera demasiado tiempo en el mundo mortal. Ni los *drakens*, ni los mortales.

Asentí mientras el cuello de Jadis vibraba contra mi dedo. Los mortales tendían a destruir cosas que no habían visto nunca o a las que temían.

—Tengo una pregunta que parece un poco inapropiada de hacer delante de ella.

Ash se rio en voz baja.

—No puedo esperar a oírla.

Deseé que no se riera. El sonido me gustaba demasiado.

—¿Comen…? —Me señalé a mí misma con la mano libre.

Ash sonreía otra vez, y esa era otra cosa que desearía que no hiciera.

- —Son cazadores por naturaleza, así que comen casi de todo. Incluidos mortales y dioses.
 - —Genial —murmuré.
- —No deberías preocuparte por eso. Tendrías que enfadar muchísimo a un *draken* para que quisiera comerte. No somos para nada tan sabrosos como seguramente creemos. Al parecer, tenemos demasiados huesos y poca carne.
- —Vaya, pues es una suerte. —Sonreí cuando Jadis apretó su cabecita contra mi dedo—. ¿Cómo actúan como guardias tuyos?

Ash se quedó callado unos segundos.

- —Saben cuándo un Primigenio con el que tienen una relación estrecha ha resultado herido. Lo perciben. Y defenderán a esos Primigenios en determinadas situaciones.
 - —¿Qué tipo de situaciones?

Apuró el whisky.

- —Cualquiera que no implique a otros Primigenios. Tienen prohibido atacar a otro Primigenio.
- —¿Nektas... supo lo que hice aquel día, en el mundo mortal, cuando te acercaste a mí sin anunciar tu presencia?

- —¿Te refieres a cuando me apuñalaste en el pecho? —Sonrió de oreja a oreja.
 - —No sé por qué sonries.

Sus ojos habían cambiado. No hacían eso de dar vueltas, pero se habían aclarado a un tono peltre.

- —Tu poca disposición a hablar de lo que hiciste me da un pelín de esperanza de no tener que temer otro ataque.
- —Yo no me pondría demasiado cómodo con esa idea —musité. De pronto, deseé pensar un poco antes de hablar. Por muchas razones.

Sin embargo, Ash se echó a reír y su respuesta también me divirtió. Por otra parte, sentí algo muy parecido a la vergüenza.

- —Pero para responder a tu pregunta, sí, Nektas supo que había sucedido algo —me informó, y mi corazón trastabilló contra mis costillas—. Aunque percibió que no era una herida grave.
- —Te apuñalé... —Jadis me dio un empujoncito en la mano porque había dejado de moverla. Retomé mis caricias.
 - —Apenas fue una herida superficial.
 - —¿Apenas una herida superficial? —farfullé, ofendida.
- —Si *de verdad* hubieses conseguido herirme de gravedad, Nektas habría venido a por mí.
 - —¿Incluso al mundo mortal?
 - —Incluso ahí.

Gracias a los dioses que no había herido al Primigenio de gravedad. De haberlo hecho, de mí solo quedaría un montoncito de cenizas.

- —¿Cómo lo hubiese sentido?
- —Está vinculado a mí. —Ash hizo una pausa—. Todos los que residen aquí están vinculados a mí. Igual que los *drakens* de otras cortes están vinculados a esos Primigenios.

Tragué saliva con esfuerzo ante una confirmación más de que yo no sobreviviría a esto.

—Creo que tengo que controlar mejor mi ira.

Ash se rio otra vez.

- —No estoy muy seguro de eso. Tu ira es...
- —Si dices «divertida», seguro voy a fracasar en eso de reprimir mi ira.

Su sonrisa en respuesta evocó una emoción totalmente diferente, que deseé de todo corazón que él no pudiera percibir en ese momento.

—Iba a decir «interesante».

- —No estoy segura de que eso sea mejor —comenté. Seguí rascando a Jadis debajo de la barbilla e hice todo lo posible por apartar a un lado la burbujeante inquietud que me roía las entrañas—. No sabía eso de los vínculos.
- —Por supuesto que no. Los mortales no tienen ninguna necesidad de saberlo. —Pasaron unos instantes—. No da tanto miedo como su padre, ¿verdad?
 - —No. —La *draken* seguía ronroneando tan contenta—. Es adorable.
 - —Te recordaré que has dicho eso cuando sea del tamaño de Nektas.

Sus palabras juguetonas me aceleraron el corazón. Le quedaban bastantes años para alcanzar el tamaño de Nektas. Y si mi plan tenía éxito, ninguno de los estaríamos aquí para verlo.

—Supongo que has terminado de desayunar, ¿no? —dijo Ash, sacándome de mi ensimismamiento. Asentí—. Bien. Tú y yo tenemos que hablar. Y preferiría hacerlo lejos de cualquier elemento rompible que puedas o no puedas querer tirar.

Capítulo 27



Ash recuperó a Jadis cuando nos levantamos, lo cual era bueno, dado que al parecer no me iba a gustar nada de lo que estaba a punto de decirme.

La pequeña *draken* se había lanzado de inmediato por encima de uno de sus hombros, las patas de delante y de atrás extendidas y las alas bajadas. Tuve que dejar de mirarla porque estaba completamente ridícula y totalmente adorable.

Saion nos esperaba en el pasillo.

—Toma —le dijo Ash, al tiempo que estiraba las manos y retiraba a Jadis de su hombro—. Hemos interrumpido su siesta matutina, así que necesita otra.

La frente del dios se arrugó al aceptar a la *draken* amodorrada.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con ella? —La sujetaba como imaginaba que alguien sostendría a un bebé que acabara de ensuciar sus pañales.

Jadis le graznó.

—Mécela hasta que se duerma —sugirió Ash. Yo parpadeé—. Eso le gusta.

Saion miró al Primigenio, alucinado.

- —¿Que la meza? ¿Hasta que se duerma? ¿En serio?
- —Es lo que hago yo. —Ash se encogió de hombros, y ahora yo también lo miraba boquiabierta—. A mí siempre me funciona. Si no lo haces, se resistirá a dormirse. Entonces se pondrá cascarrabias, y no quieres eso. Ha empezado a toser chispas y algunas llamas últimamente.

- —Genial —musitó Saion, al tiempo que se echaba a la *draken* por encima de un brazo.
- —Divertíos. —Ash me hizo un gesto para que lo siguiera, pero tardé un momento en poner mis piernas en marcha.

Cuando tomamos el pasillo de nuestra derecha, me giré hacia atrás y vi a Saion columpiando los brazos adelante y atrás.

—No creo que sepa lo que es mecer algo para que se duerma.

Ash miró y se rio en voz baja.

- —No te preocupes, Jadis se lo hará saber enseguida. —Aparté la vista de lo que tenía que ser una de las cosas más raras que había visto en toda mi vida
 —. Pensé que este sería un buen momento para hablar de tu futuro aquí dijo, mientras pasábamos por delante del salón del trono.
 - -Eso suena agorero.
 - —¿Sí?
- —Sí. —Suspiré—. ¿Alguna vez te han dicho que tienes buena mano para la decoración?
 - —Soy minimalista.

Eso era quedarse muy corto.

Me pregunté cómo serían sus dependencias privadas. Supuse que solo habría lo más básico. Una mesilla. Un armario. Una cama enorme. Sin embargo, me daba la impresión de que la cosa iba más allá de ser minimalista. No había cuadros ni esculturas, ni estandartes ni ninguna otra señal de vida. Las paredes eran tan frías y duras como él, así que a lo mejor él era así y ya está.

Perturbada, no me di cuenta de que Ash se había parado hasta que choqué de bruces con su espalda. Solté una exclamación.

—Perdona...

Ash dio un respingo y bufó con los dientes apretados. Ese *sonido*. Mis ojos volaron hacia su cara. La tensión enmarcaba su boca. Sus ojos se habían oscurecido hasta un gris acero, y el aura blanca se había iluminado detrás de sus pupilas. El instinto me incitaba a dar un paso atrás porque el sonido que había hecho me recordaba a un animal herido. ¿Estaba herido?

Estiré una mano hacia él por un instinto muy diferente, el mismo que me había impulsado a actuar cuando encontré al lobo *kiyou*. De inmediato, pensé en las Tinieblas.

- —¿Estás bien?
- —No lo hagas —espetó.

Me quedé paralizada, la mano a pocos centímetros de él. Una oleada de calor subió por mis mejillas mientras retiraba la mano. La punzada de vergüenza llegaba más profunda y se afiló en una amarga sensación de rechazo. Era un sentimiento absurdo, me dije. Qué más me daba a mí si de repente no tenía ningún interés en que lo tocara. Solo necesitaba que deseara ese contacto, lo cual era muy diferente.

- —Estoy bien. —Un músculo se apretó en su mandíbula cuando giró la cabeza hacia el lado—. Debí imaginar que no estarías muy pendiente de tu entorno.
- —Y yo habría esperado que estuvieses menos picajoso —repliqué—. Ya veo que fue sensato por tu parte sacarme del comedor. Y muy insensato devolverme mi daga.

Arqueó una ceja.

- —¿Por qué? ¿Debería preocuparme de repente por que un instrumento afilado se incrustara en mi pecho?
 - —Entre otras cosas —mascullé.

Ladeó la cabeza, y entonces vi cómo ocurría. Ese... cambio en sus ojos. No era tanto el color como las sombras que se congregaban detrás de ellos. Se retrajeron hasta volverse del color de una nube tormentosa.

—He de reconocer que estoy interesado en lo de *entre otras cosas* de tu afirmación.

Una temblorosa oleada de irritación y calor me recorrió de arriba abajo, y removió esa parte imprudente e impulsiva de mí que debería tener todo que ver con mi deber pero que me daba la sensación de que no tenía casi nada que ver con él. Lo miré a los ojos y di un paso hacia Ash, lo bastante cerca como para sentir el frío de su cuerpo.

—Bueno, pues no vas a tener ninguna posibilidad de averiguar qué son esas otras cosas si das un salto en dirección contraria cada vez que vamos a tener algún contacto.

Una hebra de *eather* onduló por esos ojos. Sus pestañas bajaron a medio camino.

- —Vaya, ahora estoy muy interesado.
- —Lo dudo.

Ash se había quedado quieto otra vez, como había hecho en el lago y cuando me levanté de la bañera. No se movía nada en él. Ni siquiera el pecho.

—¿No crees que lo esté? —preguntó en voz baja.

Me hormigueaba la piel con una sensación de conciencia intensificada. Volví a sentir ese impulso de dar un paso atrás. Era la forma en que me miraba, como un depredador que acabase de avistar a su presa. Sabía que debía mantener la boca cerrada, pero el ardor de sus palabras todavía me escaldaba la piel, y mi boca siempre tuvo ideas propias.

—Creo que hablas mucho. No pareces tener ningún interés real en nada más que en tocarme, independientemente de lo que digas que haces con tu mano y...

Ash se movió a la velocidad del rayo para bloquearme el paso.

- —Quiero dejar una cosa clara. —Mis ojos volaron hacia los suyos. Las hebras de *eather* se habían colado en sus iris. Dio un paso hacia mí. Esta vez, sí retrocedí. Un lado de sus labios se curvó hacia arriba al tiempo que bajaba la barbilla—. De hecho, *necesito* dejar una cosa clara.
- —¿Vale? —Tragué saliva cuando avanzó hacia mí. No me había dado cuenta de que había seguido retrocediendo hasta que mi espalda estaba pegada a la fría piedra de la pared desnuda detrás de mí.

Ash levantó un brazo y colocó la mano al lado de mi cabeza. Se acercó tanto que el aire que respiraba sabía a cítrico.

—Mi *interés* por ti no puede estar más lejos de las simples palabras.

Me atravesó una corriente de energía cuando las yemas de sus dedos rozaron mi mejilla. Se me quedó trabada la lengua. Era tan alto que cuando estaba así, tan cerca, no había nada más que él y nada detrás.

—Mi interés por ti es una necesidad muy real, muy potente. —Sus dedos acariciaron la curva de mi mandíbula y luego la línea de mi cuello. Se detuvieron sobre una vena en la que mi pulso latía desbocado—. Es casi como si se hubiese convertido en una cosa independiente. Una entidad tangible. Me encuentro pensando en ello en los momentos más inconvenientes —murmuró, y su aliento danzó por encima de mis labios. Contra todo mi buen juicio, la anticipación se coló en mis músculos y los apretó—. Me descubro rememorando tu sabor en mis dedos un poco demasiado a menudo.

Aspiré una bocanada de aire embriagadora mientras unos diminutos temblores estallaban por todo mi cuerpo. Aplané las palmas de las manos contra la pared.

—Procuro no hacerlo —continuó. Ladeó la cabeza, la voz era apenas más alta que un susurro—. Las cosas ya son bastante complicadas entre nosotros, ¿no crees? —No dije nada, solo me quedé ahí parada, el corazón a mil, esperando—. Pero cuando estoy contigo, lo último que quiero es ser poco complicado. —Los labios de Ash recorrieron mi mejilla y me provocaron un jadeo descontrolado cuando se acercaron a mi oreja—. O mantener el control. O ser *decente* —añadió, y me estremecí ante el roce mojado y lujurioso de su

lengua sobre mi piel—. Lo que quiero es tu sabor en mi lengua otra vez. Lo que quiero es estar tan profundo dentro de ti que olvide mi propio jodido nombre. —Sus afilados dientes se cerraron sobre el lóbulo de mi oreja. Todo mi cuerpo dio un respingo, y no hubo nada forzado en ello—. Y ni siquiera tengo que leer tus emociones para saber lo mucho que tú también lo deseas.

Un deseo vergonzoso se instaló en lo más profundo de mi ser, y ni siquiera me molesté en tratar de convencerme de no disfrutar de esto, de él y de su contacto.

—Así que tenlo en cuenta la próxima vez que dudes de la veracidad de mi interés —me advirtió—. Porque no te tendré contra una pared. Te tendré tumbada de espaldas debajo de mí y *ninguno de los dos* recordará su jodido nombre. —Presionó los labios contra mi pulso palpitante. Un beso profundo —. ¿Está claro, *liessa*?

Me costó un esfuerzo encontrar mi voz.

- —Sí.
- —Bien. Me alegro de que estemos en la misma onda —murmuró Ash con voz pastosa. Luego dio un paso atrás—. Y ahora, había pensado que podía enseñarte un poco el lugar. —Me quedé pegada a la pared; sentía una extraña sensación de debilidad en las rodillas mientras mi pulso seguía su latir descontrolado. La boca de Ash se curvó en una sonrisilla engreída—. Es decir, si crees que estás en condiciones.

Me puse tiesa y mis ojos volaron hacia los suyos, echando chispas. Su sonrisa se había ensanchado. Olvidé todo mi sentido común y me aparté de la pared.

- —No me gustas.
- —Mejor así —dijo, luego dio media vuelta. Fruncí el ceño en dirección a su espalda—. La mayoría de las salas de esta planta no se utilizan. —Echó a andar y me dejó para que lo siguiera—. Las cocinas están al final de este pasillo, y al final del otro está el Gran Salón. Ese, como la mayoría de las habitaciones, no está en uso.

Por fin logré recuperar un poco la compostura.

- —¿Qué pasa con tus oficinas?
- —Están por ahí. —Ash hizo un gesto hacia unas puertas dobles dentro de un recoveco oscuro—. Y es solo una oficina.

Me picó la curiosidad, pero Ash continuó adelante.

—¿Solo contiene un escritorio y unas pocas sillas? Se giró hacia mí.

—¿Eres adivina? —Solté una carcajada seca. Una leve sonrisa volvió a su cara mientras giraba la cabeza hacia delante otra vez—. Tiene lo necesario.

Un escritorio y unas sillas eran todo lo necesario, pero si fuese un regente mortal, sabía que era probable que pasara gran parte de su tiempo en ese tipo de habitación. Pensé en las figuritas de cristal alineadas por las paredes de la oficina de mi padrastro. ¿Seguirían ahí, o las habría retirado mi madre?

Ash continuó hacia otra sala y abrió las puertas de doble hoja.

—Esta es la biblioteca.

Una luz se encendió cuando Ash entró en la gran sala, proyectó un resplandor mantecoso por las filas y filas de libros alineados por las paredes. Las estanterías iban desde el suelo hasta el techo, las más altas accesibles solo con ayuda de una escalera rodante que discurría por una especie de vía a lo largo de las estanterías superiores. En el centro de la habitación, noté el único atisbo de color real que había visto hasta entonces en todo el palacio. Dos largos sofás estaban dispuestos uno frente a otro, los dos de un oscuro tono carmesí. Parecía haber dos retratos por encima de varias velas encendidas en la pared del fondo, pero estaban demasiado lejos como para distinguir detalle alguno.

- —Hay un montón de libros. —Me desvié hacia la izquierda. Muchos de los lomos estaban cubiertos de una fina capa de polvo.
- —La mayoría eran de mi padre. Algunos de mi madre. —Ash había ido hacia el centro de la sala y me observaba pasear entre las estanterías—. No hay gran cosa… estimulante para leer. La mayoría son libros de contabilidad, pero al fondo hay unas cuantas novelas que creo que coleccionaba mi madre. —Hubo una pausa—. ¿Te gusta leer?

Giré la cabeza hacia él y asentí. Estaba de pie, las manos cruzadas a la espalda.

- —¿Y a ti?
- —Cuando era más joven, sí.
- —Pero ¿ya no? —Aparté la vista. Algunos de los lomos tenían palabras escritas en idiomas que no podía ni empezar a descifrar.
- —La vía de escape que antes me proporcionaba la lectura por desgracia se ha evaporado —dijo y me volví hacia él otra vez, a punto de preguntar por qué buscaba escapar, pero él se me adelantó—. Puedes venir a la biblioteca cuando quieras, llevarte los libros que quieras.

Asentí, sin quitarle el ojo de encima.

—No estoy segura de qué parte de eso te hizo pensar que podría tirarte objetos afilados.

Su media sonrisa afloró de nuevo.

- —Es la siguiente parte. Eres libre de moverte por el palacio y su recinto a tu antojo, pero hay condiciones.
 - —¿Reglas? —precisé.
 - —Acuerdos —me corrigió.
- —No sé cómo puedes llamarlos «acuerdos» cuando yo no he acordado nada —señalé.
 - —Cierto. Supongo que espero que se conviertan en eso.
 - —¿Y si no estoy de acuerdo?
 - —Entonces, supongo que serán reglas que no te gustarán nada.

Entorné los ojos.

- —¿Cuáles son esas condiciones?
- —El primer *aspirante* a acuerdo es que eres libre de ir donde quieras dentro del palacio y sus jardines, como he dicho, pero no entrarás en el Bosque Rojo sin mí.

Eso me sorprendió.

—Había supuesto que me dirías que no entrara en el Bosque Rojo debido a las Tinieblas.

Arqueó una ceja.

—Veo que alguien ha estado hablando.

Me encogí de hombros. Él mantuvo las manos cruzadas a la espalda.

—En ocasiones, las Tinieblas encuentran el camino hasta el Bosque Rojo.
No es frecuente —explicó.

Me alegré de saberlo, dado que parecía no haber ninguna muralla entre el Bosque Rojo y el palacio.

- —Entonces, ¿por qué puedo entrar solo contigo? ¿Tu presencia mantiene a las Tinieblas lejos?
 - —Por desgracia, no.

Una vez más, pensé en su reacción cuando choqué con su espalda.

- —¿Te hirieron cuando estuviste lidiando con ellas? He oído que pueden morder.
- —Alguien ha estado hablando *mucho* —comentó—. Es verdad que muerden, también arañan.

Un escalofrío bajó por mi columna.

- —¿Sus mordiscos pueden perforar tu piel?
- —Mi piel no es impenetrable, como bien sabes.

Puse los ojos en blanco.

—Era una daga de piedra umbra.

- —Los objetos afilados, ya sean dientes o dagas, pueden perforar mi piel y la piel de un dios.
- —¿Eso es lo que le ha pasado a tu espalda? —Me acerqué un poco. Tardó un buen rato en contestar.
 - —Exacto.
 - —¿Y por qué no se ha curado?
 - —Tienes muchas preguntas.
 - —¿Y?

Apareció una leve sonrisa.

- —¿Tenemos un acuerdo? —contraatacó Ash.
- —No me has dicho por qué no puedo entrar en ellos sin que tú estés también.

Me miró a los ojos.

- —Porque es probable que mueras si lo haces.
- —Oh. —Parpadeé—. ¿Qué más hay en...?
- —El segundo acuerdo es que puedes ir a la ciudad si así lo deseas continuó, y cerré la boca de golpe—. Pero solo después de que te haya presentado como mi consorte. Y siempre que vayas acompañada.
 - —Tengo más preguntas.

Ash me lanzó una mirada insulsa.

- —Por supuesto que las tienes.
- —¿Por qué debo esperar a que me presentes como tu consorte?
- —Todos los mortales que llaman «hogar» a las Tierras Umbrías y a Lethe tienen mi protección. Pero incluso la protección de un Primigenio tiene sus límites. Los dioses de otras cortes pueden entrar en Lethe, y de hecho lo hacen. Como mi consorte, cualquier dios o Primigenio sería muy tonto si te molestara. Incluso aquellos a los que les gusta incordiar —explicó—. Pero hasta entonces, solo te verían como a otra mortal.

El sonido de eso no me gustó ni un poquito.

- —¿Porque los mortales son los últimos para todo?
- —Ya sabes la respuesta a eso.

Apreté los labios.

—Muy bonito.

Un músculo se tensó en su mandíbula.

—Y también espero que sepas que yo no tengo esa opinión, no como la tienen otros.

Lo sabía, aunque desearía no saberlo porque si de verdad considerara a los mortales como seres inferiores, me pondría más fácil lo que tenía que hacer.

- —¿Por qué, como mujer adulta presentada como tu consorte, necesitaría escolta? —pregunté.
- —¿Por qué, como mujer adulta, entrarías en residencias sin asegurarte antes de que estuvieran vacías?
- —Lo dices como si fuese una especie de costumbre mía —mascullé, cerrando los puños.
 - —¿No lo es?
 - -No.

La mirada que me lanzó sugería que lo dudaba mucho.

- —Sea o no una peligrosa y temeraria costumbre tuya, no estás familiarizada con la ciudad ni con sus habitantes, y ellos no están familiarizados contigo. Y aunque la mayoría de los Primigenios y dioses saben bien que no deben hacer daño a una consorte, algunos simplemente no siguen las reglas o no tienen la más básica de las decencias.
 - —¿Es una regla? ¿No hacer daño a una consorte?
 - —Lo es. —Asintió.
 - —¿Y esa regla ha sido rota alguna vez?
- —Solo una —repuso. Empecé a preguntar quién había sido, pero él continuó—. El siguiente acuerdo…
 - —¿Hay más? —espeté.
 - —Oh, sí. Hay más —repuso él. Lo fulminé con la mirada.
 - —Tienes que estar de broma.
- —Hay ocasiones que puede que tenga... visitantes. Invitados que no me gustaría que estuviesen cerca de ti —precisó—. Esas ocasiones pueden ser inesperadas. —Me empezaba a doler la mandíbula de lo fuerte que la apretaba —. Cuando se presenten, debes volver a tus aposentos y quedarte ahí hasta que uno de mis guardias o yo vayamos en tu busca.

Me puse tiesa. Ninguna de sus reglas debería molestarme. Mi madre insistiría en que este era uno de los momentos que requerían una sumisión absoluta. Y desde luego que limitarme a aceptar estas reglas me ayudaría a cumplir con mi deber. Pero se me tensó la piel de un modo que no era en absoluto agradable. Me había pasado la vida entera viviendo detrás de un velo, incluso cuando ya no me obligaban a llevarlo. Oculta, como si diera vergüenza. Olvidada.

- —¿Por qué esto te pone... triste? —preguntó Ash. Giré la cabeza hacia él a toda velocidad.
 - —¿Qué? —susurré. Ash había ladeado la barbilla otra vez.
 - —Te sientes triste.

- —Me siento enfadada...
- —Sí, eso también. Pero además te sientes...
- —No estoy triste. —Se me hizo un nudo en el estómago—. No estás leyendo mis emociones, ¿verdad? —Cuando no dijo nada, la ira me atravesó como una flecha—. Creía que habías dicho que no lo harías.
- —Procuro no hacerlo, pero al parecer mi guardia estaba baja y lo que sentiste fue como un... —Dio la impresión de buscar una palabra mientras yo chillaba en silencio—. No pude bloquearlo.

El aire que aspiré fue como un grito silencioso. No quería que supiera que lo que había dicho me había puesto triste. No quería que nadie supiera eso.

- —¿Hay más reglas?
- —No es una regla exactamente —dijo después de unos segundos largos
 —. Pero debemos hablar de tu coronación como consorte.

Mi estómago dio una pequeña voltereta. No sabía por qué me ponía nerviosa esa idea, pero así era.

- —¿Cuándo será?
- —Dentro de dos semanas.

Dos semanas. Por todos los dioses. Tragué saliva y crucé los brazos delante de la cintura.

- —¿Y en qué consiste?
- —Será como una celebración —dijo—. Los dioses de mayor rango vendrán de otras cortes. Es posible que incluso Primigenios. Serás coronada delante de ellos. —Deslizó la vista hacia mí—. Haré que venga una modista de Lethe para que te tome medidas y te haga un vestido adecuado para la ocasión.

Me puse tensa.

- —Más vale que no se parezca en nada a ese vestido de boda.
- —No tengo ninguna intención de exhibirte ante mi corte entera y todas las demás de Iliseeum —repuso, y no pude negar el alivio que sentí—. La modista también podrá prepararte otras prendas. Lo que necesites.

Asentí. Mis pensamientos iban muy por delante de mí.

—¿Seré…? —Respiré hondo y luego solté el aire despacio—. ¿Seré Ascendida como los Elegidos cuando los encuentran dignos?

Unas sombras titilaron justo debajo de su piel. Sucedió tan deprisa que pensé que quizá lo había imaginado.

—¿Qué sabes del acto de la Ascensión, *liessa*? Encogí un hombro.

—No gran cosa, aparte de que el Primigenio de la Vida le concede al Elegido una vida eterna.

Sus facciones se tensaron y luego se relajaron.

- —¿Y cómo crees que uno Asciende?
- —No lo sé —admití—. El acto en sí es un secreto muy bien guardado.

Unas tenues hebras de *eather* se filtraron en sus ojos.

—El acto de la Ascensión requiere extraer toda la sangre del cuerpo de un mortal y sustituirla por la de un Primigenio o un dios. No siempre es una transición exitosa —añadió, y pensé en lo que me habían contado acerca de las divinidades y su Sacrificio—. Pero los que son Elegidos ya nacieron en un velo. Ya llevan alguna marca, alguna esencia de los dioses, en su sangre. Eso les permite completar la Ascensión si ha de ocurrir.

Mis ojos volaron de inmediato hacia su boca. ¿En qué se convertía un mortal una vez Ascendido? Sabía que no se convertían en dioses, pero esa no era mi pregunta más acuciante.

—Entonces, ¿yo Ascenderé o no?

El eather de sus ojos destelló con intensidad.

—No vas a Ascender. Seguirás siendo mortal.

La sorpresa me atravesó de arriba abajo mientras lo miraba boquiabierta. Aunque yo sabía que no importaba si Ascendía o no, puesto que no planeaba que ninguno de los dos estuviéramos por aquí el tiempo suficiente como para empezar a comprender siquiera algo de un alcance similar a la inmortalidad. Pero él no lo sabía.

- —¿Cómo puedes tener una consorte mortal? ¿Alguna vez ha habido una? —pregunté. Si era así, no había sido documentado jamás.
- —No, nunca ha habido una consorte mortal. Pero esto jamás fue tu elección. Tampoco la mía —declaró, y la punzada de rechazo que sentí era de una ridiculez tal, que tenía ganas de pegarme una bofetada—. Y yo nunca obligaría a nadie a una cuasieternidad de *esto*.

De esto.

Escupió las palabras como si se refiriera al Abismo. Por un momento no lo entendí, pero había tantas cosas que no sabía sobre Iliseeum y su política... los dioses y los Primigenios que incordiaban a los otros y los empujaban hasta el límite, y lo que suponía eso exactamente, aparte de lo que había visto al entrar en palacio.

Y además, era otra cosa que no importaba. No necesitaba que estuviese abierto a la idea de Ascenderme. Solo necesitaba que se enamorara de mí.

Nerviosa, levanté los ojos hacia los suyos.

—¿Hay alguna regla más, alteza?

Esbozó una media sonrisa que solo logró avivar mi enfado.

- —¿Por qué me resulta excitante que te refieras a mí de ese modo?
- —¿Porque eres un misógino arrogante y controlador? —sugerí, antes de poder pensármelo dos veces.

Ash se echó a reír, y habría jurado que la periferia de mi visión empezó a ponerse roja.

—Soy arrogante y puedo ser algo controlador, pero no siento ningún odio por las mujeres, ni más necesidad de controlarlas de la que siento con un hombre.

Le lancé una mirada insulsa.

- —¿Hay más reglas? —repetí.
- —Estás enfadada. Y no, no te estoy leyendo los pensamientos. Es obvio.
- —Pues claro que estoy enfadada. —Le di la espalda y empecé a caminar otra vez por delante de las estanterías—. Lo que tú llamas «acuerdos» son reglas, y no me gustan las reglas.
 - —No lo habría adivinado jamás —comentó.
- —No me gusta la idea de que creas que puedes establecer reglas como si tuvieras... —El sentido común por fin hizo acto de presencia y me instó a callarme. Ash arqueó una ceja.
- —¿El qué, *liessa*? ¿Como si tuviera qué? ¿La autoridad? ¿Era eso lo que ibas a decir? ¿Y te has callado porque de repente te has dado cuenta de que tengo justo eso?

Apreté los labios. Esa no era la razón, aunque también era probable que hubiese debido serlo.

- —Pues sí, tengo la autoridad. Por encima de ti. Por encima de todos los que viven aquí y de todos los mortales que viven dentro y fuera de este mundo, pero esa no es la razón de que tenga estas condiciones —precisó, justo cuando yo llegaba al final de las estanterías, cerca de los retratos—. Están ahí para ayudar a mantenerte a salvo.
- —No necesito ese tipo de ayuda —mascullé. Luego levanté la vista hacia los retratos. Uno era de un hombre. El otro, de una mujer.
- —Una de las cosas más valientes que puede hacer alguien es aceptar la ayuda de otros.
- —¿Tú lo haces? —pregunté, contemplando a la mujer. Era preciosa. Pelo de un intenso color rojo vino, casi igual que el de Aios, en torno a un rostro ovalado, y la tez de un suave tono rosáceo. Tenía unas cejas fuertes, una

mirada penetrante, los ojos plateados. Sus pómulos eran altos, la boca carnosa —. ¿Aceptas a menudo la ayuda de otros?

- —No tan a menudo como debería. —Su voz sonó más cerca.
- —Entonces, quizá no sepas si es algo valiente o no. —Mi atención pasó al hombre y, aunque sospechaba que ya sabía quiénes eran estas personas, no estaba preparada para lo mucho que se parecía al Primigenio que estaba de pie detrás de mí. Pelo negro hasta los hombros, un pelín más oscuro que el de Ash, pero la piel del mismo tono broncíneo. Los mismos rasgos, en realidad. Mandíbula fuerte y pómulos anchos. Nariz recta y boca grande. Fue como mirar una versión mayor y menos definida de Ash, cortesía de los rasgos más suaves de la mujer—. Estos son tus padres, ¿verdad?
- —Sí. —Estaba justo detrás de mí—. Ese es mi padre. Se llamaba Eythos —explicó, y yo repetí el nombre en mi cabeza—. Y esa es mi madre. Entonces se puso a mi lado y pasamos unos momentos ahí, en silencio—. Recuerdo a mi padre. Su voz. El recuerdo se ha ido diluyendo con el paso de los años, pero todavía puedo verlo en mi mente. Y así es cómo sé el aspecto que tenía mi madre.

Pugnando con el ardor del fondo de mi garganta, crucé los brazos delante de mi cintura otra vez.

—Es difícil verla... en tu mente, ¿verdad? Cuando no estás justo delante de este cuadro, quiero decir.

—Sí.

Notaba sus ojos sobre mí.

- —Hay un retrato de mi padre en los aposentos privados de mi madre. El único que queda. Es raro, porque todos los retratos de los otros reyes están colgados en el salón de banquetes. —Respiré hondo en un intento por apaciguar el ardor de mi garganta—. Creo… creo que a mi madre le dolía demasiado verlo. Lo amaba. Estaba *enamorada* de él. Cuando murió, creo… que se llevó parte de ella con él.
- —Supongo que sí. —Ash se quedó callado unos segundos—. El amor es un riesgo peligroso e innecesario.

Con el corazón en un puño, me giré hacia él.

- —¿De verdad crees eso? —Pensé en Ezra y en Marisol, y lo que salió por mi boca fue la verdad. Aunque no *nuestra* verdad—. Yo creo que el amor es precioso.
- —Lo sé. —Ash levantó la vista hacia sus padres—. Mi madre murió porque quería a mi padre, asesinada cuando yo aún estaba en su vientre.

Hasta el último rincón de mi ser se quedó helado al oír sus palabras. Incluso mi corazón.

- —Por eso me llaman el Bendecido. Nadie sabe cómo sobreviví a ese tipo de nacimiento —dijo, y la presión se cerró sobre mi pecho—. El amor provocó sus muertes mucho antes de que ninguno de los dos respirara su último aliento. Antes de que mi padre conociera a mi madre siquiera. El amor es un arma preciosa, blandida a menudo como forma de controlar a otra persona. No debería ser una debilidad, pero eso es en lo que se convierte. Y siempre son los más inocentes los que pagan por ello. Jamás he visto salir nada bueno del amor.
 - —Tú. Tú saliste del amor.
- —¿Y de verdad crees que soy algo bueno? No tienes ni idea de las cosas que he hecho. Las cosas que les hacen a otros por mi causa. —Ash giró la cabeza hacia mí. Sus ojos se habían puesto de un tono hierro acerado, medio ocultos por sus pestañas—. Mi padre amaba a mi madre más que a cualquier cosa en estos mundos. Más de lo que debía haberlo hecho. Y aun así, no pudo mantenerla a salvo. Por eso tengo estas condiciones. Estas *reglas*, como te gusta llamarlas. No tiene nada que ver con que intente ejercer autoridad sobre ti ni controlarte. Tiene que ver con lo que mi padre no logró hacer. Tiene que ver con asegurarme de que no encuentres el mismo final que mi madre.

Capítulo 28



Más tarde esa noche, después de cenar a solas y en silencio en mis aposentos, agarré una manta fina y salí al balcón.

Envolví la manta alrededor de mis hombros y fui hasta la barandilla. Me había pasado el día entero pensando en lo que había dicho Ash sobre sus padres. Sobre el amor.

Solté una bocanada de aire entrecortada mientras contemplaba el patio gris. Habían matado a su madre cuando él todavía estaba en su vientre. No podía...

El nudo volvió a mi garganta. No me hizo falta demasiada lógica para deducir que esa única vez que se había roto la regla con respecto a las consortes había significado la muerte de su madre.

Su asesinato.

Una intensa pena se apoderó de mí, presionó contra mi pecho mientras paseaba la vista por las hojas poco a poco más oscuras del Bosque Rojo. ¿Quién había matado a su madre? ¿Sería la misma persona que había matado a su padre? ¿Y era esa la razón de que su padre se hubiese debilitado lo suficiente como para que lo mataran? ¿Se debió a que amaba a su mujer más que a cualquier cosa en los mundos? Tenía que ser otro Primigenio el que lo había hecho. Cuál, no podía saberlo. Lo único que sabía acerca de ellos era lo que sus sacerdotes y otros mortales habían escrito sobre ellos, y la poca información que había no era suficiente como para que me formara una opinión válida.

¿Sería por eso que su padre había pedido una consorte? Aunque, si a su mujer ya la habían asesinado, ¿por qué buscaría una novia mortal, una que

podría ser aún más vulnerable?

¿O una de la que jamás tendría que temer enamorarse?

Pero eso tampoco tenía sentido, porque su amor por su mujer ya había hecho su daño. Que ella estuviera viva o muerta no cambiaría eso.

No tenía sentido. Tenía que haber una razón para que su padre hiciese esto, aunque ¿acaso importaba el motivo?

No, susurró la voz que sonaba como una mezcla de la de mi madre y la mía.

Lo que sí tenía sentido era la posibilidad muy real de que Ash fuera... de que fuera incapaz de sentir amor debido a lo que les había ocurrido a sus padres. Ninguna parte de mí dudaba de que creyera cada palabra que había dicho acerca del amor, y eso era triste.

Y aterrador.

Porque si no podía permitirse amar, ¿qué podía hacer yo al respecto? Diablos, ni siquiera podía reprimirme de llevarle la contraria durante unos minutos.

Nunca debí ser la primera hija nacida después de que se hiciera el trato. Cualquier persona o cosa sería mucho más adecuada para esta tarea que yo. Era posible que incluso un *barrat* lo fuese.

Me invadió una aguda sensación de desesperación y me senté al borde del sofá cama, de cara al Bosque Rojo. Las hojas se habían vuelto de un oscuro tono negro rojizo, una señal de que había caído la noche. Mientras estaba ahí sentada, me permití pensar en lo que había hecho la noche anterior a la llegada de Ash. Antes de todo lo que había pasado con Tavius.

Había ayudado a Marisol porque yo quería a Ezra. Era obvio que no se trataba del mismo tipo de amor que había habido entre los padres de Ash, pero el amor... era verdad que te impulsaba a hacer cosas estúpidas. ¿Cómo respondería Ash a mi don, a la idea de que podía impedir que un alma cruzara a las Tierras Umbrías, que podía devolverla sana y entera a su cuerpo?

Como Primigenio de la Muerte, dudaba de que le gustase mucho saberlo...

Un movimiento en el patio me sacó de mis cavilaciones. Una vez más, reconocí la figura alta de Ash. Como la otra vez, estaba él solo cuando desapareció en la oscuridad teñida de carmesí del Bosque Rojo.



Tres días más tarde, ese dolorcillo sordo había vuelto a instalarse en mis sienes. Junto con los tenues restos de sangre cuando me lavaba los dientes. El dolor no se parecía en nada al del día en que sir Holland me dio ese té que había preparado, pero de pie en las oscuras sombras del salón del trono, rodeada por los guardias del Primigenio, me preocupaba que fuese a empeorar. No recordaba qué hierbas había en aquel saquito que me había dejado sir Holland.

Me moví inquieta de un pie a otro y deslicé la vista por el estrado elevado de piedra umbra hasta el Primigenio, que estaba sentado en uno de los tronos. Mi cuerpo se tensó al verlo. Vestido de negro con el brocado de tono hierro en torno al cuello alto y una línea de elegante bordado que bajaba en un fino pespunte para cruzar en diagonal por delante de su pecho, parecía como si lo hubiesen conjurado de las sombras de alguna hora nocturna besada por las estrellas. Observaba a un hombre que caminaba por el centro de la sala hacia el estrado. Aunque estaba ejerciendo las labores propias de su puesto, recibiendo a sus súbditos de Lethe, no llevaba corona alguna. No habían izado grandes estandartes detrás de los tronos. No había ninguna grandiosidad ceremonial. Los guardias apostados a su alrededor no vestían librea ni uniforme de gala, aunque sí iban armados hasta los dientes. Cada uno tenía una espada corta envainada en la cadera y otra más larga cruzada a la espalda, las empuñaduras orientadas hacia abajo y un poco hacia el lado para poder acceder a ellas con facilidad. Delante del pecho llevaban varias dagas con curvas de aspecto ominoso. Todas las hojas eran de piedra umbra.

- —¿Siempre te mueves tanto? —susurró una voz a mi derecha. Me quedé muy quieta, cesé mi constante movimiento inquieto y miré de reojo a Saion. Él tenía la vista clavada al frente.
 - —¿Quizá? —contesté en voz baja.
- —Ya te dije que no teníamos que haberla dejado entrar aquí —comentó Ector a mi izquierda. Detrás de mí, Rhain se rio bajito.
- —¿Estás preocupado por que papá Nyktos se enfade contigo por haberla dejado entrar y te mande a la cama sin cenar?

Arqueé las cejas. ¿Papá Nyktos?

- —No será conmigo con quien se enfadará —comentó Ector, sin quitarle el ojo de encima al hombre, igual que hacía Saion—. Será con vosotros dos, pues yo fui el único que expresó algún tipo de objeción a esto.
 - —¿No somos un equipo? —preguntó Saion—. Si cae uno, caemos todos. Ector sonrió con suficiencia.
 - —Yo no formo parte de ese equipo.

- —Traidor —murmuró Rhain. Puse los ojos en blanco.
- —Nadie puede verme siquiera. De hecho, dudo de que él sepa que estoy aquí.

Saion bajó la vista hacia mí, una ceja arqueada. Él, como los otros dioses, iba igual de armado que los guardias que teníamos delante.

—No hay una sola parte de Nyktos que no sepa exactamente dónde estás.

Un escalofrío de aprensión me atravesó de arriba abajo cuando, en ese preciso momento, el Primigenio del trono giró la cabeza en dirección al oscuro rincón en el que estábamos. Casi pude sentir cómo su mirada penetraba a través de la fila de guardias apostados delante de nosotros. Contuve la respiración hasta que apartó la mirada de mí.

Me daba la sensación de que me echaría la bronca más tarde por esto, aunque no me daba la sensación de que estuviese rompiendo ninguna regla. Celebrar audiencia no era lo mismo que tener un invitado inesperado. Al menos ese era mi razonamiento mientras observaba al hombre detenerse delante del Primigenio y hacer una profunda reverencia. No sabía que Ash iba a celebrar audiencia hoy. En mi defensa, creía que Ash y sus guardias tenían intención de desaparecer una vez más rumbo a una sala que estaba situada detrás del estrado, algo que le había pillado haciendo varias veces a lo largo de los últimos tres días.

Algo que me hacía sentir muchísima curiosidad por lo que sucedía en esa sala. De qué hablaban.

Había estado deambulando sin rumbo por el silencioso y, por lo demás, desierto castillo, como llevaba *tres días* haciendo, cuando lo vi entrar una vez más en el salón del trono con varios de los guardias, y me había decidido a seguirlos. Había conseguido dar unos dos pasos dentro de la sala antes de que Saion apareciera de ninguna parte y me bloqueara el camino. Había medio esperado que me echara de ahí, pero no lo había hecho.

Así que ahí estaba ahora, el tiempo más largo que había estado en presencia de Ash desde que estuvimos en la biblioteca. No habíamos compartido ninguna cena ni ningún desayuno. No había habido visitas sorpresa. Se había reunido conmigo unos minutos el día anterior cuando estaba debajo de una de las escaleras exteriores y observaba a Aios y a Reaver. Se había parado a mi lado el tiempo suficiente para preguntarme cómo estaba y luego se había marchado. Unos minutos más tarde, lo había visto salir por las verjas del palacio montado en Odín y con varios de sus guardias.

Huelga decir que no solo estaba inquieta, también estaba irritada y sentía otro centenar de emociones más. Pero por encima de todo, estaba frustrada. ¿Cómo se suponía que iba a seducirlo si no lo veía jamás?

Y por supuesto, cada noche, había mirado esas malditas puertas que conectaban nuestras habitaciones. En más de una ocasión me había quedado de pie delante de ellas, debatiendo si golpearlas con los nudillos. Cada vez que lo hacía, recordaba lo que había dicho acerca del amor y volvía a mi cama.

No pensaba en el porqué.

En vez de eso, pensaba en el absoluto fracaso que estaba resultando todo esto.

El hombre de pelo oscuro se levantó de su posición arrodillada para erguirse ante el Primigenio.

- —Alteza —dijo.
- —Hamid —repuso Ash, y una repentina ráfaga de aire sopló por dentro de la sala e hizo titilar las llamas de las velas.

Mis ojos se elevaron hacia el techo descubierto para ver a un *draken* que volaba por encima de nuestras cabezas. Los *drakens* llevaban todo el rato volando en círculo, desde que habían empezado a presentarse personas ante el Primigenio para hablar de cargamentos que estaban a punto de llegar por mar, visitantes de otras cortes y discusiones entre arrendatarios. Era todo sorprendentemente mundano.

Excepto por los drakens.

- —¿Qué puedo hacer por ti hoy? —preguntó Ash.
- —No… no hay nada que necesite de vos, alteza. —Hamid cruzó las manos mientras levantaba la vista con nerviosismo hacia el Primigenio.
 - —¿Es mortal? —pregunté.
 - —Lo es. —Ector inclinó la cabeza hacia mí—. ¿Cómo lo has sabido?

Me encogí de hombros. Era difícil de explicar, pero el hombre no tenía esa sensación casi inherente de confianza o arrogancia que parecían tener los dioses y los Primigenios en su mera forma de moverse.

- —Solo hay algo que ha empezado a preocuparme —continuó Hamid, mirando al estrado a través de una cortina de pelo oscuro—. Y aunque espero que al final no sea nada, me temo que quizá no sea así.
- —¿Qué es? —Los dedos de Ash tamborileaban sobre el reposabrazos del trono.
 - —Hay una mujer joven que es nueva en Lethe. Se llama Gemma...

- —Sí. —Los dedos de Ash se detuvieron—. Sé de quién hablas. ¿Qué pasa con ella?
- —La he visto cada día durante el último mes. Viene a la pastelería. Siempre pide un trozo de tarta de chocolate con fresas —explicó Hamid y, por un momento, me imaginé la delicia de semejante dulce—. Una chica muy callada. Muy educada. No mira demasiado a los ojos, pero supongo que… bueno, eso no importa. —Respiró hondo—. Hace unos días que no la veo. He preguntado por ahí. No la ha visto nadie.

Ash se había quedado muy quieto en el trono, lo mismo que los dioses a mi alrededor.

- —¿Cuándo fue la última vez que la viste?
- —Hace cuatro días, alteza.
- —¿Has visto a alguien con ella, en cualquier momento? ¿O sabes de alguien a quien ella haya podido empezar a interesarle? —preguntó Ash.

El mortal negó con la cabeza.

- —No, a nadie.
- —Tendré que investigarlo. —Ash lanzó una rápida mirada hacia nuestro rincón—. Gracias por informarme acerca de esto.

Saion se apartó de mí al instante. Se giró hacia Rhain y luego hacia mí.

—Si me disculpas.

Antes de que pudiera decir ni una palabra, tanto él como Rhain se habían marchado, directos hacia la entrada del salón. Me giré hacia Ector, con el ceño fruncido.

—¿Quién es esa Gemma?

Ector tenía la mandíbula apretada.

—Nadie.

No me creí ni por un segundo que no fuera nadie. No si había incitado ese tipo de reacción en Ash. Sentí más que curiosidad mientras contemplaba a Hamid salir de la sala y a Theon entrar.

No había visto al dios desde el día en que llegué. Su sonrisa fácil y su aire burlón habían desaparecido. Se dirigió a paso ligero hacia el estrado. Al igual que los otros dioses, llevaba una espada corta a la cintura y una más larga cruzada a la espalda. Cuando llegó al pie del estrado, Ash se inclinó hacia delante. Fuera lo que fuere lo que hubiera dicho Theon, habló en voz demasiado baja para poder oírlo, pero supe que ocurría algo porque Ash lanzó otra mirada rápida hacia nuestro rincón.

—Quédate aquí —me ordenó Ector, antes de alejarse.

Ansiosa, observé cómo pasaba entre la fila de guardias y subía las escaleras del estrado. Otra ráfaga de viento removió las llamas una vez más cuando otro *draken* pasó volando por lo alto. Emitió un chillido agudo y entrecortado. Se me puso la carne de gallina cuando Ector agachó la cabeza hacia la de Ash. El dios miró a Theon y después asintió. Giró sobre los talones al tiempo que Ash se levantaba del trono. Hice ademán de avanzar, pero Ector bajó del estrado de un salto y regresó a mi lado.

—Ven —dijo. Alargó una mano hacia mí, pero se detuvo justo antes de tocarme—. Debemos irnos.

Al parecer, algunas cosas no cambiaban nunca. Fruncí el ceño aún más.

- —¿Qué pasa?
- —Nada.

Ni una sola parte de mí quería seguirlo, pero percibí la repentina tensión en el ambiente. Una que me advertía que debía obedecer.

Fui con él, y me di cuenta de que Ector se había colocado a mi izquierda para mantenerme entre él y la pared. En cuanto salimos al pasillo, me detuve.

- —¿Qué está pasando? Y no digas «nada», porque está pasando algo.
- —Ha habido una... llegada inesperada. —El labio del dios rubio se crispó en una mueca de asco—. Su alteza ha dicho que eres consciente de lo que debes hacer cuando hay invitados.

Cerré los puños con fuerza.

- —Sí, lo soy.
- —Perfecto. —Me condujo por el ancho pasillo—. ¿Quieres volver a tus aposentos?
 - —En realidad, no.

Arqueó una ceja.

—Entonces, tu única otra opción... —Se detuvo ante unas grandes puertas, luego las abrió—. Es la biblioteca.

Miré la sala en penumbra. La biblioteca era algo mejor que mi dormitorio, aunque tuviese un aire sombrío y algo tenebroso... una especie de tristeza que colgaba de las paredes e impregnaba los tomos que atestaban las estanterías, igual que lo hacía el polvo; también se filtraba en los suelos, flotaba en el ambiente. Mis ojos se posaron en los retratos del fondo de la sala, iluminados por sendas velas. ¿Sería Ash el que encendía las velas cada día, el que las reemplazaba cuando se derretían por completo? ¿Vendría aquí a menudo, para mantener fresco el recuerdo de su padre en su cabeza? ¿Para tener un rostro que emparejar con el nombre de su madre?

Entré y, al instante, me rodeó el aroma de los libros y el incienso. La tristeza me recibió con los brazos abiertos. Me giré hacia Ector.

- —¿Se supone que tengo que quedarme aquí hasta que se me permita seguir deambulando sin rumbo fijo?
- —Más o menos. Dudo de que ella vaya a tener ningún interés en la biblioteca —repuso. Me quedé de piedra al oírlo—. Alguien vendrá a decirte cuándo eres libre de retomar tu deambular sin rumbo.

Mi corazón latía como loco de repente. *Ella*.

- —¿Quién… quién es la invitada?
- —Una amiga de Nyktos —contestó en tono neutro, y no sonó como si fuese alguien por quien Ector sintiera demasiado afecto. Aunque, claro, tampoco creía que Ector me tuviese demasiado afecto a mí. Sus ojos luminosos se cruzaron con los míos—. Recuerda lo que acordaste.
 - —Lo recuerdo.

Ector me miró con suspicacia, pero aun así cerró despacio las puertas de la biblioteca. En cuanto las oí encajar en su sitio, fui hasta ellas y esperé.

¿Quién era ella?

Mejor aún, ¿quién era para que Ash no me quisiera por ahí? Una sensación amarga se arremolinó en la boca de mi estómago, una que no podían ser celos. Era más bien... una ira indignada. Para alguien que decía pensar en mi *sabor* en los momentos más inapropiados, desde luego que no había mostrado *interés* alguno en los últimos tres días. Tampoco había mostrado ningún interés en recibir placer, algo que los hombres solían desear siempre. ¿Podría deberse a que había estado encontrando placer en otro sitio a pesar de la impresión que me había dado con respecto a su experiencia?

Lo último que necesitaba era competencia cuando no era muy probable que fuese a ganarme su corazón con mi chispeante personalidad. Mis opciones eran limitadas.

Y no solo eso, iba a ser su consorte. Si iba a mostrar *interés* por otras, al menos podía hacerlo en otra parte.

Abrí la puerta una rendija y me asomé al pasillo, medio sorprendida de no hallar a Saion ahí plantado. No perdí ni un segundo. Cerré las puertas con cuidado a mi espalda y salí al pasillo. Acababa de llegar a la zona de las oficinas de Ash cuando oí voces.

- —En los últimos tiempos ha sido muy difícil obtener una audiencia contigo. —Una voz aterciopelada llenó el pasillo.
 - —¿Tú crees? —fue la respuesta de Ash.

Maldije en voz baja y miré a mi alrededor, desesperada. Me apresuré a meterme en un recoveco y apreté bien la espalda contra la fría pared de piedra.

- —Sí, eso creo —repuso la mujer—. Empezaba a tomármelo como algo personal.
 - —No es nada personal, Veses. Solo es que he estado ocupado.
- ¿Veses? ¿La Primigenia de los Ritos y la Prosperidad? Se me secó la garganta mientras me inclinaba hacia la fina ranura que quedaba entre la gruesa columna y la pared. A Veses se la veneraba de un modo grandioso durante las semanas previas al Rito, en rituales conocidos solo por el Elegido. Mucha gente le rezaba para pedir buena suerte, pero hacerlo tenía sus riesgos. Veses podía ser vengativa y rociar de mala suerte a aquellos que consideraba indignos de su bendición.
- —¿Demasiado ocupado para mí? —preguntó Veses, y noté que se había filtrado un dejo cortante en su tono suave. ¿Sería una de las Primigenias que incordiaban a Ash?
 - —Incluso para ti —confirmó Ash.
- —Vaya, ahora estoy un poco ofendida. —Ese dejo cortante se había convertido en una afilada cuchilla, justo cuando entraban en mi estrecho campo de visión—. Estoy segura de que no ha sido intencionado.

Ash fue el primero en aparecer ante mis ojos. No llevaba armas, igual que en el salón del trono. Aunque bien pensado, teniendo en cuenta lo que era capaz de hacer, no sabía si eso significaba que consideraba a Veses una amenaza o no.

—Ya deberías saber que nunca ofendo sin intención de hacerlo.

La Primigenia se rio y yo rechiné los dientes ante su sonido meloso. Un segundo más tarde, apareció en la delgada ranura. Si Ash era la medianoche personificada, ella era una manifestación de la luz del sol.

Una abundante melena de un rubio dorado caía por sus delgados hombros en espesos bucles perfectos que llegaban hasta una cintura imposiblemente estrecha ceñida por una túnica uno o dos tonos más pálidos que su pelo. La vaporosa tela se pegaba a un cuerpo ágil. Bajé la vista hacia los pantalones que llevaba, pensando que una de mis piernas debía de ser del tamaño de las dos suyas.

Volví a levantar la vista cuando se giró hacia Ash y deseé haber seguido mirándome la pierna, pues ninguno de los muchos cuadros y representaciones suyas que había visto le habían hecho justicia. Su tez cremosa era suave y rosa, sin una sola peca. La línea de su nariz y la forma de su frente eran

delicadas, como si la hubiesen fabricado con el mismo vidrio soplado de las figuritas que llenaban la oficina de mi padrastro. Y su boca era carnosa, unos labios perfectos, del tono de los melocotones. Era de una belleza increíble.

No me gustaba esta Primigenia.

No me gustaba, y era muy consciente de que mis razones eran... bueno, bastante mezquinas.

- —No —comentó Veses, al tiempo que levantaba su brazo desnudo. Llevaba un brazalete plateado igual que el de Ash en torno al delgado bíceps. Deslizó la mano por el brazo de él—. Solo ofendes de manera intencionada.
 - —Me conoces demasiado bien. —Ash abrió la puerta de su oficina.

Ahora *sí* que no me gustaba nada.

Ni él.

Ni nadie.

—¿Ah, sí? Si fuese así, no me habría pillado tan desprevenida el rumor que he oído. —Sus finos dedos llegaron hasta el brazalete que rodeaba el brazo de Ash.

Por una vez, una vez de las muy raras en mi vida, opté por ser cauta y me quedé donde estaba. Era una *Primigenia*. Una que podía conferir mala suerte con solo chasquear los dedos. Y los dioses sabían que ya tenía bastante de eso en mi vida. Aun así, me costó un esfuerzo supremo permanecer escondida.

Ash la miró. Eran casi de la misma altura, así que apenas tuvo que agachar la cabeza para mirarla a los ojos.

—¿Y cuál es ese rumor que has oído?

Veses jugueteó con el brazalete mientras yo me preguntaba cuánto le dolería a un Primigenio que le clavaran una daga de piedra umbra en el pecho.

—He oído que has tomado una consorte.

Me quedé boquiabierta y me apreté aún más contra la columna. Una media sonrisa curvó los labios de Ash.

—Las noticias vuelan.

Los dedos de Veses se detuvieron mientras miraba a Ash con los ojos entornados. Un leve resplandor plateado se extendió por su piel. Sus delicados rasgos se endurecieron.

- —¿O sea que es verdad? —Preguntó, y me dio la impresión de que no estaba nada contenta.
 - —Lo es.

La mujer no habló durante un buen rato.

- —Eso es... muy intrigante.
- —¿Ah, sí? —El tono indiferente de Ash me molestó.

—Sí. —Veses sonreía ahora con los labios apretados—. Estoy segura de que no seré la única que lo encontrará intrigante, Nyktos.

Un músculo se apretó en la mandíbula de Ash cuando la Primigenia levantó la mano de su brazo y la deslizó por su pecho al tiempo que entraba en la oscuridad de su oficina. Ash la siguió, con una mano todavía sobre una de las puertas. Se detuvo en el umbral y se giró...

Miró directamente hacia el recoveco en el que yo estaba.

Abrí los ojos como platos y me apresuré a pegar la espalda a la pared. Sabía que estaba ahí. ¿Qué demonios? Con el corazón desbocado, esperé hasta que oí que la puerta se cerraba antes de asomarme entre la columna y la pared. El pasillo estaba desierto.

Una oleada de irritación completamente nueva discurrió a través de mí cuando salí del rincón. Ash había estado tan ocupado estos últimos días que apenas lo había visto, y sin embargo ¿le hacía un hueco a esta Veses? Que, vale, era una Primigenia, pero de todos modos...

Pasé a toda prisa por delante de la biblioteca en dirección a las escaleras traseras que había descubierto hacía unos días y salí con discreción por la puerta lateral cercana a la cocina al mundo gris de las Tierras Umbrías. Hoy no había brisa. El aire estaba como estancado, inmóvil. Levanté la vista y vi que no había nubes. Nunca había nubes, pero las estrellas centelleaban en lo alto, cubrían el cielo entero.

Crucé el patio y levanté la vista hacia el enorme e imponente Adarve. Como esperaba, no había guardias. Jamás los había visto a este lado. Por lo general, patrullaban por la sección oeste, la parte de delante y el lado norte del Bosque Rojo, que daba a Lethe.

La hierba gris crujía bajo mis botas según andaba. En realidad, no tenía ni idea de a dónde estaba yendo. Lo único que sabía era que no podía pasar ni un minuto más ni en esa biblioteca triste y polvorienta, ni en mis aposentos, ni en el palacio vacío y desnudo en el que me sentía tan invisible como lo había hecho en Wayfair.

Y era una tontería, porque solo necesitaba que me viera Ash, pero seguía dándome la impresión de ser un fantasma. De no ser nada.

No me había dado cuenta de lo cerca que estaba del Bosque Rojo hasta que me encontré a pocos pasos de una de las hojas de sangre. Mis pasos se ralentizaron mientras las miraba con atención, curiosa. Jamás en mi vida había visto una hoja de un tono rojo tan vibrante. Ni una corteza de ese tono hierro. ¿Qué podía haber vuelto los árboles de este color? Avancé un poco más, solo unos pocos centímetros dentro de donde se me prohibía ir. Recordé

la advertencia de Ash, pero ¿cuán peligroso podía ser el bosque cuando no había ninguna verja ni ningún muro que lo separara de Haides?

Me giré hacia atrás y no vi ninguna señal de Ector. Con Saion y Rhain investigando lo de la mujer desaparecida en Lethe, no había nadie que pudiera volver corriendo al palacio a delatarme.

Y tampoco era como si no fuese capaz de cuidar de mí misma mientras Ash estaba ocupado con Veses, haciendo solo los dioses sabían qué.

Un leve dolor amenazó con volver a mis sienes mientras levantaba una mano para tocar la hoja de una rama baja. La textura era suave y lisa; me recordó al terciopelo. Deslicé el pulgar por la blanda hoja y mi mente conjuró la imagen de Ash haciendo lo mismo con un mechón de mi pelo.

¿Estaría Ash tan fascinado por el pelo de Veses como tan a menudo parecía estarlo con el mío? Supuse que sí. Tenía unos rizos gruesos y elásticos que no parecían una maraña de enredos como los míos.

«Soy lo peor», musité. Puse los ojos en blanco, bajé la mano y avancé un poco más.

No debería sorprenderme que Ash estuviese expresando su interés en esa oficina con Veses. Era obvio que me había hecho una impresión equivocada con lo que había dicho acerca de su experiencia. La manera en que me había besado y tocado debería haber sido evidencia suficiente de que tenía bastante destreza. Una destreza que estaba dispuesta a apostar que Veses también conocía muy bien. Hice una mueca...

Un agudo chillido de dolor hizo que parara en seco. Levanté la vista justo cuando algo alado y plateado caía a plomo entre las hojas rojas para estrellarse contra el suelo con un ruido sordo. Un *halcón*. Era un gran halcón plateado. Otro bajó en picado desde lo alto, pero dio media vuelta en cuanto me vio. Ni siquiera sabía que había este tipo de halcones en Iliseeum, no digamos ya en las Tierras Umbrías. Solo había captado lejanos atisbos de ellos volando en círculo por las mismísimas copas de los Olmos Oscuros.

Con los ojos muy abiertos, observé cómo el halcón trataba de levantar un ala claramente rota. Un riachuelo rojo bajaba por su cuello y por su tripa mientras aleteaba impotente sobre la hierba gris. Graznó de un modo lastimero y sus garras oscuras arañaron el suelo, tallando surcos en la tierra.

¿Qué me pasaba con los animales heridos? ¿Por qué siempre acababan...?

El calor palpitó en mi pecho, repentino e intenso. El aluvión de *eather* que inundó mis venas justo después me dejó aturdida. Era muy parecido a lo que ocurría cuando estaba cerca de algo que había muerto, pero este halcón... seguía vivo.

Confundida, bajé la vista hacia mis manos cuando apareció un aura tenue. La luz parpadeaba con suavidad entre mis dedos y por encima de mi piel. Era igual que cuando había tocado a Marisol.

Solo que Marisol sí estaba muerta.

«¿Qué demonios?». Miré hacia el halcón mientras mi pecho palpitaba con fuerza y sentí... un impulso que me atravesaba de arriba abajo. Una exigencia que vibraba y me empujaba hacia delante. Antes de darme cuenta siquiera de lo que estaba haciendo, me había arrodillado al lado del halcón. El blanco de sus ojos destacaba muchísimo mientras su mirada desquiciada iba del cielo a mí y luego de vuelta al cielo.

El halcón se quedó muy quieto. Sabía que seguía vivo, aunque no lograba distinguir si respiraba. Era el *don*. Lo sabía. De algún modo, sabía que el halcón aún vivía, aunque no me atacara con unos espolones que podían desgarrar mi piel con gran facilidad.

Un aura de electricidad estática levitaba en torno a mis manos a medida que el calor se acumulaba en las palmas. No sabía lo que estaba pasando, y tampoco entendía este instinto tan poderoso, pero parecía algo viejo. Antiguo. Igual que esa sensación oscura y oleosa que había tenido cuando me obligaron a arrodillarme delante de la estatua de Kolis y miré a Tavius. Era innegable y no había nada que pudiera hacer más que obedecer. Puse las manos sobre la barriga expuesta del halcón, rezando por que se quedara quieto.

El zumbido se avivó con intensidad en mi pecho y la luz de alrededor de mis manos refulgió durante un instante antes de extenderse por encima del halcón y por el suelo, chisporroteando y crepitando al filtrarse dentro de la tierra, y luego al serpentear por ella.

Contuve la respiración de golpe cuando el halcón sufrió un espasmo y emitió un agudo chillido. El pánico cerró sus garras en torno a mi mente. No podía ver al halcón debajo del resplandor. ¿Y si había hecho algo horrible? ¿Y si había matado al ave? Si era así, no volvería a tocar nada más en toda...

Un ala áspera y pesada se enderezó y se deslizó hacia abajo, rozando mi mano. Sobresaltada, retiré el brazo de un tirón y caí de culo. El aura se replegó y el halcón...

Se puso en pie, levantó ambas alas como si las estuviera probando. La envergadura del ave era enorme y pensé en las viejas historias que me había contado Odetta sobre este tipo de aves de presa. Cómo eran capaces de levantar a animales pequeños e incluso a niños. No le había creído.

Ahora que veía uno tan de cerca, sí que lo hacía.

La cabeza del halcón giró en redondo hacia mí. Me aseguré de no hacer ningún movimiento repentino mientras me miraba con unos ojos planos y negros llenos de inteligencia. El halcón gorjeó con suavidad, un sonido impactante que me recordó a lo que había hecho el *draken*.

Después emprendió el vuelo.

Y yo me quedé ahí plantada, sentada de culo, completamente alucinada. Mi contacto... ¿lo había curado? Jamás había hecho nada así, aunque tampoco lo había intentado. Mi mirada perpleja cayó a mis manos mientras ese calor embriagador seguía fluyendo por mi interior, aliviando la tensión de mis hombros. ¿Acaso estaba cambiando V ¿Evolucionando? No creí que fuese así antes, porque había estado con animales y personas heridas varias veces. No me había sentido así cuando Tavius había azotado a su caballo y yo había intervenido, pero sí pude... percibir que aún vivía. Igual que podía percibir cuando algo había pasado al otro mundo. ¿Y Odetta? Mi don se había avivado mientras ella dormía. Lo había achacado al miedo, pero a lo mejor me había equivocado. A lo mejor mi don me había estado instando a curarla. Bajé las manos a la hierba y las enrosqué...

La hierba.

Bajé la vista. La hierba estaba gris como... como la Podredumbre, pero blanda. Respiré hondo y reconocí el olor a lilas marchitas. Levanté la vista, la deslicé por los finos hierbajos ralos que crecían por el suelo del Bosque Rojo. Me vino a la mente el recuerdo de los árboles que había visto cuando entré en las Tierras Umbrías. El Bosque Moribundo. Sus ramas eran nudosas, desprovistas de hojas, y la corteza también era gris, de un tono acero oscuro, igual que estos.

Igual que los de Lasania infectados por la Podredumbre.

«Mierda», susurré.

¿Cómo podía no haberme dado cuenta hasta ahora? ¿Esto era la Podredumbre? ¿Una posible consecuencia de que el trato no se hubiese cumplido? ¿O era otra cosa?

Una ramita se rompió por ahí cerca y supe al instante que no eran Ash ni ninguno de sus guardias. Ellos no habrían hecho ni un ruido. Me llegó otro chasquido y el olor a flores marchitas se intensificó.

Mi mano voló hacia donde llevaba la daga envainada en el muslo al tiempo que me levantaba del suelo y daba media vuelta.

El espacio entre los árboles de hojas rojas no parecía del todo correcto. Guiñé los ojos. Las sombras ahí eran... eran más espesas, se movieron *hacia*

delante para quedar iluminadas por los rayos de luz fragmentarios procedentes de las estrellas. Pantalones oscuros. Piel cerosa. Cráneos calvos y bocas demasiado estiradas pero también cosidas.

Los reconocí de inmediato.

Cazadores.

Capítulo 29



Se me hizo un nudo en el estómago, pero no me impidió correr a esconderme debajo de una rama baja y muy frondosa. Me quedé ahí debajo, rezando por que no me hubiesen visto, y los conté a toda prisa. Había cinco. Por todos los dioses. Me quedé completamente quieta mientras avanzaban en una formación en uve.

¿Qué estaban haciendo en las Tierras Umbrías?

Ash había insinuado que habían ido al mundo mortal a buscarlo a él. ¿Lo estarían buscando de nuevo? Era obvio que lo habían encontrado, pero ¿a qué habrían venido?

Me aseguré de no hacer ni un ruido mientras desenvainaba la daga de piedra umbra. No quería llamar su atención, puesto que no quería volver a ver cómo se le abría la boca a ninguno de ellos.

Recordé que Ash había sido el primero en atacar, así que pensé que había bastantes posibilidades de que siguieran adelante aunque me hubiesen visto. Sin atreverme a respirar demasiado hondo siquiera, observé cómo se acercaban. Seguid adelante. Solo seguid caminando de ese modo tan espeluznante y...

La cabeza del Cazador más próximo a mí voló en mi dirección. Los otros se detuvieron al unísono y se giraron hacia donde yo estaba.

«Mierda», susurré otra vez, al tiempo que me enderezaba. El Cazador que se había parado primero ladeó la cabeza.

—Hola... —Los otros cuatro también la ladearon—. Solo estoy... dando un paseo —continué. Apreté más la mano en torno a la rama—. Eso es todo. Vosotros haced lo que sea que estéis haciendo y...

El primer Cazador dio un paso al frente al tiempo que echaba mano de la empuñadura de la espada que llevaba cruzada a la espalda. Maldita sea.

Tiré de la rama hacia atrás y luego la solté. Salió volando en dirección contraria y golpeó al Cazador en plena cara. La criatura se tambaleó hacia atrás y soltó un gruñido amortiguado. No perdí ni un segundo, no después de saber lo que podía salir por la boca de esa cosa. Recordé las instrucciones de Ash: la cabeza o el corazón. Me decidí por el corazón, porque no quería estar en ninguna parte cerca de esa boca. Salí corriendo de debajo de las ramas. O al menos lo intenté. Mi pie se enganchó con algo, una raíz expuesta o una roca.

«¡Maldita sea!». Me tambaleé, desequilibrada. Estiré el brazo y planté la palma de la mano sobre el pecho del Cazador para mantenerme en pie. Noté su piel fría y exangüe, como arcilla para modelar. Me estremecí. Dio la impresión de que mi contacto estaba afectando a la criatura. Sus ojos se abrieron como platos y un gemido amortiguado reverberó en su interior. Los otros hicieron ese mismo sonido mientras yo clavaba la daga bien profundo en su corazón. Dio una sacudida, sin sonido alguno esta vez. Liberé la daga y me giré hacia los otros mientras el primero empezaba a marchitarse para acabar desintegrándose en una fina capa de polvo que olía a lilas podridas.

Cuatro Cazadores más. Aquello no tenía muy buena pinta, pero no dejé que el pánico se apoderara de mí e incrusté la daga en el pecho del siguiente. Giré en redondo, todos los músculos en tensión. Ninguna de las criaturas hizo ademán de desenvainar su espada, pero sí vinieron a por mí, y noté una sensación salvaje cuando la adrenalina se disparó, dando la bienvenida a la *pelea*. Al gasto de energía. Quizás incluso al hecho de matar. No lo tenía muy claro.

En cualquier caso, sonreí.

—Vamos.

Dos de ellos avanzaron y yo pasé como una exhalación entre ambos. Giré en redondo y lancé una patada que le dio a uno en el pecho. El Cazador se tambaleó al tiempo que yo daba la vuelta para clavarle a él también la daga en el pecho. Una mano fría se cerró sobre mi brazo. Me encogí al sentirlo, pero me giré a toda velocidad y di un paso hacia él. Sus uñas sorprendentemente afiladas cortaron la piel de mi brazo hasta el punto de hacerme sangre. Bufé ante el escozor y estrellé mi codo contra su barbilla, de modo que su cabeza dio una sacudida hacia atrás. La criatura me soltó y la apuñalé con saña, también en el pecho.

Cuando explotó, le eché un rápido vistazo a mi brazo. Se me habían formado pequeños bultos hinchados donde me había arañado, con gotitas de sangre en ciertas partes.

«Bastardo», escupí.

Un grito amortiguado me hizo girar justo a tiempo de ver que algo agarraba al Cazador restante de las piernas y lo arrastraba *dentro del suelo*.

Me tambaleé hacia atrás, con los ojos clavados en el punto por donde había desaparecido el Cazador en la tierra gris removida. ¿Qué acababa de pasar? ¿Qué demon...?

Pedazos de gris salieron volando del suelo y rociaron el aire. Varios géiseres brotaron al mismo tiempo, escupiendo tierra y hierba. Levanté una mano cuando las piedrecitas empezaron a golpear mis mejillas. Y justo cuando bajaba el brazo, otra sección de suelo entró en erupción justo delante de mí.

Y lo que salió disparado de ese agujero alimentaría pesadillas que me durarían la vida entera.

Di un salto atrás y miré estupefacta a lo que desde luego que no era un Cazador. Acuclillado al borde de la irregular fisura, había algo que daba la impresión de haber sido mortal en algún momento. *Haber sido* eran las palabras clave. Tenía la piel descolorida, de un gris pálido, excepto por los oscuros manchurrones casi negros debajo de los ojos. Las mejillas estaban hundidas, los labios desprovistos de color. Sus vestiduras, antaño blancas, estaban polvorientas y ajadas, desgarradas. Colgaban de unos hombros huesudos y rodeaban sus caderas igual de escuálidas, revelando parches de piel exangüe debajo.

¿Sería una Tiniebla?

De ser así, Davina y Ash habían olvidado mencionar que estaban dentro del jodido *suelo*.

Empecé a retroceder con cuidado. Apreté la mano sobre mi daga a medida que más de esas cosas iban apareciendo. Salían del suelo a una velocidad increíble; demasiado deprisa para algo que parecía muy muy muerto. Vi a cuatro de ellos, todos acuclillados, las aletas de la nariz muy abiertas al mirarme. Estaban... *olisqueando* el aire. Un gemido grave y gutural emanó de uno de ellos. Deslicé la mirada hacia el origen del sonido mientras continuaba ampliando el espacio entre ellos y yo. Era una mujer. Pegotes de pelo negro e hirsuto colgaban de su cráneo. Se puso en pie.

—No te acerques más —le advertí, y la mujer se detuvo. Mi corazón aporreaba mis costillas como un martillo. Si eran Tinieblas, no estaba segura

de si debía matarlas. Nadie había mencionado en qué consistía exactamente lo de lidiar con ellas.

La mujer me miró. Todos ellos me miraban, y ya no olían el aire. Ese sonido rasposo, como rechinante, brotó de nuevo, de otro de ellos esta vez, y aumentó hasta ser un agudo gemido. Se me puso la carne de gallina. Sonaba... *hambriento*.

La boca de la mujer se abrió, sus labios se retrajeron para revelar sus *colmillos*. Nadie había mencionado tampoco que tuvieran colmillos cuando habían dicho que las Tinieblas podían ponerse mordisconas. ¿Por qué diablos tenían colmillos? ¿Por qué los había desarrollado Andreia una vez muerta? ¿Es algo que les ocurría a las divinidades?

¿Y por qué en todo el jodido mundo estaba pensando siquiera en eso ahora mismo?

El gemido lastimero terminó en un bufido, y ese fue más o menos el momento en que decidí que esta era una pelea en la que no quería verme implicada. Empecé a darme la vuelta y solo entonces me di cuenta de lo mucho que me había alejado del palacio.

Ash se iba a enfadar.

Aunque ese no era ni mi problema ni mi preocupación más acuciante. La criatura se lanzó a por mí, las manos enroscadas como garras, la boca estirada de oreja a oreja.

No había tiempo para huir.

Di un paso hacia ella para repeler su ataque e incrusté la daga en su pecho. La zona más hundida dejó paso a la hoja y una oscura sustancia centelleante que olía a podrido y a putrefacción salpicó mi mano. Sangre. Era una *sangre* centelleante. Se le doblaron las piernas y solté una exclamación ahogada ante el repentino peso muerto de su cuerpo. Pillada por sorpresa, casi caí con ella, y apenas tuve tiempo de liberar la daga y mantenerme en pie. La mujer se quedó donde había caído, las piernas retorcidas debajo del cuerpo, la boca abierta y los ojos fijos en ninguna parte. Esperé, pero no se desintegró en polvo como los Cazadores.

Levanté la cabeza a toda velocidad cuando otro bufó y se me heló la sangre en las venas. Habían aparecido cuatro más de esas cosas entre los árboles, procedentes de agujeros en el suelo de cuya existencia no me había percatado siquiera.

Ash se iba a enfadar muchísimo.

Uno salió disparado a por mí, enseñando los colmillos. Intentó darme un puñetazo. Me agaché por debajo de su brazo y le lancé una patada que le dio

en la pierna. Un hueso crujió e hizo que se me revolviera el estómago. La patada no había sido *tan* fuerte, pero estaba claro que se había roto por la espinilla. Aun así, prosiguió su ataque, arrastrando la maltrecha pierna. Me abalancé sobre él e incrusté la daga bien hondo en su pecho. La criatura empezó a caer...

Su peso se estrelló contra mí y me arrastró al suelo. Me retorcí hasta quedar de espaldas y una cara espantosa apareció a pocos centímetros de la mía, con intención de darme una dentellada. Estampé la mano contra su pecho para mantenerlo a distancia y tiré de la daga con la otra mano. Un grito de frustración se acumuló en mi garganta cuando no cedió.

Oh, por todos los dioses, estaba *atascada* dentro de la criatura que había caído.

Tiré con todas mis fuerzas. Mi brazo temblaba bajo la presión de esa cosa que además seguía lanzando tarascadas al aire. Sabía que si esos colmillos se acercaban siquiera a mi piel, la desgarrarían como si fuese mantequilla. El pánico empezó a filtrarse en mi interior mientras me contoneaba. Logré meter una pierna debajo de la criatura y clavé una rodilla en la zona de su abdomen, lo cual alivió parte de su peso de mi brazo. La daga se movió un par de centímetros. Tiré más fuerte...

Unos dedos fríos y *sin piel* se clavaron en mi tobillo y tiraron con fuerza. Logré liberar la daga, pero mi mano también resbaló del pecho de la criatura. El terror tenía un sabor amargo en el fondo de mi boca mientras columpiaba la daga para incrustar su hoja en un lado de la *cabeza* de esa cosa. Una sangre oscura y hedionda roció mi rostro. Me dieron arcadas. Liberé la daga mientras la otra criatura me arrastraba por el suelo, sus dedos huesudos clavados en mi pantorrilla, en mi muslo. Me moví para estirar los brazos hacia la criatura cuando vi a los otros cernirse sobre nosotros. No había tiempo suficiente. Aunque lograra matar a una o dos más, no sería suficiente. Lo sabía incluso mientras arremetía otra vez con la daga.

Una ráfaga de aire frío y furia glacial rugió entre los árboles y sumió a las hojas rojas en un torbellino por encima de mi cabeza. La criatura que me sujetaba de la pierna salió volando de repente hacia atrás y hacia arriba.

Ash.

Capté un atisbo de las duras líneas de su rostro cuando tiró a la criatura a un lado para empalarla en una rama baja.

Solté una temblorosa bocanada de aire y levanté la mirada.

—Ni se te ocurra —me cortó Ash, al tiempo que giraba en redondo—. No digas ni una sola palabra.

Me levanté a toda velocidad.

- —¿Cómo dices?
- —Por si tienes problemas con las cuentas, esas son dos palabras. Agarró a otra criatura del cuello, pero a esta no la tiró a un lado. La levantó por los aires y esa aura blanca y plateada afloró, fluyó por su brazo—. Te interesa quedarte callada.

Abrí la boca cuando la energía crepitante y chisporroteante surgió de su mano para extenderse por encima de la criatura. Un entramado de venas se iluminó bajo la piel de esa cosa, de un ardiente tono blanco. Aulló cuando estalló en llamas plateadas. Cerré la boca de golpe y me tambaleé un paso hacia atrás contra unas manos rígidas. Di un salto a un lado cuando la criatura ardiente y las llamas se evaporaron.

- —Quiero...
- —Yo quiero que guardes silencio —repitió Ash, al tiempo que estampaba su mano contra la cara de otra criatura. La energía plateada se extendió también por encima de ella y la cosa aulló. Ash la empujó a un lado y la criatura salió volando, agitando manos y pies por el aire en su caída—. Y quiero que pienses en lo que acabas de hacer.

Parpadeé, confundida.

—¿También quieres que encuentre un rincón en el que sentarme?

La cabeza de Ash voló en mi dirección y se me cayó el alma a los pies. Sus ojos estaban más brillantes que las estrellas.

- —¿Eso te ayudará a pensar mejor? —Agarró a otra criatura del hombro, sin necesidad de mirarla siquiera—. Porque si es así, entonces por favor, encuentra un rincón.
- —No soy una niña pequeña —repliqué, al tiempo que la criatura estallaba en llamas y en gritos.
- —Joder, menos mal. —Fue hacia la que había quedado empalada en el árbol.
 - —Entonces no me hables como si lo fuera.

Ash plantó la mano contra su cabeza mientras esa cosa le lanzaba una dentellada. El *eather* cubrió a la criatura para hacerla desaparecer. Ash se volvió hacia mí.

—No tendría que hacerlo si no te comportaras como una que no es capaz de cumplir sus promesas. —El bosque quedó en silencio a nuestro alrededor —. ¿Qué te dije acerca de este bosque? ¿Olvidaste lo que te dije que ocurriría si entrabas en él?

- —Bueno, no lo olvidé. Es solo que... —Ash me miró expectante, las aletas de la nariz muy abiertas, los ojos dando vueltas como locos—. ¡*Tú* entras en él! —razoné—. Te he visto entrar dos veces.
- —Yo no soy tú, Sera. —Dio un paso hacia mí—. ¿Sabes lo que hay en este bosque? ¿En el mismísimo sitio en el que te prohibí entrar? ¿En el que acordaste no entrar? ¿Sabes lo que existe aquí y que hace que todas las hojas de los árboles se pongan rojas? —me preguntó, mientras el fulgor de sus ojos empezaba a menguar.

Eché un vistazo a los cuerpos que quedaban.

—¿Tinieblas?

Soltó una risa áspera.

—Esas cosas no eran Tinieblas. Estás en el Bosque Rojo, donde la sangre de los dioses sepultados empapa cada raíz de cada árbol. Estos son árboles de sangre.

Un escalofrío bajó por mi columna y tuve que hacer un esfuerzo por resistirme al impulso de trepar a uno de esos árboles rojos solo para alejarme del suelo.

- —¿Por qué demonios tienes dioses sepultados en el suelo?
- —Su sepultura es un castigo —contestó, y no había forma de que pudiera detener la creciente marea de horror al pensarlo. Ash entornó los ojos—. Un castigo que la mayoría encontraría demasiado leve para las atrocidades que cometieron.

Tendría que creer lo que decía.

- -¿Cómo se han soltado? ¿Pasa a menudo?
- —No debería. —Esos ojos plateados se clavaron en mí—. Estos no llevan aquí abajo tanto tiempo —explicó, y de verdad que no quería pensar en los que sí llevaban ahí abajo más tiempo—. Pero todos ellos están tan cerca de la muerte como pueden estarlo sin de verdad estar muertos. Suelen estar retenidos por unas cadenas mágicas y no deberían ser capaces de romper ese tipo de ataduras.

Los dioses eran extremadamente poderosos. No podía ni imaginar qué usarían para contenerlos.

- —¿De qué están hechas esas ataduras?
- —De los huesos de otros dioses y magia primigenia —contestó, y se me revolvió el estómago—. Se colocan encima de los dioses y se emplean para atar sus muñecas y sus pies. Si forcejean, los huesos se clavan en su piel.

Deslicé los ojos hacia las hojas de los árboles.

—¿Es el castigo lo que hace que su sangre cambie el color de las hojas?

- —En este caso, sí. —Arqueé las cejas en ademán inquisitivo—. En cualquier sitio donde haya un dios o un Primigenio sepultado, o donde se derrame su sangre, verás un árbol de sangre. Sirve como monumento conmemorativo o como advertencia —explicó—. Sea como fuere, no es una tierra que uno deba remover.
 - —Es bueno saberlo —murmuré—. Pero yo no removí la tierra.
 - —Oh, sí —afirmó, y sus ojos refulgieron de nuevo—. Sangraste.

Al principio no entendí a qué se refería, pues había olvidado los arañazos. Bajé la vista hacia mi brazo.

- —Apenas.
- —Eso no importa. Una única gota hubiese despertado a los que no están sepultados tan profundo. Los atrae cualquier cosa viva, y tú, *liessa*, estás muy viva. De no haber llegado cuando lo hice, te habrían devorado entera.
- ¿Devorarme... entera? Me estremecí y pensé que seguramente era bueno que no hubiese mencionado a los Cazadores.
 - —Los estaba repeliendo...
- —Apenas —me cortó—. Se hubiesen encargado de ti. Y todo esto… Columpió una mano por el aire—. Todo lo que se ha hecho para mantenerte a salvo no habría valido para *nada*.

Aspiré una bocanada de aire mareante.

- —¿Tengo que recordarte que nunca te pedí que hicieras nada para mantenerme *a salvo*?
- —No hay ninguna necesidad de que me lo recuerdes, pero tratar contigo me trae a la memoria un dicho famoso.
 - —No puedo esperar a oírlo —mascullé, al tiempo que envainaba mi daga.
- —El camino al infierno está empedrado de buenas intenciones —dijo—. Quizá lo hayas oído alguna vez.
- —Suena como algo que harías bordar en un cojín. —Me lanzó una mirada que indicaba que mi comentario no le hacía ninguna gracia—. Además, ¿qué estás haciendo aquí siquiera? —exigí saber—. Creía que estabas *ocupado* con una llegada inesperada.
- —Estoy muy ocupado con esa invitada. Pero aun así, aquí estoy, salvándote la vida —repuso—. Otra vez.

No estaba segura de qué parte de esa afirmación me molestaba más. La parte en que se refería a Veses como una invitada, o el hecho de que me hubiera salvado. Otra vez.

—Tengo unas ganas inmensas de apuñalarte de nuevo.

Un lado de sus labios se curvó hacia arriba.

- —Parte de mí estaría encantado de verte intentarlo. Sin embargo, estoy ocupado distrayendo a la mencionada invitada...
- —¿Distrayendo? —Me reí al mismo tiempo que mi corazón se retorcía y se me caía el alma a los pies—. ¿Cómo estás distrayendo a tu invitada en tu oficina? ¿Con una *conversación* estimulante y tu abundante *encanto*?

Su sonrisa se volvió tan fría como su ira.

—Como estoy seguro de que recuerdas, mi encanto es muy abundante. Me puse roja.

- —He estado tratando de olvidar tu encanto demasiado inflado.
- —¿No has sido tú la que acabas de referirte a él como abundante? —Sus ojos centellearon de un intenso color mercurio. El calor de la ira y algo mucho más potente escaldaron la parte de atrás de mi cuello.
 - —Estaba siendo *ingeniosa*.
 - —Sí, claro.
 - —Estaba...
- —No tengo tiempo para esto. —Se giró hacia atrás y dio un grito—. ¡Saion!

El dios apareció entre los árboles de hojas rojas; tenía los labios fruncidos y los ojos muy abiertos.

—¿Sí? —respondió, alargando la palabra.

Oh, santo cielo, ¿llevaba rondando entre las sombras todo este tiempo? ¿Cuándo había regresado?

- —¿Puedes asegurarte de que vuelva al recinto del palacio lo más deprisa posible sin que se meta en más líos entre aquí y allí? Y cuando hayas terminado, busca, por favor, a Rhahar. Tendremos que revisar los sepulcros —dijo Ash, al tiempo que me lanzaba una larga mirada de advertencia—. Te lo agradecería mucho.
- —Suena como una tarea bastante simple —repuso el dios. Ash resopló con desdén.
 - —Suena así, pero puedo asegurarte que no lo será.

Ofendida, di un paso adelante.

- —Si el bosque es tan peligroso, ¿por qué no hay ninguna verja ni muro para cerrar el paso?
 - El Primigenio se giró hacia mí.
- —Porque la mayoría de la gente es lo bastante inteligente para no entrar en el bosque una vez advertida. —Entornó los ojos—. La palabra clave es *mayoría*.
 - —Eso ha sido muy grosero —musité.

—Y lo que tú hiciste fue una imprudencia. Así que aquí estamos. —Ash dio media vuelta y empezó a alejarse antes de que pudiera responder. Pasó por al lado de Saion—. Buena suerte —le deseó.

Me quedé boquiabierta. Saion arqueó las cejas al girarse hacia mí. Ninguno de los dos se movió hasta que Ash hubo desaparecido entre los árboles.

—Bueno... esto es un poco incómodo. —Crucé los brazos delante del pecho—. Espero de todo corazón que no vayas a ponérmelo difícil —añadió —. He tenido un día bastante largo ya de por sí.

Sentí un pequeño impulso muy infantil de salir corriendo y hacer su día mucho mucho más largo de lo que ya era. Pero no tenía ningunas ganas de seguir en una zona donde había dioses sepultados. Así que avancé dando pisotones como la adulta que era. El dios arqueó una ceja y sonrió.

- —Gracias. —No dije nada al pasar por su lado. Me alcanzó sin ningún esfuerzo. Estuvo callado durante unos pocos segundos maravillosos—. ¿Cómo acabaste sangrando?
- —No estoy segura —mentí—. Debí arañarme el brazo con la corteza de un árbol. ¿Habéis encontrado a la mujer desaparecida? —pregunté para cambiar de tema.
 - —No, no la encontramos.
- —¿Crees que le ha…? Oooh. —Me golpeó un mareo repentino. Saion se detuvo.
 - —¿Estás bien?
- —Sí, yo... —Un dolor atroz explotó dentro de mí y me hizo retroceder. Me tambaleé hacia atrás mientras un calor abrasador recorría mi brazo y cruzaba mi pecho, impactante por su intensidad y por lo inesperado que fue. Aturdida, miré abajo a la derecha. Esperaba ver una flecha clavada en alguna parte de mi cuerpo, pero no vi nada más que los tres arañazos que bajaban por mi antebrazo... y las finas líneas negras que irradiaban desde las marcas y se extendían por mi piel.
- —Mierda —soltó Saion cuando choqué contra un árbol. Me agarró la mano y apenas sentí la extraña sacudida de energía ante su contacto—. ¿Con qué te has hecho esto? Y ni se te ocurra decirme que fue con un árbol. Un árbol no haría eso.

Intenté tragar saliva, pero notaba el cuello extrañamente tenso.

—Yo... había Cazadores en el bosque. *Gyrms*. Uno de ellos... —Un extraño sabor floral se arremolinó en el fondo de mi boca. Noté un cosquilleo por los brazos y las piernas—. No... no me encuentro muy bien.

- —¿Alguno de ellos te arañó? —El *eather* palpitaba detrás de las pupilas de Saion—. Sera, ¿te arañaron? —Bajó la cabeza hacia mi brazo y *olió* la herida.
- —¿Por qué... por qué me estás oliendo? —Mis piernas cedieron debajo de mí y una luz estalló detrás de mis ojos al tiempo que oía a Saion gruñir:
 - —Joder.

Y después no sentí nada.

Capítulo 30



Despertar fue como abrirme paso entre una densa niebla. Me costaba agarrarme a los breves retazos de recuerdos que destellaban sin fin a través de la nada brumosa. Una mujer desaparecida. Una Primigenia guapísima con un vestido amarillo pálido. Un halcón plateado herido. Cazadores y dioses sepultados y hambrientos. Un Cazador me había arañado y había hecho... había hecho algo. Me había mareado. Había habido un dolor repentino e intenso y luego me había desmayado.

La neblina se fue despejando a medida que iba recuperando el sentido. Poco a poco, fui consciente de que estaba tumbada bocabajo y tenía algo suave debajo de la mejilla. Un sabor diferente se arremolinó en mi boca. Amargo, pero también dulce.

Respiré hondo y tensé los músculos para desplazar mi peso hacia los antebrazos, preparada para levantarme...

—Yo no haría eso.

Al oír esa voz desconocida, abrí los ojos de golpe y miré al hombre sentado al lado de la cama. Tenía el pelo largo y negro, casi tan largo como el del dios Madis, veteado de tenues líneas carmesíes. Caía por encima de los hombros de su camisa suelta, los botones del cuello abiertos. No hubiese sabido decir qué edad tenía. Sus rasgos eran francos y orgullosos, solo un indicio de arrugas en los bordes de los ojos. Estaba prácticamente despatarrado en la silla, sus largas piernas estiradas y cruzadas por los tobillos, sus pies descalzos apoyados en la cama, los codos apuntalados sobre los reposabrazos de la silla y las manos colgando sueltas a los lados. Pensé que nadie podía parecer más relajado, aunque había una inconfundible tensión

enroscada y zumbando debajo de la cálida piel broncínea, como si pudiese ponerse en movimiento sin previo aviso.

Mientras lo miraba, me di cuenta de tres cosas al mismo tiempo. Jamás había visto a este hombre. Estaba total y absolutamente *desnuda* debajo de una sábana que me habían echado por encima sin que recordara cómo ni por qué había ocurrido eso. Y sus ojos... no estaban *bien*. Los iris eran del color del vino, y sus pupilas, meras ranuras delgadas y verticales, muy parecidos a los de... los de Davina. Mi corazón trastabilló dentro de mi pecho.

Era un draken.

El hombre no sonreía, tampoco fruncía el ceño. No había nada suave en sus rasgos. Se limitaba a mirarme desde donde estaba sentado. Se me puso la carne de gallina.

—La toxina de tu cuerpo debería haber desaparecido ya —anunció—. Pero si quieres sentarte, lo haría despacio, solo por si acaso. Si vuelves a desmayarte, es posible que Ash se muestre molesto.

Ash.

Este *draken* era la primera persona a la que había oído referirse al Primigenio por su apodo.

- —¿Quién... quién eres? —pregunté con voz ronca, la garganta dolorida y seca.
 - —Ya nos habíamos visto.

Mi corazón se aceleró aún más.

- —¿En... en la carretera, cuando llegamos?
- —Soy Nektas —confirmó, tras asentir.

Lo miré de nuevo. Era un hombre grande. Quizá tan alto como Ash, pero aún no podía imaginar cómo podía transformarse en la inmensa criatura que había visto en la carretera. Miré detrás de él, más allá del poste de madera pulida de la cama, donde las vaporosas cortinas blancas habían sido recogidas y atadas. Vi solo formas borrosas en la penumbra de la habitación.

- —¿Dónde… dónde está Ash?
- —Está comprobando las tumbas. —Nektas inclinó la cabeza un pelín y una larga cortina de pelo negro y rojo resbaló por encima de su brazo derecho
 —. Según él, estoy aquí para asegurarme de que no despiertes y te metas en un lío de inmediato.

Eso sonaba a algo que él diría, claro que sí.

—Yo no me meto en líos.

Nektas arqueó una ceja.

—¿En serio?

Opté por ignorarlo.

- —¿Quiero saber por qué estoy desnuda?
- —La toxina rezumaba por tus poros. Estabas cubierta de ella y tu ropa ya era para tirar. Ash pensó que no querrías despertar en ese estado —me informó—. Aios te desnudó y te bañó.

Bueno, eso era un alivio.

Más o menos.

- —¿Qué tipo de toxina?
- —El tipo que llevan los *gyrms* en las entrañas. La propagan con sus bocas y sus uñas. —El hombre *todavía* no había parpadeado—. Las vetas negras de tus brazos fueron la primera señal. Para cuando Saion te trajo hasta aquí, esas marcas cubrían tu cuerpo entero. Tienes suerte de estar viva.

Se me hizo un nudo en el estómago al mirar mi antebrazo. No había ninguna veta aparte de las tenues marcas rosadas de los arañazos.

De repente recordé lo que había dicho Ash acerca de las serpientes que habían salido de aquel Cazador. Que su mordedura era tóxica. Se le había pasado mencionar que las uñas de los *gyrms* también lo eran.

- —¿Cuánto tiempo he estado dormida?
- —Un día —contestó. Se me aceleró el corazón de nuevo.
- —¿Por qué no estoy muerta?
- —Ash tenía un antídoto —explicó—. Una poción que hacían antaño con una planta que crecía justo fuera de las Tierras Umbrías, cerca del río Rojo. La hierba ampolla detiene la expansión de la toxina y hace que el cuerpo la expulse. Ya queda muy poco de la poción. Su decisión de suministrártela te salvó la vida, lo cual fue una sorpresa.

La verdad era que no tenía ni idea de qué decir a eso.

—¿Crees que debería haberme dejado morir?

Esbozó una sonrisa de labios apretados.

—Hubiese sido mejor para él no haberte dado la poción.

Levanté la vista para mirarlo.

—¿Porque entonces se libraría del trato?

Nektas asintió, una confirmación de que era uno de los pocos que sabía de la existencia del trato y lo que conllevaba.

- —Se libraría de ti.
- —Guau —murmuré.
- —Sin ofender —repuso—. Pero él no eligió ese trato.

Le sostuve la mirada, esa mirada que no parpadeaba.

—Yo tampoco.

—Y aun así, aquí estáis los dos. —Nektas arqueó las cejas—. Y te salvó la vida cuando lo que más sentido tenía era dejar que siguieras tu camino.

Mi respiración estaba un poco atorada, por lo que me costaba seguir las instrucciones de sir Holland.

—Es probable que se sintiera mal —razoné, sin saber muy bien por qué estaba hablando de esto siquiera con el *draken*—. Por lo del trato. Se siente… responsable.

Esbozó otra sonrisa tensa.

—No creo que su decisión tuviera nada que ver con ese trato. No creo que ninguna de sus decisiones recientes lo hayan tenido.



Aios llegó poco después de que Nektas me dejara en un estado de total confusión. El *draken* había salido al balcón y yo había sujetado la sábana contra mi pecho mientras ella me procuraba una bata color marfil de una tela suavísima. Mis pensamientos daban tumbos de una cosa a la siguiente.

Todo lo que había hecho Ash, lo que estaba haciendo, se debía al trato. Ninguna parte de mí dudaba de que Ash se sintiera... obligado con respecto a mí. Un sentimiento de responsabilidad que esperaba poder explotar en mi beneficio.

El sabor amargo aún perduraba en mi boca cuando Aios me acercó la bata.

- —¿Qué tal te encuentras? —se interesó. Tenía el rostro más pálido de lo habitual. La preocupación crispaba su frente.
- —No como si me hubiesen envenenado —admití, al tiempo que ataba el fajín de la bata alrededor de mi cintura.
- —Supongo que eso es buena cosa. —Agarró varias almohadas y las ahuecó. Luego las colocó contra el cabecero de la cama—. Te traeré algo de beber.
 - —No tienes que hacerlo.
- —Lo sé. —Aios fue hacia la mesa y se remangó el jersey—. Hay muchas cosas que no tengo que hacer pero que elijo hacer. Esta es una de ellas. ¿Whisky o agua?

Me arrellané contra la montaña de almohadas.

—Whisky. Creo que necesito un whisky.

Aios esbozó una sonrisita. Estiró la mano hacia un decantador de cristal y sirvió líquido ámbar en un vaso pequeño que luego me trajo.

—Si esto no te sienta mal al estómago, supongo que dentro de poco serás capaz de tolerar algo de comida.

Bebí un sorbito del licor ahumado y agradecí el calorcillo a medida que bajaba por mi garganta y luego se instalaba en mi pecho.

—Gracias.

Nektas entró del balcón.

—Viene hacia acá.

Me tembló la mano. El *draken* no necesitaba aclarar quién venía para que supiera que era Ash. Una especie de energía nerviosa se apoderó de mí y bebí un trago de whisky más largo. La mitad del vaso. Al tragar, levanté la vista.

Nektas me miraba pasmado.

- —¿Quieres que te lo rellene? —se ofreció Aios con una sonrisa.
- —No. No creo que sea... sensato.
- —¿Por qué? —preguntó el *draken*.
- —Sería más propensa a hacer algo que entraría en esa categoría de meterme en líos —reconocí. Lo que salió por mi boca a continuación tenía que ser efecto del licor que ya me estaba soltando la lengua—. ¿La otra Primigenia sigue aquí?
 - —No. —La sonrisa se esfumó de la cara de Aios—. Se ha marchado.
 - —De momento —apuntó Nektas—. Volverá.
- —Cierto —murmuró Aios, al tiempo que miraba hacia las puertas cerradas.

Me dio la impresión de que ninguno de los dos era un gran fan de Veses. Ector tampoco lo había parecido. Cuando las puertas se abrieron, su reacción a la mención de Veses quedó relegada al instante. Ash entró en el dormitorio y todo mi ser se centró en él, sobre todo esa pelotita de calor difuso en mi pecho. Habría jurado que zumbó con suavidad cuando sus ojos conectaron con los míos.

También estaba segura de que no era el whisky el que había dado forma a la pelotita de calor.

Aios y Nektas se dirigieron a las puertas a toda prisa, aunque el *draken* se detuvo un momento.

—Está preocupada por que su consumo de alcohol pueda provocarla y empujarla a meterse en algún lío. —Me quedé boquiabierta—. Pensé que debías saberlo —terminó Nektas.

—Siempre viene bien estar preparado —murmuró el Primigenio, y entorné los ojos en su dirección. Una risa grave y rasposa provino del *draken* mientras cerraba las puertas. Ash no me había quitado los ojos de encima.

Lo miré por sobre el borde del vaso mientras bebía un sorbo minúsculo.

- —Me da la impresión de que se me ha etiquetado erróneamente como problemática.
- —¿Erróneamente? —Ash se acercó a la cama. No se sentó en la silla. En lugar de eso, se acomodó en el borde de la cama, a mi lado.

Asentí.

- Él deslizó los ojos despacio por mi cara.
- —¿Cómo te encuentras? Whisky aparte.
- —Me siento… normal. —Bajé el vaso a mi regazo—. Nektas me ha dicho que me diste una poción.
 - —Así es.
 - —No lo recuerdo.
- —Oscilabas entre la conciencia y la inconsciencia. Usé una coacción confesó, y se me cortó la respiración—. De no haberlo hecho, habrías muerto. Pero siento haberte forzado a hacerlo. Era necesario, pero la fuerza no es algo que me guste emplear.

Levanté la vista hacia él y un extraño remolino de sensaciones brotó en mi pecho. Y no tenía nada que ver con el calor del whisky. Pensé en el amigo al que Ash había tenido que matar.

- —Estás siendo totalmente sincero sobre eso.
- —Sí.
- —Gracias —murmuré, pensando en lo que había dicho Nektas. Ash me observaba con atención.
 - —No es necesario que me des las gracias.
 - —Pensé que apreciarías una muestra de gratitud.
- —No cuando tiene que ver con tu vida. —Me recorrió un escalofrío y me llevé el vaso a los labios para beber otro sorbito mientras Ash me miraba—. ¿No hay nada que te altere? —preguntó.
 - —¿A qué te refieres?
 - —Casi moriste y, aun así, no pareces afectada.
 - —Quizá sea el whisky.
 - —No lo es.
 - —¿Estás leyendo mis emociones? —pregunté, los ojos entornados.
 - —Un poco. —Ladeó la cabeza—. Solo unos segundos.
 - —Deberías dejar de hacerlo, aunque sea solo por unos segundos.

—Lo sé. —Lo miré—. Lo haré. —Apareció una leve sonrisa. Breve—. ¿Cómo te volviste tan fuerte, *liessa*?

Liessa. ¿Llamaría así a Veses? Me interrumpí antes de preguntarlo.

- —No lo sé.
- —Tienes que saberlo.

Bajé la vista hacia mi vaso vacío, sacudí la cabeza.

- —Tenía... tenía que serlo.
- —¿Por qué?

Abrí la boca, luego la cerré.

- —No lo sé. En cualquier caso... —Tragué saliva antes de cambiar de tema—. Bueno... esos dioses sepultados no eran las únicas cosas en el Bosque Rojo.
- —Ya lo había deducido —repuso con sequedad—. ¿Por qué no me lo dijiste? Vi los arañazos. Habría podido hacer algo antes de que la toxina tuviera ocasión de invadir todo tu organismo.

¿Significaba eso que no habría vuelto con Veses?

- —Pensé que ya estabas bastante enfadado por lo de los dioses. Supuse que podría contarte lo de los Cazadores más tarde. —No parecía estar de acuerdo con esa decisión en absoluto—. Si hubiese sabido que sus uñas tenían toxinas, habría dicho algo —señalé.
- —Si no hubieses estado donde no debías estar, no habría sido un problema.

Bueno, ahí tenía cierta razón.

- —Solo para que lo sepas, intenté esconderme de ellos. Iban hacia el palacio cuando me vieron. —Levanté los ojos hacia él—. ¿Por qué crees que estaban aquí?
- —Esa es una buena pregunta. Los Cazadores rara vez tienen razones para entrar en las Tierras Umbrías. —Me miró con suspicacia—. ¿Estás segura de que ese es el tipo de *gyrm* que viste?

Asentí y una oleada de inquietud se filtró en mis venas. Lo que había hecho en el bosque podría haberlos atraído, ¿verdad? Habían aparecido esa noche en los Olmos Oscuros, después de que curé al lobo *kiyou*. Pero ¿cómo podrían haberse enterado? Bebí otro trago.

- —¿Fuiste a los sepulcros?
- —Así es.
- —¿Averiguaste cómo pudieron soltarse de sus cadenas?
- —Alguien debió de liberarlos con mucho cuidado.

Abrí los ojos como platos.

- —¿Quién querría hacer algo así?
- —Mis guardias son buenas personas. Hombres y mujeres leales a mí. Y lo que es más importante, ninguno querría intentarlo siquiera, conscientes de que si los dioses encontrasen la forma de salir de ahí, sería un desastre —explicó —. Otros dioses sí lo harían, solo para ver qué podría pasar. Uno de ellos podría haber estado intentando liberar a un prisionero en concreto y luego cambió de opinión y volvió a sellar la tumba. —Ash hizo una pausa—. Si no hubiese sucedido esto hoy, es bastante probable que los que se habían liberado lograran dominar a quienquiera que abriera la tumba la próxima vez.
 - —¿O sea que me debes un «gracias»?
 - —Yo no diría tanto.

Ya me lo imaginaba.

Sentía la intensidad de su mirada sobre mí, así que lo miré de reojo. Igual que Nektas, parecía relajado, pero había una peligrosa corriente subyacente de tensión. Pensé en lo que había descubierto antes de que llegaran los Cazadores y en lo que Ash había dicho acerca de las Tierras Umbrías cuando estábamos en el lago.

- —¿Por qué es todo tan gris aquí... todo menos el Bosque Rojo? No siempre fue así, ¿verdad?
- —No, antes no lo era —confirmó—. Pero las Tierras Umbrías... se están muriendo.

La presión se cerró sobre mi pecho.

- —¿Es porque no hemos cumplido el trato?
- —No. —Tenía los labios fruncidos. Su respuesta me sorprendió.
 Entonces, ¿esto no era como la Podredumbre? No tuve la oportunidad de preguntárselo—. ¿Por qué estabas en el bosque, Sera? —inquirió él antes—.
 Te lo había advertido. La parte que conduce a la ciudad es segura, pero eso es todo. Nunca debiste entrar ahí sola.
 - —No era mi intención —empecé, y luego suspiré—. Fue sin querer.
 - --- Entraste caminando en el bosque. ¿Cómo pudo ser sin querer?

No podía contarle lo del halcón.

- —No es como si me hubiese decidido a hacerlo a propósito.
- —¿Ah, no? —me retó Ash—. Porque me da la sensación de que hay muy pocas cosas que no hagas a propósito.

Eso me irritó.

—Y a mí me da la sensación de que sabes muy poco sobre mí si crees que estás en lo cierto —mascullé—. Te informo que hay un montón de cosas que no hago a propósito.

- —Vaya —murmuró con voz melosa, una expresión medio divertida en los labios—. Eso es muy tranquilizador.
- —Lo que tú digas. No habría estado ahí fuera si... —Me callé a tiempo—. Estaba aburrida y cansada de estar atascada en este sitio.
- —¿Atascada? Tienes todo esto. —Extendió las manos—. Puedes ir adonde quieras dentro del palacio y…
- —Excepto a tu oficina —solté de pronto, y no podía culpar a nada más que al maldito whisky por eso. Sus ojos se intensificaron a un gris acero, pero me apresuré a continuar—: No sé si has pasado mucho tiempo en la biblioteca, pero no es el sitio más emocionante en el que estar.
 - —¿Y crees que mi oficina sí lo es?

Resoplé como un cochinillo.

- —Estoy segura de que hace poco sí lo ha sido —comenté. Me llevé el vaso a los labios, solo para descubrir que ya lo había apurado.
- —¿Qué se supone que significa eso? —preguntó, al tiempo que yo empezaba a inclinarme hacia la mesilla. Tomó el vaso de mi mano y lo dejó sobre la superficie de madera. Arqueé las cejas.
- —¿En serio? Estoy segura de que tu oficina ha sido *muy* estimulante y encantadora.

Ash se echó atrás, una risa suave entreabrió sus labios.

- __Ioder
- —¿Qué? —Cerré los dedos en torno al borde de la sábana donde estaba arremolinada en mi regazo.
 - —Estás celosa.

El calor trepó por mi cuello.

—Perdona pero no he debido de oírte bien.

Se rio de nuevo, pero el sonido terminó demasiado pronto cuando se inclinó hacia delante.

- —De verdad que estás celosa. Por eso fuiste a ese maldito bosque.
- —¿Qué? No fui por eso.
- —Y una mierda.

Abrí mucho los ojos mientras la ira se mezclaba con la vergüenza y, por desgracia, con el whisky.

—¿Sabes qué? Vale. Sí, estaba celosa. Has estado demasiado ocupado para hablar conmigo durante más de cinco segundos siquiera a lo largo del último par de días. Me has dejado sola, como siempre. Para pasear por el patio sola. Para cenar sola. Irme a la cama sola. Despertarme sola. Empiezo a

preguntarme muy en serio qué he hecho en esta vida para merecer estar *siempre* sola.

Abrió los ojos por la sorpresa. No debería estar compartiendo nada de lo que estaba saliendo por mi boca. Pero esto no era un numerito. Una treta. Era la verdad, y no podía dejar de hablar.

—El único momento en el que veo a alguien es cuando uno de tus guardias intenta seguirme con disimulo o alguien me trae algo de comer.

La mandíbula de Ash se había soltado en algún momento, y no tenía muy claro qué era lo que había motivado esa respuesta. Tampoco tenía muy claro ya qué estaba diciendo exactamente. Era como un volcán en erupción.

—Así que sí. Estoy aquí atascada, otra vez, sola, mientras mi *futuro marido* está ocupado haciendo quién sabe qué con una Primigenia que se mostraba muy familiar contigo. Así que claro que estaba celosa. ¿Eso te alegra? ¿Te divierte? Sea como fuere, todo esto tiene tan poco que ver con el tema que ni siquiera es gracioso.

Me miró pasmado.

—¿Por qué crees que mereces estar sola?

De todo lo que había dicho, ¿eso era en lo que se había fijado?

- —No lo sé. Dímelo tú. No tengo ni idea. A lo mejor es solo que hay algo malo en mí. A lo mejor mi personalidad es horrible —exclamé. Empecé a levantarme de las almohadas—. Quiero decir, soy problemática y una bocazas y...
- —Eh, eh, eh. —Ash se movió y puso su mano al otro lado de mi pierna. Su tronco impedía que me moviera, a menos que quisiera intentar empujarlo a un lado—. ¿Puedes quedarte sentada?
- —No quiero quedarme sentada. *Odio* estar quieta. Necesito moverme. Estoy acostumbrada a moverme, a hacer algo además de nada —espeté—. Y ni siquiera quiero hablar de esto. Estoy segura de que tú tampoco, puesto que estás tan ocupado…
 - —Ahora no estoy ocupado.
 - —No me importa.

Sus ojos refulgieron.

- —Entonces quizá te importe saber que no disfruto de un solo instante cuando estoy en presencia de Veses.
- —¿En serio? —Solté una risa seca que hizo que me doliera la espalda—. Es guapísima.
- —¿Y? ¿Qué importa eso cuando es tan venenosa como una víbora? No solo no confío en ella, tampoco me gusta. Es... —Un músculo se apretó en su

mandíbula una vez más—. Es de lo peor que hay.

- —Entonces, ¿por qué estaba aquí? —¿*Por qué dejaste que te tocara*? De algún modo, conseguí no preguntar eso, gracias a los dioses.
 - —Ya lo sabes. Había oído que tengo una consorte y sentía curiosidad.
 - —¿Por qué habría de importarle?
 - —¿Por qué te importa a ti?

Cerré la boca de golpe.

El eather se avivó detrás de sus pupilas y se quedó callado un momento.

—No pretendía hacer que te sintieras... sola aquí. No sabía si necesitabas espacio o no, y les dije a los demás que te dieran tiempo. Eso es culpa mía. — Estaba más cerca, su aroma cosquilleaba en mi nariz—. Pero te he estado evitando.

Noté un repentino retortijón en el estómago.

- —Confirmar lo que acabo de decir no es precisamente necesario.
- —No es porque seas problemática ni una bocazas. De hecho, encuentro que esas características son extrañamente... atractivas —comentó.
 - —¿Quién en su sano juicio encontraría eso atractivo?
- —Esa es otra buena pregunta —repuso Ash, y empecé a fruncir el ceño—. Pero te he estado evitando porque cuando estoy contigo durante más de unos minutos, mi interés en ti enseguida supera a cualquier cantidad de sentido común que pueda tener. Y esa es una distracción, una complicación, que no me puedo permitir.

Sentí un extraño brinco en mi pecho que no entendí.

- —Y una mierda.
- —¿De verdad crees eso?
- —No sé lo que creo, pero sé que las palabras no significan nada. —Lo miré a los ojos y no supe si fue mi deber lo que impulsó mis palabras o algo igual de terrible—. Así que, como ya te dije, cuando de tus *intereses* se trata, casi todo se reduce a hablar, *Nyktos*. Eso es lo que…

Ash se movió tan deprisa que una de sus manos estaba sobre mi mejilla y sus labios se posaron sobre los míos antes de que pudiese respirar siquiera. No hubo nada suave ni dulce ni lento en ello mientras sus dedos se desplegaban por mi cara. Su beso me taladró en cuestión de segundos y yo respondí sin vacilar, sin pensar. Agarré la pechera de su túnica y le devolví el beso con la misma pasión.

Se estremeció y luego se apartó. Apoyó su peso sobre su otra mano y se puso sobre mí. Nuestros cuerpos no se tocaban, pero me mantuvo ahí mismo, apoyada contra la montaña de almohadas mientras mis sentidos daban vueltas como locos. Su lengua se deslizó sobre la mía y un sonido primitivo retumbó en su interior cuando yo hice lo mismo.

Levantó la cabeza, resollando.

- —¿Sabes qué es lo más duro, *liessa*? Que ni siquiera sé por qué estoy resistiéndome a esta necesidad. Querrías estar conmigo, ¿verdad?
- —Sí —susurré, sin un ápice de vergüenza ni de culpa. Era la verdad, aunque no hubiera ningún trato, ningún deber que cumplir. Y eso debería haberme aterrado.
- —Y yo querría estar contigo. —Sus labios acariciaron los míos. Un escalofrío recorrió mi cuerpo de arriba abajo cuando las yemas de sus dedos se deslizaron por un lado de mi cuello y por encima de mi hombro—. Tú querrías estar conmigo.

Esos dedos siguieron la uve de la bata, resbalaron por encima de uno de mis pechos.

—Sí.

- —Entonces, ¿por qué no podemos? —Su pulgar rozó el pezón turgente al tiempo que cerraba la mano en torno a mi pecho—. No tiene por qué complicar las cosas. Es probable que incluso facilitara este acuerdo entre nosotros —caviló mientras su mano se deslizaba más abajo, lejos de mi seno palpitante, más abajo, hacia la planicie de mi vientre—. Quizás entonces no tendría que preocuparme de que fueses a adentrarte en el Bosque Rojo.
 - —No fui ahí a propósito —protesté, con el pulso alocado.
- —No. Solo sin querer. —Me dio un mordisquito en los labios mientras su mano se escurría entre ambas mitades de la bata. Solté una exclamación ahogada al sentir sus dedos fríos sobre mi bajo vientre—. Abre las piernas para mí, *liessa*. —Obedecí—. ¿Esta va a ser la única vez que hagas lo que te pido sin pelear?
 - —Es probable.

La risa de Ash me hizo cosquillas en los labios. Sus dedos fríos se colaron entre mis muslos y me provocaron un gemido.

—Joder —murmuró con voz áspera. Sus labios rozaron los míos otra vez —. Es glorioso lo húmeda que estás. —Pasó los dedos por esa humedad en caricias lentas y tentadoras, luego introdujo un dedo dentro de mí. Gemí y tiré de su camisa—. Y haces unos ruidos igual de gloriosos. Son como una canción.

Mi cuerpo se estremeció entero cuando su dedo empezó a moverse. Y yo empecé también a mover las caderas, pero su mano se detuvo.

- —No lo hagas. —Levantó la cabeza y esperó a que abriera los ojos—. No te muevas, *liessa*. —Volvió a introducir el dedo, lo más profundo que pudo —. Puede que te encuentres bien, pero tu cuerpo ha pasado por mucho hoy.
- —No creo que pueda quedarme quieta. —Mi sangre bulló cuando su pulgar acarició el haz de nervios.
- —Entonces, paramos. —Me miró a los ojos y añadió otro dedo, estirando mi cuerpo—. Tú no tendrás la oportunidad de correrte contra mis dedos y yo no tendré la oportunidad de saborearte otra vez. No quieres que pare, ¿verdad?
 - —No. —Cerré el puño en torno a su túnica.
 - —Entonces, no te muevas.

Con el corazón desbocado, observé cómo se echaba hacia atrás. Sus ojos abandonaron los míos y bajaron despacio por mi pecho, que subía y bajaba con respiraciones superficiales, hasta donde la bata se había abierto a la altura de mi ombligo. Podía ver la parte más íntima de mí, y esto no era nada como la orilla del lago bañada por la luz de la luna, ni tampoco como cuando había estado detrás de mí en la sala de baño. No había manera de esconder nada. Tampoco era que quisiese hacerlo. Ni siquiera porque estaba completamente a su merced e intentaba hacer todo lo posible por quedarme quieta mientras él movía los dedos cada vez más deprisa y dibujaba círculos con el pulgar por encima del palpitante haz de nervios. Observé cómo se observaba... sus largos dedos mojados embistiendo entre mis muslos separados. Jamás había visto nada tan... erótico en toda mi vida.

Mi cuerpo se tensó en una espiral apretada al tiempo que un gemido ahogado entreabría mis labios. Mis caderas dieron una sacudida, pero Ash las agarró, y sus dedos presionaron contra mi piel para mantenerme quieta. Un intenso espasmo me golpeó.

—Eso es. —Su voz sonó casi gutural, un tono que no le había oído nunca
—. Puedo sentirte.

Sus ojos ávidos escaldaban mi piel, volvían mi sangre fuego líquido. Dio la impresión de que cada rincón de mi cuerpo se tensaba de golpe. Sus dedos bombeaban dentro de mí y empecé a temblar. Él emitió un gemido ronco cuando me hice añicos, perdida en las sucesivas oleadas de placer mientras mi cabeza caía hacia atrás una vez más. Me invadió una sensación de felicidad y liberación que relajó los músculos tensos y despejó mi mente. No me convertí en nada, no del modo que tan dolorosamente familiar me resultaba. No del modo que me hacía sentir sola, indigna e inhumana. *Yo.* Quienquiera que

fuese. Pero estaba presente, y el suave roce de los labios de Ash sobre los míos fue un recordatorio de eso.

Seguía ahí cuando sacó la mano de entre mis piernas y la levantó. Capté un atisbo tentador de sus colmillos cuando deslizó los dedos dentro de su boca. Mi cuerpo entero reaccionó a esa imagen, tensándose.

Esbozó una sonrisa cuando bajó la mano y luego la boca. Me besó, esta vez con ternura, despacio. Había algo dulce en sus besos superficiales, casi tentativos. También tenían un dejo perverso, porque notaba mi sabor sobre sus labios.

Continué hundiéndome en las almohadas, el cuerpo como deshuesado cuando su boca abandonó la mía. Retiró un mechón de pelo de mi cara.

—Treinta y seis.

Mis pestañas aletearon y abrí los ojos.

- —¿Qué?
- —Pecas —dijo, sus mejillas más rosadas de lo habitual—. Tienes treinta y seis en la cara.

Ese extraño remolino de sensaciones se avivó en mi pecho otra vez.

- —¿De verdad las has contado?
- —En efecto. —Ash se echó hacia atrás—. Lo hice el primer día que llegaste aquí. Ahora las he contado otra vez para asegurarme de que el número fuera correcto. Y sí, lo era. —Recolocó el cinturón suelto de mi bata —. Espero de todo corazón que no te quede ninguna duda de mi interés por ti.
 - —No la hay.
 - —Bien.

Y estaba bien. Debería sentirme bien. Su atracción hacia mí era muy real. Era un paso en la dirección que debía tomar. Aun así, sentí que la inquietud bullía en mi interior.

Levantó la vista hacia mis ojos, y los lentos círculos del *eather* tenían un efecto casi hipnótico.

—Tengo que lavarme y cambiarme.

Fruncí el ceño y empecé a preguntar por qué, cuando se levantó, sus pantalones estaban más oscuros en la zona de la cadera y en la pelvis. La tela parecía mojada. ¿Habría... encontrado alivio? Mis ojos volaron hacia los suyos. Yo no lo había tocado. Ni siquiera él se había tocado.

Apareció una sonrisa torcida en sus labios carnosos.

—Como ya te he dicho, espero que no tengas ninguna duda acerca de mi interés.

Me quedé sin palabras mientras se dirigía a las puertas que conectaban nuestras habitaciones. Ash se detuvo un momento y se giró hacia mí.

—Volveré.

No dije nada cuando giró el pestillo y abrió la puerta para desaparecer en la oscuridad de sus aposentos. Observé con cara de tonta cómo cerraba las puertas, y pensé que era extraño que un pestillo y una lámina de madera muy fina separaran nuestras habitaciones.

Cerré los ojos y me hundí aún más en las almohadas. No creí que fuese a volver y, ahora mismo, era probable que fuese para mejor. No me... sentía bien. Tenía que ser el whisky y lo que fuese que llevara esa poción.

El suave *clic* de una puerta pocos minutos después me hizo abrir los ojos. Miré hacia la puerta y todos y cada uno de mis pensamientos se evaporaron al ver a Ash.

Se había aseado y se había cambiado. Ahora llevaba unos pantalones negros holgados y una camisa blanca, las mangas remangadas y los botones superiores abiertos. Tenía el pelo mojado y peinado hacia atrás, lo cual dejaba bien a la vista sus rasgos despampanantes.

Y había vuelto.

Como había dicho que haría.

Mi corazón empezó a tronar en mi pecho, demasiado acelerado.

Ash se detuvo al lado de la cama.

—Sé que deberías descansar. Sé que yo debería... dejarte tranquila, pero... —Su pecho se hinchó con una respiración profunda—. Si no te molesta, solo me gustaría estar aquí contigo. Eso es todo. Solo estar aquí.

Con la garganta seca y el corazón en un puño, asentí.

—No me molesta.

No se movió durante lo que pareció una eternidad y eso me hizo preguntarme si había creído que lo rechazaría. Pero entonces tendió su largo cuerpo en la cama a mi lado. Se tumbó sobre el costado, de frente a mí, y yo quizás haya dejado de respirar cuando nuestros ojos se conectaron.

```
—¿Estás bien? —preguntó después de unos segundos.
—Sí —dije con voz ronca. Arqueó una ceja.
—¿Estás segura?
—Ajá.
Sonrió.
—Pareces paralizada.
—¿Sí?
—Sí.
```

- —No es intencionado. —Me puse roja—. Es solo que... jamás he yacido con nadie hasta ahora.
- —¿De verdad? —La duda se filtró en su voz—. Había dado por sentado que sí.
- —No… *espera*. —Abrí mucho los ojos—. ¿Te refieres a tener sexo? Sí. Eso lo he hecho. —Me puse rígida—. ¿Te molesta?
- —No. —Se rio, y dejó que una mano descansara en el espacio entre nosotros—. Pero ¿a qué te refieres, entonces?
- —Me refiero a que nunca he estado en la cama con alguien. No he dormido o descansado con nadie —expliqué—. Jamás.
- —Yo tampoco. —Sus ojos lucían de un gris claro, el pulso del *eather* apagado detrás de sus pupilas.
 - —¿Dormido al lado de alguien?
- —Eso. Ni nada en realidad. Ni con Veses. Ni con nadie. Nunca he *yacido* con nadie.

Aunque sospechaba que no tenía demasiada experiencia, por lo que había dicho en el lago, la sorpresa todavía me golpeó con fuerza. Hubiese creído que tendría *algo* de experiencia.

- —¿Por qué? —pregunté, y luego me arrepentí de inmediato—. Lo siento. Supongo que no es asunto mío…
- —Yo creo que sí lo es —dijo, y ahí estaba ese maldito remolino de sensaciones otra vez. Levantó la punta de mi trenza de donde había caído sobre mi brazo—. No lo sé. Solo es que en realidad nunca… dejé que nada llegara a ese punto. Parecía un riesgo demasiado grande entablar una relación tan cercana con alguien.

Una afilada punzada de pena cortó a través de mi pecho, indeseada pero ahí de todos modos. Podía deberse a los otros Primigenios, pero pensé que debía de tener mucho más que ver con lo que les había pasado a sus padres.

Pensé en los dioses de la muralla.

Pensé en cómo Nektas era el único al que lo había oído llamarlo Ash. No tenía ni idea de si eso significaba algo o no, pero había dicho que era un riesgo entablar una relación demasiado cercana con *alguien*.

—Tienes amigos —dije—. ¿Ector? ¿Rhain? ¿Saion...?

Me miró mientras deslizaba el pulgar por mi trenza.

—Son guardias leales. Confío en ellos.

Estaba dispuesta a apostar que aunque se había referido a Lathan como un amigo, era probable que no fuese más que una palabra para él, sin un

significado real tras ella. Me ardía la parte de atrás de la garganta, los ojos fijos en la cicatriz de su barbilla. Su vida parecía tan solitaria como la mía.

Y quizás esa fuese la razón de que le preguntara lo que le pregunté. Algo a lo que no estaba segura de querer oír la respuesta, aunque la necesitaba.

—¿Por qué estás corriendo ese riesgo ahora?

Sus espesas pestañas se levantaron y sus ojos gris acero taladraron los míos.

—Porque no parezco capaz de evitarlo, aunque sé que debería. Aunque sé que es probable que acabe odiándome por ello. Aunque es probable que tú también acabes odiándome.

Capítulo 31



—Puedes hacerlo —exclamó Aios, con las manos cruzadas debajo de la barbilla—. Solo salta.

El *draken* negro con tintes morados hacía equilibrio al borde de la roca, sus alas correosas desplegadas en lo alto. Contuve la respiración cuando Reaver saltó por los aires y levantó las alas. Al pie de la roca, Jadis meneaba su cuerpo verde y marrón en un círculo, emocionada. Reaver bajó en picado y tanto Aios como yo dimos un paso al frente justo cuanto remontó el vuelo por encima de nuestras cabezas con un gorjeo victorioso.

—Gracias a los dioses —musité. Solté un gran suspiro cuando subió aún más y luego planeó. Contemplé a Reaver surcar los aires, medio temerosa de que pudiera caer sin razón alguna—. Creo que no he estado tan estresada en toda mi vida.

Aios se rio con suavidad mientras retiraba un mechón de pelo color cobre de su cara y lo echaba por encima de su hombro.

- —Lo mismo digo. —Me miró de soslayo—. ¿Qué tal te encuentras hoy?
- —Muy bien. —Jadis piaba alegre y echó a correr por el patio levantando una nubecilla de polvo gris en su afán por seguir a Reaver. Me miré el brazo —. Los arañazos apenas se notan.
- —Tuviste suerte de recibir el antídoto cuando lo hiciste —comentó Aios, sin quitarle el ojo de encima al *draken*—. Unos minutos más y podría haber sido demasiado tarde.

Asentí, algo ausente, pues mis pensamientos habían encontrado de inmediato el camino de vuelta a mi dormitorio y a Ash. Las emociones que discurrieron por mi interior abarcaban todo el espectro. Todo, desde ese

extraño remolino de sensaciones hasta un sentimiento de inquietud arraigado en lo más profundo de mi ser. Me había quedado dormida a su lado la noche anterior. No sabía bien cuándo había pasado. Nos habíamos sumido en un silencio cómodo mientras él seguía jugueteando con mi trenza. No estaba segura de cuánto tiempo se había quedado conmigo. Cuando desperté ya no estaba, pero su olor aún perduraba en las almohadas y las sábanas. Pensé que a lo mejor había pasado la noche entera conmigo.

Y esa era buena señal. Una señal estupenda.

Me mordisqueé el labio de abajo y me giré hacia Aios y el *draken*. La diosa había aparecido esa mañana con el desayuno; un desayuno que había tomado conmigo en mis aposentos. Después, me había preguntado si quería dar un paseo con ella. Y de algún modo habíamos acabado aquí fuera con los *drakens*. Me pregunté si Ash tendría algo que ver con ello, si le habría dicho a Aios que no necesitaba que me dejaran espacio. No lo pregunté, porque parecía una conversación un poco incómoda. Además, todavía no podía creer que hubiera admitido que me sentía como que había hecho algo para merecer estar sola.

Jodido whisky.

Jadis echó a correr otra vez por el patio. Daba la impresión de pretender alcanzar la suficiente velocidad como para emprender el vuelo, algo que ya había intentado varias veces. Aios fue tras ella al tiempo que Reaver hacía un aterrizaje un poco brusco cerca de la roca. Me observó desde cierta distancia, con los ojos entornados. Tenía una expresión pensativa, casi recelosa. Estiré una mano hacia él mientras Jadis lo observaba desde detrás de una de mis piernas. Reaver ladeó la cabeza y replegó las alas.

—No eres muy confiado, ¿eh? —comenté. Bajé la mano y mis pensamientos volvieron a la víspera.

Deslicé los ojos hacia Aios. Había enganchado a Jadis con un brazo y alejaba a la indignada *draken* de esa roca demasiado alta.

- —¿Puedo hacerte una pregunta?
- —Claro.
- —Es sobre la Primigenia Veses —precisé; Aios se puso un poco rígida al tiempo que Reaver despegaba de nuevo—. Me dio la impresión de que no le gusta a nadie aquí y Ash dijo que era de lo peor que hay. ¿Tuvo ella algo que ver con los dioses de la muralla?

Una brisa sopló por el patio y le revolvió el pelo. Soltó a Jadis y se enderezó.

- —No, por lo que sé no fue cosa suya, pero es... bueno, en las Tierras Umbrías mucha gente no le tiene ningún aprecio. Puede ser bastante vengativa cuando se la enfada o se la ignora. —Aios se rio, pero fue un sonido tenso—. ¿Alguna vez has conocido a alguien que cree que tiene derecho a obtener lo que sea que quiere? Esa es Veses. Y ese derecho se extiende a la gente. Muchos dioses o diosas estarían encantados de ser el objeto de su afecto. Y muchos lo son. —Se giró hacia mí y remetió otro mechón de pelo detrás de su oreja—. Pero se obsesiona con lo que percibe que no puede tener. Y si no logra conseguirlo, entonces puede ser muy rencorosa.
 - —¿Y quiere a Ash? —aventuré.
- —Solo porque él nunca le ha mostrado ese tipo de atención —contestó—. Para ella, es algo personal. Aunque él nunca haya demostrado interés por nadie hasta que llegaste tú.

Hasta que llegaste tú.

Mi estómago se encogió en el mismo momento exacto en que mi corazón dio un saltito. Hice caso omiso de ambas reacciones.

- —¿Le ha hecho daño a alguien por su falta de interés en ella?
- —No lo creo, pero sí puede ponerle las cosas... difíciles. A él. Aunque a muchos no les guste, está bien conectada. —Frunció el ceño—. ¿Sabes? Creo que no siempre fue así. Al menos eso es lo que he oído. Cuando era joven, Mycella me contó historias sobre Veses, sobre lo generosa y amable que era, cómo otorgaba buena suerte a dioses y mortales, incluso a los que no le habían rezado para pedírsela. Es muy vieja. Hace mucho que debería estar descansando, así que no sé si su naturaleza se debe en parte a haber vivido una vida tan larga o a qué.

Dos cosas habían captado mi atención de verdad.

—¿Mycella? ¿Te refieres a la madre de Ash?

Aios asintió y una sonrisa triste cruzó su cara.

—Éramos familiares lejanas. Primas, como dirían los mortales. Uno de sus tíos o de sus tías era de la corte de Kithreia. Yo era muy joven cuando la mataron.

¿Sería por eso que se sentía a salvo aquí? ¿Debido a su relación con Ash? Bajé la vista cuando Jadis saltó sobre uno de mis pies.

- —¿Qué quieres decir con «descansar»? ¿Como irse a dormir o algo así?
- —Para algunos, sí. Para otros es más como jubilarse. Verás, los Primigenios pueden ser eternos y tantísimos años de vida son inimaginables incluso para la mayoría de los dioses. Aunque ha habido unos cuantos que

han llegado a ser tan poderosos que ellos también son eternos. Y esa cantidad de tiempo... puede pudrir la mente. —Aios cruzó los brazos delante del pecho y contempló a Reaver deslizarse por el aire—. Ver el mundo caer y ser reconstruido a tu alrededor, una y otra vez. No ver nada nuevo. No sorprenderte nunca y acostumbrarte tanto a la pérdida que incluso la idea del amor deja de ser emocionante.

Se me puso la carne de gallina debajo de la túnica negra que llevaba y traté de pensar en cómo debía de ser vivir así. Vivir durante tanto tiempo que ya lo habías visto todo.

- —Cuanto más tiempo vive un Primigenio o un dios, mayor es el riesgo de que se vuelva más *eather* que persona. Algunos gestionan mejor la idea del tiempo eterno, pero al final nos impacta a todos. Existen maneras de evitarlo. Una es entrar en una estasis profunda... dormir. Pero muy pocos han hecho eso nunca —explicó—. Los que no desean dormir, pueden entrar en lo que llamamos Arcadia, un lugar muy parecido al Valle. Un jardín, por llamarlo de alguna manera. Permite la Ascensión de otro y paz para el Primigenio.
- —¿Eso es... otro mundo? —pregunté, mientras Jadis se estiraba y ponía la otra pata sobre mi otro pie. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo la joven *draken*.

Asintió.

—Pero Veses no puede hacerlo. Ninguno de ellos puede. —Empecé a preguntar por qué, pero justo noté que miraba más allá de mí, hacia el palacio. Una sonrisa volvió a su expresión sombría—. Bele.

Me giré hacia atrás y vi a dos figuras que cruzaban el patio, ambas vestidas con túnicas negras, con ese elegante bordado plateado por el cuello y cruzando el pecho.

La que supuse que era Bele era alta y fibrosa, la piel de un suave tono dorado que me recordaba a la centelleante arena a la orilla del mar Stroud. Su pelo del color de la medianoche colgaba por encima de su hombro en una gruesa trenza. Sus rasgos eran sorprendentemente afilados, sus ojos de un tono dorado claro centelleaban con el brillo del *eather*. Llevaba una espada corta envainada a un lado. Alcancé a ver también la curva de un arco por encima de uno de sus hombros.

A su lado iba un hombre con la piel de un lustroso color marrón, su túnica sin mangas diseñada para abarcar la gran anchura de sus hombros y su pecho. Tenía el pelo oscuro cortado muy corto. Algo en sus rasgos apuestos y en el mohín impasible de su boca me resultaba familiar.

La sonrisa de Aios se amplió cuando se acercaron. El hombre me miró un segundo mientras Bele se adelantaba para darle a Aios un abrazo rápido pero fuerte.

—Qué alegría verte —exclamó Aios al tiempo que daba un paso atrás y agarraba los brazos de Bele—. Has estado fuera tanto tiempo que empezaba a preocuparme.

La diosa de pelo oscuro se rio.

- —Ya deberías saber que no tienes por qué preocuparte por mí.
- —Me preocupo por todos vosotros cuando no estáis por aquí. —Un pelín de la alegría se desvaneció del tono de Aios, y me dio la impresión de que lo que decía era verdad.
- —¿Yo también podré recibir un abrazo? —preguntó el hombre cuando Bele se apartó. Vi que sus ojos oscuros también refulgían cargados de *eather*.
- —Pero si te he visto esta mañana, Rhahar. —Aios arqueó una ceja y reconocí el nombre de inmediato. Era uno de los dioses que habían ido a comprobar las tumbas con Ash—. Pero ¿de verdad quieres uno?
 - —En realidad, no.

Con una carcajada, Aios se abalanzó hacia él de todos modos para darle un abrazo igual de fuerte. Pensé que el dios no podía parecer más incómodo con los brazos inmovilizados contra los costados, y no pude evitar sonreír. En ese momento, Jadis por fin se bajó de mis pies de un salto y fue dando tumbos hacia Bele.

- —Eh, Jadis, pequeñaja. —Bele se agachó y rascó a la *draken* debajo de la barbilla.
- —Santo cielo, ¿es Reaver ese que está volando? —Rhahar guiñó los ojos en dirección al cielo tenue cubierto de estrellas.
- —Sí. —Aios miró hacia atrás cuando Reaver empezó a trazar círculos por el borde del Adarve—. Por fin le ha pillado el truco hoy.
- —Tú debes de ser ella —declaró Bele. Aparté la vista de Reaver para mirarla. Me estudiaba con una curiosidad flagrante—. Nuestra inminente consorte.

Se me quedó el aire un poco atascado, pero asentí.

—Eso parece.

La sonrisa de Bele fue breve mientras se llevaba la mano derecha al pecho y se doblaba por la cintura. El gesto me dejó descolocada. Nadie había hecho eso hasta ahora.

—No tienes por qué hacer eso —farfullé cuando se enderezó—. Quiero decir, todavía no soy la consorte. Puedes llamarme Sera.

—Solo porque no sea oficial no significa que no se te deba el respeto propio de tu posición —declaró Bele, luego se volvió despacio hacia Rhahar. El dios frunció el ceño en su dirección.

—¿Qué?

La mujer arqueó las cejas y me señaló con una reluciente uña pintada de negro. Me puse rígida y noté que empezaba a sonrojarme.

- —De verdad que no es necesario que...
- —Sí, sí lo es —me interrumpió Bele, los ojos fijos en mí—. Si nosotros no te mostramos el respeto propio de tu posición, entonces ninguna de las cortes lo hará. Y si no te respetan, es poco probable que sobrevivas a tu coronación, seas o no la consorte del Primigenio.

Abrí la boca, pero la verdad era que no tenía ni idea de cómo responder a esa afirmación muy poco tranquilizadora.

—¿Sabes? Tiene cierta razón —caviló Rhahar mientras me miraba—. La noticia de tu llegada ya se ha extendido. Mucha gente siente gran curiosidad y... confusión. Nadie entiende por qué elegiría Ash a una mortal como consorte.

Seguía sin tener ni idea de qué decir.

- —Vale —intervino Aios con un suspiro—. Este primer encuentro no podía ser más incómodo.
- —Pero es verdad. Algunos dioses están haciendo apuestas sobre cuánto tiempo vivirá —insistió Bele.

Parpadeé despacio.

—¿En serio?

La mujer asintió, y sus ojos se posaron en la daga de piedra umbra que llevaba atada al muslo.

—Aunque Rhahar me dice que eres una luchadora.

Mis ojos se desviaron ahora hacia él. Por el camino, capté la imagen de Jadis, que perseguía a Reaver dando saltitos mientras le lanzaba pequeños mordiscos a la cola. Pensé que nunca había visto nada más extraño... ni más adorable.

- —He oído cómo te defendiste de esos dioses sepultados —comentó—.
 Puedes luchar.
 - —Bien. —Bele sonrió y cruzó los brazos.
- —Bueno —dije, con un leve gesto incrédulo de la cabeza—. Suena como que esta coronación va a ser divertida.

La risa de Rhahar fue ruda y seca.

—Desde luego que va a ser algo.

Su risa volvió a recordarme a alguien. Lo miré con más atención. Sus rasgos orgullosos y la curva de sus ojos se parecían a los de...

—¿Eres pariente de Saion?

Esbozó una leve sonrisa.

—Saion es mi primo. Es decir, cuando lo reclame —contestó, sus ojos oscuros eran más penetrantes de pronto—. Por cierto, me contó lo que hiciste con ese látigo.

Abrí los ojos como platos. Bele ladeó la cabeza.

- —¿Qué hiciste con un látigo? —Miró a Aios—. ¿Acaso lo sabes tú? Aios negó con la cabeza.
- —Incrustó el mango de un látigo en la boca y en la garganta de no sé qué imbécil —explicó Rhahar, y Aios se volvió hacia mí.
- —¿De verdad? —Los ojos de Bele centelleaban. Cambié el peso de pierna, un poco agobiada.
 - —Sí, fue algo así. Pero se lo merecía.

La sonrisa se ensanchó en el rostro de Bele al tiempo que Jadis soltaba un graznido lastimero porque Reaver había vuelto a emprender el vuelo. Sin embargo, había algo más en la mirada de Bele. Algo que no lograba identificar del todo.

—Qué raro que una consorte tenga una vena tan violenta.

Me puse rígida.

- —¿Conoces a muchas consortes?
- —Así es.
- —¿Mortales?

Me lanzó una mirada de labios apretados.

- $-N_0$
- —Entonces… —Me aclaré la garganta—. Reconozco que no sé gran cosa sobre Iliseeum y los tejemanejes de las cortes, pero ¿creéis que debería estar preocupada por la coronación?

Aios frunció los labios.

—Bueno...

Un chillido de advertencia llamó mi atención de vuelta a los *drakens*. Reaver aleteaba como loco, desesperado por descender. Se me cayó el alma a los pies. Jadis hacía equilibrio sobre el borde de la roca. Sus alas casi traslúcidas aletearon sin fuerza alguna cuando cayó hacia delante.

—*Dios*. —Me lancé a por ella y conseguí agarrarla de la cola al tiempo que enroscaba un brazo por debajo de su barriga. Con el corazón desbocado, la sujeté contra mi pecho mientras ella piaba como loca—. Todavía no puedes

volar —le dije, sin tener ni idea de si me entendía o no—. Te hubieses roto un ala.

Bele se plantó una mano delante del pecho.

- —Oh, por los Hados, casi me da un ataque al corazón.
- —¿Un ataque al corazón? Yo acabo de ver mi vida desfilar ante mis ojos. —Rhahar parecía consternado mientras Reaver hacía un aterrizaje inestable al lado de la roca—. Nektas nos hubiese cortado el cuello a todos. Eso, después de haber chamuscado nuestra piel.

Hice una mueca ante la imagen que su afirmación me proporcionó y me agaché para dejar a la inquieta *draken* en el suelo. Reaver estaba ahí mismo, graznando sin parar. No supe lo que le estaba comunicando a Jadis, pero *no* sonaba bonito. En cuanto la solté, embistió al *draken* más grande.

—Creo que ya te has divertido lo suficiente aquí fuera por hoy. —Aios fue en pos de Jadis.

Mi corazón seguía acelerado cuando Bele volvió a hablar.

—Para responder a tu pregunta sobre la coronación... ¿Deberías preocuparte? La respuesta es sí —me advirtió. Me giré hacia ella—. ¿Y quieres que te dé un buen consejo? Más allá de lo que pase, no muestres miedo.



El consejo que me había dado Bele aún rondaba por mi cabeza cuando estaba de pie en mi dormitorio, vestida solo con una combinación, mientras una mujer a la que no había visto nunca caminaba en círculo a mi alrededor con una cinta de medir en la mano.

Se llamaba Erlina. Era mortal y pensé que debía de tener unos treinta y tantos años. Era modista en Lethe y había venido a tomarme medidas. No solo para la coronación, sino también para que tuviese un fondo de armario que fuese más allá de unas cuantas prendas prestadas y disparejas.

—¿Podéis levantar el brazo, alteza? —me pidió Erlina con suavidad.

Recordaba lo que había dicho Bele, así que reprimí el impulso de decirle que no tenía por qué dirigirse a mí con tanta formalidad. Planeaba seguir viva el tiempo suficiente para cumplir con mi deber, así que levanté el brazo.

Observé cómo se encaramaba a una pequeña banqueta que había traído consigo y estiraba la cinta a lo largo de todo mi brazo. Las anchas mangas de su blusa de un azul vibrante aletearon con el movimiento. Luego dio media

vuelta y garabateó las medidas que había tomado en un grueso diario con tapas de cuero.

Mis ojos saltaron hacia las puertas cerradas, donde sabía que lo más probable era que esperara Ector. Él me había acompañado de vuelta a mis aposentos después de informarme que había llegado la modista. Todavía no había visto a Ash y, cuando pregunté dónde estaba, me habían dicho que en los Pilares.

¿Estaría juzgando almas? Si era así, ¿qué sentiría uno con ese tipo de responsabilidad? Presión. Pensé que era muy parecido a decidir utilizar mi don.

- —El otro brazo —me indicó Erlina. Cuando arqueé una ceja, una leve sonrisa se coló en sus facciones delicadas, casi traviesas—. Lo creáis o no, hay gente cuyos brazos y piernas no son iguales. No es habitual y suele deberse a alguna lesión, pero supongo que es mejor asegurarse.
 - —Todos los días se aprende algo nuevo —murmuré.
- —Igual de largos. —Erlina asintió mientras anotaba a toda prisa las medidas de mi brazo. Pasó a mis hombros, que yo ya sabía que probablemente fuesen mucho más anchos que los de la mayoría de las damas. Y desde luego que más anchos que los suyos; la mujer era diminuta—. ¿Sabíais que el pie de una persona es más o menos largo que su antebrazo?
- —¿En serio? —Parpadeé, perpleja. Ella me miró entre sus espesas pestañas.
 - —Sí.
 - —Uhm. —Me miré el antebrazo—. Ahora quiero comprobarlo.
- —Le pasa a la mayoría de la gente cuando se enteran. —Bajó de la banqueta de un salto y fue hasta el cuaderno. El moño alto en el que había recogido su pelo castaño oscuro resbaló un poco cuando se giró hacia mí—. Me han dicho que preferís los pantalones a los vestidos.

Sentí una oleada de sorpresa. Al parecer, Ash aún recordaba lo que le había dicho.

- —Es verdad. ¿Te lo dijo…? —Me callé a tiempo, antes de referirme al Primigenio como *Ash*—. ¿Te lo dijo Nyktos?
- —Sí, me lo dijo cuando pasó por la tienda la semana pasada —contestó, y me dio un vuelco al corazón. La semana pasada. Me daba la impresión de que llevaba más tiempo aquí, y aun así sentía como que había sido ayer cuando estuve arrodillada en el carruaje delante de Marisol—. Habría venido antes, pero es que andaba muy retrasada con los diseños.
 - —No pasa nada —la tranquilicé. Esbozó otra breve sonrisa.

—Trabajaré en el vestido primero, junto con algunas blusas y chalecos para vos, porque son mucho más rápidos de hacer que los pantalones. — Empezó a dejar el cuaderno en la mesa cuando se detuvo—. ¿Preferís mallas o pantalones ajustados? Aunque, antes de que contestéis, lo que yo llevo ahora mismo son mallas. —Tiró de la tela negra—. Son casi tan gruesas como los pantalones, pero mucho más cómodas y suaves. Tocadlas vos misma.

Alargué la mano y deslicé los dedos por una tela de una suavidad y flexibilidad asombrosas.

- —Habría pensado que eran pantalones. Las mallas a las que estoy acostumbrada son mucho más finas.
- —Y de una opacidad cuestionable —añadió, y yo asentí—. Esa es la razón de que haya pasado una cantidad de tiempo obscena en estudiar todo tipo de telas hasta encontrar algo tan eficaz como los pantalones. Uno pensaría que con la cantidad de sastres y modistas que hay en todos los reinos, ya habrían podido mejorar la funcionalidad de las mallas. No es que haya nada malo en los pantalones, pero al menos yo, prefiero que la cinturilla no deje marcas en mi piel.

Sonreí de oreja a oreja.

- —Que sean mallas, pues.
- —Perfecto. —Se subió a la banqueta una vez más.

Mientras deslizaba la cinta por debajo de mis brazos para medir mi pecho, las palabras de Rhahar y Bele volvieron a mi mente. Si la noticia de que Ash había elegido a una mortal como consorte había llegado hasta las otras cortes, ¿no se habría enterado ya la gente de Lethe?

¿Qué opinarían al respecto?

Me dije que no me importaba porque al final daría igual. Yo nunca sería una verdadera consorte. Mis responsabilidades estaban con Lasania. Era su reina, aunque jamás llegara a llevar la corona. Pero lo pregunté de todos modos porque... bueno, porque no pude reprimirme.

- —Sí, han oído hablar de vos. —Erlina abandonó la banqueta para anotar los números—. Por supuesto, muchos sienten curiosidad. No creo que nadie esperara que su alteza tomase a una mortal como consorte.
 - —Es comprensible.
- —Pero están emocionados. *Entusiasmados* quizá sea una palabra mejor. Y honrados —añadió Erlina a toda prisa, y un leve matiz rosáceo se extendió por sus mejillas de un suave tono dorado como la arena. Sujetó el libro contra su pecho—. Hay muchos mortales en Lethe —explicó, y esa fue otra sorpresa —. Que su alteza tome a una mortal parece como… un reconocimiento para

muchos de nosotros. Como si, a pesar de ser un Primigenio, siguiera viéndonos como a sus iguales y... bueno, no hay muchos como él. Mucha gente no puede esperar a conoceros de manera oficial.

Noté un extraño vuelco en mi pecho y asentí. No quería pensar en que Ash considerara a los mortales como sus iguales. No porque pareciera ridículo, sino porque creía que era verdad. Me aclaré la garganta.

- —¿Y están entusiasmados porque él se casa?
- —Por supuesto. —Una sonrisa aún más amplia se desplegó por su cara—. Queremos verlo vivir... verlo feliz.

Se me cayó el alma a los pies a toda velocidad mientras me quedaba ahí plantada.

—¿La gente de las Tierras Umbrías... lo respeta?

Su ceño se frunció un pelín y luego hubo un destello de comprensión.

—Debe de ser difícil creer que le hemos tomado bastante afecto al Primigenio de la Muerte. Antes de venir a las Tierras Umbrías, me hubiese reído de semejante posibilidad, pero... —Una sombra cruzó su rostro cuando agachó la cabeza. Vino hasta mi lado—. Pero había muchas cosas que no sabía entonces. En cualquier caso, su alteza es leal a nosotros. —Sus expresivos ojos marrones buscaron los míos—. Y nosotros le somos leales a él.

Se me ocurrieron multitud de preguntas en respuesta a lo que había dicho, junto a la burbujeante sensación de inquietud que se había asentado en el centro de mi pecho.

—De donde… de donde yo vengo —prosiguió—, no mucha gente respetaba a la corona. No tenían motivos para hacerlo.

Pasó la cinta en torno a mi cintura.

- —¿De dónde eres? —pregunté. Bajó la cinta a mis caderas.
- —De Terra.

No sabía gran cosa de Terra, aparte de que consistía sobre todo en tierras de labor con muchas menos ciudades que Lasania.

- —¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí?
- —Supongo que eso depende de lo que uno considere *mucho tiempo* contestó, mientras se alejaba otra vez para anotar sus mediciones—. Dejé el mundo mortal a los dieciocho años, pero no vine a las Tierras Umbrías hasta que tuve casi diecinueve. Llevo aquí desde entonces, o sea que serían… trece años.
 - —¿Dónde estuviste antes de venir aquí? Se arrodilló y estiró la cinta a lo largo de mi pierna.

—En la corte de Dalos.

Abrí los ojos como platos.

- —¿Estuviste en la Ciudad de los Dioses? ¿Con el Primigenio de la Vida? No sabía que hubiese mortales ahí. Bueno... aparte de los Elegidos.
- —No los hay —declaró, y se quedó muy quieta un momento—. Al menos, no cuando yo estuve ahí.

La confusión daba vueltas en mi interior mientras la cinta fría presionaba contra la cara interna de mi muslo.

- —Entonces, ¿cómo es que...? —Dejé la frase sin terminar.
- —Fui Elegida.

La miré pasmada, enmudecida durante un segundo.

—¿Fui? —Erlina asintió—. ¿Y ya no lo eres? ¿No Ascendiste?

Esbozó un amago de sonrisa tensa.

—No Ascendí, gracias a los dioses.

Me quedé boquiabierta y, al instante, pensé en la reacción de Ash cuando mencioné la Ascensión de los Elegidos. En ese momento se había callado cosas, lo tenía muy claro.

—Tengo muchísimas preguntas.

Se quedó quieta un segundo y levantó la vista hacia mí, los ojos muy abiertos. Y durante ese breve segundo, me dio la impresión de ver miedo en sus ojos. Terror. Se demoró ahí un momento y luego pasó a mi otra pierna para medir la costura de la cara interna. No dijo nada más mientras terminaba. Solo volvió a hablar para preguntar qué colores prefería. La modista se marchó poco después; dio la impresión de estar huyendo de la habitación, como si estuviese llena de espíritus.

Volví a meter los brazos por las mangas de la bata, absolutamente alucinada por lo que había compartido... algo de lo que estaba muy claro que no quería seguir hablando. Acababa de atar el cinturón cuando llamaron a la puerta del dormitorio.

—¿Sí? —respondí.

La puerta se abrió para dar paso a Ash. Esa extraña sensación zumbona inundó mi pecho otra vez al verlo. Llevaba la ropa oscura con el bordado plateado que había empleado cuando celebraba audiencia. Su pelo castaño rojizo estaba recogido en su nuca, lo cual daba a la ruda belleza de sus facciones un toque afilado como una cuchilla.

No lo había visto desde que me había quedado dormida. A su lado. ¿Por eso sentía este rubor que invadía mi piel?

Ash se había detenido justo dentro del umbral, con los ojos plateados fijos en mí, en donde mis dedos todavía estaban enroscados alrededor del cinturón. Vi un rápido remolino de *eather* en sus ojos, luego se movió para cerrar la puerta a su espalda.

—He visto que Erlina se marchaba hace un minuto y pensé que podía venir a ver qué tal estabas. Ver cómo os había ido.

¿Ver qué tal estaba?

¿Por qué haría algo así? ¿O era solo algo que hacía la gente normal? No tenía ni idea. Tampoco sabía por qué el hecho de que lo hiciera me provocaba una sensación extraña en el pecho. Salí de golpe de mi estupor.

- —Ha ido todo genial.
- —Bien.

Asentí.

Ash se quedó donde estaba, lo mismo que yo; ninguno de los dos dijo nada. En el fondo de mi mente, sabía que esta era una oportunidad perfecta para reforzar su atracción por mí. No llevaba nada más que unas ridículas prendas de encaje debajo de la bata. Podía soltar el cinturón, dejar que la bata se abriera... Preguntar acerca de lo que me había contado Erlina haría muy poco por mi causa.

Sin embargo, quería comprender cómo una Elegida había acabado en las Tierras Umbrías.

—Erlina era una Elegida.

El cambio en su expresión fue rápido e impactante. Apretó la mandíbula, sus labios se tensaron en una línea fina.

—No me dijo gran cosa más —me apresuré a añadir. No quería meterla en ningún lío—. ¿Por qué no Ascendió?

La tensión talló profundos surcos a ambos lados de su boca.

- —¿Eso es lo que los mortales aún creen que sucede con los Elegidos? Me puse rígida.
- —Sí. Eso es lo que nos han enseñado. Es para lo que se preparan los Elegidos a lo largo de toda su vida. Para su Rito y su Ascensión. Luego sirven a los dioses para siempre.
- —No lo hacen —afirmó Ash en tono inexpresivo—. Lo que sabéis del Rito y de los Elegidos no es nada más que una mentira. —Ese músculo de su mandíbula volvió a abultarse—. ¿El Rito que celebráis… ese en cuyo honor dais banquetes y fiestas? Estáis celebrando lo que al final será la muerte de la mayoría de ellos. No siempre fue así. Hubo un tiempo en que los Elegidos sí

Ascendían. *Sí* servían a los dioses. Pero eso no es lo que pasa ahora, y no lo ha sido desde hace muchísimos años.

Una especie de aliento frío se filtró en mi piel.

- —No lo entiendo.
- —Hace varios cientos de años que no se Asciende a ningún Elegido. Los ojos de Ash eran ahora del color del cielo de las Tierras Umbrías—. Desde el instante en que un Elegido llega a Iliseeum, se lo trata como un objeto para usar y regalar, con el que jugar y al final romper.

El horror llegó a todos los rincones de mi ser mientras lo miraba estupefacta. Una enorme parte de mí se limitó a zambullirse en un mar de negación. No podía creerlo.

No podía... oh, santo cielo, no podía entender eso. No podía asimilar el hecho de que a esos hombres y mujeres que habían pasado su vida en el mundo mortal, velados y moldeados para servir a los dioses de un modo u otro, los abdujeran del mundo mortal solo para *matarlos*. La sonrisa del joven Elegido se apareció en mi mente. Había sido una sonrisa radiante. Real y *ansiosa*.

Y tenía que haber miles de Elegidos como él. *Miles*.

- —¿Por qué? —susurré, el estómago revuelto. Me senté en el canapé.
- —¿Por qué no?

Aspiré una bocanada de aire que no fue a ninguna parte.

- —Esa respuesta no dice nada.
- —Estoy de acuerdo. —Sus ojos giraban con suavidad.
- —Entonces, ¿por qué se llevan a los Elegidos, si no es para Ascenderlos de modo que puedan servir al Primigenio de la Vida y a los dioses?
- —No sé por qué se sigue celebrando el Rito —reconoció, aunque no estaba segura de creerle—. Pero sí sirven a los dioses, Sera. Los sirven en sus antojos y caprichos. Y muchos de esos dioses hacen lo que quieren con los Elegidos, porque pueden. Porque algunos de ellos no conocen otra cosa. No es excusa. Para nada. Pero mientras los mortales continúen celebrando el Rito, más Elegidos encontrarán el mismo final.

Una ira incandescente brotó en mi interior y me había puesto en pie antes de darme cuenta de que lo estaba haciendo siquiera.

- —Los mortales continúan celebrando el Rito porque los dioses nos lo piden. Porque nos dicen que los Elegidos servirán a los dioses. Hablas como si esto fuese culpa nuestra. Como si tuviéramos la capacidad para decirles a los dioses, a los Primigenios, que no.
 - —No creo que sea culpa de los mortales —me corrigió.

Mis manos se abrían y cerraban a mis lados. Di un paso atrás y luego me giré para apartarme de Ash antes de hacer alguna estupidez. Como agarrar la mesita baja de delante del sofá y tirársela a la cabeza. Crucé el dormitorio y me detuve ante las puertas del balcón. ¿Kolis no sabía que estaba sucediendo esto? ¿O era que no le importaba? Me miré las manos. No podía creer que no le importara. Era el Primigenio de la *Vida*.

- ¿Y cómo podía no saberlo? Era el más poderoso de todos los Primigenios. El Rey de los Dioses.
- —¿Cómo es que el Rey de los Dioses lo permite? —pregunté, y su imagen en el Templo del Sol cobró forma en mi mente. *Tú*, *Elegido*, *eres digno*. Me estremecí.
- —¿Por qué crees que no lo permitiría? ¿Solo porque es el Primigenio de la Vida? —Su voz adoptó un tono cortante—. ¿Crees que le importa?

Me volví hacia él. Su expresión era indescifrable.

—Pues sí, eso hubiese creído.

Arqueó una ceja.

—Entonces, sabes aún menos sobre los Primigenios de lo que creía.

Mi corazón empezó a aporrear mi pecho.

—¿De verdad estás sugiriendo que Kolis está de acuerdo con que abusen de los Elegidos?

Su mirada glacial se cruzó con la mía.

—No osaría sugerir que vuestro Primigenio de la Vida pudiese ser tan cruel.

Una oleada de ira ardiente barrió a través de mí.

- —¿Por qué permitiría algo así? ¿Por qué haría alguien algo así? Recordé lo que había dicho Aios—. No puede ser solo porque han vivido tanto tiempo que esta es la única manera en que encuentran placer o diversión.
- —No podría contestar a eso. No podría decirte que se debe a que han perdido su humanidad o solo porque consideran a los mortales como algo inferior a ellos. No sé lo que corrompe y emponzoña una mente hasta el punto de permitir que ese tipo de comportamiento ocurra. No sé cómo nadie puede encontrar placer en el dolor y la humillación de otros. —Ash se había acercado a mí—. Casi desearía que no te hubieras enterado de esto. Al menos, no aún. Hay cosas que es mejor no saber.
- —Para los que no están implicados, quizá. Pero ¿para los Elegidos? ¿Sus familias? Se les enseña que esto es un honor. La gente *desea* ser Elegida, Ash. ¿Cómo puede estar bien eso?

- —No lo está.
- —Hay que impedirlo —sentencié—. Detener el Rito. Todo el tema de ser Elegido. Hay que terminar con eso.

Me pareció que algo similar al orgullo llenaba sus ojos, pero desapareció tan deprisa que no podía estar del todo segura.

- —¿Y cómo propondrías que se hiciera? ¿Crees que los mortales lo creerían si les contaran la verdad?
- —Probablemente no si se lo contara otro mortal. —Eso no tenía ni que meditarlo—. Pero creerían a un dios. Creerían a un Primigenio.
- —¿Crees que creerían al Primigenio de la Muerte? —Cerré la boca de golpe—. Incluso aunque otro Primigenio acudiera a ellos y les enseñara lo que de verdad ocurre, encontraría resistencia. Es mucho más fácil que te mientan que reconocer que te han mentido.

Lo miré con atención, las frías líneas de su cara, los ángulos. Había verdad en esas palabras. Una verdad triste y dura.

—¿Y tú qué haces al respecto?

Sus ojos buscaron los míos.

- —No me quedo cruzado de brazos sin hacer nada, aunque pueda parecerlo. Prefiero que sea así. —Hebras de *eather* crepitaron por sus iris—. Así es como mantengo con vida a gente como Erlina.
 - —¿Tú... la salvaste? ¿La trajiste aquí?
- —Solo la he escondido. Como he hecho con otros Elegidos. Intento llevarme a todos los que sea posible sin llamar la atención —explicó. Una especie de oscuridad se arremolinaba bajo su piel.

¿Solo escondido? Como si eso no fuese nada. Pero ¿era suficiente? La respuesta era «no». Habían Elegido a miles a lo largo de los años. Aunque al menos era algo.

- —¿Sigue siendo peligroso para ellos? —pregunté—. A Lethe entran otros dioses. ¿Podrían reconocerlos?
- —Siempre existe el riesgo de que alguien que los conociese pueda verlos. Y lo saben. —Un músculo se apretó en su mandíbula mientras deslizaba los ojos hacia la chimenea vacía—. La mayor parte de las veces hemos tenido suerte.
- —La mayor parte de las veces —repetí con suavidad. Pensé en la mujer desaparecida y en cuán reacio se había mostrado Ector a hablar de ella—. ¿La mujer que ha desaparecido es una Elegida? ¿Gemma?

Sus ojos color hierro volvieron a los míos.

—Lo es.

- —¿Y no la habéis encontrado?
- —Todavía no.

Se me comprimió el corazón.

- —¿Crees que su desaparición tiene que ver con que un dios pueda haberla reconocido como una Elegida?
- —Supongo que tiene algo que ver, sí. Puede que la reconocieran o que ella viese a un dios al que conociese y decidiera desaparecer.

Lo cual significaba que esta Gemma habría visto a un dios al que reconocía y había sentido tanto miedo que había huido.

- —¿A dónde podría haber ido?
- —A un lado de Lethe está la bahía. El Bosque Rojo rodea el lado sur, y el Bosque Moribundo la circunda por el oeste y por el norte. He enviado guardias a registrar los bosques, pero si entró ahí…

No necesitaba terminar. Si Gemma había entrado en el bosque, era poco probable que hubiese sobrevivido. Todavía no podía creer que una sola gota de mi sangre hubiese podido atraer a la superficie a esos dioses sepultados. Pero aunque ella no los despertara, también estaban las Tinieblas y quizás incluso más Cazadores. Los Elegidos tenían formación en autodefensa, no tanta como yo, pero sabían cómo usar un arma. Aun así, dudaba de que fuese suficiente.

No podía ni imaginar a lo que se habría tenido que enfrentar Gemma como Elegida para haberla empujado a correr semejante riesgo. La ira y la repulsión presionaban contra mi pecho, junto con una buena dosis de negación. Sacudí la cabeza.

—Parte de mí no quiere creer nada de esto —admití—. Lo creo, pero es que...

Ash me observó con atención, como si tratara de deducir algo.

—No sé cómo nada de esto puede resultar una sorpresa para ti.

Levanté la vista hacia él.

- —¿Cómo podría no serlo?
- —¿Crees que los mortales son los únicos capaces de demostrar brutalidad? ¿De hacer daño a otros solo por el hecho de que pueden? ¿De manipular y abusar de otros? Los Primigenios y los dioses son capaces de hacer lo mismo. Capaces de cosas mucho peores solo por ira, por aburrimiento o por diversión, y para darse placer. Cualquier cosa que pueda conjurar tu imaginación ni siquiera empezará a abarcar todo lo que somos capaces de hacer.

¿Lo que *somos* capaces de hacer? Aparté la mirada y apreté los labios. Se había incluido en esa afirmación, pero estaba tratando de salvar a los Elegidos. Él no era capaz de eso. Y yo estaba aquí para matarlo. ¿Qué les ocurriría a los Elegidos entonces? Por pequeño que fuese el porcentaje de los que podía salvar.

Por todos los dioses.

Se me encogió el pecho. No podía pensar en ellos. No podía pensar en lo que *podría* ocurrir cuando sabía lo que *seguramente* le sucedería a la gente de Lasania si no cumplía con mi cometido. Tragué saliva.

- —Has dicho que esto es lo que le pasa a la mayoría de ellos. Aparte de los que has escondido, ¿ha sobrevivido alguno?
- —Por lo que me han contado los que ayudan a trasladar a los Elegidos y a encontrarles una pizca de seguridad, algunos de los Elegidos han desaparecido.
 - —¿Eso qué significa? No pueden desaparecer y ya está.
- —Pues lo hacen. —Me sostuvo la mirada—. No hay ninguna señal de que los hayan matado, pero a muchos no se les vuelve a ver ni se vuelve a saber nada de ellos nunca más. Simplemente desaparecen.

Capítulo 32



Desde el momento en que me metí en la cama, no hice más que dar vueltas de un lado para otro. Me quedaba dormida solo unos minutos antes de despertar y descubrir que tenía los ojos clavados en las puertas que daban a los aposentos de Ash.

Las cosas de las que me había enterado hoy me atormentaban, por mucho que tratara de impedirlo. La verdad de lo que les sucedía a los Elegidos. La idea de que tantos dioses fuesen capaces de semejante crueldad. La más que probable posibilidad de que Kolis, el más grande Primigenio de todos ellos, fuese consciente de lo que sucedía. Todo ello daba vueltas y vueltas en mi cabeza, a pesar del hecho de que nada de eso importara.

«Solo Lasania», le susurré a la silenciosa habitación.

Rodé sobre la espalda y contemplé el techo de piedra umbra. ¿Qué pasaría si lograra mi objetivo? ¿Qué pasaría si lograra detener la Podredumbre? ¿De qué *narices* estaría salvando a Lasania al final, si el Primigenio de la Vida y los dioses que lo servían no tenían ningún problema en abusar de los Elegidos? La respuesta parecía sencilla. Había millones de personas en Lasania y solo miles de potenciales Elegidos. ¿Era justo sacrificar a uno para salvar a muchos? No lo sabía, pero no era como si no me diera cuenta de que la muerte de Ash causaría muchas muertes cuando el poder del Primigenio quedara liberado y hasta que encontrara un nuevo hogar. Ni siquiera sabía por qué estaba pensando en eso.

Gemí mientras me colocaba sobre un costado. Si lograba mi objetivo, yo ya no estaría aquí. Lo más probable era que resultara destruida. Alma y todo.

Los Elegidos no eran mi problema. La política de Iliseeum no era mi problema.

Volví a tumbarme de espaldas y luego sobre el costado una vez más. Al final, la frustración me empujó a levantarme de la cama. Eché las sábanas a un lado y me levanté, al tiempo que agarraba la ridícula manguita del camisón que Aios me había dejado en el armario el primer día. La devolví a su sitio sobre mi hombro y crucé descalza el suelo de piedra. Agarré una de las mantas de piel del respaldo del diván, la eché por encima de mis hombros y salí al balcón y al silencio de la noche de las Tierras Umbrías. Fui hasta la barandilla y me ceñí bien la manta; una brisa inusual revolvió los mechones sueltos de mi pelo y los hizo volar por delante de mi cara. Las oscuras hojas carmesíes del Bosque Rojo oscilaban con suavidad más allá del patio. ¿Cuántos dioses habría sepultados ahí? Otra pregunta aleatoria que tendría que...

—¿Tampoco puedes dormir?

Solté una exclamación ahogada y giré a toda velocidad hacia el sonido de la voz de Ash. Estaba sentado en el sofá cama a la puerta de su habitación. El resplandor plateado de las estrellas en lo alto iluminaba el brazo que descansaba sobre una rodilla doblada y la ancha extensión de su pecho desnudo. Mi corazón empezó a aporrear en mi pecho al tiempo que me invadía un extraño impulso de volver corriendo a mi habitación y esconderme debajo de las mantas.

De algún modo, conseguí no hacerlo.

- —No te había visto —dije al final, y luego me sonrojé. Obvio—. Y no, no puedo dormir. —Me aparté de la barandilla—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí fuera?
 - —Una hora. Quizá más.
 - —¿Va todo bien? —pregunté. Él asintió.
 - —En cierto modo.

Di otro pasito hacia delante.

- —¿Qué significa *en cierto modo*?
- —En cierto modo las cosas van bien porque estoy vivo —repuso después de un momento, y aunque la mayor parte de su cara estaba oculta entre las sombras, percibí la intensidad de su mirada—. Imagino por qué no puedes dormir, después de todo lo que has averiguado hoy.
 - —Mi mente no quiere desconectarse.
 - —Conozco esa sensación.

Lo observé.

- —¿Piensas a menudo en los Elegidos?
- —Siempre. —Hubo una pausa larga—. ¿Estás segura de que estás bien?

Me había preguntado eso mismo durante la cena tranquila que habíamos compartido. Estaba preocupado por cómo estaba asimilando todo lo que me había contado acerca de los Elegidos. Y... bueno, no estaba acostumbrada a que nadie me preguntara eso.

—Sí. —Deslicé el pie por la suave piedra—. Puede que sea propensa a la impulsividad, como me decía sir Holland con frecuencia, pero también tengo una mente bastante práctica.

—¿La tienes?

Le lancé una mirada ceñuda.

—Lo que trato de decir es que asimilo bien las cosas. ¿Lo que he averiguado hoy? Lidiaré con ello y lo asimilaré.

Me estudió desde su rincón oscuro.

—Sé que lo harás. Eso es lo que siempre haces. Lidiar con lo que sea que encuentres en tu camino.

Encogí un hombro. Se quedó callado unos segundos.

- —¿Quieres sentarte conmigo? —me ofreció después. Una sensación inestable invadió mi pecho.
 - —Claro.
- —No suenas demasiado convencida de esa elección —comentó, y oí la sonrisa en su voz.
- —No, estoy convencida de mi elección. Es solo que... me sorprende admití.
 - —¿Por qué?

Me encogí de hombros una vez más y conseguí poner mis piernas en movimiento, diciéndome que esta era una sorpresa buena. Que Ash quisiera que me quedase con él ahí fuera tenía que significar algo. Me senté a su lado, la vista al frente.

Ash se quedó callado unos segundos más.

- —Hoy no te he estado evitando. Estuve en los Pilares.
- —No creí que lo estuvieras haciendo. —Lo miré y me puse tensa al recordar algo que mi madre me había enseñado una vez. *A los hombres no les gusta tener que dar explicaciones del tiempo que no han pasado contigo*, me había dicho. Y ahora que pensaba en lo que había hecho el día anterior, debí haber recordado ese consejo que en otra situación hubiese ignorado—. Quiero decir, no tienes que explicarme a dónde vas.

Sus dedos se movían inquietos delante de su rodilla doblada.

—Después de ayer por la noche, me da la sensación de que tengo que hacerlo.

Clavé los ojos en las copas de los árboles al otro lado de la muralla y me resistí al deseo de llevar las manos a mis mejillas para comprobar si estaban tan calientes como creía que estaban.

—También me da la sensación de que debo informarte de que una de las razones por las que no puedo dormir es porque no hacía más que mirar las malditas puertas que dan a tu dormitorio. —Mis ojos volaron de vuelta hacia él—. Y entonces me quedé ahí tumbado preguntándome por qué diablos puse tus habitaciones al lado de las mías. Sonaba como buena idea —explicó, y mi estómago dio una voltereta—. Ahora, no estoy tan seguro. Porque he pasado demasiado tiempo pensando que todo lo que tenía que hacer era andar un par de metros y esa habitación no estaría vacía. Tú estarías ahí.

La sensación inestable se convirtió en una de caída libre.

- —¿Y eso es malo?
- —Aún está por decidirse.

Me reí y aparté la mirada.

- —Bueno, pues a mí me da la sensación de que debería informarte que yo también miraba esas *malditas* puertas y que estoy a solo unos metros y…
 - —¿Y qué? —Unas sombras se habían congregado en su voz.
- —Y que no me importa embarcarme en malas ideas —le dije. Ash se rio entre dientes.
 - —No te importaría, ¿verdad?

Sonreí y subí los bordes de la manta hasta mi barbilla.

—Tengo un talento especial para embarcarme en malas ideas. —Me aclaré la garganta en busca de algo que decir—. Hoy he conocido a Rhahar y a Bele.

—Lo sé.

Arqueé las cejas y giré la cabeza hacia él.

- —¿Cómo?
- —Te vi un momento cuando regresé para hablar de un par de cosas con los guardias. Estaba ocupado, pero aun así era plenamente consciente de dónde estabas. Con quién estabas. Cuándo te marchaste.
 - —Vaya... Eso suena un poco retorcido.
- —Además hablé con Rhahar y con Bele. —Se movió hacia delante, justo lo suficiente para que la luz de las estrellas acariciara su cara. Había una curva divertida en sus labios. Sus labios eran tan expresivos…
 - —Yo también me enteré de algo interesante con ellos hoy.

- —¿Lo relativo a las apuestas de los dioses de otras cortes? —preguntó Ash.
 - —Sí —reconocí, con un suspiro.
- —No deberían haberte dicho eso. Tanto Rhahar como Bele a menudo hablan antes de pensar.
- —Bueno, como estoy bien familiarizada con eso, no puedo guardarles rencor por ello —comenté—. ¿Dónde ha estado Bele? Aios reaccionó como si hubiese estado ausente mucho tiempo.
- —Es algo así como una cazadora. De información. Tiene un arte especial para moverse por ahí sin que la vean, así que suele pasar temporadas en otras cortes, intentando descubrir información que pueda ser útil.
 - —¿Útil para qué?
 - —Tienes muchas preguntas.
- —Y tú tienes muchas respuestas. —Lo miré con suspicacia—. ¿Es una de las que ayuda a los Elegidos a salir de Dalos?
 - —Lo es —confirmó Ash. Lo pensé un poco.
 - —¿Saben algo del trato que hizo tu padre?
 - —No, pero estoy seguro de que sospechan que no todo es como parece.

Asentí despacio. Suponía que cualquiera que conociese a Ash tendría preguntas sobre su repentina aparición con una consorte mortal.

- —¿Cómo fueron las cosas en los Pilares? ¿Había almas a las que tenías que juzgar tú mismo?
- —Las había, y las cosas fueron tanto bien como mal. Nunca es fácil tomar esa decisión. La vida es importante, *liessa*, pero lo que viene después de ella es una eternidad. Sé que muchos creen que las cosas son blancas o negras. Que si haces esto o eso, serás recompensado con el paraíso o castigado. Levantó una mano para retirar un mechón de pelo que había caído contra su mejilla—. Nunca es simple. Hay gente que hace cosas terribles, pero eso no siempre significa que sean personas terribles.

Me giré hacia él y subí una pierna al sofá cama.

- —Tú puedes decir eso porque ves el alma expuesta después de la muerte. Sabrías cómo es, ¿no?
- —Lo sé, pero aún veo la mancha dejada por lo que fuese que hicieron. Oculta gran parte de lo bueno, pero hay quienes existen en un tono de gris en el que no son fáciles de juzgar, como las personas que rezan a los dioses para que terminen con la vida de otras personas.

Arqueé las cejas.

—¿La gente reza pidiendo eso?

—He perdido la cuenta de la cantidad de veces que alguien ha ido al Templo Sombrío para llamar a un dios y pedirle que cause la muerte de otra persona. Yo... —Soltó el aire despacio—. Hubo un tiempo en que respondía a esas llamadas.

Me quedé de piedra. Los dioses a menudo contestaban a las llamadas, pero él debía de haber sido como su padre.

—Entraba en el Templo Sombrío y escuchaba las palabras que pronunciaban los mortales. Escuchaba los favores que solicitaban, las vidas con las que querían acabar. Sabía de inmediato que algunos eran malas personas. Corruptas y podridas hasta la médula —me dijo—. Pedían la muerte de alguien para beneficiarse de ella o por alguna ofensa insignificante. Sus motivos eran una pestilencia, una que sabía que no podía permitir que se extendiera. No solían salir del templo.

Mis dedos se aflojaron en torno a la manta. Tenía la sensación de que sabía por qué no salían de ahí.

- —Y luego había otros. —Sus dedos se habían quedado quietos, pero estaban en tensión—. Personas que pedían la muerte de otra porque buscaban alivio de un jefe brutal o de un padre abusador. Algunos se habían visto empujados hasta el límite y no veían ninguna otra opción porque no la había. Aunque esas personas no hicieran daño a nadie, la intención estaba ahí. ¿Deberían ser castigadas? ¿Debería tratarlas de manera diferente? ¿Y esas personas que matan para protegerse o para proteger a otro? No son como los demás, pero sus crímenes son los mismos.
 - —¿Cómo... cómo sabes lo que debes hacer?
- —Todo lo que puedo hacer es mirar su vida como un todo. Y cada vez que condeno a un alma, me pregunto si fue la decisión correcta. ¿Estaba castigando a alguien que no se lo merecía? ¿O estaba dejando que alguien se fuera con demasiado poco castigo? Me lo pregunto cada vez, aunque sé que no tendré respuesta.
- —No puedo ni imaginar lo que debe de ser tener que tomar esas decisiones —admití—. ¿Qué hacías por las personas cuyas llamadas atendías? Los que pedían la muerte de otro porque les estaba haciendo daño.
- —No hacía tratos con ellos. De hecho, no hago tratos nunca. Pero sí les concedía el favor que buscaban. —Un músculo se tensó en su mandíbula, los ojos perdidos en la noche—. Encontraba a la persona en cuestión y terminaba con ella. Me decía a mí mismo que no lo disfrutaba. Que estaba erradicando el mal del mundo.

—Pero ¿no era verdad? —pregunté—. Lo disfrutabas, solo que no de… un modo perverso. Disfrutabas de la justicia. De la idea de que nunca más podrían hacerle daño a nadie, y de ser tú el que te aseguraras de ello.

Deslizó los ojos hacia mí al tiempo que asentía.

—Es extraño que lo sepas tan bien.

La manta resbaló por mis brazos y se arremolinó en mis codos.

- —¿Por qué dejaste de acudir?
- —Porque las muertes empezaron a no dejar marca —contestó—. Y empecé a disfrutarlo, sobre todo el momento en que se daban cuenta de quién era exactamente el que había contestado a su llamada o los visitaba en su casa. Cuando esa certeza se reflejaba en sus ojos, la certeza de que no solo acabaría con sus vidas, sino que también tendría sus almas para toda la eternidad. Ahí fue cuando paré, cuando dejé de acudir y empecé a dejar que los dioses respondiesen a las llamadas. Ahora suele hacerlo Rhahar.

Aspiré una temblorosa bocanada de aire.

—¿Cómo... cómo supiste que la cosa estaba llegando a ese punto?

No dijo nada durante unos instantes, pero sentía su mirada sobre mí.

—No es algo que pueda explicarse con palabras. Es solo algo que sabes.

Solo algo que sabes. Junté ambos lados de la manta; de pronto tenía la garganta agarrotada de palabras.

- —¿Me estás leyendo las emociones?
- —No —contestó—. ¿Debería estar haciéndolo?

Negué con la cabeza, sin querer imaginar siquiera lo que detectaría en mí. Ni siquiera estaba segura de lo que sentía.

- —Yo he matado. —Ash no dijo nada, pero sentí su mirada sobre mí—. Casi siempre hombres. No buenos. —Las palabras arañaban mi garganta—. Abusadores. Manipuladores. Violadores. Asesinos. Nunca tuve la intención de hacerlo. Quiero decir, no me levanté un día y decidí que iba a matar a alguien. Ayudaba a mi hermanastra a recuperar a niños en peligro y simplemente... ocurría. O a veces mi madre...
- —¿Tu madre? —Esas dos palabras cayeron como lluvia gélida entre nosotros. Asentí.
- —Me utilizaba para enviar mensajes. Del tipo que no se considerarían un acto de la corona. —Sabía que no había ninguna razón para compartir esta información. Dudaba de que fuese a ayudarme, pero era como si un sello hubiese reventado muy profundo en mi interior y dejara escapar palabras a las que jamás hasta entonces había dado voz—. Quiero decir, no es como si no tuviese el control de mí misma. Lo tenía. Pero sé que a veces lo dejé escalar

hasta el punto en que me convencía de que era necesario. —Pensé en Nor—. Que era en defensa propia. Pero para ser sincera, quería terminar con ellos. Impartir justicia. —Un rizo cayó hacia delante y quedó contra mi mejilla mientras me encogía de hombros otra vez—. Lo gracioso era que me preguntaba si tú lo sabías. ¿Lo sabías?

—No —reconoció, y no estaba segura de si eso me hacía sentir mejor o peor—. Ser el Primigenio de la Muerte no significa que sepa quién mata a alguien o no mientras está vivo. No funciona así.

Asentí despacio.

- —A veces, me pregunto si hay algo en mí que me permitía hacerlo, ¿sabes? Porque no todo el mundo puede. Mi hermanastra no sería capaz. Ni siquiera creo que mi madre fuese capaz. Y me pregunto si es por el trato, por cómo me educaron. O si es solo que hay algo malo en mí, que soy solo yo... que tengo esta habilidad para bloquear mis emociones y acabar con una vida de un modo tan frío... Me pregunto si siempre estuvo en mí.
 - —¿A qué te refieres con *cómo te educaron*?
- —A que me entrenaron para que me defendiera —contesté con calma, porque tampoco era del todo mentira. Pero sí era una advertencia de que quizás estuviese revelando demasiado. Aun así, tenía otro aluvión de palabras en la punta de la lengua. Y esta vez ni siquiera podía echarle la culpa al whisky—. No sé si alguna vez sentí esas marcas que mencionaste. A veces pienso que sí, pero después me autoconvencía para no pensar en lo que había hecho. Y me resultaba fácil hacerlo. Quizá demasiado fácil. Me sentía… me sentía como un pequeño monstruo.

Las yemas de sus dedos rozaron mi mejilla y una corriente de energía surcó mi piel. Sobresaltada, levanté la barbilla mientras él retiraba los rizos y los remetía detrás de mi oreja.

—No eres un monstruo.

Dios. Si él supiera.

- —Hombre, he hecho unas cuantas cosas monstruosas que... que volvería a hacer. —*Que aún voy a hacer*—. Mira lo que le hice a Tavius.
- —Ese bastardo se lo merecía. —Sus ojos refulgieron—. Y cuando su alma salga de los fosos, le voy a hacer algo mucho peor en persona.

El fogonazo de satisfacción que sentí al oír eso casi seguro que era otra buena señal de que había algo malo en mí.

- —¿A qué te refieres con los fosos?
- —Los Fosos de Llamas Eternas —explicó—. Me aseguré de que su alma fuese enviada ahí de inmediato. Arderá hasta que yo lo libere.

Oh.

Joder.

—Pero esas cosas monstruosas que hiciste es muy probable que salvaran las vidas de otros —dijo, y se me cortó la respiración. Sir Holland había dicho algo parecido después de la primera vez que mi madre me hizo enviar un mensaje.

Tenía ganas de preguntarle cómo juzgaría mi alma, pero pensé que sería mejor no saberlo.

Sus dedos bajaron por la curva de mi mejilla.

—Sé una cosa, *liessa*. A un monstruo no le importaría serlo.

Sentí que se me cortaba otra vez la respiración. Nunca lo había pensado así, y eso me tocó. Ni siquiera estaba segura de por qué, ni de por qué no había pensado en ello, puesto que era una idea bastante simple. Pero era verdad que no lo había hecho, y no era como si las palabras borraran lo que había hecho, pero Ash tenía razón. En casi todo. Sin embargo, sus palabras disiparon parte de la oscuridad que siempre rondaba por el fondo de mis pensamientos. Y cuando inspiré, me dio la impresión de que era la primera respiración profunda que realizaba en mucho tiempo. Quería agradecérselo.

Sin mucho pensar ni demasiado motivo, solté la manta y me moví para cerrar la pequeña distancia entre nuestras bocas. Lo besé y sus labios se abrieron de inmediato para dejarme entrar. Sabía a whisky ahumado y a la hora más fría de la noche. Noté que temblaba cuando le puse una mano en el pecho. Me moví otra vez para deslizar las manos hasta sus hombros y sentarme en su regazo. El contacto de su piel a través de la fina tela del camisón fue un shock al mismo tiempo glacial y ardiente para mis sentidos. Se estremeció al enterrar la mano en mi pelo. Me incliné hacia él y lo fui guiando hasta que quedó tumbado de espaldas. El Primigenio de la Muerte se dejó hacer sin vacilar, sin preguntar. Lo besé, y me permití perderme un poco en la sensación de sus labios, el sabor de su boca y la presión de la gruesa dureza contra mi vientre. Me permití disfrutar de todas esas sensaciones. Solo existir en el cuidado con que entrelazaba su dedos con mis rizos, la suave caricia de su mano sobre mi espalda y el grave gemido gutural que se le escapó cuando aparté la boca de la suya. Solo vivir en esa bocanada de aire repentina que aspiró cuando besé su cicatriz y luego la piel de debajo de su barbilla.

Seguí la línea de su cuello con mis labios y mi lengua, contenta cuando su cabeza cayó hacia atrás contra el reposabrazos del sofá cama. Mis labios rozaron los bordes de la tinta grabada en su piel. Levanté la cabeza. A la luz

de las estrellas y tan cerca como estaba, por fin pude ver lo que era cada una de esas marcas tatuadas en su piel.

- —Son gotas —murmuré. Pasé un dedo por varias de ellas y levanté la vista hacia él—. ¿Qué tipo de gotas?
- —Sangre —me dijo—. Representan gotas de sangre. Pero la tinta roja no se queda en mi piel. Cuesta mucho dejar cicatriz en la piel de un dios, no digamos ya de un Primigenio. Hay que aplicar sal para que incluso el negro se adhiera.

Bufé entre dientes.

- —Auch.
- —No es un proceso agradable precisamente.

Bajé la cabeza y besé una gota.

—¿Qué significan?

Se quedó callado unos instantes.

—Representan a alguien que perdió la vida por mis manos, mis acciones o por una decisión que tomé o no tomé.

Me quedé paralizada, con los ojos clavados en las marcas de tinta.

- —Tiene que haber... cientos de gotas. Quizás incluso *miles*.
- —Son un recordatorio de que toda vida puede extinguirse con facilidad.

Ese recordatorio. Me dio un vuelco al corazón al tiempo que se me comprimía la garganta.

- —No eres responsable de lo que hacen otros.
- —Eso no lo sabes, *liessa*.

Negué con la cabeza.

—Los que cometieron esos actos son los responsables.

Ash no dijo nada, pero lo supe... *supe* que, de esas gotas de sangre tatuadas en su piel, había muchas más del lado de las vidas perdidas que del lado de las vidas que él había quitado. Bajé la vista por la espiral que discurría por su cintura y luego se colaba por la cinta de sus pantalones. ¿Alguna de ellas representaría a Lathan, el amigo que había muerto a manos de Cressa y los otros dos dioses? ¿A los padres de Ash? ¿A los dioses de la muralla? ¿A los Elegidos que no había logrado salvar? Tenía que haber docenas de marcas solo en este lado de su cuerpo, y ese tipo de pérdida de vida era... era un recordatorio casi demasiado doloroso como para que no colapsara abrumado por la pena y por lo que yo sabía que tenía que ser culpabilidad mal entendida. Yo no podría mantenerme en pie si cargara con un peso de ese estilo.

Ash tenía que ser el ente más fuerte que conocía.

Me incliné hacia él y saboreé la piel de su pecho, tracé las líneas definidas de su estómago. Cada parte de mí era muy consciente de cómo cada beso, cada caricia de mis dedos tras el paso de mi boca, le provocaba una respiración más rápida, un estremecimiento. Seguí adelante. Mis labios bailaron en torno a su ombligo y luego más abajo según fui deslizándome por su cuerpo. Las puntas de mis pezones rozaron su miembro rígido; todo su cuerpo dio una sacudida y el mío se puso en tensión. Me instalé entre sus piernas y mordisqueé la piel por encima de la cinturilla del pantalón. Mis dedos bajaron por sus costados hasta sus caderas y luego a la tela de sus pantalones.

- —¿Qué estás tramando? —preguntó Ash, su voz más grave y llena de sombras.
- —Nada. —Le dejé una fila de besitos sobre la tinta que fluía por sus caderas. Sus dedos se entrelazaron con mi pelo, retiró los mechones que habían caído por mi cara.
 - —Esto no parece «nada», liessa.
 - —Estoy... explorando —le dije.
 - —¿Y exactamente qué es lo que estás explorando?

Levanté la cabeza y se me cortó la respiración. Todo su cuerpo estaba apretado debido a la tensión. Los músculos de su abdomen y de su pecho, del cuello y la mandíbula. Su piel se había afinado y ahora mostraba un indicio de sombra por debajo. Sus ojos eran como estrellas mientras me miraba.

—A ti —susurré, el corazón acelerado—. Puedo parar, si eso es lo que quieres.

Pasó una mano por detrás de mi cabeza.

- —Esa es la última cosa que quiero en este mundo —murmuró, y empecé a sonreír—. No hagas eso.
 - —¿Que no haga qué?
 - —Sonreírme —susurró, y la plata de sus ojos empezó a girar más deprisa.
 - —¿Por qué?
- —Porque cuando lo haces, no hay absolutamente nada que no te dejaría hacerme. —Entonces sonreí de oreja a oreja—. Joder —gruñó. Se me escapó una carcajada, un sonido ligero y alegre que me hizo sentir bien a pesar de que me miró con los ojos entornados—. Eso tampoco lo hagas.

Mi sonrisa era cada vez más amplia.

- —¿Significa que puedo hacer cualquier cosa?
- —Cualquier cosa.

Sus ojos chispeantes estaban clavados en mí. Me mordí el labio mientras bajaba la vista hacia su cuerpo, hacia donde incluso entre las sombras podía ver su grosor apretado contra la tela de los pantalones.

—¿Cualquier cosa?

Ash asintió y yo me puse de rodillas.

—No te muevas.

Me quedé quieta.

- —Creía que podía hacer cualquier cosa.
- —Puedes, pero... acabo de darme cuenta de lo que llevas puesto.
- —¿Qué hay de malo en...? —Me miré y dejé la frase a medio terminar. El brillo de las estrellas hacía que la tela fuese casi transparente y revelara el tono más oscuro de mis pezones y la zona sombreada entre mis muslos—. Oh.
- —Puedes ponerte ese camisón siempre que quieras. No me quejaré —dijo con voz ahumada. Empecé a sonreír otra vez—. Eres preciosa, Seraphena.

Noté otro retortijón en el pecho, uno que amenazaba con hacer añicos este momento con una bofetada de realidad, de responsabilidad. No pensaba permitirlo.

En este instante solo quería existir, con este ser hermoso, fuerte y *amable*.

—Gracias —susurré.

Deslicé la mano por su vientre, pasé los dedos por encima de la suave tela de sus pantalones y sobre su duro miembro. Cerré la mano en torno a él por encima de la tela y todo su cuerpo dio otra sacudida. Levanté la vista hacia su rostro. Tenía los labios entreabiertos justo lo suficiente como para que asomaran las puntas de sus colmillos.

- —Entonces, todo eso de que *puedo hacer cualquier cosa...* ¿Y si quisiera...? —Deslicé el pulgar a lo largo de su miembro erecto y mi estómago se ahuecó ante la sensación—. ¿Y si quisiera besarte? —Volví a deslizar el dedo hacia arriba, por encima de la cabeza curva. Su respiración era como una canción—. Aquí.
 - —Joder —repitió.
 - —¿Eso entra en la categoría de cualquier cosa?

Su pecho subió y bajó de manera exagerada.

- —Eso sería lo primero en la categoría de cualquier cosa.
- —¿Lo primero?
- —Y lo último. Lo segundo sería ese camisón y el hecho de que te lo pongas siempre que quieras.

Con otra carcajada, me enderecé y lo besé, disfrutando del ambiente juguetón, de la cercanía que nunca había experimentado antes cuando me

ponía íntima con alguien. Quizá porque esto no consistía solo en disfrutar de unos minutos de placer que me permitían olvidar. Ni siquiera tenía nada que ver con mi deber. Tenía que ver con él y conmigo. Tenía que ver solo con nosotros, y era... *divertido*.

Sus manos acariciaron mi cintura cuando la mía pasó por debajo de la cinturilla de sus pantalones. Sentí cómo se estremecía cuando mis dedos rozaron su piel fría y dura. Aspiré su gemido, cerré la mano en torno a él y temblé al moverla a lo largo de toda su longitud. Sus caderas se levantaron debajo de mí y yo interrumpí el beso. Una espiral de placer se enroscó en lo más profundo de mi ser cuando esos ojos ultrabrillantes conectaron con los míos. Ash no parpadeó, ni una sola vez, mientras movía mi mano sobre él. Yo tampoco quería, fascinada por la tensión que se instaló alrededor de su boca, en su mandíbula, y por cómo las hebras de *eather* se contoneaban y daban latigazos por sus ojos. Con el pulso tronando, volví a bajar por su cuerpo una vez más. Deslicé una mano por su pecho y por su abdomen, donde las sombras se habían condensado bajo su piel para crear un fascinante efecto marmoleado.

Llegué a sus pantalones y tiré de la cinturilla. Ash levantó las caderas lo suficiente para que pudiera bajarlos por sus muslos. Solo entonces aparté la vista para mirarlo. Una sensación trepidante atravesó mi pecho y mi estómago de un modo punzante y seductor. La piel estaba más oscura, y parecía aún más grueso y duro bajo la palma de mi mano mientras la llevaba hasta la punta de la reluciente cabeza y luego hasta abajo otra vez.

Ash era una obra de arte.

Varios mechones de mi pelo cayeron sobre mis hombros y contra mis mejillas cuando agaché la cabeza. Lo besé, justo debajo de la punta, y sus caderas dieron una sacudida. Planté besitos cortos y rápidos por toda su longitud y luego lamí la piel. Se me aceleró la respiración, a juego con la suya. Las yemas de sus dedos rozaron mi mejilla mientras mis labios pasaban por ese punto al parecer muy sensible. Levanté la vista mientras él pescaba mis rizos y los retiraba de mi cara. Me dio la impresión de que no respiraba siquiera. Nuestros ojos conectaron y sentí que las comisuras de mis labios se curvaban mientras cerraba la boca sobre la cabeza de su pene.

El cuerpo entero de Ash reaccionó de golpe. Sus caderas se levantaron, su espalda se arqueó y una pierna se enroscó mientras lo introducía en mi boca.

—Por todos los dioses, joder —gruñó.

Lo introduje lo más hondo que pude, deslicé la lengua por su piel y dejé que mi mano abarcara el resto de él. Su sabor salado era intenso, poderoso. La forma en que danzaba sobre mi lengua era afrodisíaca. Succioné su piel, su pene entero, un poco sorprendida por lo mucho que me estaba divirtiendo. Tal vez fuese el momento, o tal vez fuesen los sonidos roncos y crudos que hacía. Quizá la forma en que su mano se apretaba cada vez más en torno a mi pelo, tirando de los rizos y luego relajándose. O cómo se esforzaba por mantener las embestidas de sus caderas cortas y suaves. Podía ser por la manera en que temblaba su mano... ambas manos, la de mi pelo y la que había cerrado en torno a mi nuca. A lo mejor era solo él. Solo yo. La repentina oleada de poder que sentí y que provenía de la idea de que era el Primigenio de la Muerte y yo lo estaba haciendo *temblar*.

—Sera —masculló, la mano más firme sobre mi cuello—. No voy… no voy a durar.

Me puse roja como un tomate y moví la mano más deprisa, succioné más fuerte, y su mano se enredó en mi pelo de nuevo mientras movía las caderas y apretaba aún más contra mi mano. Contra mi lengua.

Ash ya no estaba solo levantando las caderas. Me levantaba a mí, y tiraba. —Sera, *liessa*…

Rocé ese punto sensible con los dientes y en lugar de intentar retirar mi boca de él, apretó hacia abajo y todo su cuerpo se arqueó debajo de mí. Noté que su pene se estremecía contra la palma de mi mano mientras levantaba una pierna otra vez. Se puso rígido. El gemido ronco y profundo escaldó mi piel cuando alcanzó el clímax en intensas oleadas palpitantes.

Sus músculos tardaron en relajarse y yo seguí lo que me iba transmitiendo su cuerpo, fui soltando la mano, retiré la boca. Deposité un beso donde la tinta seguía hacia la cara interna de la cadera y luego levanté la cabeza y subí con cuidado sus pantalones de vuelta a su sitio.

Ash me miraba con esos ojos desquiciados. No habló. No dijo ni una palabra, pero tiró de mí desde donde me había instalado entre sus piernas. Me arrastró por todo su cuerpo y, antes de que pudiera ni imaginar lo que pretendía hacer, sus labios se cerraron sobre los míos e hizo que giráramos, de modo que yo acabé debajo de él. Y este no fue ningún beso suave. Fue profundo e impactante, y supe que no solo me saboreaba a mí en sus labios, también se saboreaba a sí mismo. La presión de sus labios y cada pasada de su lengua eran una declaración de gratitud. De *adoración*.

Y, en ese momento, no me sentí como un monstruo.

Capítulo 33



Poco a poco, fui consciente de un aroma fresco y cítrico, del suave peso cálido de la manta de piel, y de la frialdad que presionaba en distintos puntos. El sueño seguía aferrado a mis pensamientos y me acurruqué mejor contra el cuerpo largo y duro que estaba detrás del mío y el brazo firme de debajo de mi mejilla.

Ash.

No me atrevía a moverme, así que me quedé ahí tumbada. Mis sentidos se despejaron de golpe para centrarse en él, en la sensación de su piel apretada contra la mía. Estaba enroscado a mi alrededor, tan cerca que no había ni un centímetro de espacio entre nuestros cuerpos. Notaba su pecho subir y bajar contra mi espalda a cada respiración serena que realizaba. Un pesado brazo descansaba sobre mi cintura, como si quisiera retenerme ahí. Uno de sus muslos estaba metido entre los míos, la suave tela de sus pantalones presionaba contra una parte muy íntima de mí. Se me aceleró el pulso y me invadió una sensación de asombro.

Nadie me había abrazado así durante más de unos instantes; ni tan cerca, y ni despierta ni dormida. Sabía que me había quedado dormida antes que él, lo cual significaba que él me habría podido despertar. Podría haberme llevado de vuelta a mi dormitorio, o podría haberme dejado ahí fuera. En lugar de eso, me había tapado con la manta y había dormido a mi lado. Otra vez. Pero me había besado hasta que ya no fui capaz de mantener los ojos abiertos, y tampoco me habían besado así nunca. Había sido como si Ash no hubiera podido dejar de hacerlo. Como si no pudiera aguantar ni un solo segundo sin tener los labios sobre los míos. Jamás me había sentido tan deseada o

necesitada. Así era como me había besado, como si necesitara hacerlo. Me había besado como... como Ezra había mirado a Marisol cuando se dio cuenta de que se pondría bien.

Un intenso calor inundó mi pecho, muy parecido al que me invadía cuando usaba mi don, solo que diferente y más fuerte. Era excitante y nuevo y...

Y era aterrador.

Porque parecía demasiado cálido, demasiado real y demasiado *deseado*. Y yo no podía querer esto. Puede que me mereciera esos momentos de vivir y solo existir, pero no me merecía que esos momentos duraran. Demasiadas cosas dependían de que yo cumpliera con mi deber como para dejarme arrastrar por esta sensación de ser *deseada*. Lo que tenía que hacer era más importante que yo. Que Ash.

Aunque llevara el recordatorio de tantas vidas perdidas en la piel.

Un dolor tenue volvió otra vez a mis sienes. Levanté las pestañas y mis ojos se posaron en donde su mano estaba cerrada sin apretar en torno a la manta. Me estiré despacio hacia él, deslicé las yemas de los dedos con suavidad por encima de su mano, seguí la trayectoria de sus tendones, sus huesos fuertes...

Mi mano se paralizó cuando algo se movió... se *contoneó* hacia el final del sofá cama, rozó mis pies tapados. Bajé la vista y abrí los ojos de par en par. Hecha un ovillo al lado de mis pies estaba Jadis.

Parpadeé una vez, luego otra, pero la *draken* seguía ahí, hecha una pelotita, con las alas pegadas al cuerpo.

- —¿Qué demonios? —susurré.
- —Lleva ahí un buen rato —respondió una voz queda.

La sorpresa me golpeó como un ariete y mis ojos volaron hacia el origen de la voz, hacia la barandilla del balcón. Lo que vi hizo que me preguntara si todavía estaría dormida.

Descalzo y descamisado, Nektas estaba acuclillado sobre la barandilla, lo cual parecía imposible, dado lo estrecha que era. Parecía totalmente relajado, como si no tuviese ningún miedo de resbalar de la barandilla y caer a una muerte segura.

¿Cómo había subido hasta aquí siquiera? Su posición parecía una elección extraña para alguien procedente del interior del palacio.

—Yo también llevo aquí un rato —añadió, aún en voz baja. Arqueé las cejas—. Estaba buscando a mi hija. Pensé que estaría dondequiera que estuviera él. No esperaba encontrarte también a ti, a su lado.

No podía ni empezar a formular una respuesta.

Un bucle de pelo oscuro y rojo cayó sobre su hombro cuando ladeó la cabeza. Esos ojos carmesíes, de una belleza perturbadora, se enfocaron más allá de mí.

—Jamás lo había visto dormir tan profundo. Ni siquiera de bebé. El más leve ruido lo despertaba.

La sorpresa me recorrió de arriba abajo. La mano de debajo de la mía permanecía relajada y quieta.

- —¿Lo conoces bien, entonces? —pregunté, incapaz por completo de imaginar a Ash de bebé.
- —Conocía a sus padres. Los consideraba amigos míos, y considero a Ash uno de los míos —contestó, al tiempo que enderezaba la cabeza. Me miró a los ojos y me sostuvo la mirada—. Creo que te consideraré a ti también una de los míos.

De verdad que tenía que estar dormida.

- —¿Por qué?
- —Porque le has traído paz.



Ash se despertó poco después de que el *draken saltara* desde la barandilla al suelo mucho más abajo. Como una adulta, fingí dormir cuando él sacó con cuidado el brazo de debajo de mi cuerpo y se sentó, para después pasar por encima de mí. Se quedó parado a medio camino y mi corazón empezó a dar brincos cuando las yemas de sus dedos rozaron mi mejilla para luego retirar unos rizos despistados hacia atrás. Se me paró del todo cuando sentí la fría presión de sus labios contra mi sien.

Qué dulce.

No quería que fuese dulce.

No quería que Nektas me considerara uno de los suyos.

No quería traerle paz a Ash.

—*Liessa*. —Tenía la voz ronca por el sueño—. Si sigues fingiendo estar dormida, Jadis va a empezar a mordisquearte los dedos de los pies.

Abrí los ojos al instante.

—¡¿Qué dices?!

Su aliento frío danzó sobre mi mejilla cuando se rio entre dientes.

—Odio interrumpir tu descanso fingido.

- —No estaba fingiendo. —Levanté la vista hacia él y había una especie de… ternura en sus ojos de plata fundida. Sentí otro brinco tonto en el pecho.
- —Qué mentirosa —se burló—. Tengo que prepararme para el día. —Oí reticencia en su voz, algo que me hizo preguntarme si prefería quedarse aquí —. Celebro audiencia otra vez esta mañana, y me da la sensación de que no te va a gustar lo que voy a decir —continuó, al tiempo que Jadis se estiraba al lado de mis pies—. No puedes estar ahí otra vez. —Tenía razón. Abrí la boca para protestar—. Todavía no has sido anunciada oficialmente como mi consorte —dijo, antes de que pudiera hablar—. Hasta entonces, es un riesgo demasiado grande.
 - —¿Esperas que me quede encerrada bajo llave en mis aposentos…?
- —No encerrada bajo llave en tus aposentos —me interrumpió—. Solo dentro de ellos hasta que las audiencias terminen. No tendrás que permanecer escondida mucho más, *liessa*.

Escondida.

Hice un esfuerzo por contener mi desilusión. Necesitaba estar de acuerdo. Ponérselo fácil. Ponerme fácil para él. Pero odiaba permanecer *escondida*.

—¿Y después qué? ¿Irás a los Pilares? ¿O tienes otras cosas que hacer? ¿Se supone que tengo que permanecer escondida también entonces? — pregunté. Ash se puso rígido encima de mí—. ¿O podré salir de la habitación siempre y cuando uno de tus guardias de confianza esté ahí para tenerme vigilada?

Se movió para sentarse a mi lado, los pies en el suelo de piedra. Jadis levantó la cabeza y bostezó.

- —Sé que este acuerdo no es perfecto.
- —Este *acuerdo* no puede seguir así, es lo que quieres decir —mascullé, mientras la *draken* gateaba por encima de mis piernas hasta la cama, donde se estiró y levantó sus finas alitas—. Seguirá habiendo riesgos cuando sea tu consorte.
 - —Sí, pero los riesgos serán menores entonces.
- —¿Y si no lo son? ¿Y si un Primigenio decide incordiarte a base de incordiarme a mí?

Se giró hacia mi lado.

- —Entonces, reevaluaremos la situación.
- —No. —Me senté sin apartar los ojos de los suyos. Arqueó las cejas—. Me he pasado la mayor parte de la vida escondiéndome. Sé que tiene sentido que mantenga un perfil bajo ahora mismo, pero no puedo hacerlo para siempre. Decidiste cumplir el trato porque ya no estaba a salvo en el mundo

mortal, pero si tampoco estoy a salvo aquí, ¿para qué he venido siquiera, Ash?

El blanco palpitó detrás de sus iris.

—Estás *más a salvo* aquí. ¿Ahí fuera, en el mundo mortal? Cualquier dios podría encontrarte. Y ahora que se ha filtrado la noticia de que he tomado una consorte mortal, no tendrías ninguna protección en el mundo mortal. No solo eso, sino que además es muy probable que acabases entrando en otra casa sin mirar antes a ver si está vacía.

Agradecí el ardor de la irritación mientras entornaba los ojos.

- —Puedo protegerme sola.
- —Eso no será suficiente —rebatió.
- —¿Y qué? Muero y ya está.

Sus ojos lanzaban chispas ahora.

- —¿Es que no aprecias tu vida en absoluto, Sera?
- —No estoy diciendo eso. —Estiré la mano para rascar a Jadis debajo de la barbilla cuando se dejó caer al lado de mi cadera.
 - —Entonces, ¿qué estás diciendo?
 - ¿Qué estaba diciendo? Observé a Jadis cerrar los ojos y levantar la cabeza.
 - —No lo sé.
 - —¿En serio?

Apreté los labios.

- —Es solo que... sé que mi muerte es inevitable.
- —Eres mortal, Sera, pero la mayoría no vive como si sus vidas ya estuviesen perdidas.

Solo que la mía sí lo estaba.

La había perdido incluso antes de nacer.



La tensión era palpable cuando Ash, con Jadis colgada de uno de sus anchos hombros, y yo nos separamos. No creí que tuviese nada que ver con que no quisiera quedarme en mis aposentos, sino más bien con mi aparente falta de aprecio por mi vida.

Pero ¿cómo podía apreciarla si nunca había sido mía?

Me sentía cansadísima cuando arrastré los pies de vuelta a mi dormitorio. Había acabado por ceder a la petición de Ash, algo que simplemente debería haber hecho cuando la hizo por primera vez.

Recogí mi bata y me la puse. Me froté la mandíbula dolorida y fui a sentarme en el canapé, tratando de dilucidar por qué había discutido con Ash. No me gustaba estar escondida. Estaba *harta* de ello. Y fuese o no un riesgo, no planeaba pasar el tiempo que me hiciera falta para cumplir con mi deber escondida. Sin embargo, lo que me había provocado antes había sido más que eso.

Era el hecho de que había compartido cosas con él que jamás había dicho en voz alta. Y cómo sus palabras habían disipado parte de la oscuridad en mí. Era la tinta de su piel y lo que representaba. Era cómo lo de la noche anterior no tenía *nada* que ver con mi deber y mucho que ver con lo que había dicho Nektas. Todo eso me había dejado descolocada, inquieta...

Sentía que tenía que hacer algo que parecía imposible de maneras que jamás había pensado.

Al cabo de un buen rato, me arrastré a la sala de baño y me aseé. Tenía un dolor de cabeza importante, así que me dejé el pelo suelto y me acerqué al armario. Puesto que estaban lavando la mayor parte de mi ropa, lo único que me quedaba era uno de los vestidos.

Me forcé a sentirme agradecida de tener siquiera ropa limpia que ponerme. Me puse un vestido de día simple, con manga larga y de un bonito tono cobalto. Remangué la falda y fijé la daga envainada al lateral de mi bota. Acababa de terminar de ajustar las cintas del corpiño casi demasiado apretado cuando alguien llamó a la puerta. Cruzando los dedos por que mi pecho se quedara dentro del vestido, encontré a Ector en el pasillo, la mano apoyada sobre la empuñadura de una espada.

—¿Te ha tocado montar guardia a la puerta de mi habitación otra vez? Varios mechones de pelo rubio cayeron por su frente cuando ladeó la cabeza.

- —Si mintiera, ¿me creerías?
- -No.

Esbozó una sonrisa breve.

- —Había pensado que a lo mejor querías dar una vuelta por el patio. Me dio la clara impresión de que no te gustaba quedarte en tus aposentos.
- —¿Esa *clara impresión* incluye mis quejas acerca de tener que quedarme en mis aposentos? —pregunté.
 - —Es posible.

Hasta el último rincón de mi ser prefería estar fuera en lugar de en mi habitación, incluso con mi dolor de cabeza.

—Su alteza dijo que debo permanecer en mi dormitorio.

Ector había levantado una ceja al oír lo de *su alteza*.

- —Siempre y cuando no nos acerquemos a las verjas del lado sur, no nos verá nadie.
 - —Vale. —Salí al pasillo y cerré la puerta a mi espalda.

Dio la sensación de que reprimía una sonrisa, pero asintió y extendió un brazo hacia el final del pasillo, donde una escalera menos elaborada conducía a una de las numerosas entradas laterales del palacio.

—Detrás de ti.

Empecé a andar, pero solo di unos pocos pasos antes de que se me ocurriera algo. Miré de reojo al dios, que caminaba a mi lado.

—¿Te dijo él que no pasaba nada por que saliese al patio?

No había ninguna necesidad de aclarar quién era él.

—Es posible —repuso Ector, al tiempo que abría una pesada puerta.

Mientras bajábamos por la estrecha escalera de caracol, me negué a admitir el hecho de que Ash había estado pensando en mí, a pesar de que sabía que estaba muy enfadado. Salimos a una zona plácida cerca de una sección no vigilada del Bosque Rojo. No tenía ningunas ganas de volver a acercarme a ese sitio, así que giré a la izquierda, hacia la zona donde Reaver había estado aprendiendo a volar. Estaba en la pared oeste, cerca de las puertas principales, pero no nos verían.

Caminamos al borde del Adarve en silencio durante unos minutos. En lo alto, patrullaba un guardia.

- —¿Todos los guardias son dioses o…?
- —Son una mezcla de dioses y mortales —respondió—. Hay incluso unas cuantas divinidades.
 - —¿Cómo se hace alguien guardia de este sitio?
- —Es por elección propia. Tienen que cumplir con un entrenamiento exhaustivo. Por lo general, solo tienen que preocuparse de las Tinieblas, pero de vez en cuando se acerca alguna otra cosa a la muralla.
 - —¿Alguna otra cosa?

Ector asintió sin mirarme. Su expresión era relajada, pero no hacía más que escudriñar el patio como si esperara que un dios sepultado brotara del suelo en cualquier momento.

Sin embargo, lo único que se abalanzó sobre nosotros fue una pequeña *draken* que había salido corriendo por una puerta lateral cercana, seguida de una exasperada Davina y un mucho más tranquilo Reaver.

—Eh, pequeñaja. —Me agaché cuando Jadis pasó como una exhalación por al lado de Ector y plantó sus patas delanteras sobre mis rodillas dobladas

- —. ¿Qué tal? ¿Qué estabas haciendo?
- —Volverme loca —se quejó Davina, justo cuando Reaver se colocaba al lado de Ector—. En cuanto os vio pasar por una de las ventanas, montó una pataleta tremenda.

Con una sonrisa, la rasqué debajo de la barbilla y recibí un ronroneo en respuesta.

—Vamos a estar por aquí fuera durante un rato. Yo puedo vigilarla. — Reaver refunfuñó y su cabeza con forma de diamante giró hacia mí—. Puedo vigilarlos a los dos —me corregí—. Siempre que tú —dije, bajando la vista hacia Jadis— prometas no saltar de cosas.

La joven *draken* gorjeó.

—No le voy a mirar el diente a un caballo regalado. —Davina dio media vuelta y se encaminó al instante hacia el palacio. Su coleta oscilaba tras de ella—. Divertíos.

Levanté la vista hacia Ector al tiempo que Jadis giraba a toda velocidad hacia Reaver.

—No sé si le gusto demasiado.

Ector se rio.

- —Nadie sabe si le gusta a Dav o si está a cinco segundos de prenderle fuego.
- —Me alegro de saber que no es nada personal —murmuré, y echamos a andar en pos de los *drakens*—. ¿Nos entienden cuando les hablamos? Los *drakens*, quiero decir.
- —Sí, nos entienden. Bueno, Jadis a veces tiene problemas... para prestar atención el tiempo suficiente... —Dejó la frase en el aire y frunció el ceño al ver a Jadis lanzarle un mordisco a su propia cola—. Para escuchar.

Sonreí cuando la *draken* paró de repente y se abalanzó sobre la cola de Reaver.

- —No sé, me recuerda a una especie de cruce entre un cachorrito y un niño pequeño.
 - —Sí, pero ni un cachorro ni un niño pueden eructar fuego.
 - —Bien visto —dije, y me encogí un poco.

Mientras seguíamos nuestro paseo, mis pensamientos divagaron hacia lo que había averiguado la víspera acerca de los Elegidos.

- —¿Conocías a Gemma? —pregunté. Ector parpadeó y sus ojos volaron hacia mí.
 - —Esa es una pregunta muy aleatoria.

—Lo sé. —Crucé las manos—. Es que estaba pensando en ella... En los Elegidos. Ash me contó la verdad sobre ellos.

El dios se quedó callado un momento.

- —Estoy seguro de que ha sido una sorpresa.
- —Pues sí. A una parte de mí todavía le cuesta creerlo.
- —¿Y a la otra parte?
- —La otra parte quiere reducir todo el tinglado a cenizas —afirmé. Miré arriba cuando una gran sombra cayó sobre nosotros. Un gran *draken* verde pasó planeando por el aire. Emitió una llamada grave y retumbante que unos momentos después recibió contestación de otro que volaba más alto. Noté los ojos de Ector sobre mí, así que lo miré—. ¿Qué?
- —Nada. —Continuó adelante, sin quitarle el ojo a Reaver, que acababa de despegar por encima de la cabeza de Jadis—. Para responder a tu pregunta, no conocía a Gemma demasiado. No llevaba demasiado tiempo en las Tierras Umbrías, solo unos meses.

O sea que desde luego que todavía podía ser muy asustadiza. La tristeza presionó contra mi pecho y suspiré.

—¿Alguna vez hay nubes aquí? ¿Lluvia?

Ector arqueó una ceja ante mi pregunta, tan aleatoria como la anterior.

—No. Siempre es así. —Levantó la barbilla hacia el cielo gris—. Después de todos estos años, debería haberme acostumbrado ya a no ver nubes ni el sol. Pero no lo he hecho.

Eso me sorprendió.

—¿No eres de aquí?

Negó con la cabeza.

- —Aunque llevo aquí tanto tiempo que es el único hogar verdadero que puedo recordar. Bueno... excepto por los cielos azules de Vathi.
- —¿Vathi? —Arrugué la nariz mientras rebuscaba entre lejanos recuerdos acerca de los distintos lugares de Iliseeum—. ¿Eso es… la corte de Attes?
- —Es la corte tanto del Primigenio de la Concordia y la Guerra como de la Primigenia de la Paz y la Venganza —explicó, refiriéndose también a la Primigenia Kyn—. Solo estuve ahí un siglo o dos.

Solté una risotada.

- —¿Solo un siglo o dos?
- —Soy mucho mayor de lo que parezco —comentó con una sonrisa.
- —¿Mayor que Ash? —pregunté.
- —Varios cientos de años mayor.
- —Guau —murmuré.

- —Tengo buen aspecto para mi edad, ¿verdad? —Un brillo burlón iluminó sus ojos. Asentí.
 - —¿Conociste a sus padres?
 - —Sí. Conocía a Eythos y a Mycella bastante bien.

Me volví hacia él y paré a la sombra de una torre imponente. Jadis vino hasta mi lado y tiró de la falda de mi vestido para restregar la tela contra su mejilla. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero decidí dejarla hacer.

- —Nektas lo hizo sonar como que él también los conocía bien.
- —Así es. —Ector me miró—. ¿Cuándo te lo ha dicho?
- —Esta mañana. —Observé a Reaver aterrizar detrás de Ector.
- —¿Cuando estabas con Nyktos? —Soltó una risita suave cuando mis ojos se abrieron más—. Os vi esta mañana cuando fui a hablar con él.
- —Oh —susurré. Noté que me sonrojaba, aunque no tenía ni idea de por qué. Miré hacia la zona sur del Adarve, donde un guardia acababa de gritar la orden de que abrieran la verja. Tanto Nektas como Ector habían conocido al padre de Ash y parecían cercanos al Primigenio, y aun así ninguno de los dos sabía por qué había hecho este trato—. ¿Alguno de los dos pensasteis que este trato era algo propio de Eythos?

Ector tardó un rato en contestar.

- —Eythos amaba a Mycella, más aún después de que la mataran. No hubiese vuelto a casarse jamás, pero... —Soltó un gran suspiro al tiempo que guiñaba los ojos—. Para ser sincero, Eythos era muy listo. Siempre planeaba las cosas por adelantado. Tenía una razón. —Pero ¿qué razón podía ser esa? Una que tuviera sentido—. ¿Sabes? —dijo Ector, mirándome de nuevo—. Yo también te observaba. —Hizo una mueca de agobio cuando mis cejas volaron hacia arriba—. Eso ha sonado más siniestro de lo que pretendía. Lo que quiero decir es que a veces me unía a Lathan cuando te vigilaba. Así fue como supe qué aspecto tenías para buscarte cuando Ash me dio la daga.
- —No... no lo sabía. —Solté el aire despacio—. Tampoco sé muy bien cómo sentirme al respecto... sobre la cuestión de que alguien me estuviera observando sin que yo tuviera ni idea.
- —Sí. —Ector se rascó la mandíbula distraído—. Bueno, supongo que no sirve de nada decir que teníamos buenas intenciones.
 - —Sí sirve —le dije—. Y al mismo tiempo, no...

Un grito procedente del otro lado del patio nos hizo girar en redondo. Luego se oyó otro chillido y me quedé paralizada.

—¿Qué pasa?

—No lo sé, pero viene de la verja sur. —Ector empezó a moverse, pero luego maldijo—. ¿Puedo confiar en que te quedes aquí?

—Claro.

Entornó los ojos.

—Me da la sensación de que me voy a arrepentir de esto, pero quédate aquí —me ordenó—. Vuelvo ahora mismo.

Asentí, obediente, mientras Reaver estiraba el cuello en dirección a la conmoción.

—Estaré aquí mismo.

Con una última mirada de advertencia, Ector dio media vuelta y echó a correr para desaparecer por una de las torretas circulares del palacio.

Me arrodillé y quité a Jadis de encima de Reaver.

—Lo siento —dije, extendiendo mi otro brazo hacia Reaver mientras ella emitía un trino agudo—, pero vosotros dos vais a venir conmigo. —La cabeza de Reaver voló de vuelta a la mía, entornó sus brillantes ojos carmesíes—. Me da la sensación de que obedeces órdenes más o menos igual de bien que yo — le dije—. Pero espero que vengas conmigo. Quiero ser un poco cotilla y enterarme de lo que está pasando. ¿Tú no?

Miró hacia la pared sur y luego asintió. Jadis trepó por mi brazo izquierdo y yo me giré, con la esperanza de que la *draken* se agarrara fuerte. Reaver tomó un poco de carrerilla y despegó para volar al lado de donde se había encaramado Jadis. Con él ahí, Jadis se tranquilizó. Estiró el cuello para colocar la cabecita al lado de las garras de Reaver. Rodeamos el muro oeste del palacio, bien pegados a las paredes y, aunque nos cruzamos con varios guardias, se limitaron a lanzarme largas miradas suspicaces. Esta era la primera vez que estaba cerca de la mayoría de ellos, pues solo había visto sus figuras sobre el Adarve y, por lo que sabía, ninguno de ellos entraba en el palacio.

A lo lejos, las puertas de la muralla sur se estaban cerrando. Un grupo se había congregado delante de ellas en torno a un carro y vi a Ector de inmediato entre la gente. Se asomó a la parte de atrás del carro, con Rhahar a su lado.

—La encontramos como a kilómetro y medio de Monte Rhee. La vio Orphine —explicó Rhahar. Seguí avanzando con disimulo para asomarme entre los ahí reunidos. Una aguda punzada de hormigueo irradió desde mi pecho e hizo que se me cortara la respiración. El calor palpitante que llegó en respuesta me obligó a detenerme. Había una figura envuelta en mantas en la parte de atrás del carro.

Rhahar se pasó una mano por el pelo rapado.

—Estábamos más cerca de ella que los curanderos. Envié a Orphine en busca de ayuda, pero... puedes verlo por ti mismo. No tiene buena pinta.

Los hombros de Ector se pusieron rígidos cuando metió las manos en el carro.

—No, no la tiene. —Se inclinó hacia dentro y recogió el bulto entre sus brazos. Dio media vuelta, miró más allá de mí y luego su cabeza volvió atrás de golpe—. Y por supuesto, no me has hecho ni caso.

Empecé a responder, pero entonces vi a la mujer envuelta en una manta. Primero su brazo delgado, inerte, y luego la delicada sangre que manchaba sus dedos y sus uñas rotas.

Por todos los dioses.

La bilis trepó por mi garganta al tiempo que el calor de mi pecho palpitaba una vez más. Su cara era una masa de piel hinchada y ensangrentada, la carne abierta en las mejillas y la frente. Tenía los labios desgarrados, la nariz torcida en un ángulo extraño, obviamente rota.

- —¿Quién... quién es esa?
- —Gemma —masculló Ector con los dientes apretados.

Un horror enfermizo me tenía paralizada. Ector pasó por mi lado, un músculo tenso en la mandíbula mientras cruzaba por debajo de una de las escaleras. Me giré para ver a Aios salir al patio. Se paró en seco y se llevó una mano al cuello.

- —¿Esa es…? —Sus ojos volaron hacia Rhahar—. ¿Fueron Tinieblas?
- —Eso parece —repuso Rhahar. Aios se puso en marcha al instante.
- —Iré a por unas toallas y algunas cosas más. ¿La lleváis a la enfermería?
- —Sí. —Ector miró hacia atrás en dirección a Rhahar al tiempo que Aios giraba sobre los talones y bajaba a la carrera por otras escaleras—. Ve a buscar a Nyktos.
 - —Enseguida. —El dios salió corriendo.
- —Sera —me dijo Ector al pasar por delante de mí, directo hacia la puerta que dos hombres con armadura sujetaban abierta—. Deberías regresar a tus aposentos.

Debería.

Desde luego que debería, sobre todo cuando ese calor se estaba extendiendo por mi pecho e invadía mi sangre de un modo muy parecido a como lo había hecho cuando vi al halcón herido, solo que con más fuerza y más intensidad. Cualquiera que fuese el instinto que había surgido en mi interior junto con este don me advertía que Gemma... esta Elegida, se estaba

muriendo. Sentía cómo mi don se avivaba. Necesitaba alejarme de ahí tanto como pudiera.

Pero seguí a Ector cuando entró en un pasillo estrecho. Jadis apretó las garras sobre mi hombro y Reaver siguió volando por delante de nosotros. Lo seguí porque no era justo. No conocía a esa mujer, pero sabía que se había pasado la vida entera detrás de un velo, enjaulada y moldeada. ¿Y para qué? ¿Para ser entregada a unos dioses que abusarían de ella y la maltratarían? No era *justo*.

Se abrió una puerta y se encendió una luz que proyectó un resplandor crudo por las paredes, donde colgaban varios paquetes de hierbas en proceso de secado. Ector tumbó a Gemma en la mesa con sumo cuidado, pero aun así la mujer gimió.

—Lo siento —se disculpó él con ternura. Sacó el brazo de debajo de ella al tiempo que retiraba varios mechones de pelo pringados de sangre que podían haber sido color fresa o un poco más claros cuando estaban limpios. La manta se abrió y aspiré una brusca bocanada de aire. La parte delantera de su blusa estaba empapada de sangre... procedente de los desgarros que surcaban su cuello, su pecho...

Ector levantó la cabeza de golpe, sus ojos plateados fijos en mí, a pesar de que las hebras de *eather* giraban sin parar.

—De verdad que no deberías estar aquí.

Di un paso atrás y Jadis pio con suavidad. Abrí la boca, pero no era capaz de encontrar palabras ni de apartar la vista de la mujer. Poco a poco, me invadió un agudo sentimiento de... propósito mientras Reaver se refugiaba en un rincón de la sala y replegaba las alas contra su lomo.

- —Por todos los dioses —interrumpió una voz áspera. Desvié la mirada para ver a la diosa Lailah entrar por una puerta diferente, sus trenzas negras recogidas en un moño. Dio un paso atrás y una palidez grisácea se extendió por su lustrosa piel marrón—. Jodidas Tinieblas.
 - —Sí —gruñó Ector justo cuando aparecía el hermano de Lailah.

Theon se detuvo, abrió las aletas de la nariz, sus facciones se endurecieron, se puso tenso... y el centro de mi pecho explotó de calor, de un modo muy similar a cuando...

Contuve la respiración y me giré a toda velocidad hacia Gemma.

- —Está... está muerta.
- —Eso no lo sabes —replicó Ector furioso—. No hay... —Sus palabras se cortaron en seco cuando bajó la vista hacia ella. Dejó caer los brazos a los lados.

Yo estaba en lo cierto. Aunque nada en ella parecía haber cambiado, sabía en la misma médula de mis huesos que había fallecido, igual que había sabido que el halcón solo estaba herido. El calor de mi pecho era un zumbido poderoso que invadía mi sangre. Jadis trinó, más fuerte esta vez, y sus alitas se levantaron y rozaron la parte de atrás de mi cuello y mi cabeza. Reaver levantó la cabeza y emitió un gorjeo agudo desde su rincón que llamó la atención de los gemelos.

- —¿Qué les pasa? —preguntó Theon.
- —No… no lo sé. —Despacio, Ector apartó la vista de Reaver y miró a Jadis, que hizo el mismo ruido desde mi hombro—. Nunca los había visto hacer algo así.

Rhain fue el primero en llegar desde la corte, su maldición perdida entre el sonido de los *drakens*. El calor vibrante... estaba luchando contra un... un *instinto*. Uno que jamás había sentido con semejante potencia. Se me hizo un nudo en el estómago de la inquietud mientras Jadis empujaba con su cabeza contra la parte de atrás de la mía. Reaver llamó a la pequeña *draken* y, en el fondo de mi mente, me pregunté si de algún modo habían percibido lo que fuese que se estaba acumulando en mi interior. Si podían sentirlo.

Jadis empezó a bajarse de mi hombro y tuve la suficiente presencia de ánimo como para impedir que saltara. Agarré su cuerpecillo, que ya se contoneaba por mi brazo, y la deposité en el suelo. Corrió al lado de Reaver, para pegarse a su costado y esconderse debajo de un ala.

Yo... tenía que hacer algo. Revelaría mi don y no sabía qué tipo de consecuencias tendría para mí, pero me había quedado de brazos cruzados y la había dejado morir cuando hubiera podido evitado. Podría haberla curado. No podía quedarme al margen ahora.

Rhain estaba hablando, decía algo sobre Ash, y Saion dio la impresión de aparecer de la nada. Fue hacia la mesa, contempló el cuerpo de Gemma y sacudió la cabeza mientras yo me adelantaba. Me acerqué también a la mesa y noté que mis sentidos se abrían y se estiraban. Más cerca de la mujer, pude ver entre la sangre y la piel desgarrada que no podía ser mucho mayor que yo.

—Estás… estás *brillando* —farfulló Ector. Saion levantó la cabeza de golpe. Los gemelos se giraron hacia mí.

Un tenue resplandor blanco plateado había emanado de debajo de las mangas de mi vestido para lamer mis manos.

—¿Qué diablos? —susurró Theon.

Inspiré hondo y... percibí un aroma a lilas. A *lilas* recién florecidas. Y el olor... provenía de mí. Alguien comentó algo, pero no supe quién ni qué

había dicho. No podía oír nada por encima del zumbido en mis oídos y este impulso... esta *llamada* que se filtró a lo más profundo de mis músculos y se apoderó de todos mis pensamientos. Fui consciente de que Lailah y Theon daban un paso atrás, de que Saion y Ector me miraban en pasmado silencio.

—Sera. —La voz de Ash cortó a través del zumbido.

Levanté la vista para encontrarlo en el umbral de la puerta, con Rhahar a su lado. El Primigenio tenía los ojos muy abiertos, de un brillante tono plateado, y las hebras de *eather* que daban vueltas por sus iris refulgían, tan luminosas como el resplandor que irradiaba de mis manos.

Parecía paralizado por la incredulidad, igual que los otros, como si hubiese echado raíces donde estaba, mientras ese calor vibrante seguía extendiéndose por mi interior.

Mi corazón empezó a tropezar consigo mismo. No podía retirar mi don, no podía reprimirlo ni dar media vuelta como sí había sido capaz de hacer en el pasado.

—No puedo quedarme al margen y no hacer nada —susurré, aunque Ash no tuviese ni idea de lo que estaba hablando. Él no sabía nada de esto. No se lo había contado. Y quizá debí haberlo hecho, pero ya era demasiado tarde.

Reaver emitió otro chillido lastimero, el sonido entrecortado en la habitación por lo demás silenciosa. Ector maldijo en voz baja cuando el *eather* blanco y plata giró en torno a mis dedos. Con la garganta seca y el pulso acelerado, puse mi mano temblorosa sobre el brazo de Gemma.

—Santo cielo —susurró Saion al tiempo que retrocedía hasta chocar con la pared. Las bolsitas de hierbas oscilaron por encima de su cabeza—. Lo sentís, ¿verdad? Todos lo estamos *sintiendo*.

No sabía a qué se refería Saion. Tampoco deseé nada de manera consciente. No tenía la suficiente claridad de ideas para hacerlo en la violenta tormenta de mis pensamientos.

La rutilante luz fluyó desde mis dedos para asentarse sobre Gemma en una oleada brillante e intensa. Se me cortó la respiración cuando el *eather* se filtró bajo su cutis y llenó sus venas hasta que se convirtieron en una especie de telaraña visible que cobró vida sobre su piel demasiado pálida y por las zonas magulladas y desgarradas.

—¿Qué demon…? —Aios entró en la habitación, con una jofaina llena de agua pegada al pecho. Se detuvo en seco y bajó la vasija poco a poco.

La luz plateada brillaba con la misma intensidad que la luz del sol en un día de verano. Por toda la piel de Gemma. Su pecho subió con una respiración profunda y temblorosa que pareció discurrir por su cuerpo entero. Retiré la

mano. El resplandor palpitó y luego se atenuó, para ir desapareciendo lentamente hasta...

Debajo de la sangre, la piel de Gemma se alisó y se volvió a unir, cerrando los cortes de sus mejillas ahora sonrosadas. La brecha de su frente se había curado, con solo una tenue línea rosácea como recuerdo. La herida de su cuello se había sellado, dejando solo una cicatriz irregular de marcas punzantes. Los ojos de Gemma aletearon y se abrieron. Marrones. Me miró directamente a mí, luego los cerró. Su pecho subía y bajaba despacio ahora, su respiración profunda mientras dormía, los labios intactos entreabiertos con otra espiración regular.

—Sera —susurró Ash, su voz grave ahora también era ronca. Lo miré y… y jamás lo había visto tan aturdido, tan expuesto—. Llevas una brasa de vida en tu interior.

Capítulo 34



Brasa de vida.

Llevas la brasa de la vida en tu interior, susurró la voz de sir Holland en mi cabeza. *Llevas esperanza en tu interior*. *Llevas la posibilidad de un futuro*.

Reaver volvió a emitir ese mismo sonido extraño y entrecortado, imitado por Jadis. En el exterior del palacio, respondieron chillidos más graves en un coro que sacudió las hierbas que colgaban de las paredes.

La única que parecía capaz de moverse era Aios. Se acercó a la mesa, dejó la jofaina sobre ella y comprobó el pulso de Gemma, sin dejar de mirarme de reojo.

- —Desde luego, está viva.
- —Eso es —musitó Ash. Las sombras giraban a un ritmo mareante debajo de su piel. Miré hacia donde estaba y solo lo vi a él. Vi cómo la incredulidad daba paso al asombro, un asombro que se convirtió en algo poderoso y brillante, algo parecido a la *esperanza*. Se me comprimió el pecho y no estaba segura de cómo conseguía respirar siquiera—. Eso es lo que hizo.
- —Joder —farfulló Saion, y me dio la impresión de que a lo mejor tenía que sentarse.
- —¿Hizo qué? —preguntó Theon mientras yo me llevaba una mano al pecho—. ¿Quién hizo qué?

Ash se enderezó en toda su altura. Mantuvo los ojos clavados en mí.

—Nadie dirá ni una sola palabra de lo que ha visto en esta habitación. Nadie. Gemma no estaba tan malherida como parecía. A ella le contaréis lo mismo. Si alguien no cumple, me pasaré toda la eternidad asegurándome de que se arrepienta de esa decisión. ¿Lo habéis entendido todos?

Sus palabras devolvieron a todo el mundo a la realidad. Uno por uno, cada dios demostró que habían entendido bien sus órdenes.

—Bien. —Ash todavía no me había quitado los ojos de encima—. Theon. Lailah. Por favor, llevad a Gemma a una de las habitaciones de la primera planta.

Los gemelos se dispusieron a obedecer la petición del Primigenio al instante. Ambos me lanzaron miradas cautas, teñidas de recelo y asombro. Observé cómo Theon levantaba con sumo cuidado el cuerpo dormido de Gemma y lo estrechaba contra su pecho. Lailah agarró la jofaina.

- —Para lavarla —explicó—. Lo va a necesitar.
- —Gracias —dijo Ash, los ojos aún clavados en mí. Se me puso la carne de gallina—. ¿Ector?

El dios se aclaró la garganta.

- —¿S... sí?
- —Asegúrate de que haya guardias en las cuatro esquinas del Adarve y en la bahía, y que están bien atentos. Después, asegúrate de que los que están apostados en la Encrucijada sepan que deben alertarnos de inmediato si llega *cualquiera* de las otras cortes. Ve ahora —le ordenó Ash, la mirada aún centrada en mí—. Y ve *rápido*.

Ector se marchó al instante y a mí me invadió una sensación de alarma.

—¿Por qué... por qué estás haciendo eso?

Las sombras continuaban arremolinadas debajo de la piel de Ash, que *seguía* mirándome.

- —He sentido lo que acabas de hacer. Todos lo sentimos.
- —Nosotros también. —La voz de Nektas me sobresaltó. Levanté la vista para descubrir que acababa de llegar por el mismo pasillo que había venido yo. Iba descamisado, su largo pelo veteado de rojo revuelto por el viento. Su piel parecía... más dura que antes, los bordes de las escamas más definidos. ¿Acabaría de transformarse?

Observé a Jadis separarse del lado de Reaver y correr hacia su padre. Nektas se agachó para recogerla.

- —No lo entiendo.
- —Esa ha sido una onda de poder —explicó Ash y mis ojos volaron de vuelta a él. Me aparté un poco de la mesa, donde la sangre de Gemma todavía formaba un pequeño charco—. Una onda de poder de mil demonios, *liessa*. Una que lo más probable es que se sienta por todo Iliseeum, que la sientan muchos dioses y Primigenios. No me cabe la más mínima duda de que varios vendrán en busca de la fuente.

Se me hizo un nudo en el estómago.

- —No... no sabía que causaba una onda de poder. ¿Debo asumir que es algo malo?
- —Depende de quién la haya sentido. —Los rasgos de Ash habían adquirido un toque depredador—. Podría ser algo muy malo.

Abrí la boca y estiré la mano hacia mi daga. A través del vestido, apreté la palma contra la empuñadura.

—¿Cuándo sabremos si es algo muy malo?

Ash había seguido el movimiento de mi mano y su sonrisa mostraba un salvajismo frío.

—Pronto. —Dio un paso hacia mí—. Esta no ha sido la primera vez que hacías algo así, ¿verdad? —Levanté la vista hacia él—. *Liessa* —insistió, con voz casi sensual. Agachó la cabeza al tiempo que daba la vuelta a la mesa. Eché un vistazo rápido a los otros dioses y a los *drakens*, pero dudaba mucho de que ninguno de ellos fuese a intervenir—. Ya había sentido esto antes. A lo largo de los años. Nunca con tanta intensidad y no sabía lo que era. Ni siquiera lograba identificar con exactitud de dónde provenía.

Me puse rígida. ¿Lo... lo había sentido ya antes?

—Y no puedo estar más seguro de que yo no fui el único que lo sintió las otras veces —caviló. Las sombras empezaron a acumularse, se colaron por debajo de la mesa, se deslizaban hacia él. Por el rabillo del ojo, vi a Nektas hacerle gestos a Reaver para que se acercara a él—. La noche del lago, *liessa*. Ese día lo había sentido. También la noche anterior a ir en tu busca. —La zona de detrás de él empezó a oscurecerse tanto que ya no veía a Nektas—. Y lo sentí hace poco, el día que entraste en el Bosque Rojo y los dioses sepultados salieron de la tierra.

Mi corazón aporreaba contra mi pecho como un martillo.

- —Los Cazadores... han ido a por ti dos veces, que yo sepa —comentó Ash, y di un respingo—. Sí. —Asintió—. Eso es lo que deben de estar buscando. Y apuesto a que eso es lo que buscan Cressa y los otros dos dioses.
 - —¿Qué? —Se me retorció el corazón—. Dijiste que era...
- —Eso era lo que pensaba. Hasta ahora. —Ash estaba muy cerca de mí ya, las sombras detrás de él adoptaron forma de alas—. Ahora sé que buscaban el origen de la onda de poder y que, de algún modo, esos mortales acabaron metidos en esto.
- —¿Por qué? ¿Qué les importa a ellos? ¿Por qué querrían hacerles daño si creían que habían sido ellos?

—Porque ese tipo de onda no debería sentirse en el mundo mortal. —Sus ojos chispeantes conectaron con los míos—. Ni siquiera en Iliseeum. Si yo lo hubiese sentido en cualquier otra parte de Iliseeum, cualquier parte que esté más cerca del mundo mortal, yo también habría ido a investigar. Porque ¿el tipo de poder que acabo de sentir? Muchos se lo tomarían como una amenaza. —Sacudió la cabeza—. Eres increíblemente afortunada, *liessa*.

No me sentía demasiado afortunada, la verdad.

- —¿Por qué no me lo contaste? —Cuando no dije nada, ladeó la cabeza—. No te hagas la tímida conmigo ahora, *liessa*. —Una sonrisa de una frialdad dolorosa cruzó su cara. Apreté los dientes—. ¿Dónde está toda esa absurda valentía tuya?
- —A lo mejor la estás asustando —sugirió Aios desde alguna parte detrás de las palpitantes alas de sombras.
- —No. Sera no se asusta con tanta facilidad. —Ash se alzaba ante mí, tan cerca que el aire me supo a frescura y a cítricos cuando respiré. Eché la cabeza hacia atrás—. Sera sabe muy poco sobre el miedo. ¿No es así, *liessa*?
 - —Así es —logré murmurar.

Su piel se afinó aún más al tiempo que agachaba la cabeza hacia mí. Su aliento gélido resbaló sobre mi mejilla.

- —Entonces, ¿por qué no me hablaste de este pequeño talento tuyo?
- —Porque eres el Primigenio de la Muerte —espeté cortante—. Y no creí que te gustara saber que te había robado almas. Esa es la verdad. Así que quítate de en medio.

Alguien hizo un ruido atragantado, pero Ash... Dios, se rio, y el sonido iba lleno de humo oscuro.

- —Así que ya habías traído a alguien de vuelta antes.
- —Solo una vez. Bueno, dos si contamos esta. En realidad, solo lo usaba con animales. Nunca con mortales. Era una regla que me había impuesto farfullé—. Hasta que la rompí. Fue la noche anterior a que vinieras a por mí, pero esa fue la única vez. Y el otro día, vi un halcón plateado herido. Por eso me había adentrado tanto en el Bosque Rojo. Lo toqué y sus heridas se curaron. Esa fue la primera vez que hice algo así y fue como... fue como si supiera que solo estaba herido, que no se estaba muriendo. Eso también fue la primera vez que lo sentía. No sabía si iba a funcionar. Ni siquiera sé cómo he acabado con este... don.
- —Yo sí lo sé. —Su aliento rozó mis labios y me provocó una extraña mezcla de nerviosismo y anticipación—. Sé exactamente de quién obtuviste la brasa de la vida. Del Primigenio de la Vida.

Sí, eso ya lo había deducido.

—¿De Kolis?

Se oyó un sonido rudo en la habitación, lo más probable era que fuese una maldición, pero Ash volvió a reírse, una risa más fría esta vez.

—De mi padre.

Todo mi ser se concentró en él.

- —¿Qué?
- —Mi padre era el verdadero Primigenio de la Vida. —Los dedos fríos de Ash tocaron mi mejilla—. Hasta que su hermano le robó el puesto. Su gemelo, Kolis.

Capítulo 35



Nos trasladamos a la habitación de detrás de los tronos. Era una sala de guerra de algún tipo, con numerosas espadas y dagas colgadas de las paredes. Había una larga mesa ovalada en el centro; la madera estaba cubierta de muescas y arañazos. Daba la impresión de que habían estampado dagas contra la superficie en más de una ocasión. Era muy probable que hubiesen sido los mismos dioses que estaban ahí sentados en este momento. Para cuando entramos en la habitación, Ector ya había vuelto, acompañado de Bele, que estaba intentando no mirarme con demasiado descaro. No estaba teniendo mucho éxito en su intento.

A Rhain y a Saion, así como a Rhahar, no les estaba yendo mucho mejor. Todos me miraban pasmados. Incluso Nektas, que estaba en un rincón. No había venido directo a la sala y, cuando se reunió con nosotros, vi por qué. Algo que me impactó tanto como descubrir que el padre de Ash había sido el Primigenio de la Vida.

Acunada contra el pecho de Nektas había una niñita de pelo oscuro vestida con un camisón holgado y envuelta en una manta. Era Jadis que... que parecía igualita a cualquier niña mortal de no más de cinco años. Un piececillo desnudo asomaba por debajo de la manta.

—La manta —murmuró Nektas al pasar por mi lado con ella en brazos—. Quería su manta.

Todo lo que pude hacer fue observarlos boquiabierta y preguntarme si esa era la razón de que hubiese estado tirando de los bordes de mi vestido hacia su cara hacía un rato.

Cuando tenía aspecto de *draken*.

Reaver seguía en su forma de *draken*, alerta y posado al lado de Nektas.

Aios dejó un vaso de whisky delante de mí que no toqué. Me giré hacia Ash despacio. Las sombras se habían retirado de su piel, pero me observaba con la misma intensidad que en la otra habitación y desde que había vuelto de interesarse por el estado de Gemma. La había examinado un curandero que había llegado en algún momento mientras estábamos en esa habitación. No tenía ni idea de lo que le habría dicho Ash para ocultarle lo graves que habían sido las heridas de Gemma.

Aspiré una bocanada de aire demasiado escasa, con los ojos aún fijos en Ash. Mi estómago seguía retorcido en nudos apretados.

- —O sea que... ¿Kolis es tu tío? —Mi voz sonaba muy lejana. Ash asintió.
- —Eran gemelos. Idénticos. Uno destinado a representar a la vida, y el otro, a la muerte. Mi padre, Eythos, el Primigenio de la Vida, y mi tío Kolis, el Primigenio de la Muerte. Gobernaron juntos durante eones, como estaba escrito.

Se me puso la carne de gallina y dejé caer los brazos a los lados.

- —¿Qué pasó?
- —Mi tío se enamoró.

Eso no me lo había esperado.

- —Creo que debe haber algo más en la historia.
- —Siempre hay algo más en la historia —dijo Aios, sentada al lado de Bele.
- —Todo empezó hace muchísimo tiempo. Hace cientos de años, si no mil. Mucho antes de que Lasania fuese un reino siquiera. —Ash se sentó en la silla a mi lado, a la cabecera de la mesa—. No sé si la relación entre mi padre y su hermano siempre fue tensa o si hubo paz entre ellos en algún momento, pero siempre habían tenido una especie de rivalidad. Los dos. Mi padre no era del todo inocente en eso, pero por lo que me han contado, había un tema de celos. Después de todo, mi padre era el Primigenio de la Vida, adorado y amado por dioses y mortales sin distinción.

Nektas asintió.

—Era un rey justo, amable y generoso, y curioso por naturaleza. Fue él quien dio forma mortal a los dragones.

Estupefacta, me giré hacia Ash y se me paró el corazón.

Había una pequeña sonrisa distante en el rostro del Primigenio. Una preciosa y triste.

—Estaba fascinado con todas las formas de vida, sobre todo con los mortales. Incluso cuando se convirtió en el Primigenio de la Muerte, le

asombraba todo lo que eran capaces de conseguir en lo que, para Iliseeum, era un periodo de tiempo increíblemente breve. A menudo interactuaba con ellos, igual que hacían muchos de los Primigenios por aquel entonces. Kolis, sin embargo, era... respetado y temido como el Primigenio de la Muerte, en lugar de bienvenido como un paso necesario en la vida, un portal a la siguiente fase.

Rhahar frunció el ceño.

—Siempre me pregunté si los mortales le tendrían tanto miedo a la muerte si la vieran de otro modo… No como un final, sino como un nuevo comienzo.

Tal vez, pensé. Tragué saliva. Pero la muerte era aquel gran desconocido. Nadie sabía cómo sería juzgado ni lo que de verdad le aguardaba al otro lado. Era difícil no tener miedo de eso.

- —Cuando Kolis entraba en el mundo mortal, los que lo veían se acobardaban y se negaban a mirarlo a los ojos mientras que los mortales acudían a la carrera a recibir a su gemelo. Supongo que eso acabó por molestarlo —caviló Ash. Su leve sonrisa se convirtió en una irónica, y supuse que eso tenía que molestarlo *a él*—. En uno de esos viajes al mundo mortal, Kolis vio a una joven mortal recogiendo flores para la boda de su hermana o algo por el estilo.
- —Espera. ¿Se llamaba Sotoria? —Mi cabeza daba vueltas como loca—. ¿La que cayó de lo que ahora se conoce como los Acantilados de la Tristeza?
- —En efecto, esa era —confirmó Bele, y me quedé pasmada una vez más. Sacudí la cabeza.
 - —Nadie sabía de verdad si la leyenda de Sotoria era real siquiera.
- —Lo es. —Bele esbozó una leve sonrisa—. Kolis la observó y se supone que se enamoró ahí mismo, en ese momento.

Parpadeé una vez, luego otra. Volví a mirar a Ash mientras rememoraba lo que me había contado sir Holland acerca de Sotoria. Había dicho que un dios la había asustado. ¿Podría ser que esa parte de la leyenda se hubiese perdido a lo largo de los años?

—Fuera como fuere, se había enamorado perdidamente de ella — prosiguió Ash—. Tanto que salió de entre las sombras de los árboles para hablarle. Por aquel entonces, los mortales sabían el aspecto que tenía el Primigenio de la Muerte. Sus rasgos habían sido plasmados en lienzos y esculturas. Sotoria supo quién era en cuanto lo vio acercarse.

Oh, santo cielo...

- —Ya sé lo que sucedió. La asustó, ella huyó y cayó por el acantilado. Saion arqueó sus cejas oscuras.
- —Romántico, ¿eh?

Me estremecí.

- —Y la trajo de vuelta a la vida, ¿verdad?
- —Así es. —Ash ladeó la cabeza—. ¿Cómo lo sabías?
- —Es parte de la leyenda... no una parte demasiado conocida, y nadie sabía que era Kolis, pero... esperaba que esa parte no fuese verdad.
- —Lo es. —Ash se rascó la barbilla y se enderezó—. Kolis estaba consternado y, de algún modo, se le había roto el corazón. Llamó a su hermano e hizo que Eythos entrara en el mundo mortal. Le suplicó que le diera vida a Sotoria, un acto que Eythos podía hacer... algo que había hecho en el pasado. Pero mi padre tenía reglas que regían esas ocasiones en que concedía la vida —explicó. Me moví en la silla, un poco incómoda al pensar en las reglas que yo había hecho y no había cumplido—. Una de ellas era que nunca se llevaría a un alma del Valle. Verás, la tradición de incinerar el cuerpo para liberar el alma es una costumbre de los mortales, un acto que sirve más a los que quedan atrás que a los que han pasado al otro mundo. El alma abandona el cuerpo al instante cuando muere.
 - —No lo sabía —susurré.
- —No podías saberlo. —Suspiró—. La mayoría de los mortales, los que no se niegan a abandonar el mundo mortal, como los de los Olmos Oscuros, pasan a través de los Pilares de Asphodel bastante deprisa. Muchos se demoran un poco por una razón u otra. Aunque Sotoria había muerto demasiado joven y de un modo inesperado, aceptó su muerte. Su alma llegó a las Tierras Umbrías, cruzó los Pilares y entró en el Valle en cuestión de minutos después de su muerte. No se demoró.

Aspiré una temblorosa bocanada de aire. ¿Se habría demorado Marisol? ¿Gemma? Me hundí un poco en la silla.

- —O sea que... ¿el alma no está atrapada en absoluto? ¿No tiene que esperar a nada?
- —La mayoría, no —confirmó, y me acordé de las almas que Ash había comentado que requerían un juicio—. Mi padre no estaba dispuesto a llevarse a un alma del Valle. Hacerlo estaba mal. Prohibido tanto por él como por Kolis. Eythos trató de recordarle a su hermano que había acordado no hacer nunca algo así. Cuando no lo consiguió, mi padre le recordó que no era justo conceder vida y luego negársela a otro que se la merecía igual. Aunque supongo que ese era uno de los defectos de mi padre. Creía que él podía decidir cuándo una persona merecía vivir, cuándo era digna. Y quizá como Primigenio de la Vida pudiera hacerlo. Tal vez sí tuviera algún tipo de habilidad innata que le permitía hacer ese juicio de valor y decidir que Sotoria

no era una de esas elegidas mientras que otra persona sí lo sería. No sé qué le hacía elegir cuándo usar o no ese poder.

Me dio un vuelco al corazón.

- —Esa es la razón de que nunca utilizara mi don con un mortal hasta la primera vez. —Era difícil continuar, sintiendo su mirada sobre mí, las miradas de todos ellos—. No quería ese tipo de... poder, la capacidad para hacer esa elección. Y siempre pensé que una vez que cruzara esa línea, una vez que supiera que podía convertirme en ese poder cada vez que se me presentara la ocasión de hacerlo o no... Bueno, no sé si eso me hace débil o si hay algo malo en mí, pero no quiero tener ese tipo de poder.
- —Ese tipo de poder es una bendición, Sera. Y es una maldición —dijo Nektas. Lo miré—. Reconocerlo no es una debilidad. Tiene que ser un punto fuerte, porque la mayoría de las personas no se darían cuenta de lo rápido que ese poder podría volverse en su contra.
- —Mi padre no se dio cuenta —apuntó Ash, y mis ojos volaron otra vez hacia él—. Si no hubiese utilizado nunca su don de vida con un mortal, tal vez Kolis no habría esperado que lo hiciese entonces. Pero sí lo esperaba, y la negativa de mi padre... desencadenó todo esto. Cientos de años de dolor y sufrimiento para muchos inocentes. Cientos de años de mi padre arrepintiéndose de lo que había elegido hacer y no hacer.

Un escalofrío bajó de puntillas por mi columna.

- —¿Qué pasó?
- —Al principio, nada. Mi padre creyó que Kolis había aceptado su decisión. Por aquella época, Eythos conoció a mi madre. Se convirtió en su consorte y la vida era... normal. Pero, en realidad, en un reloj se estaba dando una cuenta atrás. Kolis pasó los siguientes años, décadas, tratando de traer a Sotoria de vuelta. No podía visitarla, no sin arriesgarse a destruir su alma.
 - —Pero ¿encontró una manera de hacerlo?
 - —En cierto modo, sí. —Ash soltó un gran suspiro.
- —Después de todos esos años de búsqueda, se había dado cuenta de que solo había una forma —dijo Rhain con la vista clavada en la mesa—. Solo el Primigenio de la Vida podía devolverle a Sotoria su vida. Así que encontró una manera de convertirse en tal.
 - —¿Cómo? —susurré.
- —No lo sé —admitió Ash, sacudiendo la cabeza—. Ninguno lo sabe. Solo Kolis y mi padre lo saben, y uno no hablará de ello nunca. El otro ya no está aquí para contarlo.

- —Kolis tuvo éxito —continuó la historia Ector—. Logró trocar su puesto por el de su gemelo. De algún modo, intercambiaron sus destinos. Kolis se convirtió en el Primigenio de la Vida y Eythos en el Primigenio de la Muerte.
- —Y ese acto fue... una catástrofe. —Nektas recolocó un poco a Jadis—. Mató a cientos de dioses que servían tanto a Eythos como a Kolis, y debilitó a muchos Primigenios, algunos incluso murieron, lo cual forzó a los siguientes en la línea de sucesión a ascender de su estado de dioses a uno de poder primigenio. Muchos de los míos también murieron. —Los rasgos de Nektas se endurecieron mientras depositaba un beso rápido sobre la cabeza de Jadis —. El mundo mortal lo sintió en forma de terremotos y tsunamis. Muchas zonas quedaron arrasadas. Grandes porciones de tierra se separaron del continente; algunas formaron islas mientras que otras ciudades se hundieron en los océanos y los mares. Durante un tiempo, el mundo se sumió en el caos, pero Eythos supo de inmediato por qué había hecho eso su hermano. Le había advertido a Kolis que no trajera de vuelta a Sotoria. Que estaba en paz, en la siguiente etapa de su vida. Que había pasado demasiado tiempo y que, si hacía lo que tenía planeado, Sotoria no regresaría como era antes. Sería un acto antinatural, una alteración del ya precario equilibrio entre la vida y la muerte.

Crucé los brazos delante de la cintura.

- —Por favor, decidme que no lo hizo.
- —Lo hizo —musitó Nektas.
- —Santo cielo. —Cerré los ojos, entristecida y horrorizada por Sotoria. Ya le habían arrebatado la vida, y saber que también le habían robado su paz me ponía enferma. Era una violación inadmisible.
- —Sotoria regresó a la vida y, como había advertido mi padre, no era la misma. No era mala ni nada por el estilo, pero estaba siempre taciturna y horripilada por lo que había ocurrido —continuó Ash en voz baja, repitiendo lo que me había contado sir Holland—. Cuando murió otra vez, mi padre… hizo algo para asegurarse de que su hermano no pudiera llegar jamás hasta ella. Algo que solo el Primigenio de la Muerte puede hacer. Con la ayuda de la Primigenia Keella, marcó su alma.

Me incliné hacia delante.

- —¿Qué significa eso?
- —Designaron su alma para renacer —contestó Aios—. Es decir, el alma de Sotoria nunca entra en las Tierras Umbrías, y al morir vuelve a renacer. Una y otra vez.

- —Yo... —Sacudí la cabeza—. ¿Significa eso que hoy en día está viva? ¿Recuerda sus vidas anteriores?
- —Sus recuerdos de sus vidas anteriores no serían nada sustancial, si acaso tuviera alguno, pero Kolis sigue buscándola. Debido a lo que le hicieron mi padre y Keella al marcar su alma, renacería envuelta en un velo. Kolis lo sabe. Así que sigue buscándola.
 - —¿La ha encontrado? —Estaba horrorizada.
- —Por lo que sé, ha permanecido fuera de su alcance. —Apartó la mirada, la mandíbula apretada—. Espero que así haya sido en cada una de sus vidas.

Quería preguntar si él sabía quién era, pero su identidad parecía otra violación y un riesgo para su alma. Ya había sufrido bastante.

- —Entonces, lo que hizo tu padre por Sotoria fue para mantenerla a salvo.
- —Lo que hizo por Sotoria no fue perfecto. Hay quien diría que, en cierto modo, fue aún peor. Pero era lo único que podía hacer para intentar mantenerla a salvo.
 - —¿Kolis siempre fue así?

Ash miró en dirección a Nektas.

—Siempre tuvo un lado salvaje y temerario. Una sensación de grandiosidad que creía que se le debía —explicó el *draken*—. Pero hubo un tiempo en que Kolis amaba a los mortales y a sus dioses. Luego, poco a poco, cambió. No creo que pueda culpar a su edad siquiera. Su lado tenebroso… se apoderó de él mucho antes de que lo perdiéramos.

Sentía como si me fuese a implosionar el cerebro.

—Tanto mi padre como Keella han pagado caro por aquello durante años. —Ash posó los ojos en mí—. Kolis no solo cultivó un odio feroz por mi padre, sino que llegó a despreciarlo y juró hacerle pagar.

Me puse tensa en un intento de prepararme para lo que con toda seguridad vendría a continuación. Casi costaba creerlo. Pensar en Kolis, al que me habían educado para considerar perfecto, el generoso y benévolo Rey de los Dioses, como este monstruo egoísta.

Al menos, ahora sabía por qué no hacía nada por impedir el aborrecible trato que recibían los Elegidos.

—Fue Kolis quien mató a mi madre, cuando estaba embarazada de mí — me contó Ash, su tono inexpresivo—. Lo hizo porque creía que lo único justo era que mi padre perdiera a su amada igual que le había pasado a él. Destruyó el alma de mi madre, con lo que su muerte fue definitiva.

Me planté la mano sobre la boca por el horror. Sentí un deseo inmediato de denegar lo que había dicho. De no permitirme creerlo. Pero eso no sería correcto. Sería injusto y equivocado obligar a Ash a demostrar lo que sabía, por instinto, que era verdad. La aflicción abrasaba el fondo de mi garganta y hacía que me escocieran los ojos. Que sus padres hubiesen sido asesinados ya era bastante malo de por sí, pero ¿saber que lo había hecho alguien de su propia sangre? Tenía ganas de vomitar.

Ash tragó saliva.

—Como en el caso de tu madre, creo que la muerte de la mía se llevó un trozo de mi padre consigo.

Me entraron ganas de acercarme a él. De tocarlo. De consolarlo. Algo que no estaba segura de haber sentido jamás hasta entonces. Ni siquiera sabría cómo hacerlo, así que presioné mi mano contra mi pecho y permanecí sentada.

—Lo siento mucho, muchísimo. Sé que eso no cambia nada. Sé que no quieres oírlo, pero... desearía poder cambiar lo sucedido de algún modo.

Sus tormentosos ojos grises conectaron con los míos, y luego asintió. Bajé la mano a mi regazo.

- —¿Cómo han permitido esto los demás Primigenios? ¿Cómo es que ninguno aparte de Keella intervino cuando Kolis ocupó el lugar de tu padre? ¿Cuando trajo a esa pobre chica de vuelta?
- —Kolis destruyó todos los registros de la verdad —explicó Ector desde el otro lado de la mesa—. Tanto en Iliseeum como en el mundo mortal. Fue entonces cuando el Primigenio de la Muerte dejó de representarse. Hizo grandes esfuerzos por ocultar que él no era el verdadero Primigenio de la Vida. Incluso cuando quedó claro que algo no iba bien. Que estaba perdiendo su capacidad para crear vida y mantenerla.
 - —¿A qué te refieres?
- —Ese destino nunca fue el suyo, igual que el de mi padre nunca fue el de ser Primigenio de la Muerte —dijo Ash—. Yo nací ya así, con mi destino reformulado, pero Kolis forzó esta situación sobre mi padre y sobre sí mismo. Los poderes de vida que ganó fueron temporales. Pasaron siglos hasta que esos poderes menguaron y, para entonces, mi padre ya había muerto y Kolis había dominado... otros poderes. Pero no ha nacido ningún Primigenio más desde que nací yo. Kolis no puede conceder la vida. No puede crearla.

De repente, me di cuenta de algo.

- —¿Por eso no ha Ascendido ningún Elegido?
- —Sip —confirmó Bele con un gesto afirmativo—. Pero él no puede detener el Rito, ¿no crees? Eso provocaría demasiadas preguntas incómodas. Así que el equilibrio inestable se ha alterado aún más.

- —¿Hacia qué? —pregunté.
- —Hacia la muerte —repuso Ash. Una sensación glacial se extendió por mi piel—. La muerte de todo, al final. Tanto aquí como en el mundo mortal. Puede que tarde aún varias vidas mortales en destruir por completo el mundo mortal, pero ya ha empezado. Dos Primigenios de la Muerte no pueden gobernar, y eso es lo que está pasando ahora. Porque en el fondo, eso es lo que es Kolis.

Por todos los dioses.

- —Solo los Primigenios y un puñado de dioses saben lo que hizo Kolis. Lo que es en realidad —prosiguió Ash—. La mayoría de los Primigenios le son leales, ya sea por apatía o porque con sus acciones los Ascendió al poder primigenio. ¿Y los que piensan que lo que hizo fue algo impensable? No hacen nada, ya sea por miedo o por una abundancia de cautela e inteligencia.
- —¿Inteligencia? —La incredulidad bulló en mi interior—. ¿Qué tal llamarlo «cobardía»? Son Primigenios. Puede que él sea el rey, pero es solo uno...

Ash inclinó la cabeza.

—No lo entiendes, Sera. Los poderes que robó se han debilitado y ahora son casi inexistentes, pero él no se ha debilitado. Es el Primigenio más viejo. El más poderoso. Podría matar a cualquiera de nosotros. ¿Y después qué? No pueden surgir nuevos dioses. No sin Vida. Eso tendrá un impacto sobre el mundo mortal. Sobre tu hogar. No puede hacerse nada para remediarlo. —Se inclinó hacia mí—. Al menos, eso era lo que creía. Mi padre nunca le dijo ni a mí ni a nadie por qué había hecho ese trato. Ha sido un maldito misterio durante más de doscientos años. Pero tenía una razón. —Deslizó sus ojos por mi rostro—. Nos dio la oportunidad de hacer algo.

Me eché hacia atrás y luego hacia delante.

- —¿Como qué? ¿Qué puedo hacer yo con solo una brasa de vida, aparte de traer de vuelta a los muertos? —pregunté. Luego se me escapó una risa estrangulada—. Y sí, sé que suena impresionante y todo eso...
 - —¿Suena? —Saion soltó una risotada—. Es impresionante.
- —Lo... lo sé, pero ¿cómo puede eso cambiar nada? ¿Cómo puede eso deshacer lo que ha hecho Kolis?

Ash tocó una de mis manos y sentí ese calambre ya familiar.

—Lo que hizo Kolis no puede deshacerse, pero lo que hizo mi padre al poner lo que tenía que ser su brasa de vida en ti... Oculta en una estirpe mortal durante todo este tiempo... Así se aseguró de que hubiera una oportunidad para la vida.

- —Tiene que ser más que eso —dijo Rhahar, apoyado en el respaldo de la silla de su primo—. La mayoría de nosotros no habíamos nacido cuando Eythos era el rey. Diablos, algunos ni siquiera habíamos nacido cuando Eythos vivía. —Rhain y Bele levantaron sus manos—. Pero es solo que no creo que lo que hizo signifique solo que una brasa de vida primigenia siga existiendo. —Rhahar negó con la cabeza—. Tiene que significar algo más.
 - —Estoy de acuerdo. —Saion me miró.
 - —Sí, pero ¿qué? —Miré por la sala a mi alrededor.
- —Esa parte sigue siendo un misterio. —La mano de Ash resbaló de la mía cuando se inclinó hacia atrás—. ¿Qué está rondando por tu cabeza ahora mismo?

Me reí, mis ojos se abrieron un pelín más.

- —No creo que quieras saberlo de verdad.
- —Sí quiero.

Vi a Saion arquear las cejas con expresión dubitativa.

—Espera. Esta es la brasa de vida de tu padre. ¿Eso nos hace... de algún modo... parientes?

Ash soltó una fuerte risotada.

- —Santo cielo, no. No funciona así. Sería como tomar la sangre de alguien. Eso no te convierte en pariente de él.
- —Oh, gracias a los dioses. Porque eso sería... —Me callé al ver las miradas ansiosas de los demás, que esperaban que continuara hablando. Me aclaré la garganta—. Es solo que... no lo sé. No sé qué más podría significar este don. Cómo podría ayudar. ¿El alma de tu padre también fue destruida? pregunté. Se me había ocurrido que, de no haberlo sido, podría merecer la pena arriesgarse a contactar con él, aunque no pudiese hacerlo Ash. Pero justo entonces me di cuenta—. Si hubieses podido, ya habrías hecho que alguien contactara con él.
- —Su alma no fue destruida. —La piel de Ash se había afinado y delicadas hebras de *eather* giraban en sus ojos otra vez—. Kolis aún retenía alguna brasa de muerte en su interior, igual que mi padre retenía algo de su brasa de vida. El poder suficiente para que Kolis capturara y retuviera su alma. Él tiene el alma de mi padre.
- —Dios santo —musité. Se me revolvió el estómago y cerré los ojos unos instantes—. ¿Tu… tu padre es consciente de ese estado?
- —No lo creo, pero no sé si es solo lo que me digo a mí mismo para que sea más fácil de soportar —admitió. Pasó un momento y el *eather* ralentizó

sus giros en sus ojos. Su pecho se hinchó con una respiración profunda, luego miró hacia Ector—. Ahora sabemos por qué volvieron las amapolas.

- —¿Qué? —Miré de uno a otro. Ash se giró hacia mí de nuevo.
- —¿Recuerdas esa flor de la que te hablé?
- —¿La planta temperamental que te recuerda a mí? —aventuré.

Rhain reprimió una risa detrás de su mano mientras Ash asentía.

—No son como las amapolas del mundo mortal. Aparte de sus agujas muy venenosas, estas son más rojas que naranjas y crecen de un modo mucho más abundante en Iliseeum. Dios... —Deslizó el pulgar por su labio de abajo—. Hacía cientos de años que no crecían aquí, pero pocos días después de tu llegada, una brotó en el Bosque Rojo.

Entonces recordé haberlo visto cruzar el patio para adentrarse en el Bosque Rojo. Solo. Más de una vez. Eso era lo que había ido a comprobar.

- —Pero yo no hice nada.
- —No creo que tuvieras que hacer nada aparte de estar aquí —apuntó Nektas acariciando la espalda de Jadis, que se retorcía un poco entre sus brazos—. Tu presencia está trayendo la vida de vuelta poco a poco.

Eso sonaba... del todo increíble. Algo que había dicho Ash volvió a mi mente.

—Has dicho que los efectos de que no hubiera Primigenio de la Vida ya se estaban dejando sentir en el mundo mortal.

Ash asintió.

—¿Lo que llamáis la Podredumbre? Es lo que ocurrió en las Tierras Umbrías. Es una consecuencia de que no haya Primigenio de la Vida.

Lo miré, y tuve la sensación de que mi corazón se había parado en mi pecho. Al principio no hubo nada, absolutamente nada, en mi cabeza. No podía haberlo oído bien. O no había entendido lo que había dicho.

—La Podredumbre es un efecto secundario de que se estuviera venciendo el plazo del trato que tu padre hizo con Roderick Mierel.

Ash frunció el ceño y apoyó un brazo sobre la mesa mellada.

—Eso no tiene nada que ver con el trato, Sera.

La sorpresa me golpeó con la fuerza de un ariete para luego extenderse como una ola por dentro de mí.

- —No lo entiendo. Empezó después de que yo naciera. Apareció entonces y el clima comenzó a cambiar. Las sequías y el hielo que cae del cielo, los inviernos...
- —Es *verdad* que el trato tenía plazo de vencimiento porque lo que mi padre le hizo al clima no fue natural. No podía continuar de ese modo para

siempre. —Los ojos de Ash buscaron los míos—. Pero lo único que significaba eso era que el clima volvería a su estado original, con condiciones más estacionarias, como en algunas zonas del mundo mortal. Por supuesto, dudo de que jamás vaya a ponerse tan frío como en Irelone, no donde está situado Lasania. No será un clima tan riguroso.

Se me aceleró el corazón. Había un zumbido en mis oídos y apenas oí a Saion cuando habló.

- —El clima se ha visto afectado por lo que hizo Kolis. Por eso el mundo mortal tiene ahora un clima más extremo, con sequías y tormentas. Es un síntoma de la desestabilización del equilibrio.
- —¿El trato no tiene nada que ver con la Podredumbre? —susurré. Ash negó con la cabeza. Qu... quería denegarlo, rechazar lo que estaba diciendo. Creer que esto era algún tipo de truco.
- —¿Creías que esas dos cosas estaban relacionadas? —inquirió Ash. Un temblor trepó por mis piernas.
- —Sabíamos que el trato expiraba en el momento de mi nacimiento. Ahí fue cuando apareció la Podredumbre. Era lo que nos habían dicho, generación tras generación. Que el trato terminaría y las cosas volverían a ser como antes.
- —Y era verdad —dijo Ash—. El clima volvió a su estado original hace años, pero como ha dicho Saion, ha sido más extremo debido a la desestabilización. Todos los rincones del mundo mortal han experimentado patrones climatológicos extraños.
- —Que la Podredumbre apareciera cuando lo hizo suena a coincidencia comentó Rhain—. O tal vez estuviera vinculado a tu nacimiento y a lo que hizo el padre de Nyktos. Quizá cuando la brasa cobró vida, desencadenó algo. Por qué haría que la tierra se pudriera se me escapa.

Ash se inclinó hacia mí.

- —En cualquier caso, no forma parte del trato original que hizo mi padre. Lo que está pasando en Lasania habría ocurrido aunque mi padre no hubiera cerrado este trato. Y con el tiempo se extenderá por todo el mundo mortal, igual que se extenderá por Iliseeum.
- —De hecho, ¿sabéis qué? Creo que Rhain quizás haya dado en el clavo. Tal vez sí que tenga que ver con el trato —intervino Aios de pronto. Giré la cabeza a toda velocidad hacia ella y me miró a los ojos—. Pero no del modo que crees.
 - —¿A qué te refieres? —preguntó Ash, tras girarse también hacia la diosa.
- —Tal vez esta Podredumbre, esta consecuencia de lo que hizo Kolis, ha tardado tanto en aparecer porque la brasa de vida ha permanecido con vida

dentro de la estirpe Mierel a lo largo de los años. Quiero decir, el mundo mortal es mucho más vulnerable a las acciones de los Primigenios. Los inconvenientes de que no hubiese Primigenio de la Vida debían haberse sentido mucho antes que esto, ¿no creéis? —Aios miró por la mesa a su alrededor. Hubo unos cuantos asentimientos—. Esa brasa de vida estaba, en cierto modo, protegida dentro de la estirpe. Aún ahí, pero... cuando naciste, la brasa de vida entró en un cuerpo mortal... un recipiente, por llamarlo de algún modo, que es vulnerable y tiene fecha de caducidad.

- —Te refieres a mi muerte —murmuré. Aios se encogió un poco.
- —Sí. O quizá, no —añadió a toda prisa cuando me estremecí—. Tal vez sea solo que la brasa de vida se debilita en un cuerpo mortal y ya no es capaz de frenar los efectos de lo que hizo Kolis. —Se echó hacia atrás con un leve encogimiento de hombros—. O puede que me equivoque por completo y todo el mundo debería limitarse a ignorarme.
- —No. Creo que es probable que tengas cierta razón —la contradijo Ash, pensativo. Me entraron ganas de vomitar cuando se giró hacia mí. Me miró con atención durante unos instantes—. ¿Qué pasa, Sera? —No era capaz de responder—. Esto es más que solo una sorpresa para ti. —Sus iris se llenaron de *eather* otra vez—. Estás sintiendo demasiadas cosas para que esto sea solo confusión en torno a algún tipo de malentendido.

¿Malentendido? Una risa de sonido mojado escapó temblorosa de mi interior. Sabía que debía estar leyendo mis emociones, pero en ese momento no podía importarme menos. No creía que ni siquiera él fuese capaz de descifrar exactamente lo que estaba sintiendo.

Los temblores habían subido por todo mi cuerpo y eliminaban cualquier opción de negación.

Lo que todo el mundo decía tenía sentido. El día que entré en el Bosque Rojo, me había dado cuenta de lo mucho que se parecían las Tierras Umbrías a la Podredumbre de Lasania: la hierba gris y muerta, los esqueletos de ramas retorcidas y desnudas, y el olor a lilas marchitas que impregnaba la tierra yerma.

Pero eso significaba... oh, por todos los dioses, eso significaba que si el trato no era responsable de la Podredumbre, no había nada que yo pudiera hacer. Peor aún, se extendería por todo el mundo mortal. Y si Aios estaba en lo cierto, se debía a mi nacimiento. A que esta brasa estaba ahora viva en un cuerpo que al final se marchitaría y moriría. Y se llevaría la brasa de la vida con él. La cuenta atrás que había estado avanzando durante todo este tiempo no era el trato que llegaba a su fin. Era yo llegando a mi fin.

Me llevé una mano a la tripa y me puse en pie, incapaz de permanecer sentada ni un segundo más. Me aparté de la mesa.

—Sera. —Ash se giró en la silla hacia mí—. ¿Qué pasa?

Retiré el pelo de mi cara, tiré de los mechones. No veía a Ash. No veía a nadie en esa habitación. Todo lo que veía era a los Couper tumbados en esa cama, unos al lado de otros, sus cuerpos cubiertos de moscas. Y después vi infinidad de familias en el mismo estado. Cientos de miles. Millones.

—Creí que podía pararlo —susurré. Me ardía la parte de atrás de la garganta—. Es a lo que dediqué toda… toda mi vida. Creía que podía detener la Podredumbre. Todo lo que hice. La soledad. El *jodido* velo de la Elegida. El entrenamiento… el convertirme en *nada*. Mi maldita formación. El moldeado. —Arrastré mis manos por mi cara—. *Merecía la pena*. Salvaría a mi gente. No importaba lo que me pasara al final…

De pronto, Ash estaba delante de mí, sus manos frías presionaban contra mis mejillas.

—¿Todos creíais que cumplir el trato detendría de algún modo la Podredumbre?

Solté otra risa estrangulada.

—No. Creíamos...

Haz que se enamore.

Conviértete en su debilidad.

Termina con él.

Me estremecí cuando la sentí, esa repentina y aguda sensación de ser capaz de *respirar* de verdad. Como la que había sentido cuando no me había llevado consigo la primera noche que me presentaron ante él. *Alivio*. La razón era diferente esta vez. No tenía que manipularlo. No tenía que hacer que se enamorara de mí solo para hacerle daño después. Para matarlo.

De repente pude ver su cara, los ángulos marcados y las oquedades debajo de sus pómulos. El lustroso pelo castaño rojizo y esos impactantes ojos giratorios. Los rasgos de un Primigenio que no tenía nada que ver con lo que había supuesto o lo que quería creer. Considerado y amable a pesar de todo lo que había perdido, a pesar de todo el dolor que había sentido y que hubiese transformado a la mayoría en algo parecido a una pesadilla. Un hombre del que... del que había empezado a *disfrutar*. Que me *importaba*, incluso antes de darme cuenta de quién era y de que hubiéramos pasado ese rato juntos en el lago. Una persona que me hacía sentir como *alguien*. Como si no fuese un lienzo en blanco, un recipiente vacío.

Alguien que solo había nacido para matar.

No tenía que hacer lo que no quería. Y, oh, Dios, no quería hacerle daño. No quería ser capaz siquiera de hacérselo. Y no tenía que serlo. El alivio fue tan abrumador, tan potente, que el aluvión de emociones crudas amenazó con engullirme. Lo único que se lo impidió fue lo mismo que la noche en que él no me había reclamado.

La culpabilidad.

Esa culpa amarga y apabullante.

Millones de personas morirían de todos modos, aunque no tuviese que quitarle la vida a Ash. Esa no era ninguna bendición. Ningún alivio.

—Sera —susurró Ash.

Levanté la vista hacia sus ojos. Se me comprimió el corazón en el pecho cuando deslizó el pulgar por mi mejilla para secar una lágrima. Las alocadas hebras de *eather* en sus ojos ultrabrillantes me tenían atrapada.

—No creo que haya pensado que convertirse en tu consorte fuese a salvar a su gente. —La voz de Bele fue como un latigazo. Me recordó que no estábamos solos e hizo añicos algo en lo más profundo de mi ser cuando las hebras de los ojos de Ash se quedaron petrificadas—. Creo que averiguó cómo liquidar un trato a favor del convocante.

Ash no dijo nada, pero no apartó los ojos de mí. Alguien maldijo. Oí patas de sillas arañar contra el suelo de piedra, y entonces *lo sentí*. Un temblor en las manos de Ash y la descarga de energía que de repente inundó la habitación, crepitando sobre mi piel. *Lo vi*. Cómo se afinaba su piel y cómo se congregaban las sombras debajo de ella.

—Creías que el futuro de Lasania dependía de este trato. De que tú lo cumplieras, pero no como mi consorte. —Su voz sonó tan callada, tan suave, que me provocó un escalofrío—. ¿Sabes cómo liquidar un trato a favor del convocante?

Hasta el último rincón de mi ser me gritaba que debía mentir. Una dosis sorprendente de instinto de supervivencia brotó en mi interior. Eso era lo sensato, pero estaba cansada de mentir. De *esconderme*.

—Sí, sé cómo hacerlo.

Ash contuvo la respiración de golpe. Las sombras se despegaron de los rincones de la habitación y fueron a reunirse a su alrededor. A nuestro alrededor.

—¿Por eso volvías al Templo Sombrío año tras año después de que te rechazaba? ¿Por eso querías cumplir el trato que tú nunca aceptaste?

Otra fisura se abrió en mi pecho.

—Sí.

El *eather* irradió, chisporroteante, de sus ojos y la luz empezó a extenderse por las sombras revueltas, trepó por su espalda. El aire que respiré formó una nubecilla turbia y vaporosa en el espacio entre nosotros.

—Tu entrenamiento. Tu *formación*. —Las puntas de sus colmillos se hicieron visibles cuando retrajo los labios—. ¿Todo lo que has hecho desde el día en que naciste hasta este mismo momento fue para convertirte en mi debilidad?

La presión se cerró sobre mi pecho. No podía responder. Era como si hubiesen succionado todo el aire de la habitación y el poco que quedaba fuera demasiado frío y espeso para respirarlo. Empecé a sentir un ardor en lo más profundo de mi ser, se extendió hasta mi garganta mientras las sombras ribeteadas de *eather* cobraban forma detrás de Ash. Unas alas.

Iba a morir.

Lo supe entonces, mientras miraba esos ojos muertos, tan tan quietos. Ni siquiera podía culparlo por ello. Ahora mismo estaba delante de él porque había planeado matarlo. Siempre había sabido que encontraría la muerte a sus manos o porque había terminado con su vida.

- —Tú —empezó, su voz era un susurro de noche. Sus manos resbalaron por mi mandíbula. La palma de su mano presionó contra el lado de mi cuello. Echó mi cabeza hacia atrás y ya no estaba mirando a Ash. Este era un Primigenio. El Primigenio de la Muerte. Ahora era Nyktos para mí—. Tenías que saber que no ibas a salir con vida de esto, aunque hubieras cumplido tu objetivo. Estarías muerta en el mismo momento en que extrajeras esa jodida daga de piedra umbra de mi pecho.
 - —Ash —dijo Nektas, su voz sonó cerca.
- El Primigenio no se movió. No parpadeó, mientras me fulminaba con la mirada.
 - —¿Es que tu vida no tiene ningún valor para ti?

Di un respingo.

—Ash —repitió Nektas, mientras Reaver hacía un ruidito suave.

El *eather* se revolvió en sus ojos. La masa de sombras colapsó a su alrededor al tiempo que retiraba despacio las manos de mí. Se quedó ahí un momento, sus rasgos demasiado afilados. Luego dio un paso atrás.

Con las rodillas débiles y el corazón desbocado, me derrumbé contra la pared.

- —Yo... lo...
- —Que no se te pase por la jodida cabeza disculparte —gruñó Nektas—. No te atrevas…

Sonó una sirena en alguna parte en el exterior y el bramido resonó por todo el palacio. Después sonó otro. Me aparté de la pared.

- —¿Qué es eso?
- —Un aviso. —Nektas ya estaba dando la vuelta—. Estamos bajo asedio.

Capítulo 36



—Está claro que han sentido la onda de poder. —Bele estaba en pie. Me aparté de la pared mientras el resto de los dioses se levantaba.

—¿Creéis... creéis que es Kolis?

No me miró nadie. Solo Nektas.

- —Él no vendría en persona —contestó. Jadis levantó la cabeza y bostezó
 —. Enviaría a otros.
- —Si viniera a por ti, obtendrías lo que tan desesperada estás por encontrar. —Nyktos se giró hacia mí—. Tu propia muerte.

Se me encogió el corazón cuando sus palabras glaciales cayeron sobre mí. Dolieron. No había forma de negarlo.

—Saion, ve a averiguar lo que puedas. Te veré a la puerta del establo. Rhahar. Bele. Id con él. No digáis ni una sola palabra de lo que se ha hablado aquí. Ninguno de vosotros —ordenó Nyktos—. ¿Entendido?

Los tres dioses obedecieron y salieron de la habitación a toda velocidad. Ninguno de ellos miró en mi dirección.

—Llevaré a los pequeños a un lugar seguro. —Nektas le hizo un gesto a Reaver para que se reuniera con él—. Solo por si tengo razón en quién ha llegado a nuestras orillas. Me reuniré con vosotros en cuanto estén a salvo.

Nyktos asintió, de espaldas a mí mientras Nektas iba hacia la puerta. Jadis tenía la cabeza apoyada en el hombro de su padre; se despidió de mí con un gesto soñoliento de la mano. Ese pequeño gesto... No supe por qué, pero se me clavó en el corazón. Y la mirada que me lanzó su padre, congeló el cuchillo ahí dentro.

Creo que te consideraré a ti también una de los míos.

Aspiré una bocanada de aire temblorosa. Dudaba mucho de que Nektas sintiera lo mismo ahora. ¿Por qué habría de hacerlo? Yo había venido aquí con el plan de matar al Primigenio al que él consideraba familia.

Aios se levantó y me lanzó una mirada rápida.

- —Iré a ver cómo va Gemma. Para asegurarme de que las sirenas no la hayan despertado, o para lidiar con ellos si así fuese.
- —Gracias —repuso Nyktos al tiempo que descolgaba una de las espadas cortas de la pared. La aseguró a su cadera antes de agarrar también una daga y deslizarla dentro de su bota. Una larga espada envainada fue a parar a su espalda, con la empuñadura hacia abajo.
 - —¿Qué vamos a hacer con ella?

Giré la cabeza a toda velocidad hacia Ector, que era el que había preguntado.

—Puedo ayudar.

Despacio, Nyktos se volvió hacia mí mientras las cejas de Rhain volaban hacia arriba. No vi nada más que una frialdad insondable en su mirada y tuve que reprimir el impulso de apartarme de él.

- —Puedo —me forcé a decir—. Me entrenaron bien. Sé manejar un arco y una espada.
 - —Por supuesto que sí —dijo con desprecio.

Me encogí cuando esa actitud afilada y cortante se clavó aún más hondo en mi corazón, dejando su propio tipo de marca. El ardor regresó a mi garganta, inundó mis ojos, al tiempo que un estallido de algo amargo y duro bullía en mi interior. No podía respirar. La emoción atoró mi garganta. No podía permitirlo. Lo bloqueé. Lo bloqueé todo. *Inspira*. En mi mente, me puse ese velo. Me costó más que todas las veces anteriores y lo notaba fino y transparente, de un modo que nunca me lo había parecido. *Contén*. Me convertí en nada más que el lienzo en blanco, un recipiente vacío que no podía resultar herido por palabras ni acciones más allá de las que causaba yo misma.

Solté el aire.

—El peligro se cierne sobre las Tierras Umbrías a causa de lo que yo he hecho. No me quedaré al margen sin hacer nada cuando puedo pelear. — Levanté la barbilla para mirar a los ojos glaciales de Nyktos—. No soy una amenaza para ninguno de los tuyos.

Ladeó la cabeza.

—No eres ninguna amenaza para mí.

Me puse rígida, pero eso fue todo.

—Puedo ayudar, pero haz lo que quieras. Enciérrame o llévame contigo. Sin importar lo que hagas, estás perdiendo el tiempo.

Nyktos bajó la barbilla mientras me taladraba con la mirada.

—Aunque la idea de encerrarte me resulta muy atractiva en este momento, no hay tiempo para asegurarnos de que vayas a quedar a buen recaudo y no vayas a escapar. Así que vendrás conmigo. —En un abrir y cerrar de ojos, se había plantado apenas a unos centímetros de mí. Me puse tensa, pero logré mantenerme firme—. Pero como hagas *una sola cosa* que ponga en peligro a mi gente, estar encerrada será la menor de las cosas a las que tendrás que enfrentarte.

No se me pasaron por alto las miradas de incredulidad que intercambiaron Rhain y Ector, y tampoco dudé de las palabras de Nyktos ni un segundo.

- —No quiero hacer daño a ninguno de ellos.
- —No. —Su sonrisa era una de burla irónica—. Solo a mí.

El velo resbaló de mi cara.

- —A ti tampoco quería hacerte daño.
- —Ahórratelo —espetó, cortante, al tiempo que me agarraba de la mano. La corriente de energía fue como un zumbido cálido. Su agarre era firme pero no doloroso mientras me conducía fuera de la habitación.

Nyktos tiró de mí por delante de los tronos y bajamos del estrado. Ector y Rhain nos pisaban los talones. La habitación en penumbra estaba envuelta en un silencio tenebroso, excepto por el repiqueteo de nuestras botas. Me costó un esfuerzo considerable mantener el ritmo de esas largas piernas suyas. Iba concentrada solo en impedir que mi mente volviera a esa habitación y a por qué Ash era ahora Nyktos para mí. No podía pensar en ello mientras nos acercábamos al vestíbulo. Nyktos caminaba tan deprisa que no vi la ligera elevación del suelo, el pequeño escalón casi inexistente entre la gran sala y el vestíbulo. Tropecé...

La mano de Nyktos se apretó sobre la mía, frenó mi caída y evitó que me diera de bruces contra la dura piedra umbra.

- —Gracias —farfullé.
- —No me las des —escupió.

Apreté los labios, al tiempo que el velo resbalaba un poco más. Su ira no era ninguna sorpresa. No podía culparlo, y no lo haría. Fue mi incapacidad para seguir siendo esa nada lo que hizo que se me retorciera el pecho.

Saion entró en tromba por las puertas abiertas, pero paró en seco cuando nos vio.

- —Está pasando algo en la muralla, en el lado de la bahía. —Sus ojos se posaron en nuestras manos unidas, pero no mostró reacción alguna—. Todavía no estoy seguro de qué. Rhahar está preparando a Odín. Bele se ha adelantado.
- —¿Sabes si ha habido algún herido ya? —preguntó Nyktos, echando a andar otra vez.
- —Uno de los barcos más pequeños volcó —explicó Saion, un paso por detrás de nosotros. Delante de nosotros, Rhahar conducía al enorme corcel color medianoche hacia donde esperaban ya varios caballos más—. El rescate se interrumpió cuando uno de esos barcos zozobró.
- —¿Qué diablos hay en esa bahía que haría volcar a los barcos? pregunté.
- —No debería haber nada —contestó Nyktos, lo cual me sorprendió pues casi no había esperado respuesta alguna.
- —Las aguas llevan años muertas. No hay muchas cosas que puedan sobrevivir en ellas demasiado tiempo —añadió Rhain—. Y no solo eso, las aguas son negras como el carbón…
- —Lo cual hace que los rescates sean aún más difíciles —dijo Saion—. Si no imposibles. Cualquiera que entre en esas aguas, dios o mortal, tiene muy pocas probabilidades de salir de ellas.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo mientras Nyktos tomaba las riendas de manos de Rhahar. Se volvió hacia Ector.

—Necesito que me consigas una capa con capucha y que te reúnas conmigo en las puertas que dan a la bahía.

Ector lanzó una mirada en mi dirección, el ceño fruncido. Parecía querer decir algo, pero luego se lo pensó mejor.

- —Está hecho. —Dio media vuelta y echó a correr hacia una de las muchas entradas laterales ocultas debajo de las escaleras.
 - —¿Se han sellado las otras puertas a la ciudad? —preguntó Nyktos.
- —Está en proceso, por lo que dijo uno de los guardias —confirmó Saion
 —. Y han empezado a evacuar a los de la bahía, los están llevando tierra adentro.

Me volví hacia Odín. No tenía muy claro cómo se suponía que iba a montarme en un caballo de ese tamaño. Pero tendría que averiguarlo, porque no era tan tonta como para pedir mi propia montura. Alargué la mano hacia la correa de la montura... y sentí que Nyktos me agarraba por las caderas y me subía a caballo con una facilidad asombrosa.

Empecé a darle las gracias pero luego cerré la boca y deslicé una pierna por encima de la montura para sentarme bien.

- —¿De verdad va a venir con nosotros? —preguntó Rhain, mientras se encaramaba a su propio caballo.
- —¿Quieres quedarte aquí para asegurarte de que permanezca donde sea que la metamos? —Nyktos montó detrás de mí y yo cerré la boca con fuerza.
 - —No —repuso Rhain.
- —Entonces, viene con nosotros. —Nyktos estiró un brazo por un lado y cerró la mano sobre las riendas de Odín—. Agárrate.

Me aferré al pomo de la montura un segundo antes de que Odín partiera a un galope que enseguida adquirió velocidad, levantando una nube de tierra y polvo a su paso. Por instinto, me incliné hacia delante mientras Nyktos guiaba a Odín hacia un lado de Haides y luego a lo largo de la muralla. Saion y Rhain venían justo detrás de nosotros. Cruzamos a toda velocidad una puerta más estrecha y salimos a un camino de tierra compactada que centelleaba con motas de piedra umbra incrustada. Árboles marchitos y con las ramas desnudas que me recordaban a los muertos que había visto nada más entrar en las Tierras Umbrías bordeaban el sendero. Más allá, una densa niebla se arremolinaba y serpenteaba entre los troncos grises. A través de las gruesas y nudosas ramas llenas de hojas color sangre, capté atisbos del Adarve, donde empezaba a trepar tan alto que no alcanzaba a ver las puntas de las almenas. Unas torres imponentes asomaron entre los árboles, espaciadas cien metros o más, antes de que el Adarve diera la impresión de fluir hacia fuera, más lejos de la carretera, hasta que lo perdí de vista del todo.

Nyktos guio a Odín de pronto hacia la derecha. Se inclinó hacia delante, su pecho apretado contra mi espalda. La sensación de su cuerpo frío contra el mío amenazaba con anular mis sentidos y mi no tan férreo control sobre mí misma. El contacto era... Dios, no podía permitirme pensar siquiera en eso mientras volábamos entre los árboles de sangre. Al mismo tiempo, la niebla se arremolinaba y se condensaba, como desquiciada por los acontecimientos. La niebla (el *eather*) subió más y más e hizo que mi corazón pareciera también desquiciarse por todo lo que sucedía.

—Vamos a tomar un atajo. —Su brazo bajó a mi cintura, su agarre era firme—. Puede que quieras cerrar los ojos.

Tenía los ojos abiertos como platos.

—¿Por qué...? —Contuve la respiración cuando los árboles desaparecieron de delante de nosotros y el suelo mismo pareció caer en un abismo neblinoso de *nada*.

Un grito se quedó atascado en mi garganta cuando Saion nos adelantó, agachado sobre el cuello de un corcel negro casi tan grande como Odín. Saion y su caballo *desaparecieron*. Empecé a empujar hacia atrás, contra Nyktos...

Odín saltó dentro de la niebla.

Por un momento, no hubo nada más que niebla blanca y la sensación de... volar. No pude ni respirar en esos segundos de ingravidez...

El impacto de Odín al aterrizar me sacó de los pulmones el poco aire que tenía y me sacudió hacia atrás contra el cuerpo duro y firme del Primigenio.

Nyktos me sujetó mientras galopábamos a una velocidad vertiginosa a través de la nube de *eather*. Los cascos de Odín tronaban sobre las rocas, pero seguía sin poder ver nada. Nada más que niebla. Pero si íbamos a saltar por un precipicio o lo que fuese que estuviéramos bajando, no moriría con los ojos cerrados.

Odín dio un salto más y entonces estuvimos libres del grueso del *eather*, esprintando por encima de parches de hierba y tierra compactada. Tardé un momento en saber siquiera lo que estaba viendo cuando Rhain y Rhahar se reunieron con nosotros para colocarse a nuestro lado. Vi a quien creía que era Saion cabalgando por la muralla, donde la neblina se extendía en bancos más finos y deshilachados.

Eché la vista atrás, hacia la montaña de niebla, y vi a docenas de guardias a caballo que emergían de la nube. Nyktos daba órdenes que no lograba oír por encima del tronar de cientos de cascos.

Una puerta de piedra cerrada apareció delante de nosotros y vi que brillaban antorchas en lo más alto del Adarve, donde percibí las distantes formas de los guardias, todos girados hacia lo que había al otro lado.

Nyktos frenó a Odín antes de parar a cierta distancia del grupo de guardias. Uno se separó de los otros. Guiñé los ojos y reconocí a Theon. Uno de los pocos dioses que no había estado presente cuando se supo lo de mi traición. Dudaba de que fuese a pasar demasiado tiempo antes de que él y su hermana se enteraran. ¿O acaso obedecerían todos la orden que les había dado Nyktos de que no dijeran ni una palabra sobre lo que habían visto y oído?

—Hay algo en el agua —informó Theon, al tiempo que agarraba la cabezada de Odín. A mí apenas me miró—. Venía del mar, sea lo que fuere, y cortó a través de uno de nuestros barcos de suministros. Partió al hijo puta en dos.

—Joder —gruñó Nyktos, al tiempo que echaba pie a tierra. Se giró de inmediato y extendió los brazos hacia mí sin decir una palabra. Acepté su

ayuda, un poco asombrada de que, incluso en su furia fría, todavía fuese... considerado—. ¿Alguna idea de lo que es?

—Aún no —repuso Theon.

Nyktos dio un paso y luego se puso rígido, justo en el momento en que yo sentí un palpitar en el centro de mi pecho, un calor. A la luz de las estrellas, las sombras salieron de la fina niebla para deslizarse por el suelo. Cerró los ojos y sus rasgos parecieron afilarse.

—Muerte —susurré.

Su cabeza voló hacia mí, abrió los ojos.

—¿La sientes?

Tragué saliva y asentí.

—Siento la muerte.

Un músculo se apretó en su mandíbula.

—Lo que sientes son las almas al separarse de sus cuerpos.

Theon maldijo en voz baja y yo levanté la vista hacia Nyktos. Nunca se me había ocurrido que, como Primigenio de la Muerte, debía de ser capaz de sentirla. De sentir la muerte cuando esta ocurría.

Como lo hacía yo.

Impactada, me giré para ver llegar a Ector a toda velocidad. Frenó al caballo en seco, lo cual desperdigó la niebla, y le tiró una capa a Nyktos. El Primigenio asintió para darle las gracias y luego se volvió hacia mí. Pasó la suave tela por encima de mis hombros mientras más guardias subían a la carrera por las escaleras de la muralla.

—Te quedarás con Ector y Rhain —me informó, mientras Ector desmontaba. Me tapó la cabeza con la capucha. Miré a los dos dioses, que parecían de todo menos contentos con su misión, pero asentí—. Quédate con ellos —ordenó Nyktos. Hice ademán de cerrar los botones de la capa, pero él fue más rápido y los abrochó a toda prisa. Me miró a los ojos, los suyos aún con un brillo asombroso—. Recuerda mi advertencia.

Theon frunció el ceño ante el tono cortante del Primigenio, pero una mirada significativa por parte de Rhain lo silenció.

—La recuerdo —contesté.

Nyktos me sostuvo la mirada un segundo más, luego se volvió hacia Rhain y Ector.

—Aseguraos de que continúe viva. —Volvió al lado de Odín, montó en el caballo y se giró hacia los guardias. Observé cómo se alejaba, seguido de un rastro de sombras que cortaban a través de la neblina cuando se inclinó hacia un lado en la montura para aceptar un arco y una aljaba llena de flechas de

manos de otro guardia. Saion, Rhahar y Theon lo siguieron. Las puertas se abrieron y el Primigenio salió por ella. Solo los tres dioses y otra figura, que iba encapuchada como yo, se separaron de los guardias a caballo y fueron tras él.

- —Estará... estará bien, ¿verdad? —pregunté cuando Rhain se acercó a mi lado, su pelo dorado rojizo enmarañado por la galopada—. Ha salido ahí fuera solo con tres dioses. ¿Estarán bien?
 - —¿De verdad crees que pienso que estás preocupada?

Lo miré ceñuda.

- —¿Estará bien?
- —Es el Primigenio —contestó el dios—. ¿Tú qué crees?

Lo que creía era que vivía y respiraba. Por lo tanto, podía ser herido. Y los dioses podían morir.

- —No deberías estar aquí —declaró Ector.
- —Pero lo estoy. —Me giré hacia las escaleras y empecé a andar, al tiempo que me ponía ese velo mental otra vez—. ¿Qué podría haber en el agua?

Ector pasó por mi lado y llegó a las escaleras primero. Se giró hacia atrás.

—¿Crees en los monstruos?

Se me cayó el alma a los pies.

—Depende.

Esbozó una sonrisilla de suficiencia antes de girarse hacia delante otra vez. Eché un vistazo a Rhain, pero él miraba recto al frente. Seguí a Ector a buen ritmo, sin permitirme pensar demasiado en lo alto que nos estaban llevando esas escaleras.

- —Más allá de lo que hagas —dijo Rhain cuando nos acercábamos a la cima—, por favor, evita que te maten. Estoy seguro de que Nyktos quiere el honor para sí mismo.
 - —No planeaba hacerlo —le informé.
- —No va a matarla —dijo Ector desde más adelante—. No cuando lleva la brasa.

Rhain suspiró detrás de mí y me di cuenta de que Ector tenía razón. Nyktos no me mataría. Al menos, no hasta que averiguara qué significaba que llevara esa brasa aparte de poder devolverles la vida a los muertos. ¿Y si eso fuese todo? ¿Me mataría entonces? Si Aios tenía razón, era muy probable que eso condenara al mundo mortal a una muerte más rápida. ¿O me mantendría encerrada, a salvo de los que pretendían hacerme daño y alejada de aquellos a los que creía que podía dañar yo?

Mi estómago dio otra voltereta mientras caminaba por el ancho tejado. A lo lejos, no veía más que montañas rocosas y tierra llana. No vi a Nyktos ni a ninguno de los guardias. Seguí la curva de la muralla y aceleré el paso al mirar en ambas direcciones y ver que estábamos entrando en alguna parte de la ciudad: un barrio de edificios achaparrados que me recordaba a los almacenes de Carsodonia. Seguí adelante. Mis ojos recorrieron las construcciones anodinas hasta que por fin vi la ciudad de las Tierras Umbrías por primera vez.

Se me cortó la respiración al verla. Era más grande de lo que esperaba.

Hasta donde alcanzaba la vista, la luz de las estrellas centellaba sobre las tejas de los tejados, la mayoría de las casas y los negocios apilados unos sobre otros con callejuelas serpenteantes entre ellos. Me recordaba mucho a Croft's Cross. Chispas de luz, procedentes de velas o de lámparas de gas, brillaban por las calles y desde el otro lado de las ventanas. No había templos en la extensa ciudad, ninguno que yo pudiera ver, al menos, y había una parte bastante grande cortada en la ladera de una colina, donde los edificios bajaban escalonados hasta el pie de la elevación.

- —¿Cuánta gente vive aquí? —pregunté, mientras Ector seguía camino.
- —Cien mil personas. —Rhain pasó por mi lado—. O por ahí.

Por todos los dioses, no tenía ni idea. ¿Serían en su mayoría dioses o mortales? ¿Cuántos habrían sido Elegidos…?

Nos llegó un sonido como un trueno, del suelo a nuestros pies. En las calles, los gritos se hicieron cada vez más altos, mezclados con chillidos. La presión se cerró sobre mi pecho cuando fui hacia el parapeto más cercano, igual que habían hecho Rhain y Ector. Apoyé las manos en la piedra áspera y me incliné hacia fuera, los ojos guiñados en la turbia penumbra.

Una masa de gente corría como loca por las estrechas calles, algunos a pie y otros a caballo o en carruajes. El horror me atenazó las entrañas cuando vi que empezaban a apelotonarse, se empujaban, caían y se arrollaban los unos a los otros en su huida.

- —Huyen de la zona del puerto —gritó Ector, al tiempo que se separaba del parapeto—. Mierda, creía que la habían evacuado.
- —Estaban en proceso. —Rhain corría por la muralla, la vista fija a lo lejos—. ¿Qué diablos hay en el agua?

Oí a los guardias bramar órdenes, tratar de calmar a la gente y restaurar alguna apariencia de paz, pero sus gritos fueron engullidos por el pánico. Los aullidos de dolor sonaban angustiados y me encogí un poco mientras retrocedía para alejarme del desastre que se estaba cociendo a nuestros pies.

Muchas personas iban a resultar heridas en esa avalancha. Morirían en su desesperación por alcanzar la seguridad del recinto del castillo.

Me forcé a dar media vuelta y a separarme del parapeto, la falda de mi vestido se enroscó en mis piernas. No podía permitirme que esta brasa tomara el control otra vez. Una miríada de guardias corría por la muralla este mientras yo me apresuraba en pos de Ector y de Rhain. Llegamos a la sección que daba a la bahía y ninguno de los otros guardias me prestó atención alguna, totalmente ajenos a mi presencia, o tal vez no les importara lo más mínimo, demasiado concentrados en lo que estaba pasando allí abajo. Me acerqué a otro parapeto, pasando por al lado de escudos, aljabas y arcos curvos sin usar. El aire rancio se coló dentro de mi capucha, levantó mechones de mi pelo y los revolvió por delante de mi cara cuando la reluciente superficie de la bahía se alzó ante nosotros.

Lo que vi despertó un recuerdo de hacía una década, uno del día en que un barco cargado de aceite había quedado a la deriva y luego había chocado con otro. Ezra y yo habíamos trepado a los acantilados para observar a los hombres que el rey Ernald había enviado para impedir el derrame. El barco se hundió y el aceite se derramó al agua, lo que puso furioso a Phanos, el dios Primigenio de los Cielos y los Mares, que había surgido del mar en un ciclón aterrador. Su rugido de furia había creado una onda expansiva que hizo sangrar nuestros oídos y, en cuestión de segundos, había destruido todos los barcos del puerto. Murieron cientos de personas, ahogadas o arrojadas contra los edificios de los muelles, o simplemente habían cesado de existir, junto con las docenas de barcos.

Las aguas habían estado libres de productos contaminantes desde entonces.

Pero esto no era ningún Phanos en el agua, por lo que yo sabía. Y aun así, lo que vi me paró el corazón. En la bahía, un barco de suministros estaba partido en dos, justo en pleno centro, y se hundía sin remedio bajo la superficie de las turbulentas aguas.

Otro barco cabeceaba inestable mientras los hombres de a bordo forcejeaban con las jarcias sin parar de gritarse los unos a los otros. Botes de madera de los que debían de haber salido en ayuda de los del maltrecho barco flotaban ahora bocabajo en las violentas aguas. No vi a nadie nadando, ni siquiera tratando de mantenerse a flote, y pensé en lo que Nyktos y yo habíamos sentido al otro lado de la puerta.

Muerte.

Había algo en esas aguas. Los guardias de las murallas tenían las flechas cargadas y apuntaban con sus arcos.

—Por todos los demonios. —Rhain se paró en seco delante de mí.

Entonces los vi, justo cuando salían a la oscura superficie centelleante de la bahía.

Mis labios se entreabrieron. Santo cielo, eran del tamaño de caballos y trepaban por los costados de los barcos, sus cuerpos musculosos brillaban como aceite de medianoche. Los barcos atracados en el muelle temblaban como si fuesen arbolitos. La madera crujía y se astillaba bajo sus garras, y sus pies abrían tremendos boquetes en las cubiertas.

Jamás había visto a uno fuera de los dibujos de los gruesos tomos que trataban sobre Iliseeum, pero sabía que eran *dakkais*, una raza de violentas criaturas carnívoras que se rumoreaba que habían nacido en abismos insondables localizados en alguna parte de Iliseeum.

No tenían rasgo alguno aparte de una enorme boca llena de dientes afilados, y se decía de ellas que eran de las criaturas más agresivas que existían en Iliseeum.

- —¿Por qué están aquí? —Miré a Rhain.
- —Son como sabuesos entrenados, capaces de percibir el *eather*. Eso los atrae. —La mirada luminosa del dios se posó en mí—. Quienquiera que los haya enviado, los ha enviado a por ti.

Me giré otra vez hacia los muelles. Un horror mareante se asentó en mi estómago. Los *dakkais* llegarían a la ciudad en un santiamén, y no había nada entre ellos y los hogares de esa colina, donde tanta gente aún intentaba a la desesperada llegar a terreno más alto. Habían venido a por mí y, sin embargo, moriría gente inocente...

Un repentino fogonazo de luz brillante cruzó el cielo. Me cegó y me tambaleé hacia atrás contra la piedra cuando un grito de guerra brotó de entre los guardias. Saltaron sobre el saliente de la muralla, donde se arrodillaron para apuntar con sus arcos y sus flechas.

El sonido agudo de un chillido me hizo girar a toda velocidad hacia el puerto de nuevo, justo a tiempo de ver una flecha impactar contra la cabeza de un *dakkai*. Cayó hacia atrás y explotó en... *nada*, igual que habían hecho los Cazadores. Otra flecha dio de lleno en un segundo *dakkai* justo cuando llegaba a la cima del acantilado. Del *acantilado*, donde no había protección alguna. Las flechas provenían de ahí. Me giré y mis piernas casi ceden debajo de mí.

Cinco inmensos corceles negros brotaron de entre la neblina, sus cascos hacían añicos las rocas mientras bajaban los riscos a pleno galope. *Nyktos*. Él y los otros cuatro se izaron sobre sus caballos para colocarse en cuclillas mientras disparaban flechas a los *dakkais*. La figura encapuchada que se había unido a ellos cuando salieron por las puertas se mantenía completamente erguida. La fuerza del empinado descenso retiró su capucha para revelar una gruesa trenza del color de la hora más oscura de la noche. Era una mujer la que disparó la siguiente flecha, de pie sobre su caballo.

—Jodida Bele —musitó Rhain con una sonrisa al tiempo que saltaba sobre un saliente cercano y tensaba la cuerda de su arco, con una flecha ya cargada—. ¿Habrá una sola vez en la que no le guste lucirse?

¿Esa era Bele?

Una lluvia de flechas voló por el aire y yo me puse en marcha al instante. Agarré un arco y una flecha de una aljaba cercana y la cargué a toda velocidad, como me había enseñado sir Holland hacía tantos años.

Cuando Nyktos se puso en cabeza, tensé la cuerda, apunté y disparé. Varios de los *dakkais* corrían en pos de los marineros que habían llegado a los muelles, sin darse cuenta al parecer de que sus barcos eran mucho más seguros. Disparé otra flecha y observé cómo cortaba a través de la noche para incrustarse en la parte de atrás de la cabeza de un *dakkai*. Hice una mueca de asco cuando la cosa se desintegró sin dejar ni rastro.

—¿Quién? —pregunté, al tiempo que cargaba otra flecha. La verdad era que no entendía lo que estaba viendo—. ¿Quién creéis que los ha enviado?

Rhain disparó un segundo después que yo. Rotó por la cintura para agarrar otra flecha.

—Son mascotas de la corte de Dalos.

Se me cortó la respiración. Kolis. Aún no había procesado todo lo que me habían contado sobre él. Disparé y le di a una de las criaturas según llegaba al acantilado.

Varios *dakkais* más se percataron de la presencia de los marineros, que ahora corrían de vuelta a la protección de sus naves. Un hombre gritó cuando uno de los *dakkais* se lanzó hacia donde él colgaba del costado de uno de los barcos. Dejé volar mi flecha, que se clavó en la espalda del *dakkai* antes de que pudiera aterrizar sobre el marinero. La criatura explotó y cayó de vuelta al agua.

Cargué otra flecha a toda velocidad, apunté y disparé, una y otra vez, mientras una horda de criaturas se abalanzaba sobre el barco y sobre los hombres, justo cuando los caballos llegaban al pie del risco. El que iba en

cabeza se irguió más sobre el caballo, lo cual llamó mi atención pero no me impidió cargar otra flecha. Nyktos saltó de Odín dando una voltereta por el aire. Aterrizó en cuclillas y, por un momento, me permití sentirme un poco impresionada por la hazaña.

También sentí un poco de envidia.

—Es un fanfarrón —mascullé. Luego casi me tiré de la muralla al ver que Odín se cernía sobre él, saltaba por el aire…

Nyktos levantó una mano, cerró el puño y Odín... Odín se convirtió en otra sombra más, que se enroscó en torno al brazo de Nyktos para filtrarse bajo su piel alrededor del brazalete de plata.

- —¿Qué demonios? —susurré, con los ojos como platos.
- —¿Es la primera vez que lo ves hacer eso? —preguntó Ector desde donde estaba, al otro lado de Rhain—. Un truquito impresionante, ¿verdad?
 - —Pero ¿cómo es posible? —pregunté.
 - —Odín no es un caballo normal como los vuestros —aportó Ector.
 - —No jodas —repliqué.

Nyktos giró en redondo, y eso llamó mi atención. El brazalete de plata centelleaba en su bíceps cuando agarró a un *dakkai* con una mano y levantó a la enorme criatura por los aires. Estampó a esa cosa contra el suelo y plantó una bota sobre su cuello, al tiempo que estiraba una mano al otro lado de su pecho para desenvainar la espada corta con una hoja que relucía como luz de luna de color ónice. La bajó con una estocada rápida y el *dakkai* se volatilizó.

Bele aterrizó cerca de él y echó a andar, la capa perdida en alguna parte. El caballo sobre el que iba hacía unos segundos se alejó de los muelles al galope y los otros caballos se reunieron con él para ponerse fuera del alcance de los *dakkais*. Bele estiró un brazo hacia atrás y desenganchó el arma que llevaba a la cadera. Sus largas piernas iban enfundadas en pantalones ceñidos o en mallas; sus brazos lucían desnudos, sin brazalete alguno. Estaba demasiado lejos para poder distinguir los detalles de su rostro. Nyktos debía de haberle dicho algo porque su risa llegó hasta nosotros en la muralla; sonaba como un carrillón. Los guardias se quedaron quietos a nuestro alrededor mientras ella tomaba velocidad, saltaba por los aires y aterrizaba sobre un *dakkai* con el puño... no, con algún tipo de arma. El *dakkai* se desintegró y ella se posó donde la criatura estaba antes.

—Creo que me he enamorado —dijo Ector, y yo pensé que igual también me había enamorado un poco.

Rhain soltó una carcajada.

Un *dakkai* esprintó por los muelles y saltó por los aires. Theon lanzó una patada que hizo volar a un *dakkai* hacia atrás, momento que el dios aprovechó para arremeter con su espada y clavarla hasta la empuñadura en el pecho de la criatura que había saltado.

—Ahora creo que el enamorado soy yo —murmuró Rhain, mientras Theon giraba sobre sí mismo y cortaba a través del *dakkai* al que había pateado.

Cargué otra flecha y vi a Nyktos una vez más. Plantó su bota contra el pecho de un *dakkai*, empujó a la cosa hacia atrás con una fuerza asombrosa y la hizo resbalar varios metros. Saion acabó con ella al tiempo que giraba para clavarle la espada a otra.

Bele parecía estar pasándoselo en grande mientras daba buena cuenta de los *dakkais* que trataban de alcanzar a los hombres del barco, marineros que ahora contemplaban la escena estupefactos. Solté la cuerda y miré el tiempo suficiente para saber que la flecha había dado en la cabeza de una de las criaturas, antes de estirar la mano a por otra.

—¡Hay más! —gritó un guardia un poco más allá de la muralla—. Vienen tierra adentro.

Nyktos se giró cuando varios *dakkais* asomaban a la superficie de la bahía, trepando unos por encima de otros para esparcirse por los muelles, al tiempo que sus garras destrozaban más secciones de la madera.

Uno de los *dakkais* atacó a Nyktos por la espalda. Apunté y solté la flecha todo en el mismo segundo. Justo cuando el Primigenio se daba la vuelta, la flecha dio en el blanco y el *dakkai* quedó reducido a nada.

Nyktos levantó la cabeza y, con una precisión inquietante, se giró hacia donde estaba yo.

Me temblaba la mano mientras me estiraba a por otra flecha. Dudaba de que fuese a darme las gracias por eso.

- —Varios acaban de lograr subir —gritó un guardia que corría por la muralla—. Van hacia las puertas.
 - —¡A por ellos! —ordenó Nyktos.

Bele echó a correr y desapareció en un santiamén por la esquina de un edificio mientras los gritos de alarma llenaban el cielo. Me levanté del parapeto para ver que docenas de *dakkais* inundaban los muelles, salidos de la bahía como una marea de muerte.

—Por todos los dioses —boqueó Rhain—. Son demasiados.

Con el corazón desbocado, apunté y disparé de nuevo. Derribé a uno y otros tres ocuparon su lugar. Mis ojos desorbitados recorrieron los muelles.

Nyktos estaba empujando a un *dakkai* hacia atrás mientras otro se estrellaba contra su costado. Un grito se atoró en mi garganta cuando lo vi tambalearse. Disparé una flecha para derribar al *dakkai*.

- —¿Por qué no está utilizando su poder? ¿Por qué ninguno de ellos está empleando el *eather*?
- —Los *dakkais* pueden percibir el *eather*. Se alimentan de él. Atraería a más hacia ellos —dijo Rhain, mientras tiraba una aljaba vacía a un lado—. Se abalanzarían sin remedio sobre ellos desde los cuatro costados.

Solté un bufido de desesperación cuando miré mi aljaba casi vacía.

—¡La muralla! —gritó un guardia—. ¡En la muralla!

Miré abajo y se me cayó el alma a los pies. Había una docena de *dakkais* escalando la pared. Incrustaban sus puños en la piedra y rompían la suficiente para poder agarrarse a la superficie extremadamente lisa.

Por todos los dioses...

Se movían deprisa, trepaban varios centímetros por segundo. No tardarían nada en llegar a la cima y abalanzarse sobre nosotros.

Capítulo 37



Giré hacia la aljaba y agarré una flecha. Solo quedaban un puñado, no serían suficientes ni de lejos. Volví a la abertura en la piedra, cargué la flecha y disparé. Le di a uno de los *dakkais* en la parte de arriba de su lustrosa cabeza lisa. Cayó de la muralla y se desintegró mientras otro ocupaba su lugar. Un grito demasiado cercano me provocó una oleada de miedo, pero aun así cargué otra flecha y tensé la cuerda. Busqué a Nyktos a toda prisa. Lo encontré cerca de la orilla, rodeado...

Sin previo aviso, el cielo y la bahía al otro lado de mi saliente desaparecieron. Por un momento no pude entender lo que había pasado. Se me paró el corazón. Una décima de segundo más tarde, vi un destello de irregulares dientes blancos del tamaño de mi dedo y me di cuenta de que los *dakkais* sí tenían rasgos. Había dos finas ranuras donde debería haber una nariz. Se abrieron más cuando esa cosa olisqueó el aire.

Aspiré una bocanada de aire demasiado escasa y solté la cuerda. La flecha se clavó en la boca del *dakkai* y lo lanzó hacia atrás. Otro grito ronco resonó a mi alrededor mientras giraba. Me palpitaba el pecho con esa brasa de vida. Agarré otra flecha y di media vuelta, los dedos firmes a pesar del tronar de mi corazón.

Se me cayó la capucha y di un respingo. Caí de culo justo cuando un *dakkai* coronaba la muralla y aterrizaba sobre el parapeto. Había roto pedazos de piedra en su escalada y ahora granizaban sobre mi cara mientras este también olisqueaba el aire, como un perro en busca del rastro de un zorro.

Jamás volvería a pensar en un sabueso del mismo modo.

La criatura columpió un brazo musculoso y su puño golpeó contra mi arco. El arma se partió en dos. El pánico clavó sus garras gélidas en mi corazón mientras me remangaba la falda y desenvainaba la daga de mi bota. Giré en redondo y lancé una puñalada ascendente para clavar la hoja en las proximidades del pecho de la cosa con todas mis fuerzas. La daga encontró resistencia contra el duro caparazón de su piel, pero el ímpetu de mi ataque llevó la hoja hasta su objetivo. Aullando, el *dakkai* echó la cabeza atrás para desintegrarse en una fina neblina. Una especie de lluvia vaporizada cayó sobre mis mejillas y mis brazos, pero la fina neblina de lo que fuese que quedaba del *dakkai* enseguida fue engullida por otra criatura que se izaba por encima del parapeto y olisqueaba el aire de manera ruidosa. Entonces sí se me paró el corazón. Alguien gritó cuando un aliento caliente y rancio me golpeó en la cara. Una flecha perforó el pecho del *dakkai* y lo hizo caer de la cornisa del Adarve.

Me retorcí para ponerme de rodillas y luego me levanté a toda prisa, justo a tiempo de ver a Rhain tirar el arco a un lado para sacar su espada. La incrustó al instante a través de otro *dakkai* que había superado el Adarve. Giré en redondo al oír un sonido gutural. Ector estaba inmovilizado contra la pared de una torreta, tratando de mantener a raya a una criatura que no hacía más que lanzarle tarascadas al cuello. Agarré la falda de mi vestido, salté sobre el murete y me cambié la daga de mano para sujetarla por la hoja. Eché el brazo atrás mientras me colaba en una aspillera detrás de Rhain y lanzaba la daga. Le dio al *dakkai* en la espalda y un segundo después, mi daga caía a los pies de Ector mientras el *dakkai* se esfumaba.

Ector levantó la cabeza de golpe y sus ojos como platos se posaron en mí.
—Gracias.

Asentí, recuperé la daga y me levanté para volver al saliente. Los *dakkais* seguían trepando por encima de la muralla. Había guardias tirados por todas partes, cuellos y estómagos abiertos en canal y sangre por doquier. El centro de mi pecho se caldeó, la brasa percibía las heridas, buscaba a los muertos. Algunos de los caídos tenían que ser dioses. Tragué saliva con esfuerzo y forcé a la brasa a mantenerse a raya.

Con el corazón aporreando contra mis costillas, me giré justo cuando otro *dakkai* trepaba a la muralla. Me abalancé sobre él e incrusté la daga en su pecho. Esa neblina húmeda mojó mis brazos otra vez. Me asomé por el borde y se me hizo un nudo en el estómago cuando vi cómo docenas de esas criaturas pululaban por los muelles. Busqué con la mirada a Nyktos y los otros dioses que habían estado con él, pero no pude encontrar a ninguno entre

el enjambre de brillantes cuerpos musculosos. Eran solo tres contra una horda de dientes y garras y ¿solo podían utilizar sus armas?

—Que le den —mascullé.

Me aparté del murete y miré a mi alrededor en busca de las escaleras más cercanas. Las vi y eché a correr hacia los empinados peldaños.

- —¿A dónde vas? —exigió saber Ector.
- —Ahí abajo.
- —¡No puedes! —gritó Rhain.
- —Intenta impedírmelo. —Me eché atrás cuando un *dakkai* salió corriendo de la torreta. Con una maldición, me agaché y estampé la daga contra el costado de la bestia. Me levanté de nuevo justo cuando Rhain saltaba por encima del parapeto y venía hacia mí. Su expresión dejaba bien claro que pensaba hacer justo lo que le había dicho. Di media vuelta, decidida a ser más rápida que el dios...

Un retumbar sordo resonó desde el oeste, en dirección a la neblina por la que habíamos atravesado a caballo. Levanté la cabeza cuando el ruido se convirtió en un gruñido atronador que hizo temblar las piedras rotas y sueltas.

—Joder, por fin —musitó Ector.

Algo oscuro y ancho cobró forma en la lejana pared de niebla. *Algo* muy grande y alado. Se me puso la carne de gallina cuando apareció otro entre la neblina y luego otro más. El aire raleó en mis pulmones cuando un gruñido sacudió mis huesos hasta la médula, más fuerte que todos los gritos y chillidos juntos.

Un colosal *draken* gris y negro surgió de la niebla a una velocidad asombrosa. *Nektas*. Voló por encima de la muralla y las puntas de sus alas rozaron las torres mientras soltaba un rugido ensordecedor. Giré sobre mí misma para seguir su vuelo con los ojos. Vi cómo bajaba en picado y abría las fauces. Una llamarada blanca y plateada brotó de su interior con un rugido crepitante. Un fogonazo ardiente se estrelló contra la playa y los muelles para chamuscar a las criaturas y borrarlas del mapa mientras Nektas planeaba hacia las aguas de la bahía. Remontó el vuelo y dio media vuelta, al tiempo que otra bola de llamas plateadas iluminaba las aguas muertas...

—¡Agáchate! —Rhain me agarró del brazo y tiró de mí contra la pared cuando algo ofuscó las estrellas en lo alto.

Un aire con olor a lilas marchitas rodó por encima de nosotros, tirando de los bordes de mi capa. El Adarve entero tembló cuando un *draken* aterrizó en el saliente del parapeto desde el que yo había estado disparando. Levanté la cabeza justo cuando el *draken* color ónice estiraba el cuello y escupía fuego

plateado por la pared de piedra umbra para chamuscar a los *dakkais* que trepaban por ella. Varios metros más allá, un *draken* idéntico hizo un aterrizaje un poco brusco que volvió a sacudir la muralla entera. ¿Los gemelos? ¿Cómo se llamaban? Orphine y Ehthawn. Una gran bola de llamas plateadas brotó en lo alto y se estrelló contra los muelles mientras un *draken* negro y marrón surgía como un cohete por encima de la muralla...

Rhain plantó una mano detrás de mi cabeza y me obligó a agacharla cuando la puntiaguda cola del *draken* voló por encima del Adarve y barrió espadas y arcos caídos para tirarlos por el borde. Otro fogonazo de llamas plateadas iluminó el mundo.

- —Por todos los dioses —susurré.
- —Sí. —Rhain dejó que la palabra se alargara en su boca—. Los *drakens* no son demasiado conscientes de su entorno. Sobre todo Orphine.

Era obvio.

Su hermano Ehthawn se impulsó desde el saliente y planeó hasta el suelo. La mano de Rhain resbaló de mi cabeza, cosa que me tomé como señal de que era seguro ponerme en pie. Me levanté y me tambaleé hacia delante sobre piernas temblorosas. Ector hizo lo mismo, unas cuantas almenas más allá. Había profundos surcos en la piedra del saliente, donde las garras del *draken* se habían clavado.

Otra llamarada plateada iluminó el suelo en lo bajo cuando un *draken* atacó a un grupo de *dakkais*. Nektas pasó volando por encima de nuestras cabezas y yo busqué a ver si quedaba alguien en pie. Al primero que vi fue a Theon, cerca de los muelles carbonizados. Luego a Saion y a Rhahar un poco más allá, próximos a los acantilados. Mi corazón acelerado trastabilló. ¿Dónde estaba…?

La ondulante llama se fue apagando y entonces vi a Nyktos. Caminaba hacia la muralla, la espada a su lado. Tenía que odiarme ahora mismo, después de haberse enterado de la verdad, pero aun así sentí un gran alivio al verlo en pie. El viento que levantaban los *drakens* revolvía su pelo en torno a su cara con manchas de un rojo azulado. Sangre. Nyktos había sangrado esta noche. Echó la cabeza atrás para mirar a la cima del Adarve hacia donde estaba yo. Se me cortó la respiración, aunque sabía que solo miraba para asegurarse de que siguiera con vida.

No porque yo le importara.

Ni porque aún me encontrara impresionante.

Sino por la brasa de vida.

Con el pecho dolorido de un modo en el que no quería ahondar demasiado, di un paso atrás cuando la cabeza de Orphine giró de pronto hacia arriba y hacia el oeste. Retrajo los labios en un gruñido ronco de advertencia. Miré hacia el infinito cielo salpicado de estrellas. Una nube oscurecía la luz incandescente. Se expandió a toda velocidad, solo que en las Tierras Umbrías no había nubes.

—¡Fuera del Adarve! ¡Fuera del Adarve! —gritó alguien.

Una sirena volvió a resonar en alguna parte de la muralla y Orphine despegó de la muralla. Subió como una exhalación...

Una bola de fuego plateado brotó en lo alto y no le dio a la *draken* por muy poco. Me tiré al suelo del Adarve y rodé sobre la espalda cuando la llamarada se estrelló contra la torre e hizo temblar la estructura entera. Una violenta ráfaga de viento golpeó el Adarve al tiempo que Orphine se estrellaba contra un *draken* de tono carmesí. Me quedé de piedra.

- —Maldita sea —gruñó Rhain, antes de agarrarme del brazo y ponerme en pie de un tirón—. Tenemos que salir del Adarve.
- —¿Por qué están peleando? —Mis botas resbalaron por la piedra mientras me sacaba a rastras de detrás del parapeto. Los dos *drakens* eran una masa de alas batiendo y dientes chasqueando mientras forcejeaban en pleno aire.
- —Los *drakens* están vinculados a un Primigenio, Sera. —Levantó la cabeza de golpe cuando el *draken* carmesí aulló—. No a todos los Primigenios.

Eso ya lo sabía, pero no podía creer que estuviera viendo a dos de ellos enfrentarse.

- —Pero pensé que no se les permitía atacar a otros Primigenios.
- —Eso no significa que no puedan atacar a la corte. —Me empujó delante de él—. Y eso tampoco significa que todos los Primigenios acaten la norma.

Tenía la desalentadora sensación de que sabía a quién pertenecía este *draken*.

—¿Kolis?

Rhain no contestó mientras corríamos por el Adarve y Ector se reunía con nosotros. Los dos *drakens* luchaban por encima de nuestras cabezas. Sus colas con púas daban latigazos por el aire. El *draken* carmesí se retorció de manera brusca, se quitó de encima a Orphine y la lanzó a toda velocidad contra la sección del Adarve en la que habíamos estado hasta hacía unos instantes. La piedra umbra emitió un crujido que más bien pareció un trueno. El impacto me provocó una oleada de miedo, de preocupación por la *draken*, pero Orphine se revolvió y clavó las garras en la piedra antes de resbalar por el

otro lado de la muralla. Miré adelante, donde las estrellas acababan de reaparecer.

—Deprisa —gritó Ector—. ¡Más deprisa!

Una ráfaga de viento nos empujó desde atrás, tirando de mi capa y de mi vestido. Giré la cabeza por encima del hombro y mi corazón tropezó consigo mismo. El *draken* carmesí acababa de volar por encima de la muralla para surgir justo detrás de nosotros. La gorguera de alrededor de su cabeza vibró cuando sus poderosas fauces se abrieron de par en par. El terror explotó muy profundo en mi interior. En el centro de la oscuridad, una luz plateada se encendió en el fondo de su garganta...

Una llamarada plateada se estrelló contra el *draken* carmesí y lo desvió de su camino. Me tambaleé cuando Nektas dio una pasada sobre el Adarve, sus enormes alas abiertas de par en par por encima de nuestras cabezas. Escupió otra llamarada contra el *draken* enemigo, en un ataque implacable, hasta que consiguió tirar al aullante *draken* sobre el suelo al pie de la muralla. La criatura cayó a plomo y varios de los guardias de las escaleras tuvieron que agarrarse a las paredes para evitar caer.

Rhain ralentizó el paso, su agarre aún era firme sobre mi brazo. Nektas bajó en picado y aterrizó al lado del *draken* caído. Caminó en círculo a su alrededor mientras el otro intentaba ponerse en pie. Columpió la cola por los parches de hierba gris, mientras gruñía y escarbaba en la tierra con sus garras gruesas y afiladas. Los guardias de las escaleras se detuvieron. Lo mismo que Rhain y Ector, y yo sentí un pulso caliente en mi pecho cuando un movimiento en el suelo llamó mi atención.

El Primigenio de la Muerte caminaba hacia ahí, la espada a su lado, mojada y centelleando a la luz de las estrellas. Unos manchurrones de reluciente sangre de color rojo azulado corrían por sus mejillas y por donde su camisa negra estaba desgarrada en su pecho, pero sus pasos eran largos y seguros. Nektas soltó un rugido ensordecedor. Más allá, en el Adarve, Ehthawn aterrizó al lado de su hermana y la empujó un poco con un ala mientras ella miraba furiosa al *draken* carmesí.

Y entonces sucedió.

El *draken* carmesí se estremeció y chisporroteó, pequeños fogonazos de luz plateada brotaron por todo su cuerpo tembloroso al tiempo que su cabeza daba una sacudida hacia atrás. La gruesa cola con púas fue la primera en desaparecer, y después el cuerpo se encogió a toda velocidad; los espolones y las garras se convirtieron en piernas y brazos, y las escamas se replegaron para revelar zonas de piel quemada de un tono rojizo rosado en el pecho y en

el estómago. Las púas se hundieron en sus hombros y la gorguera se alisó, sustituida ahora por una mata de pelo castaño y rizado.

Un hombre desnudo yacía ante nosotros, su cuerpo era un caleidoscopio de carne chamuscada y profundos cortes sanguinolentos. La bilis trepó por mi garganta. Cómo seguía con vida, no tenía idea. Rodó sobre la espalda, en dirección contraria a Nektas, y giró la cabeza hacia el Primigenio.

Los hombros del *draken* se sacudieron cuando un sonido rasposo y mojado salió con esfuerzo de su interior. Se estaba riendo, ahí tumbado en el suelo... se *reía* mientras la Muerte se aproximaba a él.

- —Oh, Nyktos, chico —logró decir el *draken* con voz ronca entre sus ásperas carcajadas—. Tienes algo... que no deberías tener, y lo sabes bien. No sabes el lío en que te vas a meter cuando él...
- —Cierra la maldita boca —gruñó Nyktos, y columpió la espada hacia abajo.

De un solo golpe decidido, Nyktos cortó la cabeza del *draken*.



Bajo la mirada vigilante de Ector y de Rhain, esperé al pie de los tronos, sentada en el borde del estrado. Nyktos había ordenado que me llevaran de vuelta al palacio y pensé que la decisión tenía mucho que ver con todos los moribundos y los muertos a mi alrededor. No quería que usara la brasa delante de tanta gente y, a medida que el pulso de la pelea amainaba, yo no quería arriesgarme a perder el control de ella.

Los dos dioses no tenían demasiado claro qué hacer conmigo y se pasaron el trayecto de vuelta al palacio discutiendo sobre si deberían encerrarme en mis aposentos o en una de las celdas que al parecer existían debajo del salón del trono. Yo tenía planes diferentes mientras daba golpecitos en mi rodilla con el lado plano de la daga curva de piedra umbra.

Quería estar aquí cuando regresara Nyktos.

Era posible que fuese una decisión ridícula, pues casi seguro que sería mejor dejarme ver lo menos posible, pero no pensaba esconderme de lo que él sabía que había estado dispuesta a hacer. Y tampoco me escondería de él.

Además, lo habían herido. Quería asegurarme de que estuviera bien. Lo que seguro sentía por mí ahora que sabía la verdad no importaba. La preocupación atormentó cada minuto de la espera. No había pasado tanto tiempo cerca de él en el suelo como para saber cuán graves eran sus heridas.

Así que me quedé ahí sentada con Ector y Rhain, que tenían los ojos más fijos en la daga que en cualquier otra cosa. Ellos podían eliminarme con *eather*, pero también sabían que Nyktos no me quería muerta. Ahora también sabían lo rápida que era con la daga.

La única que había pasado por ahí desde nuestro regreso había sido Aios, que había querido informar a los dioses que Gemma se había despertado unos minutos cuando fue a visitarla Hamid, el hombre que había advertido a la corte sobre su desaparición, pero que luego se había vuelto a dormir. Durante sus momentos de conciencia a Aios no le había dado la impresión de que Gemma supiera lo que yo había hecho, pero ninguno podía estar seguro del todo.

Aios no me había dirigido la palabra, lo cual me había dolido un poco. La diosa me gustaba, pero Nyktos era familiar de ella y, aunque no lo fuera, me daba la sensación de que seguiría viendo solo a una traidora en mí.

Inspira.

Contuve esa respiración hasta que me ardieron los pulmones, luego solté el aire despacio. ¿Me arrepentía de lo que había estado dispuesta a hacer para salvar a mi gente, aunque eso no hubiese hecho nada por ayudarla? ¿Cómo podía arrepentirme? ¿Cómo podía no hacerlo? Sin embargo, el caos de mis emociones no era ni de lejos la cosa más importante con la que tenía que lidiar. Aparte del hecho de que quizás estuviese del todo equivocada en creer que Nyktos no me mataría, estaba lo de ese otro Primigenio que había enviado dakkais y un draken en respuesta a haber sentido cómo yo utilizaba la brasa de la vida. ¿Y si ese Primigenio era Kolis? ¿El Rey de los Dioses? Puede que no fuese capaz de traer vida a la creación, pero seguía siendo el Primigenio más viejo y más poderoso. Si me quería ver muerta, moriría.

Pero la pregunta era: ¿cuánta gente más tenía que morir entre ahora y ese momento? Cerré los ojos y vi a los hermanos Kazin. Aquella noche no había empleado la brasa de la vida, pero había palpitado con intensidad después de matar a lord Claus. No estaba segura de la noche en que Andreia Joanis había sido asesinada, pero habían matado más que a mortales o a divinidades. Había habido dioses. Y habría más.

La extraña sensación vibrante en mi pecho me alertó del regreso de Nyktos. Seguía sin comprender ese sentimiento ni por qué existía siquiera, pero abrí los ojos y deslicé la daga dentro de mi bota apenas unos segundos antes de que entrara en el salón del trono. Se había limpiado la sangre de la cara, pero seguía teniendo cortes por la mejilla y en el cuello. Ya no

sangraban esa extraña sangre de color rojo azulado, pero las heridas no se habían sellado como había hecho la que le infligí cuando lo apuñalé.

No estaba solo. Nektas caminaba a su lado, descamisado como más temprano ese día... ¿o esa noche? No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado. Saion también venía con ellos, aunque ralentizó el paso y dejó que Nyktos se adelantara.

Bajé del estrado y me sorprendí de lo firmes que notaba las piernas, aunque lo único que veía era la frialdad con que Nyktos había columpiado esa espada contra el *draken*. Sus ojos plateados, glaciales e inexpresivos, estaban ahora fijos en mí.

- —No sabíamos qué hacer con ella —admitió Ector, rompiendo el tenso silencio—. Yo sugerí llevarla a sus aposentos.
- —Pero yo creía que la celda sería un lugar más apropiado —comentó Rhain desde el otro lado del estrado. Nektas se detuvo en el centro del pasillo —. Sin embargo, ha estado ahí sentada todo este tiempo columpiando la daga que le diste, y como da la impresión de que la quieres viva, pues aquí estamos.

Las comisuras de mis labios se curvaron hacia abajo. No había estado *columpiando* la daga.

Nyktos se detuvo a poca distancia de mí.

- —¿Te han herido? —preguntó en tono seco. Negué con la cabeza.
- —Pero a ti sí... —Solté una exclamación de sorpresa cuando Nyktos se plantó de repente delante de mí, después de moverse tan deprisa que ni lo vi. Antes de que pudiera moverme siquiera, pasó un brazo por debajo de mi muslo derecho y levantó mi pierna. Pasmada, empecé a volcarme hacia un lado. Él pasó su otro brazo por mi cintura para sujetarme. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero no podía moverme ni pensar mientras miraba sus ojos inexpresivos.
 - —Uhm —murmuró Rhain.

Sin decir ni una palabra ni apartar la mirada, deslizó una mano por mi muslo, dejando un intenso hormigueo a su paso. Se me cortó la respiración. Él esbozó una sonrisilla de suficiencia mientras sus dedos fríos recorrían ahora mi rodilla expuesta. ¿Qué estaba…?

Me sostuvo la mirada mientras estiraba el brazo hacia abajo y cerraba los dedos en torno al mango de mi daga. La extrajo de mi bota.

- —No tengo muchas ganas de que me claven otra daga en el pecho.
- —Oh. Vale —dijo Rhain—. Ahora tiene sentido.

Nyktos me soltó y me tambaleé contra el borde del estrado. Se me escapó todo el aire de los pulmones cuando se apartó de mí.

- —No planeaba hacer eso.
- —¿En serio? —Remetió la daga por la cinturilla de su pantalón, a su espalda—. ¿No es *exactamente* lo que planeabas hacer?

Cerré la boca, porque en realidad ¿qué podía decir a eso? Su sonrisilla se volvió aún más fría mientras me taladraba con la mirada. Me costó un esfuerzo supremo no intentar defender lo indefendible.

- —¿Fue Kolis el que envió a los dakkais y al draken?
- —Sí —contestó.

Mis ojos bajaron hacia el desgarrón en su camisa. ¿Seguía sangrando esa herida? El pulso caliente de mi pecho empujaba contra mi piel.

- —Así que sabe que estoy aquí.
- —Sabe que hay *algo* aquí —me corrigió—. No conoce la fuente de ese algo y así es como planeo que siga.

Noté un brinco estúpido en mi pecho.

—¿Eso es porque crees que tu padre hizo algo más aparte de depositar esta brasa de vida en mi estirpe?

Apretó los labios.

—Sé que debió tener una razón que va más allá de mantener viva la brasa. Si ese fuera el caso, no la habría puesto en el cuerpo de un mortal. Y hasta que averigüe qué hizo, Kolis no te pondrá las manos encima.

Una punzada más profunda y ardiente alanceó mi pecho mientras apretaba las manos juntas. Forcé a mi voz a sonar firme.

- —¿Y hasta entonces?
- —Ya veremos.

Lo que significaba que si descubría que la brasa de la vida era solo eso, podía muy bien decidir acabar conmigo. Aunque no creía que fuese a hacerlo. No le haría eso al mundo mortal si había la más ligera posibilidad de que Aios tuviese razón.

- —No me refería a eso.
- —¿Ah, no? —Arqueó una ceja.
- —¿Kolis enviará a otros aquí para descubrir la fuente? —pregunté.
- —Lo más probable es que ahora tengamos un breve respiro —me dijo.

Las palabras burlonas del *draken* volvieron a mi cabeza.

—¿Y a ti? ¿Qué te hará por ocultar la fuente de este poder?

Sus rasgos se afilaron.

—Eso no es asunto tuyo.

—Y una mierda.

Los ojos de Nyktos se abrieron como platos y el *eather* se filtró dentro de sus iris.

- —¿Cómo dices?
- —Has dicho que no es asunto mío. Y yo he dicho que *una mierda* repetí. El Primigenio ladeó la cabeza. Detrás de él, Nektas se movió en silencio hacia delante—. ¿Cuánta gente ha muerto esta noche? —El Primigenio no respondió—. ¿Cuántos? —insistí.
- —Al menos veinte —respondió Saion desde la parte delantera de la habitación. Su voz sonó con eco—. Todavía estamos esperando a que nos digan si alguien murió en Lethe.

Me estremecí. Veinte. Y eso no incluía a los heridos.

—No finjas que te importa la gente de aquí —escupió Nyktos, dando un paso hacia mí.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron cuando la ira bulló en mi interior.

—No estoy fingiendo. No quiero que muera nadie por mi causa.

Bajó la barbilla.

—Solo yo. ¿Verdad?

Un sabor ardiente, amargo y ácido a partes iguales se arremolinó en mi boca y se extendió por mi pecho mientras abría y cerraba las manos. El *eather* palpitó en los ojos de Nyktos.

—¿Es vergüenza lo que percibo en ti? —Se rio, y el sonido no tuvo nada que ver con las risas que le había oído en otras ocasiones—. ¿O tan buena actriz eres? Creo que es eso. —Me miró de arriba abajo y enroscó el labio en una mueca de desagrado—. También creo que se te olvidó incluir actuar junto a lo de hacer malas elecciones como uno de tus muchos… *talentos*.

Aspiré una bocanada de aire que me quemó la garganta. No se me pasó por alto a lo que se estaba refiriendo. Hablaba de cuando habíamos estado juntos en el balcón. La puñalada de sus palabras cortó lo bastante profundo como para que olvidara que no estaba sola.

—¿Y ahora finges sentirte herida? —Nyktos negó con la cabeza y su labio volvió a enroscarse. El desagrado que reflejaba... me llegó muy hondo—. Eso es rebajarte mucho.

Me quedé boquiabierta.

—¡Deja de leer mis jodidas emociones! —grité, y Saion se separó de la pared, con los ojos como platos—. ¡Sobre todo si ni siquiera vas a creer lo que estás percibiendo, imbécil!

Nyktos se quedó muy quieto. Todo en él *cesó*.

Y seguramente eso debería haber sido advertencia más que suficiente de que quizá, *por fin*, había tentado demasiado a mi suerte. Pero me daba igual... simplemente me daba igual *todo*.

—¿De verdad crees que quería hacerte eso a ti? ¿A cualquiera? Era lo único que creíamos que podría salvar a nuestra gente. Era todo lo que me habían enseñado. Durante toda mi vida. Es todo lo que he sabido jamás. —Se me quebró la voz y aspiré otra bocanada de aire demasiado brusca, demasiado tensa—. Te diría que lo siento, pero no me creerías. No te culpo por ello, pero no te atrevas a insinuar que lo que he hecho contigo fue solo una actuación o que lo que estoy sintiendo es falso cuando me he pasado toda la maldita vida sin que me permitieran sentir nada ni querer nada para mí misma! No cuando me he pasado los últimos tres años *odiándome* por el alivio que sentí cuando no me llevaste contigo porque eso significaba que no tenía que hacer lo que se esperaba que hiciera.

Nyktos se limitó a mirarme.

Un denso silencio envolvió la habitación y me di cuenta de que estaba temblando. Mi cuerpo entero. Jamás había pronunciado esas palabras en voz alta. Jamás. Mi corazón atronaba mientras un nudo se expandía y crecía en mi garganta, amenazando con asfixiarme.

—Sé lo que soy. Siempre lo he sabido. Soy de lo peor que hay. Un monstruo —susurré, la voz ronca—. Pero no te atrevas a decirme *jamás* cómo me siento.

Nyktos ni siquiera parpadeó.

El *draken* se acercó a Nyktos con discreción. Su mirada de ojos rojos saltó de mí al Primigenio. Nektas se inclinó hacia él y habló en voz demasiado baja para que pudiera oírlo. Con los ojos aún clavados en mí, el pecho de Nyktos se hinchó con una respiración profunda, pero rápida.

Pasaron unos instantes largos y luego por fin apartó la mirada de mí para centrarse en Nektas.

—Deberías estar en la muralla, solo por si acaso estoy equivocado en lo del respiro.

Nektas negó con la cabeza.

- —Hay otros ahí montando guardia.
- —Preferiría que estuvieras tú.
- —Yo preferiría no apartarme de tu lado —lo contradijo el *draken*—. Ahora, no.

- —Estoy bien —declaró el Primigenio con voz queda—. Ya te lo he dicho tres veces.
- —Cinco veces, en realidad. —Nektas se mantuvo firme—. Y no necesito decirte que sé muy bien que no es así.

Todo pensamiento acerca de lo que le acababa de gritar al Primigenio quedó relegado al instante. Los manchurrones de tela oscura en su pecho *sí* que se habían extendido. Ector bajó del estrado de un salto.

- —¿Cuánta de esa sangre es tuya?
- —La mayoría —admitió Nyktos, y el *draken* emitió un gruñido grave de desaprobación.
- —Mierda —musitó Rhain, reuniéndose con Ector en el suelo—. ¿Tus heridas no se están curando?
 - —¿Quieres morir esta noche? —espetó Nyktos a su vez.

Saion abrió mucho los ojos y bajó la vista al suelo sin decir ni una palabra más.

- —Yo podría intentarlo —empecé, y la cabeza de Nyktos voló hacia mí—. Mi don… la brasa. Funcionó con el halcón herido.
- —Aparte del hecho de que la brasa de la vida no es lo bastante poderosa para funcionar conmigo o con un dios —dijo—, no estoy seguro de confiar en ti lo suficiente como para dejarte intentar ni siquiera eso.

Me encogí. Me encogí otra vez.

Las aletas de la nariz de Nyktos se abrieron al inspirar con brusquedad. Apartó la mirada.

- —Solo tengo que lavarme un poco, cosa que pienso hacer ahora si eso hace que os sintáis todos más tranquilos —dijo Nyktos.
 - —Eso no es lo que me hará sentir más tranquilo —repuso Nektas.
- —Mala suerte. —Nyktos fulminó al *draken* con la mirada. Empezó a darse la vuelta, pero luego se volvió hacia mí. Apretó la mandíbula y se dirigió a Nektas de nuevo—. Metedla en algún lugar seguro, donde no pueda hacer alguna de las muchas absurdidades que seguro que llenan su mente. No valora su vida en absoluto.

Abrí la boca, pero Nektas me interrumpió.

- —Eso puedo hacerlo.
- —Perfecto —gruñó el Primigenio, luego dio media vuelta; sus botas produjeron un estruendo sobre el suelo de piedra umbra mientras salía a paso airado del salón del trono.

En cuanto lo perdí de vista, me giré hacia Nektas.

—¿Está muy malherido?

—No tienes por qué fingir delante de nosotros —espetó Ector.

Me giré hacia él hecha un basilisco, levanté un dedo y lo señalé.

—¿Qué coño acabo de decir sobre no decirme qué sentir? Eso va también por ti —dije, y las cejas de Ector volaron hacia arriba. Me volví hacia los demás—. Va por todos vosotros.

Todos, incluido el *draken*, me miraron pasmados. Saion se aclaró la garganta.

—Lo atacaron por los cuatro costados en los muelles y en la playa. Los *dakkais* le causaron muchas heridas.

Rhain intercambió una mirada de preocupación con Ector.

- —¿Es muy grave?
- Lo bastante como para que tenga que alimentarse —contestó Nektas—.
 Y también es lo bastante testarudo como para aguantar el tirón.
 - —Mierda. —Ector se pasó una mano por la cara.

Se me cayó el alma a los pies cuando recordé lo que me había dicho Nyktos durante nuestro primer desayuno.

—¿Qué pasa si no se alimenta y aguanta el tirón? ¿Se convertirá en... algo peligroso? Mencionó algo por el estilo una vez.

Nektas bajó la barbilla.

—Está lo bastante débil como para poder caer en eso. —Rhain maldijo de nuevo—. Pero incluso aunque no lo haga, sigue demasiado débil —continuó Nektas—. Y eso es lo último que necesitamos ahora mismo.

Retiré un nudo de pelo de mi cara.

—¿Por qué no quiere alimentarse?

Nektas me miró a los ojos.

—Porque lo han obligado a alimentarse hasta matar. Ese es el porqué.

Entreabrí los labios y di un paso atrás, como si de algún modo pudiese poner distancia entre lo que Nektas había dicho y yo. Pero pensé en el desayuno de aquella mañana, en cómo me había dado la impresión de que lo habían retenido en contra de su voluntad. Cerré los ojos.

—¿Kolis lo tuvo prisionero?

Se produjo un silencio largo antes de que Nektas contestara.

—Kolis le ha hecho todo tipo de cosas.

La pesadumbre que sentía en el pecho parecía que me iba a arrastrar al suelo.

- —¿Cómo... cómo conseguimos que se alimente?
- —No lo conseguimos —dijo Rhain—. Simplemente, cruzamos los dedos para que aguante el tirón.

—En realidad, creo que ahora podríamos conseguir que se alimentara — intervino Nektas. Abrí los ojos para encontrarlo mirándome—. Está lo bastante enfadado contigo como para aceptar alimentarse de ti.

Parpadeé una vez, luego otra.

- —No… no estoy muy segura de cómo sentirme sobre la facilidad con que has sugerido eso.
 - —¿Pero? —El *draken* arqueó las cejas.

Pero Nyktos estaba débil y eso era lo último que necesitaban. Tenía que alimentarse y, si había estado dispuesta a que un *draken* probablemente me quemara viva después de matar a Nyktos, podía estar dispuesta a esto.

—Vale. —Suspiré.

Esos inquietantes ojos rojos se clavaron en los míos.

—¿De verdad quieres hacerlo? Puedes decir que no. Ninguno de nosotros te obligará, ni tampoco te guardaríamos rencor por ello.

No tenía ni idea de si me tendrían rencor por esto; tenían razones mucho más graves que emplear en ese sentido. Podía decir que no, pero si Nyktos no hubiese descubierto la verdad nunca, me habría ofrecido a hacerlo. Y, en el fondo, sabía que no tenía nada que ver con el trato. Hubiese sido porque no quería que sufriera.

—Sí, quiero hacerlo —confirmé. Levanté la vista hacia Nektas—. Lo intentaré. Estoy segura de que diré algo que lo enfade.

Nektas sonrió.

- —¿Estás seguro de esto? —preguntó Rhain—. Ella vino aquí para matarlo.
- $-\cancel{E}l$ la trajo aquí —se apresuró a corregir Nektas, lo cual me sorprendió. Aunque no estaba segura de qué había cambiado—. ¿Tienes una idea mejor? Rhain me miró de reojo.
 - —¿Qué sucederá si él la mata?
- —Bueno —murmuró Ector al pasar por delante de mí—. Entonces, supongo que no tendremos que preocuparnos más por que ella intente matarlo a él.
 - —No voy a intentar matarlo —espeté cortante.
 - —Ahora —insistió Ector.
- —Ven. —Nektas me hizo un gesto para que lo siguiera, así que eso hice, al tiempo que le lanzaba a Ector una mirada ceñuda.

Saion levantó ambos pulgares en mi dirección cuando pasamos por delante de él.

—Te acompaño en el sentimiento.

Ni siquiera me digné a responder a eso. Seguí a Nektas hacia la escalera trasera, mi corazón latía con una calma sorprendente.

- —¿Orphine está bien? —pregunté cuando empezamos a subir.
- —Lo estará —repuso él, y eso fue todo lo que dijimos hasta que nos acercamos al piso.
- —Estoy algo sorprendida de que sugirieras esto —reconocí—. ¿Qué ocurrirá si se enfada contigo?
- —Me dijo que te llevara a algún lugar seguro. —Nektas abrió la puerta y la sujetó para que pasara—. Eso es lo que estoy haciendo.

Fruncí el ceño mientras entraba. Nektas se detuvo delante de la puerta de mi habitación.

—No responderá si llamas, pero estoy seguro de que la puerta entre vuestras habitaciones no está cerrada con llave.

Miré mi puerta.

- —¿De verdad crees que esto va a funcionar? A lo mejor está demasiado enfadado para hacerlo.
- —Deja que te haga una pregunta. —Nektas esperó hasta que lo miré a los ojos—. ¿Habrías llegado hasta el final si nunca hubieras averiguado que matarlo no salvaría a tu gente?

Abrí la boca. La palabra *sí* subió reptando por mi garganta pero no llegó más allá. Se negaba a salir por mi boca porque no sabía si lo habría hecho. No podía decir que sí.

—Por eso lo creo —dijo Nektas, y abrió la puerta—. Creo que él también lo sabe.

No estaba tan segura de eso; tampoco podía pararme a pensar en la verdad de lo que acababa de admitir o en lo que significaba. Entré en mi dormitorio y mis ojos volaron de inmediato hacia la puerta que separaba nuestras habitaciones. No perdí ni un segundo, solo por si algún resquicio de sentido común decidía hacer acto de presencia. Solo me entretuve lo suficiente para quitarme las botas y los calcetines. Estaban cubiertos de una fina capa de sangre de *dakkai* vaporizada que no quería arrastrar por mis aposentos. Fui hasta la puerta que daba a su dormitorio y giré el pomo.

Nektas tenía razón. Estaba abierta.

Un leve escalofrío bajó de puntillas por mi columna cuando la puerta se abrió una rendija para dar lugar a un pasillo corto y estrecho y a un dormitorio vacío y en penumbra más allá. Mi corazón seguía calmado al cerrar la puerta a mi espalda y avanzar con sigilo; los suelos de piedra eran fríos bajo mis pies. Entré en el dormitorio que olía a cítrico y, como había sospechado,

estaba vacío excepto por las necesidades más básicas. Una cama grande y un par de mesillas. Un armario y unos cuantos baúles. Una mesa con una silla. Un sofá largo. Eso era todo.

La tranquilidad de mi pecho vaciló cuando mis ojos se deslizaron hacia la puerta medio abierta al otro lado de la habitación. Capté un atisbo de una bañera de porcelana. Me adentré más en el espacio cavernoso y se me secó la garganta cuando vi a Nyktos en la sala de baño.

Estaba de pie delante del tocador, con los pantalones desabrochados como única ropa. Colgaban muy bajos en sus caderas mientras se agarraba al borde del lavabo con tal fuerza que tenía los nudillos blancos. Deslizó una toalla mojada por su pecho ensangrentado, los dientes al descubierto mientras bufaba dolorido entre ellos. Las heridas que tenía hubiesen sido letales para un mortal, extensas e impresionantes. Y el hecho de que pareciera ajeno a mi presencia era un indicio muy preciso de lo debilitado que estaba. Por un momento, lo único que pude hacer fue mirar espantada la brillante sangre que resbalaba por las líneas definidas de su abdomen. ¿Cómo podía seguir en pie?

—Nyktos —susurré.

Se quedó paralizado, la cabeza gacha. La toalla empapada de sangre dejó de moverse por su pecho. Despacio, levantó la cabeza y miró hacia donde estaba yo. Se me hicieron varios nudos en el estómago. Había una palidez ahí que no había estado antes, se iba extendiendo por su piel. Y el brillo de sus ojos era más tenue de lo que lo había visto jamás.

- —Recuerdo claramente haberle dicho a Nektas que te llevara a algún lugar seguro donde no pudieras meterte en líos —masculló.
 - —Sí, bueno, él cree que te ha hecho caso.
 - —Pues no es así.

Tragué saliva cuando sus ojos se clavaron en mí, sin parpadear. Su mirada... por todos los dioses, era tan *inexpresiva*...

- —Necesitas alimentarte.
- —Y tú, la ultimísima persona a la que quiero ver ahora mismo, necesitas marcharte —escupió Nyktos. Mi espalda se puso en tensión.
 - —Necesitas alimentarte —repetí—. Por eso estoy aquí.

Su cabeza se ladeó en un movimiento extraño, como salvaje. Depredador.

- —¿Es que no me has oído?
- —Sí, te he oído. —Me acerqué más, pero me detuve cuando sus labios se retrajeron para mostrar sus colmillos. Mi corazón trastabilló un poco—. No estaría aquí si te alimentaras como… como los otros Primigenios.

La toalla resbaló de su mano y cayó con suavidad al suelo. No pareció darse ni cuenta.

- —¿Y cómo sabes tú lo que hacen otros Primigenios?
- —No... no lo sé, pero supongo que se asegurarían de no quedar tan debilitados —le dije—. Para poder proteger a su gente.

Su mano se separó del lavabo, dedo a dedo, mientras se enderezaba y se giraba hacia mí. La forma en que se movía no era en absoluto normal. Era demasiado suave. Demasiado concentrada.

- —Es verdad que no tienes ningún miedo a morir, ¿no es así?
- —Yo... siempre supe que moriría pronto de un modo u otro —admití.
- —¿Cómo? —Su voz... ahora era más sombra que otra cosa, pastosa y gélida—. ¿Cómo sabías que ibas a morir?
 - —Pensé que me matarías tú, o que lo haría uno de tus guardias si yo...
- —¿Si de verdad lograbas debilitarme? ¿Si me enamoraba de ti? —Fue como *levitando* hacia la entrada de la sala de baño. Se me puso la carne de gallina—. ¿Si conseguías matarme?

Asentí.

Su cabeza se enderezó, moviéndose de esa manera siniestra y fluida. Me miró durante unos segundos largos y tensos. Los huecos de sus mejillas se volvieron más prominentes.

- —Tienes que irte.
- —No lo voy a hacer.
- —¡Vete! —rugió. Me encogí un poco ante ese sonido gutural y una semilla de miedo arraigó en mi interior. Lo vi estremecerse—. Si no te vas, voy a alimentarme de ti, y te voy a follar mientras lo hago —me advirtió.

Sentí una inquietante oleada de calor sedoso al oír sus palabras. Algo en lo que tendría que pensar a fondo más tarde.

—¿Es una promesa? —Arqueé una ceja—. ¿O solo más palabras vacías?

Nyktos hizo un ruido, una especie de gruñido grave que jamás hubiese esperado que saliera por su garganta. Los pelillos de mi nuca se pusieron de punta mientras el instinto me instaba a retroceder.

- —*Temeraria* —bufó entre dientes.
- —Creo que sabes que ese *sí* es uno de mis talentos.
- El eather palpitó en sus ojos, brillante y breve.
- —Puede que te mate. ¿Lo entiendes? No me he alimentado en... décadas. No confío en mí ahora mismo. ¿Lo entiendes, *liessa*?

Algo precioso y poderoso.

Reina.

Levanté la barbilla y dejé que mi pelo cayera detrás de mis hombros. Sus ojos ahora sin vida siguieron el recorrido de esos mechones mientras dejaba mi cuello al descubierto.

- —No vas a matarme.
- —Imprudente —ronroneó con los labios entreabiertos, mientras su pecho destrozado subía y bajaba a toda velocidad.
 - —Quizá, pero sigo aquí.
 - —Entonces, que así sea.

Aspiré una bocanada de aire. Y eso fue todo. Una única bocanada breve y Nyktos estaba sobre mí, con su mano enterrada en mi pelo, tirando de mi cabeza hacia atrás. Me mordió tan rápido como las víboras de los Acantilados de la Tristeza, hundiendo los colmillos bien hondo en un lado de mi cuello.

Capítulo 38



Las repentinas punzadas duales de dolor atroz hicieron que todo mi cuerpo sufriera un espasmo. El fuego de su mordisco me atravesó de arriba abajo, impactante en su intensidad. Nyktos me agarraba el pelo y el hombro con fuerza mientras empujaba contra mí. Mi espalda topó contra una pared y aferré sus brazos, clavé las uñas en su piel fría.

No había ningún sitio al que ir. Ninguna escapatoria. Un grito se acumuló en mi garganta, pero no había aire alguno para darle vida. No podía respirar a través del fuego que arañaba mis entrañas. Mi espalda se arqueó cuando succionó con fuerza contra mi cuello, bebiendo mi sangre en sorbos de una intensidad estremecedora.

Y entonces... *cambió*.

Segundos, solo habían pasado unos segundos desde el momento en que sus colmillos perforaron mi piel y la tenaza de su mano sobre mi hombro se aflojó. El fuego de su boca contra mi cuello no amainó mientras sus dedos se cerraban ahora sobre la parte de atrás de mi cabeza, pero aquello se convirtió en otra cosa... algo tan abrumador y potente como el dolor. El ardor de sus labios que se movían avariciosos contra mi cuello se transformó en un repentino anhelo palpitante en mi sangre, un deseo que se instaló en mis pechos y entre mis piernas. Su fuerza... la oleada palpitante de calor ardiente fue sobrecogedora. Invadió mis músculos y los tensó hasta que se enroscaron y contrajeron.

Nyktos gimió. Empujó contra mí al tiempo que extendía los dedos por los bordes del corpiño y luego los cerraba en torno a la cinta del centro. Se recolocó para introducir un muslo fuerte entre los míos. Y entonces lo sentí, largo y grueso contra mi bajo vientre.

Voy a alimentarme de ti y te voy a follar mientras lo hago.

Me estremecí cuando una oleada de calor húmedo me inundó. Tenía los ojos abiertos, pero no veía nada mientras su boca succionaba en mi cuello. Mi sangre estaba en llamas. Dejé caer la cabeza hacia atrás contra la pared, el golpe amortiguado por su mano. Gemí y él succionó más fuerte. Sentía las chupadas de su boca todo el camino hasta el mismísimo centro de mí. Mi cuerpo reaccionó por instinto. En lugar de intentar apartarme de él, deslicé la mano hacia los suaves bucles de su pelo y lo atraje. Sujeté su boca ansiosa contra mi cuello, quería ser... devorada por la intensidad que bullía en mi cuerpo. Quería ser devorada *por él*. Me moví sin pensar, restregándome contra la dura superficie de su muslo. La tensión que se acumulaba en lo más profundo de mi ser estalló sin previo aviso, y el placer se extendió en oleadas sucesivas. Temblé y me sacudí mientras disfrutaba de la potente liberación.

Jadeé y boqueé en busca de aire mientras me estremecía. En cuanto las oleadas amainaron, la tensión palpitante se acumuló una vez más en mi cuello y bajo sus labios mientras él continuaba alimentándose. Discurrió por todo mi cuerpo en una serie de agudos cosquilleos. Mi corazón se aceleró cuando esa aguda tensión volvió a acumularse en el centro de mi ser.

Nyktos hizo otro sonido contra mi cuello, un gruñido grave y retumbante que debería haberme preocupado, pero ya había superado de lejos el punto de ser cauta. Tiré de su pelo y sus dedos se clavaron en la fina tela de mi corpiño. Di un respingo con una exclamación ahogada cuando tironeó con fuerza de la parte delantera del vestido. El ruido de la tela al desgarrarse escaldó mis oídos y me provocó otra oleada de excitación. Rasgó el vestido desde el corpiño hasta la cintura, dejando al desnudo mis senos y mi vientre. Las mangas del vestido destrozado resbalaron por mis brazos. Un grito entrecortado entreabrió mis labios cuando las puntas de mis pezones rozaron contra la frialdad de su pecho empapado de sangre. Solté su pelo para sacar los brazos de las mangas. La tela se arremolinó en mis caderas.

Quería sentir más. Quería sentirlo a él. Lo deseaba.

Nyktos apartó la cabeza de mi cuello y, de repente, estaba mirando sus chispeantes ojos de mercurio. Estaban brillantes y llenos de vida. Ninguno de los dos dijo nada mientras mi atención bajaba hacia sus labios entreabiertos color rubí. Mis ojos siguieron bajando hacia su pecho manchado de sangre y hacia la piel que ya había empezado a sellarse y a cicatrizar. Y luego aún más

abajo, a esas heridas irregulares que ahora no eran más que verdugones rosáceos que cruzaban los duros músculos de su estómago.

Lo que había hecho mi sangre por él era milagroso. Quizás incluso más que la brasa de vida. O al menos eso fue lo que me pareció en ese momento.

Miré aún más abajo y me sentí un poco mareada. Sin embargo, no creía que tuviera nada que ver con que se hubiese alimentado de mí. El palpitante abultamiento de su pene era visible entre las solapas de sus pantalones y la cabeza apuntaba hacia arriba en dirección a su ombligo. La punta estaba perlada de líquido viscoso mientras se estremecía.

Nyktos me miró, sus ojos giratorios eran tan intensos que fue como una caricia física sobre mis pechos y mi vientre. Yo también bajé la vista hacia la rutilante sangre de color rojo azulado restregada por encima de mi ombligo y sobre mis pechos y mis pezones.

Su mano resbaló de mi pelo, arrastró los rizos hacia delante por encima de mi hombro. Varios mechones cayeron sobre mi pecho cuando sus dedos se curvaron alrededor de su peso contundente. Se me escapó un gemido ahogado y sus ojos volaron hacia los míos.

Tardé un momento en recordar cómo hablar.

- —¿Has tomado suficiente?
- —Tendrá que ser suficiente —respondió, su voz cargada de humo y deseo y... hambre. Deslizó un pulgar por la endurecida punta de mi pezón y luego dio un paso atrás. Sentí la pérdida de su calor de inmediato mientras él contemplaba con ojos voraces mi cuerpo parcialmente expuesto, las oquedades de sus mejillas imperdonables—. Tiene que serlo.

Eché un vistazo a las heridas de su pecho. La herida que le había hecho yo la noche que encontramos a Andreia se había curado al instante.

No se había alimentado lo suficiente.

Aunque mentiría si dijera que esa era la única razón que me impulsó a hacer lo que hice. Que aquello no tenía nada que ver con todo ese *deseo* de él, un deseo que no tenía nada que ver con un deber que ya no importaba.

Quería esto. Lo quería a él. Yo. Por ninguna otra razón que para mí misma.

Y él también lo quería, aunque me odiara.

Con el corazón aporreando como un martillo, estiré los brazos y deslicé el vestido por encima de mis caderas, arrastrando de paso la escueta ropa interior. Saqué los pies del montoncito de ropa y me quedé ante él, desnuda como el día en que vine al mundo.

Nyktos se estremeció.

—Sera...

Con la garganta seca, puse mi mano entre mis pechos, deslicé los dedos por mi vientre. Eso atrajo su mirada hasta donde se detuvieron, justo por debajo de mi ombligo. Sus labios se entreabrieron y sus colmillos asomaron de nuevo. Verlos me causó un palpitar agudo en el cuello, un recordatorio del placer-dolor de su mordisco.

—No has tomado lo suficiente. —Nyktos no dijo nada mientras su pecho subía y bajaba agitado—. Lo prometiste. —Mi pulso vibraba cuando pasé los dedos entre mis piernas y contra el calor húmedo. Contuve la misma respiración que él inspiró con brusquedad. Me sonrojé—. Prometiste alimentarte de mí y follarme.

Se quedó completamente quieto mientras yo me acariciaba. Arrastré un dedo por la humedad entre mis piernas al tiempo que recordaba exactamente lo que había sentido al tener sus dedos dentro de mí. Introduje un dedo...

Nyktos se movió tan deprisa que fue como un rayo en medio de una violenta tormenta. Se abalanzó sobre mí, agarró mi mano y la apartó. Su boca se cerró sobre mi dedo, lo cual me provocó un gemido ahogado. Chupó con fuerza. Sus ojos volaron hacia los míos y me soltó. El hambre de su mirada me puso la carne de gallina por todo el cuerpo.

- —Lo hice —reconoció. El deseo hacía que su voz sonara oscura y sensual—. Te advertí lo que iba a pasar exactamente.
 - —Lo hiciste.

Un lado de sus labios se curvó hacia arriba y entonces golpeó de nuevo. Esta vez, sus colmillos se clavaron en la piel de mi pecho, justo por encima de la rosácea areola. La punzada de dolor fue igual de intensa que antes, igual de impactante en su totalidad. No podía pensar más allá mientras su brazo se cerraba en torno a mi cintura y me levantaba. Su boca se cerró en torno a la piel, al pezón. Succionó y bebió con *fuerza*, lo cual me provocó una oleada de dolor transitorio seguido de un placer brutal y abrumador. Frenó mi cabeza antes de que cayera hacia atrás y me sujetó contra su cuerpo. Sentí la cabeza de su pene contra el palpitante centro de mi ser mientras él se daba la vuelta.

Apenas fui consciente de que mi espalda se apretaba contra algo blando y cálido. Cerré la mano en torno a la cabeza de Nyktos para sujetarlo donde estaba. En lo único que podía pensar era en su peso frío cayendo sobre mí, la sensación de su boca hambrienta sobre mi pecho y cómo se movió para empujar sus pantalones hacia abajo mientras se alimentaba. La habitación giraba y daba vueltas y mi cuerpo *chisporroteó* y se prendió.

Sin dejar de succionar sobre mi pecho y beber más de mi sangre, Nyktos levantó una mano y deslizó el pulgar por mi labio de abajo. Giré la cabeza para atrapar el dedo con mi boca. Succioné tan fuerte y profundo como lo hacía él en mi pecho.

El gemido retumbante que emitió me provocó otro estallido de placer. Su pulgar tenía un sabor extraño, algo que me recordaba a miel, pero más espeso, más ahumado. Solo en un rincón lejano de mi mente me percaté de que debía de ser su sangre. Solté su dedo a regañadientes. Él recorrió la línea de mi mandíbula y mi cuello, y luego deslizó la palma de la mano por encima de mi otro pecho hasta el hueso de mi cadera. Me estremecí entera cuando se instaló entre mis piernas. Hundí los dedos en su pelo y en su piel al sentirlo, duro y frío, apretando contra mi calor ardiente. Metió la mano entre nuestros cuerpos para guiarse. Se me cortó la respiración y luego se aceleró cuando sentí cómo me penetraba. El estiramiento fue una punzada de dolor sublime. Solté una exclamación ahogada, mis caderas se inclinaron. Nyktos paró un instante y luego embistió a fondo. Mi cabeza cayó hacia atrás y di un grito al tiempo que me estremecía entera.

Las profundas succiones de mi pecho se ralentizaron mientras permanecía enterrado en lo más profundo de mi ser. Su boca se aflojó y entonces puso fin a la embriagadora sensación de tirón y succión que sentía en todos los rincones del cuerpo. Su lengua fría y mojada resbaló por encima de mi pezón cosquilleante y me provocó otro sonido rasposo. Nyktos levantó la cabeza y yo abrí los ojos. Nuestras miradas se cruzaron y nos quedamos así durante lo que pareció una pequeña eternidad. Luego él bajó la vista hacia donde nuestras caderas estaban unidas.

—Precioso —susurró, y mi pecho... mi corazón... se hinchó de inmediato. Una gota de sus labios, una gota de *mi* sangre, cayó sobre mi otro pecho. Nyktos agachó la cabeza y arrastró la lengua por mi abultado seno para recoger la gota. Y después continuó el movimiento, cerró la boca sobre la piel turgente. Solté un gemido y mis caderas dieron una sacudida.

El sonido que hizo Nyktos fue entrecortado; volvió a bajar la vista y apretó la mano sobre mi cadera. Movió el cuerpo y se observó a sí mismo mientras salía de mí, centímetro a centímetro, solo para volver a embestir a fondo. Mi gemido de placer quedó perdido en el suyo mientras mi espalda se arqueaba. Cerré los ojos otra vez y, por un momento, todos mis sentidos parecían superados por la situación. Nyktos era una presencia tremenda en mi cuerpo, me estiró hasta que no quedó nada más que esa lujuriosa sensación de plenitud. Enrosqué los dedos de los pies.

—Oh, por todos los dioses —susurré. Deslicé las manos hacia la fría piel de sus hombros y brazos. Noté el fino temblor recorrer su cuerpo cuando metió una mano debajo de mi cabeza. Abrí los ojos y contuve el aliento.

Estaba tan quieto que era increíble; sus rasgos más afilados, tensos. Brillantes motas de *eather* daban vueltas como locas en sus ojos plateados. Debajo de su piel, las sombras giraban en espiral.

—¿Nyktos?

Un escalofrío recorrió su cuerpo y el brumoso contorno oscuro de sus alas de sombras se formó por encima de sus hombros. Gruesos cordones de músculo sobresalieron en su cuello cuando estiró la cabeza hacia el lado para luchar contra su verdadero ser. Quien era debajo de la piel. Toqué su mejilla y las hebras de *eather* ralentizaron sus giros.

Otro escalofrío sacudió su cuerpo.

—Yo... nunca había sentido nada como esto.

Se me hizo un nudo en la garganta. Esta había sido su primera vez, y yo no sabía qué hacer con esa información. Me escocían los ojos, porque me parecía que también era la primera vez para mí, y no entendía por qué. Aun así, quise que lo supiera.

- —Yo tampoco —susurré y sus ojos volaron hacia los míos. Me miró unos instantes, sus rasgos demasiado dominados por la necesidad como para que pudiera distinguir nada más en ellos.
 - —No me mientas ahora, aunque lo hagas de un modo tan bonito.
- —No te estoy mintiendo —juré. Quería que me creyera, porque era la verdad—. Yo tampoco había sentido nada como esto. Jamás.

Un músculo se apretó en su mandíbula.

- —No tengo demasiado control ahora mismo —declaró con voz pastosa—. No quiero hacerte daño.
 - —No me lo harás.

Un pulso lo recorrió de arriba abajo, hasta el último rincón de su ser, y lo sentí muy profundo en mi interior.

- —No puedes saberlo. Yo mismo no lo sé.
- —No lo hiciste cuando te alimentaste —razoné, al tiempo que acariciaba su mandíbula con el pulgar—. No lo harás ahora.
- —Tu fe en mí... —Enroscó la mano en mi pelo—. Es admirable pero temeraria.
- —Te equivocas al tener miedo —repliqué. Aproveché para levantar las piernas hasta sus caderas y los dos nos quedamos sin respiración. Luego, apreté las rodillas contra sus costados y lo hice rodar sobre la espalda, un

movimiento que logré culminar solo porque lo pillé desprevenido. Un movimiento que me sacó todo el aire de los pulmones en el momento exacto en que el placer tronó a través de mí cuando el cambio de posición intensificó su presencia en mi interior y, de algún modo, lo llevó aún más adentro. Planté las palmas de las manos sobre su pecho para estabilizarme—. Pero sí soy *temeraria*.

El gruñido de respuesta de Nyktos se envolvió a mi alrededor.

—Por todos los dioses... —Levantó la vista hacia mí y mi pelo resbaló hacia delante, rozando su pecho. Las heridas habían desaparecido ahí y eran casi invisibles en su bajo vientre.

Me invadió un gran alivio mientras lo miraba. Sus ojos eran un caleidoscopio de plata y blanco. Sus rasgos habían perdido algo de su filo, pero aún podía ver las sombras bajo su piel, esas que producían ese precioso efecto marmoleado. Me moví en ademán tentativo, un poco hacia delante.

- —¿Así… así es como planeas matarme?
- —No. —Levanté mi cuerpo hasta que solo la punta de él presionaba contra mí y luego volví a deslizarme hacia abajo hasta que no quedó ni un centímetro entre nosotros.
- —¿Estás segura? —preguntó—. Porque yo creo que sí. —Una de sus manos fue a mi cadera. La otra recogió un lado de mi pelo y lo sujetó hacia atrás mientras yo contoneaba las caderas. Sus ojos de espesas pestañas me sostuvieron la mirada y luego fueron hacia la masa de rizos que sujetaba, antes de pasar a mis pechos y por fin al lugar por el que estábamos unidos—. Y creo que voy a disfrutar de este tipo de muerte.

Con el corazón desbocado, dejé que mi cabeza cayera hacia atrás mientras estiraba el brazo hacia arriba y cerraba los dedos en torno a su muñeca. Me llevé la mano a la boca, donde le di un beso en la palma, para luego moverla hacia abajo, por encima de mi pecho. Me estremecí mientras me mecía a un ritmo lento y tortuoso. Seguí arrastrando sus curiosos dedos exploradores por mi vientre y más abajo, adonde estábamos unidos. Presioné sus dedos contra el tenso haz de nervios hipersensibles de ese punto. Solté un grito cuando un intenso espasmo se enroscó desde lo más profundo de mi ser.

—Joder —gruñó, y sus caderas se despegaron de la cama y nos levantaron a ambos—. Adoro cómo te siento, *liessa*.

Liessa.

Mi cabeza cayó hacia delante y mis ojos se abrieron. Sus palabras, la fricción de cada retirada y posterior embestida, sus dedos juguetones... todo ello creó una tormenta de sensaciones que enseguida se convirtió en un nudo

de aguda tensión que giraba y giraba en espiral. Estaba cerca, mis dedos se cerraron como garras en torno a los suyos, mis uñas se clavaron en su hombro mientras Nyktos seguía mi ritmo y sus caderas subían para encontrarse con las mías. Pronto, dejó de haber ninguna sensación de ritmo real mientras nos movíamos el uno contra el otro. Era puro instinto, impulsado por una necesidad compartida que nos empujó más y más cerca de un precipicio por el que yo caí primero. Grité su nombre cuando la tensión se hizo añicos y oleadas interminables de placer recorrieron todo mi cuerpo. Me deslicé hacia delante, ambas manos sobre su pecho mientras él embestía más rápido, con un ángulo más profundo. Una cascada de escalofríos de placer cayó sobre mí cuando enroscó los brazos a mi alrededor y tiró de mi pecho contra el suyo. Me sujetó con fuerza y me hizo rodar debajo de él. Sus caderas dieron una profunda embestida, solo una. Y él también alcanzó el clímax, la cabeza enterrada en mi hombro mientras se estremecía de placer.

Lo abracé hasta que se fue apaciguando, deslizando mis dedos arriba y abajo por su espalda aun cuando intensas y rápidas réplicas todavía sacudían mi cuerpo. Se quedó ahí durante un tiempo indefinido, con su peso apoyado en un brazo pero aun así notable. Fue un tiempo que aproveché para empaparme de él. De la cercanía, la manera en que seguíamos unidos. La nada entre nosotros, y su aroma y el mío. La forma en que en esos momentos yo era Sera y él era Ash para mí. Eso fue lo que devoré. Con avaricia. A nosotros. Porque igual que a la orilla del lago, sabía que no duraría.

Y no lo hizo.

Nyktos levantó la cabeza despacio. Mis manos se quedaron quietas sobre los poderosos músculos apretados de su espalda. Me miró desde lo alto. ¿Estaría contando mis pecas otra vez? ¿Comprobando a ver si habían cambiado de algún modo misterioso? ¿O me besaría? Quería que me besara.

Sus pestañas bajaron para ocultar sus ojos. Luego se retiró y rodó para quedar tumbado sobre la espalda, a mi lado en la cama.

No me moví. Durante varios minutos. No podía. Me costó un esfuerzo sobrehumano volver a tragarme el nudo de mi garganta, coser a toda prisa las grietas que se abrían en mi pecho. ¿De verdad había pensado que me besaría? ¿Después de lo que había averiguado? Me deseaba... mi cuerpo y mi sangre. Necesitaba eso con la misma desesperación que yo necesitaba saber lo que era tenerlo en mi interior. Eso no incluía besarse. Besarse era algo que parecía mucho más... íntimo y prohibido ahora.

Tragué saliva a pesar del ardor en mi garganta. Lo miré. Estaba de espaldas, con un brazo estirado por encima de la cabeza y el otro descansando

en el espacio entre nosotros. No tenía la vista fija en el techo. Me miraba a mí.

—¿Cómo? —preguntó Nyktos—. ¿Cómo puedes ser tan convincente?

Me puse tensa. Al principio pensé que se refería a lo que acabábamos de compartir, pero entonces me di cuenta de que no me estaba mirando. Me estaba estudiando, hurgaba dentro de mí. Leía.

- —Estás leyendo mis emociones.
- —Visto lo visto, ese acto ni cuenta comparado con lo que planeabas hacer tú —repuso—. ¿No crees?
 - —Eso no hace que sea menos grosero —repliqué.
- —Supongo que no, pero no has contestado a mi pregunta. ¿Cómo eres tan convincente? —preguntó Nyktos—. ¿También te enseñaron a hacer eso?

Me anegó una oleada de calor cosquilloso.

—No me enseñaron a forzar emociones.

Arqueó una ceja.

—¿Seguro que no? Dime, Sera. ¿No sería eso parte de la seducción? ¿De conseguir que me enamorara de ti? ¿Hacer que creyera que sentías algo por mí?

La culpabilidad ahogó parte de la ira, pero no toda.

—En primer lugar, no sabíamos que podías leer emociones. De haberlo sabido, probablemente me habrían enseñado a sentir algo de un modo tan profundo que incluso yo empezara a creer que era real.

Sus ojos refulgieron de un brillante tono plateado.

—Segundo, ¿por qué fingiría nada de lo que siento ahora? No serviría para nada. No salvaría a mi gente, ni aunque lograra mi objetivo —señalé—. Y por último, ¿tengo que recordarte que no me digas lo que estoy sintiendo?

La mandíbula de Nyktos se apretó y pasaron unos segundos largos antes de que apartara la cabeza.

Contemplé las duras líneas de su rostro mientras pugnaba con el impulso de chillar. De gritar sin más, hasta tener la garganta en carne viva. De algún modo, conseguí no hacerlo.

—¿Has tomado la sangre suficiente? Sé sincero.

Pasó un instante.

- —Más que suficiente.
- —Bien. —Unos mechones de pelo enredados cayeron sobre mis hombros cuando me senté.

Nyktos se puso alerta al instante mientras yo miraba a mi alrededor en busca de algo que ponerme. Mi ropa estaba hecha jirones, aunque al menos todo lo que tenía que hacer era cruzar una puerta. Empecé a arrastrarme hacia el borde de la cama...

—¿A dónde crees que vas?

Me paré donde estaba y giré la cabeza hacia atrás.

- —¿A mi dormitorio?
- —¿Por qué? —preguntó, con los ojos entornados.
- —¿Por qué... no habría de hacerlo? —Mi corazón dio un vuelco—. ¿O se supone que me vas a enviar a otro sitio? ¿A esas celdas que mencionasteis? —Me puse tensa—. Si es así, ¿puedo al menos encontrar algo de ropa que no destrozaras?

Entonces pasó algo extraño. Nyktos dio la impresión de relajarse y apareció una leve sonrisa que suavizó sus rasgos angulosos.

—Sí, es verdad que hice trizas ese vestido.

Lo miré, atrapada entre la incredulidad y un caos de cientos de emociones diferentes.

- —No estoy muy segura de por qué estás sonriendo acerca de eso.
- —Será uno de mis recuerdos favoritos durante muchos años.

Entorné los ojos al mirarlo.

—Vaya, pues me alegro por ti, pero no es que tenga mucha ropa como para que alguien vaya por ahí arrancándola de mi cuerpo.

Sus ojos de plata fundida se deslizaron hacia mí.

—Cuando lo hice no te quejaste —dijo con voz sensual—. Si recuerdo bien, estabas bastante ansiosa por deshacerte de ese vestido tú misma.

Lo estaba, pero eso no venía al caso. ¿Me estaba tomando el pelo? ¿O estaba...? Mi pulso se aceleró. No podía ser. Me atreví a echar un vistacito rápido por debajo de su cintura y quedé conmocionada. Estaba más que semiduro y eso era... bueno, era *impresionante*. ¿Sería cosa de los Primigenios? Unos músculos muy profundos en mi interior se tensaron y me apresuré a levantar la vista otra vez.

Sus ojos se cruzaron con los míos y luego bajaron.

- —Estás sentada a mi lado, gloriosamente desnuda, y te estoy mirando de manera *intencionada*.
- —Ya lo veo. —Comenté en tono ácido, irritada con él... y conmigo misma, porque no estaba haciendo nada por ocultarme de su vista. No estaba haciendo nada por evitar el hecho de que me gustaba que me mirara.

Un lado de su boca se curvó hacia arriba otra vez, al tiempo que arrastraba los dientes, los colmillos, sobre su labio.

—Mi marca en tus *inmencionables* me resulta bastante fascinante.

Bajé la vista y aspiré una bocanada de aire entrecortada al ver la zona de piel de un suave tono amoratado y las dos heridas punzantes. Un fogonazo de aguda excitación discurrió por todo mi ser al recordar las embestidas de su pene y la succión de su boca.

- —Pervertido —musité sin mucho entusiasmo.
- —Eso ni siquiera puedo discutírtelo. —Apartó la cabeza—. No voy a encerrarte en una celda.
 - —¿Ah, no?
- —¿Para qué? —me lanzó, a modo de respuesta. Cerró los ojos—. Debería descansar. Tú también. Tenemos que estar preparados para lo que sea que pase a continuación.

Kolis.

Tragué saliva de nuevo. De algún modo, me había olvidado de eso cuando decidí alimentar a Nyktos.

—«Descansar» significa «dormir» Sera. Lo cual suele requerir que te tumbes, a menos que seas capaz de dormir sentada, cosa que encontraría impresionante —añadió—. Pero también me distraería.

Abrí la boca y descubrí que me faltaban las palabras.

- —¿Quieres que duerma a tu lado?
- —Quiero que descanses. Si estás a mi lado, no tendré que preocuparme de lo que puedas o no hacer.

No estaba del todo segura de qué era lo que le preocupaba que pudiera hacer si no estaba ahí, pero permanecer a su lado en un estado tan vulnerable como cuando dormía parecía la última cosa que querría, dado que era obvio que creía que la culpabilidad que yo sentía no era real. Que mi aversión a cumplir con mi deber no era más que una mentira *bonita*.

- —¿Estás preocupado?
- —¿Sobre qué?

Sacudí la cabeza y aparté la vista de él.

- —Oh, no lo sé. ¿Sobre la posibilidad de que te apuñale? —Nyktos soltó una risa profunda. Mis cejas volaron hacia arriba—. No estoy segura de por qué encuentras graciosa esa sugerencia.
 - —Porque lo es. —No me moví—. Vete a dormir, *liessa*.

Esa palabra otra vez, una que sabía que no podía significar ya algo precioso y poderoso para él. No podía significar «reina». Ahora nunca sería su consorte. Una palabra que ya no era más que una broma de mal gusto. O peor aún, una palabra que nunca había significado nada para él.

Un dolor oscuro e inesperado se avivó en mi pecho al pensarlo, al pensar en lo mucho que me molestaba.

La ira explotó igual de deprisa que el dolor.

- —¿Sabes qué?
- —¿Qué? —suspiró.
- —Que te jodan. —Sabía que era una cosa infantil de decir, pero me daba igual. Me levanté de esa cama de tamaño indecente, me puse de rodillas...

Nyktos no estaba para nada tan relajado como había pensado. Se movió a una velocidad asombrosa para plantar un brazo sobre mi cintura mientras su otra mano se cerraba alrededor de mi barbilla desde mi espalda e inclinaba mi cabeza hacia atrás. Mi corazón tartamudeó al sentirlo contra mi trasero, rígido y palpitante, su aliento sobre mi oreja. Mi corazón dio otro traspié porque sabía lo fácil que le resultaría dar rienda suelta a su ira contra mí, pero aun así, no sentí ningún miedo, solo calor.

Su cuerpo estaba *caliente*.

Abrí los ojos como platos y me relajé entre sus brazos. El pecho contra mis hombros, su duro estómago contra mi espalda y su miembro grueso... todo estaba *caliente*.

- —¿Quieres saber por qué encuentro tan graciosa tu sugerencia? preguntó Nyktos antes de que pudiera hablar. El brazo de mi cintura se movió y sentí sus dedos sobre mi bajo vientre. Sus dedos calientes—. ¿Quieres? preguntó ante mi silencio. Su pulgar recorrió mi labio de abajo mientras sus otros dedos bajaban por la ancha uve de mis piernas.
- —No. —Me mojé los labios, dividida entre la necesidad de comentar cómo lo notaba y una necesidad completamente diferente y surgida en un momento muy inoportuno—. Pero estoy segura de que me lo vas a decir. Te encanta hablar.

Su respuesta en forma de risa fue grave y ahumada, y retumbó a través de mí mientras sus dedos bajaban aún más para rozar el haz de nervios en tensión. Mis caderas se movieron un poco y él dejó escapar otra risa, más suave esta vez.

—Te encantan mis dedos dentro de ti, ¿verdad?

Las puntas de mis pezones se fruncieron cuando pasó un dedo por encima de la parte más sensible. Esta vez, mis caderas dieron una sacudida. Emitió un ruido áspero y ronco, y su dedo resbaló por la nueva oleada de creciente humedad.

—Creo que hay otra cosa que te gusta más que mis dedos —dijo con voz melosa, al tiempo que separaba la piel hinchada—. ¿No es verdad?

Me apreté hacia atrás contra él por reflejo, los dedos de los pies enroscados cuando introdujo el dedo dentro de mí y su dureza presionó contra mi trasero.

- —¿Y? —lo desafié. Sus caderas se movieron detrás de mí, contra mí—. ¿Sabes qué creo yo? Que has olvidado lo que ibas a decir.
- —Oh, créeme, *liessa*, no lo he olvidado. —Su aliento flotó por mi cuello, por encima de la marca del mordisco. Me golpeó otro fogonazo de anticipación. Continuó meciéndose contra mí mientras movía el dedo distraídamente, adentro y afuera. Yo seguía sus movimientos y, a cada pasada, su pene bajaba más y más hasta que noté cómo chocaba con su mano y conmigo—. Solo estaba dejando que lo olvidaras tú.

Me quedé quieta.

Nyktos se movió entonces. Me empujó hacia abajo sobre mis manos, luego sobre los antebrazos y la tripa. Mi pulso se aceleró cuando su peso cayó sobre mi espalda. Con una mano todavía debajo de mi barbilla y la otra aún entre mis muslos, forzó mi cabeza hacia atrás y mis caderas se arquearon. Sus dedos no paraban de moverse y su pulgar dio vueltas alrededor del ápice, provocándome unos gemidos escandalosos.

—Es gracioso porque no puedes hacerme daño. —Ese aliento suyo, de una calidez extraña, todavía levitaba por encima de la marca de mi cuello—. Jamás podrás debilitarme hasta el punto de ser una amenaza real.

Se me cortó la respiración cuando el significado de sus palabras se filtró en la neblina de mi excitación. Sabía a qué se refería. No era una amenaza real para él porque jamás me amaría.

Y quizá fue esa parte temeraria de mí la que espoleó mis palabras. Quizá fue ese dolor en el centro de mi pecho. Giré la cabeza hacia él.

—¿Estás seguro de eso?

El sonido que hizo fue un cruce entre una risa y un gruñido. Entonces bajó la cabeza a la velocidad del rayo. Me puse tensa al sentir las afiladas puntas de sus colmillos sobre mi cuello, justo por encima de las marcas que ya había. Sin embargo, no perforó mi piel. Se limitó a sujetarme ahí mientras su... *oh*, *por todos los dioses*... su duro y caliente miembro sustituía a su dedo. Me penetró y me estiró una vez más. Sentirlo dentro me robó la respiración. El completo y absoluto dominio de la forma en que me sujetaba con los colmillos, la interminable presión de su cuerpo, todo ello me llenó de una perversa y lasciva ola de calor.

Esta vez no hubo movimientos lentos y tentativos. Me folló mientras presionaba con sus dedos contra mí, sin dejar de acariciar el haz de nervios.

Cada poderosa embestida hacía que sus colmillos arañaran mi cuello, pero no rompió la piel. Ni una sola vez. Y santo cielo, quería que lo hiciera, pero no había forma humana de que yo pudiera tomar el control como había hecho la primera vez. Él tenía el control absoluto esta vez, y la luchadora que había en mí, la parte desvergonzada, lo supo y se sometió.

Y fue *glorioso*.

Dios, sí que... aprendía deprisa.

Las embestidas de Nyktos eran profundas y fuertes, no dejaban espacio a nada más que a él. Sus caderas bombeaban contra mi trasero mientras me sujetaba en esa posición, la cabeza inclinada hacia atrás, el cuello vulnerable, las caderas arqueadas. Y cuando sentí que su pulgar presionaba contra mis labios, abrí la boca y lo dejé entrar.

Y entonces lo mordí con todas mis fuerzas.

—Joder —gruñó contra mi cuello.

Se me escapó una risa sensual mientras cerraba los labios en torno al pulgar y succionaba de la carne que había mordido. Tan solo un instante después, me di cuenta de que le había hecho sangre. Mi consternación por mis acciones enseguida quedó relegada a un lado por el torbellino de sensaciones en mi lengua y el sabor a miel, solo que más ahumado. Era su *sangre*. No demasiada, una gota quizá. Tragué y me estremecí ante ese sabor lujurioso. Debería sentirme perturbada por el hecho de haber probado su sangre, pero gemí alrededor de su pulgar y mecí mis caderas contra él.

Su mano cayó sobre mi trasero en un azote suave que me provocó otro pecaminoso estallido de placer por todo el cuerpo.

—Eres muy mala —murmuró.

Y entonces me hizo completamente suya. Me reclamó de una manera que no había sabido que quería ser reclamada. Su cuerpo embistió contra el mío, frenético y salvaje. Alcancé el clímax, con oleadas tras oleadas de placer palpitante y giratorio que se extendían por todo mi ser. Grité y mi cabeza dio una sacudida hacia atrás contra su hombro. Su mano por fin se movió entonces, retirando la maraña de rizos de mi cara mientras temblaba y sufría espasmos. Él me siguió por el borde del precipicio con un grito ronco, al tiempo que su cuerpo de un tamaño increíble se estremecía por todas partes a mi alrededor.

Nyktos me sujetó ahí entre sus brazos, su pecho sellado contra mi espalda. Movió la cabeza y sus labios tocaron mi piel, y entonces sentí el beso contra la marca que había dejado ahí antes. Y fui yo la que me estremecí, y supe de inmediato que ninguno de los dos volveríamos a ser iguales nunca más.

Capítulo 39



Desperté con un leve dolor en las sienes y consciente de que estaba sola antes de abrir los ojos siquiera. Era la ausencia de su cuerpo enroscado alrededor del mío. Nos habíamos quedado dormidos así, de lado, mi espalda contra su pecho y sus brazos envueltos alrededor de mí.

En el silencio de sus aposentos, no supe qué pensar de eso, qué pensar de nada. Las cosas eran... bueno, eran un lío. Todo. Desde lo que habían averiguado mis antepasados y lo que iba a pasarle a Lasania (a todo el mundo mortal, en realidad, y al final también a Iliseeum) hasta el hecho de que el padre de Nyktos fuese el verdadero Primigenio de la Vida y hubiese puesto la brasa de la vida dentro de mí, pasando por la verdad sobre Kolis y esta... esta cosa entre Nyktos y yo.

Al menos, se había alimentado. ¿Por eso había sentido su cuerpo caliente? ¿O sería por otra cosa? No tenía ni idea, pero al parecer no planeaba encerrarme en una celda.

Lo entendería si lo hiciera. ¿Quién no lo haría? Aunque no creía que pudiera soportarlo. Sin embargo, él tenía razón, yo no era una amenaza real para él, y eso no tenía nada que ver con lo inútil que sería intentar matarlo.

Algo frío alanceó mi pecho cuando giré la mejilla y aspiré su aroma. Abrí los ojos a las paredes desnudas. ¿Qué iba a hacer ahora? No podía reparar las cosas entre Nyktos y yo porque ¿qué había para reparar? Ni siquiera estaba segura de que el Primigenio fuese capaz de sentir algo como el amor. Y tampoco sabía si lo era yo. Pero... quería su amistad. Quería su respeto. Quería que él fuese Ash, y yo, Sera. Aunque eso no sucedería nunca. No podía salvar a mi gente.

¿O acaso podría? ¿Y si esta brasa de vida estaba implantada en mi interior por una razón totalmente distinta? Pero ¿cuál podía ser? ¿Y qué les pasaría a los que vivían aquí hasta que lo averiguáramos? Habría más ataques y, quizá, llegaría un día en el que vendría el propio Kolis. El Rey de los Dioses vendría en pos de Nyktos. De hecho, tenía la enfermiza sensación de que ya lo había hecho en el pasado. Y quisiera Nyktos creerme o no, me importaba lo que le pasara, también lo que le pasara a la gente de aquí.

¿Qué opciones tenía? ¿Encontrar una manera de entregarme a Kolis? Él me mataría, y era muy probable que eso acelerara la muerte del mundo mortal, si lo que decía Aios era cierto. Mi acto solo le proporcionaría algo de tiempo extra a las Tierras Umbrías. Tal vez. Esto no era estar atascada entre una roca y una superficie dura. Esto era que ambas te estuvieran aplastando.

Sin embargo, quedarme tumbada en una cama que ni siquiera era mía no serviría de nada.

Con un leve dolor de cabeza, me senté e hice una mueca al notar ciertas zonas más sensibles de lo habitual. Había pasado cierto tiempo desde que me había embarcado en este tipo de actividades, y nunca había sido así. Bajé la vista y me mordí el labio al ver las heridas punzantes de mi pecho mientras palpaba con cuidado la piel de mi cuello. También estaba sensible, pero no me dolía. Un delicado escalofrío rodó por mi interior cuando empecé a levantarme, porque solo entonces me percaté de la bata extendida al pie de la cama. La miré, incrédula. Nyktos debía de haber ido a buscarla. Y yo...

Me planté las manos delante de la cara. Dolió. Pero lo que dolía más era su maldita *consideración*. Incluso ahora. Y yo había planeado agarrar esa amabilidad y retorcerla. Había planeado matarlo. Y ni siquiera parecía importar si al final lograba cumplir con mi deber o no. Era la intención lo que contaba.

La humedad se acumuló detrás de mis ojos cerrados con fuerza, mientras las lágrimas abrasaban el fondo de mi garganta y un sollozo llenaba mi pecho. *No lloraré*, me dije. *No lloraré*. Llorar no solucionaba nada. Lo único que conseguiría sería empeorar mi dolor de cabeza. Tenía que recuperar la compostura, levantarme y averiguar qué demonios hacer ahora. Me concentré en el ejercicio de respiración de sir Holland hasta que la presión de detrás de mis ojos se alivió y la sensación de ardor y ahogamiento amainó. Después me levanté, me puse la bata y me forcé a poner un pie delante de otro para dejar atrás la habitación vacía y fría de Nyktos, que durante un rato había estado llena y caliente.



Acababa de salir de mi sala de baño después de haber hecho un breve uso de ella cuando Paxton llamó a la puerta. El joven estaba rodeado de varios cubos de agua humeante, la cabeza gacha, de modo que su cortina de pelo rubio ocultaba la mayor parte de su cara.

—Su alteza pensó que tal vez os apetecería daros un baño —dijo, con las manos cruzadas—. Así que he subido agua caliente.

Sorprendida por el gesto por multitud de razones y sin tener muy claro cómo había sabido Nyktos que había regresado a mi habitación, *casi* tuve que plantarme las manos delante de la cara otra vez. No lo hice. En lugar de eso, abrí más la puerta.

- —Ha sido muy amable por su parte, y por la tuya de subir todos estos cubos hasta aquí.
- —Él trajo la mayoría —precisó Paxton y mis cejas volaron hacia arriba. Asomé la cabeza por la puerta. El pasillo estaba desierto. El joven me miró de reojo y capté un atisbo de oscuros ojos marrones—. Tenía que ir a la corte, alteza.
- —No tienes que llamarme así —repuse, antes de poder recordar lo que me había dicho Bele.
 - —Seréis su consorte. Así es como debo dirigirme a vos.

Se me secó la garganta. Estaba claro que Paxton aún no se había enterado. ¿Qué le habría contado Nyktos a la gente? Paxton levantó un pelín la barbilla.

- —Además, sois una princesa, ¿verdad? Eso es lo que me dijo Aios.
- —Lo soy, sí. —Una sonrisa irónica tironeó de mis labios a pesar de todo
 —. Aunque solo durante un uno por ciento de mi vida.

Eso atrajo una rápida mirada de curiosidad por parte de Paxton, que se había agachado a por un par de cubos.

- —¿Nacisteis princesa?
- —Sí. —Hice ademán de agarrar uno de los baldes.
- —Entonces sois una princesa durante el ciento por ciento de vuestra vida
 —sentenció—. Y yo llevaré los cubos. No tenéis por qué hacerlo.
 - —Puedo con ellos.
- —Yo lo hago. —Pasó por mi lado y llevó los dos cubos a la sala de baño, con cuidado de mantenerlos nivelados y que su cojera no los derramara.

Era difícil quedarme ahí parada y no hacer nada cuando tenía dos brazos funcionales.

- —¿Qué tal si solo llevo uno, entonces?
- —Preferiría que no lo hicierais.

Ya tenía el cubo en la mano. El suspiro del joven cuando levantó la vista y me vio fue bastante impresionante.

- —¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí, Paxton? —pregunté, para cambiar de tema.
- —Los últimos diez años —contestó, su agarre sobre los cubos era bastante firme para unos brazos tan pequeños—. Desde que tenía unos cinco. Antes de eso, vivía en Irelone.

Así que tenía quince años. Di media vuelta mientras él se apresuraba a regresar al pasillo para agarrar otros dos cubos.

- —¿Tu familia está aquí?
- —No, alteza. —Pasó por mi lado, dejando dos cubos más en el pasillo. Me resistí a la tentación de agarrar los dos y opté por levantar solo uno—. Mi madre y mi padre murieron cuando era un bebé.
- —Vaya, lo siento mucho. —Me reuní con él en la sala de baño, donde tomó el cubo de mis manos y procedió a verterlo en la bañera.
- —Ni siquiera los recuerdo, pero gracias de todos modos. —Desapareció de vuelta al pasillo y volvió enseguida con el último balde.
 - —¿Cómo acabaste aquí? —pregunté.
- —Mi tío no tenía demasiadas ganas de alimentar otra boca más, así que me pasaba la vida en la calle, sisando monedas siempre que podía. —Paxton echó el agua en la bañera—. Vi a un hombre con una capa de corte elegante y pensé que podría ser un buen objetivo. —Se enderezó—. Resultó ser su alteza.

Parpadeé.

—¿Le... le robaste al Primigenio de la Muerte?

Paxton se asomó entre su cortina de pelo.

—Lo intenté.

Lo miré alucinada.

—No sé si debería reírme o aplaudirte.

Apareció una breve sonrisa mientras empezaba a recoger los cubos vacíos.

- —Su alteza tuvo más o menos la misma reacción. En mi defensa, no me había dado cuenta de quién era.
 - —Así que ¿te trajo aquí de vuelta?
- —Creo que me echó un solo vistazo y le di pena. —Paxton se encogió de hombros, los cubos vacíos oscilaban en su mano—. Llevo viviendo con los Karpov desde entonces.

No tenía ni idea de quiénes eran los Karpov y me dio la sensación de que debía haber mucho más detrás de la aventura que había llevado al niño huérfano a las Tierras Umbrías. También pensé en lo mucho que se sorprendería el mundo mortal entero si supiera que el Primigenio de la Muerte era mucho más generoso e indulgente que la enorme mayoría de la humanidad, que lo más probable era que hubiese entregado al joven carterista a las autoridades.

Lo cual era tan sorprendente como descorazonador.

- —Me he enterado de lo que hicisteis, ¿sabéis? —dijo Paxton, sacándome de mis cavilaciones. Todo mi cuerpo se puso en tensión, lo cual solo avivó mi dolor de cabeza.
 - —¿El qué?
- —Lo que hicisteis ayer por la noche. Ahí fuera, en el Adarve —continuó, y me sentí un pelín más aliviada—. La gente no hace más que hablar de cómo la consorte mortal estaba ahí arriba, disparando flechas y matando a esas bestias. —Algo parecido a la aprobación afloró en sus grandes ojos, pero el alivio fue breve para mí—. Estaremos orgullosos de llamaros «nuestra consorte».

Paxton se apresuró a hacer una reverencia y se marchó, cerrando las puertas a su espalda mientras yo me quedaba ahí plantada y me odiaba un poco más.

«Aah», musité. «Soy lo peor».

Cansada, volví a la sala de baño y rebusqué entre las botellas y cestas de las baldas. Escogí una bola blanca de sales compactadas que tenía un aroma cítrico que me recordaba a Nyktos. Aspiré el toque ácido a bergamota y mandarina. Deposité la bola en el agua y observé cómo burbujeaba al instante para llenar la superficie de la bañera de burbujitas espumosas.

Me levanté y me miré un instante al espejo. El mordisco de mi cuello no era visible entre la mata de rizos. Di media vuelta, me quité la bata y la colgué de un gancho dentro del armario. Dejé una mullida toalla en la banqueta y me tomé un momento para recogerme el pelo y fijarlo sobre mi cabeza con media docena de horquillas para mantenerlo seco. No había forma humana de que tuviese la energía suficiente para ocuparme de pelo mojado. Bufé entre dientes cuando me metí con cuidado en el agua abrasadora y me sumergí. Varios músculos que ni siquiera me había dado cuenta de que estaban tensos y doloridos se soltaron de inmediato. Con las rodillas flexionadas por encima de la superficie del agua, me escurrí más hacia abajo y dejé la cabeza apoyada en el borde de la bañera. Estaba mucho más cansada de lo que me había dado

cuenta y no sabía si era porque Nyktos se había alimentado de mí o por todo lo demás. Lo más probable era que fuese una combinación de todo ello.

Mis ojos se cerraron y dejé que mis pensamientos divagaran mientras el calor del agua, el aroma reconfortante y el silencio aliviaban mi dolor de cabeza y me arrullaban. Noté que empezaba a quedarme dormida.

Un lejano golpe suave invadió la tranquilidad y me sacó de esa bendita vaciedad. Empujé contra el final de la bañera para erguirme, al tiempo que despegaba los párpados...

Hubo un destello de negrura. Eso fue todo. Un atisbo de algo fino y oscuro que pasaba por delante de mi cara. Levanté un brazo con brusquedad, por acto reflejo. Lo que fuese que había visto se cerró sobre mí y tiró de mi cabeza hacia atrás; mantuvo mis dedos enganchados mientras alguien tensaba una correa en torno a mi cuello.

Capítulo 40



Una oleada de incredulidad se estrelló contra mí, un momento de completa quietud en el que mi cerebro y mi cuerpo aún no habían registrado lo que estaba pasando. Por qué estaba pasando.

El shock de esa correa que se clavaba en mi garganta a pesar de que mis dedos estuvieran en su camino me sacó de golpe de mi estado de estupefacción. Oí una violenta maldición por encima de mí y la correa de tela se retorció. Mi corazón dio una sacudida en mi pecho cuando estamparon mis hombros contra la parte de atrás de la bañera. Con los ojos como platos, traté de inspirar, pero solo un hilillo de aire logró colarse en mi garganta. Me giré y me estiré hacia atrás. Agarré un brazo, una muñeca caliente y fuerte. Por instinto, le clavé los dedos. El hombre volvió a maldecir, un sonido grave y gutural, mientras mis ojos desquiciados volaban de un lado a otro por las paredes negras de la sala de baño. Su agarre se aflojó un instante, lo cual permitió que entrara algo más de aire en mis pulmones. Aproveché para agarrar mejor la tela e impedir que se cerrara del todo en torno a mi cuello.

—No pelees —masculló el hombre, y estampó una mano sobre mi cabeza
—. Será más fácil si no peleas.

¿Que no peleara? Mi corazón latía con golpetazos erráticos mientras mis hombros resbalaban hacia abajo por la bañera. Si lograba sumergir mi cabeza, estaría acabada. Lo sabía. Mi barbilla tocó el agua y el pánico se apoderó de mis pensamientos. *Piensa*, *Sera*. *Piensa*. Planté los pies contra la bañera y bloqueé todo el cuerpo. *Piensa*, *Sera*. Mis ojos se posaron en la banqueta. Madera. Si lograba romperla, podría servirme de arma.

—Lo siento —masculló el atacante—. Tiene que hacerse. Lo siento...

Solté su brazo y me tiré contra el lateral de la bañera. El agua rebosó por encima del borde mientras estiraba el brazo. Mis dedos rozaron la toalla...

El atacante tiró hacia el otro lado, lo que hizo que mis pies resbalaran por el lateral de la bañera. La condenada toalla se enganchó en algo y volcó la banqueta. La madera repiqueteó contra la piedra y el hombre me empujó hacia abajo con más fuerza. Me sumergí en el agua y escupí un trago entero de agua caliente y jabonosa. El pánico y el miedo se convirtieron en ira. Una furia palpitante y atronadora, al rojo vivo, y esa rabia quemó a través de la oleada de terror y despejó mi mente. Empujé con todas mis fuerzas contra el suelo de la bañera, con todo lo que me quedaba dentro.

El agarre del hombre tembló bajo el arrebato de fuerza. Salí a la superficie, el agua y mi pelo resbalaban por mi cara. Tosiendo, columpié la cabeza hacia atrás. Impactó contra una barbilla.

—Maldita sea —gruñó el hombre, resbalando hacia atrás.

Hice caso omiso del agudo dolor que bajó disparado por mi columna y seguí moviéndome, mientras el atacante trataba de recuperar el equilibrio entre el agua que había rebosado alrededor de la bañera. Me retorcí hacia un lado y pasé el brazo por encima del lateral de la bañera. La porcelana presionó contra mi piel desnuda cuando colé la cabeza por el repentino hueco entre la tela y mi cuello. Gateé por encima de la pared de la bañera y caí al suelo mojado detrás de la tela. Boqueando en busca de aire, me giré para ponerme de rodillas, pero no llegué muy lejos.

Un cuerpo se estrelló contra el mío y me estampó contra el suelo. Una rodilla se clavó en el centro de mi espalda.

—¡Quítate de encima! —grité. Y por un breve y terrible momento volví a aquella mañana con Tavius, cuando me había inmovilizado justo así. El sabor amargo del pánico amenazó con regresar, con apoderarse de mí.

No. No. No...

El peso del hombre me abandonó de repente y lo oí maldecir de nuevo. No sabía si había resbalado en el agua o no, pero con los brazos libres, agarré la pata de la banqueta. El respiro fue demasiado breve. Las manos se cerraron en torno a mi cuello mientras yo balanceaba la banqueta por los aires, contenta por el salvaje fogonazo de satisfacción que sentí cuando el borde de la madera conectó con lo que sonó como el lado de su cabeza. Las manos soltaron mi cuello y oí un grito. Me tambaleé hacia delante para ponerme de rodillas y estampar la banqueta con fuerza contra el borde de la bañera. El impacto la partió en dos y me dejó con una pata de extremo irregular en la mano.

El hombre me agarró de nuevo, pero estaba mojada y resbaladiza, y no pudo sujetarme bien. Con un grito de rabia, roté por la cintura y estampé la madera rota contra su cuerpo, sin fijarme en dónde impactaba. Fue en su estómago. Por un lado. El hombre aulló de dolor, se tambaleó hacia atrás y resbaló en los charcos de agua. Cayó a plomo y el lateral de su cabeza rebotó contra el borde de la bañera. Se derrumbó como un fardo, inmóvil, y lo vi por primera vez. Pelo oscuro y rizado. Piel rosada. Mediana edad. Pensé que me resultaba vagamente familiar, pero justo entonces una ráfaga de aire gélido sopló por la sala de baño y cargó el aire de electricidad estática. Saqué de un tirón la madera del costado del hombre y me puse en cuclillas. Levanté la vista justo cuando las sombras se despegaban de las paredes de piedra umbra y brotaban de los rincones de la habitación, como si algo las hubiera llamado. Las puertas se abrieron de golpe.

—*Nyktos* —susurré, y me dejé caer de rodillas.

El Primigenio llegó delante de mí en una décima de segundo, apenas le dedicó un vistazo al hombre tirado al lado de la bañera. Oscuras sombras palpitaban debajo de su piel cada vez más fina. Brillantes hebras de *eather* daban vueltas en sus ojos.

—Sera. —Por un momento, pensé oír una preocupación sincera en su voz, ver miedo real en sus ojos, pero eso tenía que ser efecto secundario de mi miedo—. ¿Estás bien? —Cerró las manos en torno a mis brazos.

Tragué saliva y asentí.

- —¿Cómo lo has sabido? —En cuanto lo pregunté, me acordé—. Mi sangre.
- —Lo percibí. —Se inclinó hacia mí y retiró el pelo que tenía pegado a la cara. Sus rasgos se afilaron aún más—. Tu… miedo. Noté su sabor.

Las pisadas de unas botas se detuvieron a la puerta de la sala de baño y oí a Saion mascullar con voz ronca.

—Por los Hados.

Miré por encima del hombro de Nyktos para ver a Ector en el umbral de la puerta al lado de Saion. Palideció al registrar la escena que había ante sus ojos.

- —Tener tu sangre en mi interior ha resultado útil. —Los ojos de Nyktos bajaron para detenerse en mi cuello. Apretó la mandíbula.
- —Exactamente, ¿cuánto de mis emociones te permite sentir mi sangre cuando no estoy cerca de ti?
 - —Solo si lo que sientes es extremo.

- —Parece un poco intrusivo —musité. Sus chispeantes ojos plateados conectaron con los míos.
- —Parte de mí está alucinado y algo perplejo de que puedas siquiera sentirte molesta por *eso* ahora mismo. —Una pausa y sus ojos volvieron a mi cuello—. La otra mitad está… —No terminó la frase, pero unos densos zarcillos de sombra se extendieron por el suelo y obligaron a Ector a dar un paso atrás. La cabeza del dios voló en dirección al Primigenio.

Su reacción... ¿De verdad estaba preocupado? ¿Acaso importaba si lo estaba? Porque yo... era valiosa para él ahora mismo. No, yo no. Lo que llevaba en mi interior era importante. Por supuesto que se mostraría preocupado por perder la brasa de la vida y cualquier otra cosa que su padre pudiese haber hecho.

- —Consígueme una toalla. —Nyktos se recolocó un poco para ocultar mi cuerpo con el suyo, aunque había tanta oscuridad turbia arremolinada a su alrededor que dudaba mucho de que cualquiera de los dos dioses pudiese ver gran cosa—. Esa, no —dijo cuando Saion se acercó e hizo ademán de estirarse hacia la que había estado en la banqueta—. Una que esté intacta.
 - —Por supuesto. —Un momento después, Saion le dio una toalla.

Nyktos la pasó alrededor de mis hombros, pero no la soltó. Sujetó los extremos cerrados y retiró varios mechones más de pelo empapado. El *eather* brillaba con fuerza en sus ojos y por las franjas que cortaban a través de las sombras que rondaban a su alrededor.

- —¿Intentó estrangularte? —La voz de Nyktos sonó suave. Demasiado suave.
- —Lo intentó —dije. Reprimí un estremecimiento—. Fracasó, como puedes ver.

Eso no pareció apaciguar al Primigenio, cuyos dedos rozaron mi cuello, en una caricia tierna.

—Más vale que no te quede cicatriz.

Mis ojos volaron hacia los suyos. Lo había dicho como si de algún modo pudiese hacer que fuese realidad con solo desearlo. Tampoco estaba segura de por qué le importaba.

—Estoy bien —insistí. Agarré la toalla justo por debajo de sus manos—. Quiero decir, estoy bastante segura de que no volveré a darme un baño en la vida, pero estoy bien.

Nyktos me miró, el ceño un poco fruncido.

—Ese... ese es Hamid —murmuró Saion y, por el rabillo del ojo, lo vi girarse hacia donde había quedado tirado el hombre—. ¿Qué diablos?

El nombre me sonaba, pero tardé un momento en ubicarlo.

—¿El... hombre que vino a la corte a informar de la desaparición de Gemma?

El hombre gimió y mi mirada voló por encima del hombro de Nyktos.

—Sigue vivo —dijo Saion, al mismo tiempo que Ector daba un paso al frente. Nyktos se giró a toda velocidad.

—No lo...

Ocurrió en un abrir y cerrar de ojos... un fogonazo de energía blanca teñida de plata cruzó la sala de baño a la velocidad del rayo para estrellarse contra Hamid. Sobresaltada, aspiré una brusca bocanada de aire y me eché atrás. Nyktos cerró un brazo en torno a mi cintura para frenarme antes de que cayera. Me apretó contra su pecho y se puso de pie, llevándome con él. El aura de *eather* engulló al hombre, crepitó y chisporroteó, y después no quedó nada más que una fina capa de ceniza.

—No sé si volveré a ser capaz de usar esta sala de baño nunca más — murmuré, y las cejas de Saion treparon por su frente cuando me miró.

Nyktos aspiró una bocanada de aire profunda y forzada mientras las sombras huían de él para refugiarse otra vez en las paredes y los rincones.

- —Lo has matado.
- —¿No debí hacerlo? —Ector bajó la mano—. Intentó matarla y, por *varias razones*, no te gusta demasiado la idea.
- —Habría disfrutado a fondo de su muerte *después* de hablar con él. Nyktos fulminó al dios con la mirada y ahí fue cuando me di cuenta de que no solo había matado al hombre. Había destruido su alma—. Ahora ya no se le puede interrogar.
- —Mierda. —Al parecer, Ector acababa de darse cuenta de lo mismo. Se pasó una mano por el pelo—. Puede que tenga que pensar más antes de actuar.
 - —Ah, pero ¿tú piensas? —espetó Nyktos. Ector se encogió un poco.
 - —¿Lo siento?
- —Vas a limpiar este destrozo —le ordenó Nyktos a Ector antes de sacarme de ahí.
- —Será un placer —comentó Ector—. Creo que voy a necesitar un cubo y una fregona. Supongo que también una escoba... —Dejó la frase a medio terminar bajo la mirada ceñuda del Primigenio—. O podría limitarme a usar unas cuantas toallas.

Empecé a girar la cabeza hacia él, pero Nyktos me condujo hacia el diván justo cuando Rhain entraba en el dormitorio. Se paró en seco.

- —¿Quiero saberlo siquiera? —preguntó Rhain, la espada en la mano.
- —Hamid acaba de intentar asesinar a Sera —respondió Saion desde la puerta de la sala de baño. Una expresión de confusión cruzó el rostro de Rhain mientras envainaba la espada.
 - —¿Por qué demonios haría Hamid algo así?
- —Eso es lo que yo quisiera saber. —Nyktos me sentó en el diván. Unas intensas llamas cobraron vida en la silenciosa chimenea. Di un respingo y mis ojos como platos se posaron en él—. Magia primigenia —dijo distraído, como si solo hubiese encendido una vela—. ¿Dónde está tu bata?
 - —No... no lo sé.

Agarró una manta y luego hizo una pausa.

—No tienes que soltar ese pedazo de madera, pero sí tienes que soltar la toalla —me dijo con suavidad. Parpadeé, perpleja, antes de darme cuenta de que todavía sujetaba la pata rota de la banqueta—. No está mirando nadie.

En ese momento, me importaba un comino si toda la corte de las Tierras Umbrías me veía. Solté la toalla y el cálido y suave peso de la manta se asentó sobre mis hombros. Enrosqué los dedos de una mano en torno a los bordes, porque no estaba del todo preparada para separarme de la única arma que tenía.

—Ojalá tuviera mi daga —murmuré a nadie en particular.

Todo el mundo, incluido Nyktos, me miró como si hubiese sufrido una conmoción cerebral. Suspiré.

- —¿Cómo consiguió entrar aquí siquiera? —Rhain se volvió hacia las puertas y fue hasta ellas para examinarlas—. No parece que las hayan forzado.
- —Yo las dejé sin pestillo. —Cerré los ojos un instante—. Pensé que habría alguien de guardia.
 - —Yo también —murmuró Rhain, al tiempo que se giraba hacia Nyktos.

Miré al Primigenio, todavía confundida. ¿Acaso no había apostado a nadie al otro lado de la puerta para asegurarse de que yo no hiciera ninguna tontería?

Un músculo se tensó en la mandíbula de Nyktos.

- —Aún no había llegado a esa parte.
- —Ha tenido una mañana muy ajetreada —aportó Saion—. Primero, os tuvo que convencer a ti y a todos los demás que pululaban a su alrededor como gallinas cluecas de que estaba bien, y luego tuvo que ir a comprobar los daños del Adarve.

No sabía qué pensar acerca de que no le pareciese una prioridad asegurarse de que era una... prisionera.

- —¿El Adarve sufrió daños?
- -Mínimos -contestó Nyktos.
- —¿Y hubo más muertos? —pregunté.

Me miró y, por un momento, pensé que no iba a contestar. O que quizá me acusara de que eso no me importaba.

—Hubo heridos, pero ninguno parece tan grave como para morir.

Solté el aire despacio y asentí. Esa era buena noticia, al menos.

- —Bueno —empecé, alargando la palabra al tiempo que levantaba la vista hacia el Primigenio—. Un hombre que era un completo desconocido acaba de intentar matarme.
- —Eso parece —admitió Nyktos, inexpresivo. Acarició mi barbilla con el pulgar antes de darse cuenta de lo que hacía. Dejó caer la mano y se levantó. Pasaron unos segundos—. ¿Dijo algo?
 - —Solo que... que lo sentía y que tenía que hacerlo —le dije.
- —¿Por qué creería que tenía que hacerlo? —preguntó Rhain—. Demonios, jamás me hubiese esperado algo así de alguien como él.
 - —¿Lo conocías bien?
- —Lo bastante bien como para saber que era un hombre tranquilo que no se metía con nadie. Amable y generoso —explicó Rhain—. Y odiaba a Kolis tanto como cualquiera de nosotros.

Eso llamó mi atención.

—¿Llevaba mucho tiempo viviendo aquí?

Nyktos asintió.

- —Era una divinidad que nunca Ascendió. No tenía el suficiente *eather* en su interior para que el cambio fraguara, pero su madre quería formar parte de su vida. Era una diosa.
 - —¿Era? —susurré.
- —La mataron hace varios años. —Nyktos no dio más detalles. Tampoco era necesario.
 - —¿Kolis?
- —Destruyó su alma —me contó Nyktos, y se me hizo un agujero en el pecho—. Ni siquiera sé por qué fue. Ella estaba en otra corte por aquel entonces. Pudo ser cualquier cosa. Algo que lo ofendió o que ella se negara a obedecerlo. Se aseguró de que Hamid conociera todos los detalles de su muerte.
 - —Santo cielo —susurré, horrorizada.

Saion me miró, sus ojos resbalaron hacia mi cuello, hacia la marca que me había dejado Nyktos. Moví la manta un poco más arriba.

—¿Es posible que haya averiguado de algún modo lo que ella planea hacer?

Me puse rígida.

- —Es imposible —lo cortó Rhain—. Nadie osaría hablar de lo que planea.
- —Planeaba —farfullé, pero nadie pareció oírme.
- —Sabes muy bien que ninguno de nosotros hubiésemos desobedecido las órdenes de Nyktos. No querríamos cabrearlo. —Ector asomó la cabeza por la puerta de la sala de baño—. Y a diferencia de mí, Nyktos sí pensaría antes de destruir el alma, para poder seguir jodiéndonos después de muertos.

Pero ¿qué razón tendría un mortal con el que no había interactuado jamás para creer que tenía que matarme? Entonces se me ocurrió.

- —Vino a visitar a Gemma. Supongo que durante el ataque o después comenté, y Nyktos se volvió hacia mí—. Aios dijo que Gemma solo había estado despierta unos instantes. No el tiempo suficiente como para averiguar si era consciente de lo que le había ocurrido. ¿Es posible que lo supiera y le dijera algo a Hamid cuando Aios no estaba presente?
 - —Es posible —caviló Nyktos.
- —Gemma sigue aquí. —Ector pasó por al lado de Saion, un montón de toallas entre los brazos—. Estaba dormida la última vez que fui a verla. Eso fue justo antes de reunirme con todos vosotros abajo. O sea que fue… ¿qué? ¿Hace menos de media hora?

Nyktos se volvió hacia Rhain.

- —Ve a buscar a Aios y averigua si hubo algún momento en que Hamid estuvo a solas con Gemma. Haz que Aios se quede con ella, aunque siga dormida. Después quiero que vayas a casa de Hamid y a la panadería donde trabajaba. Mira a ver si puedes averiguar algo de interés.
- —Por supuesto. —Rhain me miró de reojo, hizo una reverencia y se apresuró a salir de la habitación.

Yo seguía dándole vueltas a lo que Gemma podría haberle dicho a Hamid.

- —En cualquier caso, si Gemma se hubiese percatado de que había muerto y de que yo la traje de vuelta, ¿por qué empujaría eso a Hamid a intentar matarme? Estaba preocupado por Gemma. ¿No se alegraría de que estuviera viva?
- —Sería lo más lógico. Esa es una pregunta muy buena, una para la que me hubiese encantado recibir una respuesta. —Nyktos le lanzó una mirada significativa a Ector, que estudiaba el suelo como si fuese muy interesante.

Nyktos volvió a mirarme—. ¿Estás segura de que estás bien? —preguntó. Aunque asentí, vino otra vez hasta donde estaba sentada—. Deja que vea tu cuello otra vez.

Me quedé muy quieta mientras sus dedos retiraban mi pelo, rozando mi hombro. Hice un gran esfuerzo por tratar de no pensar en cómo me había tocado antes, cómo me había abrazado. Levantó los ojos hacia los míos y, cuando habló, pensé que su voz sonaba más rica, más sensual.

- —No creo que quede cicatriz.
- —¿Estás leyendo mis emociones *otra vez*? —No dijo nada, pero soltó mi pelo y sus dedos rozaron mi mejilla... sus dedos *calientes*—. Oh, por todos los dioses. —Me enderecé de golpe.

Nyktos miró la pata rota que aún sujetaba en la mano casi como si temiera que fuese a usarla contra él, cosa que era lo bastante absurda como para darme ganas de usarla de verdad.

- —¿Qué?
- —Tu piel. Está caliente —le dije. Lo había olvidado hasta ese momento —. Lleva caliente desde ayer por la noche, después de que... —Dejé la frase en el aire cuando vi que Ector levantaba la vista hacia nosotros, una expresión curiosa en la cara—. Bueno, desde ayer por la noche. ¿Es porque te alimentaste?

Nyktos frunció el ceño.

- —No. Eso no la hubiese cambiado. Mi piel ha estado fría desde que tengo uso de razón. Lo más probable es que la piel de Kolis fuese igual.
- —Bueno, pues ya no es así —lo informé—. ¿No lo notas? —Cuando negó con la cabeza, miré hacia los dos dioses que quedaban ahí—. ¿Ninguno de vosotros lo ha notado?

Saion tosió una carcajada.

- —¿Por qué lo habríamos notado?
- —Porque es muy perceptible.
- —Si uno de nosotros lo tocara, quizá —repuso Ector—. Y ninguno de nosotros va por ahí tocándolo. No le gusta que lo toquen.

Arqué las cejas y miré a Nyktos.

- —No me había dado esa impresión.
- —Sí, bueno, tu forma de tocarlo sí le gusta —declaró Ector. Para mi sorpresa, noté que me sonrojaba. Nyktos se giró hacia el dios.
- —¿Tienes ganas de morir hoy o qué? —gruñó, y yo empezaba a preguntarme lo mismo.

—Empiezo a pensar que sí —murmuró Ector. Luego recolocó el montón de toallas en sus brazos—. Pero deja que te toque. A ver si está diciendo la verdad.

Puse los ojos en blanco.

- —¿Por qué habría de mentir sobre eso?
- —¿Por qué no habríamos de cuestionar cada cosa que sale por tu boca ahora? —replicó Nyktos.

Cien contestaciones cortantes diferentes quemaban mi lengua, pero me quedé completamente bloqueada. Su acusación era justificada, pero la frialdad de su tono me recordó tanto a mi madre que me dejó consternada.

Ector se acercó a Nyktos mientras el Primigenio me miraba, su expresión indescifrable. Me forcé a recordar las instrucciones de sir Holland para seguir respirando y me concentré en Ector.

El dios tocó la mano de Nyktos y sus ojos se abrieron como platos al instante.

- —Joder, es *verdad*. Tu piel está caliente.
- —Eso no tiene ningún sentido. —Nyktos no me había quitado el ojo de encima. Aunque no lo mirara, podía sentirlo—. Tiene… tiene que ser tu sangre.
 - —Si es así, no creas que lo hice a propósito.
 - —No estaba sugiriendo eso.
- —¿Estás seguro...? —Solté una exclamación ahogada y dejé caer la pata de madera cuando un dolor atroz alanceó mi cráneo y bajó por mi mandíbula, dejando un rastro de molestia temblorosa a su paso. Nyktos dio un paso hacia mí.
 - —¿Estás bien?
- —Sí —mascullé con los dientes apretados. Me llevé una mano a un lado de la cara y guiñé los ojos ante las luces de repente demasiado brillantes.
 - —¿Te duele la cabeza?
 - —¿O la cara? —preguntó Ector.
- —Un poco. —Aspiré una bocanada de aire demasiado escasa y ese dolor palpitante se asentó muy hondo en mi sien y debajo de mis ojos—. Es solo... una jaqueca. Estoy bien. ¿No deberíamos ir a...? Guau —murmuré. Parpadeé porque el suelo parecía cabecear un poco bajo mis pies—. Eso ha sido raro.

De repente, Nyktos estaba a mi lado. Me agarró del brazo y apenas sentí la corriente de su contacto.

- —¿Qué ha sido raro?
- —El suelo —dije, y él frunció el ceño.

- —¿Estás mareada? —preguntó Nyktos. Empecé a asentir, aunque me di cuenta de que era una estupidez cuando el dolor se intensificó—. Tomé demasiada de tu sangre...
- —No es eso —lo interrumpí—. Ya he tenido estos dolores de cabeza antes. A veces en las sienes y debajo de los ojos. Otras veces en la mandíbula.

Sus cejas se juntaron de golpe.

- —¿Con qué frecuencia los has tenido?
- —Van y vienen. Así... así de intenso solo otra vez. Creo que igual tengo un diente picado o algo. He visto algo de sangre cuando me los lavo —le dije.

Ector bajó las toallas y me miró pasmado.

- —¿Cuándo ha empezado?
- —¿Lo de la sangre? —Hice una mueca.
- —Cualquiera de los síntomas —me presionó Nyktos.
- —No sé. Hace un par de años. No es... no es importante. A mi madre también le pasa a veces. Lo de las jaquecas. Así que supongo que es solo eso.

Los rasgos de Nyktos mostraban una seriedad extraña mientras me miraba igual de pasmado.

- —No estoy tan seguro de que esa sea la causa.
- —Entonces, ¿cuál sería? —pregunté.
- —Imposible —murmuró Saion, y jamás había visto al dios tan descolocado.
 - —Sé lo que estás pensando, pero es imposible.
 - —¿El qué? —logré decir, a pesar del intenso dolor—. ¿Qué es imposible?
- —Lo que estoy pensando *es* imposible, pero creo que sé de algo que puede ayudar —dijo Nyktos, y se volvió hacia los dioses. Solo le hizo falta lanzarles una mirada y los dos salieron de la habitación—. ¿Por qué no te tumbas? Volveré en un momento.

Por una vez, no discutí con él. Asentí. Empezó a dirigirse hacia la puerta, pero luego se paró.

—Habrá un guardia a la puerta de esta habitación —me informó, la cabeza un poco inclinada—. Estarás a salvo.

Nyktos salió de la habitación antes de que tuviese ocasión de decir nada, y con lo mucho que me dolía la cabeza, no era capaz de pensar en eso ni en lo que él creía que era imposible. Entonces recordé dónde estaba mi bata, así que fui hasta el armario y conseguí ponérmela. De camino de vuelta a la cama, hice una paradita para recoger la pata de madera rota. Estaba manchada de sangre, pero hubiese o no un guardia apostado ante mi puerta, no iba a correr ningún riesgo.

Me metí en la cama y prácticamente enterré la cara en la montaña de almohadas. No estuve sola mucho tiempo. Nektas llegó poco después de que el Primigenio se marchara. No dijo ni una palabra y mi cabeza martilleaba demasiado fuerte como para que me molestara su silencio.

En esos momentos, el *draken* estaba en el balcón, aunque había dejado la puerta entreabierta. De tanto en tanto, cuando tenía los ojos abiertos, lo veía pasar por delante de la puerta como si estuviera comprobando si estaba bien.

No pasó demasiado tiempo antes de que entrara en la habitación y anunciara, como la otra vez, que Nyktos estaba a punto de llegar.

—¿Puedes sentirlo? —pregunté, media cara aún plantada sobre las almohadas. Nektas asintió y se detuvo en medio de la habitación—. ¿Es... es por el vínculo? —Contestó a la pregunta con otro asentimiento—. ¿Te gusta estar vinculado a un Primigenio?

Asintió una vez más.

—Para la mayoría de nosotros, es una elección. —Nektas me miró entonces como siempre, sin parpadear—. Adoptamos el vínculo por voluntad propia y, debido a eso, lo consideramos un honor. Igual que hace el Primigenio.

¿Para la mayoría de nosotros?

- —¿El vínculo se transfirió de su padre a él?
- —No. No funciona así. Cuando su padre murió, el vínculo se cortó. Todos los que están vinculados a Nyktos han elegido estarlo.
- —¿Y los que no entran en la categoría de *la mayoría de nosotros*? pregunté, haciendo una mueca cuando las palpitaciones de mi cabeza me dijeron que me callara.

Nektas no contestó de inmediato.

- —El vínculo puede forzarse, como casi todo en la vida. A algunos *drakens* no les dan la oportunidad de elegir.
 - —¿Y... y el *draken* de anoche? El de color carmesí.
 - —No sé si él eligió el vínculo o no, pero sí sé que Kolis no deja elegir.

La puerta se abrió antes de que pudiera preguntar cómo hacía Kolis o cualquier Primigenio para forzar un vínculo. Nyktos entró con una gran jarra de peltre en la mano. Sus ojos se posaron en mí de inmediato y ya no se apartaron.

- —Gracias —le dijo al *draken*. Luego se dirigió a mí—. ¿Qué tal te encuentras?
 - —Mejor.
 - —Miente —le advirtió Nektas.

- —¿Y tú cómo lo sabes? —musité.
- —Los *drakens* tienen un sentido del olfato muy desarrollado. —Nyktos se sentó a mi lado—. Además de la vista y el oído.
 - —¿El dolor tiene un olor?
- —Todo tiene un olor —contestó Nektas mientras lo miraba ceñuda—. Cada persona tiene un aroma único.
 - —¿A qué huelo yo? —pregunté.
 - —Hueles a... —Inspiró hondo y yo hice una mueca—. Hueles a muerte.

Lo miré boquiabierta desde mi montaña de almohadas.

—Eso ha sido bastante grosero.

Nyktos se aclaró la garganta y bajó la barbilla.

- —Puede que esté hablando de mí.
- —Lo estoy —confirmó el *draken*. Miré a Nyktos y entonces me di cuenta de a qué se refería. Un intenso calor trepó por mi cuello.
 - —Pero si me he bañado...
 - —Eso no eliminará ese olor —me contradijo Nektas. Lo miré pasmada.
 - —Vaya, pues eso… es aún más grosero de decir.

Nektas ladeó la cabeza y las aletas de su nariz se abrieron cuando volvió a oler.

- —También hueles a...
- —Ya puedes parar —lo corté—. He cambiado de opinión. No necesito saberlo.

Parecía un poco desilusionado.

—Te he traído algo de beber que creo que puede ayudar con el dolor de cabeza —dijo Nyktos—. No tiene el mejor de los sabores, pero funciona.

Me enderecé un poco y alargué la mano hacia la jarra.

- —¿Es algún tipo de té? —pregunté, al tiempo que cerraba los dedos en torno al recipiente caliente—. Sir Holland me preparó uno cuando tuve un dolor de cabeza parecido una vez.
- —Es té, pero dudo de que sea lo mismo —contestó Nyktos—. Esto debería aliviarte.
- —Su té hizo que se me fuese el dolor de cabeza. —Olisqueé el líquido oscuro—. Huele igual. —Bebí un sorbo y reconocí el dulce y terroso sabor mentolado—. Sabe igual. ¿Sauzgatillo? ¿Menta? ¿Y otras hierbas que no recuerdo? Y deja que lo adivine, tengo que bebérmelo todo mientras aún esté caliente.

La sorpresa destelló en el rostro de Nyktos.

—Sí.

- —Es lo mismo, gracias a los dioses. —Bebí un trago largo y luego me forcé a apurar el resto de la jarra.
 - —Eso ha sido... impresionante —murmuró Nektas.
- —También ha dolido un poco —mascullé con voz rasposa, los ojos y la garganta escocidos—. Pero funciona, así que merece la pena.

Nyktos recuperó la jarra vacía de mis manos.

- —¿Estás segura de que es el mismo té?
- —Sí. —Me acurruqué otra vez sobre el costado—. Es el mismo. Sir Holland me había dado una bolsita extra de hierbas por si el dolor de cabeza volvía.
 - —¿Dijo por qué creía que el té funcionaría? —preguntó Nektas.
- —No que yo recuerde. —Metí las manos debajo de una almohada—. Mi madre sufre migrañas, así que a lo mejor pensó que yo tenía lo mismo y se le ocurrió que esto ayudaría.
- —Eso no tiene sentido. —Nyktos frunció el ceño mientras dejaba la jarra en la mesilla—. Es imposible que un mortal tuviese conocimiento de este tipo de té.

Arqueé una ceja. Ya notaba que el martilleo aflojaba.

- —¿Este té es especial o algo?
- —En el mundo mortal no lo conocería nadie. —Nektas miró al Primigenio y luego su mirada se posó en mí—. ¿Estás segura de que ese sir Holland es mortal?
- —Sí. —Me reí—. Es mortal. —Miré de uno a otro—. Quizás el té sea más conocido de lo que pensáis.
- —Quizá tú estés equivocada en lo de que ese sir Holland sea mortal replicó Nektas.
- —¿Cuándo empezaron exactamente los dolores de cabeza? —interrumpió Nyktos—. ¿Dijiste que hace un par de años?

Lo miré otra vez a él.

- —No lo sé. ¿Hace año y medio o así? ¿Casi dos?
- —Eso no son un par de años —señaló Nyktos.
- —Lo siento. Cuando me interrogasteis al respecto antes, me daba la impresión de que me estaban cortando la cabeza en dos.

Los labios de Nyktos se retorcieron como si estuviese reprimiendo una sonrisa.

- —¿Y no siempre eran intensos como el de hoy?
- —Exacto. Por lo general, los puedo ignorar y al cabo de unas horas desaparecen. Esta es solo la segunda vez que me duele tanto.

Nyktos me estudió con atención. Sus ojos recorrieron mi cara como si buscara respuestas.

- —¿Y el sangrado cuando te cepillas los dientes?
- —Es poco frecuente —le dije—. ¿Crees que tiene algo que ver con un diente? Una vez, mi padrastro…
 - —No es un diente picado —me cortó Nektas.
 - —¿También puedes oler infecciones o qué? —espeté.
 - —De hecho, sí que puedo —afirmó.
- —Oh. —Me hundí un poco más en las almohadas—. Eso suena bastante asqueroso.
 - —Puede serlo, sí —confirmó el draken.
- —Que una infección huela o no huela bien no viene al caso —nos interrumpió Nyktos. Yo entorné los ojos—. Y lo que sientes tampoco son migrañas.
- —No sabía que el Primigenio de la Muerte también era curandero musité. Me lanzó una mirada insulsa.
 - —Ya te encuentras mejor, ¿no es así? Y esta vez es verdad.
 - —En efecto.
- —Entonces, es eso. —Miró a Nektas y el *draken* asintió—. Creo que lo que sientes es un síntoma del Sacrificio.
- —¿Qué? —Me enderecé de golpe. Hice una mueca cuando el dolor se intensificó un momento y luego amainó—. Eso es imposible. Mis dos padres son mortales. No soy una divinidad…
- —No estoy sugiriendo que lo seas —apuntó Nyktos. Esbozó una sonrisa que desapareció casi al instante—. Creo que la brasa de vida que colocaron en tu interior te está produciendo efectos secundarios parecidos a los del Sacrificio. Tienes la edad correcta.
- —Con un desarrollo un poco tardío —añadió Nektas. Fruncí el ceño en dirección al *draken*.
 - —No lo entiendo.
- —Las divinidades pasan por el Sacrificio porque tienen *eather* en su sangre. La brasa que mi padre colocó dentro de ti es *eather*. Es lo que alimenta tu don y debería ser lo bastante potente para evocar síntomas... síntomas que pueden ser debilitantes sin la combinación correcta de hierbas que descubrió hace una eternidad un dios con buena mano para mezclar pociones. Le costó varios cientos de años, o al menos eso fue lo que me contó mi padre. Una poción surgida de la necesidad, puesto que ninguna otra medicina conocida funcionaba para aliviar esos dolores de cabeza y otros

síntomas que venían con el Sacrificio —explicó Nyktos—. Se les da a todos los dioses cuando empiezan a pasar por el Sacrificio y a todas las divinidades cuya existencia conocemos. —Las comisuras de sus labios se curvaron hacia abajo—. Razón por la cual me encantaría saber cómo conocía un mortal esta poción.

A mí también. Aunque había cosas mucho más importantes que también quería saber.

- —¿Significa esto que voy a Ascender?
- —No debería —razonó Nyktos—. Es solo una brasa de vida, una brasa de *eather*. Más potente que la que se encontraría dentro de una divinidad, pero no eres descendiente de un dios. No es parte de ti. Lo más probable es que sufras un par de semanas más, o unos meses como mucho, de estos síntomas y luego se irán. Estarás bien.

Me alivió saberlo, sobre todo después de lo que me había contado Aios acerca del Sacrificio. Jugueteando con las puntas de mi pelo, miré hacia Nyktos. Ahora que el dolor menguaba a cada segundo que pasaba, lo sustituyeron un montón de preguntas y palabras que quería decir.

Nektas se aclaró la garganta.

—Si me disculpáis.

El *draken* no esperó a recibir una respuesta antes de marcharse de la habitación y dejarnos a Nyktos y a mí a solas. El Primigenio me miraba como hacía siempre, pero sus ojos tenían una expresión recelosa que nunca había estado ahí.

- —Si empiezas a sentir el dolor de cabeza otra vez, o cualquier otro síntoma que no te parezca normal, el té evitará que los síntomas sean más graves —me informó—. Así que no esperes.
- —No lo haré. —Enrosqué un rizo alrededor de mi dedo. Nyktos se quedó ahí sentado un momento más, luego empezó a levantarse.
 - —Deberías descansar un poco. Sé que el té puede causar somnolencia.
- —Lo sé, pero… —Nyktos arqueó una ceja, expectante. Respiré hondo—. Quiero hablar de…
 - —¿De ayer por la noche?
 - —Bueno, no, pero supongo que es parte del tema.
- —Lo que ocurrió ayer por la noche no volverá a ocurrir jamás —declaró Nyktos, y mis dedos se quedaron paralizados sobre mi pelo. El tono terminante de sus palabras fue como una espada—. Estarás a salvo aquí. Serás mi consorte como estaba planeado.

Mi mano resbaló de mi pelo.

—¿Aún me quieres como tu consorte?

Una sonrisa tensa retorció sus labios.

—Esto nunca ha tenido que ver con lo que ninguno de los dos queremos. Solo ha tenido que ver con lo que debe hacerse. Y si no seguimos adelante, solo ese hecho levantará demasiadas sospechas.

Mi corazón empezó a latir con fuerza.

—¿Seré tu consorte solo en título?

Ladeó la cabeza.

—¿Esperas algo más? ¿Crees que mi interés por ti supera a mi sentido común? ¿Sobre todo después de haberme enterado de tu traición?

El aire que inspiré me abrasó las entrañas.

- —No espero nada de ti. No espero tu perdón ni tu comprensión. Solo quiero una oportunidad para…
- —¿Para hacer qué? ¿Explicarte? Es innecesario. Sé todo lo que necesito saber. Estabas dispuesta a hacer cualquier cosa por salvar a tu gente. Es algo que puedo respetar. —Su expresión era tan dura como los muros que se cerraban sobre mí—. También puedo… *respetar* lo lejos que estabas dispuesta a ir para cumplir este deber tuyo. Pero ¿con qué propósito? El amor nunca formó parte de esta ecuación.

Eso lo sabía. Por todos los dioses, eso lo sabía después de todo lo que él había pasado. Era solo que no había estado dispuesta a admitirlo del todo para mí misma. No era amor lo que yo buscaba. Nunca fue amor. Aun así, era difícil decir lo que quería decir. Las palabras eran tan simples, tanto que muchas personas lo daban por sentado...

- —Amistad —susurré, y el calor anegó mi garganta—. Existe la amistad.
- —¿Amistad? Aunque me plantease siquiera semejante posibilidad, jamás pensaría en ti para ello. Es imposible que pudiera confiara en ti. Siempre estaría dudando o cuestionando cada pensamiento y cada acción. Porque fuiste moldeada y educada para ser lo que creíais que yo quería. Porque no eres más que un recipiente que estaría vacío si no fuese por la brasa de vida que llevas dentro.

Me eché atrás de golpe. Mi piel, mi cuerpo... todo, se entumeció.

Los ojos de Nyktos refulgieron. Dio media vuelta.

—Como te he dicho, estarás a salvo aquí. Serás mi consorte solo en título, mientras averiguamos exactamente qué tenía planeado mi padre para ti. Pero eso es todo. No hay nada más que hablar. Nada más que decir.

Capítulo 41



A la mañana siguiente estaba sentada ante la chimenea apagada, contemplando los restos de leña quemada mientras deslizaba las manos sobre mis rodillas, distraída. Los pantalones estaban recién lavados y me los habían devuelto antes, junto con el desayuno. Ambas cosas las había traído Davina, pero la *draken* no había dicho gran cosa, y yo no estaba segura de si eso era normal en ella o si se había enterado ya de la verdad a pesar de la advertencia de Nyktos de mantenerlo en secreto.

Lo único bueno que había conseguido con la comida, que apenas toqué, fue el cuchillo para la mantequilla que venía con ella. El cuchillito no le haría ningún daño a un dios, pero estaba segura de que podría darle uso si me enfrentara a un mortal, así que lo birlé y me lo guardé en la bota.

No había dormido bien la noche anterior, ni siquiera después de haber bebido la poción, así que la idea de comer cualquier cosa no me interesaba lo más mínimo.

Recordé la última vez que me había sentido tan *hueca*. Fue cuando tomé aquella poción para dormir. No era solo Nyktos. Era la verdad sobre Kolis. Era la amenaza que yo suponía para las Tierras Umbrías. Era yo. Era Tavius y Nor y lord Claus y todos los demás. Era lo mucho que echaba de menos a Ezra y a sir Holland. Era cómo quería decirle a mi madre que yo nunca fui la causa de la Podredumbre. Y era... era lo mucho que quería que Nyktos fuese Ash.

Cansada, jugueteé con las puntas de mi trenza. También era la certeza de que el pasado jamás podría deshacerse. Que no podía perdonarse. Que no podía olvidarse.

Una llamada a la puerta me sacó de mi ensimismamiento. Me puse de pie.

- —¿Sí?
- —Soy Aios.

Sorprendida, di la vuelta al diván.

—Puedes pasar.

La puerta se abrió y ella no fue la única que entró en la habitación. Bele, que había estado en el pasillo cuando había venido Davina, entró con ella. Al parecer, le había tocado turno de guardia, aunque no estaba del todo segura de si estaba ahí para mantenerme a salvo o para mantener a los demás a salvo de mí.

- —Necesito que vengas conmigo —anunció Aios. Me puse tensa al instante.
 - —¿A dónde? —pregunté con suspicacia.
- —Debería ser a ningún sitio. —Bele se había quedado detrás de Aios, los brazos cruzados delante del pecho. Mis ojos se posaron en sus armas, todas mucho mejores que un insignificante cuchillo de mantequilla—. Le he dicho que Nyktos quería que te quedaras en tus aposentos, pero como siempre, Aios no escucha.

La diosa de pelo rojo tampoco estaba escuchando ahora.

- —Gemma está despierta.
- —Oh. —Miré de una a otra—. Esa es buena noticia, ¿no?
- —Sí —respondió Aios, aunque Bele se limitó a encogerse de hombros.
- —¿Ha explicado por qué entró en el bosque?
- —Parece ser que vio a un dios que había estado en la corte de Dalos y temió que la reconociera. Le entró el pánico y se adentró en el Bosque Moribundo, donde no tardó nada en perderse. Entonces se topó con las Tinieblas. Se escondió de ellas durante un rato hasta que la encontraron. Pero esa no es la razón de que haya venido a buscarte —añadió Aios—. Dice que no sabe lo que pasó después. Ni lo que hiciste tú.
- —Eso también es bueno... —Dejé la frase sin acabar cuando Aios apretó la mandíbula—. ¿O no?
- —Creo que miente. Creo que sabe muy bien lo que hiciste y que le dijo algo a Hamid —explicó Aios—. Le conté lo que había hecho Hamid y perdió el control. Dijo que era culpa de ella. Por eso he venido. Quiero que le digas lo que hiciste.
- —Por si a alguien le interesa saberlo, yo no creo que sea buena idea anunció Bele.

—A nadie le interesa saberlo —repuso Aios—. Creo que si tiene que enfrentarse al hecho de que sabemos que murió, nos contará lo que le dijo a Hamid.

No estaba segura de que eso fuese a funcionar, pero estaba dispuesta a intentarlo. Sería agradable tener una respuesta a algo. No obstante...

- —¿Confías en mí lo suficiente como para dejarme salir de mis aposentos? Aios arrugó la nariz.
- —¿Qué podrías hacer de lo que deba preocuparme? ¿Planeas hacer algo?
- —Más —añadió Bele.
- —No —declaré.
- —Y no tienes ninguna arma, ¿verdad? —preguntó Aios.
- —No. —No podía considerar a mi cuchillo de mantequilla como un arma.
- —Entonces, ¿por qué no iba a confiar en ti?

Arqueé las cejas.

- —¿Aparte de por las razones obvias?
- —Lo mismo que pregunté yo —aportó Bele. Aios suspiró.
- —Mira, estaba claro, al menos para mí, que no querías hacer lo que creías que debías hacer. Eso no significa que esté de acuerdo con tus acciones ni que no me sienta decepcionada. Parecías hacerle... —Levantó la barbilla—. Sea como fuere, no es como si no tuviésemos experiencia explícita en llevar a cabo actos terribles porque creíamos que no teníamos otra opción.

Por un momento, me quedé sin palabras.

—¿Alguna vez has tramado matar a alguien que no te había ofrecido más que amabilidad y seguridad?

Aios me miró a los ojos.

- —Es probable que haya hecho cosas peores. Todos nosotros las hemos hecho —declaró en tono neutro—. Bueno, ¿vendrás conmigo?
 - —Sí... sí —balbuceé, después de parpadear perpleja.
- —Gracias. —Aios dio media vuelta y la falda de su vestido gris revoloteó en torno a sus pies.

Bajé las mangas de mi jersey y la seguí al pasillo; mis pensamientos se consumían por aquello «peor» que podría haber hecho Aios. Lo que podría haber hecho Bele. Porque la diosa no había mostrado oposición a semejante afirmación. No volví a hablar hasta que llegamos al primer piso.

- —¿Dónde está Nyktos? ¿Y cuánta bronca os va a caer a las dos por dejarme salir de mi habitación?
- —Está en Lethe —contestó Bele sin dejar de avanzar por el ancho y silencioso pasillo—. Hubo algún tipo de incidente. No estoy segura de qué,

exactamente. No creo que sea nada grave —añadió cuando me vio abrir la boca—. Pero la verdad es que espero que no se entere de esta excursioncita.

- —Yo no diré nada —las tranquilicé.
- —Más vale —comentó Bele. Se detuvo delante de una puerta blanca, la abrió sin llamar y entró.

Aios negó con la cabeza al oír la exclamación sobresaltada procedente del interior de la pequeña habitación. Seguí a Aios al interior y le eché mi primer vistazo verdadero a Gemma.

Por todos los dioses...

Estaba sentada en la cama, las manos en el regazo, y sus heridas... habían desaparecido por completo. Ningún corte profundo en la frente o las mejillas. La piel de su cuello estaba intacta y hubiese apostado a que su pecho estaba igual.

En realidad, nunca había tenido la oportunidad de ver lo que hacía mi contacto. La mayoría de las heridas de los animales no eran tan visibles y no había llegado a ver la que había acabado con la vida de Marisol. Esta brasa... Dios, era tan milagrosa como lo que mi sangre había hecho por Nyktos.

Me acerqué a la cama mientras Bele cerraba la puerta a mi espalda, y vi que el pelo de Gemma, una vez limpio de sangre, era rubio claro, solo unos tonos más oscuro que el mío. Y había estado en lo cierto: no podía ser mucho mayor que yo, si acaso. Lo cual significaba que había durado en la corte de Dalos más tiempo que la mayoría, puesto que no llevaba tanto tiempo en las Tierras Umbrías.

Gemma miró a Aios primero y luego sus ojos se posaron en mí. Todo su cuerpo se puso en tensión.

—He traído a alguien a quien creo que debes conocer —dijo Aios cuando se sentó en la cama al lado de Gemma—. Esta es Sera.

La mujer no me había quitado los ojos de encima. Se estremeció visiblemente. Tenía los ojos abiertos hasta un tamaño imposible. Me coloqué al lado de la cama.

- —No sé si me reconoces —empecé—. Pero yo...
- —Te reconozco —susurró—. Sé lo que hiciste.

Aios suspiró.

- —Vaya, eso ha sido mucho más fácil de lo que esperaba. —Se giró hacia Gemma—. Podías haberme dicho la verdad sin más.
- —Lo sé. Sé que debería haberlo hecho, pero… no debí decirle nada a Hamid. Está muerto debido a mí. Es mi culpa. Lo siento. No pretendía decir nada. —Las lágrimas rodaban por las mejillas de Gemma y todo su cuerpo se

sacudía—. Es solo que me pilló tan desprevenida y no estaba pensando… Lo sé muy bien. Por todos los dioses, sé muy bien que nunca hay que decir *nada*.

- —No pasa nada. —Aios hizo ademán de poner una mano sobre el brazo de la mujer, pero se detuvo cuando Gemma se encogió—. No vamos a hacerte daño. —Detrás de mí, Bele hizo un leve sonido de desacuerdo, pero Aios le lanzó a la otra diosa una mirada de advertencia—. Ninguna de nosotras va a hacerte daño.
 - —No sois vosotras las que me dais miedo.
- —Lo sé. Es Kolis —dijo Aios en voz baja y mis ojos volaron hacia ella. La empatía de su voz provenía de un lugar con conocimiento de causa, lo mismo que la mirada atormentada que había visto en sus ojos.

Gemma dejó de temblar, pero palideció aún más.

- —No puedo volver ahí.
- —No tendrás que hacerlo —prometió Aios.
- —Pero es culpa mía que Hamid la atacara. No hay forma humana de que su alteza vaya a permitir que me quede aquí ahora. —Se le pusieron los nudillos blancos de tanto apretar la manta.
 - —¿Le dijiste a Hamid que me atacara? —pregunté.
 - —Por todos los dioses, no. —Negó con la cabeza.
- —Entonces, dudo de que Nyktos te vaya a hacer responsable —le dije, y sus ojos volaron hacia los míos. La esperanza y el miedo de creer en esa esperanza estaban bien patentes en su mirada—. No te obligará a ir a ningún sitio que no quieras ir —continué, y supe sin lugar a dudas que era verdad—. Tampoco tienes que tener miedo a eso.

Aios asintió.

—Lo que dice es verdad.

Sentí una punzada en el pecho por lo obvio que era que estaba desesperada por creernos.

—Solo el tiempo demostrará que mis palabras son ciertas, así que espero que les des ese tiempo y no vuelvas a hacer nada... imprudente —dije, al tiempo que pensaba en la ironía de que yo le aconsejara que no hiciera nada irresponsable—. ¿Qué le dijiste a Hamid?

Su pecho se hinchó con una respiración profunda y bajó la vista a sus manos.

—Yo... sabía que me estaba muriendo —murmuró—. Cuando el otro dios me encontró... sabía que me estaba muriendo porque apenas sentí sus brazos cuando me recogió. Y... sé que morí. Lo sentí. Sentí cómo abandonaba mi

cuerpo. Durante un par de segundos no hubo nada y después vi dos pilares, dos pilares tan altos como el cielo, con una luz cálida y brillante entre ellos.

Me puse tensa. Estaba hablando de los Pilares de Asphodel y el Valle. ¿Habría sentido Marisol lo mismo? Sabía que su alma no se demoraría demasiado. Y de haberlo sentido, ¿era consciente de que la habían traído de vuelta? Tragué saliva y recé por que Ezra hubiese sido capaz de convencerla de que no había sido así, o como poco, de asegurarse de que nunca jamás hablara de ello. Si lo hacía, podría ponerlas a las dos en gran peligro, sobre todo si llegaba a oídos de un dios que sirviera a Kolis.

- —Noté que iba a la deriva hacia ellos, pero luego algo tiró de mí hacia atrás —prosiguió Gemma—. Supe que alguien me había traído de vuelta. Giró la cabeza hacia mí—. Supe que habías sido tú. Noté tu contacto. Y cuando te miré, simplemente lo supe. No puedo explicarlo, pero así fue. Es a ti a quien él ha estado buscando.
- —¿Kolis? —preguntó Bele, y Gemma dio otro respingo al oír su nombre. La mujer asintió—. ¿Cómo lo supiste?
- —Fui... —Gemma ciñó mejor la manta a su cintura—. Durante un tiempo fui su favorita. Me mantuvo... —Tragó saliva y estiró el cuello. Aios cerró los ojos—. Me mantuvo cerca de él. Decía que le gustaba mi pelo. —Levantó una mano distraída para tocar uno de los mechones claros—. Hablaba de este... poder que sentía. Hablaba de ello todo el rato. Obsesionado con él y con cómo haría cualquier cosa por encontrarlo. Esta *presencia*. Esta *graeca*.
 - —¿Graeca? —repetí.
- —Es del idioma antiguo de los Primigenios —respondió Bele—. Significa «vida», creo.
- —También significa «amor». —Aios había abierto los ojos. Frunció el ceño al mirarme—. La palabra es intercambiable.
- —¿Como *liessa*? —pregunté, y ella asintió—. Bueno, es obvio que se refiere a la vida. —Supuse que Kolis aún creía estar enamorado de Sotoria—. Él sintió… sintió las ondas de poder que yo causé a lo largo de los años. Eso lo sabemos.
- —Bueno, lo sospechábamos —me corrigió Bele—. Pero no lo hemos confirmado hasta la otra noche, cuando aparecieron los *dakkais*.

Me reacomodé un poco.

—¿Y eso es lo que le dijiste a Hamid?

Gemma soltó una bocanada de aire entrecortada.

—Nunca entendí lo que quería decir cuando hablaba de su *graeca*. No hasta que te vi y me di cuenta de que me habías traído de vuelta. Le dije a

Hamid que debías de ser tú lo que buscaba Kolis. Que tú eras la presencia que sentía y que estabas aquí, en las Tierras Umbrías. —Sacudió la cabeza y tragó saliva de nuevo—. Sabía lo que le había pasado a la madre de Hamid. Él me lo contó. Debí pensarlo mejor antes de hablar. Hamid... odiaba a Kolis, pero también le temía. Estaba aterrado de que pudiera venir a las Tierras Umbrías y hacer daño a más gente.

—Así que ahí tenemos el motivo —razonó Bele. Echó su trenza por encima del hombro—. Pensó que protegía a las Tierras Umbrías si se aseguraba de que Kolis no tuviese una razón para venir aquí. Se le ocurrió eliminar la tentación. En realidad, no es que pueda culparlo del todo por pensar así.

La miré, incrédula.

- —Puesto que yo era la tentación que pretendía eliminar, yo sí que lo culpo.
 - —Es comprensible —admitió la diosa.

Aunque yo también entendía que Hamid hubiese pensado así. Podía verme con facilidad a mí misma haciendo lo mismo. Y también veía cómo ser el objetivo de las intenciones asesinas de alguien, sin importar lo nobles que estas fueran, no era algo que pudiese olvidarse.

Fue así como supe que Nyktos no lo olvidaría jamás. Aunque tampoco era que tuviese que saber lo que se sentía para comprender eso.

Con el pecho apesadumbrado, dejé esos pensamientos a un lado al tiempo que se me ocurría una pregunta que pensé que era mejor no hacer delante de Gemma. ¿Por qué no había venido Kolis en persona a las Tierras Umbrías?

Gemma volvió a hablar, lo cual atrajo otra vez mi atención hacia ella.

—Nunca pensé que su *graeca* fuese una persona. Nunca hablaba de ello como si fuese alguien vivo y que respirara. Hablaba como si fuese un objeto. Una posesión que le pertenecía.

Bueno, a Kolis no le pegaba considerar a las cosas vivas que respiraban como nada más que objetos.

- —¿Alguna vez dijo lo que planeaba hacer con su *graeca* cuando la encontrara? —preguntó Aios.
 - —Creo que conocemos la respuesta a eso —repuso Bele con sequedad.

Tuve que estar de acuerdo con ella. Kolis no podía conjurar vida. Vería la brasa de semejante poder como una amenaza y querría erradicarla.

—No. A mí nunca me dijo nada al respecto, pero... —Nos lanzó una mirada rápida—. Les estaba haciendo algo a los otros Elegidos. No a todos, pero sí a los que desaparecían.

La miré con más atención. *Simplemente desaparecen*. Eso era lo que había dicho Nyktos.

- —¿A qué te refieres?
- —Es solo que había rumores entre algunos de los otros Elegidos que todavía estaban ahí. Los que llevaban ahí más tiempo. Kolis les hacía algo.
- —¿A los que desaparecían? —preguntó Bele, dando un paso hacia ella. Gemma asintió.
- —Cuando volvían, ya no estaban bien —explicó, y un escalofrío recorrió mi piel—. Estaban *diferentes*. Fríos. Sin vida. Algunos permanecían siempre en el interior y solo se movían por ahí en las breves horas nocturnas. Sus ojos cambiaban. —Una expresión distante se coló en los suyos—. Se volvían del color de la piedra umbra. Negros. Y siempre parecían tener… hambre.

Algo en sus palabras tironeaba de los rincones de mi mente. Algo que me sonaba familiar.

—Daban miedo. La forma en que *miraban...* —La voz de Gemma era apenas más que un susurro atormentado—. La forma en que parecían seguir cada movimiento que hacías, cada latido de tu corazón... Eran tan aterradores como él. —Aflojó los dedos en torno a la manta—. Los llamaba sus renacidos. Sus Retornados. Dijo que eran una obra que aún estaba en proceso. —Se rio, un sonido débil—. Una vez le oí decir que todo lo que necesitaba era a su *graeca* para perfeccionarlos.

Aios se giró hacia atrás para mirar a Bele, luego a mí. No parecía que Gemma tuviese nada más que contar y, si lo tenía, a las tres nos dio la impresión de que no sería hoy. La mujer parecía a punto de desmoronarse. Una vez que Aios le aseguró nuevamente que ahí estaría a salvo y dio la sensación de que Gemma le creía, nos marchamos.

Me detuve un momento en la puerta cuando se me ocurrió algo. Me giré hacia Gemma mientras Aios y Bele me esperaban en el pasillo.

—Lo siento.

La confusión arrugó su cara.

- —¿Por qué?
- —Por haberte traído de vuelta a la vida si eso no era lo que querías —le dije.
- —No quería morir —dijo Gemma después de un instante—. No fue por eso por lo que me adentré en el Bosque Moribundo. Era solo que no quería volver ahí. No quería tener miedo nunca más.



En el pasillo y a varios metros de la puerta de Gemma, me detuve de nuevo. Las diosas se giraron hacia mí.

- —¿Qué creéis que son los renacidos? ¿Esas cosas Retornadas?
- —No lo sé. —Bele se dio la vuelta y se apoyó contra la pared—. Nunca había oído nada por el estilo y, créeme, he hecho de todo para tratar de averiguar lo que les ha pasado a los Elegidos desaparecidos.
- —Lo que espero es que el término *renacidos* no tenga un significado literal. —Aios se frotó los brazos con las manos—. Porque no quiero ni pensar en que Kolis haya podido encontrar una manera de crear vida.
- —Y que de algún modo puede involucrarte a ti. —Bele hizo un gesto con la barbilla en mi dirección.
- —Gracias por el recordatorio —musité, aunque sí me hizo pensar en la pregunta que se me había ocurrido cuando estábamos en la habitación de Gemma—. ¿Por qué no ha venido Kolis a las Tierras Umbrías? ¿Por qué no vino él mismo cuando traje a Gemma de vuelta?
- —No ha puesto un pie en las Tierras Umbrías desde que se convirtió en el Primigenio de la Vida —respondió Bele—. No creo que pueda. No te sientas demasiado aliviada por eso —añadió, al percatarse de mi suspiro—. Como viste, no necesita venir aquí para dejar patente su presencia. Y tampoco sabemos a ciencia cierta que no pueda venir.

Asentí y pensé en lo que nos había contado Gemma.

—O sea que está claro que Kolis sabe de la existencia de la brasa de vida. Puede que no sepa cómo se creó, pero sabe que existe. Y cree que la puede usar de algún modo, cosa que voy a suponer que Eythos no tuvo en cuenta.

Aios echó la cabeza hacia atrás.

—Llegados a este punto, dudo de que ni siquiera los Hados sepan por qué puso la brasa de vida en tu estirpe.

Me puse tensa cuando lo que dijo me sonó de algún modo familiar. Fruncí el ceño mientras me devanaba los sesos hasta que... vi a Odetta en mi mente.

- —Los Hados —susurré—. Los *Arae*.
- —Sí. —Aios me miró—. Los Arae.

Mi corazón se aceleró al girarme hacia ella.

—Mi vieja niñera, Odetta, me dijo que había sido tocada por la vida y por la muerte al nacer. Decía que solo los Hados podían decir por qué. Siempre pensé que Odetta estaba siendo, bueno, demasiado dramática, porque ¿cómo

iba a saber ella lo que podían haber dicho o no los Hados, lo que podían saber? Pero ¿y si estaba diciendo la verdad? ¿Y si los Hados sí lo saben? ¿Es posible?

- —Por lo que sé, los Hados no lo saben todo. —Bele se separó de la pared. Sus ojos se iluminaron—. Pero sí saben más que la mayoría.
 - —¿Dónde está Odetta ahora? —preguntó Aios.
- —Falleció hace poco. —Una punzada de dolor alanceó mi pecho—. Debería estar en el Valle. ¿Pueden los *drakens* llegar a ella de algún modo? —pregunté, recordando lo que había dicho Nyktos—. Esperad. Si los Hados sabían lo que planeaba Eythos, ¿no sabría eso también Nyktos? ¿No habría acudido ya a ellos?

Bele se echó a reír.

- —Los Primigenios no pueden exigirles nada a los *Arae*. Ni siquiera pueden tocar a los *Arae*. Está prohibido, para mantener el equilibrio. A Nyktos no se le habría ni ocurrido. Dudo de que se le hubiese ocurrido siquiera a Kolis, y él no suele tener en cuenta las reglas, de ningún tipo.
- —Tenemos que encontrar a Nyktos —exclamé, y miré de una a otra—. Debe saber lo de estos renacidos y de Odetta.
- —¿Sabes dónde está en Lethe? —preguntó Aios, al tiempo que echaba a andar. La seguí.
 - —Sí, pero estoy de guardia.
- —Entonces, la llevamos con nosotras. —Aios me miró de reojo—. Te vas a portar bien, ¿verdad?

Suspiré.

- —No entiendo por qué todo el mundo espera que haga algo... —Me interrumpí cuando las dos se giraron hacia mí—. ¿Sabéis qué? Ni siquiera os molestéis en contestar a esa pregunta. Me portaré bien.
- —Nyktos se va a cabrear muchísimo —musitó Bele cuando llegamos a las escaleras de caracol y empezamos a bajar.

Era verdad que se iba a enfadar. No quería volver a mis aposentos, quedarme sola con mis pensamientos, con la vaciedad que sentía, pero...

- —¿Os vais a meter en un lío muy gordo?
- —No cuando oiga lo que tenemos que decir —me aseguró Aios. La palma de su mano se deslizó por la suave barandilla.
 - —Solo lo dices porque nunca has hecho nada para irritarlo.
- —Cierto. —Aios se rio cuando estábamos a punto de llegar a la planta baja y el enorme vestíbulo apareció ante nuestros ojos—. Pero ¿qué es lo peor que puede hacer?

Bele soltó un resoplido desdeñoso.

—Su decepción por sí sola ya es insoportable...

Las inmensas puertas del vestíbulo se abrieron de par en par sin previo aviso y fueron a estrellarse contra las paredes de piedra umbra.

Bele se paró en seco delante de mí, al tiempo que extendía un brazo a un lado para evitar que Aios fuese más lejos.

—¿Qué demonios?

Me detuve detrás de ellas cuando una figura entró por las puertas abiertas. Todo en mí se paralizó cuando vi la tenue aura radiante que *la* rodeaba.

Era la diosa Cressa.

Capítulo 42



Cressa llevaba un vestido diferente, del color de las peonías que habían desperdigado por el estrado del Templo del Sol. A la brillante luz de la lámpara de araña, la tela era casi iridiscente. Podía ver la hendidura de su ombligo, el tono más oscuro de sus pezones, el...

Vale, veía mucho de ella.

Lo que veía no tenía importancia. Esa zorra había estado ahí cuando Madis asesinó a aquel bebé. Mi mano se deslizó hacia mi muslo derecho, solo para salir vacía.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —exigió saber Bele.

Los ojos de Cressa se deslizaron hacia las escaleras, sus labios rosados se curvaron en una sonrisa.

—Bele —dijo, y vi rojo al oír el sonido de su voz—. Ha pasado mucho tiempo. —Bajó un poco la barbilla—. ¿Aios? ¿Eres tú? Vaya, estás… bueno, estoy segura de que Kolis se alegrará mucho de saberlo.

Aios se puso tensa y entonces todo ocurrió muy deprisa. Cressa levantó una mano y hubo un fogonazo de intensa luz plateada. *Eather*. El rayo de energía cargó el aire de electricidad al salir disparado hacia las escaleras. Bele empujó a Aios a un lado y yo volé hacia delante para agarrarla de un hombro, pero el fogonazo de poder rebotó contra la piedra umbra.

—¡Aios! —grité cuando el *eather* se estrelló contra ella y le provocó un grito agónico. La energía plateada rodó por encima de la mitad de su cuerpo en ondas rutilantes, desde el estómago hasta sus pies. La diosa se desplomó y casi me arrastró con ella. Caí sentada de culo.

Aios yacía inerte entre mis brazos, flácida, pero la brasa de vida no palpitó en mi pecho.

- —Está viva —susurré con voz ronca al tiempo que la tumbaba sobre el costado—. Está viva…
- —Quédate abajo —me ordenó Bele, luego dio media vuelta, agarró la barandilla y se lanzó por encima de ella para aterrizar con agilidad en cuclillas sobre el suelo de la planta baja.

Me quedé agachada, una mano sobre el hombro de Aios, asomada por la barandilla. Bele se irguió; había un aura plateada a su alrededor mientras caminaba hacia delante, la espada en la mano. Le di a Aios un apretoncito en el hombro con la esperanza de que pudiera sentirlo, y luego empecé a bajar las escaleras con sigilo. De verdad que deseaba poder tener algo mejor que un estúpido cuchillo de mantequilla. Había innumerables armas en la sala de detrás de los tronos, pero no había forma de que pudiera llegar hasta ellas a menos que volviera arriba y bajara por las otras escaleras. Tardaría demasiado. Y podía pasar cualquier cosa.

- —Me encantaría jugar contigo. —Cressa permaneció donde estaba, los brazos a los lados—. Pero en verdad no tenemos tiempo para eso.
- —Oh, vas a tener que encontrar ese jodido tiempo. —Bele atacó, lanzando una estocada con la espada al tiempo que un fogonazo de *eather* abandonaba su otra mano.

Cressa se movió a una velocidad asombrosa para esquivar ambos golpes. Giró en redondo, agarró a Bele del brazo y se lo retorció. Bele se agachó para zafarse y lanzó una patada que le dio a Cressa en un costado. La diosa se tambaleó y dejó escapar una risa ronca.

- —Eso ha dolido. —Se enderezó y echó hacia atrás su mata de pelo oscuro
 —. Pero no tanto como dolerá esto.
- —Tienes razón. Esto va a... —Bele dio una sacudida, sus palabras cortadas en seco. Cressa se rio otra vez.

—¿Decías?

Por un momento, no estaba segura de lo que había pasado, pero vi a Bele mirar abajo. Seguí la dirección de su mirada hasta la... la punta de una daga que sobresalía del centro de su pecho. La incredulidad se apoderó de mí al tiempo que la mano de Bele se aflojaba sobre la espada, que cayó al suelo con un golpe que sonó como el estallido de un trueno. Esa daga... oh, santo cielo, era de piedra umbra. Era letal para un dios si perforaba su corazón o su cabeza, y esa hoja tenía que estar cerca. Tenía que estar *ahí* mismo. Y era imposible que la hubiese lanzado Cressa.

Giré la cabeza a toda velocidad hacia al atrio. No vi a nadie, pero tenía que haber alguien más. Alguien debía de haberse colado por una de las otras entradas.

- —Zorra —susurró Bele, tambaleándose hacia atrás.
- —Gracias. —Cressa esbozó una sonrisilla de suficiencia.

Bele se giró hacia las escaleras, cayó sobre una rodilla. La brasa de mi pecho se caldeó, se me cortó la respiración. Estaba herida. De gravedad. Sabía que había que extraer esa daga. Bele quedaría virtualmente paralizada, incapaz de curarse y totalmente vulnerable, hasta que alguien la extrajera.

Tenía que sacársela. Me levanté de donde estaba agachada, sin quitar el ojo de encima de Cressa, pero consciente de que había alguien más fuera de mi campo de visión. Bele negó con la cabeza mientras caía hacia delante sobre una mano, jadeando.

—Sal de...

Cressa atacó de nuevo. Su pie desnudo impactó contra la barbilla de Bele, cuya cabeza dio un latigazo hacia un lado. La patada hubiese matado a un mortal. Era posible que le hubiese partido el cuello a Bele. Se desplomó hacia delante, inconsciente, pero en mucho peor estado que Aios. No se curaría con esa daga clavada. *Tenía* que extraerla, y después la clavaría bien hondo en el corazón de Cressa. La zorra se atragantaría con ella.

Los ojos de Cressa volaron hacia la escalera.

—Hola —dijo, pasando por encima de Bele, esa sonrisa burlona otra vez desplegada en sus labios—. Debes de ser ella. La futura consorte mortal del Primigenio de la Muerte. El mundo entero se ha estado preguntando por qué elegiría a una mortal y creo que ya tenemos nuestra respuesta. ¿No es así, Madis?

Una ráfaga de aire revolvió el pelo de mi sien. Me giré cuando un borrón de movimiento voló por encima de la barandilla para aterrizar detrás de mí. Capté un breve atisbo de piel pálida. Una túnica blanca ribeteada de oro. Ojos ámbar. Largo pelo color medianoche...

Un dolor agudo y repentino explotó en el lado de mi cabeza. Y luego no hubo nada.



El *shock* de mi cuerpo al caer sobre un suelo duro me devolvió de golpe la conciencia. Abrí los ojos a toda velocidad para ver un estrado en alto y dos

tronos de piedra umbra.

Giré la cabeza un poco e hice una mueca cuando un dolor palpitante rebotó por dentro de mi cráneo. Parpadeé para despejar las chispitas de luz blanca de mis ojos. Poco a poco, logré enfocar la vista y me topé con las formas de Aios y Bele. Estaban entre dos columnas. Aios sobre el costado y Bele sobre la tripa, la daga aún asomada por la espalda. Las habían arrastrado hasta aquí.

—Está despierta —dijo una voz femenina—. Es obvio que no la golpeaste tan fuerte.

Cressa.

Rodé sobre la espalda, haciendo caso omiso del fogonazo de dolor que irradió por mi columna.

- —Bueno, sí que la dejé caer al suelo. —Madis se apoyó contra una columna, los brazos cruzados delante del pecho—. Deberías estar agradecida de que no la matara sin querer, si tienes en cuenta lo débiles que son los mortales.
- —¿De verdad será tan mortal? —caviló Cressa. Se me revolvió el estómago cuando la encontré de repente delante de mí, con su espeso pelo negro cayendo por sus hombros—. ¿Lo eres?

Me senté con cuidado y enrosqué la pierna derecha hacia mí. Tragué con esfuerzo en un intento por aliviar la sequedad de mi garganta.

—La última vez que lo comprobé, sí, era mortal.

Cressa sonrió justo lo suficiente para que asomaran las puntas de sus colmillos.

- —No. Si eres tú la que hemos estado buscando, no estoy tan segura de eso. —Una oleada de inquietud me recorrió de arriba abajo cuando se levantó. Retrocedió varios pasos—. ¿Y si no? Bueno, mala suerte. —Cressa me miró desde lo alto con sus despiadados ojos dorados—. Averiguaremos muy pronto si eras lo que protegían los *viktors*.
- —¿Viktors? —Eché una rápida mirada hacia Bele y Aios. ¿Había alguna forma de que pudiera llegar hasta ellas... hasta Bele, al menos, para extraer esa daga? Tendría muchas más opciones de hacer eso que de intentar llegar hasta la sala de detrás de los tronos.

Cressa arqueó una ceja.

—Tiene que llegar pronto. —Madis miró hacia la entrada del salón del trono—. Nyktos y los otros solo estarán distraídos un rato.

Me dio un vuelco al corazón.

—¿Qué habéis hecho?

—Hemos soltado a un par de docenas de Tinieblas por la ciudad —dijo Cressa, y noté cómo se me caía el alma a los pies—. La cosa escaló mucho más deprisa de lo que hubiese esperado. Estará ocupado durante un buen rato, limpiando todo ese lío.

Por todos los dioses, no quería ni pensar en el tipo de horror que harían caer las Tinieblas sobre la gente. Pero Nyktos debería saberlo, debería sentir mis emociones, ¿no? ¿Había sentido algo extremo? No lo creía y, por primera vez en mi vida, maldije mi incapacidad para sentir verdadero terror con facilidad. Eché otro vistazo a Bele.

- —Ni lo pienses, mortal —me advirtió Cressa. Levanté la vista hacia ella.
- —Tengo nombre.
- —¿Tengo aspecto de que me importe una mierda?
- —¿Tengo yo aspecto de que me importe una mierda que no? —repliqué.

Ladeó la cabeza y entornó los ojos. Dio un paso adelante.

Madis descruzó los brazos y me puse tensa cuando se separó de la columna.

- —Cuidado. Si de verdad es ella y la matas, vas a desear estar muerta.
- —Por todos los dioses, espero que no seas tú —se burló Cressa, pero no le estaba prestando atención.

No me querían muerta. Pensé en lo que había dicho Gemma sobre Kolis y los Elegidos desaparecidos que habían regresado *diferentes*.

- —¿Qué importa si vivo o muero? —pregunté, al tiempo que recogía la otra pierna. Me moví hacia delante. Si no podían matarme, entonces podía intentar llegar hasta Bele.
- —Lo averiguarás muy pronto —repuso Madis—. Pero créeme cuando te digo que más te vale desear no ser tú. Sea lo que fuere lo que quiera hacer Cressa contigo, y tiene una imaginación muy activa...
 - —La tengo —confirmó Cressa.
 - —No será nada comparado con lo que te espera —terminó él.
- —¿Planeasteis decir eso? —pregunté—. Apuesto a que los dos os habéis pasado una eternidad esperando el momento perfecto para soltar un cliché tan patético.

Cressa apretó los labios.

—Me vas a poner a prueba, ¿no? —Levantó la vista de golpe—. Por fin.

Me giré hacia la entrada del salón del trono y vi oro. Pelo y piel como rayos de luz, ojos como dos joyas de cuarzo.

Era un dios alto de pelo dorado y ojos a juego. Entró en el salón del trono, sus largas piernas enfundadas en pantalones negros, la camisa blanca que

llevaba desabotonada en el cuello. Esbozó una sonrisa al verme.

- —Vaya, hola —dijo con voz melosa. Me puse tensa. El dios se arrodilló delante de mí. Deslizó sus ojos por mi rostro.
 - —¿Qué opinas, Taric? —preguntó Cressa.

Era el tercer dios. Estaban todos aquí.

—Creo que por fin lo habéis conseguido. —Me miró, alargó una mano hacia mí—. Diablos, justo como la describió. Tiene que…

Reaccioné sin pensar, saqué el cuchillo de mantequilla cuando me agarró del brazo. Me retorcí hacia Taric y lo apuñalé con todas mis fuerzas.

El impacto del cuchillo al conectar con la piel de su pecho sacudió los huesos de mi mano y mi brazo. Y el cuchillo se partió en *dos*. Me quedé boquiabierta cuando retiré el cuchillo roto. Ya había sabido que no haría gran daño, pero no había pensado que haría *eso*. Por todos los dioses... levanté los ojos hacia los de Taric.

—¿Era un cuchillo de mantequilla? ¿En serio? —Arqueó una ceja rubia —. ¿Eso te ha hecho sentir mejor?

Columpié el brazo de nuevo, apuntando a su ojo con el extremo roto. Taric me agarró de la muñeca y la retorció con brusquedad. Rechiné los dientes ante la punzada de dolor. Mis dedos se abrieron con un espasmo y el cuchillo inútil resbaló de mi mano.

—Es peleona —comentó Taric. Puso la palma de una mano contra el lado de mi cabeza cuando me preparaba para dar un codazo—. *Para*.

Mi codo impactó contra la parte de abajo de su mandíbula y su cabeza dio un latigazo hacia atrás. Cressa se rio mientras Taric soltaba un gruñido. Enderezó la cabeza, los ojos como platos.

—Te he dicho que *parases* —me ordenó.

Tiré hacia atrás en un intento de poner algo de espacio entre nosotros para poder usar las piernas...

El dios maldijo en voz baja y se levantó. Me agarró de los hombros y me puso en pie de un tirón. Me solté de su agarre y retrocedí a toda prisa. Eché un rápido vistazo a mi alrededor para asegurarme de que los otros dioses no estuvieran cerca. Seguían cerca de las columnas.

Taric suspiró.

- —¿De verdad quieres intentar esto?
- —No —admití, al tiempo que me preparaba—. Pero lo haré.

Yo ataqué primero, pero él me agarró de la muñeca y empujó. Fuerte. Salí volando hacia atrás y resbalé por el suelo. Choqué contra una columna de

piedra con la fuerza suficiente como para sacarme todo el aire de los pulmones.

—Solo estás retrasando lo inevitable —comentó Madis desde los laterales mientras Taric caminaba hacia mí.

Me di impulso contra la pared, giré en redondo y lancé una patada, directa hacia su rodilla. Solo que donde él había estado, ahora no había más que un espacio vacío. Me tambaleé y apenas logré evitar caer.

—No puedes pelear conmigo.

Di media vuelta para encontrar al dios de pie detrás de mí. Me abalancé hacia él para darle un puñetazo...

Había desaparecido otra vez.

—Y esto ya se está poniendo aburrido.

Recuperé el equilibrio y di media vuelta otra vez. El dios había regresado al centro de la sala, con los brazos cruzados delante del pecho. Ahora sí que me estaba empezando a enfadar. Me di impulso contra la pared de nuevo, gané velocidad y salté por los aires...

Unos brazos me agarraron desde atrás y se me escapó un chillido de frustración.

- —Soy un dios.
- —Enhorabuena —espeté furiosa. Di un cabezazo hacia atrás y logré impactar contra su cara. El golpe me provocó otra punzada de dolor, pero columpié las piernas hacia delante...

Taric me soltó.

Caí, aunque logré retorcerme en el último segundo para aterrizar de rodillas. Me levanté de un salto y me giré. El dios me agarró del cuello y me levantó en volandas. Sus dedos se clavaron en mi piel mientras pataleaba. Empujó hacia delante para estampar mi espalda contra una columna. Solté una exclamación ahogada al sentir el dolor cuando me levantó del suelo y plantó el antebrazo contra mi pecho. Me apretó con el cuerpo para inmovilizarme de modo que nuestros ojos quedaran a la misma altura.

—Mírame —exigió, y su voz... Dios, había algo en su voz. Reptó por mi piel y trató de colarse debajo de ella—. *Mírame*.

Noté que su voz escarbaba dentro de mí con unas uñas afiladas como cuchillas y arañaba mi mente para exigir que obedeciera. Que hiciese lo que me pedía. Y parte de mí quiso ceder a ella. Pero luché contra ese impulso...

—Interesante. —La curiosidad llenó el tono de Taric, al tiempo que me agarraba de la barbilla y me obligaba a mirarlo—. La coacción no funciona con ella.

- —Tiene que ser ella, pues —exclamó Cressa—. Agarrémosla y salgamos de aquí cuanto antes.
- —Tenemos que asegurarnos. —La mano de Taric resbaló de mi cuello y se cerró en torno a mi barbilla—. Y hay una manera de confirmarlo.
- —Sabes que es ella —protestó Cressa. Se acercó a nosotros—. Solo estás siendo glotón. Estúpido.
- —Es posible. —Taric sonrió, enseñando los colmillos. Mi corazón dio un traspié al verlos—. Pero siempre me pregunté a qué sabría la *graeca*. Inclinó mi cabeza hacia un lado con un gesto rudo—. Al parecer, alguien más ya lo ha averiguado. —Su risa golpeó mi cuello—. Oh, el rey va a disgustarse mucho por ello.

No hubo previo aviso, ningún tiempo para prepararme. Me mordió, hundiendo los colmillos en el mismo punto que lo había hecho Nyktos. Perforó mi piel y *dolió*. El dolor fue ardiente, escaldó mis sentidos al succionar mi sangre con fuerza, mucho más fuerte de lo que jamás creí posible. El dolor no se alivió. No se convirtió en algo caliente y sensual. Era un dolor atroz, interminable y palpitante, que se hundía más hondo a cada oleada. Pasó de mi piel a mi sangre y de ahí a mis huesos. El pánico estalló en mis entrañas mientras forcejeaba con Taric, pero el dios era demasiado fuerte. Y estaba enganchado a un lado de mi cuello.

Mi cuerpo entero se quedó rígido contra la pared cuando unos dedos mentales arañaron mi cerebro y luego se hincaron más hondo, me desgarraban... escarbaban en mis pensamientos, mis recuerdos, en el mismísimo centro de mi ser. No sabía cómo lo estaba haciendo, pero estaba retirando capas de mí, veía cosas que yo había visto, oía palabas que yo había dicho y las que otras personas me habían dicho. Estaba metido en mis pensamientos...

El dolor explotó, esta vez *dentro* de mi cabeza, profundo y penetrante. Daba la impresión de que mi cráneo se estaba haciendo añicos. Un grito brotó de mi interior. Un millar de estrellas inundaron mi visión cuando mi garganta se selló y silenció el grito. Una agonía atroz bajó disparada por mi columna, chamuscó todas mis terminaciones nerviosas. No podía respirar con ese dolor, no podía pensar, ni esconderme de él. No había velo tras el que refugiarme, ningún recipiente vacío ni lienzo en blanco en el que convertirme. El dolor se asentó en lo más profundo de mi ser, arraigó y me rompió en pedazos. Noté un sabor metálico en el fondo de la boca. Un terror puro hincó sus garras en mí. Nyktos estaba equivocado. Sí era *capaz* de estar aterrorizada. Lo estaba en

ese momento. No podía soportarlo. Mis dedos se clavaron en la piel de Taric. No podía soportar...

Esos *dedos virtuales* que arañaban y escarbaban se retiraron de pronto. Taric se separó con brusquedad y ni siquiera sentí la dolorosa retirada de sus colmillos, ni cuando golpeé el suelo. Me quedé ahí tirada sobre el costado, los ojos como platos y los músculos sufriendo espasmos una y otra vez a medida que el fuego iba desapareciendo de mi piel y salía de mis músculos.

—¿Es ella? —exigió saber Cressa, cuya primera palabra sonó muy lejana, pero la segunda ya más cercana.

Mi vista se despejó cuando la quemazón abandonó mi sangre y mis músculos se aflojaron. Aspiré una bocanada de aire y enrosqué los dedos contra el suelo mientras ese dolor ardiente seguía abrasando mi cuello y mi pecho.

—Oh, Dios, sí que lo es —suspiró Taric—. Pero esto es mucho más… — Se tambaleó hacia un lado y miró abajo—. ¿Qué demonios?

El suelo estaba *vibrando*. Observé cómo la oscuridad se arremolinaba en los rincones y se despegaba de las paredes para correr por el suelo hacia la entrada. Intenté levantar la cabeza, pero los músculos de mi cuello eran como fideos mojados. El estallido de un trueno sacudió el *palacio* entero. No. Eso no era un trueno. Era un *rugido*. Un *draken*.

Una ráfaga de aire gélido sopló por toda la sala, el ambiente se cargó de poder.

Taric dio un paso atrás y se giró hacia la entrada del salón mientras el aire crepitaba y siseaba. Reuní hasta el último gramo de energía que quedaba en mi interior y me senté. Dejé caer la espalda contra la columna, resollando. Respiré hondo y el olor... ese olor fresco y cítrico me golpeó de lleno. Se me cortó la respiración.

Nyktos.

La turbulenta masa de sombras apareció en el arco de entrada al salón y lo que vi no se parecía en absoluto al Nyktos que conocía.

Su piel era del color de la medianoche, veteada con el tono plateado del *eather*, tan dura como la piedra con la que estaba construido el palacio e igual de suave. Giraba en espirales infinitas, lo que dificultaba poder ver si sus facciones eran las mismas de siempre. Los elegantes arcos gemelos detrás de él ya no eran alas de humo y sombra, sino sólidas y parecidas a las de un *draken*, solo que las suyas eran una masa furiosa de plata y negro. El poder lanzaba chispas en sus ojos, unos ojos tan llenos de *eather* que no eran visibles ni sus iris ni sus pupilas.

Esto era de lo que había visto atisbos. Lo que existía debajo de la piel de un Primigenio. Y era aterrador y precioso.

Nyktos se alzó por los aires, las alas desplegadas en toda su envergadura, los brazos a sus lados, las manos abiertas. El *eather* danzaba por las palmas.

—De rodillas —ordenó—. Ahora.

Capítulo 43



Los tres dioses cayeron de rodillas ante Nyktos, las cabezas gachas en señal de sumisión. No vacilaron ni un instante.

- —¿Osáis entrar en mi corte? —La voz de Nyktos atronó por toda la sala y sacudió el palacio entero. Por el rabillo del ojo, vi a Aios removerse, pero no podía quitarle los ojos de encima a él. Avanzó por el aire, sus alas se movían en silencio—. ¿Y tocar lo que es mío?
- —No teníamos elección. —Cressa soltó una exclamación cuando un vendaval entró por el techo y azotó su pelo. Levantó la cabeza. Su piel se había vuelto del color del hueso descolorido—. Nos…
 - —Todos tenemos elección —gruñó Nyktos.

Cressa salió despedida hacia atrás y luego subió por los aires. Capté un atisbo de Aios que se sentaba y luego se arrastraba a toda velocidad hacia Bele, al tiempo que el cuerpo de Cressa se quedaba rígido. Su boca se estiró de lado a lado en un grito silencioso, e igual que los guardias de Wayfair, Nyktos no tuvo que ponerle ni un dedo encima. Unas grietas profundas y despiadadas aparecieron en sus antes suaves mejillas. No se desintegró despacio. Explotó para hacerse añicos en un fino polvillo centelleante.

—Y vosotros elegisteis mal —sentenció Nyktos. Su cabeza voló en dirección a Madis—. Ve a reunirte con tu hermana.

El dios se giró, pero una sombra entró por el techo abierto, una gran sombra gris y negra. *Nektas*. El *draken* aterrizó sobre las patas delanteras, sus garras se estrellaron contra el borde del estrado, sus alas pasaron por encima de los tronos y estiró su largo cuello hacia delante. La gruesa gorguera de

alrededor de su cabeza vibró cuando abrió la boca. Salió un fuego plateado por ella que engulló a Madis en cuestión de segundos.

Cuando el fuego amainó, no quedaba nada donde antes había estado Madis. Ni siquiera ceniza.

Unas manos me sobresaltaron al tocar mi brazo. Giré la cabeza a toda velocidad para encontrar a Saion en cuclillas a mi lado.

- —¿Estás bien? —Su mirada de preocupación se posó en mi cuello—. ¿Sera?
- —Sí —dije con voz ronca. Me di cuenta ahora de que Nyktos no había llegado solo. Ector y Rhain entraban desde los laterales, las espadas en las manos—. Bele. —Giré la cabeza hacia donde ella y Aios yacían al otro lado. Sentí un fogonazo en el pecho, que me dejó la piel fría. Bele estaba tumbada de espaldas, la daga tirada en el suelo. Aios estaba inclinada sobre ella, las manos sobre la cara de la otra diosa.

El rugido de advertencia de Nektas me hizo girar la cabeza de golpe. Taric estaba de pie, un fogonazo de *eather* brotó de su interior, bajó en espiral por la piel desnuda de su bíceps y su antebrazo, crepitando y escupiendo chispas plateadas. La luz irradió desde la palma de su mano, se estiró, se solidificó y cobró la forma de una... *espada*.

Un arma de puro eather.

Por todos los dioses.

—¿En serio? —Nyktos sonaba *aburrido*. Descendió deprisa para aterrizar delante de Taric en un abrir y cerrar de ojos. Replegó las alas y cerró la mano como una tenaza sobre la muñeca de Taric. La espada apuntaba hacia un lado, sin dejar de crepitar y chisporrotear—. Deberías saber bien que es inútil intentar usar *eather* contra mí. —Su voz sonó glacial, llena de sombras—. Lo único que estás consiguiendo es cabrearme.

El resplandor de *eather* se esfumó de Taric, la espada se desvaneció. El dios se quedó ahí plantado, su piel era más pálida bajo el brillo del oro.

- —¿Sabes siquiera lo que tienes aquí? —Empezó a girar la cabeza hacia mí.
- —No la mires. Si lo haces, no te gustará lo que pasará a continuación. Soltó la muñeca de Taric y cerró la mano en torno al cuello del dios para forzar su cabeza en dirección contraria a mí—. Y sé muy bien lo que tengo.
- —Entonces, deberías saber que él no se detendrá ante nada para conseguirla —se burló Taric, y sus ojos se desviaron otra vez hacia mí.
 - —Oh, tío, esto va a ser malo —murmuró Saion.

—¿Qué te he dicho de mirarla? —preguntó Nyktos con voz suave. Demasiado suave. Un escalofrío bajó de puntillas por mi columna. El cuerpo entero de Taric sufrió un espasmo cuando un grito ronco entreabrió sus labios. Un tono rojo llenó el blanco de sus ojos. Retrocedí contra Saion y me planté una mano sobre la boca cuando empezó a manar sangre de los ojos del dios. Taric dejó escapar un gemido agudo mientras sus ojos se... derretían y resbalaban por sus mejillas en pegotes densos.

—No puedes decir que no te avisé —dijo Nyktos.

Me estremecí, la garganta llena de bilis. Jamás había visto nada así. Jamás quería volver a ver nada así.

—Joder —boqueó Taric con voz rasposa, temblando—. Mátame. Adelante, hazlo, *Bendecido*. No importará. Él no se detendrá. Hará trizas ambos mundos. Tú deberías saberlo mejor que nadie. —La cabeza de Taric dio una sacudida hacia atrás y mostró sus dientes manchados de sangre mientras se reía—. Mátame. Llévate mi alma. Eso no será nada comparado con lo que te hará él, porque no puedes detenerlo. Como no pudo tu padre. La tendrá… —Taric aulló y todo su cuerpo se combó.

Al principio, no sabía lo que estaba pasando, pero luego vi la muñeca de Nyktos pegada al ombligo de Taric. Su mano...

Su mano estaba dentro del dios.

Arrastró la mano hacia arriba, a través del estómago de Taric, tallando un surco en medio de su carne. Una sangre centelleante, de un tono rojo azulado, caía a borbotones por la parte de delante de la camisa del dios. Y los sonidos... los sonidos que hacía...

Nyktos se inclinó hacia él para hablarle directamente al oído.

—Me subestimas si crees que no puedo hacerte nada peor. —El Primigenio sonrió entonces y se me congeló la piel—. Puedo oler su sangre en tus labios. No hay nada que no quiera hacerte a cambio de eso.

El cuerpo de Taric se puso rígido mientras la mano de Nyktos cortaba justo por el centro de su pecho y a través de su corazón. Nyktos retorció la mano y luego la sacó de un tirón. Taric cayó hacia delante sobre el creciente charco de sangre con un ruido carnoso y mojado.

Yo apenas respiraba cuando el Primigenio se volvió hacia donde estaba yo. Esos ojos blancos por completo se posaron en mí. Nuestras miradas conectaron. Las manos de Saion se apretaron sobre mis brazos y luego se aflojaron. El pecho de Nyktos se hinchó. Las sombras que rondaban por sus piernas se evaporaron y el *eather* fue retrocediendo de sus ojos.

En un santiamén, Nyktos estaba arrodillado delante de mí. Tenía el mismo aspecto de siempre. La piel caliente, de un bronce dorado, y sin alas. El *eather* seguía girando como loco por sus ojos y su piel se afinó cuando vio de cerca la herida palpitante de mi cuello. Levantó la mano, esa mano empapada en sangre. Contuve la respiración, temblorosa.

Nyktos detuvo sus dedos a pocos centímetros de mi cara. Sus ojos volaron hacia los míos y bajó la mano.

—No te haré daño —me aseguró—. Jamás.

Tragué saliva.

—Lo sé. —Y era verdad que lo sabía. Siempre lo había sabido, pero las palabras... simplemente rebosaron por mi boca mientras nos mirábamos a los ojos. Era como si Saion no estuviese detrás de mí, sus manos todavía sobre mis brazos—. Pero estaba... estaba *aterrada*. Ese dios. Taric. Hizo algo. Se metió en mi cabeza y me vio. Lo vio todo y… —Aspiré una bocanada de aire brusca y sentí que la presión se cerraba sobre mi pecho.

—Lo sé. Hurgó en tus recuerdos. No todos los dioses pueden hacerlo — me dijo—. Es una manera brutal de descubrir lo que quieres saber. No tenía que morderte para hacerlo, aunque siempre es doloroso de todos modos. — Las líneas de alrededor de su boca se crisparon mientras sus ojos buscaban los míos. Esta vez levantó la otra mano y la puso con suavidad sobre mi mejilla. Su mano seguía caliente—. No lo olvides, Sera. No estás asustada. Puede que sientas miedo, pero *jamás* estás asustada.

Solté el aire, temblorosa, y asentí. Luego noté que algo duro rozaba mis dedos. Bajé la mirada para ver que Nyktos apretaba el mango de la daga de piedra umbra contra la palma de mi mano. La que me había dado y después me había quitado. Mis dedos temblaron y luego se cerraron en torno al mango. Levanté la vista hacia él, que no dijo nada y dejó que su mano se apartara. Tener el arma en mi mano me produjo una sensación de calma que alivió la tensión de mi pecho y me aclaró las ideas. Sabía que el hecho de que me la diera significaba algo. No que ahora confiara en mí, pero era como si supiera que la necesitaba. Como si supiera que me calmaba. Y para mí significaba algo que me la hubiera devuelto. Significaba un montón.

- —Gracias —susurré, y Nyktos cerró los ojos. Su rostro se tensó...
- —Nyktos —lo llamó Rhain, con una voz que sonaba llena de gravilla. Nyktos abrió los ojos y se giró hacia atrás.
 - —¿Qué…? —Se calló a mitad de pregunta y se levantó despacio—. No.

Vi primero a Ector. Estaba pálido, los ojos extrañamente vidriosos a la luz de las estrellas. Entonces me fijé en Aios que se balanceaba adelante y atrás,

las mejillas húmedas. *El pulso*. Lo había sentido. Despacio, bajé la vista hacia Bele. Estaba demasiado quieta, demasiado pálida. Se me comprimió el corazón y a punto estuve de caer hacia delante.

- —No —repitió Nyktos. Echó a andar todo rígido hacia ellos.
- —Tuvo la daga clavada demasiado tiempo. O tocó su corazón cuando nos movieron de sitio —dijo Aios, la voz temblorosa—. Estaba luchando contra ello. La vi luchar. No se... —Un sonido quebrado silenció el resto de sus palabras.

Nyktos se agachó al lado de Bele. No dijo nada mientras tocaba su mejilla. Su pecho se hinchó. No soltó el aire, tampoco dijo nada, pero el dolor estaba grabado en sus facciones, brutal y devastador.

Un suave sonido vibrante atrajo mi atención hacia Nektas. Seguía sobre el estrado, y apoyó la cabeza sobre las patas delanteras. Sus ojos rojos se cruzaron con los míos.

- —Yo... yo puedo ayudarla —balbuceé, y mi corazón se aceleró. Nyktos negó con la cabeza.
- —Tienes una brasa de vida en tu interior. Eso no es suficiente para traer de vuelta a un dios.

Me levanté, un poco inestable, pero Saion estaba ahí, sus manos aún sobre mis brazos.

- —Puedo intentarlo.
- El Primigenio sacudió la cabeza.
- —¿No puede intentarlo? —preguntó Aios, y se le cortó la respiración con un estremecimiento—. Si no funciona, no funciona. Y si se produce una onda de poder, estaremos preparados. Tenemos que intentarlo.

Mis pasos eran vacilantes, débiles, pero noté cómo la brasa se caldeaba en mi pecho, palpitaba.

—Quiero intentarlo. —Me agaché al lado de Nyktos. Solo entonces me soltó Saion—. Necesito hacerlo. Venían a por mí. Ella murió por mi culpa.

Nyktos levantó la cabeza a toda velocidad hacia mí.

—No murió por tu culpa. No te eches ese peso encima —me ordenó. Pasó un momento y entonces sus ojos se deslizaron detrás de mí, hacia los otros que no me había dado cuenta de que estaban en la sala—. Aseguraos de que los guardias del Adarve estén preparados para... bueno, para cualquier cosa. —Miró a Nektas.

El *draken* levantó la cabeza y emitió una llamada. Ese sonido agudo y entrecortado de antes. Resonó por la sala y luego recibió respuesta. Una

sombra cayó sobre la abertura del techo, luego otra, a medida que los *drakens* cercanos emprendían el vuelo.

—Inténtalo —dijo Nyktos.

Respiré hondo, dejé la daga en el suelo al lado de mí y puse mis manos sobre el brazo de Bele. Su piel había adquirido una frialdad espeluznante. No sabía si tenía algo que ver con que fuese una diosa, pero noté una sensación extraña bajo los dedos. El zumbido del *eather* corrió por mis venas, llegó a mi piel. Un suave resplandor se extendió desde debajo de las mangas de mi jersey para cubrir mis manos. *Vive*, pensé. *Vive*. Quería que funcionara. No estaba segura de que a Bele le gustara yo siquiera, pero había tratado de defenderme. No se había quedado a un lado y dejado que los dioses se apoderaran de mí. No se merecía morir así y...

Y *Ash* no se merecía tener otra gota de sangre tatuada en la piel.

Vive.

La luz plateada se extendió por encima de Bele y luego se filtró en su piel, iluminó sus venas hasta que dejé de verla debajo del resplandor. No pasó nada. Aios agachó la cabeza, sus hombros se sacudían, porque no había...

El resplandor dio un fogonazo y después se expandió, irradió del cuerpo de Bele como una ola, un aura intensa y poderosa que se convirtió en una onda sísmica. El viento rugió a nuestro alrededor, azotó mi ropa y mi pelo. El suelo tembló. Todo se sacudió en torno a nosotros mientras un rayo de luz cruzaba por el cielo en lo alto, por encima del techo descubierto. *Un relámpago*. Jamás había visto relámpagos aquí.

El aura se disipó. El viento cesó, el temblor también.

Nektas emitió ese suave sonido vibrante otra vez y el pecho de Bele se hinchó de golpe, como si aspirara una profunda bocanada de aire. Levanté las manos, demasiado temerosa de estar sufriendo alucinaciones. Pero sus ojos aletearon. Sus pestañas se abrieron para dar paso a unos ojos del color de las estrellas, brillantes y plateados.

—Joder —susurró Rhain. Nyktos dio un respingo y le puso una mano en la coronilla.

—¿Bele?

La garganta de la diosa subió y bajó al tragar.

—¿Nyktos? —susurró con voz ronca.

Había funcionado.

Gracias a los dioses, había funcionado.

Un estremecimiento de alivio recorrió el cuerpo del Primigenio, luego el mío, y después la sala entera. Aios se inclinó hacia ella al instante, agarró la

mano de Bele y la sujetó con fuerza entre las suyas.

- —¿Qué tal te encuentras? —preguntó Nyktos, la voz ruda.
- —¿Cansada? Muy cansada. Pero estoy bien, creo. —La confusión llenó su voz mientras se giraba hacia mí—. ¿Int... intentaste apuñalar a ese bastardo con un cuchillo de mantequilla?
- —Sí —admití, y la palabra salió como una carcajada—. No fue demasiado bien.
 - —Estás loca —susurró. Tragó otra vez—. Lo... vi.
- —¿Viste qué? —Nyktos deslizó una mano con suavidad por su frente. Bele cerró los ojos.
 - —Luz —susurró—. Una luz intensa y... Arcadia. Vi Arcadia.

Crucé las manos con fuerza y las sujeté contra mi pecho, al tiempo que los músculos de Bele se relajaban y su respiración se hacía más profunda y regular.

- —¿Bele? —la llamó Nyktos. Retiró la mano de su mejilla. Pero no hubo respuesta.
 - —¿Está bien? —preguntó Aios.
- —Duerme —repuso Nyktos, sin apartar los ojos de la diosa. Pasaron unos segundos largos—. Eso es todo.
- —¿Eso es todo? —repitió Ector. Su risa fue repentina—. Eso no es todo. —Estaba de rodillas y el *eather* palpitaba con intensidad detrás de sus pupilas cuando fijó la vista en mí. Me miraba con una mezcla de asombro y miedo.

Despacio, Nyktos se giró hacia mí.

—Lo que has hecho es imposible. Una brasa de vida no debería haber sido suficiente para lo que has hecho —murmuró. Estudió mi rostro como si buscara algo—. No solo la has traído de vuelta. La… la has Ascendido.

Capítulo 44



Me encontré en las oficinas de Nyktos por primera vez y, como había sospechado, tenían lo mínimo imprescindible, igual que su dormitorio.

Su escritorio era enorme, hecho de algún tipo de madera oscura que centelleaba con un toque de rojo a la luz de la lámpara; la delgada lámpara de aceite, el único artículo sobre la mesa. Había una silla detrás del escritorio, y los únicos muebles de toda la habitación eran un aparador, una mesita auxiliar y el sofá sobre el que estaba sentada, que era gris claro y tenía gruesos cojines. Me daba la sensación de estarme hundiendo en el asiento. Como si pudiera engullirme entera mientras contemplaba las estanterías vacías que cubrían las paredes.

Nyktos había ido a ver cómo estaba Bele, a la que habían llevado a una habitación de la primera planta. No estaba segura de cuánto tiempo había pasado, pero no había habido alarmas del Adarve que nos alertaran de un ataque inminente. Eso no significaba que ninguno de nosotros estuviera relajado. Saion no podía estarse quieto e iba de una esquina de la habitación a la otra cada par de minutos. Ector hacía lo mismo, solo que él entraba y salía por la puerta de la oficina. Me miró y luego se apresuró a desviar la vista.

- —¿Puedo preguntaros algo a los dos? —empecé, con una ligera mueca por el dolor en mi garganta. Saion se giró hacia mí.
 - —Claro.
 - —¿Os doy miedo?

Ector levantó la cabeza de sopetón. No dijo nada, y Saion tampoco, durante un buen rato. Al final habló, sin quitarle los ojos de encima a la daga

que Nyktos me había devuelto. La había dejado sobre el reposabrazos del sofá, al alcance de la mano.

—Lo que hiciste ahí dentro debería ser imposible.

Aspiré una bocanada de aire que no fue a ninguna parte y recogí las piernas contra mi pecho mientras me hundía más en los cojines.

No solo había traído a Bele de vuelta a la vida.

La había *Ascendido*.

- —¿Por qué eso haría que me tuvierais miedo? —pregunté.
- —No tenemos miedo —contestó Ector. Se apoyó contra el marco de la puerta abierta—. Estamos… desconcertados. Perturbados. Inquietos. In...
- —Vale, vale —lo interrumpí—. Lo que no entiendo es por qué os hace sentir así a todos. No he podido Ascenderla. —Un rizo despistado cayó por mi frente—. Ni siquiera entiendo del todo lo que significa eso para un dios.

Saion dio un paso adelante y luego se detuvo.

- —¿Normalmente? ¿Si estuviésemos hace cientos de años y un Primigenio de la Vida Ascendiera a un dios? Significaría... ¿cómo sería la palabra? Miró a Ector—. Significa entrar en una nueva fase de la vida. Una transición.
- —¿Qué tipo de transición? ¿Qué transición puede experimentar un dios? —En cuanto lo dije, me dio un vuelco al corazón. Recordé lo que me había dicho Nyktos. Los Primigenios primero fueron dioses—. ¿Ahora es una Primigenia?
- —No —dijo Ector, luego frunció el ceño—. Al menos, creo que no lo es. Sus ojos han cambiado. Antes eran marrones, ya lo sabes. Y ahora son plateados. Igual que los de un Primigenio. Y esa onda sísmica de energía que surgió de su interior... Eso es lo que ocurre cuando un dios Asciende. Pero no es una Primigenia.
- Pero tampoco es ya solo una diosa precisó Saion, y cruzó los brazos Hubo un cambio cuando respiró; cuando regresó. Un estallido de energía que yo sentí. Lo sentimos todos. Apostaría a que ahora es más poderosa. Yo no estaba todavía cuando los Primigenios Ascendían pero...

Miré a Ector.

—Tú, sí.

Asintió despacio, el músculo de su mandíbula se abultó mientras cruzaba la habitación para apoyarse en el escritorio.

—Esto es lo que se sentía. Esa energía. No tan descomunal como cuando un Primigenio entra en Arcadia y surge un Primigenio nuevo. No creo que esta se haya sentido en el mundo mortal, pero sí fue imponente. Quizá no sea una Primigenia, pero ha Ascendido, y eso es algo muy gordo. Algo muy gordo e inesperado.

Me dio la sensación de que había algo más.

- —¿Y algo malo?
- —Para el Primigenio Hanan podría serlo —contestó Nyktos, que justo entonces entraba por las puertas abiertas. Di un respingo y mis ojos volaron hacia él. Se había cambiado la camisa y ahora llevaba una blanca, los botones de arriba abiertos y sin remeter en los pantalones. No portaba armas, aunque ¿qué armas necesitaba él?—. Que Bele haya Ascendido significa que podría desafiar su posición de autoridad sobre la corte de Sirta, y él lo ha debido de sentir.

Se me hizo un nudo en el estómago mientras sacudía la cabeza despacio. Hanan era el Primigenio de la Caza y la Justicia Divina.

- —No sé qué decir.
- —No hay nada que puedas decir. La has traído de vuelta. —Nyktos se acercó a mí y se detuvo a pocos centímetros. Las hebras de *eather* de sus ojos eran como zarcillos finos—. Gracias.

Abrí la boca, pero no encontré qué decir durante unos momentos.

- —¿Está... todavía está bien?
- —Está dormida. Empiezo a pensar que es habitual después de un acto así, puesto que Gemma hizo lo mismo. —Bajó la vista hacia mí—. ¿No te has lavado?

Nyktos había ordenado que me llevaran ahí, así que ahí era donde estaba. Dio la sensación de que lo había recordado de pronto, porque se puso rígido y luego miró a Ector.

- —¿Puedes traerme una toalla limpia y un cuenco de agua de la cocina? Ector asintió y se levantó del escritorio. Nyktos se quedó donde estaba.
- —Aios está con Bele, pero me dijo lo que os contó Gemma.
- —Bien. —Para ser sincera, ya había olvidado todo lo que nos había contado Gemma y lo que se me había ocurrido a mí después—. ¿Te ha dicho lo de Odetta?
 - —Sí.
 - —¿Podemos hablar con ella?
- —Ha fallecido hace demasiado poco para eso —me dijo, y sentí una punzada de desilusión. Su expresión se suavizó—. Su muerte y su nuevo comienzo son demasiado recientes. Podría hacerle ansiar la vida, lo cual alteraría su paz.

- —Lo entiendo. —Una emoción agridulce me recorrió de arriba abajo. Me hubiese gustado verla, pero no quería ponerla en peligro... Espera. Miré a Nyktos con los ojos entornados—. Lo estás haciendo otra vez.
- —Perdón —murmuró, y aprovechó para darse la vuelta cuando vio que llegaba Ector con una pequeña toalla blanca y un cuenco—. Gracias.

El dios asintió.

—Iré a esperar a Nektas. —Giró sobre los talones, pero luego se detuvo y me miró de nuevo. Sus ojos se cruzaron con los míos al tiempo que se llevaba una mano al corazón y se inclinaba por la cintura—. Gracias por lo que hiciste por Bele. Por todos nosotros.

Me quedé muy quieta.

—¿Te sorprende su gratitud? —preguntó Nyktos, dejando el cuenco en la mesa al lado del vaso de whisky intacto que alguien había servido para mí—. Y no estoy leyendo tus emociones. Te has quedado boquiabierta.

Cerré la boca de golpe y observé cómo mojaba una esquina de la toalla y se arrodillaba delante de mí.

- —¿Qué estás haciendo?
- —Limpiarte.
- —Puedo hacerlo sola. —Hice ademán de agarrar la toalla mientras Saion se movía para esperar al lado de la puerta.
 - —Lo sé. —Siguió arrodillado delante de mí—. Pero quiero hacerlo yo.

Mi corazón, mi estúpido y absurdo corazón, dio un brinco. Y si hubiese estado sola, me habría dado un puñetazo en el pecho. Este deseo suyo debía de provenir de la gratitud. No del perdón. No de la comprensión. Bajé las manos a mi regazo.

- —Entonces... uhm, ¿por qué está Ector esperando a Nektas?
- —Porque, solo por si acaso *es verdad* que Odetta sabía algo, he convocado a los Hados. Los *Arae*.

Me dio un vuelco al corazón.

- —Creía que los Primigenios no podían dar órdenes a los *Arae*.
- —Por eso los he convocado. Puede que no acudan, y si no lo hacen, no puedo obligarlos a hacerlo.

Solté el aire despacio.

- —¿Crees... crees que Odetta sabía algo? ¿Que los Hados estaban implicados en todo esto?
- —Es posible. —Retiró con cuidado mi trenza medio deshecha—. Los *Arae* suelen moverse sin que los veamos, pero…

Lo miré de reojo. Ese músculo de su mandíbula se había tensado y el *eather* ardía con más intensidad en sus ojos. Miraba mi cuello y unos profundos surcos se tallaron a ambos lados de su boca.

—Arderá en el Abismo por toda la eternidad. —Sus ojos se posaron un instante en los míos y luego apartó la vista para limpiar con sumo cuidado la herida—. Puede que Odetta supiese algo sobre los Hados y su posible implicación. —Volvió a centrarse—. Como hemos podido constatar en los últimos días, cosas más extrañas han pasado. Sea como fuere, en un par de horas sabremos si los *Arae* van a responder a mi llamada.

Estaba teniendo que hacer esfuerzos desesperados por ignorar el roce de sus dedos y su fresco olor cítrico.

- —¿Cómo crees que Kolis o Hanan van a responder a esta onda de poder? Nyktos pareció pensarlo un poco.
- —¿Sinceramente? Kolis tenía que saber que Taric y los otros dioses habían venido aquí. Estoy seguro de que ya sabe que están muertos. La Ascensión de Bele es probable que los haya dejado a él y a los otros Primigenios... perturbados.
 - —A Sera no le gusta esa palabra —comentó Saion.

Le lancé una mirada de incredulidad.

Nyktos pasó a una sección nueva de la toalla. La sumergió en el agua.

- —Creo que es posible que Kolis se quede quieto un pelín, hasta que logre averiguar a qué se enfrenta en realidad.
 - —¿Y Hanan? ¿Cómo crees que reaccionará él?
- —Hanan es viejo. Él conoce la verdad acerca de Kolis y mi padre. —Pasó la toalla por encima de la herida y di un respingo ante la fugaz punzada de escozor. Sus ojos volaron hacia los míos—. Lo siento.
 - —No pasa nada —susurré. Noté que me sonrojaba—. Estoy bien.

Nyktos me miró durante unos segundos y luego volvió a la tarea de limpiar la sangre de mi cuello.

- —Hanan es reservado. No sé qué opina de Kolis, pero es bastante probable que no esté emocionado por lo que ha debido de sentir. Es *verdad* que Bele será una amenaza para él. Los otros Primigenios también estarán preocupados por la posibilidad de que les pase algo a ellos.
 - —¿Crees que le pasará lo mismo a cualquier dios que traiga de vuelta?
- —Buena pregunta —apuntó Saion—. Yo diría que es probable que no. Creo que un dios tendría que estar preparado para ello. Quizá ya destinado a Ascender.

- —Eso creo yo también —confirmó Nyktos—. Aunque tampoco podemos estar seguros cuando ni siquiera sabemos cómo ha sido posible.
- —Pero ¿por qué no habría sido posible? —cavilé—. La muerte es la muerte. La vida es la vida. ¿Acaso no son los dioses y los mortales parecidos en eso?

Un lado de sus labios se curvó hacia arriba y cada rincón de mi ser se aferró a esa leve sonrisa. Aunque se borró demasiado deprisa.

—No, no lo son. Un dios es un ser completamente diferente y es necesario muchísimo poder para hacer eso. *Muchísimo*. —Se levantó con el cuenco en la mano—. ¿Te dijeron algo Taric o los otros dioses?

Pensé un poco en lo que habían dicho mientras Nyktos dejaba el cuenco y la toalla en el escritorio. Mis pensamientos divagaron hacia las personas que esos dioses habían asesinado.

- —¿Qué? —Nyktos se volvió hacia mí otra vez.
- —Como dijiste cuando te enteraste de lo de la brasa, creo que me buscaban a mí en Lasania. O buscaban la onda de poder —razoné—. Dijeron que averiguarían si era a mí a quien protegían esos *viktors*.
- —*Viktors*. —Nyktos miró de reojo a Saion y negó con la cabeza—. Hacía mucho que no oía hablar de ellos.
- —Lo mismo digo. —Saion frunció el ceño mientras me miraba con atención—. Aunque, en realidad, tiene sentido que tuviera *viktors...* bueno, según lo que de verdad haya hecho tu padre.
- —Son... sobre todo mortales, nacidos para cumplir un propósito explicó Nyktos. Se sentó a mi lado—. Para proteger a un heraldo de gran cambio o con un gran objetivo. Algunos no son conscientes de su deber, pero cumplen con él de todos modos mediante numerosos mecanismos del destino. Como estar en el sitio adecuado en el momento adecuado, o poniendo a la persona que están destinados a cuidar en contacto con otra persona. Otros sí son conscientes y forman parte de la vida de la persona que protegen. A veces, se les llama «guardianes». En todo el tiempo que he sabido de ellos, nunca había oído que hubiera más de uno para proteger a una persona dada.
 - —¿Y crees que los mortales asesinados por estos dioses eran esos *viktors*?
- —Es posible. No es fácil que un dios o un Primigenio los sienta. Tienen marcas, igual que las tienen las divinidades o los descendientes de dioses explicó Nyktos—. Pero tendrías que sospechar que eran *viktors* para intentar sentirlos siquiera. Y yo... yo no los sentí.

¿Por qué habría de haberlos sentido? Por aquel entonces, todo lo que sabía era que su padre había hecho un trato. No sabía lo que había hecho su padre

en realidad.

- —¿Y con *sobre todo mortales*, qué quieres decir?
- —Quiere decir que no son mortales ni dioses. Pero sí son eternos, como los Hados —dijo Saion. Arqueé las cejas.
 - —Vaya, eso lo aclara todo.

Saion sonrió.

- —Nacen para cumplir su papel, de un modo muy parecido a como nace un mortal, pero sus almas han vivido muchas vidas.
 - —¿Reencarnados como Sotoria? —pregunté.
- —Sí y no. —Nyktos se echó hacia atrás—. Viven como mortales y cumplen con su propósito. Mueren en el proceso de hacerlo, o bien mucho después de haber cumplido con su deber, pero cuando mueren, sus almas regresan al Monte Lotho, donde están los *Arae*, y se les da forma física de nuevo. Permanecen ahí hasta que llega su momento otra vez.
- —Cuando renacen, no recuerdan sus vidas anteriores, solo esta llamada que algunos distinguen y otros no. Es una forma que tienen los Hados de mantener el equilibrio —dijo Saion—. Sin embargo, cuando vuelven al Monte Lotho, recuperan los recuerdos de sus vidas.
 - —¿De todas sus vidas?

El dios asintió y yo solté una larga bocanada de aire. Podían ser muchas vidas que recordar... muchas muertes y pérdidas. Aunque también mucha alegría. Si los hermanos Kazin eran *viktors*, ¿habrían sabido cuál era su deber? ¿Y Andreia u otros cuyos nombres desconocía? ¿Y el bebé?

¿Y si eso era lo que era sir Holland?

Se me cortó la respiración. ¿Podía ser un *viktor*? Me había protegido al entrenarme, y jamás se dio por vencido. Nunca. Y sabía lo de la poción. Te... tenía sentido. Y como lo tenía, me entraron ganas de llorar.

Dejé que mi cabeza cayera hacia atrás contra el cojín. Eran muchas cosas que digerir. Habían sido muchas cosas en muy poco tiempo.

- —Si quieres darte un baño o descansar, hay tiempo —me ofreció Nyktos. Lo miré y sentí un tirón en el pecho cuando nuestros ojos se cruzaron.
- —Preferiría quedarme aquí hasta que sepamos si los Hados van a responder. No quiero…

No quería volver a mis aposentos. No quería estar sola. Tenía demasiadas cosas en la cabeza, demasiadas cosas dentro de mí.

Se hizo el silencio en la habitación y cerré los ojos. No recordaba haberme dormido, pero debía de haberlo hecho. Lo siguiente que supe fue que sentí un toque suave en la mejilla. Un *dedo*. Pestañeé y abrí los ojos, solo para

descubrir que mi cabeza reposaba sobre el muslo de Nyktos. Me topé con los ojos carmesíes de un niño de unos nueve o diez años con pelo pajizo y desgreñado.

Ojos carmesíes con finas pupilas verticales.

- —Hola —dijo el niño.
- —Hola —susurré.

Ladeó la cabeza, su carita élfica con expresión perpleja.

- —Creía que estabas muerta. —¿Qué demo...?—. No lo estás.
- —¿No? —Al menos, creía que no lo estaba.
- —Los dos dormís —declaró el niño con un asentimiento—. Él no me oyó entrar. Y él *siempre* me oye.

Nyktos se removió. Al parecer, acababa de oírlo. Su muslo se tensó contra mi mejilla.

Me enderecé al instante, puse las manos en los cojines y desenrosqué las piernas. El niño me observó con una expresión muy seria para alguien tan joven.

—Reaver —dijo Nyktos, la voz ronca de dormir—. ¿Qué estás haciendo?

Casi me atraganté con mi propia respiración al mirar al niño rubio y tratar de conciliar la imagen de él como *draken* con la de un niño. Por alguna razón, me resultó más extraño que ver a Jadis como una niña pequeña.

—Observaba cómo dormíais —contestó Reaver.

Fruncí los labios.

- —Estoy seguro de que eso no era lo único que hacías —repuso Nyktos inclinándose hacia delante. Por el rabillo del ojo, vi su pelo resbalar sobre su mejilla—. Debes de tener una razón para estar aquí.
- —La tengo. —Se puso derecho en su túnica sin mangas y sus pantalones holgados, del mismo color gris que las túnicas que solía llevar Nektas—. Nektas me envió a buscarte. Está en el salón del trono.
 - —Muy bien. Llegaremos en un minuto.

Reaver asintió con un gesto formal y luego me miró de reojo.

- —Adiós.
- —Adiós. —Me despedí con un movimiento torpe de la mano que ni siquiera estaba segura de que hubiese visto pues salió corriendo de la habitación sobre sus piernecitas veloces—. Reaver es…
 - —¿Intenso?

Solté una risa estrangulada.

—Sí. —Me deslicé hacia el extremo del sofá—. Lo siento —farfullé, al darme cuenta de que era posible que a Nyktos no le gustara demasiado que lo

hubiese utilizado de almohada—. Por dormir encima de ti.

—No pasa nada —dijo después de un momento. Lo observé de soslayo y vi que él miraba al frente; su expresión era indescifrable—. No era mi intención quedarme dormido, pero tú necesitabas descansar. Los dos lo necesitábamos. —Se levantó y me miró desde lo alto—. Si Nektas ha enviado a Reaver, significa que los Hados han respondido.

Mi corazón tropezó consigo mismo. Me puse de pie tan deprisa que me mareé. Di un paso atrás y choqué contra el sofá.

Nyktos se estiró hacia mí y puso una mano sobre mi brazo.

- —¿Estás bien?
- —Sí.

Sus ojos buscaron los míos.

- —¿Te duele la cabeza?
- —N... no. Creo que es solo que me he levantado demasiado deprisa.

Nyktos me miró con atención.

- —Creo que es la sangre. —Un músculo se apretó en su mandíbula—. Te quitamos demasiada. Tu cuerpo no ha tenido tiempo de recuperarse.
- —Estoy bien —insistí. Empecé a apartarme, pero me paré al ver la tensión en su cara—. No te sientas mal por haberte alimentado de mí. —Se quedó callado—. Necesitabas la sangre. Me alegro de haber podido hacer eso por ti —le dije—. Si estoy un poco mareada por falta de sangre, es culpa de Taric. No tuya. —Aun así, no dijo nada. Empezaba a sentirme un poco tonta. A lo mejor había interpretado mal su expresión—. Bueno, sea como fuere, solo quería dejarlo claro. Deberíamos ir…

El único aviso que tuve fue el aroma a cítricos y a aire fresco. Ni siquiera lo había visto cerrar la distancia entre nosotros, pero sentí la palma de su mano sobre mi mejilla y su boca sobre la mía en la misma décima de segundo.

Nyktos me besó.

La sensación de sus labios, de sus labios *calientes*, fue un impacto embriagador, y la forma en que tiró de mi labio de abajo con sus colmillos me provocó una oleada de temblores apretados y calientes por todo el cuerpo. Me abrí a él y le devolví el beso con la misma pasión con la que su boca se movía sobre la mía. La forma en que me besó fue dura, hambrienta. Exigente. Hizo que mis sentidos empezaran a dar vueltas como locos y me mareé otra vez, aunque esta vez sí era todo culpa suya. El beso me dejó descolocada y no quería que parara. Empecé a estirar los brazos hacia él...

Nyktos separó la boca de la mía y dio un paso atrás, su mano se demoró un pelín en mi mejilla antes de resbalar de ella. Parecía igual de descolocado que yo; su expresión era seria, sus ojos una tormenta de *eather*, el pecho agitado.

—Esto… —Nyktos tragó saliva y cerró los ojos un instante. Cuando los volvió a abrir, el *eather* giraba más despacio—. Esto no cambia nada.



Las palabras de Nyktos perduraron igual que su beso mientras salíamos de su oficina y nos encaminábamos hacia el salón del trono.

Notaba una sensación de presión en el pecho, como si alguien hubiese metido la mano y hubiese empezado a estrujar mi corazón. Sin embargo, había algo más en el fondo de mi ser. Algo pequeño y tenue que me recordaba a esperanza. No sabía qué pensar de ninguna de las dos emociones, pero según nos acercábamos al salón, empujé esos sentimientos a un lado para reflexionar sobre ellos más tarde.

Rhahar y Ector estaban bajo el arco de entrada. No estaban solos. Un hombre desconocido estaba con ellos, su pelo pajizo rozaba unos anchos hombros enfundados en una túnica gris claro ceñida con un cinturón. Tenía el rostro curtido y tostado por el sol. A su lado había una diosa. Supe lo que era al instante. Era la cualidad etérea de sus rasgos y el tenue resplandor luminoso bajo su piel café con leche. Tenía el pelo del color de la miel, unos tonos más claro que el vestido que llevaba, y sus ojos eran del azul más intenso que había visto en la vida. Cuando nos acercamos, el hombre se llevó una mano al corazón y se inclinó por la cintura, igual que la diosa.

- —¿Penellaphe? —El tono de Nyktos sonó cargado de sorpresa.
- —Hola, Nyktos. —Se enderezó y vino hacia nosotros. Echó un vistazo rápido en mi dirección—. Ha pasado un tiempito desde la última vez que nos vimos.
 - —Demasiado —confirmó él—. Espero que todo vaya bien.
- —Sí, todo va bien. —La sonrisa de Penellaphe fue breve y se desvaneció cuando me miró de nuevo. Nyktos siguió la dirección de su mirada.
 - —Esta es...
- —Ya sé quién es —lo interrumpió Penellaphe. Arqueé las cejas—. Ella es la razón de que esté aquí.
 - —¿Lo soy?

La diosa asintió y se giró otra vez hacia Nyktos.

- —Convocaste a los *Arae*.
- —Así es, pero...
- —Pero yo no soy los *Arae*. Pronto entenderás por qué he venido yo dijo. Dio un paso atrás y cruzó las manos—. Uno de los *Arae* te espera dentro. Os espera a los dos.

La curiosidad se grabó en el rostro de Nyktos, pero me miró antes de hacer nada. Yo asentí y Penellaphe se volvió hacia el otro hombre.

- —¿Nos esperas aquí? —preguntó.
- —Por supuesto —contestó él. La diosa inclinó la cabeza.
- —Gracias, Ward.

Lo miré con disimulo al pasar por su lado. No pude distinguir si era una divinidad o un mortal, pero no vi ningún aura en sus ojos. Rhahar y Ector dieron un paso a un costado cuando Penellaphe pasó como flotando por su lado. Apreté el paso al ver a Nyktos girar la cabeza hacia mí. Frenó un poco y lo alcancé justo para entrar con él en la sala ahora iluminada por velas.

Nektas se aproximó a nosotros, su largo pelo recogido, con Reaver a su lado.

- —Gracias. —Nyktos hizo una pausa para darle al *draken* un apretón en el hombro.
- —Te esperaremos en el pasillo —repuso Nektas. Asintió en mi dirección, al tiempo que ponía una mano sobre la parte de atrás de la cabeza de Reaver e instaba al niño a salir—. Os esperaremos a los dos.

Se me hizo un nudo en la garganta. No sabía por qué. Quizá porque Nektas había dado muestras de *reconocer* mi existencia. Tragué saliva y miré hacia los tronos y el estrado. A lo mejor solo necesitaba dormir más o...

Todo en mí se paralizó. Mis piernas se negaron a moverse. Mi cabeza se vació porque lo que estaba viendo, a *quien* estaba viendo delante del estrado, iluminado por la suave luz de las velas y las estrellas, hizo que me detuviera en seco. No tenía sentido. Ninguno en absoluto. Mis ojos tenían que estar jugándome una mala pasada.

Porque no podía ser sir Holland.

Capítulo 45



- —No lo entiendo —susurré, aunque eché a andar otra vez para detenerme a un par de pasos de sir Holland.
- —¿Lo conoces? —Nyktos se había acercado a mí, los ojos clavados en el hombre que teníamos delante.
- —Sí, me conoce —confirmó sir Holland, y sus ojos oscuros buscaron los míos—. La he conocido la mayor parte de su vida.
- —Él me entrenó —susurré. Quería tocarlo para ver si era real, abrazarlo, pero no podía moverme—. Es sir Holland. No entiendo cómo es posible.
 - —Puedes llamarme solo Holland —me dijo—. Ese es mi nombre.
- —Pero eres... ¿por qué estás aquí? —La confusión tronaba en mi interior y vi a Penellaphe pasar con sigilo por su lado después de haber entrado en la amplia sala—. ¿Eres un *viktor*?
 - —No. Ese honor no es mío —dijo.
- —Está aquí porque es un Espíritu del Destino —declaró Nyktos con frialdad—. Es un Hado, un *Arae*. Uno que al parecer ha estado haciéndose pasar por mortal. —Miró a Holland con suspicacia—. Ahora sé cómo tenías conocimiento de cierta poción.
- —No es un espíritu. —Para confirmarlo, sobre todo a mí misma, estiré una mano y presioné con un dedo sobre la lustrosa piel marrón de su brazo.
- —Los Espíritus del Destino, los *Arae*, son como dioses. —Nyktos alargó un brazo y apartó mi mano de Holland—. No son como los espíritus de alrededor de tu lago.

La mirada de Holland siguió la dirección de la mano de Nyktos y un lado de sus labios se curvó hacia arriba.

Aturdida, todo lo que pude hacer fue mirarlo pasmada. La parte pragmática de mi mente se puso en funcionamiento. De toda la gente que conocía, Holland siempre había creído... siempre había creído en mí. Su fe inquebrantable tenía más sentido ahora. Seguía siendo una sorpresa, pero después de haberme enterado de la verdad acerca de Kolis, sabía que esto podría procesarlo. Podría *entenderlo*. Y saber que Holland estaba bien también ayudaba. Tavius no le había hecho algo terrible. Un millón de preguntas bullían en mi interior. Sobre todo, quería preguntarle si siempre había sabido que jamás podría cumplir mi deber, pero me di cuenta de que este no era el mejor momento para eso.

- —¿O sea que no te enviaron a las islas Vodina?
- —Sí me enviaron, pero no fui —respondió—. Sabía que mi tiempo en el mundo mortal había llegado a su fin. Vine aquí a esperar.
 - —¿Porque sabías que… que vendríamos a hablar contigo? Asintió.

Eso era... bueno, *inquietante*. ¿Cuánto sabía Holland? Más de lo que seguramente quería que supiera. Tragué saliva. Entonces se me ocurrió algo.

- —Por eso parecía que no envejecías nunca.
- —No era por el licor —me dijo.
- —No jodas —murmuré.

Penellaphe se rio y se colocó al lado de Holland. Su vestido se arremolinó en torno a sus pies en un charco de seda.

—¿Eso fue lo que te dijo?

Asentí, mirando al hombre que había considerado como lo más parecido a un amigo. Un hombre en el que había confiado. Alguien que no era mortal. Aún no sabía si debía sentirme traicionada o no.

- —Hay... ha habido muchas cosas que no he entendido, pero esto, de verdad que no lo pillo.
- —Creo que igual yo sí —comentó Nyktos. Eso llamó mi atención. Observaba a Holland como si estuviese a punto de hacerlo salir volando por el techo abierto—. La niñera decía la verdad. Los *Arae* estuvieron presentes en el nacimiento y tú, al ser uno de los *Arae*, te enteraste del trato de algún modo y ocupaste el puesto del que se suponía que tenía que entrenarla. —Hizo una pausa—. Para matarme.
 - —Para matar —lo corrigió Holland.
- —¿No se te ocurrió informarla del sinsentido de esa empresa? —exigió saber Nyktos, y me alegré de que sacara el tema.
 - —No podía. Lo único que podía hacer era entrenarla.

- —Debería darte las gracias por eso —repuso Nyktos, pero ya pude ver que eso no iba a ocurrir—. Pero eres un *Arae*. No se te permite intervenir en el destino.
- —No lo hizo. —La diosa sonrió y Nyktos le lanzó una mirada de incredulidad—. Técnicamente, no —matizó.
- —Nunca interferí de manera directa —precisó sir Holland, y de verdad que tenía que dejar de pensar en él como un caballero cuando básicamente era un *dios*—. Esa era la razón de que no pudiera decirte quién era, ni que la Podredumbre no tenía nada que ver con el trato. Si lo hubiese hecho, habría sido considerado una interferencia. Haberte dado ese té ya estaba muy al límite de lo que podía hacer.
- —Estabas al límite solo con estar cerca de ella. Así que a mí me suena a mera semántica. —Nyktos cruzó los brazos delante del pecho—. ¿Embris sabe todo eso? ¿Lo de tu implicación?

Me dio un vuelco al corazón. *Esa* era la razón de que Nyktos no sonara exactamente emocionado por esta revelación. Si Embris lo supiera, el Primigenio podría hablarle a Kolis de mí.

- —Si de verdad hubiese intervenido, él lo habría sabido. Pero ahora mismo no sabe nada del trato ni de quién es la fuente del poder.
- —Espera. ¿Cómo es posible? —pregunté, al percatarme de algo que se me había pasado por alto hasta entonces—. Si los *Arae* responden ante su corte, ¿cómo puede no saber lo del trato… lo de todo esto?
- —Porque los *Arae* no responden ante Embris. Solo viven ahí —explicó Nyktos, y movió un poco el cuerpo de modo que el lado de su cadera rozaba mi brazo—. Los Hados no responden ante ningún Primigenio.
- —A menos que nos excedamos en nuestras labores —apostilló Holland
 —. Interfiriendo de manera *directa*.

Tenía que estar de acuerdo con Nyktos en que sonaba a una mera cuestión semántica, pero tenía preguntas mucho más acuciantes.

- —¿Por qué te involucraste para empezar? Estuviste conmigo muchísimo tiempo. Un montón de años... —¿Acaso no tenía familia? ¿Amigos? ¿Gente a la que echaba de menos? ¿O había vuelto aquí de vez en cuando?
- —Fue mucho tiempo, sí —apuntó Penellaphe—. Esos años fueron muchísimo tiempo.
- —Lo hice porque sabía que tenía que hacerlo. No fue fácil ausentarme durante tanto tiempo y tan a menudo, pero esto era mucho más grande que yo. Más grande que todos nosotros. —Holland se apoyó contra una columna y

levantó la vista hacia Nyktos—. Lo hice porque conocía a tu padre. Lo conocí cuando era el Primigenio de la Vida. Lo consideraba un amigo.

Levanté la vista hacia Nyktos, pero no logré descifrar nada en su expresión.

- —¿Sabías lo que le iba a pasar? —preguntó. Holland negó con la cabeza.
- —No. Los *Arae* no podemos ver el destino de un Primigenio elevado. Su voz se llenó de aflicción—. Si hubiese podido hacerlo, no sé si aún estaría aquí sentado hoy. No… no creo que hubiera podido quedarme al margen y no hacer nada.

Fruncí el ceño.

- —¿Habrías intervenido? ¿Cuál es el castigo para eso?
- —La muerte —respondió Nyktos—. Del tipo definitivo.

Me estremecí y mis ojos volaron de vuelta a él. Sentí miedo de pronto.

- —¿Puedes estar aquí ahora? —Sentí el roce de los dedos de Nyktos contra los míos. El contacto me sorprendió, pero la suave vibración que me causó fue calmante—. ¿Deberías irte?
- —Los *Arae* no pueden hacer nada para intervenir en tu destino —me informó Penellaphe—. Ya no.

Sus palabras... parecían un presagio. Me dejaron helada.

- —Entonces, sabes por qué te hemos convocado. ¿Puedes decirnos por qué hizo esto mi padre? —preguntó Nyktos—. ¿Por qué querría ocultar semejante poder en una estirpe mortal? ¿Qué esperaba conseguir con ello?
- —Sería mejor que preguntaras *qué* es lo que hizo exactamente tu padre contrarrestó Holland—. Como sabes, tu padre era el verdadero Primigenio de la Vida. Kolis no pudo llevárselo *todo*. Eso hubiese sido imposible. Todavía quedaban brasas de vida dentro de Eythos, igual que quedaban brasas de muerte dentro de Kolis. Y cuando tú fuiste concebido, parte de esas brasas pasaron a ti. Solo una chispa de ese poder. No tan fuerte como la brasa que permanecía dentro de tu padre, pero suficiente.

Nyktos negó con la cabeza.

- —No —dijo—. Yo nunca he tenido esa habilidad. Siempre he sido así de...
- —No hubieses sabido si tenías esa brasa hasta haber pasado por el Sacrificio. Pero tu padre te quitó la brasa antes de que Kolis pudiese saber que la tenías —explicó Holland—. Eythos sabía que Kolis te habría considerado una amenaza aún mayor. Una que su hermano habría extinguido.

Los ojos de Nyktos empezaron a girar despacio.

—Mi padre... —Se aclaró la garganta, pero su voz todavía sonó ronca—. ¿Me quitó la brasa para mantenerme a salvo?

Se me encogió el corazón cuando vi a Holland asentir.

—Tomó esa brasa, junto con las que quedaban en su interior, y lo puso todo dentro de la estirpe Mierel. —Sus ojos oscuros se centraron en mí—. Eso es lo que tienes dentro. Lo que quedaba del poder de Eythos y lo que le había pasado a Nyktos.

Abrí la boca, pero no sabía qué decir. Los ojos igual de sorprendidos de Nyktos se cruzaron con los míos.

- —¿Te... tengo parte de él dentro de mí? ¿Y de su padre?
- —Tienes la *esencia* de su poder —aclaró Penellaphe. Giré la cabeza hacia ella a toda velocidad.
 - —Aun así, eso suena muy extraño... e incómodo —añadí.

Penellaphe apartó la vista y sus labios hicieron amago de sonreír.

- —Eso no significa que tengas una parte de Nyktos ni de su padre en tu interior, ni que eso te convierta en algún tipo de descendiente suya —me tranquilizó, y gracias a los dioses por eso, porque estaba a punto de vomitar un poco dentro de mi boca—. Solo tienes las esencias de sus poderes. Es como... ¿cómo explico esto? —Frunció el ceño mientras miraba a Holland—. Es como cuando un dios Asciende a una divinidad. La divinidad comparte su sangre, pero no está emparentada con ese dios ni con nadie de la estirpe de ese dios. Lo único que podría pasar sería que la esencia pudiera... reconocer su origen.
 - —¿Qué... qué significa eso? —pregunté.
- —Esto es algo mucho más difícil de explicar todavía, pero supongo que es muy parecido a cuando dos almas que están destinadas a ser una se encuentran. —Miraba a Holland de nuevo y mi corazón dio otro brinco—. Es posible que los dos os hayáis sentido más cómodos juntos que con cualquier otra persona.

Inspiré, pero entró poco aire mientras me inclinaba hacia atrás contra el estrado. No había quien negara que me había sentido mucho más cómoda con Nyktos que con cualquier otra persona. Que nunca le tuve miedo de verdad.

—Yo... sentí... calor en mí la primera vez que te vi. Una sensación de corrección. —Me giré hacia Nyktos—. No la noche del Templo Sombrío, sino en El Luxe. Nunca dije nada porque ni siquiera estaba segura de lo que estaba sintiendo, y sonaba como una tontería. Pero aquella noche en El Luxe, me... me costó alejarme de ti. Me parecía equivocado. No lo entendía. —Me giré otra vez hacia Holland y Penellaphe—. ¿Podría ser esa la razón?

—Vaya, y yo que creía que era por lo encantador que soy —musitó Nyktos en voz baja. Le lancé una mirada incrédula—. Yo sentí algo parecido. Un calor. Una corrección… No sabía lo que significaba.

Abrí los ojos como platos.

—¿En serio?

Asintió.

—Como he dicho, sería como el encuentro de dos almas destinadas la una a la otra —confirmó Penellaphe.

El encuentro de dos almas. ¿Sería por eso que estaba tan *interesada* en Nyktos a pesar de sus intenciones de no cumplir el trato nunca? ¿La razón de que él pudiese encontrar paz en mi presencia? ¿Podría explicar también por qué me había sentido atraída hacia él cuando creía que tenía que matarlo? En mi caso, quizá fue así al principio. Pero ¿ahora? No lo creía. Era él. *Quién* era. Su fuerza e inteligencia. Su amabilidad, a pesar de todas las cosas que había visto y seguro que sufrido. Su lealtad hacia su gente, hacia aquellos que le importaban. Era cómo lo afectaba todavía tener que acabar con una vida. Era cómo me hacía sentir. Que, por el más breve de los momentos, yo no era un monstruo. Que era alguien. Yo. No aquello en lo que me habían convertido.

Pero ¿para Nyktos? En realidad, no importaba. Él sabía lo que había planeado hacerle. Fuera lo que fuere lo que hubiera impulsado su interés, ahora era irrelevante.

- —¿Y no sabes por qué hizo esto mi padre? ¿Lo que creía que podría conseguir?
- —Yo tuve una... visión profética antes de que tu padre cerrara este trato con un rey mortal —intervino Penellaphe. Eso sí que me sorprendió—. Jamás había sucedido hasta entonces, así que no comprendí lo que vi. No comprendí las palabras en mi mente, pero sabía que tenían algún propósito. Que eran importantes. Sobre todo cuando se lo conté a Embris y él me llevó a Dalos. Tragó saliva con esfuerzo—. Kolis me hizo muchas preguntas.

Me puse tensa. Daba la impresión de que esas *preguntas* habían sido más bien un interrogatorio. Uno doloroso.

- —Fue como si Kolis creyera que, de algún modo, podía sacarme una comprensión a la fuerza. Una aclaración. —Sacudió la cabeza—. Como si le estuviera ocultando algo. Pero yo no era capaz de encontrarle ningún sentido a lo que veía u oía.
- —Así no es como funcionan. Las visiones y las profecías, quiero decir. Son muy excepcionales y los receptores son solo mensajeros. No escribas. —

Holland alargó un brazo hacia ella y tomó una de sus manos en la suya. Le dio un apretoncito y no pude evitar preguntarme si habría algo entre ellos. Nunca le había conocido relación alguna, aunque era obvio que había habido muchas cosas que desconocía.

- —Al final, Kolis se dio por vencido. —Algunas de las sombras se despejaron de los ojos de Penellaphe cuando le sonrió a Holland—. Después, fui al Monte Lotho. Pensé que si alguien podía encontrarle algún sentido, serían los *Arae*.
- —Al principio, no fuimos de demasiada ayuda. Nosotros *odiamos* las profecías. —Holland soltó una risa seca—. No volví a pensar en la profecía ni en el interés de Kolis por ella hasta que Eythos acudió a nosotros para preguntar qué podía hacer, si era que podía hacer algo, con respecto a su hermano. Le contamos lo de la profecía y Eythos pareció comprenderla de algún modo.
- —¿En qué consistía la profecía? —preguntó Nyktos—. ¿Nos lo podéis decir?
- —Lo que vi eran solo imágenes inconexas. Gente que gobernaba el mundo mortal pero que no parecían mortales... Lugares que creo que no existen todavía...
 - —¿Como cuáles?
- —Como ciudades arrasadas para siempre. Reinos hechos añicos y luego reconstruidos. Devastadoras y... terribles guerras. Guerras entre reyes... y entre reinas. —Frunció el ceño—. Un bosque hecho de árboles del color de la sangre.

Nyktos frunció el ceño.

—¿El Bosque Rojo?

Penellaphe asintió.

- —Pero en el mundo mortal y lleno de muerte. Impregnado de los pecados y secretos de cientos y cientos de años.
- —Vaya —murmuré, soltando el aire despacio—. Nada de eso suena demasiado bien.
- —Pero también la vi a ella. Los vi a *ellos*. Una Elegida y un descendiente del Primero. —El *eather* ardía con fuerza en los ojos de Penellaphe cuando me miró—. Una Reina de Carne y Fuego. Y él, un Rey surgido de Sangre y Cenizas, que gobernaban lado a lado con los hombres. Y ellos... ellos parecían lo *correcto*. Parecían algo semejante a la esperanza.

De verdad que no tenía ni idea de quiénes eran ni de lo que eso significaba, pero tendría que creer en lo que decía.

- —¿Viste algo más?
- —Nada que pueda comprender lo suficiente como para explicarlo, pero recuerdo las palabras. Jamás las olvidaré. —Bajó la vista mientras Holland le daba otro apretoncito en la mano y luego la soltaba. Penellaphe se aclaró la garganta—. De la desesperación de coronas doradas y nacido de carne mortal, un gran poder primigenio surge como heredero de las tierras y los mares, de los cielos y todos los mundos. Una sombra en la brasa, una luz en la llama, para convertirse en un fuego en la carne. Cuando las estrellas caigan de la noche, las grandes montañas se desmoronen hacia los mares y viejos huesos levanten sus espadas al lado de los dioses, el falso quedará desprovisto de gloria hasta dos nacidas de las mismas fechorías, nacidas del mismo gran poder primigenio en el mundo mortal. Una primera hija, con la sangre llena de fuego, destinada al rey una vez prometido. Y la segunda hija, con la sangre llena de cenizas y hielo, la otra mitad del futuro rey. Juntas, reharán los mundos mientras marcan el comienzo del fin.

Hizo una pausa y levantó la vista, con unos ojos tan brillantes como zafiros pulidos.

—Y así comenzará con la última sangre Elegida derramada, el gran conspirador nacido de la carne y el fuego de los Primigenios se despertará como el Heraldo y el Portador de Muerte y Destrucción a las tierras bendecidas por los dioses. Cuidado, porque el fin vendrá del oeste para destruir el este y arrasar todo lo que haya entre medias. —Soltó el aire, un poco temblorosa—. Y eso… eso es todo.

Abrí la boca para hablar, pero antes miré a Nyktos. Tenía los labios fruncidos en un rictus pensativo y un montón de *qué demonios* en el arco de sus cejas.

—Eso suena... —Nyktos parpadeó despacio—. Eso sonaba intenso.

Penellaphe soltó una risa ligera.

—Lo es, ¿verdad?

Nyktos asintió despacio.

- —Creo que podemos dar por sentado que esa última parte se refería a mi tío. Él es el gran conspirador. El legítimo Portador de Muerte. Él, como mi padre, nació en el oeste. —Nyktos bajó la vista hacia mí—. Nacieron en el mundo mortal. Más o menos donde se alza la actual Carsodonia.
- —¿Y la última parte de la profecía significa que destruirá todas las tierras, desde el oeste al este, incluido el mundo mortal? —Deslicé las manos por mis muslos.

- —Depende de cómo definas *Elegido* —rebatió Holland—. Podría referirse a los elegidos para servir a los dioses o… o a los que son como tú, elegidos para un propósito diferente.
- —Y lo de «nacida de la carne y fuego de los Primigenios» podría significar un renacimiento o algo —aportó Nyktos—. No un nacimiento real.
- —Vale, eso lo entiendo, pero ¿cómo puede eso referirse a Kolis entonces? —pregunté—. ¿Cómo puede ser despertado cuando ya está…? —Dejé la frase a medias.
- —A menos que se vaya a dormir —murmuró Nyktos. Miró a Holland y a la diosa—. Eso no ocurrirá nunca.

Holland inclinó la cabeza.

—Las profecías son... solo una posibilidad. Así que muchas cosas pueden cambiarlas y, por lo que tengo entendido, no todas las palabras deben interpretarse de manera literal. El problema es que no solemos saber qué palabras son esas.

Solté un bufido de exasperación al oírlo.

- —¿La primera parte? Lo de la desesperación de las coronas doradas... ¿podría referirse a Roderick Mierel? Él estaba desesperado, aunque aún no fuese rey cuando se hizo el trato.
- —Eso creo —confirmó Holland—. Eythos cerró el trato con Roderick poco después de haberse enterado de lo de la profecía. Aunque, una vez más, muchas cosas pueden cambiar una profecía, lo cual puede alterar el significado y la intención detrás de cada una de las palabras.
- —Bueno, pues eso es genial —musitó Nyktos, y casi me reí. La sonrisa de Holland fue comprensiva.
- —Nunca hay solo una hebra que determine el curso de una vida y cómo esa vida impactará en los distintos mundos. —Holland abrió la mano y separó bien los dedos. Solté una exclamación ahogada al ver aparecer numerosas hebras, no más gruesas que un hilo. Rielaban de un brillante tono azul—. Hay docenas para la mayoría de las vidas. Algunas tienen incluso cientos de resultados finales. Tú. —Sus ojos se levantaron hacia mí y tragué saliva—. Tú has tenido muchas hebras. Muchos caminos diferentes. Pero todos terminaban del mismo modo.

Un escalofrío bajó a toda velocidad por mi columna.

- —¿Cómo?
- —A veces, es mejor no saberlo —contestó. Penellaphe se acercó un poco.
- —Aunque, a veces, la sabiduría es poder.

Asentí.

—Quiero saberlo.

Apareció una breve sonrisa cariñosa. Después fue Holland el que habló.

—Tus caminos siempre han terminado con tu muerte antes de cumplir siquiera los veintiún años.

Me quedé de piedra. ¿Antes de los veintiún...? Eso era... por todos los dioses, eso era pronto.

Nyktos dio un paso al frente, como para protegerme en parte con su cuerpo.

- —Eso no va a pasar.
- —Puede que seas un Primigenio —los ojos de Holland se desviaron hacia él—, pero no eres un Hado.
- —A los Hados, que les den —gruñó Nyktos. Su piel se había afinado y volvían a verse las inquietas sombras de debajo.
- —Ojalá. —Holland mostraba una leve sonrisa y estaba claro que no le afectaba la tormenta que se cocía dentro de Nyktos—. La muerte siempre te encuentra de un modo u otro. —Me miró otra vez—. A manos de un dios o de un mortal desinformado. De Kolis en persona o incluso de la Muerte.

Me quedé muy quieta, aunque mi corazón dio un salto mortal.

- —¿Qué? —gruñó Nyktos.
- —Hay muchas hebras diferentes —dijo Penellaphe con suavidad, levantando la vista hacia Nyktos. Una gran tristeza se había asentado en su rostro—. Muchas maneras de que pueda encontrar la muerte a tus manos. Pero esta… —Levantó un dedo para casi tocar una de las rutilantes hebras, una que parecía haberse roto en otra más corta—. Esto no fue intencionado.
 - —¿A qué te refieres? —exigió saber Nyktos.
 - —Tiene tu sangre en su interior, ¿verdad? —preguntó ella.

Nyktos se quedó tan quieto que no estaba segura de que respirara siquiera. Mis ojos saltaron de uno a otra.

- —No tengo su sangre. Él no me ha... —Reprimí una exclamación de repente. La noche que Nyktos se había alimentado de mí, yo le había mordido el pulgar y le había hecho sangre. La había saboreado. Vi el momento justo en que Nyktos lo recordaba. Me giré hacia Holland—. Fue solo una gota. Apenas eso.
- —Pero fue suficiente —declaró Holland—. La brasa en tu interior es lo bastante fuerte como para hacer que tengas los síntomas del Sacrificio, pero no era lo bastante fuerte como para empujarte al cambio. De haberlo hecho, los síntomas se habrían aliviado, pero ahora ya no. No con la sangre de un Primigenio poderoso en tu interior. Vas a pasar por el Sacrificio.

- —No. —Nyktos sacudió la cabeza, las hebras de *eather* aceleraron los giros en sus ojos—. No puede. No es una divinidad. Es mortal…
- —En su mayor parte —susurró Penellaphe—. Su cuerpo es mortal. Igual que lo es su mente. —Me miró, los ojos centelleantes—. Pero lo que siempre ha habido en tu interior es primigenio. No importa que tus dos padres fuesen mortales. Naciste con una brasa no de uno, sino de dos Primigenios en tu interior. Eso es lo que intentará salir a la luz.
- —Eso no puede suceder. —Nyktos se pasó una mano por el pelo para retirar de malos modos los bucles de su rostro—. Tiene que haber una manera de impedirlo.
- —No la hay. —Me agarré las rodillas mientras miraba de Holland a la diosa—. ¿Verdad? Ninguna poción especial ni trato que se pueda hacer.

Holland negó con la cabeza.

- —No. Hay algunas cosas que ni siquiera los Primigenios pueden conceder. Esta es una de ellas.
- —No va a... —Nyktos se calló al tiempo que se giraba hacia mí. Jamás lo había visto tan pálido, tan *horrorizado*.
- —Esto no es culpa tuya. —Me puse de pie, sorprendida de que mis piernas no temblasen—. Fui yo. No tú. Y no es como si hubieses tenido una manera de saber que ocurriría.
- —Tan temeraria. Tan impulsiva —murmuró Holland. Me atraganté con una carcajada.
 - —Sí, bueno, tú siempre has sabido que ese era mi mayor defecto.
- —O tu mayor fuerza —me contradijo Holland—. Puede que tus acciones le hayan dado a lo que fuese que creyó Eythos al oír la profecía una opción de hacerse realidad.

Tanto Nyktos como yo lo miramos.

- —¿Qué?
- —Mirad bien esta hebra. —Penellaphe levantó un dedo una vez más hacia la hebra que se había roto—. Mirad.

Nyktos agachó la cabeza para verla mejor. Al principio, no vi nada, pero cuando guiñé los ojos... la vi: la sombra de una hebra, apenas ahí y siempre cambiando de longitud. Se estiraba más que cualquiera de las otras hebras solo para volver a encogerse a la longitud de las demás.

- —¿Qué es eso? —pregunté.
- —Es una hebra inesperada. Impredecible. Es lo desconocido. Lo que no está escrito —explicó Penellaphe—. Es la única cosa que ni siquiera los

Hados pueden predecir o controlar. —Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba—. La única cosa que puede alterar el destino.

- —¿Y qué es? —preguntó Nyktos al tiempo que cerraba los puños a los lados—. ¿Y cómo la encuentro?
- —No puede encontrarse —dijo la diosa, y yo estaba a tan solo un segundo de empezar a gritar de la frustración—. Solo puede aceptarse.
 - —Vas a tener que darnos algo más de detalle —espetó Nyktos, cortante.
- —Es amor —contestó Holland—. El amor es lo único a lo que ni siquiera el destino se puede enfrentar.

Parpadeé.

Eso fue todo lo que pude hacer.

Nyktos parecía tan pasmado como yo, incapaz de formular una sola respuesta.

- —El amor es más poderoso que el destino. —Holland bajó la mano y todas las hebras excepto una desaparecieron. Solo quedó la rota, junto con la sombra de una hebra siempre cambiante, centelleando en el espacio entre nosotros—. El amor es más poderoso incluso que lo que corre por nuestras venas, igual de asombroso y aterrador en su egoísmo. Puede extender una hebra solo por la fuerza de voluntad, para convertirse en esa magia pura que no puede extinguirse de manera biológica, y también puede romper una hebra de manera inesperada y prematura.
 - —¿Qué es lo que quieres decir exactamente? —pregunté.
- —Tu cuerpo no podrá resistir al Sacrificio. No sin la fuerza de voluntad de lo que es más poderoso que el destino e incluso que la muerte. —Holland miró a Nyktos—. No sin el amor del que propiciaría su Ascensión.

Lo que me había contado Aios acerca de las divinidades y el Sacrificio volvió a primer plano.

- —Os referís a la sangre de un dios, ¿verdad? ¿Estás diciendo que necesitaría la sangre de un dios que me *amara*? —No podía creer que estuviera diciendo siquiera las palabras en voz alta.
- —No solo un dios. Un Primigenio. Y no solo cualquier Primigenio. —Los ojos azules de Penellaphe se clavaron en Nyktos—. La sangre del Primigenio a quien pertenecía la brasa. Eso y la pura fuerza de voluntad del amor pueden cambiar el destino.

Nyktos dio un paso atrás, las sombras se arremolinaban en torno a sus piernas y yo... me senté. O me caí. Por suerte, aterricé en el borde del estrado. Con el corazón retorcido y comprimido, observé cómo Nyktos giraba la cabeza despacio hacia mí. Sus ojos estaban tan brillantes como la luna al

mirarme desde lo alto, y no necesité su poder para leer emociones para saber que estaba horrorizado.

Tampoco necesité ser un Hado para saber que iba a morir.

Nyktos jamás podría amarme.

Aunque no hubiese planeado matarlo. Nyktos era incapaz de amar. Simplemente no estaba en él. Y él lo sabía. *Yo* lo sabía.

- —Esto no es justo —dije con voz ronca, enfadada con *todo*—. Hacerle esto.
- —¿Hacerme esto a $m\hat{i}$? —preguntó incrédulo mientras varias hebras plateadas de *eather* aparecían en las sombras que giraban a su alrededor—. Esto no es justo para ti.
- —No es justo para ninguno de los dos —confirmó Penellaphe con suavidad—. Pero la vida, el destino o el amor rara vez lo son, ¿verdad?

Quería darle un puñetazo a la diosa por estar diciéndome lo que ya sabía.

Pero respiré hondo y cerré los ojos un instante. Había mucha información que digerir. Un montón de detalles que al final eran irrelevantes y quedaban ensombrecidos por el hecho de que iba a morir, más pronto que tarde. Y, además, de manera dolorosa. La ira se avivó en mi interior otra vez y me aferré a ella, la abracé. Su ardor era algo familiar y me hacía sentir mejor que la pena y la impotencia.

- —Hay algo más —declaró Holland. Me reí y mi risa sonó rara.
- —Por supuesto que lo hay.
- —Has tenido la misma cantidad de finales que de vidas —me informó.
- —¿Vidas? —repetí.

Holland asintió y entonces las hebras rutilantes volvieron a aparecer. Docenas de ellas.

—¿Qué significa eso? —Los ojos de Nyktos pasaron de las hebras a Holland—. ¿Su alma ha renacido?

Holland miraba las hebras.

- —Los Hados no lo saben todo porque las acciones de un solo ser (persona, dios o Primigenio) pueden alterar el curso del destino. Igual que ella alteró el curso con una sola gota de sangre.
 —Levantó la vista hacia Nyktos
 —. Igual que tu padre alteró el destino, y como lo hizo la Primigenia Keella, cuando impidieron que un alma entrara en las Tierras Umbrías y la destinaron a renacer una y otra vez.
- —Estás hablando de Sotoria —dije, y él asintió—. ¿Qué tiene eso que ver con esto?

Los ojos de Holland se deslizaron hacia mí.

—Eres una guerrera, Seraphena. Siempre lo has sido. Igual que ella aprendió a serlo.

Se me puso la carne de gallina.

-No.

Holland sacudió la cabeza.

- —Has tenido muchos nombres.
- *─No ─*repetí.
- —Has vivido muchas vidas —continuó—. Pero fue esa, esa primera, la que Eythos recordó cuando contestó a la llamada de Roderick Mierel. Él siempre la recordó.

Una vez más, Nyktos se había quedado más quieto que la muerte.

- —No estás diciendo lo que creo que estás diciendo, ¿verdad?
- —Sí, eso hago.
- —Eythos podía ser considerado impulsivo por muchos, pero era sabio dijo Holland, los ojos velados por la tristeza—. Sabía lo que podría ocurrir a causa de las acciones de Kolis. Su hermano nunca estuvo destinado a ser el Primigenio de la Vida. Esos poderes y dones no podían durar en su interior. Lo que había hecho era antinatural. La vida no puede existir en ese estado. Eythos sabía que acabarían por mitigarse, y así ha sido. Esa es la razón de que no hayan nacido más Primigenios. La razón de que las tierras del mundo mortal hayan empezado a morir. La razón de que ningún dios haya aumentado su poder. Eythos sabía que las acciones de Kolis serían el fin de ambos mundos como los conocemos.
- —Tu padre quería mantenerte a salvo —repitió Penellaphe—, pero también quería salvar a los mundos. Quería darles a los mortales y a los dioses una oportunidad. Y quería darte la oportunidad de que te vengaras dijo, mirándome. Me estremecí—. Así que esto fue lo que hizo. Escondió la brasa de la vida donde estaría a salvo y donde podría aumentar en potencia hasta que un nuevo Primigenio estuviera listo para nacer… en el único ser que podría debilitar a su hermano.
- —Yo no puedo ser ella. Es imposible. Yo no soy Sotoria. Soy… —Mis palabras se apagaron cuando mi mente registró el resto de lo que había dicho.

Que un nuevo Primigenio estuviera listo para nacer...

—Nacido de carne mortal, una sombra en la brasa —repitió Nyktos despacio, y entonces su pecho se hinchó con una inspiración repentina—. Lo que ha dicho Holland de que ningún dios haya aumentado su poder es verdad. No ha vuelto a ocurrir desde que mi padre puso la brasa en tu estirpe. Pero tú lo has hecho.

- —Yo... no era mi intención —empecé—. Pero creo que esa es la menor de mis preocupaciones ahora mismo.
- —Tienes razón. Esa es la menor de nuestras preocupaciones ahora mismo, pero es *lo* que significa. —Nyktos se volvió hacia el Hado—. ¿Verdad? *Es ella*.

Holland asintió.

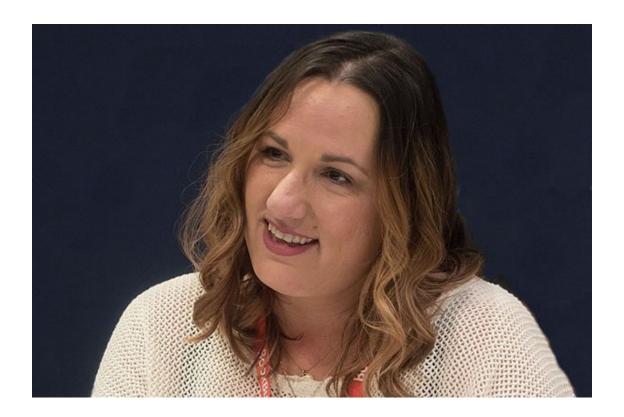
—Toda la vida, en ambos mundos, solo ha continuado creándose porque la estirpe Mierel llevaba esa brasa. Ahora, ella lleva la única brasa de vida existente en ambos mundos. Ella es la razón de que la vida continúe. — Holland me miró a los ojos—. Si murieras, no habría nada más que muerte en todos los reinos y en todos los mundos.

Me dio la sensación de que el suelo cabeceaba bajo mis pies.

- —Eso... eso no tiene sentido.
- —Sí lo tiene. —Despacio, Nyktos se giró hacia mí. Me miró a los ojos y no apartó la mirada. Ni siquiera parpadeó—. Eres *tú*. —Una especie de asombro llenó sus facciones, abrió sus ojos y separó sus labios—. Tú eres la heredera de las tierras y los mares, los cielos y los reinos. Una reina en lugar de un rey. Tú eres la Primigenia de la Vida.

Agradecimientos

Gracias al asombroso equipo de Blue Box: Liz Berry, Jillian Stein, MJ Rose, Chelle Olson, Kim Guidroz y más, que han ayudado a dar vida al mundo de *De sangre y cenizas*. Gracias a mi agente Kevan Lyon, Jenn Watson y mi ayudante Malissa Coy por vuestro duro trabajo y vuestro apoyo, y a Stephanie Brown, por haber creado una promoción maravillosa. Un millón de gracias a Hang Le, por haber diseñado unas portadas tan bonitas. Un gran «gracias» a Jen Fisher, Stacey Morgan, Lesa, JR Ward, Laura Kaye, Andrea Joan, Sarah Maas, Brigid Kemmerer, KA Tucker, Tijan, Vonetta Young, Mona Awad y muchos otros que han ayudado a que me mantuviera cuerda y alegre. Gracias al equipo ARC por vuestro apoyo y vuestras críticas sinceras, y un gran «gracias» a JLAnders por ser el mejor grupo de lectores que puede tener una autora, y al Blood and Ash Spoiler Group por hacer que la fase de escribir el borrador fuese tan divertida y por ser realmente asombrosos. Nada de esto sería posible sin ti, lector. Gracias.



JENNIFER L. ARMENTROUT nació en (Martinsburg, Virginia Occidental) en 1980. Es una escritora estadounidense. Vive en Virginia Occidental con su marido, oficial de policía, y sus perros.

Cuando no está trabajando duro en la escritura, pasa su tiempo leyendo, saliendo, viendo películas de zombis y haciendo como que escribe.

Su sueño de convertirse en escritora empezó en clases de álgebra, durante las cuáles pasaba el tiempo escribiendo historias cortas, lo que explica sus pésimas notas en matemáticas. Jennifer escribe fantasía urbana y romántica para adultos y jóvenes.

Publica también bajo el seudónimo de J. Lynn.